



TRENZANDO LA MEMORIA EN EL FIN DEL MUNDO: ENVEJECIMIENTO, GÉNERO Y TERRITORIO. COMPLEJIDADES Y DINÁMICAS EN LA PATAGONIA AUSTRAL CHILENA

Carolina Dessiree Garcés Estrada

ADVERTIMENT. L'accés als continguts d'aquesta tesi doctoral i la seva utilització ha de respectar els drets de la persona autora. Pot ser utilitzada per a consulta o estudi personal, així com en activitats o materials d'investigació i docència en els termes establerts a l'art. 32 del Text Refós de la Llei de Propietat Intel·lectual (RDL 1/1996). Per altres utilitzacions es requereix l'autorització prèvia i expressa de la persona autora. En qualsevol cas, en la utilització dels seus continguts caldrà indicar de forma clara el nom i cognoms de la persona autora i el títol de la tesi doctoral. No s'autoritza la seva reproducció o altres formes d'explotació efectuades amb finalitats de lucre ni la seva comunicació pública des d'un lloc aliè al servei TDX. Tampoc s'autoritza la presentació del seu contingut en una finestra o marc aliè a TDX (framing). Aquesta reserva de drets afecta tant als continguts de la tesi com als seus resums i índexs.

ADVERTENCIA. El acceso a los contenidos de esta tesis doctoral y su utilización debe respetar los derechos de la persona autora. Puede ser utilizada para consulta o estudio personal, así como en actividades o materiales de investigación y docencia en los términos establecidos en el art. 32 del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual (RDL 1/1996). Para otros usos se requiere la autorización previa y expresa de la persona autora. En cualquier caso, en la utilización de sus contenidos se deberá indicar de forma clara el nombre y apellidos de la persona autora y el título de la tesis doctoral. No se autoriza su reproducción u otras formas de explotación efectuadas con fines lucrativos ni su comunicación pública desde un sitio ajeno al servicio TDR. Tampoco se autoriza la presentación de su contenido en una ventana o marco ajeno a TDR (framing). Esta reserva de derechos afecta tanto al contenido de la tesis como a sus resúmenes e índices.

WARNING. Access to the contents of this doctoral thesis and its use must respect the rights of the author. It can be used for reference or private study, as well as research and learning activities or materials in the terms established by the 32nd article of the Spanish Consolidated Copyright Act (RDL 1/1996). Express and previous authorization of the author is required for any other uses. In any case, when using its content, full name of the author and title of the thesis must be clearly indicated. Reproduction or other forms of for profit use or public communication from outside TDX service is not allowed. Presentation of its content in a window or frame external to TDX (framing) is not authorized either. These rights affect both the content of the thesis and its abstracts and indexes.



TRENZANDO LA MEMORIA EN EL FIN DEL MUNDO: ENVEJECIMIENTO, GÉNERO Y TERRITORIO. COMPLEJIDADES Y DINÁMICAS EN LA PATAGONIA AUSTRAL CHILENA

CAROLINA DESSIREE GARCÉS ESTRADA



TESIS DOCTORAL

2024

CAROLINA DESSIREE GARCÉS ESTRADA

**TRENZANDO LA MEMORIA EN EL FIN DEL MUNDO:
ENVEJECIMIENTO, GÉNERO Y TERRITORIO.
COMPLEJIDADES Y DINÁMICAS EN LA PATAGONIA
AUSTRAL CHILENA**

TESIS DOCTORAL

Dirigida por la Dra. Blanca Deusdad Ayala y
por la Dra. Yolanda Bodoque Puerta

Departamento de Antropología, Filosofía y Trabajo Social



UNIVERSITAT
ROVIRA I VIRGILI

Tarragona

2024

UNIVERSITAT ROVIRA I VIRGILI
TRENZANDO LA MEMORIA EN EL FIN DEL MUNDO: ENVEJECIMIENTO, GÉNERO Y TERRITORIO. COMPLEJIDADES
Y DINÁMICAS EN LA PATAGONIA AUSTRAL CHILENA
Carolina Dessiree Garcés Estrada



FAIG CONSTAR que aquest treball, titulat “TRENZANDO LA MEMORIA EN EL FIN DEL MUNDO: ENVEJECIMIENTO, GÉNERO Y TERRITORIO. COMPLEJIDADES Y DINÁMICAS EN LA PATAGONIA AUSTRAL CHILENA”, que presenta Carolina Dessiree Garcés Estrada per a l’obtenció del títol de Doctor, ha estat realitzat sota la nostra direcció al Departament Antropologia, Filosofia y Trabajo Social d’aquesta universitat.

HACEMOS CONSTAR que el presente trabajo, titulado “TRENZANDO LA MEMORIA EN EL FIN DEL MUNDO: ENVEJECIMIENTO, GÉNERO Y TERRITORIO. COMPLEJIDADES Y DINÁMICAS EN LA PATAGONIA AUSTRAL CHILENA”, que presenta Carolina Dessiree Garcés Estrada para la obtención del título de Doctor, ha sido realizado bajo nuestra dirección en el Departamento Antropología, Filosofía y Trabajo Social de esta universidad.

I STATE that the present study, entitled “TRENZANDO LA MEMORIA EN EL FIN DEL MUNDO: ENVEJECIMIENTO, GÉNERO Y TERRITORIO. COMPLEJIDADES Y DINÁMICAS EN LA PATAGONIA AUSTRAL CHILENA”, presented by Carolina Dessiree Garcés Estrada for the award of the degree of Doctor, has been carried out under our supervision at the Department Departament Antropologia, Filosofia y Trabajo Social of this university.

Tarragona, junio de 2024

El/s director/s de la tesi doctoral
El/los director/es de la tesis doctoral
Doctoral Thesis Supervisor/s

BLANCA
DEUSDAD
AYALA - DNI
522107055

Digitally signed
by BLANCA
DEUSDAD AYALA
- DNI 522107055
Date: 2024.06.26
15:24:15 +02'00'

BODOQUE
PUERTA
YOLANDA -
396788988

Firmado
digitalmente por
BODOQUE
PUERTA
YOLANDA -
396788988
Fecha: 2024.06.26
16:26:54 +02'00'

..... Porque tuve la dicha de conversar con usted y tengo el placer de decir con orgullo
que una “niña joven” quiso saber algo de una, quizá va a hacer un comentario el día de
mañana, en alguna parte, no sé dónde
(Punta Arenas, 2015)



Úrsula Calderón – Los Hanush
Relatos y Cantos Yaganes¹

¹ Historias y cantos relatados por Úrsula Calderón. Grabado por Rafael Cheuquela en estudio “Refugio”. Punta Arenas, Magallanes, 2001. Úrsula Calderón Harbán, nació el 07 de septiembre de 1923 y falleció en Punta Arenas el 16 de abril de 2003 a los 79 años de edad. Durante décadas fue una de las principales fuentes de información sobre el pueblo Yagán para muchas personas.

UNIVERSITAT ROVIRA I VIRGILI
TRENZANDO LA MEMORIA EN EL FIN DEL MUNDO: ENVEJECIMIENTO, GÉNERO Y TERRITORIO. COMPLEJIDADES
Y DINÁMICAS EN LA PATAGONIA AUSTRAL CHILENA
Carolina Dessiree Garcés Estrada

UNIVERSITAT ROVIRA I VIRGILI
TRENZANDO LA MEMORIA EN EL FIN DEL MUNDO: ENVEJECIMIENTO, GÉNERO Y TERRITORIO. COMPLEJIDADES
Y DINÁMICAS EN LA PATAGONIA AUSTRAL CHILENA
Carolina Dessiree Garcés Estrada

AGRADECIMIENTOS

Esta investigación ha implicado varios años de trabajo y representa un esfuerzo que no habría sido posible sin el apoyo de muchas personas. En primer lugar, quiero agradecer a Blanca Deusdad Ayala y Yolanda Bodoque Puerta por confiar en esta tesis sin conocerme y motivarme, por conducir mi trabajo a la distancia, por el tiempo para comprender y ayudar a ordenar mis ideas; y por estar siempre dispuestas a entregarme sus comentarios y críticas.

A todas las colegas y compañeras de trabajo, estudios y disciplina que fui encontrando en mí transitar por la academia y la vida, en Chile y otros lugares, por la solidaridad, por el interés permanente mostrado por mi trabajo, apoyos claves para abrimme y seguir en este camino.

A mis amigas y amigos por haber contestado todas mis dudas, sus preguntas incómodas, sus generosos aportes iluminadores en las distintas etapas de la investigación. Así como a todas aquellas que en algún momento de esta trayectoria me apoyaron y alentaron para continuar.

Particularmente a Rosa, mi madre, por el apoyo incondicional en cada momento y en todos los lugares por los que he caminado. A Carlos, mi padre, por enseñarme el sentido político de la vida y a quien dedico este trabajo, su presencia me acompaña siempre. A Gustavo por su infinita paciencia, por darme espacio y tiempo, por su nobleza, su motivación constante para terminar este proyecto y compartir sueños.

Especialmente, esto no estaría completo sin el agradecimiento especial a todas aquellas personas de la Patagonia Chilena que de forma anónima y generosa aceptaron participar en esta investigación y estuvieron dispuestas a narrarme parte de sus vidas. Este recorrido por el “fin del mundo” ha sido un camino de aprendizaje recíproco, donde espero contribuir al entendimiento de la vejez y el envejecimiento en la Patagonia.

ÍNDICE DE CONTENIDOS

AGRADECIMIENTOS	7
Índice de Tablas.....	12
Índice de Gráficos.....	13
Índice de Figuras	14
INTRODUCCIÓN.....	15
CAPÍTULO I: PROBLEMATIZACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN.....	21
1.1. El contexto del envejecimiento en Chile y las perspectivas para abordarlo.	21
1.2. El contexto sociodemográfico del envejecimiento y la vejez en la Patagonia austral.	32
1.3. ¿Por qué abordar en envejecimiento desde una perspectiva feminista y la memoria territorial?	40
1.4. Propósito de la investigación: preguntas, premisas y objetivos.....	43
1.4.1. Preguntas de investigación	43
1.4.2. Objetivos de la investigación.....	45
CAPÍTULO II: CONSIDERACIONES TEÓRICAS Y CONCEPTUALES.....	47
2.1. La vejez y la edad como categorías sociales y culturalmente construidas.....	47
2.2. Sobre los conceptos de envejecimiento y vejez	54
2.3. El envejecimiento desde la perspectiva del curso de la vida	61
2.4. Curso de la vida y la reproducción social intergeneracional.	67
2.5. Pensar el envejecimiento a través de un lente feminista.	71
2.6. Imaginarios del Territorio: identidad y envejecimiento.....	82
2.6.1. Los imaginarios sociales en torno a la identidad y el territorio	82
2.6.2. La relevancia del territorio para el estudio de la vejez y el envejecimiento.	85
2.6.3. Dinámicas territoriales en la Patagonia Aysén y Magallanes.	93
CAPÍTULO III: ANTECEDENTES DEMOGRÁFICOS Y DE LA POLÍTICA PÚBLICA DE ENVEJECIMIENTO EN CHILE Y EN LA PATAGONIA.....	95
3.1. Panorama de la transición demográfica y el proceso de envejecimiento en Chile.....	95
3.2. Contexto sociodemográfico del envejecimiento en la Patagonia Aysén y Magallanes.	103
3.3. Antecedentes de la política pública para enfrentar el envejecimiento en Chile.	117
3.4. Mapeo de la política de envejecimiento en la Patagonia austral.	132
CAPÍTULO IV: ANTECEDENTES HISTÓRICOS Y GEOGRÁFICOS DE LA PATAGONIA AUSTRAL.....	143
4.1. Los imaginarios geopolíticos de la Patagonia austral.....	143
4.2. La mirada actual al territorio y los desafíos frente al envejecimiento que emerge.	158
CAPÍTULO V: LA ESTRATEGIA METODOLÓGICA EN ESTA INVESTIGACIÓN.....	163
5.1. Mis puntos de partida para la aproximación a una investigación sobre el envejecimiento.....	163
5.1.1. Mi vida cotidiana a partir de habitar en la Patagonia Austral.....	164
5.1.2. El acercamiento al envejecimiento y la vejez desde habitar la Patagonia.	168
5.1.3. La complejidad del envejecimiento: las desigualdades de género en la vejez.	172

5.2. El enfoque cualitativo en la comprensión del envejecimiento.....	175
5.3. Razones situadas para una etnografía feminista en la investigación sobre envejecimiento.....	177
5.4. La selección y los criterios de selección de las personas entrevistadas.	180
5.5. Criterios éticos seguidos en la investigación.....	188
5.6. Las técnicas y procedimientos de producción de información	189
5.6.1. Análisis documental de fuentes secundarias	190
5.6.2. Entrevistas cualitativas	191
5.6.3. Observación no participante	194
5.7. Estrategias en el proceso de análisis de los hallazgos.....	195

CAPÍTULO VI: CONTINUIDADES Y RUPTURAS EN LA CONSTRUCCIÓN DEL ENVEJECIMIENTO..... 201

6.1. Un acercamiento a los imaginarios asociados al envejecimiento y la vejez en la Patagonia.	204
6.1.1. Trayectoria en el curso de vida, una secuencia lineal en una pluralidad de idas y venidas. .	204
6.1.2. Transición: Procesos y eventos en las trayectorias personales.....	213
6.2. Discursos y prácticas sobre el envejecimiento y la vejez en la Patagonia.....	221
6.2.1. La identidad vivida: imaginarios acerca de la vejez y el envejecimiento.	222
6.2.1.1. Dialécticas de la soledad, dependencia y carga en la construcción del envejecimiento	222
6.2.1.2. El envejecimiento y la vejez bajo las normas de una masculinidad hegemónica.	226
6.2.1.3. La biopolítica del cuerpo: juventud, belleza y salud.....	228
6.2.1.4. Desafíos en los sistemas de protección social y los cuidados en la vejez.	233
6.2.1.5. Imaginarios en construcción para comprender el envejecimiento.	239
6.2.2. La identidad percibida: Las reivindicaciones y demandas en la vejez	245
6.2.2.1. Políticas públicas, derechos sociales para el envejecimiento y la vejez.	245
6.2.2.2. Tensiones entre la exclusión e inclusión social de las personas mayores.	249
6.2.3. La identidad proyectada: La agencia de las personas mayores ante la precariedad y vulnerabilidad en la vejez.....	255
6.2.3.1. La agencia en las interacciones y relaciones intergeneracionales	255
6.2.3.2. La agencia de las personas mayores y su incidencia en la acción social.....	259
6.3. A modo de cierre: Configurando los imaginarios de la vejez y el envejecimiento en la Patagonia chilenas.	261

CAPÍTULO VII: LAS SINGULARIDADES DEL CONTEXTO TERRITORIAL EN LA PATAGONIA AUSTRAL Y LOS DISCURSOS SOBRE ENVEJECIMIENTO..... 267

7.1. Territorio observado: Las dimensiones y relaciones del contexto territorial.	268
7.1.1. Migración, una constante en la vida de los y las habitantes.	271
7.1.2. Lejanía, como expresión del territorio al fin del mundo.	272
7.1.3. Pertenencia, los matices de una identidad presente.....	274
7.2. El envejecimiento y las prácticas del habitar la Patagonia.	276
7.2.1. La apropiación de un tiempo: La memoria territorial.....	276
7.2.1.1. La historia familiar a través de la historia regional.....	277
7.2.1.2. El contrapeso de la migración en la memoria territorial.	281
7.2.2. La apropiación de un espacio: La territorialidad en la construcción de la vejez y el envejecimiento.....	289
7.2.2.1. Las tensiones entre lo deseable y lo posible.....	289
7.2.2.2. La aceptación del contexto territorial y la reivindicación de la vejez.....	297
7.2.3. Territorio vivido: cotidianidad del habitar la Patagonia.....	299
7.2.4. La apropiación relacional: Redes locales y comunitarias de personas mayores	302
7.2.4.1. Las perspectivas de las redes locales y comunitarias.....	303

7.2.4.2. La formalización de las redes locales y comunitarias de participación.....	307
7.3. A modo de cierre: Las singularidades del contexto territorial del extremo sur en la configuración de la vejez.....	313
CAPÍTULO VIII: DESAFÍOS Y RESISTENCIAS FRENTE A LA ORGANIZACIÓN DE LAS DESIGUALDADES DE GÉNERO EN EL ENVEJECIMIENTO.....	319
8.1. Cuidados normados: La dinámica de los cuidados en la familia en el marco de las relaciones intergeneracionales.....	321
8.1.1. ¿Quién asume el cuidado?	323
8.1.2. Los cuidados y el conflicto en el marco de las relaciones intergeneracionales.	329
8.1.3. Los cuidados, el hogar, el apoyo y los valores.	332
8.2. Relaciones normadas: La construcción y dinámicas de la familia y de las relaciones de pareja.	334
8.2.1. Familia obligada.....	336
8.2.2. Familia por cercanía.....	339
8.2.3. Familia incierta	341
8.2.4. Familia monoparental	346
8.2.5. Más allá de la familia. Residir en la Patagonia	347
8.3. Cuerpos normados: La violencia dentro del sistema patriarcal en el curso de la vida	349
8.3.1. Violencia cultural y desigualdades de género.....	352
8.3.2. Dispositivos de la violencia estructural/institucional/simbólica	356
8.3.3. Violencia de género en contexto de pareja y familiar.....	358
8.3.4. Violencia hacia las personas mayores.....	366
8.4. Espacios normados: El desempeño de roles generizados a lo largo del curso de la vida.....	367
8.4.1. Las tradicionales cuidadoras	367
8.4.2. La jerarquía de los roles masculinos.....	368
8.4.3. Las históricas jefas de familia.....	370
8.4.4. Roles negociados en la modernidad.....	372
8.4.5. Roles asociados a la división sexual del trabajo	373
8.5. A modo de cierre: Experiencias y significados de las desigualdades de género en el envejecimiento y la vejez.	377
CAPÍTULO IX: CONCLUSIONES	381
9.1. Respuesta a los objetivos y preguntas de investigación. Aportes para la construcción y configuración del envejecimiento y la vejez.....	381
9.2. Contribuciones y limitaciones teóricas y del diseño metodológico	396
BIBLIOGRAFÍA	405
ANEXOS	427
Anexo 1. Caracterización de las personas entrevistadas.	427
Anexo 2. Documentos seleccionados para análisis sociodemográfico de fuentes secundarias.....	427
Anexo 3. Guion de Entrevista	434
Anexo 4. Reporte Atlas.ti	436

Índice de Tablas

Tabla 1 Teorías de la Gerontología Social	56
Tabla 2 Índice de envejecimiento de los países de América del Sur	95
Tabla 3 Población total y tasa de crecimiento medio anual de los últimos 10 censos	96
Tabla 4 Personas mayores región de Aysén por tramo y por sexo 2000 – 2010 – 2020	105
Tabla 5 Personas mayores región de Magallanes por tramo y por sexo 2000- 2010 – 2020	106
Tabla 6 Porcentaje de hogares con jefe/a de hogar de 60 años y más	108
Tabla 7 Porcentaje de personas de 60 años y más en situación de pobreza multidimensional	110
Tabla 8 Tasa de ocupación por sexo	111
Tabla 9 Porcentaje de personas con dependencia funcional 2015 y 2017	116
Tabla 10 Distribución de personas con dependencia funcional y recepción de asistencia personal 2015 y 2017	116
Tabla 11 Distribución de personas mayores con dependencia funcional que recibe asistencia personal sólo por alguien del hogar por sexo del cuidador/a 2015 y 2017	117
Tabla 12 Principales programas de Política de Envejecimiento Positivo en Chile	128
Tabla 13 Principales programas y beneficios intersectoriales de la política de envejecimiento en Chile	129
Tabla 14 Principales programas y servicios para las personas mayores en las regiones de Aysén y Magallanes de la Política de Envejecimiento Positivo	134
Tabla 15 Atributos y criterios de selección de personas entrevistadas	181
Tabla 16 Casilleros tipológicos. Perfil de las y los informantes.	184
Tabla 17 Número de entrevistas realizadas, según atributos propuestos en el muestreo	185
Tabla 18 Tipos de documentos seleccionados	191
Tabla 19 Elaboración guion de entrevista de acuerdo a objetivos y preguntas de investigación	193
Tabla 20 Distribución y temas centrales del guion de entrevista	194
Tabla 21 Discursos y prácticas sobre el envejecimiento y la vejez en la Patagonia	198
Tabla 22 El envejecimiento y las prácticas del habitar la Patagonia	199
Tabla 23 Las desigualdades de género en el envejecimiento	200

Índice de Gráficos

Gráfico 1 Tasa de mortalidad infantil 1940 – 2017 _____	97
Gráfico 2 Esperanza de vida al nacer por sexo 1950 - 2020 _____	98
Gráfico 3 Distribución de la población por sexo y edad 1950 – 2017 _____	98
Gráfico 4 Porcentaje de personas mayores. Regiones de Aysén y Magallanes (2000 – 2017) _____	104
Gráfico 5 Porcentaje de hogares con personas mayores 2000 – 2017 _____	107
Gráfico 6 Índice de pobreza en la población de 60 años y más en las regiones de Aysén y Magallanes 2000 – 2017 _____	110
Gráfico 7 Distribución de la población de 65 años y más respecto del total de población según tipo de jubilación o pensión que recibió en 2017. _____	114

Índice de Figuras

Figura 1 Mapa general de la división por grandes zonas de Chile	36
Figura 2 Mapa de actores que intervienen en la política pública hacia las Personas Mayores	133
Figura 3 Mapa general de la Patagonia	145
Figura 4 Camino a Cerro Castillo (Puerto Natales). Región de Magallanes	146
Figura 5 Familias Selk'nam en marcha por la playa y jóvenes Aónikenk	147
Figura 6 Camino a Puerto Natales. Región de Magallanes	150
Figura 7 Lago General Carrera. Región de Aysén	151
Figura 8 Colono bañando lanares hacia el año 1942	154
Figura 9 Cazadores en el Hotel Baquedano hacia 1905	155
Figura 10. Niños y niñas Selk'nam y Yagán vestidos a la usanza occidental, 1895	156
Figura 11 Grupo de colonos con armas	157
Figura 12 Mapa Región de Aysén	186
Figura 13 Mapa Región de Magallanes	187
Figura 14 Red semántica Vejez y Envejecimiento	203
Figura 15 Red semántica trayectoria (1)	205
Figura 16 Red semántica trayectoria (2)	211
Figura 17 Red semántica Procesos de la transición Infancia, Adolescencia y Juventud	213
Figura 18 Red semántica procesos de la transición Adultez, Persona mayor	218
Figura 19 Red semántica contexto territorial relacionado con la construcción de la vejez	270
Figura 20 Red semántica relaciones sobre migración	272
Figura 21 Red semántica relaciones sobre lejanía	274
Figura 22 Red semántica relaciones sobre pertenencia	276
Figura 23 Red semántica cuidados y relaciones intergeneracionales	323
Figura 24 Red semántica cuidados y conflicto	331
Figura 25 Red semántica de las labores y carga de los cuidados, hogar, apoyo y valores	333
Figura 26 Red semántica familia y relaciones de pareja	335
Figura 27 Red semántica familia obligada	337
Figura 28 Red semántica familia y cercanía	340
Figura 29 Red semántica familia incierta	343
Figura 30 Red semántica violencia estructural en el curso de la vida	350
Figura 31 Red semántica violencia cultural y desigualdades de género	354
Figura 32 Red semántica dispositivos de la violencia estructural/institucional/simbólica	357
Figura 33 Red semántica violencia de género en relaciones de pareja	359

INTRODUCCIÓN

En este estudio abordo el envejecimiento desde un enfoque epistemológico que incorpora el análisis del curso de vida, ya que gran parte de las desigualdades en la vejez tiene sus raíces en las condiciones de vida experimentadas (Naciones Unidas, 2023), ofreciendo una exploración de las dinámicas intergeneracionales y las diversas trayectorias de vida. También considero la importancia del territorio, no solo como un espacio geográfico, sino como un contexto demográfico y político que afecta y es afectado por las experiencias de envejecimiento. Además, analizo las desigualdades de género como un elemento crucial que se interseca con el proceso de envejecer, planteando un marco complejo para el estudio. Considerando lo expuesto, el objeto de estudio de esta tesis es la construcción del envejecimiento de las personas que viven en la Patagonia austral chilena, así como las dimensiones que generan desigualdades significativas y cómo estas se configuran en términos de relaciones sociales e identidades.

En la metodología adoptada en esta tesis pretendo reflejar una postura epistemológica consciente de la complejidad de los fenómenos estudiados, buscando desentrañar cómo se articulan las trayectorias personales con los discursos sociales en torno al envejecimiento. Esta aproximación no solo es fruto de mi interés académico, sino también de un compromiso con las perspectivas feministas que he explorado tanto en formaciones académicas como en militancias activas.

Esta trayectoria investigativa ha sido, indudablemente, un proceso lleno de exploraciones, reconsideraciones, divagaciones y tensiones teóricas. El interés en la indagación del envejecimiento y la vejez se originó en mi formación previa, que incluye trabajos realizados durante el máster en Metodología de Investigación, así como en el Máster de Evaluación de Políticas Públicas y en la Maestría en Trabajo Social y Política Social. Estas experiencias académicas han influido decisivamente en la selección del tema de esta investigación. Ha llevado tiempo terminar la tesis, reflejado en los diversos lugares geográficos donde se ha desarrollado la investigación, desde Punta Arenas en Chile hasta la culminación del trabajo en Cochabamba-Bolivia. Este recorrido geográfico, personal y académico creo que se representa en las constantes evoluciones en el enfoque y en la perspectiva adoptadas a lo largo de los años.

Así, esta tesis doctoral es el resultado de muchos años de “idas y venidas” sobre la intersección entre envejecimiento, género, y territorio, examinado a través de un prisma que valoriza tanto la diversidad de experiencias como la reflexividad teórica.

¿Por qué el envejecimiento? ¿Por qué incorporar la categoría de territorio? ¿Por qué abordarlo desde una perspectiva feminista? Considero, que el envejecimiento se relaciona directamente con las dinámicas materiales y simbólicas en las que se desenvuelve una persona, es decir, los diferentes sentidos adjudicados a este proceso, van cambiando según el contexto social en que este transcurra, y, por ejemplo, un factor determinante puede ser el territorio donde se habite (Garcés, 2017). En este sentido, en las regiones del extremo sur de Chile el envejecimiento no solo está marcado por la baja mortalidad infantil y el aumento de la esperanza de vida, sino también por las migraciones internas que afecta a la población, además de modificar la conformación de la familia, alterando las relaciones de género y generaciones. La Patagonia Aysén y Magallanes desde sus inicios ha contenido relaciones de tensión con los actores del gobierno central, de esta forma las representaciones desde los discursos locales corresponden a las prácticas ejercidas permeadas por procesos de adaptación, pero también de resistencias producto de la tardía incorporación al territorio nacional, de la lejanía y aislamiento.

Por ello, considero necesario problematizar y comprender la vejez en estas regiones de forma especial si se comparan con el resto del país, pues se trata de una zona heterogénea, junto a una geografía que implican un gran esfuerzo para habitar en ellas, lo que las hace poseer un proyecto identitario muy distinto al del resto de Chile (Garcés, 2017). El territorio se inscribe y relaciona con los procesos identitarios, en la construcción de los imaginarios de la vejez, los modos de vivir y habitar, en la relación entre discursos, hechos y poderes sobre territorios locales y su desarrollo. Este contexto peculiar propicia el desarrollo de procesos particulares relativos al envejecimiento, lo que hace pertinente investigarlos y reconocerlos en forma específica para estudiar a fondo fenómenos como las relaciones intergeneracionales y los imaginarios sociales allí contruidos, con el objetivo de poner en cuestión las imágenes que aún persisten y se renuevan en torno al envejecimiento y la vejez. Esta investigación pretende conocer los diversos imaginarios y producciones simbólicas a partir del ejercicio de la vida cotidiana que se produce en este singular territorio.

La presentación de los elementos más relevantes que delinean esta investigación se estructura en ocho (8) capítulos, además de esta introducción. En esta se presenta la transformación demográfica y su consecuencia más inmediata: el “envejecimiento de la población”, además del objeto central y la premisa fundamental de la investigación realizada. En este capítulo realizo y presento la explicación y descripción la problemática del envejecimiento y de la construcción de la vejez; para ello considero importante aproximarme el contexto del envejecimiento en Chile y las perspectivas para abordarlo; el contexto y descripción del proceso de envejecimiento en la Patagonia austral; la relevancia de abordar el envejecimiento desde una perspectiva feminista y territorial; así como también dar a conocer el interrogante central de la tesis, el objetivo general junto a los específicos, además de los supuestos que guían esta investigación.

En el capítulo II abordo las principales consideraciones teóricas y conceptuales sobre la vejez y el envejecimiento, mediante apartados que abordan la idea del envejecimiento y la vejez como realidad construida, considerando los discursos sobre la edad en la definición de la vejez: describo algunos de los modelos conceptuales generales y tradicionales sobre envejecimiento y justifico por qué opto por profundizar en el enfoque del curso de la vida y el enfoque de la generatividad, interseccionando el componente generacional y los elementos de análisis; argumento la perspectiva feminista con respecto a la vejez y el envejecimiento como imaginario relevante de comprender la vejez y el envejecimiento; y, finalmente, me centro en los imaginarios del territorio como elementos centrales en la construcción del envejecimiento.

Es así como en el capítulo III me aproximo a las transformaciones sociodemográficas y la política pública en Chile y la Patagonia: el impacto de la transición demográfica, con énfasis en el envejecimiento demográfico y los cambios en la transición de la vejez en Chile; la transición demográfica en las regiones de Aysén y Magallanes y las características específicas de las personas mayores que viven en ellas; reflexiono sobre los antecedentes y trayectoria de la política sobre envejecimiento en Chile; y realizo un mapeo de la política pública en la Patagonia y los actores involucrados. Destaco la necesidad de replantear las políticas públicas para abordar de manera integral las necesidades de las personas mayores, incluidas la salud, la vivienda, la seguridad económica, la participación social y la violencia estructural. También, la importancia de

descentralizar la gestión y evaluación de programas, así como redefinir la vejez y superar los prejuicios y estereotipos asociados.

En el capítulo IV, expongo algunos temas históricos y políticos, los imaginarios y la migración en la región patagónica, enfatizando la importancia de la frontera como elemento identitario. Asimismo, destaco cómo las mujeres de la región han sido subordinadas a través de metáforas estereotipadas y cómo una perspectiva feminista puede ayudar a comprender y desafiar estas desigualdades. Además, presento la relación entre género, territorio y envejecimiento, subrayando la importancia de reconocer y abordar las desigualdades y opresiones que enfrentan las personas mayores en la región.

En el capítulo V presento la trayectoria metodológica de la investigación, describiendo en un primer apartado mis puntos de partida para acercarme a la investigación del envejecimiento; las estrategias de investigación cualitativa; la propuesta y justificación para adoptar una metodología principalmente feminista; el proceso de selección de las personas entrevistadas, junto a los criterios de selección y los perfiles de cada una de ellas; los criterios éticos en la investigación; las técnicas de producción de la información, en específico la entrevista cualitativa utilizada en la investigación; y, finalmente, doy cuenta de cómo se realizó el análisis de los hallazgos, a través de la *grounded theory* la utilización del programa Atlas.ti y el análisis por categorías.

Los capítulos VI, VII y VIII se relacionan directamente con los resultados de la investigación. En el capítulo VI describo y analizo la construcción social del envejecimiento, así como también las continuidades y rupturas entre los discursos relacionados con la configuración del envejecimiento. Para ello se desarrollaron 3 apartados: un acercamiento a los imaginarios asociados al envejecimiento y la vejez a partir de la articulación con la perspectiva del curso de vida, enfatizando el impacto de los eventos y transiciones en la vida de las personas mayores; los discursos y prácticas sobre el envejecimiento en la Patagonia; y, a modo de resumen, las configuraciones de los imaginarios del envejecimiento y la vejez.

En el capítulo VII, abordo los discursos y singularidades del contexto territorial en las regiones de Aysén y Magallanes, en 3 secciones: analizo y explico la percepción de aislamiento en el sur de Chile, la influencia del centralismo político y económico en las

regiones del sur, la importancia de los imaginarios en la construcción de identidades regionales, la migración juvenil en busca de oportunidades y la transmisión de conocimientos y apego al territorio a través de generaciones. Profundizo en cómo el contexto territorial en la Patagonia Austral ha dado forma a los discursos sobre el envejecimiento, enfatizando la interacción entre territorio, perspectivas generacionales, migración, lejanía y pertenencia. Finalmente, analizo la importancia de que las personas mayores transmitan la identidad regional en Aysén y Magallanes, destacando los procesos de poblamiento, las migraciones forzadas, los cambios urbanos y el impacto del centralismo en las percepciones de los residentes en el extremo sur de Chile.

El capítulo VIII se centra en los desafíos y resistencias frente a la organización de las desigualdades de género en el envejecimiento mediante una explicación y análisis en 4 secciones donde me aproximo a la dinámica de los cuidados en las relaciones intergeneracionales; la dimensión de las relaciones familiares; la violencia dentro del sistema patriarcal en el curso de la vida; y el desempeño de roles generizados a lo largo del curso de la vida.

Por último, un capítulo de conclusiones. Donde recapitulo las ideas principales abordadas en los apartados anteriores, procurando realizar una reflexión que contenga las conexiones y tensiones entre ellas. Corresponde a una articulación de la discusión teórica y los resultados, las fuentes secundarias y el análisis de las entrevistas con las referencias teóricas que se he trabajado. Por tanto, lo que se pretende es un diálogo complementario para visualizar mejor la hermenéutica discursiva. También dar respuesta y revisar los objetivos, preguntas y supuesto de partida de la investigación, con la intención de realizar un ejercicio de reflexividad y reconocer que he conseguido abarcar durante la investigación, las limitaciones y contribuciones de esta investigación. Y por último, con el deseo de aportar a la generación conocimiento, señalar algunas aportaciones, ideas, reflexiones que podrían servir para líneas futuras de investigaciones.

CAPÍTULO I: PROBLEMATIZACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN

1.1. El contexto del envejecimiento en Chile y las perspectivas para abordarlo.

El envejecimiento como objeto de investigación no es un tema nuevo. En toda sociedad siempre han existido personas mayores, pero durante las últimas décadas nuestro interés por el envejecimiento de la población y sus implicaciones en diversos ámbitos se ha ampliado a medida que las y los investigadores hemos comenzado a reconocer la complejidad de este proceso que requiere de observaciones desde distintos prismas. En relación con esto, Duarte (2013) señala que el objeto de investigación es un objeto de reflexión, es el resultado de razonamientos que se realizan a través de todo el proceso investigativo. Es así que mi objeto de investigación se nutre de las permanentes abstracciones que he realizado como investigadora para definir lo que quiero conocer. Esta investigación comenzó en 2014, pero la elección del tema viene de análisis previos realizados mis trabajos de fin de máster en Chile y España. También se nutre de las perspectivas teóricas con las que dialogaré en este proceso, desde las cuales me he ido acercando en estos años de formación, a la teoría feminista, la gerontología crítica, los estudios geopolíticos y del territorio. Finalmente, me centro en las estrategias metodológicas que utilizo para el acercamiento al objeto mismo, a las reflexiones sobre cómo me acerqué al objeto de investigación, la reflexividad detrás de ello y las transformaciones a partir del análisis producido. Tomando en cuenta lo planteado, el objeto de estudio de esta tesis es la construcción del envejecimiento de las personas que viven en la Patagonia austral chilena y las dimensiones que generan desigualdades significativas y cómo estas se crean en términos de relaciones sociales e identidades. En efecto, el envejecimiento es un proceso complejo en el cual están implicadas más de una categoría de diferencia como la edad, el género, el origen (etnia o nacionalidad), la religión, la diversidad funcional o el territorio, entre otras.

El envejecimiento de la población en Chile es una de las transformaciones demográficas más significativas de los últimos setenta años a nivel mundial. Su impacto más evidente es el aumento de la proporción de personas mayores de 60 años en relación con el resto de la población, que se materializa en la modificación de la estructura por edades con la disminución también de los grupos de población más joven. Se estima que a nivel mundial entre 2015 y 2030 la población de 60 años y más se elevará de 900 millones a más de

1.400 millones de personas. Ello supone un incremento del 64% en tan solo 15 años, siendo el grupo de edad que más crece. En términos relativos, el porcentaje de población de 60 años y más pasará del 12,3% en 2015 al 16,4% en 2030. En las regiones del norte global, el crecimiento de esta población está siendo más rápido, con expectativas de aumento de más del 50 por ciento en las próximas cuatro décadas, pasando de 70 millones en el año 2015 a 119 millones en el 2030 (Huenchuan, 2018). Pero este cambio de población no es homogéneo, existen diferencias según la edad dentro del mismo grupo, sexo/género, etnia y lugar de residencia, que repercuten en los diferentes indicadores de calidad de vida, acceso a bienes y servicios, entre otros. En este contexto, es claramente observable el mayor predominio femenino, ya que las mujeres mayores de 60 años sobreviven en promedio unos 5 años más que los hombres. Actualmente, el índice de feminidad en este grupo etario es de 122,7 y no cambiará de aquí a 2030 (Huenchuan, 2018).

En Chile, las personas mayores también representan un grupo de población en constante crecimiento, desvelando el envejecimiento acelerado que existe en el país. Para el año 2030, según proyecciones del Instituto Nacional de Estadísticas² [INE] (2018a), la población de personas mayores en Chile representará el 22,7% del total y en 2050 el 28,2%, acentuándose también la feminización del envejecimiento. Los datos actuales muestran que hay 95,9 hombres por cada 100 mujeres, y mientras más envejecida es la población, mayor es la cantidad de mujeres y menor la cantidad de hombres (INE, 2018b). Así, este proceso de envejecimiento se caracteriza por una mayor participación de la población femenina, debido de la mayor esperanza de vida de las mujeres en relación a los hombres. No obstante, esta ventaja en términos de menor tasa de mortalidad se transforma en desventaja debido a las desigualdades acumuladas a lo largo de la vida, las cuales se acentúan en la vejez (Ramos, 2017; 2018). Por lo tanto, -más allá de los números-, comprender las características y los efectos de esta tendencia en la población analizada también es importante, ya que la presencia cada vez más numerosa de mujeres mayores conlleva una transformación de los modos de vida en la medida en que el aumento de la esperanza de vida cambiará en mayor o menor medida la forma de estructurar sus vidas; las relaciones de género y del uso de los recursos. Si bien el índice de feminización de un 110,2³ indica una mayor presencia de mujeres en la población total,

² <https://www.ine.gob.cl/>

³ Población respectiva, tasa de mujeres por cada 100 hombres.

la mayor brecha se encuentra en la feminización de la población de 85 y más años, las mujeres representan el 56% de quienes tienen entre 65 y 74 años y el 67% de quienes tienen 85 años o más (Ministerio de Desarrollo Social [MIDESO], 2018).

Es en este contexto demográfico donde surge el envejecimiento como un dispositivo hegemónico⁴, pero con una creciente noción heterogénea y representaciones diversas dependiendo cómo la interprete cada grupo de la sociedad; surgen las personas mayores como una categoría conceptual ampliamente utilizada en las políticas públicas y el debate general para nombrar la vejez; y también para mostrar que detrás del envejecimiento subyace una concepción de imaginarios y de personas capaces de constituirse en actores de su propia vida y no solo en objeto de análisis social. Por ello, es relevante develar las imágenes sobre el envejecimiento que estamos construyendo en nuestra sociedad y problematizar el envejecimiento. En primer lugar, reflexionar desde una visión crítica, ya que las personas mayores son un grupo diverso que posee distintas capacidades de acuerdo a las trayectorias personales, experiencias, recursos disponibles, etc. (Ramos, 2017). Además, son un grupo afectado por una serie de imágenes estereotipadas con connotaciones que suelen fragilizarles y tienden a coartar su desarrollo pleno. Y en segundo, lugar reflexionar desde una perspectiva situada y feminista al respecto, ya que debido a las dispares esperanzas de vida, las personas mayores son un grupo compuesto por mujeres que suelen ser invisibilizadas y tienden a experimentar distintas formas de opresión. Es en este marco que en el año 2015 se aprueba en el seno de la Organización de Estados Americanos [OEA] la Convención Interamericana sobre la Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores,⁵ instrumento jurídicamente vinculante; y como parte de la labor encaminada a traducir la convención en un goce cotidiano de los derechos consagrados para las personas mayores, es vital generar espacios, acciones e investigaciones de manera de contribuir a que las personas mayores vivan una vida digna y libre de discriminación.

⁴ Tomando la idea de “hegemonía” del filósofo italiano Antonio Gramsci como una dirección política, intelectual y moral. En el envejecimiento se emplaza un discurso complejo, que implica las estructuras y procesos ideológicos-culturales en una suerte de “sentido común” que da como resultado un discurso unificado con respecto a lo social, político y cultural.

⁵ El 15 de agosto de 2017, Chile depositó el instrumento de ratificación de la Convención Interamericana sobre la Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores, en la sede de la OEA. https://www.oas.org/es/sla/ddi/docs/A-70_chile_notas_RA_Deposito_8-15-2017.pdf

Si bien, al envejecimiento tradicionalmente se le ha relacionado con la edad, la cual adquiere un sentido cultural y social, vinculado a lo que significa tener cierta edad en una sociedad determinada (López Gómez, 2006), además, es un factor que puede condicionar socialmente la forma en que las personas crecen y envejecen, en un tiempo y espacio determinado. No obstante, desde hace unas décadas han surgido posturas (Arber y Ginn, 1996; Freixas et al., 2012; Wilson, 1996) que plantean que aunque la forma de envejecer tiene aspectos fisiológicos más o menos homogéneos, el envejecimiento se desarrolla a lo largo del curso de la vida en función de características tanto estructurales como individuales (Oddone, 2013). Tal como ellas se entrelazan en la historia social, esta mirada, con un enfoque del curso de vida, permite abordar el fenómeno del envejecimiento como un proceso y la vejez como una etapa más del continuo de la vida. Butler (1969) introdujo el concepto de discriminación por edad “ageism” para resaltar una forma particular de discriminación, sin embargo, algunas investigadoras han demostrado que las mujeres de todas las edades, más que los hombres, experimentan discriminación por edad basada en la sexualidad, salud, apariencia o situación económica, entre otras (Krekula et al., 2018). En esta misma lógica, Arber y Ginn (1996) plantean la importancia de (re)definir tres tipologías relacionadas con la edad y que a su vez se relacionan transversalmente con el género, como son: a) edad cronológica, medida en unidades de tiempo, usualmente en años cumplidos; b) edad social, que hace referencia a las significaciones, representaciones y estereotipos acerca de qué es ser viejo/a o joven; y c) edad fisiológica, relacionada con las capacidades funcionales, considerando el declive provocado por la reducción gradual de la densidad ósea y el tono muscular, entre otras (Ludi, 2005). Por lo tanto, tener una edad es también tener una temporalidad y darle contenido a la misma en el pasado y el presente a la cual pertenecen y le son implícitas (Paredes, 2004).

Por consiguiente, los cambios en la dinámica poblacional tienen repercusiones para todas las personas, aunque no afecten de igual manera a ambos géneros. Esto se debe a que la construcción de biografías personales se lleva a cabo de manera diferente en el proyecto de vida mujeres y hombres (Freixas, 2013). De hecho, en el caso de las mujeres, el impacto puede ser aún mayor, producto de las desigualdades acumulativas en nuestras trayectorias vitales. En este sentido, las mujeres mayores han experimentado desigualdades que se entrecruzan con sistemas de relaciones de poder de género, de clase y de edad, entre otras; es decir, se adoptan posiciones hegemónicas y se construye un

campo de poder que comporta exclusiones y desigualdades que se manifiestan en la vida de las personas mayores. Las formas específicas de las desigualdades que vivencian las mujeres mayores, si bien es vivida por todas las mujeres, es construida de forma heterogénea en los diversos territorios y espacios sociales. De esta manera, las experiencias de las mujeres mayores deben ser comprendidas dentro de una narrativa global, la cual se construye a partir de una variedad de experiencias y prácticas sociales. Pero, sin lugar a dudas, las mujeres mayores disponen de escasos recursos económicos y son uno de los colectivos más invisibilizados (Ramos, 2017).

La importancia de plantear una reflexión desde una perspectiva feminista va más allá del interés de los datos estadísticos que confirman la feminización del envejecimiento (Aguirre y Scavino, 2018). Lo que se pretende es demostrar que en la estructura del campo del envejecimiento se configuran diversas formas de percibir las experiencias de vida, las expectativas sociales y las necesidades de las personas, con ciertas pautas sociales de acuerdo a la edad, el género, el territorio, etc. El origen de estas carencias específicas de las mujeres mayores está en la estructura de los sistemas sociales patriarcales, ya que en el proceso de envejecer el contexto social es distinto para hombres y mujeres (Ramos, 2017; 2018). Por ejemplo, en muchas de nuestras sociedades occidentales el envejecimiento femenino se asocia a la pérdida de los dos pilares fundamentales que ha construido el patriarcado respecto a la feminidad: la capacidad reproductora y la belleza física (Freixas, 2013).

La progresiva transformación demográfica y las modificaciones en las estructuras sociales, económicas, culturales y políticas conlleva en esta tesis a indagar desde una perspectiva subjetiva el proceso de envejecimiento. Las construcciones del envejecimiento se consideran desde la mirada cotidiana y, por ende, esta investigación se ha centrado en la subjetividad que le atribuyen a su realidad las personas entrevistadas del extremo sur. Esta propuesta, metodológicamente, coincide con una dialéctica cultural (Gravano, 2016), en el sentido de que se necesita epistemológicamente de la voz del otro/a, de relevar la recuperación de la subjetividad en la investigación y considerar para ello el elemento privilegiado que es la narrativa en cuanto está dirigido a la producción de conocimiento, y para llevarla a cabo considero importante comprender al menos tres ejes que pueden considerarse como puntos de partida: género, territorio y edad en el curso de la vida.

Asumiendo la tendencia a la feminización del envejecimiento, como ya hemos remarcado, esta investigación pretende situarse en el análisis del envejecimiento desde una perspectiva feminista. Esta perspectiva, se nutre en primer lugar de comprender la situación de subordinación de las mujeres en tanto género; en segundo lugar de la relación intrínseca de los aportes teóricos del análisis de la colonialidad, del racismo y del edadismo; y, finalmente, de la restitución de posiciones de subalternidad, en el sentido de reconocer la producción de conocimiento bajo una mirada geopolítica situada. Desde los estudios feministas se ha llevado a cabo una reflexión y crítica por la negación de la subjetividad de las personas mayores en general y particularmente de las mujeres mayores (Aguirre y Scavino, 2018; González y Guizardi, 2020; Maquieira, 2002). Sin embargo, pese a los avances, es necesario seguir profundizando en la visibilización del envejecimiento desde una perspectiva feminista, en el sentido de que se ha prestado más atención a los problemas de las mujeres mayores, que a su problematización como sujetas políticas. Este análisis es relevante para entender los condicionantes estructurales que enfrentar las personas mayores y las estrategias que emplean para organizar sus vidas cotidianas y resistir en contextos de subalternidad (Spivak, 2003).

En la construcción del envejecimiento desde una perspectiva feminista ha sido fundamental la categoría de género. El género se define como una categoría de análisis teórico y social que hace referencia a la construcción sociocultural de las relaciones de poder en la estructura social a través de complejos procesos institucionales, y estas pautas presentan una gran variabilidad entre sociedades y a lo largo del tiempo en una misma sociedad, es decir son históricos y culturales (Maquieira, 2002). Según Nash (en Piastro, 2014), el género se define “en función de las características normativas que lo masculino y lo femenino tienen en la sociedad y en la creación de una identidad subjetiva y de las relaciones de poder existentes entre hombres y mujeres” (p. 9). Su objetivo, por tanto, es evidenciar el tipo de relaciones de poder y dominación que se dan entre hombres y mujeres y explicar las características y las formas que adquieren estas jerarquías.

Con la introducción del concepto género se logró un gran avance en contra de las omnipresentes teorías deterministas que han interpretado e interpretan la desigualdad estructural entre mujeres y hombres como consecuencia de características biológicas (Stolcke, 2000). Sin embargo, es necesario comprender la categoría de género como una simbolización cultural que permite captar el proceso de construcción de sentido y

significado en las personas bajo las posiciones no hegemónicas, sin eclipsar a los demás sistemas de dominación (Segato, 2011). En este sentido, a partir del pensamiento feminista se rompe la mirada hegemónica del género, ya que no es posible entenderlo sin la edad, la clase social, ni la raza⁶ y la desigualdad social y viceversa (Stolcke, 2000). Se trata de comprender cómo la intersección entre la edad y el género produce experiencias comunes, pero también diferencias en el hecho de ser mujeres mayores y, por otra parte, por qué el género y la edad son constitutivas de la desigualdad social. Así como McMullin (1996), plantea que para tener un panorama más amplio de la desigualdad en la vejez, es necesario considerar estas categorías en su conjunto lo cual implica comprender que las desigualdades de género y edad sobrellevadas por las mujeres a lo largo de la vida tienen su máxima expresión en la vejez. En este sentido, se hace evidente que el género es insuficiente para explicar las experiencias de las personas mayores, sino como la recomposición de una matriz de dominación, que se constituye con relación a la especificidad de los contextos, “la interseccionalidad es un punto de partida, el punto desde el que debemos empezar si queremos ofrecer una descripción de cómo funciona el poder” (Ahmed, 2021, p. 26), como intervienen además del género otras categorías de opresión.

Por otro lado, abordar el envejecimiento desde una perspectiva feminista parte de algunos principios de la epistemología feminista (Ahmed, 2021). Aunque las posiciones feministas pueden ser muy heterogéneas, a lo que me refiero es que el género, en interacción con muchas otras categorías como la edad y el territorio, es un organizador clave de la vida social. Por consiguiente, lo que busco mostrar es que en la estructura del campo del envejecimiento se configuran una serie de diferentes formas de percibir las experiencias de vida, las expectativas sociales y las necesidades de las personas, con ciertas pautas sociales de acuerdo a la edad, el género, la nacionalidad y la clase social. Este enfoque me permite establecer los vínculos y las rupturas entre los significados socioculturales asignados al envejecimiento y las representaciones sociales que circulan en la trama social (Yuni y Urbano, 2008) y problematizar las construcciones sociales del envejecimiento desde la relevancia de distintos sistemas de opresión. Como ejemplo de

⁶ El concepto de raza que se usa en esta tesis alude a su construcción como una categoría ficcionada, cultural y política de clasificación de las personas, desde posiciones de poder. Los feminismos negros en Estados Unidos denunciaron el clasismo y racismo del feminismo y sentaron las bases de la interseccionalidad de raza, sexualidad, género y clase social. Así como el pensamiento de frontera y el feminismo decolonial en América Latina.

esto, las sociedades modernas han instituido una separación por género y edades entre la escuela, el trabajo y la jubilación- a veces evidente y otras imperceptible- que se extiende a la mayoría de formas sociales, desde organizaciones de ocio hasta agrupaciones informales de los ritmos colectivos del espacio urbano.

Como segundo punto de partida, situarnos en un período u otro del proceso del ciclo vital de una persona es significativo y trascendente, pues supone la sucesión de determinadas funciones y posiciones sociales. Esto es así porque a cada período de la vida se le asocia una serie de disposiciones en función de la edad, el sexo/género y/o clase social, las cuales guardan relación con los roles de género que han desempeñado las mujeres a lo largo de sus vidas y que condicionan la situación en la que se encuentran en la vejez. Dicho esto, es probable que las diferencias entre las personas se incrementen a medida que pasan los años y no suceda el fenómeno contrario (Ramos, 2017). Cada una de ellas tiende a modificar su visión de la realidad, en el transcurso de la vida, respondiendo tanto a un proceso individual de envejecimiento como a los acontecimientos sociales de la época que les toca vivir. La evolución de los imaginarios sociales encierra una tensión entre la continuidad y el cambio en las cuestiones relacionadas con el envejecimiento. Más allá de las disparidades que marcan las trayectorias vitales, una persona de más de sesenta años no solo es diferente de otra de su misma generación, sino que lo es, aún más, de otra persona de la misma edad perteneciente a generaciones precedentes. En este sentido, es importante considerar que las diferencias generacionales se solapan con las diferencias sociales y que la perspectiva generacional es también un cuadro de lectura que puede abrir nuevas pistas y enriquecer la reflexión (Paredes, 2004). Por lo mismo, el término generación abarca varios sentidos distintos. Aunque comúnmente se asocia a la edad de una persona se puede inferir la generación a la que pertenece, esta inferencia no es tan simple ni lineal (Canales y Ghiardo, 2012).

En este contexto, la noción de generación es un concepto importante en el que la gente se apoya para describir la naturaleza de la relación de las personas con la sociedad. Sin embargo, los significados atribuidos al concepto de generación en las ciencias sociales suelen parecer confusos (Martín Criado, 2009). Esto es, en parte, porque la palabra generación tiene varios significados distintos entre sí, pero que están unidos, no solo por una terminología común, sino por el hecho de que involucran muchos factores que convergen en el desarrollo de los individuos. En este sentido, Donati (1999) plantea que

hay dos grandes líneas interpretativas. La primera define la generación como grupo de edad, remite a Comte y llega hasta nuestros días, pasando por Dilthey, Ortega y Gasset y Mannheim entre otros. La segunda línea define generación como descendencia parentesco-familiar. El mismo Donati (1999), esboza que una de las primeras definiciones es la de Dilthey, quien define generación como un conjunto de individuos que han vivido en el mismo momento una experiencia histórica determinada e irrepetible. Más adelante Ortega y Gasset retoma la misma definición, asimilando generación al conjunto de coetáneos que comparten experiencias comunes significativas, la generación es para él una comunidad de edad en un mismo contexto socio geográfico que implica un destino en común.

Desde una perspectiva generacional, para abordar las maneras en que se reproducen los discursos sobre envejecimiento y los diferentes mecanismos de opresión, para esta investigación es central el concepto de estrategias de reproducción social (Bourdieu, 2013). El interés de abordar esta tesis desde distintas generaciones surge del interés de explicar los mecanismos y procesos bajo los cuales son producidas y reproducidas las estructuras de sentido sobre el envejecimiento, que se expresan en prácticas sociales en la vida cotidiana; pero también poner de relieve prácticas políticas y culturales que dan cuenta de una producción específica desigual sobre las personas mayores. En este sentido, intento ampliar la mirada del envejecimiento con un enfoque desde el curso de vida, para poder abordar el fenómeno del envejecimiento como proceso y la vejez como una más del continuo de la vida y no como una categoría. Esto ofrece una visión del envejecimiento como proceso continuo que abarca toda la vida, y es la razón por la que en esta investigación se decidió incluir tres grupos de edad. Este colectivo de personas analizado, que no necesariamente tiene relaciones de parentesco, está compuesto por hombres y mujeres de tres generaciones: una generación adulta mayor (60 años y más), una adulta (entre 30 y 59 años) y una joven (entre 18 y 29 años).

Finalmente, el tercer punto de partida tiene relación con la mirada política-administrativa territorial de Chile, la cual plantea distintas formas de organización de los territorios, que se expresa en prácticas administrativas burocráticas, prácticas de poder hegemónico, discursos identitarios locales-regionales por parte de las personas que los habitan e imaginarios que tensionan los procesos de adaptación y resistencia frente a los imaginarios heterogéneos nacionales. Esta mirada permea las diversas formas en que las

personas que habitan un territorio determinado construyen sus representaciones de los fenómenos sociales, de las prácticas materiales y simbólicas, de las percepciones del territorio mismo y de las dinámicas que en él se desarrollan. Esta investigación se sitúa en un territorio en particular, que por sus condiciones geográficas y las particularidades identitarias y culturales de las personas que lo habitan, se presenta como un desafío y oportunidad a la hora de visualizar el envejecimiento. Cuando se enfoca en un territorio en particular, en lugar de simplificar la problemática, esta se amplía, ya que demanda observar los fenómenos sociales en escenarios y dinámicas desde ópticas diferentes. Además de cuestionar la idea de universalidad y exponer las formas en que las relaciones de poder definen cómo se produce el conocimiento y qué narrativas son visibles.

La Patagonia austral chilena es más que un territorio administrativo, es una zona imaginaria e identitaria territorialmente, una *comunidad imaginaria* en términos de Anderson (2021). Está comprendida por los territorios administrativos de la región de Aysén y de la región de Magallanes y Antártica Chilena, las cuales comparten una serie de características que la hacen distinguible, lo que está dado por los atributos naturales y una baja densidad demográfica, entre otras. Sin embargo, un elemento significativo que ha marcado desde el proceso de colonización hasta el momento actual, es que la Patagonia es un territorio históricamente aislado, lo que ha contribuido a una forma de vida con especificidades propias que suscita el interés del análisis desde un punto de vista de las ciencias sociales, al constituirse como un caso de estudio sobre la vida en espacios de baja densidad poblacional, latitud alta y aislamiento geográfico-político (Rodríguez et al., 2018). En relación con el territorio, una de las características político-administrativas de Chile es su rasgo centralista. Esto se relaciona con el escaso reconocimiento de las regiones y provincias como “sujetos/as políticos/as”, además de la insuficiente transferencia y distribución de poder político y fiscal a diferentes organismos subnacionales (Montecinos, 2013). Esto es importante, ya que, la identificación de las personas con sus territorios, prácticas y diálogos, son esenciales para identificar las particularidades en cada una de las regiones.

De esta forma, comprender el campo de la edad implica reconocer un conocimiento además situado, no solamente desde el territorio, sino político, histórico y social. El territorio se convierte en elemento indispensable para entender cómo las especificidades de las experiencias cotidianas son vividas y contribuyen a la producción de sistemas

estructurales del poder (Yuval-Davis, 2015). Así, la perspectiva interseccional surge como respuesta a los debates sobre las interconexiones existentes entre las múltiples identidades corporales y territoriales expresadas en un/a mismo/a sujeto/a o espacio (Yuval-Davis, 2015). Desde esta perspectiva y dentro de una lógica territorial, Núñez (2015) argumenta a favor de considerar la perspectiva feminista como una praxis espacial, así como las implicaciones de las estrategias espaciales de las mujeres para repensar los enfoques paternalistas del desarrollo.

Tomando en cuenta este contexto, esta tesis doctoral se sitúa en la Patagonia Aysén y Magallanes, territorio ubicado en el extremo sur de Chile y en la relevancia de ese contexto territorial. Esto se realiza no solamente desde la distribución geográfica, sino también desde los significados materiales y simbólicos del espacio que se habita, permeando las subjetividades en torno a la construcción de esta categoría (Garcés, 2017). Debido a la velocidad de los cambios en la estructura demográfica, se presenta como objeto central en esta investigación el analizar cómo se están configurando estos discursos sobre el envejecimiento, desde una perspectiva del género y generaciones, en cuanto categoría social, en la Patagonia austral chilena en un contexto de cambio sociodemográfico.

Como he planteado anteriormente, esta investigación intenta problematizar el envejecimiento en la Patagonia desde una noción heterogénea y destacar las desigualdades que la caracterizan, como un sistema complejo que invisibiliza determinados discursos y prácticas sociales donde se interseccionan la edad, el sexo/género y la ubicación geográfica/territorio. “Implica llegar hasta las estructuras fundamentales que organizan la vida social en un sistema jerárquico” (Oddone, 2013, p. 59). Dicho de otro modo, esta tesis postula que la matriz del pensamiento hegemónico sobre el envejecimiento carga con lógicas sexistas, edadistas, centralistas e identitarias.

El interés de esta investigación radica en centrarse en el momento actual de las personas, para conocer y comprender de forma más clara los cambios que se han ido produciendo a lo largo de sus vidas y cómo han repercutido en ellas; esta indagación se realiza con base en los siguientes interrogantes: ¿Qué es y cómo se comprende el envejecimiento en el territorio? ¿Cómo se manifiestan las desigualdades de género en la construcción del envejecimiento?, ¿Qué mecanismo de reproducción social intervienen a lo largo del curso

de la vida en los imaginarios del envejecimiento? y ¿Qué elementos y características del contexto territorial influyen en el proceso de envejecimiento? Comprendiendo, por una parte: a) que existe una profunda desigualdad de sexo/género que define los modos en que se construye la vida; b) que con el paulatino envejecimiento de la población y la persistencia de desigualdades en personas mayores, se observan en la vejez discriminaciones e invisibilidad política (Servicio Nacional del Adulto Mayor [SENAMA], 2012); y c) frente a un Estado fuertemente centralizado, donde la pertenencia a regiones distantes de la capital nacional suele ser un factor de discriminación (Subsecretaría de Desarrollo Regional y Administrativo [SUBDERE], 2009). Estos ejes generan dinámicas de exclusión en el proceso de envejecer a nivel regional. De modo que al concebir la interseccionalidad en el envejecimiento en esta tesis, se piensa en cómo se articulan y construyen género, edad, y territorio; cómo gravitan estos tres ejes en la construcción del envejecimiento en Chile.

1.2. El contexto sociodemográfico del envejecimiento y la vejez en la Patagonia austral.

El objeto de investigación remite al contexto en el cual se origina y comprende. Este le otorga al objeto su vinculación y vertebración con lo social, su coyuntura y proceso (Duarte, 2013). En esta investigación se asumen como contexto los planos estructurales en los que el envejecimiento se ubica y que tiene sus explicaciones a partir de los cambios demográficos y especificidades en la sociedad chilena y, concretamente, en el extremo sur.

La transición demográfica en el mundo es uno de los fenómenos de gran impacto social del siglo XXI que ha tenido como consecuencia un cambio en la estructura de toda la sociedad, lo que se ha denominado “envejecimiento de la población”, expresado en el aumento de la proporción de personas entre 60 o 65 y más años. Estos cambios en la estructura demográfica se profundizarán en el transcurso de los años, ya que, según las proyecciones, el número de personas mayores seguirá en aumento. En América Latina y el Caribe las personas mayores (60 años y más) representan el 13%. Para 2050 se proyecta que las personas mayores representarán casi el 25% de la población de la región, mientras que los menores de 15 años disminuirán al 17%. Se estima que el número de personas de 60 años y más superará por primera vez el de niños/as menores de 15 años alrededor de

2038. Otra tendencia importante a ser considerada es el envejecimiento entre las que alcanzan edades más avanzadas. El grupo de personas muy mayores (80 años y más), que actualmente representa el 1,9% del total de la población (unos 12,4 millones de personas), se incrementará a una tasa especialmente rápida, siendo la transición demográfica en Latinoamérica mucho más breve que en el caso del norte global y se proyecta que superará los 41 millones en los próximos 20 años (Naciones Unidas, 2022). Del mismo modo, el nivel de envejecimiento demográfico que Europa ha experimentado en un siglo, América Latina y Chile lo alcanzarán en apenas cincuenta años, lo que significa que se poseerá menos tiempo para la adaptación a este nuevo escenario caracterizado por una población de mayor edad (Roqué y Fassio, 2016).

Según la última información del Censo 2017, se espera que el porcentaje del 16,2% de la población chilena, es decir, 2.850.171 de personas que tiene más de 60 años (INE, 2018b), se eleve al 25% hacia el año 2050; de estas, casi el 57% son mujeres (INE, 2018a), lo que corresponde a las tendencias internacionales y al fenómeno de la “feminización” del envejecimiento (Aguirre y Scavino, 2018). Chile cuenta con una de las esperanzas de vida más elevadas de la región, para los hombres es de 76,7 años, mientras que para las mujeres es de 81,7 años (Banco Mundial, 2017).

Asimismo, los resultados de la sexta encuesta de inclusión y exclusión social de las personas mayores en Chile en 2021, respecto de las imágenes asociadas al envejecimiento y la vejez, arrojaron que estas mantienen una carga negativa que se observa en la poca responsabilidad asignada a las propias personas mayores con respecto a su bienestar. Frente a la pregunta sobre la preparación de las propias personas para la vejez, el resultado es que un 76% considera las respuestas “nada o casi nada”. La sensación de que existe una incapacidad de quienes envejecen para hacerse cargo de sí mismos/as, tiene estrecha relación con la visión predominante de que las personas mayores, en su mayoría, son dependientes, y esto se advierte en que un 68% de la población sostiene que las personas de 60 años y más no pueden valerse por sí mismas. Igualmente, la mayoría de las y los encuestados (79%) considera que los medios de comunicación son difusores pasivos de prejuicios y representaciones negativas en relación con las personas mayores, lo que refuerza la idea de falta de capacidad y dependencia asociada a la vejez (Arnold et al., 2021).

Esto se vuelve problemático si se considera el actual escenario económico, en el cual las pensiones son un tema importante, pues aun cuando el 82,3% de las personas mayores recibe algún tipo de pensión o jubilación, el promedio de las pensiones está por debajo del salario mínimo en los cuatro primeros quintiles⁷ (MIDESO, 2018). Los ingresos de las personas mayores de 60 años son en general menores a los del resto de la población, producto principalmente de su retiro paulatino del mercado del trabajo. Si se consideran solo los ingresos autónomos,⁸ el de los/as mayores de 60 años equivale al 67% de los ingresos del resto de la población⁹ y cuando se incorporan los provenientes de subsidios (ingreso monetario) esta relación aumenta a un 70%. Otro dato importante es que del total de personas mayores de 60 años, el 91% recibe algún ingreso individual, ya sea proveniente del ingreso autónomo o de subsidios monetarios, esto significa que un 9% de las personas mayores de 60 años no recibe ingresos monetarios ni autónomos. Según la Subsecretaría de Evaluación Social (2020), un tercio de las personas mayores del Chile actualmente trabaja y casi un cuarto (22%) está en una situación de pobreza multidimensional.

Todavía son evidentes las desigualdades a las que están sometidas las personas mayores al momento de ejercer derechos básicos como la salud, la seguridad social, la educación o la vivienda. Asimismo, las vulnerabilidades de las mujeres mayores acentuadas por la desigualdad social, la sobrecarga del trabajo de cuidado, y una salud deteriorada, son elementos presentes en América Latina. En este sentido, el contar con sociedades cada vez más longevas es uno de los retos más importantes que están enfrentando los países a nivel mundial. El aumento de la expectativa de vida de la población desencadena que, por primera vez en la historia, el volumen y proporción de personas mayores alcance tal nivel de importancia, que está convirtiéndose en un tema de preocupación social,¹⁰ en este sentido, Fraser (2015) afirma que:

⁷En Chile, para conocer la distribución del ingreso, se utiliza el método de los quintiles de ingresos, que divide a la población en cinco grupos más o menos iguales, cada uno representa alrededor del 20% del total. El primer quintil agrupa a los más pobres, es decir, a los que tienen menores ingresos, y el quinto quintil a los de mayor ingreso

⁸ El ingreso autónomo se compone de los ingresos por concepto de sueldos y salarios, ganancias provenientes del trabajo independiente, autoprovisión de bienes producidos por el hogar, bonificaciones, gratificaciones, rentas, intereses; así como jubilaciones, pensiones, montepíos y transferencias entre privados.

⁹ Como referencia, este indicador para el promedio de los países OCDE es de un 86,2%.

¹⁰ Por lo menos, esa parece ser la opinión del Fondo Monetario Internacional cuando propone que se rebajen las pensiones o que se recorten las prestaciones, debido al riesgo de que la gente viva más de lo esperado.

La “crisis de los cuidados” es en este momento uno de los principales temas de debate público. A menudo relacionado con ideas como “pobreza de tiempo”, “equilibrio familia-trabajo” y “vaciamiento social”, hace referencia a las presiones que desde diversos puntos están actualmente exprimiendo un conjunto clave de capacidades sociales: las disponibles para tener y criar niños, cuidar de amigos y familiares, mantener hogares y comunidades más amplias, y sostener relaciones más en general (p. 111).

Si bien, es cierto que los datos demográficos indican desde hace años que las personas mayores constituyen una parte cada vez mayor de la sociedad chilena, podría pensarse que este considerable aumento se corresponde con un mayor conocimiento de lo que se supone es “ser mayor”, sin embargo, lo que predomina es una imagen parcial y más bien estereotipada de la vejez, llena de prejuicios que se encuentran en todos los grupos etarios, así como también en relatos “edadistas” que ubican a la vejez desde la pérdida de poder y dependencia. Esto implica, además, no solo el surgimiento de las personas mayores como un agente económico, político y social, sino también en términos de Touraine (1992), como un sujeto con capacidad de constituirse en actor de su propia vida. Asimismo, el proceso de envejecimiento pone en tensión las relaciones de género, edad y posiciones sociales que ocupan las personas y sus posibilidades de agencia (Yuval-Davis, 2015), que les hace desarrollar prácticas y acciones donde emergen como sujetos/as subalternos (Dube, 2001).

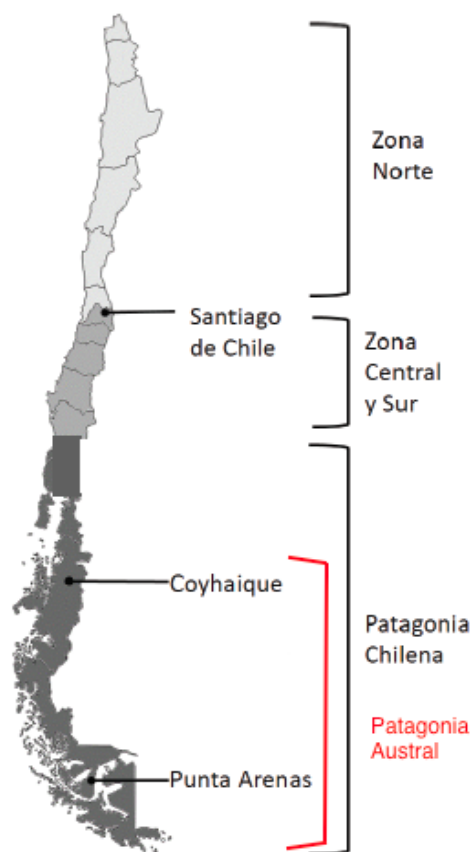
El aumento en los grupos de personas mayores en las regiones del extremo sur de Chile - Aysén y Magallanes- está determinado por elementos que se repiten a escala nacional: una baja sostenida de la mortalidad infantil y el aumento de la esperanza de vida, producto de una bajada en la mortalidad por enfermedades degenerativas, propias de los grupos mayores de 50 años. Sin embargo, pese a la importancia gravitante de estas variables, existe otro elemento que se debe considerar y que funciona asociado con las transiciones demográficas: los efectos producidos por la migración interna, que se materializan en la modificación de las estructuras de edad en el lugar de origen de la población que migra, ya que, la población que se moviliza está compuesta particularmente por jóvenes y adultos/as. En el caso de la región de Aysén, para el año 2017 presenta una tasa de migración interna neta de -0,3 y la región de Magallanes presenta una tasa de -0,4¹¹ (INE, 2018b). No obstante, los efectos sobre la población de destino no corresponden

“El FMI pide bajar pensiones por “el riesgo de que la gente viva más de lo esperado”, El País, 11-04-2012, http://economia.elpais.com/economia/2012/04/11/actualidad/1334133453_457282.html.

¹¹ Esto se explica debido a que el total de emigrantes en ambas regiones supera al de los inmigrantes.

necesariamente a su rejuvenecimiento, especialmente porque se deben evaluar magnitudes y continuidades de la migración para observar consecuencias en este sentido (Huenchuan, 2003). Estos cambios en la configuración por edad, sumados a las transformaciones que han tenido lugar dentro de la familia a partir de la década de los 60, han afectado a las relaciones de género y entre generaciones en los ámbitos económico, social, biológico y demográfico; cambios que se ven reflejados particularmente en las mujeres, pues debido a las intensas y vertiginosas transformaciones socioculturales experimentadas en su condición y situación durante las últimas tres décadas, comienzan a conocer a estas edades nuevas posibilidades de autorrealización.

Figura 1 Mapa general de la división por grandes zonas de Chile



Fuente: Elaboración propia sobre Mancilla et al. (2021).

La “Patagonia Austral” es el espacio de investigación, es decir, la organización social y territorial objeto de nuestro análisis, tal como se presenta en la figura 1. Es un territorio ubicado en el extremo sur de Chile, que está envejeciendo demográficamente. En Chile, en relación con indicadores relativos a las personas mayores podemos decir que el porcentaje de personas mayores sobre el total de la población es de 19,3% (56,6% de mujeres y 43,4% de hombres) y el índice de envejecimiento en estos últimos 50 años ha

pasado de 17,1 en 1960 a 100,4 en el año 2017.¹² En la región de Magallanes, el 19,3% de la población son personas mayores sobre el total de la población y, la región de Aysén tiene un porcentaje de 17,6% de personas mayores, según datos de la encuesta Casen 2017 (MIDESO, 2018). La región de Magallanes, por ejemplo, presenta un índice de 84,4 personas mayores por cada 100 niños y niñas menores de 15 años. Mientras que la región de Aysén presenta un índice de 62,3 personas mayores por cada 100 niños y niñas menores de 15 años, 17,7 puntos por debajo del promedio nacional, según datos de la misma encuesta (MIDESO, 2018).

Asimismo, la Patagonia históricamente ha sido un territorio con una fuerte presencia estatal y militar, y, por su conformación territorial, desde sus inicios ha contenido relaciones de tensión con el poder central por parte de los actores que habitan este territorio. Los intentos por descentralizar el Estado han adoptado un carácter más bien administrativo, que se ha utilizado como una estrategia para fortalecer el proceso de modernización y desarrollo económico del país (Montecinos, 2013). En el año 2011 la Subsecretaría de Desarrollo Regional, a partir de los estudios sobre identidad regional,¹³ manifiesta que uno de los levantamientos más importantes, fue la identificación de bases simbólicas compartidas por diferentes regiones en las que las fronteras administrativas se disuelven y existe una suerte de “hermandad de lenguaje y cultura”, formando macro zonas culturales. Una de ellas es el Sur Patagónico, conformado por las regiones de Aysén y Magallanes. En las regiones de Aysén y Magallanes existe una fuerte identificación con la zona y una fuerte construcción de una base simbólica común,¹⁴ que no está necesariamente vinculada con la idea de residir en la región.¹⁵ Esto depende, en gran parte, de la percepción que tienen las personas acerca de las oportunidades que se les ofrece en el lugar donde viven, y ello es un elemento central a la hora de mudarse en busca de mejores oportunidades. La falta de estas oportunidades en las regiones de Aysén

¹² Un valor de 100,4 significa que hay 100 personas mayores de 60 años y más por cada 100 niños/as y jóvenes menores de 15 años.

¹³ Programa de Fortalecimiento de la Identidad Regional, que desde la Subsecretaría de Desarrollo Regional y Administrativo (SUBDERE), en conjunto con los gobiernos regionales (GORE) del país, desarrollaron estudios regionales entre los años 2009 y 2010.

¹⁴ Investigación realizada en el marco del “Proyecto Desigualdades” (Anillos-CONICYT), Encuesta Nacional de Estratificación Social, iniciativa de investigadores de las Universidades de Chile, de Santiago y Diego Portales, en conjunto con el Centro de Estudios de la Mujer y el apoyo del MINSEGPRES y SUBDERE, además del apoyo de instituciones internacionales.

¹⁵ Relacionado con la noción de frontera epistemológica (Harambour, 2019), una delimitación lejana pero poderosa entre un nosotros/as, que puede ser apropiada subjetivamente como objeto de representación y de apego afectivo y como un símbolo de identidad socioterritorial.

y Magallanes ha provocado una alta migración de jóvenes hacia los polos más centrales de desarrollo, lo que hace envejecer a dichas regiones.

Los elementos geográficos siempre han sido fundamentales para la construcción identitaria. Algunos estudios (Harambour, 2019; Núñez et al., 2017; Martinic, 2005, 2010; Rodríguez et al., 2016) dan cuenta de representaciones compartidas por las y los habitantes, ligadas a la importancia del contexto geográfico, los elementos estructurales y las características del paisaje, a los que se les dota de experiencias significativas y un vínculo que se ha construido históricamente entre las y los habitantes de las regiones. Por ejemplo, en las regiones del extremo sur el factor climático es determinante, ya que se caracteriza por tener un invierno duro, donde el frío extremo, la nieve y la escarcha son elementos fundamentales a la hora de planificar actividades con y hacia las personas mayores. Las condiciones de aislamiento existentes en las regiones de Aysén y Magallanes provocan que no tengan conectividad directa por tierra con el resto del país, la única posibilidad es por Argentina con una duración promedio de 24 horas; además, debido a estos factores climáticos muchas de las localidades más apartadas quedan aisladas durante los meses de invierno. Otro rasgo importante se relaciona con la ocupación del territorio, ambas regiones se caracterizan por una fuerte inmigración europea, producto de la misma colonización (Harambour, 2019 y Martinic, 2005), cuestión que retomaremos y profundizaremos más adelante.

Junto con lo anterior, otro de los rasgos característicos de esta centralización es que la región Metropolitana concentra alrededor del 40% de la población a nivel nacional, produciéndose la más alta concentración de personas mayores de todas las edades. Desde esta perspectiva, es necesario entender el envejecimiento en el extremo sur de Chile, de una manera diferente a la del resto del país. Se trata de una zona heterogénea, llena de tensiones y contradicciones, que merece una interpretación que permita desvelar las construcciones reales e imaginarias que se han tejido al interior de estas regiones. Un territorio donde interactúan lo tradicional y lo moderno, donde se convive con el imaginario de una zona cargada de naturaleza prístina, con el esfuerzo de la gente que la habita, con un clima extremo, y con una identidad regional propia y diferente, pero al mismo tiempo, dentro de un espacio social lleno de similitudes con el resto del país. En efecto, la sexta encuesta nacional sobre inclusión y exclusión social de las personas mayores en Chile, muestra que las personas que viven en regiones (no en la región

metropolitana) tienen una opinión más alta sobre la responsabilidad que se le atribuye a las propias familias respecto del bienestar de las personas mayores: el 86% en comparación con los/as que residen en la región metropolitana que corresponde al 72% (Arnold et al., 2021).

Por otro lado, en los estudios sobre la identidad regional de Aysén y Magallanes (SUBDERE, 2009; Universidad de Magallanes, 2009), se observó que actualmente convergen diversas influencias asociadas a su proceso de poblamiento y formación territorial, junto con hechos y realidades contemporáneas generadoras de nuevas dinámicas de cambio. Las primeras influencias y fundamentos de formación identitaria se produjeron a través de las migraciones extranjeras, los asentamientos y la apropiación local de las culturas de la Patagonia, Chiloé y el centro sur de Chile. Estas dinámicas se expresaron de modo diverso, asociadas fuertemente a los sistemas productivos (ganadería, pesca y minería), teniendo cada una de ellas una marcada influencia en la población. Sin embargo, se evidencia que en la constitución simbólica del territorio uno de los hilos más fuertes de la trama de las desigualdades en la Patagonia está relacionado con las consideraciones de género. Según Núñez (2015), el paisaje naturalizado bajo una perspectiva feminista que toma el paisaje como un destino y afecta la oportunidad material de las mujeres. Por ejemplo, en el caso de las mujeres mayores en la Patagonia podría estar dada por las experiencias de violencia que ha experimentado cada una de ellas.

Finalmente, en los últimos años una característica que se reconoce dentro de los estudios sobre envejecimiento y género es la necesidad de articular estrategias con otros espacios de resistencia. Las temáticas que se han abordado van desde la participación en espacios comunitarios para la provisión de cuidados (González et al., 2019; Gómez-Rubio y Mazzucchelli, 2022); la participación en clubes de mujeres mayores en sectores rurales (Caro, 2017); la experiencia de cuidados en sectores urbanos de la región metropolitana (González y Guizardi, 2021a; González y Guizardi, 2021b); trayectorias de vida de mujeres centenarias (Osorio et al., 2022); experiencias colectivas de mujeres en la contingencia del Covid-19 (Mazzucchelli et al., 2021); o el uso de las tecnologías digitales (Bodoque et al., 2022). No obstante estos trabajos y los aportes sugeridos, se observa un vacío en la indagación en torno al envejecimiento, la vejez y la articulación con el territorio, considerando que desde el campo de la geografía del envejecimiento es

ampliamente reconocido el papel que juegan los lugares, en su dimensión física, social y simbólica, sobre la calidad de vida de las personas mayores (Prieto-Flores, 2021). De igual forma, están ausentes estudios sobre envejecimiento en territorios aislados.¹⁶

1.3.¿Por qué abordar en envejecimiento desde una perspectiva feminista y la memoria territorial?

Las razones por las cuales me interesa estudiar el envejecimiento tiene que ver principalmente con desvelar las imágenes que posee una parte de la sociedad chilena, porque el proceso de envejecimiento tiene un ritmo diferente de comportamiento en las distintas regiones de Chile. Además, evidenciar ciertas dinámicas de poder discursivo presente que permite que algunas representaciones prevalezcan y otras sean ignoradas, sobre todo en aquellos territorios periféricos y más alejados del centro. Asimismo, poder deconstruir los relatos implícitos que se generan en esta sociedad, que nos lleva a configurar la realidad del envejecimiento de cierta manera, dotarla de sentido político, debatirlas y modificarlas. Las diferentes concepciones sobre el envejecimiento están sujetas a determinadas condiciones materiales y simbólicas que permiten que esta etapa de la vida se desarrolle en forma plena, como se verá más adelante en el capítulo sobre perspectivas teóricas, pues llegar a la vejez no tendría el mismo sentido según el contexto social en que esto ocurra; así por ejemplo, influyen las características del territorio donde se vive.

He mencionado lo heterogéneo que puede ser el envejecimiento y, dentro de esto, la edad, el género y el territorio son categorías claves para esta construcción. Además, en el imaginario colectivo, el envejecimiento no tiene mucho que ver con lo cultural, como resultado del predominio de las narrativas de tipo biomédicas. Estas situaciones sirven para reafirmar la necesidad de seguir investigando sobre el envejecimiento desde un acercamiento cualitativo, etnográfico y feminista.

¹⁶En Chile, son consideradas localidades aisladas las que por sus características demográficas, de infraestructura y de acceso a servicios enfrentan dificultades para integrarse al ritmo de desarrollo del resto del país (Subsecretaría de Desarrollo Regional y Administrativo, 2012). En ellas se concentra el 1,1% de la población nacional. Si bien el valor es bajo, contiene disparidades territoriales notables, pues mientras el 0,1% de la población de la región Metropolitana está aislada, en Aysén lo está el 11,4%. Además, entre el 54% y el 81% de las localidades de las zonas extremas son aisladas. Son áreas diversas, que reúnen zonas de montaña, archipiélagos, islas oceánicas y territorios fronterizos.

Una de mis premisas de partida es que lo que determina el envejecimiento no es la edad cronológica sino el hecho de haber vivido los ritos, experiencias y costumbres atribuidas a cierta edad y género. Si bien es cierto que podemos tener como referencia más o menos universal para este análisis las distintas ideas y posturas, no es menos cierto que el contenido de las vejeces está directamente relacionado con un territorio y contexto determinado. En este sentido, es importante problematizar desde el propio contexto geográfico, los imaginarios sociales de las y los actores que se apropian del territorio y de qué forma este influye en la construcción que se realiza del envejecimiento (Prieto-Flores, 2021). Y también de qué forma la conformación de la memoria del territorio, de los sistemas de producción y de la política en general van permeando los discursos, desde espacios concretos, en realidades cotidianas y visibilizando otra forma de comprender el mundo. En el caso de esta investigación, la producción de conocimiento es a partir de determinados discursos, desde los/as actores y la reivindicación de la propia experiencia y visión del mundo. Tanto la experiencia como la conciencia de esa experiencia, está atravesada por la manera en que se experimenta, se problematiza y se actúa en torno a una matriz que implica comprender cómo interactúan otros sistemas de opresión.

Como planteaba en párrafos anteriores, el acercamiento es desde una perspectiva cualitativa, etnográfica y feminista, esto tiene que ver con la forma en que, como investigadora, me posiciono frente al quehacer en investigación. En efecto, las perspectivas críticas feministas en investigación social (Blázquez, 2012; Haraway, 1991,1998; Harding, 2004, 2012) han cuestionado los modelos hegemónicos de construcción y validación del conocimiento científico insertos en mecanismos de poder androcéntricos y patriarcales. A estas perspectivas se suman enfoques críticos de la subalternidad (Spivak, 2003), cuestionando las perspectivas universalizantes y hegemónicas en el interior de los propios feminismos mediante la articulación de las críticas feministas latinoamericanas (Curiel, 2014; Espinosa, 2019; Suárez y Hernández, 2008).

En este sentido, como investigadora ocupé un lugar en un sistema de relaciones que me permitió conocer dicho mundo social, que obedece a trabajos previos, que han (re)orientado las miradas, las preguntas, las categorías y, en general, al constante cuestionamiento de las interpretaciones que estoy realizando. En otras palabras, Haraway (1998) sostiene que todo conocimiento se produce en situaciones históricas y sociales

particulares, el conocimiento se crea a partir de conexiones parciales entre posiciones materiales y simbólicas, lo que implica también no abstraerme de lo problemático de organizar mis observaciones y reflexiones sin abstraerme de mi contexto social, material y cultural. Siguiendo con estas ideas, Haraway (1998) también plantea que estos conocimientos son parciales, ya que surgen a partir de articulaciones particulares que están en continua transformación, en una relación permanente de construcción social de las realidades que se producen y reproducen. Por lo tanto, intento reconocer que esta producción de conocimiento es un acto político y hacerlo de manera consciente y responsable, en este caso particular, exponiendo los discursos de personas que viven en un territorio que habité, el espacio de la Patagonia austral chilena.

Asimismo, comparto desde las epistemologías feministas, que uno de los objetivos principales es devolverle la voz a los y las sujetos o colectivos no hegemónicos (Blázquez, 2012), subalternos, oprimidos o silenciados en muchas investigaciones, pero no sólo visibilizar sus puntos de vista, sino desenterrar nuestro desconocimiento sobre su potencial agencia de cambio, teniendo en cuenta las diferencias de género en todo el proceso metodológico. Desde diferentes posiciones, las personas viven diferentes realidades, es decir, habría una relación inseparable entre la posición de conocimiento y el conocimiento generado, con el reto que implica mantener una crítica constante a mi proceso de investigación. Los conocimientos situados son encarnaciones en las que la posición desde la cual se observa define las posibilidades de lectura y acción (Haraway, 1998). Por lo tanto, como investigadora he estado convencida de haber realizado una etnografía centrada en la experiencia en primera persona, y haber escuchado a los y las habitantes y particularmente a las personas mayores del extremo sur de Chile.

Esta perspectiva me permitió reflexionar las transformaciones en el territorio, también con la posición de ser una habitante envuelta en los procesos históricos, pues en esta tesis se exponen los discursos de otros/as, de sus formas de imaginar el envejecimiento, cómo se van percibiendo los cambios y la reflexión de la posición como investigadora. También, desde el punto de vista feminista (Harding, 2004) que se centra en la experiencia de las mujeres y el privilegio de mirar desde los márgenes, asimismo, Haraway (1991) insiste en que el mero ejercicio de posicionamiento es el que proporcionaría la objetividad. Al contrario, como alternativa a la ciencia androcéntrica o a la salida relativista cínica, propone: “los conocimientos parciales, localizables y críticos,

que admiten la posibilidad de conexiones llamadas solidaridad en lo político y conversaciones compartidas en la epistemología” (Haraway, 1991, p. 329). Esta autora considera que es a partir de la parcialidad, y no de la universalidad, que se logra el conocimiento racional. Cuando se habla de conocimientos situados, debería añadirse el apellido “conectados parcialmente”, pues no basta con localizar el conocimiento o con ser crítica; necesitamos un circuito universal de conexiones, basado en la habilidad parcial de traducir (Araiza, 2013).

De este modo, intento alejarme de la idea trascendental del yo-investigadora y buscar en la parcialidad una objetividad. Haraway (1991) usa la metáfora de la vista para criticar la característica de la ciencia tradicional de pretender que la mirada es omnisciente, que se tiene todo el conocimiento o la verdad sobre algo, en cambio, se aboga por la parcialidad, por la mirada situada. No se trata de mirar desde ningún lugar en concreto para describir un conocimiento universal, sino de ocupar una posición para mirar desde ahí y obtener un conocimiento parcial, un conocimiento encarnado, un conocimiento que busca siempre conectar con otras/os. Así, se asientan las bases para poner en práctica la epistemología feminista desde cualquier tipo de conocimiento que se busque. Por lo tanto, no hace falta que este gire solo en torno a las mujeres.

1.4. Propósito de la investigación: preguntas, premisas y objetivos

1.4.1. Preguntas de investigación

La pregunta central de esta investigación es **¿Cómo actualmente se está configurando el envejecimiento en las regiones de Aysén y Magallanes en el extremo sur de Chile?**

El tema del envejecimiento ya no suele generar rechazo, pero tampoco se han modificado sustancialmente las construcciones negativas asociadas a ello. La situación se percibe indudablemente conflictiva, y analizarla desde la perspectiva de la relación entre generaciones puede arrojar un poco de luz sobre la problemática. La idea principal es contribuir a una mejor comprensión de las subjetividades en la construcción del envejecimiento en la sociedad chilena, desde la perspectiva que considera a las personas mayores como un grupo heterogéneo y con modos de envejecer diversos, abordando la

vejez como un producto construido socialmente a lo largo del curso de la vida (Yuni, 2011) relevado por las relaciones de género que se establecen.

Parto de la premisa de que las transformaciones sociales y económicas asociadas al cambio demográfico ponen en tensión las relaciones intergeneracionales, que podrían estar marcadas por el territorio geográfico donde se comparten prácticas materiales y simbólicas. Envejecer en las regiones del extremo sur de Chile tiene un componente diferencial, anclado en el aislamiento y elementos socioculturales, con una fuerte interdependencia con la identidad local-regional. En virtud de lo planteado, las preguntas específicas que propuse para esta investigación son:

- ¿Cómo emergen los discursos y subjetividades asociadas a la construcción del envejecimiento en la Patagonia austral chilena?
- ¿Qué continuidades y rupturas se evidencian en los discursos de las generaciones en la comprensión del proceso de envejecimiento?
- ¿Cuáles son los elementos estructurales e identitarios del territorio que permean las construcciones del envejecimiento?
- ¿Cómo se manifiestan las desigualdades de género en la construcción del envejecimiento? ¿Cómo se construye el envejecimiento a través de las relaciones de género?
- ¿Qué condicionantes de exclusión social y estrategias de agencia se expresan entre las mujeres?

Teniendo en cuenta estas interrogantes, esta investigación la fundamento en las siguientes premisas de partida:

- a) El envejecimiento se construye socialmente, determinando con ello una serie de valoraciones diversas e interconectadas en relación con un amplio sistema social, económico y cultural. En este andamiaje, las desigualdades de género se transforman en un fenómeno determinante por el cual el envejecimiento se construye.
- b) El territorio juega un papel fundamental con relación a las transformaciones que afectan la vida de las/os sujetos. En este contexto, el “envejecimiento” observado desde las habitantes de la Patagonia, aporta a una comprensión de este proceso, e

incorpora el desafío de relacionarlo con las condiciones socio-estructurales de las cuales cada una habla.

- c) Los discursos allí producidos, se reproducen y tensionan intergeneracionalmente, de acuerdo a los determinados contextos sociales, políticos, económicos y culturales a través de los cuales se ha transitado. Así, el envejecimiento presenta una variabilidad de situaciones y posiciones, que se construyen socialmente y adquieren su significación a través del lenguaje. De esta forma, la interpretación del envejecimiento como un todo homogéneo es bastante difusa, pues es un proceso lleno de tensiones, cambios y permanencias, rupturas y continuidades con múltiples aristas.

1.4.2. *Objetivos de la investigación*

A partir de las interrogantes anteriores planteo el siguiente objetivo general de esta investigación:

Conocer y evidenciar la forma en que se construye el envejecimiento, teniendo en cuenta el género y las generaciones (o ciclo de vida) desde la relevancia de la identidad con el territorio que habitan las personas en la Patagonia Aysén y Magallanes.

Para responder a este objetivo general, he planteado cinco objetivos específicos, lo que me ha permitido delimitar el objeto de estudio y comprender los discursos de las tres generaciones. Son los siguientes:

1. Describir y analizar los discursos sobre el envejecimiento de tres generaciones en la Patagonia Aysén y Magallanes.
2. Determinar elementos de continuidad y ruptura que intervienen en la reproducción social y configuración del envejecimiento desde el punto de vista generacional.
3. Identificar y describir las prácticas y discursos de discriminación y exclusión hacia las personas mayores en la Patagonia para comprender las estrategias de agencia y resistencia en la vejez.

4. Indagar en la relevancia e identidad del territorio en la construcción social del envejecimiento desde las subjetividades en la Patagonia Aysén y Magallanes.
5. Comprender las experiencias y discursos sobre el envejecimiento estudiando los dispositivos que contribuyen a la reproducción de las desigualdades de género en el curso de la vida.



Úrsula Calderón – Canto (2)
Relatos y Cantos Yaganes

CAPÍTULO II: CONSIDERACIONES TEÓRICAS Y CONCEPTUALES

En este capítulo realizo, en seis secciones, la reflexión teórico-conceptual acerca del envejecimiento. Esto tiene como propósito referirme a las aproximaciones que me han servido como anclaje para esta investigación: el envejecimiento como categoría socialmente construida sobre determinados imaginarios sociales en campos sociales como la edad, el género, la mirada feminista y las subjetividades dentro de determinadas estructuras sociales, culturales y territoriales. De esta forma, pretendo aportar una visión de lo complejo que es definir el envejecimiento en el marco de las sociedades contemporáneas.

La significación de las experiencias vividas como un ejercicio de reconstrucción y representación, son elementos que nutren y crean un imaginario social del envejecimiento, lo que lleva a que esta perspectiva se centre finalmente en el enfoque del curso de la vida. Además, este enfoque permite reconocer y abordar el proceso desde las singularidades del territorio que se habita, con procesos identitarios particulares, donde se solapan generaciones que conviven por mucho más tiempo con relaciones de género instaladas.

2.1. La vejez y la edad como categorías sociales y culturalmente construidas.

Berger y Luckmann, sostienen que la realidad se construye socialmente, por lo cual se deben analizar los procesos mediante los cuales esta se produce. La sociedad es, al mismo tiempo, realidad objetiva y subjetiva, producto de un continuo proceso dialéctico de exteriorización y objetivación, a la vez que de internalización y subjetivación, por ende “la sociedad es una producción humana. La sociedad es una realidad objetiva. El hombre es una producción social” (2005, p. 66). Esto me sirve para explicar cómo la sociedad es creada por las personas y cómo, simultáneamente, las personas son creadas por la sociedad. Domingues además incorpora el concepto de “subjetividad colectiva” que presenta mayores implicancias, y lo propone para desestimar cualquier visión de las “estructuras” como poseedoras de un carácter sustantivo, porque “ellas tienen una utilidad solo heurística, pues son elaboradas por el investigador como una instantánea de una formación social de cualquier magnitud en un momento dado” (2009, p. 163). De este modo, se concibe que la vida social esté tejida por la interacción entre individuos, y

subjetividades colectivas, es decir, así como las personas mayores ejercen un impacto causal sobre otros, lo mismo ocurre con las colectividades. Por ello, el significado que las/os otros atribuyen a las categorías de edad, permite afirmar que las personas se producen a sí mismas y producen su realidad. La interacción entre las personas mayores con otras mayores o jóvenes, permite que las personas se reconozcan, entrega una identidad y las sitúa en la “realidad”. En este sentido, la construcción conceptual de la vejez es producto de la tensión entre categorías conceptuales y el contexto sociocultural desde el cual se definen. Explicitando aún más la propuesta de Berger y Luckmann (2005) con la externalización, se releva que el orden social es un producto humano, tanto por su génesis (ya en el pasado fue construido por personas) como por su existencia, dado que solo puede existir en ese orden – en el presente y en el futuro – si existen las personas que lo sostienen; de esta forma, la vejez como categoría social es un producto humano, ya que es construido por personas, en tanto esa categoría.

La objetivación es el proceso que convierte los productos de la actividad humana en algo exterior a ella. Este proceso incluye la institucionalización y la legitimación. La primera, es la repetición de una acción que se convierte en típica y que al pasar a otras generaciones aparece como objetiva. En este sentido, el envejecimiento aparece como una realidad objetiva para todas/os aquellos/as que envejecen o que son mayores de 60 años, junto con las tareas asociadas a la edad cronológica, como retiro, jubilación, cuidado de nietas/os, sabiduría y otras actividades “propias” de la vejez que han pasado de una generación a otra. La segunda, abarca los conocimientos y normas que explican y justifican las instituciones: mitología, teología, filosofía o ciencias; por ejemplo, los mitos e imágenes sobre la vejez que contribuyen a legitimar su visión negativa. La internalización implica la aceptación subjetiva de algo que viene desde afuera de sí misma y que aparece como si fuera objetivo, aunque en realidad es una construcción subjetiva de otras personas; esto se produce cuando hay suficiente grado de internalización como para considerarse miembros de una sociedad. Cuando se dice, por ejemplo, que la vejez es decadencia, porque se ve a las personas mayores como frágiles, se está demostrando un altísimo grado de internalización.

De esta manera, la vejez, que alberga a un grupo importante de la población actual, se transforma en una realidad imposible de ser ignorada por las personas, tanto en ideas como en actos. La vida cotidiana en este espacio que se habita, según Berger y Luckmann,

se presenta como “una realidad interpretada por los hombres, y que para ellos tiene el significado subjetivo de un mundo coherente” (2005, p. 36). Los significados de las cosas en la realidad natural, si se aparta la vejez del elemento biológico-natural, la construcción de esta y cómo se ve, son independientes de las construcciones objetivas. La construcción social de la realidad y el conocimiento con el cual se trabaja esta construcción, están ligados, en el sentido de que la realidad como tal está fundamentada en el conocimiento, Berger y Luckmann (2005). Este conocimiento llega a ser relativo, por ende, lo que es real para una determinada persona, no tendría por qué ser real para otra. Esto se puede apreciar en las diferentes regiones de Chile, donde las concepciones y fundamentos varían según la geografía de cada lugar; un ejemplo claro es el relativismo social que se desarrolla en Magallanes y Aysén, comparado con el que se construye en las regiones del norte grande del país, donde las/os sujetos forjan su propia realidad y distintas maneras de verla, según los propios conocimientos que adquieren de una temporalidad común.

En el ámbito de la vejez, se evidencia que el complejo de significados subjetivos que rodea a la edad se acaba convirtiendo en facticidad objetiva. En este sentido, Berger y Luckmann (2005) apuntan a que “basta con definir la realidad como una cualidad propia de los fenómenos que reconocemos independientes de nuestra propia volición - no podemos hacerlos desaparecer - y definir el conocimiento como la certidumbre de que los fenómenos son reales y de que poseen características específicas” (p. 11). Actualmente, develar lo que socialmente queda establecido como realidad para las personas en la vejez, es una tarea muy interesante, pues para ellas se difuminan los modelos claramente definidos. Esta propuesta tiene la posibilidad de arrojar algunas luces para la comprensión del envejecimiento en la sociedad contemporánea, una sociedad marcada por una modernidad o varias modernidades que se dieron cita aquí y pugnar por la hegemonía, enriqueciendo con sus propuestas la diversidad política y cultural del país. La posibilidad de analizar el envejecimiento como una construcción humana, permite la multiplicidad de intenciones, situaciones, posibilidades, y tipificaciones, acciones que suceden y se transforman permanentemente en los distintos grupos que comparten un tipo de vida en el país.

Como categoría social, la edad es uno de los determinantes básicos en la asignación de la posición y los roles asignados a las personas en las estructuras sociales y económicas de las distintas sociedades. En este sentido, entendemos a la edad como una categoría

dinámica, relacional y espaciotemporalmente construida (Filardo y Muñoz, 2001; Martín Criado 2009; Gutiérrez y Ríos, 2006, Feixa, 1996). También la edad ha sido abordada como un dato que incide en la estructura social y demográfica; en este sentido, desde la perspectiva de Bourdieu (2000) se podría decir que la edad es un campo social. Los campos sociales se presentan como espacios estructurados de posiciones cuyas propiedades dependen de su lugar en dichos espacios y pueden analizarse independiente de las características de sus ocupantes (Bourdieu, 2000). Para que funcione un campo, es necesario que haya algo en juego y personas dispuesta a jugar, que esté dotada de los *habitus* que implican el conocimiento y reconocimiento de las leyes inmanentes al juego, de lo que está en juego, etc. (Bourdieu, 2000). En esta categoría los modos únicos de envejecer se encuadran en lo que se ha construido a lo largo del curso de la vida. Así, entre el envejecer y las edades, la vejez se inscribe en un campo acotado de funcionamiento y de la práctica social. Sin embargo, al interior del mismo, la edad se presenta también como el capital simbólico, en cuya disputa se constituye el campo de la edad” (Gutiérrez y Ríos, 2006, p. 28).

En la división lógica entre jóvenes y viejos está la cuestión del poder, de la división (en el sentido de repartición) de los poderes. Las clasificaciones por edad (y también por sexo, o, claro, por clase) vienen a ser siempre una forma de imponer límites, de producir un orden en el cual cada quien debe mantenerse, donde cada quien debe ocupar un lugar (Bourdieu, 2000, p. 119).

Las clasificaciones por edad (entre otras) es una forma de imponer límites, de producir un orden en el que cada quien debe mantenerse, debe ocupar su lugar. En este sentido, las relaciones entre la edad social y la edad biológica son muy complejas. A partir de estas consideraciones, Bourdieu (2000) considera que es posible reconocer tres tipos de capitales:

El *capital económico*, está compuesto por dinero y, en general, el patrimonio que tiene cualquier persona en forma de propiedad, acciones, bienes materiales acumulados, etc. Garantizar la seguridad económica en la vejez, reconociéndose como derecho humano, es un desafío, avanzar hacia un efectivo sistema de seguridad social e incrementar el acceso a un empleo decente para quienes deseen permanecer en el mercado laboral. Para lograr esto, se requiere impulsar una transformación cultural que tenga en su centro la valoración e integración de las personas mayores, en el marco de una vejez activa.

El *capital social* ofrecido dentro del campo social está compuesto básicamente por el circuito de relaciones estables que redundan en el conocimiento de otras personas y, a su vez, en la posibilidad de ser reconocidas por ellas. También forma parte del capital social la pertenencia a grupos sociales que pueden oficiar como proveedores de prestigio o de vinculaciones para acceder a determinados posicionamientos en distintos campos sociales. Las personas mayores evidencian una forma de ciudadanía donde los vínculos sociales y el sentido de pertenencia se desarrolla principalmente en grupos pequeños, más que la relación con su entorno o comunidad en general, con una desvinculación de los temas políticos. En Chile existe una institucionalización en materia de las personas mayores y del envejecimiento por parte del Estado y gobiernos locales, pero es necesario fortalecer su accionar de una forma articulada, descentralizando la política pública, fomentando la asociatividad de las personas mayores a través de organizaciones funcionales territoriales. Este fortalecimiento no tiene relación con la creación de más asociaciones sino está dirigida a ampliar las posibilidades de estas organizaciones y empoderar a las personas mayores, fortalecer su ciudadanía activa.¹⁷

El *capital simbólico*, este valor, en general, atraviesa todos los campos y, si se quiere, es un derivado de la posición de cualquier tipo de capital que haya sido apropiado. Este capital se vuelve eficiente en la medida que es percibido y reconocido por los demás. Una forma de capital simbólico es la juventud, en la medida en que actúa como propiedad que responde a unas “expectativas colectivas”, socialmente constituidas, ejerce una especie de acción a distancia. La gente aprecia la juventud y se utiliza como ese valor apreciado para mejorar una posición social, la experiencia individual de los cambios corporales asociados al paso del tiempo cronológico es una forma de relaciones significantes de poder y una categoría social impuesta sobre un cuerpo sexuado.

Es decir, la edad es una de las dimensiones de la desigualdad social presente en las sociedades, dado que, tal como señala Bourdieu (2000), las divisiones en edades imponen límites y reproducen un orden donde cada quien debe mantenerse en su lugar, es por ello

¹⁷ Tesis sin publicar Los Marcos Interpretativos en la Política Pública hacia las Personas Mayores: Asociacionismo y Ciudadanía en el Fondo Nacional para el Adulto Mayor en la región de Magallanes y Antártica Chilena, Máster en Metodologías de Investigación en Ciencias Sociales, Universidad Complutense de Madrid (2011).

que en la división entre edades está la cuestión del poder. La edad como capital simbólico es, por tanto, una de las dimensiones de lo social que crea identidades y forja desigualdades sociales, y una construcción social que va adquiriendo diferente significación a lo largo del curso de la vida (Gutiérrez y Ríos, 2006). Al respecto, Martín Criado (2009, plantea que las clases de edad son construcciones sociales vinculadas al concepto de edad social.¹⁸ Rescata para estas categorías una “esencia social” oponiéndose explícitamente a conferirles alguna “esencia psicológica”, es decir no dependen de una serie de “naturalezas psicológicas” previas, sino que se construyen en el seno de cada grupo social en función de sus condiciones materiales y sociales y, sobre todo, de sus condiciones y estrategias de reproducción social (Martín Criado 2009). Vale decir que el concepto de edad social complejiza, tensiona, desestructura y desafía tanto al sentido común como a los imaginarios que rondan y han rondado la categoría edad, proponiéndola como una construcción social y cultural a través de la cual al interior de las sociedades los diferentes grupos sociales organizan sus actividades (Gutiérrez y Ríos, 2006). Para estudiar a las distintas clases de edad, habría que partir de teorizaciones sobre la estructura social y la producción de sujetos y de ahí desarrollar las conceptualizaciones sobre clases de edad y generaciones (Martín Criado, 2009). Las clases de edad difieren en su contenido y su extensión según los campos, las clases sociales y las fracciones de clase.

La edad configura diferentes formas de percibir las experiencias de vida, las expectativas sociales y las necesidades de las personas, con ciertas pautas sociales de acuerdo a la edad (Osorio, 2010). Las sociedades modernas han instituido una separación por edades entre la escuela, el trabajo y la jubilación, que se extiende a la mayoría de formas sociales, desde organizaciones de ocio hasta agrupaciones informales de los ritmos colectivos del espacio urbano. Sin embargo, la manera cotidiana o habitual de vivir esa separación en un contexto de transición demográfica, puede tomar distintas formas (Fernández Ballesteros, 2000); en este sentido, además es importante considerar que las diferencias generacionales se solapan con las diferencias sociales, y que la perspectiva generacional es también un cuadro de lectura que puede abrir nuevas pistas y enriquecer la reflexión sobre numerosas cuestiones relacionadas con la vejez y el envejecimiento.

¹⁸Serie de derechos, privilegios, deberes, formas de actuar, por una “esencia social” y delimitada por una serie de momentos de transición que difieren históricamente: matrimonio, servicio militar, primera comunión, certificados de escolaridad, etc.

Aunque tiene un indudable valor simbólico, lo cierto es que la edad no tiene por qué determinar la vida de las personas, y eso es, precisamente, lo que hace interesante aproximarse al grupo de “personas mayores”. Los períodos en los que se suele subdividir el ciclo vital no son estáticos, la edad es una categoría social y, por ende, representada y definida en una sociedad determinada, lo que tiene consecuencias reales en las vidas de las personas (Kehl y Fernández, 2001). Al contrario, los períodos del ciclo vital han sido objeto de una gran flexibilidad en función de circunstancias o intereses concretos, de manera que se les han asignado distintas atribuciones o exigencias a lo largo de la historia y en diferentes culturas (Grin Debert, 2011). Lo más probable es que las diferencias entre las personas se incrementen a medida que pasen los años y no suceda el fenómeno contrario, pues “dos personas de 80 años son mucho más distintas entre sí que otras (dos) de 10 o 40, por la simple razón de que aquellas han vivido más años y en situaciones más diversas” (Riera, 2005, p. 106). Más allá de las disparidades que marcan las trayectorias vitales, una persona de más de sesenta años no sólo es diferente de otra de su misma generación, sino que lo es aún más que otra persona de la misma edad perteneciente a generaciones precedentes.

La fijación de una edad en la que se determine la entrada en la vejez,¹⁹ como ya se ha manifestado, es algo totalmente arbitrario y está en función de criterios demográficos, económicos y culturales. Esta división se está revisando por temas estrictamente económicos que se basan en una concepción productivista de la sociedad que excluye a las personas, expulsándolas del mercado laboral al final de sus ciclos laborales. Precisamente, es la relación con ese mercado, el punto sobre el que gravitan las diferencias entre la mayor parte de las mujeres mayores que han envejecido sin cotizar para obtener una pensión propia, y aquellas que cada vez en mayor proporción, saldrán del mercado del trabajo al finalizar su vida laboral, como lo hacen en la actualidad prácticamente la totalidad de los hombres.²⁰

¹⁹ En Chile, una norma en el sistema de previsión social, son las distintas “edades legales” de jubilación para hombres y mujeres, 65 y 60 años, respectivamente. Esto implica que las mujeres tienen un período de acumulación menor que el de los hombres, al mismo tiempo implica que tienen una expectativa de vida mayor.

²⁰ El estudio “Cómo las Administradoras de Fondo de Pensiones (AFP) discriminan a las mujeres” muestra con una gran cantidad de antecedentes que en las AFP, una mujer de 60 años obtiene hoy una pensión que está muy por debajo de la de un hombre de 65 años, con el mismo fondo acumulado y ambas resultan muy inferiores a personas con la misma historia laboral que jubilan en el ex INP. Aún si ella renuncia a su

La cotidianidad muestra, sin embargo, cómo la superación de los 60 o 65 años, en perfectas condiciones físicas y mentales es cada vez más frecuente, por lo que se comienza a evidenciar una disociación entre la imagen de la vejez y los estados de dependencia que parecen desplazarse alrededor de los 85 años. Los avances médico-sanitarios y una mejora en la calidad de vida, han permitido retrasar el incremento de la morbilidad y la dependencia invalidante. En cuanto a posibles factores que se asocian con la dependencia, la evidencia disponible muestra que existe una estrecha relación entre esta y la edad, pues el porcentaje de personas con limitaciones en su capacidad funcional, aumenta en los grupos de población de mayor edad en todas las sociedades (Acosta et al., 2018). En Chile, este aumento en las tasas de prevalencia por grupos de edad, no se produce a un ritmo constante, sino que se acelera notablemente alrededor de los 80 años (SENAMA, 2017).

La edad como campo social configura diversas formas de “envejecer”, no se trata solo de una etapa sino de un proceso en el cual el devenir biográfico, cultural y económico, entre otros, juegan un papel fundamental. No sólo la perspectiva demográfica- que finalmente se puede transformar en una trampa a la hora de realizar un análisis- es necesaria de abordar, en este contexto, el “envejecimiento” observado desde miradas más integradoras aporta una comprensión de este proceso, e incorpora el desafío de relacionarlo con las condiciones socio-estructurales de las cuales cada uno/a habla.

2.2. Sobre los conceptos de envejecimiento y vejez

El envejecimiento que adquiere distintos significados que están en función de diversas categorías (raza,²¹ género, posición social, ubicación geográfica, entre otras). Se refiere a un proceso vital que se ha ido diversificando en sus contenidos debido a la mayor longevidad de la población (Fernández y Rojo, 2021) y la heterogeneidad de las personas

derecho a jubilar a los 60 años y espera a los 65, su pensión resulta significativamente inferior a la de un hombre de la misma edad e igual fondo. En el antiguo sistema público de pensiones, en cambio, una mujer tenía derecho a jubilar a los 60 años, con una mejor y más igualitaria pensión que la de un hombre de 65 con el mismo sueldo y número de años contribuidos. El estudio muestra que ello se origina en la consideración de las diferencias en la esperanza de vida como factor del cálculo de las pensiones de las AFP. Sin embargo, no se consideran grandes diferencias en este parámetro, por ejemplo, entre los grupos de mayores y menores ingresos. Solo se considera en el caso de las mujeres, con grave perjuicio hacia ellas y sus familias. Para más información ver:

<http://www.cendachile.cl/Home/publicaciones/temas/reforma-pensiones/actualidad/discriminacion>

²¹ Entendida “raza” en términos de ficción construida, como una invención colonial para fundamentar “relaciones de superioridad e inferioridad establecidas a través de la dominación” y basadas en criterios biológicos (Lugones, 2008, p. 19).

mayores (Oddone, 2013). Comprender el envejecimiento como un proceso implica observar los ciclos vitales de las personas desde una perspectiva diferente a la tradicional, que divide la vida en etapas cronológicas (Yuni, 2011). Ello significa entonces que “estudiar el envejecimiento implica analizar los cambios que se producen en las personas a medida que aumenta su edad, pero son los cambios, y no la edad, los que definen en última instancia las condiciones en las que se produce el fenómeno” (Prieto et al., 2009, p. 46).

El envejecimiento y la certeza de alcanzar la vejez como etapa de la vida, trastoca los cursos vitales, desdibujando las fronteras etarias y la separación de ámbitos que antes eran claramente distintos, como la educación, el trabajo y el ocio, entre otros. Las obras de autores como Schroots (1996); Bengston et al. (1997); Tornstam (1992) constituyen hitos importantes para guiar la reflexión teórica necesaria para desentrañar el saber y el hacer gerontológico. Estos autores describen el proceso de producción de teorías -iniciado en la década de los 40-, identificando sucesivas generaciones teóricas que fueron perfilando diferentes aspectos del envejecimiento. Asimismo, Pérez Ortiz (2006) realiza una clasificación de las diferentes teorías, tomando como variables significativas la edad y la estructura social, “existe el concepto de edad porque la estructura social lo desea. Edad y sociedad se contienen la una a la otra delimitando el terreno donde surge con propiedad el fenómeno de la vejez” (p. 21). Por ello, organiza las teorías en función del peso que tiene cada una de ellas y de cada una de las variables significativas (tabla 1). Con el criterio de la edad se encontrarán las teorías de la estratificación por edad (Riley, 1971); del ciclo vital (Clausen, 1986; Hultsch y Deutsh, 1981) y de la modernización (Cowgill y Holmes, 1972). Con el criterio de la estructura social se incluye la teoría de la subcultura (Rose, 1962); de la economía política del envejecimiento (Estes, 1993; Walker, 1980); de la desvinculación (Cumming y Henry, 1961), de la actividad (Havighurst, 1961) y la continuidad (Atchley, 1989).

Tabla 1 Teorías de la Gerontología Social

<i>Criterio</i>	<i>Teoría</i>	<i>Supuestos</i>
<i>Edad</i> <i>Estructura Social</i>	Estratificación por edad	Las sociedades están estratificadas por edad y clases sociales. La estratificación por edad determina las funciones sociales y quiénes las desempeñan.
	Ciclo vital	El ser humano debe ser estudiado en todas las etapas de la vida. No puede reducirse a lo biológico y a lo socio-histórico, sino que debe estudiarse la interacción entre ambas dimensiones de la vida humana.
	Modernización	La posición de prestigio social de las personas mayores experimenta una transformación, según se moderniza una sociedad. La pérdida de la posición de prestigio social de la vejez es una característica estructural de las sociedades modernas.
	Actividad	Las personas que se mantienen activas estarán más satisfechas con sus vidas y mejor adaptadas a su ambiente social
	Desvinculación	Las personas mayores están en disposición de separarse de la sociedad por la declinación inevitable de sus habilidades y por la expectativa universal de la muerte. Esta separación es necesaria para que las instituciones sobrevivan y para que las personas jóvenes tengan un lugar en la sociedad
	Subcultura	Las personas mayores mantienen una identidad social mediante su membresía a una subcultura
	Continuidad	Las personas mayores son iguales y tienen las mismas necesidades psicológicas y sociológicas que en la edad mediana. La vejez no implica un cambio drástico en la vida, sino una extensión de las etapas anteriores.
	Economía política del envejecimiento	Considera que el estatus, los recursos de las personas adultas mayores y la trayectoria del propio proceso de envejecimiento, inclusive, están condicionados por factores económicos y sociales. Por ello es relevante, centrarse en los procesos sociales que determinan la distribución de los recursos.

Fuente: Elaboración propia sobre la base de Pérez Ortiz (2006).

En este sentido, los cambios demográficos respecto del envejecimiento, como han mostrado Bazo (2012), Huenchuan (2016, 2018), Osorio (2006a, 2006b, 2010) entre otras, son un fenómeno social que se asocia a la experiencia de las personas. Además, este fenómeno se construye culturalmente, remitiendo a problemáticas muy particulares, que a su vez se diferencian cuando se incorporan elementos territoriales, de género, económicos, sociales y políticos, “la reflexión sobre las diversas vejez implica desafíos hacia el futuro para considerar y, también, integrar los indicadores que sirven de insumos al diseño de las políticas públicas a las mujeres viejas, trans, lesbianas, negras, entre otras” (Aguirre y Scavino, 2018, p. 46). Por lo tanto, no solo son contruidos por las personas, sino también por las estructuras y sistemas en que ellas habitan.

Desde esta perspectiva, no se puede considerar el envejecimiento como una categoría homogénea, ya que, a pesar de las condiciones históricas y separaciones etarias, se cuenta

con múltiples contextos y diferentes formas de interpretarlo (Katz y Calasanti, 2015). Asimismo, Salvarezza (2002) plantea que el envejecimiento sigue siendo un tema conflictivo, no solo para quien vive este proceso en sí mismo, sino también para aquellos/as que, sin ser viejos/as aún, cotidianamente la enfrentan desde sus roles personales y/o profesionales, y en general, todas las personas que forman parte de los diversos núcleos que conforman la sociedad. El grado de ajuste y adaptación a una nueva situación socioeconómica y física que representa el proceso de envejecimiento para cada una/o y las conductas que se adopten para evitarlo, estarán determinadas por la historia a lo largo del curso de la vida de quienes lo viven. Dicho proceso irá decantando, a través de sucesivas experiencias y relaciones, en una ideología general sobre lo que es el envejecimiento, cuáles son sus causas y consecuencias, y cuál es la mejor manera de vivenciarla.

Más allá de las magnitudes microeconómicas, el envejecimiento tiene un significado para las personas y las sociedades, y la valoración que se hace es propia de cada sociedad y cultura (Grin Debert, 2011). Fernández Ballesteros (2000) sostiene que las concepciones en torno al envejecimiento se fundan sobre imaginarios que mantienen una visión negativa y no fundada. Algunos de nuestros imaginarios sociales están llenos de temores frente a la vejez, porque se supone que está asociada a la pérdida de lozanía, belleza, movilidad, memoria o deseo sexual (Freixas, 2013). De esta forma, existe una fuerte asociación entre vejez/fealdad, vejez/enfermedad y vejez/dependencia. En este sentido, la tendencia homogeneizadora de equiparar la edad cronológica, la edad fisiológica y edad social (Arber y Ginn, 1996; Fericgla, 1992; Osorio, 2010) ha llevado a la creación de las categorías de vejez y de envejecimiento en términos principalmente negativos. En cierta manera, los medios de comunicación y el Estado han tenido un papel fundamental en la construcción de las representaciones sociales en torno a la vejez, donde el poder de las imágenes negativas es lo que prevalece (Arnold et al., 2021), aun cuando esa interiorización pueda ser perjudicial culturalmente; advirtiéndose claramente en que las visiones más pesimistas se encuentran en las declaraciones de los más pobres y las más optimistas en los sectores con las mejores condiciones económicas (Arnold et al., 2021). La uniformidad es uno de los estereotipos que más negativamente afecta a la vejez. La consideración de la población mayor como un todo homogéneo, minimiza la heterogeneidad en un momento de cruce hacia esta etapa del curso de la vida individual. Los estereotipos y prejuicios son motores simbólicos de discriminación —a veces son

difícil de identificarlos- pero que se manifiestan a través de prácticas que ponen en desventaja a las personas mayores. Este periodo necesariamente está condicionado por las circunstancias que afectaron la biografía personal, y que, por lo tanto, supone situaciones, atenciones y demandas diferenciadas. En este sentido, Osorio (2010) precisa que la vejez como proceso, depende y se define según las demás etapas de la vida. Además, establece que en el resultado intervienen, combinados de forma diferente, la herencia genética, el estado de salud, el estatus socioeconómico, las influencias sociales de la educación, la ocupación ejercida, las diferencias por cohorte y la personalidad.

Por otro lado, el temor a la vejez impulsado por un mundo que muestra una marcada tendencia hacia la exaltación de la belleza física y la juventud, tiende a favorecer la reproducción de una serie de representaciones que se manifiestan veladas o explícitamente adversas hacia la vejez (Freixas, 2013). Este elemento, sin duda, tiene un gran peso en la visión discriminatoria de la edad, ya que la existencia de una veneración por parte de nuestra sociedad por todo lo que es joven, repercute en la exclusión de las personas mayores de los emplazamientos que suponen una visibilidad social. En general, los medios de comunicación no apelan a la persona mayor ni la representan; en este contexto, ciertas metáforas son claves para estructurar una comunicación que promueva la articulación de la adultez mayor como proyecto político (Thumala et al., 2017).

El peso de las imágenes negativas hace comprensible, natural y casi necesario que las personas mayores traten de separarse de la identidad del colectivo mayor, presentándose como jóvenes, activas e independientes. En estas circunstancias de presión social y emocional, el acercamiento a la vejez, como proceso vital inexorable, se sirve del miedo de ser incluida/o en el grupo de personas mayores, dada la invisibilidad social a la que está asociada. La práctica cotidiana está plagada de conductas en las que se sobrevalora la edad joven (Freixas, 2013), por ende, existe la necesidad de ocultar las marcas que deja en los cuerpos el paso del tiempo, con ello se alimenta a un importante mercado de la estética y la cosmética del que las mujeres eran las principales destinatarias, hasta que los varones, homosexuales primero y heterosexuales después, han empezado a ocuparse del cuidado corporal y el aspecto personal (Freixas, 2013).

Por otro lado, en la sociedad actual, hacerse mayor conlleva una pérdida de poder, de autoridad, de derechos, que se acentúa a raíz de la jubilación. El “edadismo”, en inglés

ageism (Butler, 1969), hace referencia a la discriminación por edad y se fundamenta en las categorías en las que esta sociedad sitúa a las personas mayores. El término *ageism* fue acuñado por Butler en 1969 y lo vinculó a otras formas de discriminación como el racismo y el sexismo, lo definió como la “estereotipación y discriminación sistemática de las personas por el hecho de ser mayores, del mismo modo que el racismo y el sexismo lo hacen con el color de la piel y el género” (p. 243). Así, se entiende como edadista, cualquier actitud, estructura social o institucional que subordina a una persona o grupo en función de la edad, así como la asignación de papeles sociales basados en ella.

No obstante, también se han planteado visiones distintas e interesantes, que tienen relación con el abordaje de la generatividad desde la perspectiva del “buen envejecer”, la cual se sitúa dentro de la propuesta de pensar el envejecimiento como un proceso en curso, y no como un proceso de término que implica entrar en el declive de la vida, como un desgaste, tal como lo plantean las miradas tradicionales de entender el envejecimiento. En esta propuesta, se “subraya la capacidad de las personas mayores de no sólo para mantener la autonomía y seguir implicados con la vida, sino también para experimentar nuevas ganancias en esta etapa del ciclo vital” (Villar et al., 2009, p. 61).

Este imaginario sitúa la generatividad como un proceso en el mundo adulto, definiéndola como “el interés por guiar y asegurar el bienestar de las siguientes generaciones y, en último término, por dejar un legado que nos sobreviva” (Villar et al., 2009, p. 63), es la idea de proyección y dejar huellas no solo en las generaciones venideras, sino en la enorme posibilidad de enriquecer a las instituciones sociales, por ejemplo, la comunidad. Del mismo modo que se enfatiza la idea de *proyección*, también se ha ampliado la idea de *participación generativa*. Por tanto, la proyección se define como una actitud favorable hacia cuestiones generativas, y la segunda, como la puesta en marcha y concreción de esa actitud favorable en comportamientos que suponen una contribución social y un beneficio para las generaciones venideras (Villar et al., 2013). Lo que sin duda se relaciona con la perspectiva de mirar la vejez con un gran potencial, en tanto, se entenderá que los procesos satisfactorios que conlleva el envejecer irán de la mano de la posibilidad de que la generatividad se proyecte con énfasis en lo que se denomina “buen envejecer”.

“La generatividad también implica un componente de desarrollo personal, de crecimiento y de madurez” (Villar et al., 2013, p. 898) y situarse en este análisis implica comprender

que, si bien el proceso generativo se considera un proceso de trascendencia (pensando en las generaciones venideras), el eje particular indica que estas prácticas y apuestas otorgan un sentido peculiar y valorado para quien lo vive: “contribuir aporta no sólo beneficios para los demás, sino también recompensas personales” (p. 898). Se propone entonces, comprender la existencia de “nuevas generaciones de personas mayores” quienes desde esta nueva perspectiva de generatividad, han desafiado lo institucionalmente construido, como se ha mencionado anteriormente, por ejemplo con la idea de declive, pues muchas de ellas tienen una vida muy activa, cumpliendo roles y funciones, principalmente en sus familias que les dan un lugar importante en la estructura de la sociedad:

Las personas mayores constituyen frecuentemente un pilar básico de sus familias, cuidando de sus nietos/as, apoyando a sus hijos/as en distintos niveles (económico, instrumental, etc.) o prestando cuidado a familiares dependientes. A nivel comunitario, muchos de ellas realizan también importantes contribuciones, mediante el trabajo no remunerado, el voluntariado o la participación cívica (Villar y Serrat, 2014, p. 347).

Desde esta perspectiva de la emergencia de la generatividad se encuentra la idea de participación comunitaria por parte de las personas mayores. Es un eje potencialmente importante, ya que se tiene la posibilidad de transformarse en un elemento concreto para apostar por “el buen vivir”, pues las personas mayores obtendrían importantes beneficios a nivel personal, contribuyendo de esta manera a su envejecimiento satisfactorio, al mismo tiempo que contribuirían a la generación de capital social y al desarrollo de sus comunidades (Villar y Serrat, 2014). Aunque, esta participación podría estar mediada o condicionada por los recursos con los que se cuenta para desenvolverse en el medio social, por ejemplo, el acceso a la salud, la educación o los ingresos. Pero quienes logran acceder a este tipo de participación están estrechamente relacionadas/os con la comunidad, es decir, quienes tienen mayor vínculo con redes sociales y confían en las dinámicas de reciprocidad, tienen posibilidades mucho más concretas de participación comunitaria.

Por lo anterior, existe una estrecha relación entre una vejez generativa y una propuesta por el “buen vivir”. La participación social de una u otra forma tendrá una implicancia en el mantenimiento del capital social y no solo en la práctica comunitaria como tal, sino también en los efectos positivos concretos en las propias personas mayores involucradas en las dinámicas de participación. Cabe destacar que en un trabajo reciente de revisión sobre voluntariado y vejez, se menciona que él:

Ejercer de voluntaria/o se ha asociado a numerosos indicadores de bienestar en estudios longitudinales, entre ellos: la reducción de la mortalidad, el incremento de la función física, la mejora en la autoevaluación de salud, reducción de los síntomas depresivos e incremento en la satisfacción con la vida (Villar y Serrat, 2014, p. 350).

Es decir, se ha generado una repercusión positiva en la trayectoria biopsicosocial de cada persona mayor involucrada en estos procesos. Esto posibilita plantear una determinada manera de pensar el envejecimiento que permite analizar las múltiples dimensiones que orientan su construcción, de manera que el envejecimiento se entiende como un proceso dinámico en la construcción social de la realidad. Esta concepción da lugar a la posibilidad de explorar las múltiples experiencias de las personas en sus distintos momentos vitales, marcados por sus trayectorias de vida o por una identidad asociada a su contexto y “ubicación en un mundo determinado y puede asumírsela subjetivamente solo junto con ese mundo” (Berger y Luckmann, 2005, p. 166).

2.3. El envejecimiento desde la perspectiva del curso de la vida

De acuerdo a lo planteado, el curso de la vida se ha configurado como una matriz epistémica para la interpretación multidimensional e interdisciplinaria y la descripción del desarrollo humano a lo largo de la vida. Estudiar el curso de la vida significa investigar trayectos, concepciones entre diferentes etapas de la vida o transiciones y sus circunstancias a lo largo del tiempo (Moen, 1996). Esto, con el objetivo de explicar cómo los mundos dinámicos cambian a las personas y cómo las personas seleccionan y construyen sus ambientes (Elder, 1998). Esta perspectiva se caracteriza por considerar al menos cinco aspectos: a) desarrollo a lo largo de la vida; b) agencia; c) tiempo y lugar; d) momento; y e) vidas vinculadas, cada una de las cuales proporciona un ángulo diferente desde el cual comprender y estudiar la vejez y el envejecimiento (Elder et al., 2006).

Sin embargo, el curso de la vida representa más que una idea sobre la ubicación cronológica de eventos importantes en las vidas personales o colectivas, ya que, pone de manifiesto la existencia de múltiples visiones que enriquecen el análisis sobre el envejecimiento, sustrayéndolo del ámbito meramente demográfico para apostar por el concepto de paradigma, lo que impulsa “la idea de cosmovisión, es decir, un conjunto de creencias, valores y significados a través de los cuales un grupo cultural se representa un objeto de conocimiento y los modos posibles de conocerlo” (Yuni, 2011, p. 31), esto

permite alejarse de la idea de linealidad, y abre la posibilidad de ir visibilizando y teorizando a partir del aspecto dinámico de la realidad social y cómo esta se desarrolla de acuerdo a múltiples elementos.

Desde las nuevas propuestas de las ciencias sociales se ha comenzado a considerar la vejez como una totalidad y como un desarrollo en el tiempo; también a cuestionar la articulación existente entre sus fundamentos biológicos y psicológicos y su inserción social e histórica, es en este contexto donde emerge el paradigma interdisciplinario del curso de la vida, que transita por una serie de propuestas que invitan a mirar este proceso desde diversos ángulos, por ejemplo, desde la emergencia y desarrollo del paradigma del curso de la vida ligado a cuatro corrientes de investigación.

Una primera perspectiva es el paradigma del *life span*. Más allá de que el origen de sus abordajes teóricos haya ayudado a comprender la dinámica de adolescentes y jóvenes, posterior a la segunda guerra mundial, este paradigma considera pertinente además observar el desarrollo humano general, a través de todos los ciclos de la vida. También permite mirar el ciclo de vida en forma no lineal al otorgarle movimiento, producto de las diferentes experiencias y expresiones a lo largo de la vida, ya que, “existen diferencias importantes entre los individuos en la velocidad del cambio y el nivel de funcionamiento” (Yuni 2011, p. 14); no obstante y a pesar de tener presente esta idea, su debilidad está en que la Psicología del Desarrollo aparece a menudo como insuficientemente abierta al contexto sociocultural, por tanto, el pensamiento de la teoría del *life span* se aleja de la consideración de que una persona no se construye socialmente en su contexto socio-histórico, sino que lo considera para realizar generalizaciones vinculadas a la construcción de medidas estándar.

En este desarrollo de ideas se abre paso el paradigma de la historia y vidas individuales, un aporte de Elder (1991) quien, a partir de estudios longitudinales con niñas/os, obtiene información en distintos períodos de la vida “en un principio de acuerdo a un intervalo anual para luego interrogarlos en algunos períodos de su edad adulta” (Yuni, 2011, p. 15). De esta forma se produjo un acercamiento a los procesos que experimentaban estos individuos, y cómo el contexto sociocultural y político iba marcando la trayectoria de sus vidas. Esta experiencia le permite a Elder (1991) centrarse en las diferencias intra-cohortes, además de realizar comparaciones entre la estructura social y los efectos

económicos del modelo en las personas estudiadas, aporte que será profundizado más adelante.

Otra perspectiva de estudio curso de la vida, tiene relación con las nociones de cohorte y de generación, que instan a comprender los eventos que marcan la vida humana, buscando transitar desde la noción de cohorte entendida “como conjunto de personas que han vivido un mismo evento demográfico en el curso de un período determinado” (Yuni, 2011, p. 12) hasta la realización del ejercicio de definir un anclaje común, cuya definición acerca inmediatamente el análisis del concepto de cohorte de edad al de generación socio-histórica, entendiéndose esta y en palabras de McAdams (1989) como “las relaciones sociales desarrolladas a través de la militancia política de los primeros años de la vida adulta que persisten en el tiempo y sirven de soporte a comportamientos y actitudes diferentes” (p. 13).

Por último, se encuentra la propuesta de la construcción social y cultural del curso de la vida. Mientras que Elder (1991) busca investigar la imbricación entre vida individual e historia de la sociedad a través del enfoque que propone, desde otros análisis emerge la idea de que “el desarrollo de la existencia es codificado, organizado social y culturalmente” (Yuni, 2011, p. 16), desde este contexto es imprescindible profundizar en el concepto de transiciones. Cain (1991) es quien acuña el concepto de curso de la vida, e incorpora todas las características ya planteadas, estableciendo que “el aumento de la longevidad, la estructura de las sociedades industriales avanzadas se organiza no solamente de acuerdo al agenciamiento de las clases o estratos socio-profesionales, sino también y cada vez más, de acuerdo a una organización en estatus de edad” (Yuni, 2011, p. 16) todo esto con el fin de visibilizar las trayectorias de vida que experimentan las personas en el camino de sus vidas, por lo tanto, “los estatus de edad están asociados a las etapas del curso de la vida; las transiciones organizan el paso de un estatus a otro” (Yuni, 2011, p. 16).

En consecuencia, no existe un modelo único del curso de la vida. Sin embargo, el que predomina en las sociedades contemporáneas es el que está organizado en torno al trabajo remunerado en tres periodos fundamentales, ordenados secuencialmente en educación – trabajo remunerado – jubilación, donde las trayectorias individuales pueden desviarse hasta cierto punto sin escapar del modelo básico (Cain, 1991). Por ejemplo, desde la

perspectiva de género en el curso de la vida, las diferencias son claramente diferentes e independientes, especialmente en cuanto al impacto que genera la presencia de hijas/os en el trabajo de las mujeres.

En este mismo sentido, y sin perder de vista el contexto socio-histórico y la estratificación social general, se percibe cómo el devenir construido va siendo trazado por el devenir del modelo económico y sus implicancias concretas en la vida individual de las personas, incluso más allá de sus fronteras biográficas. En consecuencia, para comprender la idea de curso de la vida, es necesario relevar la visión de tránsito, ya que, “el paradigma del curso de la vida sustituye la metáfora utilizada por la gerontología tradicional de ciclos, etapas o estaciones de la naturaleza por la noción de curso que posee una clara connotación de recorrido, apertura, continuidad, trayectoria e indeterminación” (Yuni 2011, p. 133); asimismo, se va estableciendo la idea de movimiento, de variabilidad y proceso, más allá del análisis meramente cronológico o demográfico de un momento del ciclo vital.

En esta misma línea, Bengston y Schaie (1989) sostienen que la adopción del paradigma del curso de la vida supone la resolución de cuatro cuestionamientos fundamentales que la gerontología tradicional no resolvía satisfactoriamente: 1) la naturaleza dinámica, contextual y procesual del desarrollo del envejecimiento; 2) las transiciones relacionadas con la edad y las trayectorias vitales; 3) cómo el envejecimiento está relacionado y moldeado por los contextos sociales, los significados culturales y la posición que ocupan las personas en la estructura social; 4) cómo el tiempo y la cohorte de edad modelan el proceso de envejecimiento para las personas, así como para los grupos sociales. Por lo tanto, más allá de la estructura demográfica, esta perspectiva se aproxima a la dinámica demográfica, lo que implica poner atención en las cotidianidades y en el sentido de la propia vida.

La propuesta de curso de la vida se ha ido construyendo desde diversas perspectivas, en ese devenir, la comprensión la realizó desde la existencia de tres conceptos básicos o ejes organizadores sustentan el análisis de este enfoque, a saber, trayectoria, transición y

turning point.²² El concepto de trayectoria se refiere a una línea de vida o carrera, a un camino a lo largo de toda la vida que puede variar y cambiar de dirección, grado y proporción (Elder, 1991); en cierto sentido, “corresponde a la visión a largo plazo del enfoque del curso de la vida y se puede definir por el proceso de envejecimiento o el movimiento a lo largo de la estructura de edad” (Blanco, 2011, p. 12). Esta noción implica posicionarse en el plano de la estructura social, y establecer los lugares que los individuos van ocupando en dicha estructura, la cual no se agota con la idea de conformarse con aparecer como nuevos sujetos viejos, sino que establece las posiciones en cuanto objetos y sujetos productores a la vez.

El otro concepto básico en esta perspectiva, es el de transiciones, que hace referencia a cambios de estado, posición o situación (pensada como el lugar que ocupa una persona en determinado tiempo y espacio), en las transiciones se asumen —o se entra a— nuevos roles, lo que puede marcar nuevos derechos y obligaciones y, a veces, implicar nuevas facetas de identidad social (Elder et al., 2006), se trata de procesos inevitables más allá de cualquier implicancia cultural, social o política que están presentes en todo individuo en cualquier momento histórico, y a pesar de estar en un período de vejez y que este genere un tipo de “persona mayor distinto” en cuanto a características prácticas, existen procesos que van a seguir ocurriendo.

En cuanto al *turning point*, “se trata de eventos que provocan fuertes modificaciones que, a su vez, se traducen en virajes en la dirección del curso de la vida” (Blanco, 2011, p. 13), se relaciona con “cambios de estado” con respecto a momentos estables de la vida, que se pueden reconocer en el paso de una transición a otra. Se trata de transformaciones observables y medibles de una experiencia concreta y significativa que implica generar un cambio en las trayectorias vitales, pero a diferencia de las trayectorias y las transiciones, estos “puntos de inflexión” “no pueden ser determinados prospectivamente; solo se puede hacer retrospectivamente y en relación con las vidas individuales” (Montgomery et al., 2008, p. 271).

²² “El término resulta difícil de traducir de manera exacta y sintética. Pero se puede decir que con esta expresión se quiere hacer referencia a momentos de cambio especialmente significativos, algunos autores de habla hispana lo han equiparado con el término “punto de inflexión”.

Aun cuando trayectoria y transiciones se encuentren en planos distintos de análisis, estas últimas siempre están contenidas en las primeras, es decir, tienen una implicancia mutua y son procesos que no se pueden entender por separado, sino comprendiendo ambos conjuntamente; junto a ellos, el proceso del *turning point*, implica un cambio cualitativo en el largo plazo del curso de la vida del individuo. Estos conceptos se transforman en la piedra angular para el análisis del curso de la vida, debido a que, por la naturaleza de cada uno de ellos, son capaces de entregar el contenido necesario para observar el proceso temporal subyacente, como también el sentido de movimiento vinculado a la experiencia personal biográfica e histórica de las personas.

De esta forma, el concepto de envejecimiento alude a una construcción mediada por las trayectorias, las transiciones, los puntos de cambio y las figuras biográficas múltiples, lo que hace inmensamente heterogéneo este grupo social. Si bien, resulta importante comprender los enfoques sobre envejecimiento, la mirada es compleja, ya que se hace necesario relacionar el fenómeno con las condiciones socio-estructurales, pero también con los momentos socio-históricos por lo que se transita.

El enfoque del curso de la vida manifiesta una mayor adecuación, en tanto que afirma que la diversidad está condicionada tanto por las limitaciones estructurales como por las culturales, así como por el peso de las categorías sociales que conforman las experiencias vitales de distintos grupos de personas en etapas concretas de sus vidas. Las desigualdades en la vejez comienzan a edades muy tempranas (Naciones Unidas, 2023). Esto se ha hecho patente siguiendo la línea de investigación integral que iniciaran Arber y Ginn, al considerar imprescindible en el análisis, el ámbito de lo público y de lo privado, además de la significación de la presencia de los sexos en uno u otro:

El género y el envejecimiento están estrechamente conectados en la vida social, de modo que cada uno sólo puede entenderse por completo en relación con el otro. [...] En general necesitamos comprender cómo se relacionan edad y género con la distribución de poder, privilegios y bienestar en la sociedad, y en particular, cómo contribuyen a la creación de la identidad, en el sistema de valores, en el establecimiento de unas redes sociales, en la afiliación política y de otro tipo (1996, p. 17).

La presencia de mujeres mayores gana cada vez más peso en la sociedad y su contribución a la reproducción sociocultural continúa siendo fundamental, a través del intercambio generacional al que aportan, por ejemplo, trabajo de cuidado, tiempo, esfuerzo y apoyo afectivo o económico; dejando obsoleta la capacidad explicativa de la teoría de la desvinculación y la teoría de la actividad, lo que hace plausible la explicación del enfoque

del curso de la vida que acentúa la diversidad de experiencias frente a la inevitable dependencia, y las experiencias colectivas frente a las actitudes individualistas.

Desde otro punto de vista, como menciona Molina (2005) “la adscripción de las mujeres a la esfera privada-doméstica es el mecanismo por el que la tradición ilustrada y la ideología liberal consuman la exclusión de las mujeres en las promesas ilustradas de igualdad y libertad” (p, 21). De esta forma, las mujeres son excluidas de las premisas ciudadanas y no se sentirán formando parte de los pactos estatales hasta mucho tiempo después. De ahí que el vínculo entre envejecimiento y género sea central en esta investigación para pensar las relaciones de poder que se gestan a partir de estas construcciones son sociales que (re)producen desigualdades y diferencias.

2.4. Curso de la vida y la reproducción social intergeneracional.

En esta investigación emerge la necesidad de repensar las generaciones como un fenómeno que caracteriza a nuestra sociedad. En este sentido, la mirada generacional puede introducir la perspectiva para identificar continuidades, así como transformaciones sociales que impactan en la transición hacia la vejez. Aunque la forma de crecer y de envejecer tiene aspectos fisiológicos más o menos universales, el envejecimiento se desarrolla en la coherencia de las edades de la vida, tal como ellas se entrelazan en la historia social (Yuni, 2011). Desde esta perspectiva, el concepto generación lleva implícito una carga simbólica histórica, donde las representaciones colectivas hacen referencia a un tiempo social y a la memoria colectiva (Martín Criado, 2009). Por ejemplo, la denominada generación del 80’ representaba un conjunto de personas cuya principal manifestación ideológica se expresaba en un país con una dictadura militar, con una fuerte represión política y la puesta en marcha de un nuevo modelo económico. En esta acepción del término, se considera el predominio de las ideas en las que se enrojan las personas de una época.

El concepto de generación nos ilustra sobre otra de las formas para categorizar el tiempo de las personas, pues se refiere a una de las dimensiones esenciales de la vida: el tiempo de una persona, es el tiempo entre el nacimiento y el de su muerte. Sin embargo, la conciencia también crea una proyección de su propia temporalidad, con elementos fundamentales, como la historia, la memoria colectiva, la transmisión, y la conciencia del

tiempo. Este concepto surge como polémico, ya que abarca diversas dimensiones; por un lado, se entiende por generación a las agrupaciones cronológicas, de esta manera existiría sinonimia entre generación y edad, esta categoría designa a un conjunto de personas relacionadas con esta idea, ya sea cohorte, clase de edad o grupo de edad; y por otro lado, comprende a las que se refieren a un determinado intervalo de tiempo que se relaciona con la edad, fase de la vida y periodización.

Tal como se plantea Donati (1999), para la demografía, el término generación es sinónimo de "cohorte" y se aplica a todas las personas nacidas en un mismo año o periodo. Asimismo, desde el punto de vista genealógico, generación significa tanto una relación de parentesco y todas las personas clasificadas de acuerdo a esa relación (nietos, nietas, hijos e hijas, padres y madres, abuelos y abuelas, etc.) como desde la historia, que representa un período equivalente a la duración de la renovación de los sujetos en la vida pública o el número de años entre la edad del padre y el hijo. Generalmente, se evalúa a los treinta años, pero también se puede reducir una década cuando se refiere a las ideas o modos.

Por otro lado, la generación en sentido relacional es quizás el uso más fundamental del concepto de generación, sirve para definir las posiciones dentro de la estructura de parentesco de las familias (Alwin y McCammon, 2007), es un componente esencial para entender el despliegue del ciclo de vida, la progresión del desarrollo biológico y la sucesión de roles. El concepto de generación permite comprender la función crítica de socialización que realiza una generación en una sociedad. Además, las relaciones intergeneracionales continúan a lo largo de toda la vida, incluyendo las relaciones intergeneracionales en la vejez, así como las relaciones intergeneracionales durante la infancia y otras etapas de la vida (Alwin y McCammon, 2007).

Finalmente, desde una perspectiva sociológica, de acuerdo a diversos autores, se plantea que el uso más común es el que proviene de la perspectiva de Mannheim (1990), este autor considera generación a un grupo de personas que tienen aproximadamente la misma edad y donde el criterio principal de identificación social radica en las experiencias históricas comunes y, especialmente, en una visión compartida del mundo (Donati, 1999). Sin embargo, una generación no es un todo homogéneo, sino que se compone de varias "unidades de generación". Ellas son, según Mannheim, subconjuntos definidos, opuestos

en su orientación de ideología política, representada por "grupos específicos" con el apoyo de líderes activos en los que se reconozcan y que sean sus portavoces. Mannheim (1990) desarrolla una conceptualización bastante sistemática y que ha sido posteriormente desarrollada por Bourdieu (2000). Para hablar de generaciones no basta la contemporaneidad cronológica, porque el fenómeno de la localización no abarca el fenómeno de la generación como existente. La localización temporal no es suficiente, es necesario, además, que se den cambios en las condiciones de existencia que provoquen que los individuos sean generados de una manera distinta; esto es, que actúen y piensen de una manera diferente (Martín Criado, 2009). El autor distinguió entre "la ubicación de la generación" y "la generación en la actualidad", y argumentó que la generación como una realidad implica más que una co-presencia en ese espacio histórico y social. Así por ejemplo, en la zona del extremo sur de Chile, las/os hijas/os de las personas mayores entrevistadas tienen una mayor escolarización y acceso a la educación superior, además para mejorar su oportunidad de estudiar, deben trasladarse fuera de la región, lo que influye en su manera de actuar y de pensar. Esto muestra cómo han cambiado las condiciones de existencia en comparación a la de sus madres, padres, o abuelas/os. Aunque compartan la misma localización temporal, no son miembros de la misma realidad de una generación.

El marco conceptual de referencia para el análisis generacional, aportado por Mannheim (1990), ofrece una herramienta heurística propuesta bajo la triple denominación de "posición generacional - conexión generacional - unidad generacional". Desde esta perspectiva, se plantea que la *unidad generacional* no consiste en una adhesión que aspire al "desarrollo de grupos concretos", sino que es una opción de "ser con otro" y de "ser ahí en y junto a su generación", lo que permite pensar en una generación contemporánea a sus coetáneos. La *posición generacional*, según Mannheim (1990), se fundamenta en la existencia del ritmo biológico en el "ser ahí" del sujeto: en los hechos de la vida y la muerte, y en el hecho de que la edad toma el mismo año de nacimiento como hecho fundante. La *conexión generacional* es posible cuando los contenidos sociales reales y los espirituales establecen un vínculo real entre los individuos que se encuentran en una misma generación. En ese sentido, la propia vejez, que se orienta por la misma problemática histórica-actual, vive en una conexión generacional. A su vez, dentro de cada conexión generacional, aquellos grupos que siempre emplean esas vivencias de modos diversos, constituyen, en cada caso, distintas unidades generacionales en el ámbito

de una misma conexión generacional. Así tenemos, que en el proceso de envejecimiento las personas desarrollan itinerarios de transición y eventos significativos, que pueden cambiar o ser diferentes de acuerdo a las trayectorias y los significados atribuido. Finalmente, una *unidad generacional* se produce, en cierto punto, por el gran parecido que hay entre los contenidos que ocupan la conciencia de las personas que la forman y la significatividad que le dan a esos contenidos, con un efecto socializador. Son voluntades colectivas expresadas alrededor de un significado emocional, en una consigna compartida. Esta perspectiva presta especial atención a las relaciones entre las/os miembros de generaciones distintas y a las dinámicas de esas relaciones, lo que exige centrarse específicamente en la socialización y en la generatividad. Se trata de cuestiones que son tanto históricas como actuales, y la dinámica contradictoria del presente, junto a la incertidumbre del futuro, refuerzan el interés en torno a los “problemas de las generaciones”.

Por su parte, las clases de edad son divisiones que operan con base en una edad definida socialmente: infancia, juventud, vejez. Estas divisiones actúan performativamente, es decir, cada una de ellas supone una forma de pensamiento y comportamiento social e históricamente definidos y las personas tienden a adecuarse a la definición social de la categoría en que se hallan incluida/os.

De forma complementaria, está la propuesta que considera que las generaciones son categorías sociales o “grupos socioepocales”. Los grupos socioepocales pueden definirse como “un conjunto de individuos que se reconocen marcados o influidos por unos mismos tiempos o fases de la vida social” (Canales y Ghiardo, 2012, p. 13). Se incorpora la historicidad, es decir, la secuencia cronológica o temporalidad de cómo está organizada la vida social y el sentido cultural del propio devenir; por lo tanto, un grupo socioepocal está formado por individuos que cronológicamente están vinculados a esa época y por la posibilidad de que un sujeto se adscribe ideológicamente a dicha epocalidad. Estos autores también plantean que pueden distinguirse, al menos conceptualmente, grupos de edad y grupos generacionales. “La distinción resulta de la oposición de dos pares conceptuales: el par diacronía-sincronía, y el par biografía (de individuos) e historia (de la sociedad)” (Canales y Ghiardo, 2012, p. 13). Los grupos de edad distinguen la diacronía de la sincronía: múltiples relojes biográficos o fases de la vida en un único tiempo social,

un mismo presente. Los grupos generacionales, por su parte, marcan la sincronía en una diacronía: en las mismas fases biográficas, los sucesivos pasajes de una historia.

Situarse en un período u otro del proceso del ciclo vital de una persona, es significativo y trascendente para cada una de ellas, pues supone la sucesión de determinadas funciones y posiciones sociales; a cada período de la vida, se le asocia una serie de prescripciones y variables en función del sexo, por ejemplo, que guardan relación con las expectativas y mandatos sociales. Las representaciones sociales de la vejez han determinado qué se entiende por ella, sus características y el lugar que se le otorga en la sociedad (Monchietti et al., 2007). La plasticidad que ha caracterizado al ciclo vital en la historia, vuelve a tener importancia actualmente, sin embargo, esta vez por motivos vinculados no sólo con el aumento de la esperanza de vida, sino con las condiciones en las que se vive.

Por lo tanto, se comprende que el concepto de generación alude a un grupo de personas con figuras biográficas distintas, pero que comparten una fase o tiempo social determinado, por ende las generaciones son múltiples y dinámicas. En este sentido, son relevantes todas las influencias del contexto, ya que afectan a la identificación. Después de revisar cómo estos conceptos de generación son comprendidos y sobre la base de lo presentado hasta ahora, se puede plantear que la perspectiva desde la cual se sitúa esta investigación, se caracteriza por la comprensión de la vejez como una construcción que se realiza con relación a las transformaciones que afectan la vida de las/os sujetos, un grupo social diferenciado y heterogéneo, que implica el reconocimiento de distintas formas de envejecer y con posibilidades de transformación, cuyo estudio puede aportar claves importantes para la comprensión más profunda de las particulares formas de envejecer en la sociedad chilena.

2.5. Pensar el envejecimiento a través de un lente feminista.

Se suele interpretar la vida de las personas mayores a partir de las teorías ya establecidas, muchas de las cuales pasan por alto las relaciones de género. Para comprender las vivencias y circunstancias que rodean a las mujeres mayores es necesario integrar la categoría de edad con la de género (Ramos, 2017; 2018), la articulación entre diferentes desigualdades previas, ya que, esta relación puede ser de gran utilidad para la comprensión de las experiencias del proceso de envejecer de ellas y de sus vidas durante

la vejez, así como aportar al diseño de políticas públicas dirigidas a este grupo etario (Gonzálvez y Guizardi, 2020).

Abordar el envejecimiento desde la perspectiva feminista que integre las experiencias de desigualdad social, política y económica que se ha ido contrayendo en función de la edad, el género y otras categorías, permite comprender cómo fue y está siendo problematizada la vida de las mujeres que están envejeciendo, pues desde esta perspectiva, se tienen en cuenta las condiciones sociales, económicas, culturales y políticas. Se aporta a complejizar los análisis de las relaciones sociales, que permiten contextualizar la situación de grupos a quienes no solo les afecta el género, sino también, la clase social, la geopolítica de forma imbricada de acuerdo a contextos específicos. El envejecimiento de las personas es social y, por lo tanto, político, entre ellas se encuentran prácticas discursivas, los discursos diferenciadores y la reivindicación del envejecimiento desde una perspectiva feminista. La traducción del envejecimiento desde una perspectiva feminista es importante para no generalizar ni universalizar las experiencias de envejecer.

En este sentido, la construcción teórica sobre la edad y el género puede seguir distintos sentidos: el primero, consiste en añadir las relaciones de género y las relaciones de edad a las teorías sociológicas generales; el segundo, reside en incorporar el género a las teorías sociológicas sobre envejecimiento; el tercero supone sumar las relaciones de edad a las teorías feministas; y una cuarta opción propone un enfoque integrado, es decir, una formulación que tenga en cuenta ambos tipos de relaciones, de edad y de género (Mc Mullin, 1996). Las reflexiones en esta parte de este capítulo se basarán en las dos últimas propuestas.

De esta manera, con la categoría de género surgió de la necesidad de romper con el determinismo biológico implícito en el concepto de sexo, que marcaba simbólica y efectivamente el destino de hombres y mujeres. Rubin (1984) plantea que las relaciones entre sexo y género conforman un sistema que varía de sociedad en sociedad, estableciendo que el lugar de la opresión de las mujeres y de las minorías sexuales está en lo que ella denomina el sistema sexo/género. Es decir, un conjunto de arreglos por los cuales una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana. Implica objetivar claramente sus evocaciones a la construcción de identidad, la condición y las relaciones de poder que manifiestamente existen en todos los contextos

sociales, políticos, económicos, culturales, étnicos o religiosos, por citar solo algunos de los campos en los que interactúan hombre y mujeres. “Como categoría, su pertinencia y operatividad, así como su carácter científico, determinaron su rápida incorporación a las ciencias sociales y el desarrollo de diversos conceptos asociados: relaciones de género, estratificación de género, estereotipos de género, etc.” (Martín, 2008, p. 33).

De igual forma, Fraser (2015) explica que es necesario abordar el género desde una perspectiva bidimensional simultáneamente. En primer lugar, desde una perspectiva distributiva que contiene los principios organizadores y jerarquizantes del espacio público/espacio privado y la división sexual del trabajo, cuyo resultado es una estructura económica que genera formas de injusticias distributivas específicas de género, como la invisibilización del trabajo de cuidado, la no remuneración del trabajo doméstico, las brechas salariales, etc. En segundo lugar, desde una perspectiva del reconocimiento, donde el género aparece como una diferencia de estatus el cual codifica patrones culturales de interpretación, dejando de manifiesto que el valor cultural que privilegia es el masculino que impregnan la cultura popular y la interacción cotidiana, cuyo resultado son las manifestaciones de violencia en todas sus expresiones y que las mujeres vivencian en forma de subordinación, como la violencia de género, el acoso sexual, la violación, estereotipos de género, etc.

Ahora bien, el género como construcción social y categoría metodológica para la investigación, proporciona elementos que ayudan en la construcción teórica y en la explicación del envejecimiento y sus construcciones sociales. Es un marcador fundamental para establecer características o atributos de un fenómeno determinado, ya que, implica analizar la vida cotidiana de las personas mayores, sobre todo si se considera la perspectiva del curso de la vida. También para poner de manifiesto de qué manera las nociones de género han influido en la práctica del pensamiento científico (Fraser, 2015), también para mostrar que ha jugado un papel fundamental en la subordinación y exclusión de las mujeres en muy diversas sociedades y culturas (Hill Collins, 2000; Lugones, 2008). Asimismo, el pensamiento feminista propone un marco teórico y político crítico a la supuesta universalidad de las teorías sobre la construcción de la diferencia sexo/genérica (Mohanty, 2008).

En este sentido, asumir la relación entre género y vejez permite visualizar la construcción social, cultural, simbólica, el modo de vivir y asumir el envejecimiento, y con ello desarticular la inmovilidad de las posibilidades de vida para hombres y mujeres basadas en sus características biológicas y en su papel diferenciado en la reproducción, ya que en muchas ocasiones determinados ejercicios están rodeados de imágenes, visiones sesgadas y sexistas. Se visualiza que ser mujer mayor no implica lo mismo que ser varón mayor, y eso confirma otras desigualdades e inequidades que han ido experimentando las mujeres a lo largo de todo su proceso de vida (Leyra y Roldán, 2013).

En este contexto emergen paradigmas que han mostrado una tendencia crítica hacia la hegemonía de una ciudadanía universal (Young, 2000), paradigmas de la diversidad cultural y política que promueven la identificación de la diferencia de género, raza, etnia y diversidad sexual, el reconocimiento y la redistribución (Fraser, 1990) y las posiciones que ven el género como un aspecto más de la dominación colonial (Espinosa, 2009; Lugones, 2008; Spivak, 2003). Por esto, la interseccionalidad como perspectiva teórica y metodológica “busca dar cuenta de la percepción cruzada o imbricada de las relaciones de poder” (Viveros, 2016, p. 2), para contrarrestar la noción esencial de que el género es la opresión más importante experimentada por las mujeres (Anzaldúa, 2004; Hill Collins, 2000). Es una perspectiva compleja teóricamente, que se ha utilizado para abordar la naturaleza interseccionada de estructuras de poder e identidades y hacer visible el posicionamiento múltiple que constituye la vida cotidiana y las relaciones de poder en interconexión de todas las formas de subordinación.

El concepto de interseccionalidad fue introducido por Kimberlé Crenshaw (1989; 1991), quien lo define como la expresión de un sistema complejo de estructuras de opresión que son múltiples y simultáneas. Esta perspectiva destaca la existencia de múltiples ejes de desigualdad, para comprender que género, raza, edad, etnia, etc., son interacciones dinámicas que deben examinarse como jerarquías que se construyen mutuamente. Es, por lo tanto, una propuesta que afirma la coexistencia de diversos ejes de subordinación (vulnerabilidades, violencias, discriminaciones) que se superponen en la vida de una persona. De esta forma, algunas mujeres situadas en posiciones de intersección entre ejes diversos, como por ejemplo la edad, vivencian la desigualdad de un modo único y cualitativamente diferente, que no puede y no debe ser analizado desde una simple suma de categorías. En estos casos, las múltiples desventajas interaccionan con las

vulnerabilidades preexistentes, produciendo una dimensión diferente de subordinación (Crenshaw, 1989). Para poder entender la complejidad de la problemática del envejecimiento, se debe considerar al género en su interseccionalidad con otras categorías sociales, como, por ejemplo, el nivel socioeconómico que adquiere relevancia dado que implica la desigualdad entre las propias mujeres porque supone la integración de otras dimensiones de la diferenciación social más allá del género. En sus obras, Crenshaw (1989; 1991) analiza, por un lado, la “interseccionalidad estructural” que alude a la imbricación de sistemas de discriminación que tienen repercusiones específicas en la vida de las personas. A partir de esto se puede analizar la experiencia de las mujeres mayores, quienes viven simultáneamente situaciones de desigualdad en función de su edad, género y clase, en ámbitos como la violencia (Abusleme y Caballero, 2014) o tratamiento jurídico (Goosey, 2021).

Por el otro lado, Crenshaw (1989) también profundiza en la “interseccionalidad política” para analizar cómo las estrategias políticas que solo se centran en una dimensión de desigualdad minimizan otras dimensiones de opresión. Bajo esta perspectiva, las oportunidades estructurales para las relaciones intergeneracionales en los sistemas de protección social evidencian un rezago con respecto a las necesidades que surgen de la realidad demográfica actual. Esto implica que un análisis interseccional pone en relieve la necesidad de que las políticas públicas hacia las personas mayores consideren esta perspectiva, en el sentido de cómo se visibiliza el envejecimiento y particularmente el de las mujeres mayores. Finalmente, la “interseccionalidad representacional” se refiere a la construcción cultural o simbólica de la imagen de los grupos sociales y su función en los procesos de exclusión.

Reconocer que la vida social se organiza entorno a las relaciones de múltiples categorías sociales, permite establecer que son varios los determinantes en la asignación de la posición y los roles asignados a las personas en las estructuras sociales y económicas de las distintas sociedades. Por ejemplo, el sentido social de la vejez está profundamente caracterizada por la marca que imprime el sexo y el cuerpo. Foucault (1989) consideró el cuerpo como un espacio político privilegiado, pues cuerpo y sexualidad son un campo político definido, disciplinado para la producción y para la reproducción; las diferencias, por lo tanto, se empiezan a vivir desde el propio cuerpo que va envejeciendo. Los mecanismos del poder, que transitan desde la disciplina al biopoder, se aplican tanto al

cuerpo como a la población y esto permite controlar el orden disciplinario del cuerpo de las personas (Foucault, 2000). El concepto de biopolítica corresponde a “la manera como se ha procurado, desde el siglo XVIII, la práctica gubernamental por los fenómenos propios de un conjunto de seres vivos constituidos como población: la salud, la higiene, la natalidad, la longevidad, la raza” (Foucault, 2010, p. 359). Se han normalizado prácticas en torno a los cuerpos envejecidos, generando una dirección intencional al cuerpo, es decir, se controla y regula a la población mayor con métodos que obedecen a una lógica económica, por medio del control disciplinario en la cotidianidad de las personas mayores en las instituciones y centros gerontológicos. También se han normalizado los discursos sobre el riesgo de que la gente viva más de lo esperado, la medicalización, o la mirada que se les da a las/os viejos en determinadas posiciones, como por ejemplo, las ligadas a la sexualidad, apareciendo como extrañas tanto en relatos como en imágenes que las condensan, y en diferentes prácticas sociales que se llevan a cabo.

Como ya se ha planteado, la vejez es fuente de múltiples desigualdades, a la vez que interactúa con otros ejes de diferenciación social. Estas estructuras de poder están presentes en los discursos, reproduciendo y sustentando determinadas relaciones de un poder que subordina, penaliza y excluye de su ideario aquello que se aleja de la norma. Por ejemplo, la negación de algunos ámbitos de la vida de las personas mayores, como la afectividad, la sexualidad, el deseo, no se da en igual condición para hombres y mujeres. La sexualidad y afectividad suele ser mucho más restrictiva para las mujeres mayores, dado los estereotipos estéticos y de género (Freixas, 2013). Este aspecto no es menor, considerando que la población está envejeciendo y las mujeres cuentan con mayor esperanza de vida que los hombres.

Las sociedades occidentales modernas evalúan los actos sexuales según un sistema jerárquico de valor sexual (Rubin, 1984). Las personas cuya conducta figura en lo alto de esta jerarquía se ven recompensadas con el reconocimiento de la salud mental, respetabilidad, legalidad, movilidad física y social, apoyo institucional y beneficios materiales. En cambio, a medida que se desciende en la escala de conductas sexuales, las personas que las practican se ven sujetos a la presunción de enfermedad mental, a la ausencia de respetabilidad, criminalidad, restricciones a su movilidad física y social, pérdida del apoyo institucional y sanciones económicas (Rubin, 1984). De este modo, para el caso de las mujeres mayores, la visión de su sexualidad se desvanece al perder las

funciones reproductivas. Esta representación descuida que la sexualidad es vital para un envejecer sano y pleno (Freixas et al., 2012). Por su parte, las intervenciones psicosociales desarrolladas han revelado lo importante que es hablar de la sexualidad en la adultez mayor, para resolver dudas, abordar traumas y el interés que presentan las/os mayores ante este tipo de iniciativas.

Por otro lado, las relaciones de poder basadas en la edad hacen que las personas que socialmente son consideradas viejas sean marginadas y puedan ser víctimas de violencia. El abuso al que se somete a las personas mayores tiene su origen en la falta de poder y en la dependencia económica, que es más frecuente en el caso de las mujeres que en el de los hombres. Hay muchas formas de relación que implican violencia simbólica o manifiesta, por ejemplo, cuando se deja de tener autoridad sobre las opciones de vida, para ser objeto de disciplina y obediencia, la falta de oportunidades de crecimiento intelectual, el control económico, el lenguaje infantilizante, etc. En definitiva, invisibilizar la relación entre edad y género puede provocar, por un lado, el desplazamiento hacia los márgenes a las personas mayores producto de las desigualdades que les afectan (Crenshaw, 1991). No obstante, puede provocar también que las estrategias políticas acaben replicando la subordinación por razón de género de las personas mayores, al igual que acaben reforzando la subordinación por razón de edad.

Siguiendo esta línea de análisis, Hill Collins (2000, 2017) propone los diferentes ejes de opresión como entrelazados y que se refuerzan mutuamente en una “matriz de dominación” que explica la interacción e interdependencia donde se articulan diferentes sistemas de opresión, y señala la posibilidad que las personas y grupos se encuentren en posiciones diferentes de opresor y oprimido simultáneamente, ya que no actúan de manera aislada. Esta matriz se organiza en diferentes dominios: “el estructural”, referente a la jerarquía dentro de las instituciones sociales que organizan las relaciones y acceso al poder; “el disciplinario”, relacionado con las técnicas de vigilancia y burocracias derivadas del estructural para mantener la jerarquía social; “el cultural”, asociado a las prácticas hegemónicas culturales, ideología, valores y discursos; y “el interpersonal”, referente a las experiencias y trato entre las personas). De igual modo, Hill Collins (2017) plantea que en los diferentes dominios se desarrollan las prácticas de resistencia contra esta opresión. Para llevar a cabo esta resistencia, Hill Collins (2000, 2017) considera fundamental visibilizar, reconocer y luchar desde la posición diferenciada de los grupos

en la matriz; reconocer estas posiciones comunes y convertirlas en espacios de agencia en todos los ámbitos de la vida social.

En este sentido, por ejemplo, se entiende que las políticas públicas responden a una situación histórica y a un espacio físico determinado por intereses económicos, culturales y sociales que son reflejo de la desigualdad de género, de clase y de etnia (Bourdieu, 2000). Sin embargo, el plano social donde se sitúan las políticas, tiene el valor de comprender tanto las desigualdades como las posibilidades de una mayor equidad fuera del cuerpo, más claramente, no atribuibles a la biología o al sexo donde suele ser más fácil naturalizar las diferencias para anular las posibilidades de cambio, de justicia o igualdad. En la dicotomía de la estructura que da forma al orden social patriarcal -la división sexual del trabajo- interesa entender especialmente una cuestión: la discusión no ha de centrarse en qué tipos de trabajos desarrollan el genérico masculino y el genérico femenino, sino más bien, reflexionar críticamente sobre el estatus, prestigio social y simbólico, y las condiciones que esos trabajos tienen y que se han acumulado para las mujeres mayores.

Asimismo, las mujeres sobreviven a los hombres, aunque no siempre viven en las mejores condiciones debido a las desigualdades. Por ejemplo, la brecha entre el salario promedio asociado a una hora de trabajo entre hombres y mujeres es del 18%. Esta, además, aumenta con el nivel educacional, llegando a niveles del 40% entre hombres y mujeres con posgrados completos (Superintendencia de Pensiones, 2021). Estas desigualdades prevalecen a lo largo de sus vidas, pues el número de mujeres mayores que viven solas supera al de hombres en la misma situación. Además, sufren de lagunas previsionales y bajas pensiones, las mujeres reciben una pensión 34% inferior a la de los hombres (Superintendencia de Pensiones, 2021). La discriminación por edad de las mujeres mayores es de una complejidad social cada vez mayor, se agudiza entre otros factores, por el hecho de que las personas mayores se han constituido como sujetas de beneficios a los que se les margina, sin otorgarles un lugar y un rol más activo como recurso para el desarrollo y ejercicio de la ciudadanía. Esta situación es el resultado de la precariedad acumulada a lo largo de muchos años y que en la vejez se traduce en una vida signada

por la pobreza y la dependencia económica, de esta forma el índice de la pobreza femenina se incrementa.²³

De esta forma, las perspectivas de Crenshaw y Hill Collins representan dos aportes fundamentales para dar cuenta de la producción de la desigualdad en las estructuras sociales y políticas a través de una mirada sobre la agencia, resistencia, posición de desventaja de las personas mayores y en particular de las mujeres mayores como grupo social. En esta misma línea, la propuesta de Yuval-Davis (2006; 2015) destaca la situacionalidad en el análisis interseccional, argumenta que cada desigualdad se construye de forma interrelacionada, en un contexto y momento histórico específicos que deben ser tomados en cuenta. Es decir, que las intersecciones dan como resultado una desigualdad articulada y compleja, que toma forma en un contexto situado. En su propuesta emplea la interseccionalidad como elemento principal de la estratificación social que posiciona a todas las personas en la interacción de diferentes ejes de diferenciación social/poder social más allá de la clase, género, raza/etnia recalcando la sexualidad, la edad, la ciudadanía, el estado civil, las capacidades. Por lo tanto, el cruce entre las desigualdades en juego provoca una situación específica de desigualdad o de poder que necesita de soluciones específicas (Yuval-Davis, 2015).

Según Yuval-Davis (2006) la interseccionalidad no puede mirarse únicamente desde el nivel individual o intersubjetivo, ya que la desigualdad social adquiere forma también en el nivel institucional/organizacional, y en el representativo/discursivo, por medio de los símbolos, textos e ideologías. Así es que distingue tres dimensiones para el análisis interseccional: el primero es el de la estructura, “posicionamiento de las personas a lo largo de las redes socioeconómicas de poder”; el segundo el de la representación, de las “perspectivas experienciales e identificadorias de las personas de donde pertenecen”; y el tercero de la identidad, de sus “sistemas de valores normativos” (Yuval-Davis, 2015). De esta manera, en el caso de las mujeres mayores, la interseccionalidad adquiere una realidad en la medida que es vivido cotidianamente. Por ejemplo, la mayor presencia de mujeres en el grupo de 60 y más años también se observa con respecto a los cuidados que recibe una persona durante su vejez, cuidados que recaen en las mujeres mayores, pues dentro de la estructura social son las principales cuidadoras. Todavía persiste una

²³ El número de mujeres mayores que recibe pensión, es menor que el número de hombres.

invisibilización del trabajo no remunerado de las personas mayores en este ámbito, “las aportaciones de las personas mayores mediante su trabajo gratuito resultan hoy tan imperceptible como lo era hace 20 años el trabajo gratuito de las mujeres en el ámbito doméstico y en el cuidado de otras personas” (Arber y Ginn, 1996, p. 24). Esta propuesta de Yuval-Davis (2015) también ofrece un carácter político de la noción de interseccionalidad, al igual que Hill Collins, advierten que es necesario considerar qué tipo de política dialógica entre los diferentes actores sería necesaria para garantizar que la intersección entre desigualdades se incluya en las agendas políticas, académicas y de los movimientos sociales. Tomando la propuesta de Yuval-Davis (2006), se refuerza la importancia y el papel que las alianzas y vínculos entre actores pueden tener a la hora de alcanzar la perspectiva interseccional para abordar las cuestiones de las personas mayores.

El actual escenario de cambio demográfico incide en el comportamiento y composición de la demanda por algunos servicios sociales específicos, y el particular trabajo del cuidado emerge como un eje problemático. Son limitadas las posibilidades de practicar una solidaridad familiar en un escenario de cambio de roles de las mujeres con respecto a los cuidados, la división sexual del trabajo ha asignado a las mujeres como propio este tipo de tareas, asimismo mientras cuidar de niña/os tiene su plus, no ocurre lo mismo cuando se trata de personas mayores (Calasanti y Slevin, 2006), porque los sistemas de protección social evidencian un rezago con respecto a las necesidades que surgen de la realidad demográfica y socioeconómica actual.

Es precisamente en el ámbito de los cuidados de las personas mayores dependientes donde la participación masculina sigue siendo menor. Los hombres que cuidan priorizan el vínculo del parentesco o conyugal o por obligación moral por encima de los mandatos del género, algo que les permite no cuestionar demasiado su modelo de masculinidad (Comas d’Argemir et al., 2018). Aunque, la participación de la mujer como cuidadora, escasamente implica un mayor apoyo de los parientes masculinos, la excepcionalidad es un factor a tener en cuenta, los hombres se vuelven cuidadores porque las mujeres que los rodean no se dedican tanto al cuidado como en el pasado (Comas d’Argemir et al., 2018).

Las personas mayores en general, y las mujeres mayores en particular, experimentan

desigualdades significativas en las que intervienen elementos contextuales, al margen de los factores demográficos y los cambios en las sociedades, con frecuencia, las personas mayores no cuentan con cuidados de salud oportunos y de calidad, y las nuevas necesidades de asistencia -surgidas a partir de factores demográficos, sociales y de salud - redundan en una institución familiar con demandas excesivas, en un contexto desigual en términos de distribución sexual del trabajo de cuidado, el cual realizan mayoritariamente las mujeres (González y Guizardi, 2021a). De esta manera, las mujeres mayores frecuentemente se circunscriben al mundo familiar y al cuidado de otras personas, actividad carente de reconocimiento social y económico. La desvalorización del trabajo no remunerado y el impacto que esto tiene en la autonomía, se agrava, ya que no se cuenta tampoco con una protección adecuada en materia de salud. Por ejemplo, actualmente muchos niñas/os menores son criadas/os por sus abuelas/os, por lo que las personas mayores tienen un rol clave en el desarrollo del/a niña/o, en la comprensión de algunos aspectos. Aquí se da una sinergia intergeneracional que no ha sido considerada por la política. En este sentido, las mujeres mayores vivencian un abanico de limitadas condiciones de existencia producto de las múltiples desigualdades que se manifiestan en sus vidas.

En este sentido, los estudios sobre envejecimiento y género (González y Guizardi, 2020) han desarrollado un importante cúmulo de conocimientos, especialmente en lo referido al tema de los cuidados (Sepúlveda y Castro, 2018), del acceso a la educación, de las transformaciones al interior de las familias y del incremento de la participación femenina en el mercado laboral; teniendo como resultado, la conceptualización de un contexto denominado “feminización del envejecimiento”. Asimismo, se ha enfatizado mucho en la tensión que provoca a la mujer mayor la compatibilización de roles adquiridos durante su vida –en el ámbito productivo y reproductivo- como en las relaciones que se dan al interior de la familia –ya sea de poder, violencia, tradicionalismo, entre otras.

Asimismo, la apuesta de la interseccionalidad consiste en comprender el cuidado como una construcción simultánea de distintos órdenes, el cuidado tiene varios efectos sobre las mujeres cuidadoras, por ejemplo: restringe las posibilidades laborales, genera menor tiempo de ocio recomendado, disminuye el monto de la futura jubilación y provoca deterioro en su salud mental, que repercute en el bienestar de las personas mayores que debe cuidar. En la encuesta nacional de dependencia de personas mayores, en el apartado

sobre cuidadoras, del total de mujeres entrevistadas, el 45% son mujeres activas, el 19% sufre de depresión, el 20% sufre de estrés y el 66% no ha tomado vacaciones hace más de 5 años (SENAMA, 2016):

Quando la familia se hace cargo del cuidado de las personas mayores, estas tareas recaen sobre todo en mujeres, que viven durante meses y a veces años al borde de crisis nerviosas y del agotamiento físico, consumidas por las exigencias del trabajo y la responsabilidad de tener que prestar cuidados y a menudo realizar operaciones para las que habitualmente no están preparadas. Muchas tienen un empleo, aunque se ven obligadas a abandonarlo cuando el trabajo de cuidados se intensifica (Federici, 2011, p. 397).

Dado que el trabajo reproductivo no se reconoce como un trabajo y los sistemas de pensiones calculan las jubilaciones sobre la base de los años de trabajo o de los aportes individuales, las mujeres que se han dedicado al trabajo de cuidado solo pueden obtener una pensión solidaria básica o por intermedio del marido (si este ha fallecido) y si es que no ha existido divorcio. Paradójicamente, “cuanto más cuidan a otras personas, menos cuidados pueden recibir a su vez, puesto que dedican menos tiempo al trabajo asalariado” (Federici, 2011, p. 403). Como consecuencia de la poca valoración del trabajo reproductivo, las mujeres mayores enfrentan la vejez con menos recursos.

2.6. Imaginarios del Territorio: identidad y envejecimiento.

2.6.1. Los imaginarios sociales en torno a la identidad y el territorio

El campo de estudio de los imaginarios sociales es un terreno fértil, desde el punto de vista de sus antecedentes en las ciencias sociales y de gran actualidad por su aplicabilidad a diversos ámbitos de la vida social. Sobre el concepto de imaginarios sociales, desde la perspectiva antropológica, se reconoce los aportes de Gilbert Durand y Jean-Jacques Wunenburger en la producción de herramientas analíticas (Gravano, 2016). En el ámbito Iberoamericano, las perspectivas teóricas destacadas son las aportaciones desde una visión constructivista sistémica de Juan Luis Pintos y la fenomenológica de Manuel Antonio Baeza (Aliaga et al., 2018).

El concepto de imaginarios sociales, emerge a través de Castoriadis (2007), quien explicita que, habiendo una indeterminación absoluta de la especie humana, las sociedades no tienen ningún fundamento metafísico, ni biológico, ni de cualquier otra naturaleza. Devuelve así a los seres humanos la responsabilidad de configurar en la praxis social misma ciertas formas de convivencia, que no son otras que

instituciones/imaginarios-sociales, es decir, formas intersubjetivamente aceptadas. Este autor distingue dos alcances de los imaginarios sociales: son, a la vez, facultad instituyente, pero también formas ya instituidas, lo cual genera una tensión entre heteronomía (o pensamiento heredado) y autonomía (capacidad creativa). Además, Castoriadis (2007) señalaba que los imaginarios sociales configuran identidad colectiva, pues los conglomerados humanos incorporan códigos compartidos en el pensar, el decir y el actuar.

Desde una perspectiva constructivista sistémica, Pintos (2014) define los imaginarios sociales como aquellos esquemas construidos socialmente, no son la conciencia de las personas o de un grupo de personas, es la observación desde diferentes perspectivas que se realiza de un hecho o fenómeno determinado que permite percibir algo como real, explicarlo e intervenir operativamente en lo que en cada sistema se considera como realidad. Percibir, implica tener controles e instrumentos sobre lo que se percibe y los imaginarios sociales permiten percibir el envejecimiento de una manera, según la perspectiva donde la persona se ubique: explicar, es decir, generar un discurso comunicativo sobre el envejecimiento; o intervenir en aquello que en una sociedad determinada se entiende por envejecimiento. Por ello, los imaginarios sociales estructuran la experiencia social y crean tanto comportamientos como imágenes “reales” (Pintos, 2014). Aquello que resulta plausible, lo que sea creíble o lo que se quiere que se crea como función de la comprensión, se define por la aportación de argumentos ante un público con capacidad de discusión, o también por la construcción/desconstrucción de determinados instrumentos de percepción de la realidad social, construida como realmente existente (Pintos, 2014). Hay siempre una invisibilidad que no se puede hacer visible, pero lo que se puede es mostrar las diferentes relevancias que responden a que hay distintos elementos que no se tratan porque están fuera del campo.

En consecuencia, un imaginario social es un constructo compartido por un colectivo que se representa mentalmente en el espacio y el tiempo. Algo así como un “imaginar” o “idear socialmente”, en donde se comparten, en una modalidad simbólica, formas y contenidos, es decir significantes y significados en los cuales dichos colectivos se reconocen, aun cuando - en la individualidad moderna - las intensidades en dicho reconocimiento sean variables. Pintos (2014) cuando se refiere a lo “construido socialmente”, plantea que en esta propuesta los imaginarios sociales son construidos en los sistemas diferenciados, en las organizaciones y en las interacciones de las personas,

con las estructuras y sistemas en que se habita. En este sentido, los imaginarios son construcciones incesantes que incluyen bienes materiales e inmateriales disponibles, así como respuestas inéditas de los actores sociales. Pintos (2003) plantea que el meta-código mediante el cual operan los imaginarios sociales es el de relevancia/opacidad, en donde la relevancia corresponde al polo positivo del código o aquello que se ve, se logra percibir en diferentes emisores al comparar lo que es relevante para uno de lo que es relevante para otro y lo que queda opaco. Mientras que la opacidad se refiere al polo negativo de dicho código o a lo que queda fuera de la observación, lo oculto. Visualizar el modo en que se ha operacionalizado el concepto, supone visualizar los campos en que se producen las relevancias. Desde esta óptica, el "envejecimiento" pierde el carácter único, caracterizado por una construcción imaginaria de principios normativos difundidos por grupos consolidados en posiciones dominantes; en este contexto, aparecen otros imaginarios definidos por grupos más invisibilizados o menos institucionalizados.

Desde la visión fenomenológica, los imaginarios sociales son construcciones fundacionales con miras a contribuir a la inteligibilidad de lo constantemente experimentado, diversas estructuras que incorporan elementos heterogéneos que la actividad mental puede ser capaz de producir: categorías, creencias, juicios, entre otras (Baeza, 2003). Igualmente, son estructuras ya socializadas en el tramado mismo de las relaciones sociales, con el propósito de dar inteligibilidad al mundo y a la sociedad; al mundo y a la naturaleza (Baeza, 2015). Desde esta perspectiva, los imaginarios sociales son construcciones mentales subjetivas de significación de la realidad, que se comparten socialmente. Desde este punto de vista, el envejecimiento tendría un trasfondo en un imaginario social. Lo que equivale a decir que el envejecimiento tendría su origen ya no principalmente en factores biológicos, de salud o demográficos que generalmente la caracterizan, sino que en significaciones socialmente compartidas. En otras palabras, el envejecimiento es observable a través de construcciones sociales de la realidad, marcadas por las dimensiones y relaciones del contexto territorial y el curso de la vida.

Para esta investigación se comprende a los imaginarios desde una combinación de los enfoques sistémico y fenomenológico, en donde ambas perspectivas se complementan en el hecho de que el sistema social y las personas estarían afectados por una constante dependencia e independencia entre ambos. Los imaginarios sociales se levantan como un concepto central en el análisis para comprender a la sociedad y el envejecimiento, tanto

social como territorialmente. Entenderlos es comprender las estructuras constitutivas de los procesos que organizan una sociedad, o un territorio, puesto que el imaginario aporta la matriz de sentido a las representaciones sociales que en la Patagonia se le da a al envejecimiento, las transforma simbólicamente para ser tanto guías de análisis como guías de acción.

En esta misma línea, Guevara (2011) plantea que una buena parte del pensamiento latinoamericano se caracteriza por la ausencia de reflexión sobre el rol que juega la cultura en la historia y análisis de los países. En un sentido amplio, como “formas de representación y acción sobre el mundo, de construcción y conservación de identidades individuales y colectivas, como gestión de elementos simbólicos e imaginarios que derivan en prácticas sociales concretas” (p. 32), es decir, como un sistema de interpretación del mundo donde las propias percepciones se configuran en imágenes, que forman complejos simbólicos a partir de los cuales se puede comprender y participar en el mundo. De ahí que “la cultura más que un territorio es un espacio simbólico” (Lamas, 1995, p. 5).

Sobre la base de lo presentado, se puede plantear que la perspectiva desde la cual se sitúa esta investigación, se caracteriza por la comprensión del envejecimiento como una construcción que se realiza con relación a las transformaciones que afectan la vida de las personas, un grupo social diferenciado y heterogéneo que implica el reconocimiento de distintas formas de envejecer y con posibilidades de transformación, cuyo estudio puede aportar claves importantes para la comprensión más profunda de las particulares formas de envejecer en la sociedad chilena. Para dar cuenta de cómo las personas dan significados colectivos al envejecimiento desde el espacio que habitan e interactúan en la cotidianidad, y sobre ello construyen un imaginario que les permite interactuar con las estructuras, es necesario explorar la relación entre el territorio y el envejecimiento. Es a partir del hecho que el territorio y el envejecimiento no son conceptos estáticos, sino, por el contrario, categorías dinámicas.

2.6.2. La relevancia del territorio para el estudio de la vejez y el envejecimiento.

En principio, hablar de territorio implica revisar diversas aristas. Respecto a la relación sociedad y territorio, se han desarrollado diversas corrientes analíticas que progresiva y

paulatinamente están dialogando. Generalmente, el territorio se ha asociado a la ubicación geográfica de un lugar, es lo que delimita o estructura las dinámicas sociales, ligado también al establecimiento de relaciones de poder en las comunidades y en el Estado propiamente dicho (Fernandes, 2017). Sin embargo, dentro de las múltiples definiciones se resalta que, son los elementos simbólicos y culturales lo que dotan de sentido a un espacio físico, que en sí mismo es inerte (Fernandes, 2017). A partir de reconocer estas dimensiones en su definición, el territorio se convierte en un espacio construido socialmente, que vincula la historia y los procesos económicos, políticos, sociales y culturales. Además, se organiza con base en las relaciones que establecen quienes lo habitan, relaciones que, en muchas ocasiones, lo configuran y le dan sentido e identidad (Gaviria, 2020). Desde una perspectiva geopolítica, el territorio es la base física sobre el cual el Estado asienta y desenvuelve su actividad, que se sintetiza en el entorno físico y la relación jurídica. Soberanía, poder político y ley están relacionadas con el territorio referido al ámbito del Estado-Nación (Borja, 1997). Pero, en un mismo territorio se puede leer e identificar tiempos geológicos, meteorológicos, hidrológicos, biológicos, sociales, políticos, antropológicos y económicos, cada uno con sus ritmos, sus duraciones e interrelaciones complejas (Bozzano, 2000).

En este sentido, la dimensión sociocultural del territorio en la construcción del envejecimiento, desde la relación identidad y territorio, permite ser observada en al menos dos aspectos: primero, en la apropiación territorial por parte de las personas que están envejeciendo; y segundo, en la constitución de un patrimonio identitario geográfico otorgado por el valor simbólico del territorio. En este sentido, el territorio no es solamente una porción de tierra delimitada por su complejidad geográfica, sino que es, sobre todo, un espacio construido social, histórica, económica, cultural y políticamente.

Asimismo, el territorio es tiempo espacializado de las actividades humanas cuya expresión está dada por imbricaciones contextualizadas (Ther, 2006). El análisis del territorio y sus transformaciones exige un fuerte reconocimiento de lo local, y la interacción de este ámbito con lo global. El reconocimiento de estas imbricaciones contextualizadas posibilita analíticamente visualizar al territorio y sus devenires en y por juegos de memorias, estructuras sociales e imaginarios que dan lugar a los continuos procesos que allí se generan. Imaginar el envejecimiento desde el territorio, permite valorar las implicancias positivas y negativas sobre lo construido en ese sentido, por las/os

sujetos que están envejeciendo en un constante proceso de articulación con sus territorios (Gravano, 2016). A partir de los cambios experimentados por la sociedad en el contexto del envejecimiento, surgen demandas que tienden a promover cambios tanto al interior mismo de la sociedad como en el quehacer investigativo que intenta dar cuenta acerca del territorio y cómo se ven afectados ambos procesos. Así, el territorio es entendido como un espacio cargado de actividades humanas, de historia e imaginarios, lo que significa un punto de encuentro para distintos intereses que permiten reconocer a los territorios locales en un contexto de interrelaciones (Ther, 2006).

Los estudios sobre el territorio comúnmente discuten cuestiones relacionadas con la transformación del espacio físico, pero muy poco acerca de cómo ciertos procesos impactan o afectan al tiempo en las territorialidades de los espacios locales. También en Chile se ha prestado escasa atención a las implicaciones socioterritoriales del envejecimiento de la población. Es, precisamente, en esos espacios habitados donde coexiste una realidad subyacente superior a la realidad material, tangible y física, lo cual podría asociarse con el concepto de territorio material e inmaterial propuesto por Fernandes (2017). Recientes estudios en América Latina subrayan la importancia de la experiencia espacial vinculada al espacio simbólico de la vida cotidiana, y a la identidad del lugar en el envejecimiento (Sánchez- González, 2014). Se indica que, para favorecer un lugar para envejecer, se debe optimizar el ambiente a partir de la percepción de las estructuras que garanticen el bienestar, y de la comprensión del proceso de pertenencia a un espacio simbólico marcado por las experiencias y recuerdos (Fatiga, 2012). En este sentido, si se quiere conocer la configuración de estos espacios y territorios, es preciso incluir fundamentalmente las experiencias construidas, manifestadas mediante la memoria histórica de quienes los habitan. Esto, quizá, es la invitación a repensar la necesidad de vincular el territorio y la importancia en la comprensión del envejecimiento.

Entonces, el territorio está configurado también por espacialidades entendidas como formas de producción social del espacio que pueden incidir en la dimensión política y de poder (Piazzini y Montoya, 2008). La acción humana tiende a transformar y apropiarse del territorio y reivindicar el acceso, control y uso de las condiciones de producción de vida. La relación de las personas con el espacio se concreta a partir de dinámicas territoriales como: poblamiento, patrones territoriales (migraciones), actividades económicas, vida cultural, etc. Así, el territorio es un espacio construido en el tiempo. De

esta manera, cualquier espacio habitado por las personas es producto del tiempo de la naturaleza, del tiempo de las personas, de las distintas formas de organización, y de la concepción cosmogónica del tiempo (Nates, 2011). Es decir, en lo fundamental y para esta investigación, el territorio es construido socialmente y viene a ser producto del conjunto de relaciones que a diario las personas entretienen entre todos las/os suyos/as, en encuentro con la historia, con la naturaleza y con las/os otros/as.

Por su parte, Ther (2012) se enfoca en los imaginarios, los modos de vivir y habitar, en la relación entre discursos, hechos y poderes sobre territorios locales y su desarrollo. El autor identifica dos categorías, el territorio vivido y el territorio normado, las cuales corresponden a un hipertexto de tiempos, memorias, imaginarios, relaciones de poder y conflicto, y también como potencialidades para las colectividades (región/territorio). El “territorio vivido” es entendido como un sistema de vida compartido, múltiple y local, y el “territorio normado” como una economía política para las personas, las cuales remiten inevitablemente a la idea de territorios vividos. Se trata de una normalización y de una cotidianidad que entremezcla el control y la norma, lo que hace que la región-territorio surja y cambie. La vida sociocultural y la norma política establecen el funcionamiento de la región-territorio por medio de interacciones de tipo solidario y conflictivo entre distintos imaginarios y formas de habitar, al tiempo que permiten esclarecer cuestionamientos sobre las formas de acercarse, aprender y tratar a los territorios. Lo vivido y lo normado, son así el corazón del territorio a estudiar.

La categoría de territorio es importante para comprender las construcciones sociales del envejecimiento, además de encuadrar adecuadamente los fenómenos del arraigo, del sentimiento de pertenencia socio-territorial, así como sus identidades sociales territorializadas. Complementando lo propuesto con relación al territorio vivido, Raffestin (2011), entiende el territorio como el “espacio apropiado” por un grupo social para asegurar su reproducción y la satisfacción de sus necesidades vitales que pueden ser materiales o simbólicas. En esta definición, el espacio se considera como la materia prima a partir de la cual se construye el territorio y, por lo mismo, tendría una posición de anterioridad con respecto a este último.

Los conceptos mencionados se aproximan al concepto de “territorio observado” desde la perspectiva del “lugar”. Ingold (2015) señala que los lugares conforman el territorio, e incluyen movimientos de personas, animales y caminos que envuelven diferentes seres.

Los lugares son espacios vivos que se desarrollan a través de rutas y caminos que son trazados por el recorrido que realizan las personas que van de un lugar a otro. Esta malla de caminos y de trayectorias es lo que conforma los lugares y el territorio, por ende, el territorio es algo que se vive. De esta manera, se entiende al territorio como el lugar que le da sentido a las personas, y que al mismo tiempo es investido de sentido por él en una forma de correlación y codependencia, creando una imagen del territorio y el envejecimiento como un proceso dinámico y en constante construcción material y simbólica. El territorio es objeto de múltiples imaginarios, pues son muy diversos las/os actores que desde sus visiones e interpretaciones le atribuyen un determinado significado.

El proceso de construcción y representación del territorio pasa por la apropiación que las personas hacen del mismo. Este proceso de apropiación sería entonces consustancial al territorio, el cual puede ser utilitario-funcional o simbólico-cultural (Giménez, 2005). Godelier (1989) plantea que el territorio debe ser entendido como el lugar donde las personas han encontrado permanentemente las condiciones y los medios materiales de existencia. De esta manera, entender el envejecimiento como proceso en transición supone periodos de adaptación donde se entrecruzan memorias, procesos de adaptación, arraigo/desarraigo, solidaridad, conflictos, etc. Implica ir reconstruyendo este espacio que se habita, que adquiere un valor capital en la existencia y determina lo que llegará a conformar “su espacio”. Aspectos como el sentido de pertenencia e identidad viabilizan la apropiación del territorio. Por lo tanto, las personas mayores definen su envejecimiento a partir de la conexión que establecen con los elementos simbólicos y materiales de ese territorio que es habitado.

Como espacio apropiado, el territorio puede ser aprehendido desde diferentes niveles, el territorio es multidimensional y multiescalonado (Nates, 2011), o como lo plantea Di Méo (1998) el territorio se ubica en diferentes escalas del espacio geográfico: la localidad, la región, el área del Estado-nación. Para esta investigación interesa el nivel regional, el de los “territorios intermediarios”, cuyo arquetipo sería la región. Frémont (1999, p. 189) lo define así:

De una manera general, la región se presenta como un espacio intermedio, de menor extensión que la nación y el gran espacio de la civilización, pero más vasto que el espacio social de un grupo y, a fortiori, de una localidad. Ella integra los espacios vividos y los espacios sociales, confiriéndoles un mínimo de coherencia y de especificidad. Estas la convierten en un conjunto estructurado (la combinación territorial) y la distinguen mediante ciertas representaciones en la percepción de los habitantes o de los extranjeros

(las imágenes regionales).

En algunos estudios sobre las perspectivas locales del aislamiento como territorialidad, entendiendo la naturaleza multiescalar del territorio, se observa que donde se genera la mayor sensación de aislamiento es en el nivel que vincula a la región como totalidad con el Estado chileno; es decir, dentro de la región las personas no se sienten aisladas, pero sí respecto al país (SUBDERE, 2009; Universidad de Magallanes, 2009). El territorio puede entenderse, entonces, como síntesis de relaciones, de procesos complementarios y contradictorios entre lo local y lo global, que entran en juego en la producción concreta de él. Aquí aparece el paisaje como elemento central en la percepción vivencial del territorio, paisaje que solo puede existir como percibido y vivido a través del aparato sensorial, afectivo y estético de las personas (Giménez, 2005). Por consiguiente, pertenece al orden de la interpretación de la realidad social de un ámbito de referencia y de la vivencia. Como todo territorio, también el paisaje es construido, es decir, es resultado de una práctica ejercida sobre el mundo material y simbólico, no es único ni acabado, es más bien dinámico, creado y recreado por quienes comparten la sociedad en su configuración integral. La función primordial del paisaje es servir como símbolo metonímico del territorio no visible en su totalidad. Como espacio concreto cargado de símbolos y de connotaciones valorativas, el paisaje funciona frecuentemente como referente privilegiado de la identidad socio-territorial (Giménez, 2005). En la identidad regional “magallánica” y “aysenina” se encuentra una profunda valoración emocional del territorio, su historia (colonización/genocidio), las tradiciones, paisaje (viento y nieve), que se expresa en ideas como “El fin del mundo”, “Regiones extremas” o “Regiones aisladas”.

Finalmente, el territorio es un elemento de identidad de un grupo que lo ubica como parte de lo propio y lo diferencia de lo ajeno; lo hace parte de sus componentes, de su ser colectivo en donde, al mismo tiempo, el grupo pertenece al territorio (Giménez, 2005). Se nace del sentido de pertenencia socio-regional y emerge cuando por lo menos una parte significativa de las/os habitantes de una región ha logrado incorporar a su propio sistema cultural los símbolos, valores y aspiraciones más profundas de su región. Así, el paisaje que percibimos de un lugar determinado pasa a convertirse en la riqueza propia y única de la que dispone un conglomerado humano en su territorio. El territorio es una producción compleja y multidimensional (Nates, 2011), en esta producción aparece el

concepto de territorialidad, que se plantea como el conjunto de relaciones establecidas entre las personas de una colectividad con la exterioridad y la alteridad (Raffestin, 2001). Corresponde a un proceso esencialmente simbólico que se asocia al sentido de pertenencia e identidad. A partir de esto, cuando se habla de construcciones identitarias como elementos presentes en los territorios, se comprende que esa identidad se construye en forma relacional, en el encuentro con otros y otras, que surge de la dialéctica entre las personas y la sociedad en la que se destaca su dimensión simbólica (Giménez, 2005; Molina, 2011).

La idea de “*identidad*” ha tenido un profundo tratamiento desde la perspectiva de la psicología y, por lo tanto, se le ha observado como una representación de la pertenencia del individuo. Sin embargo, en las ciencias sociales se observa un giro al destacar la reflexividad y lo relacional como elementos cruciales en la construcción de la identidad humana:

Es por la vía del imaginario social, capaz de institucionalizar elementos simbólicos en el espacio de los grupos y con miras a incrementar su cohesión interna, que el estudio de formas colectivas de la identidad se hace posible, sobrepasando de esta manera el marco estrecho de un individuo solitario con presunta identidad sólo individual (Castoriadis en Baeza, 2000, p. 48).

Desde esta postura, el concepto adquiere entonces una inmensa responsabilidad teórica, en tanto parece situarse en el plano de un debate tradicional acerca de la preeminencia de la persona o de la colectividad en el proceso de construcción identitaria. Desde esta perspectiva, la identidad social aparece como una representación singularizada de la vida en sociedad y de las relaciones sociales, relegando a segundo plano el hecho de que sea individual o colectiva. La identidad social es, a la vez, autorepresentación (Ego) y representación del Otro/a (Alter) (Baeza, 2000).

Al mismo tiempo que es una construcción social, también construye un configurador de identidad, imaginarios, discursos y relaciones. De esto, se infiere su adhesión a la idea de trabajar la identidad local, considerando los procesos de construcción simbólica y territorial en los que se expresan las identidades colectivas, lo cual daría cuenta, según Molina (2011) de una indisociable relación entre lo individual y lo social. En este entramado social se establece una clara articulación entre los elementos biográficos de las/os sujetos, las trayectorias sociales de las/os mismos/as y los procesos o coordenadas socio-históricas que los condicionan. Una forma de explicar la construcción de

identidades locales se encuentra en Aravena y Baeza (2010, p. 161) quienes definen la identidad como una construcción social:

En efecto, en la configuración de la identidad resulta consustancial la presencia de un alguien frente al cual se busca dejar sentada una diferencia, que puede ir a buscar elementos constitutivos, principalmente en rasgos psicológicos, étnicos o sociales. Desde luego, no se trata de determinar si tales elementos son “verdaderos” o “falsos”, por cuanto sus talleres de elaboración se sustentan en imaginarios sociales; es decir, creaciones perfectamente subjetivas, que alimentan el ideal propio de singularización.

Aravena y Baeza (2010) categorizan la identidad de la siguiente forma: una identidad vivida, lo que se quiere ser, no es obligatoriamente una identidad proyectada, es decir, como se desea que las personas se vean entre sí. Por lo tanto, también puede que no se corresponda con una identidad percibida o cómo se aprecia la propia intencionalidad identitaria. Por tanto, para estos autores la identidad puede ser estudiada y analizada al menos desde las tres categorías anteriormente señaladas (Aravena, 2003). A partir de esta propuesta, el campo de lo identitario tiene dos dimensiones: una representación mental de pertenencia y una que se ha denominado praxis identitaria. La unidad de ambos aspectos responde al don de ubicuidad de la persona, es decir, a su capacidad de ser y estar al mismo tiempo. Considerando estas dos dimensiones, Baeza (2000) distingue tres condiciones básicas: la primera de ellas responde a la *apropiación de un espacio (condición espacial)*, que toma en cuenta un territorio de dimensión variable considerado como algo propio y que contiene todo cuanto se halla dentro de él, sea este de carácter físico o simbólico. La espacialidad será entendida como la instancia que operacionaliza la institucionalización o legitimación de principios. Se comprenderá, entonces, la apropiación en el sentido de pertenencia y en el sentido de actividades en un lugar, emanada de la idea de praxis identitaria. La segunda categoría implica la *apropiación relacional (condición relacional)* que comprende la idea de relación con un ser-otro, desde las características atribuidas a las otras dos condiciones, esto significa, un particular modo de vincularse con el mundo. Al afirmar que la identidad es a la vez autorepresentación y representación del otro/a, y al haber introducido la idea de la distinción como proceso fundamental para indagar en la producción de imaginarios, es necesario explorar los vínculos que se establecen entre las alteridades, y sobre esta base intentar la realización del diálogo pretendido. Por último, la tercera es la que concierne a la *apropiación de un tiempo (condición temporal)* referida a la construcción de un tiempo que se considera igualmente como propio y relacionado con el curso de la vida. El

pretérito y la tentativa de apropiación de un tiempo no transcurrido con alcance teleológico, en un procedimiento de proyección que permita asegurar una especie de continuidad temporal, visualizando ese "algo" que puede satisfacer el tiempo existencial.

2.6.3. Dinámicas territoriales en la Patagonia Aysén y Magallanes.

Los conceptos de territorio y lugar se articulan con procesos identitarios en Magallanes y Aysén, con relación a las prácticas que se ejercen en el territorio, y a los procesos de asentamiento que corresponden a las historias familiares y las migraciones que forjaron la historia regional. La Patagonia Aysén y Magallanes ocupan el extremo sur de Chile y al mismo tiempo conforman la parte más austral del territorio de Sudamérica. La Región de Aysén es la última frontera del país en ser poblada de modo permanente, y por su parte, la región de Magallanes se extiende al sur de la región de Aysén. Desde un punto de vista geográfico, Martinic (2010) ha destacado la condición estratégica de la “magallania” histórica, por ubicarse en el vértice austral del continente americano y reunir allí las aguas de tres océanos, junto a montañas rocosas, glaciares, selvas y llanuras esteparias.

Al pensar el contexto de acuerdo a lo planteado, aun cuando lo geográfico se transforma en un elemento importante, lo que interesa es situar la mirada en los imaginarios que ayudan a dar vida a la perspectiva que las generaciones tienen respecto a este punto. Habitar, afirma Bourdieu (2000), es significar y apropiarse del espacio. Es así como las personas mayores se habitan a sí mismas y habilitan espacios desde una lógica distinta, más bien alternativa, por ejemplo en los discursos sobre la región y en cómo se “lleva la vejez”.

En las regiones de Aysén y Magallanes, el territorio es atravesado por una serie de discursos que hacen referencia a la memoria colectiva, entendida como el significado de los acontecimientos por los que atraviesa un grupo o sociedad y lo que al paso de los años se recordará. Mendoza (2005) considera que existen memorias individuales, las cuales remiten a los recuerdos de vivencias personales de las personas en contextos y momentos específicos de sus vidas, pero tiene en consideración que ella se hace tangible a través de la colectividad, siendo un elemento clave para la configuración de identidades dentro de un grupo sociocultural. Desde esta perspectiva, es necesario entender el envejecimiento en el extremo sur de Chile de una manera diferente a la del resto del país.

Un territorio plural, donde interactúan lo tradicional y lo moderno, donde se convive con el imaginario de una zona de naturaleza prístina, con un clima extremo, el aislamiento, la territorialidad y con una identidad regional propia y diferente, pero al mismo tiempo dentro de un espacio social, lleno de similitudes con el resto del país.

Para comprender cómo es el proceso de envejecimiento, se sostiene que, en primer lugar, es necesario concebir la relación que las personas establecen con su territorio para comprender cuál y cómo es la apropiación y significación territorial que establece en sus diferentes trayectorias; y, en segundo lugar, cómo se establece la construcción de un patrimonio identitario territorial con el envejecimiento. En este sentido, la Patagonia simboliza un espacio de representaciones particulares desde su conformación como región extrema. La singularidad de su vida cotidiana se ha visto involucrada en diversos procesos históricos que lleva a pensarla como un territorio desde donde se construyen paisajes, lugares e identidades complejas de definir y homogeneizar.

Dado el carácter anteriormente mencionado, un elemento importante dentro de la comprensión de la construcción social del envejecimiento es el territorio y el vínculo que se establece con él. Esto está ligado a las formas culturales de crear realidades, de establecer relaciones y construir prácticas, las cuales pasan a formar parte de lo que para cada persona representa del espacio que habita. Cómo estas representaciones sociales y culturales, son tanto individuales como colectivas y van marcando la ruta de lo que se requiere para lograr aproximarse a lo que en realidad describe al territorio, como las comunidades son imaginadas y mediante esa imaginación se forma y solidifica (Anderson, 2021).



Úrsula Calderón – Como un Hanush se llevó a una mujer
Relatos y Cantos Yaganes

CAPÍTULO III: ANTECEDENTES DEMOGRÁFICOS Y DE LA POLÍTICA PÚBLICA DE ENVEJECIMIENTO EN CHILE Y EN LA PATAGONIA

En este capítulo me aproximo a algunos antecedentes que enmarcan la situación de las personas mayores y contextualizo el envejecimiento y las respuestas del Estado. En primer lugar, a nivel nacional, advertir aquellas transformaciones sociales que han impactado en el proceso de transición demográfica, con base en el análisis de algunos indicadores demográficos, económicos y sociales. También, los datos sociodemográficos existentes de las regiones de Aysén y Magallanes. Posteriormente, un marco general de la política pública para enfrentar el envejecimiento en Chile; y finalmente, un mapeo de las estrategias en las regiones de la Patagonia Austral.

3.1. Panorama de la transición demográfica y el proceso de envejecimiento en Chile

El envejecimiento poblacional ha ido adquiriendo gran notoriedad en América del Sur. Es así como el grupo etario de 60 años y más representaba un 12% de la población total en el año 2015, teniendo una proyección del 21% en el 2025 y del 29% en el 2050 (Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía [CELADE], 2018). Chile, inserto dentro del contexto sudamericano, presenta uno de los índices más elevados de envejecimiento,²⁴ siendo solo superado por Uruguay y ocupando una posición similar a Brasil y Argentina, como se observa en la tabla 2.

Tabla 2 Índice de envejecimiento de los países de América del Sur

País	Años				
	1950	1975	2000	2025	2050
Argentina	23,1	39,0	48,1	75,5	135,6
Bolivia	13,6	12,9	16,1	31,0	82,1
Brasil	11,7	15,0	27,3	73,8	146,6
Chile	18,7	21,4	35,8	82,2	131,9
Colombia	11,7	12,9	20,9	55,2	116,1
Ecuador	20,6	14,0	20,5	53,1	124,1
Paraguay	22,9	16,5	13,5	30,6	76,0
Perú	13,7	12,9	20,5	51,5	119,6
Uruguay	42,3	51,0	69,2	93,4	144,6
Venezuela	7,9	11,4	19,4	54,6	120,3

Fuente: Elaboración propia con base en los datos de la Comisión Económica para América Latina, Boletín Demográfico. América Latina y El Caribe. El envejecimiento de la población 1950-2050.

²⁴ Población total, tasa de personas de 60 y más años por cada 100 personas menores de 15 años.

Los cambios se encuadran dentro de lo que se denomina transición demográfica (CELADE, 2018) y Chile se sitúa en una etapa de transición avanzada. Con respecto a los datos, en la última encuesta de caracterización socioeconómica nacional realizada en pandemia, la población mayor de 60 años alcanza el 19,7% en el año 2020, donde el mayor porcentaje de este grupo está en el tramo etario de los 60 a los 64 años, y llegaría al 20% en el 2025 (MIDESO, 2021). Hacia el año 2050, el porcentaje de personas mayores de 80 años superaría a todas las cohortes etarias dentro de las personas mayores, es decir, el aumento de las edades más avanzadas y de los superlongevos será importante. Sin embargo, estas cifras nacionales ocultan heterogeneidades, sobre todo si se piensa en áreas urbanas o rurales, los distintos niveles socioeconómicos, la pertenencia étnica y el habitar distintos territorios.

De esta manera, la transición avanzada en la cual se encuentra Chile tiene dos componentes fundamentales: disminución de la tasa de natalidad (también de la fecundidad) y aumento de la esperanza de vida, que tienen diversos indicadores asociados (Villalón y Vera, 2012). Lo relevante es que se visualiza como un proceso permanente e irreversible que tendrá que entregar propuestas, respuestas y responsabilidades de parte de lo social y lo político.

Tabla 3 Población total y tasa de crecimiento medio anual de los últimos 10 censos

Año Censos	Población	Tasa de Crecimiento Anual Intercensal
1907	3.231.022	1,50
1920	3.720.235	1,11
1930	4.287.445	1,44
1940	5.023.539	1,60
1952	5.932.995	1,47
1960	7.374.115	2,56
1970	8.884.768	2,00
1982	11.329.736	2,05
1992	13.348.401	1,64
2002	15.116.435	1,24
2017	17.574.003	1,06

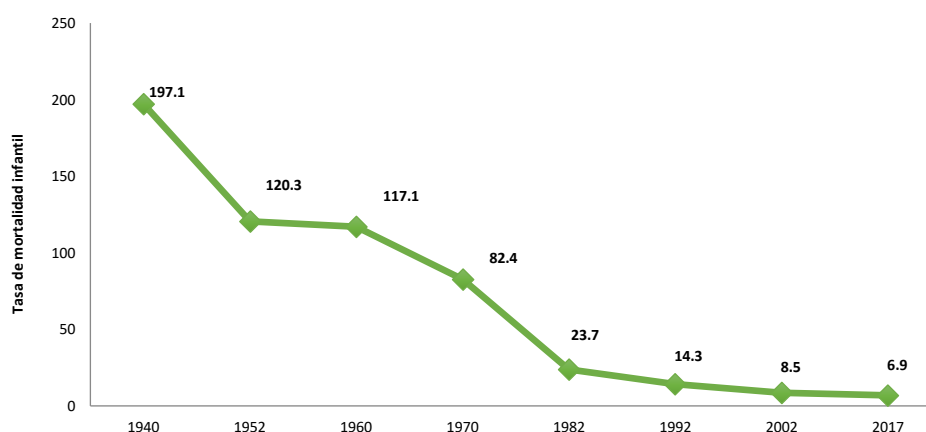
Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos del INE. Censos 1907-2017.

De acuerdo a los datos presentados en la tabla 3, se pueden distinguir tres períodos desde principios del siglo XX hasta la actualidad: a) durante la primera mitad del siglo pasado se observa un crecimiento sin grandes variaciones intercensales, que se explica por altas

tasas de natalidad y mortalidad; b) desde la década de los años 50 hasta los 80 se percibe un crecimiento más rápido de la población, explicado por el mejoramiento de las condiciones sanitarias y de higiene vinculadas a las medidas implementadas por el Sistema Nacional de Salud, además del mayor grado de educación e información disponible para la población; y finalmente c) desde los noventa hasta la actualidad, la tasa nuevamente baja, y en el año 2017 se presenta una cifra récord. Es importante mencionar que actualmente la tasa de crecimiento poblacional se asocia con un crecimiento vegetativo débil, es decir, que nacen y mueren pocas personas (Villalón y Vera, 2012).

En este sentido, la tasa de mortalidad ha disminuido persistentemente desde hace más de medio siglo, pero la gran caída en la mortalidad corresponde mayormente a una disminución de más de 3 veces en la mortalidad infantil, de 23,4 por mil nacidos vivos en 1982 a 6,9 en 2017, registrándose una exitosa y permanente evolución en este indicador como se muestra en el gráfico 1. La mortalidad infantil, que a principios del siglo XX era muy alta, bajó sustancialmente durante el mismo centenario debido a las medidas tomadas especialmente en las instituciones de salud.

Gráfico 1 Tasa de mortalidad infantil 1940 – 2017

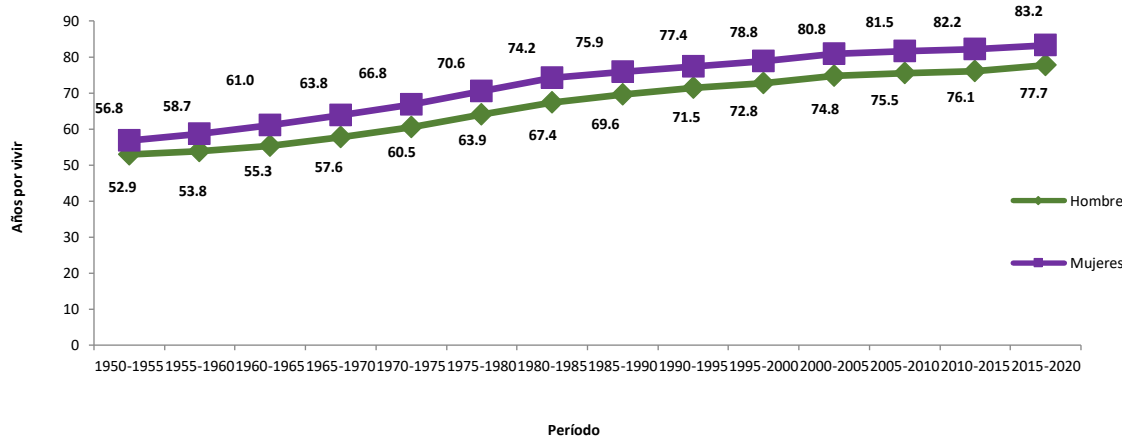


Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos del INE, Estadísticas Vitales 1940-2017.

Relacionado con esto, también se ha producido una disminución muy rápida de la tasa de natalidad, que bajó de 23,9% en 1982, a 12,8% en 2017. Junto con ello, la tasa global de fecundidad bajó de 4,95 hijos o hijas por mujer en el año 1955, a 1,4 hijos promedio por mujer en 2012, en este periodo la tasa global de mortalidad del país se redujo en un 60,8% (INE, 2021).

En términos generales, en tan solo 30 años las/os habitantes del país que nacían subieron sus expectativas de vida en 16 años. Actualmente, en el período 2015-2020 este indicador en promedio llega a los 80,0 años; hay diferencias por género siguiendo una tendencia mundial, y en este caso favorece a las mujeres, ya que estas subieron de 56,8 años a 82,8 en 60 años (un alza de 26 años), en cambio, los hombres ascendieron de 52,1 a 77,2 en el mismo período (un alza de 25,1 años), como se muestra en el gráfico 2.

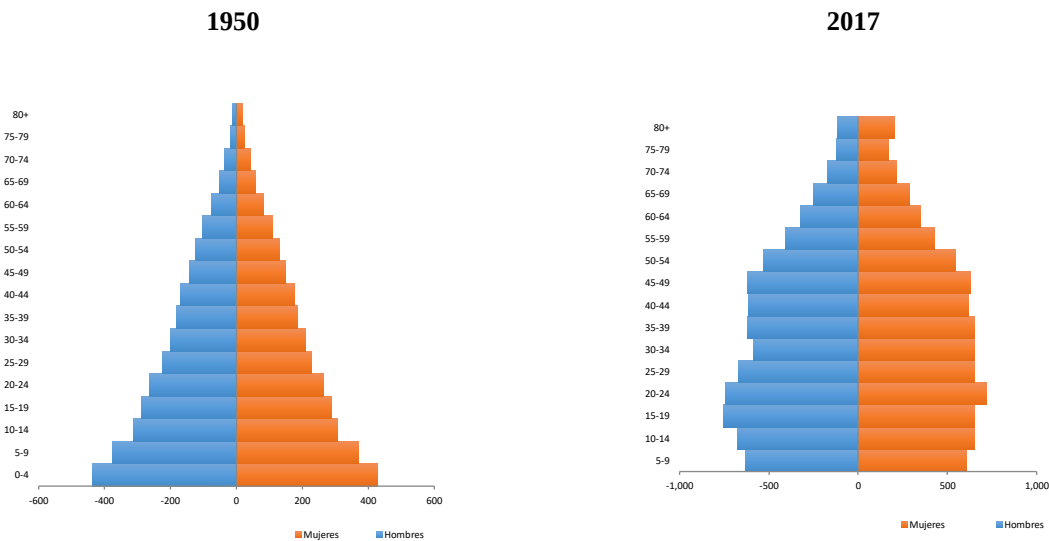
Gráfico 2 Esperanza de vida al nacer por sexo 1950 - 2020



Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos del INE. Proyecciones y Estimaciones de Población.
Total País: 1950-2050.

La población adulta mayor ha aumentado, se duplicó su porcentaje desde un 6,8% en 1950 hasta un 11,4% en el 2017. Como se muestra en el gráfico 3, los diversos tramos han cambiado en los últimos sesenta años (INE, 2021).

Gráfico 3 Distribución de la población por sexo y edad 1950 – 2017



Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos del INE, Proyecciones y Estimaciones de Población,
Total País: 1950-2050.

De acuerdo a la encuesta CASEN 2017, en el 41,7% de los hogares chilenos vive al menos una persona mayor y en el 86,6% de esos casos, la persona mayor es el jefe de hogar. En Chile, la proporción de personas mayores que viven solas aumentó desde 9% en 2000 a 18,9% en 2017, con diferencias entre hombres y mujeres y entre zonas urbanas y rurales. El porcentaje de mujeres mayores de 65 años que viven en hogares unipersonales es 17,7% y de hombres es 10,9% respectivamente. Las personas mayores que viven solas es mayor después de los 75 años, siendo más alto el porcentaje en las mujeres y una de las razones que explicaría esto es porque los hombres al enviudar o separarse vuelven a tener pareja. La viudez, un 62% en mujeres y un 42% del total de hombres mayores a 65 años (MIDESO, 2018). La alta esperanza de vida al nacer y las bajas tasas de fecundidad observadas hacen prever un rápido aumento de las personas que viven solas y, por lo tanto, con menos opciones de cuidado.

Del análisis anterior se derivan consecuencias claras sobre los logros económicos y sociosanitarios del país, que ubican a Chile entre los países con indicadores de salud comparables con los países del norte global. Sin embargo, persisten importantes desigualdades en la distribución del ingreso, lo que impacta negativamente en los indicadores de salud de las personas mayores (MIDESO, 2018).

Los ingresos de las personas mayores, en general, son menores que los de la población general. Considerando tanto los ingresos autónomos como los subsidios, el ingreso de la persona mayor corresponde al 70% de los del resto de la población. De acuerdo a la encuesta CASEN, la pobreza medida según ingresos disminuyó de 8,4% en 2013 a 4,5% en 2017 y de igual forma la pobreza extrema descendió de 2% a 1%. Sin embargo, la pobreza multidimensional (MIDESO, 2018), que incluye cinco dimensiones (educación, salud, trabajo y seguridad social, vivienda y entorno, redes y cohesión social) aumentó de 21,6% en 2015 a 22,1 en 2017.

En este sentido, el proceso de envejecimiento en Chile se ha caracterizado por la implementación de políticas públicas dirigidas al cuidado, manejo y bienestar de la población, lo que ha contribuido a disminuir fundamentalmente la mortalidad infantil y adulta desde mediados del siglo pasado, teniendo como resultado directo el aumento de la población mayor y de la esperanza de vida en forma acelerada. Este proceso de cambio demográfico es el resultado de mejoras sociosanitarias, cambios en el comportamiento

reproductivo de las personas, además de la adopción de políticas públicas dirigidas al manejo y cuidado de la población.

Asimismo, un rol más activo del Estado en el desarrollo de la salud pública se materializó en Chile a comienzos del siglo XX (Zárate, 2008). En este contexto, el proceso comienza con políticas institucionalizadas a partir de la Constitución del año 1925, con las que se buscaba la disminución de las altas tasas de mortalidad (principalmente la infantil) producto del perfil epidemiológico del país, caracterizado por las enfermedades infectocontagiosas y parasitarias. Por lo tanto, el envejecimiento de la población está asociado al incremento sostenido de la esperanza de vida y al descenso en las tasas de mortalidad y fecundidad (Pérez, 2021). Por otra parte, la esperanza promedio de vida al nacer alcanza hoy los 80,5 años de edad, lo que representa un incremento de más de 20 años durante las últimas cinco décadas (INE, 2018a).²⁵

En el ámbito de las mejoras sanitarias, las instituciones y normativas dirigidas al bienestar, surgen como una demostración de esta transición clave que experimenta la salud (Zárate, 2008). Así, tanto la implementación de políticas de salud por parte del Estado, como el conjunto de otras iniciativas corporativas impulsadas por diferentes universidades, organizaciones de caridad y desde la propia institucionalidad, dieron inicio a un fuerte proceso de intervención a nivel comunitario. De esta forma, se implementaron políticas y estrategias asociadas a diversos temas considerados coyunturales, tales como: el tratamiento del consumo excesivo de alcohol, el establecimiento de los primeros programas de salud mental localizados en los sectores más vulnerables del país; el manejo, prevención y tratamiento de enfermedades de transmisión sexual, a través de programas de educación sexual; o el abordaje incipiente del aborto y la planificación familiar, entre otros (Moya, 2013).

La mayoría de los logros sociales, económicos y educativos que condujeron a la rápida disminución de la mortalidad y al descenso de la fecundidad, fueron el resultado de la intervención en materia de políticas públicas, además de la incorporación de nuevos

²⁵ De igual manera, la relación personas mayores/menores (N° de personas de 65 años y más por cada 100 personas de 0 a 14 años) creció. Si en 1992 había 22,3 mayores por cada 100 menores de 15 años, en 2017 el número sube a 56,8 mayores por cada 100 menores de 15 años. Los datos también nos muestran que hay 95,9 hombres por cada 100 mujeres, y mientras más envejecida es la población, mayor es la cantidad de mujeres y menor la cantidad de hombres.

estándares económicos y culturales en la sociedad chilena en la primera parte del siglo pasado. Entre ellos, se pueden destacar desde la creación y estructuración de un fuerte sistema nacional de salud, la alfabetización de la población, la utilización de métodos de anticoncepción, hasta un cambio en el comportamiento tanto social como cultural. Los cambios demográficos que se vienen produciendo desde mediados del siglo pasado, reflejan en el escenario actual un envejecimiento cuantitativo y cualitativamente particular, un contexto al que se suman elementos relacionados con desigualdades sociales,²⁶ desigualdades de género,²⁷ e incertidumbre con respecto a la forma de enfrentar las complejidades de la realidad, que particularmente afectan a las personas mayores. Las experiencias compartidas que antes daban forma a identidades generacionales se difuminan, en tanto los ciclos biográficos son cada vez más diversos; frente a este panorama, el deconstruir el concepto y la situación de las personas mayores requiere ajustarse a las diferentes situaciones de vejez que comienzan a manifestarse actualmente.

En este escenario, se han producido algunos cambios económicos y sociales que han permitido a las actuales personas mayores vivir en mejores condiciones comparadas con generaciones anteriores. Un ejemplo de ello es el aumento de la población alfabetizada; otro ejemplo, la creación del Servicio Nacional del Adulto Mayor (SENAMA), con el fin de poder coordinar las políticas públicas dirigidas a las personas mayores, aumentar la visibilidad de la vejez y poder crear programas más específicos, estableciendo con ello una institucionalidad permanente. La política integral de envejecimiento positivo constituye un avance sustancial en materias de envejecimiento, sin embargo, aún existen deficiencias por la falta de evaluación de los programas, su impacto en la calidad de vida de las personas mayores, y cómo contribuyen al cumplimiento de los objetivos formulados en la política (Leiva et al., 2020). En el año 2017, con la ratificación de la

²⁶ Según informe mundial sobre protección social 2020-2022 de la OIT, se plantea que el 28,2% de los trabajadores ocupados urbanos no tienen ningún tipo de seguridad social y menos de un 5 % pueden acceder a un seguro de desempleo en América Latina y el Caribe. La OIT considera que la superación de esta brecha de cobertura no debe ser considerada como un gasto, sino como una inversión en el bienestar, la estabilidad y la gobernabilidad. https://www.ilo.org/global/about-the-ilo/newsroom/news/WCMS_817717/lang-es/index.htm

²⁷ Las mujeres tienen una esperanza de vida mayor, lo que afecta las pensiones a las que pueden optar, empobreciendo de manera radical. Debido a su menor participación en el ámbito laboral, tienen menos cotizaciones previsionales; además se imponen en el sistema previsional por menos tiempo y sus ingresos son más bajos en comparación con los hombres, por lo que sus cotizaciones también son menores. Se suma a esto que al ser más longevas, sus pensiones son inferiores a las de los hombres, en promedio reciben entre un 10% y un 30% menos.

Convención Interamericana sobre la Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores se ha avanzado en el desarrollo de las políticas públicas dirigidas a las personas mayores, Chile se ha retrasado en el marco de convenios internacionales que promueven estos derechos e iniciativas que buscan ampliar e integrar a las personas mayores.

No obstante lo anterior, más allá de las mejoras de algunos aspectos de la calidad de vida, estos cambios no van aparejados en su totalidad con cambios relacionados con los valores, constituyéndose en un mito de la modernidad. Chile enfrenta un rápido envejecimiento poblacional, con una población de 60 años y más, que se estima igualará a la de 0 a 14 años en 2024. Los estudios efectuados en el país demuestran una profunda desigualdad socioeconómica, de género, centro-periferia y urbano-rural en las personas mayores, lo que impacta negativamente sobre la calidad de vida y plantea a la sociedad múltiples desafíos que deben ser enfrentados a la brevedad. Las consecuencias profundas y duraderas del envejecimiento de la población presentan oportunidades y desafíos para la sociedad chilena, sin olvidar que esto supone uno de los mayores logros conseguidos por la humanidad en toda su historia (Pérez, 2012).

Los desafíos actuales están por asumir que dentro de 30 años un tercio de la población va a tener más de 60 años, lo que implica disminuir la brecha entre expectativa de vida total y expectativa de vida saludable, lo que es posible a través de un sistema de salud integrado y centrado en la persona, estilos de vida saludable, participación social, profesionales formados y condiciones estructurales en las ciudades. Sumado a ello, el aumento generacional de la educación y la innovación tecnológica contribuirán a reconocer que hay un número mayoritario de personas mayores autovalentes e independientes. Por ello, es fundamental implementar políticas y programas que vean a las personas mayores como sujetos de derecho y les abran espacios en la sociedad en vez de excluirlas por razones de edad. El considerar la gran heterogeneidad de las personas mayores y diversidad de realidades a las cuales se enfrentan, es otro desafío de la política pública, y sin lugar a duda, este proceso debe involucrar a las propias personas como sujetos/as políticos.

3.2. Contexto sociodemográfico del envejecimiento en la Patagonia Aysén y Magallanes.

En este apartado abordo el panorama en el que se están produciendo cambios demográficos y sociales, claves para comprender el envejecimiento en las regiones de Aysén y Magallanes, donde se destacan las desigualdades que les atraviesan, el aumento de la esperanza de vida y la feminización de la vejez. La producción de la información ha sido realizada consultando fuentes secundarias. La mayoría de datos han sido extraídos de dos encuestas nacionales y regionales, así como de documentos oficiales. Por una parte, he tenido en cuenta la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN)²⁸ de los últimos 5 años (2006 a 2017). Y, por otro lado, también he recopilado datos del último Censo de población del año 2017 y de la base de datos del Instituto Nacional de Estadísticas (INE) sobre las proyecciones y estimaciones de población entre 1990 y 2020. También he consultado otros informes y estudios que son revisiones de estas mismas encuestas, para abordar la feminización de la vejez. Desde esta perspectiva, teniendo en consideración la centralidad de la reproducción social de la vejez, he incorporado las desigualdades de género en el proceso de envejecimiento de las mujeres y hombres que habitan en el territorio.

En la Patagonia, la **región de Aysén** es la tercera más extensa en el territorio nacional, pero la menos poblada, ya que, según la proyección del INE (2021) la población total asciende a 103.158 habitantes, de estos un 52% corresponde a mujeres y un 48% a hombres. Es importante destacar que un alto porcentaje de su población (79,6%) vive en las comunas de Coyhaique y Aysén. La densidad poblacional es mínima, alcanza a 0,96 habitantes por kilómetro cuadrado, por lo que se ubica como la segunda región con menor densidad en el país, después de la región de Magallanes. En términos generales, el poblamiento en esta región se ha caracterizado por una distribución nuclear de sus habitantes, producto de los desafíos que impone el clima extremadamente frío, principalmente en invierno, además, la baja proporción de suelos favorables a la actividad agrícola explicaría la asociatividad del poblamiento en este territorio (INE, 2018b).

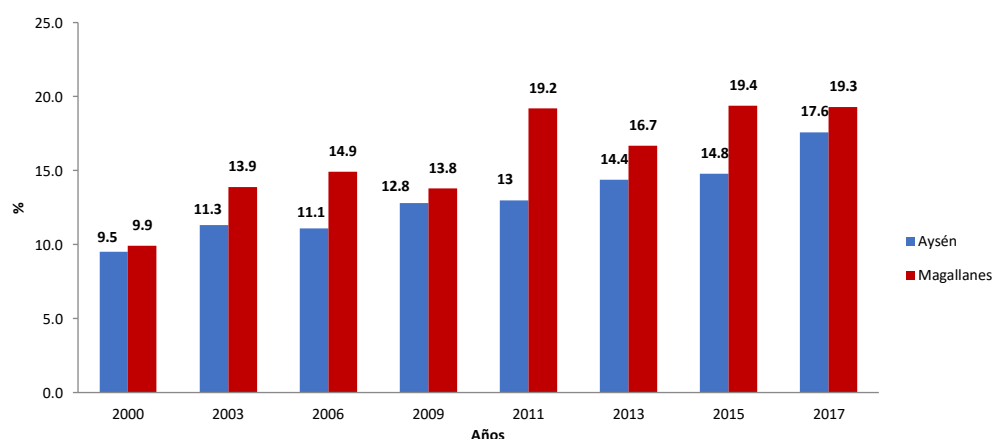
²⁸ La Encuesta Casen es realizada por el Ministerio de Desarrollo Social desde el año 1990 con una periodicidad; bianual o trianual. Hasta ahora, las encuestas aplicadas corresponden a los años 1990, 1992, 1994, 1996, 1998, 2000, 2003, 2006, 2009, 2011, 2013, 2105 y 2017.

Por otro lado, la **región de Magallanes** es la más extensa en superficie del territorio nacional, sin embargo, es la segunda menos poblada después de Aysén, ya que según la estimación del INE (2021) para el año 2017 la población ascender a 166.533 habitantes, un 48,8% de ella corresponde a mujeres y un 49,4% a hombres, invirtiendo la tendencia nacional. El 91,9% de la población vive en zonas urbanas, siendo Punta Arenas la comuna más habitada. A su vez, la densidad poblacional alcanza solo un 0,12 habitantes por kilómetro cuadrado, siendo la más baja del país.

El aumento de la longevidad y la feminización de la vejez

Según la encuesta CASEN 2017 en la región de Aysén viven 18.545 personas mayores de 60 años, lo que representa un 17,6% de la población regional, y en el caso de la región de Magallanes viven 29.210 personas mayores, representando un 19,3% de los habitantes de aquel territorio, similar al porcentaje a nivel nacional (MIDESO, 2018). Según se puede observar en el gráfico 4, el peso de las personas mayores en la estructura poblacional general, ha ido aumentando constantemente durante los últimos 20 años en ambas regiones, a pesar de que en Magallanes se observan oscilaciones en este espacio de tiempo en la proporción de adultas/os mayores en la población.²⁹

Gráfico 4 Porcentaje de personas mayores. Regiones de Aysén y Magallanes (2000 – 2017)



Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos de la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional, años respectivos, Ministerio de Desarrollo Social.

²⁹ La omisión de hombres en la edad y segmento referido tiene diversos impactos en los resultados de la Casen. Primero, provoca una distorsión en la estructura de sexo y edad en la encuesta, entregando mayor peso que el efectivo a grupos como las personas mayores, lo que altera la generalidad de las estadísticas descriptivas de la Casen. Segundo, aumenta artificialmente el número de hogares que la Casen proyecta a nivel nacional (porque los hogares “crecen” hasta que el número de individuos que proyecta la encuesta coincida con las proyecciones de población del INE-CELADE). Tercero, origina cifras más altas de pobreza y desigualdad que las efectivas.

La población de personas mayores en ambas regiones se caracteriza por estar feminizada con respecto a otros grupos etarios. En este ámbito, mientras más jóvenes las personas mayores, el sexo masculino prevalece en la composición poblacional, y asimismo, a medida que avanza la edad en este tramo etario, las mujeres adquieren mayor peso; esto sucede en ambas regiones, tanto en Aysén como en Magallanes.³⁰

En la región de Aysén se registra que la prevalencia de los hombres por sobre las mujeres en la composición poblacional de las personas mayores es bastante marcada en los tramos etarios 60-64 y 65-69 años, lo que se reduce hasta prácticamente equipararse en el corte de 70-74 años. En el tramo etario siguiente (75-79 años), la relación se invierte y sitúa a las mujeres con una mayor ponderación cuantitativa en comparación con los hombres, lo que se amplía en las personas de 80 años y más. Un ejemplo que demuestra este hallazgo, y que va más allá de la evolución temporal de los últimos 15 años, son las diferencias de peso porcentual de hombres y mujeres entre los tramos de 60-64 años y los mayores de 80 años, tal como se observa en la tabla 4. Concretamente, para el año 2020 en la primera cohorte etaria de las personas mayores se determina que un 46,07% es mujer; esta relación cambia drásticamente en el último tramo de edades presentado en esta clasificación, ya que un 62,24% son mujeres.

Tabla 4 Personas mayores región de Aysén por tramo y por sexo 2000 – 2010 – 2020

	2000		2010		2020	
	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer
60-64	1.311	1.114	1.812	1.639	2.449	2.258
65-69	998	904	1.405	1.231	1.641	1.617
70-74	633	642	979	949	1.191	1.120
75-79	375	448	631	712	842	1.134
80 y más	354	464	501	844	832	1.139

Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos del INE, Proyecciones y Estimaciones de Población 1990-2020, País y regiones.

En la región de Magallanes, a diferencia de la región de Aysén, el proceso de inversión de la relación hombre–mujer en cuanto al peso específico en la composición poblacional, se produce dos tramos antes, es decir, ya en el tramo 65-69 años se observa una equiparación e incluso una superación del componente femenino por sobre el masculino.

³⁰ Dado que la mortalidad masculina es superior a la femenina, la esperanza de vida de las mujeres es mayor. Según las perspectivas de población de Naciones Unidas, en promedio, la esperanza de vida a los 60 años en Chile es de 24,3 años para el quinquenio 2020-2025. Entre las mujeres alcanza los 25,6 años y, entre los hombres, unos 22,8 años (NODO, 2021).

Es decir, solo en la cohorte etaria de 60-64 años los hombres son más numerosos que las mujeres, independiente de la evolución temporal desde principios de siglo. En la tabla 5 se observa un ejemplo comparativo de la evolución de la proporción entre hombres y mujeres con respecto al avance de la edad en las personas mayores de 60 años, es que en el año 2020 las mujeres de entre 60 y 64 años representan un 48,4%; a diferencia de lo que ocurre en el tramo etario de más de 80 años, donde las mujeres ascienden a un 62,7%, lo que significa una proporción mucho mayor en el tramo de edad.³¹

Tabla 5 Personas mayores región de Magallanes por tramo y por sexo 2000- 2010 – 2020

	2000		2010		2020	
	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer
60-64	2.415	2.413	3.266	3.005	4.458	4.372
65-69	1.824	2.169	2.426	2.521	3.227	3.239
70-74	1.320	1.566	1.641	1.944	2.414	2.639
75-79	856	1.158	1.077	1.598	1.558	2.479
80 y más	746	1.184	988	1.570	1.574	2.736

Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos del INE, Proyecciones y Estimaciones de Población 1990-2020. País y regiones.

En síntesis, la desagregación en tramos etarios del conjunto de las personas mayores, incorporando la variable sexo, es muy relevante para explicar las características demográficas de este grupo poblacional. Este dato es particularmente complejo; por un parte, las mujeres tienen una mayor longevidad, pero también se sabe que a nivel país, ellas tienen menos acceso a pensiones (Programa Naciones Unidas para el Desarrollo [PNUD], 2017), y que cuando las reciben, estos ingresos son entre un 10 y 30% menos que los hombres.

En general, destacamos dos hallazgos: primero, en términos absolutos, todos los tramos etarios crecen en el período estudiado, lo que se podía prever a partir de la información ya revisada; en segundo, el corte entre los 60-64 años es el que posee mayor peso dentro de este segmento. Un análisis más detallado puede arrojar otros aspectos más específicos, entre ellos: la población superlongeva de más de 80 años está superando en el año 2020 a la cohorte etaria anterior (75-79 años), lo que expresaría una tendencia (que tendría que comprobarse en los próximos años) que denota que las personas mayores cada vez son

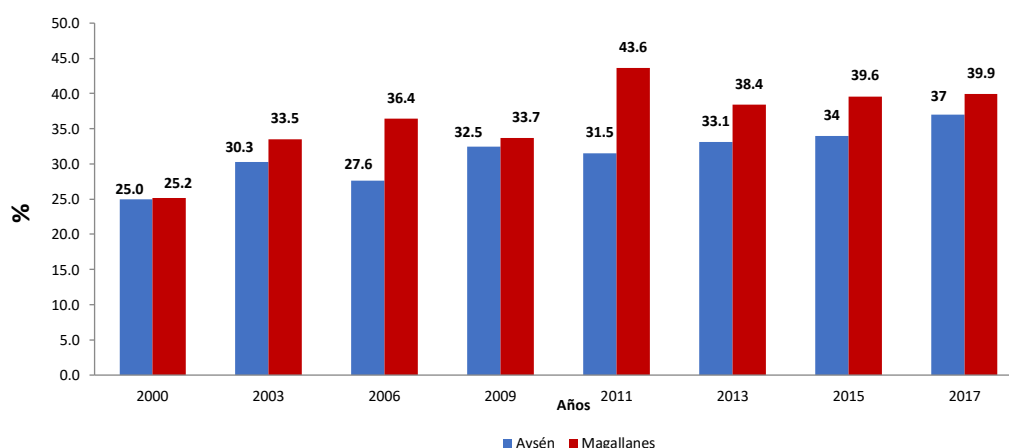
³¹ En 2019 se promulgó la Ley 21.144, que modificó la Ley 19.828 que crea el Servicio Nacional del Adulto Mayor, y en la cual se definió una “cuarta edad” a partir de los 80 años (NODO, 2021).

más mayores; y tercero, que la proporción entre hombre y mujeres se reduce significativamente a medida que aumenta la edad, el peso de las mujeres se acrecienta.

Repercusión en la composición de los hogares

Es necesario observar cómo ha ido cambiando la composición de las familias en el último tiempo a partir del cambio demográfico y el aumento de población mayor. Es un resultado esperable el observar que el porcentaje de hogares con personas mayores ha aumentado considerable y permanentemente en las regiones de la Patagonia austral. En particular, y de acuerdo a lo presentado en el gráfico 6 en la región de Aysén y en la región de Magallanes, el porcentaje ha mantenido un crecimiento sostenido desde el año 2000 hasta el 2017, vale decir, prácticamente en 4 de cada 10 hogares de estas regiones hay personas mayores.

Gráfico 5 Porcentaje de hogares con personas mayores 2000 – 2017



Fuente: Elaboración propia con base en datos de la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional, años respectivos, Ministerio de Desarrollo Social.

Otro aspecto importante que surge con relación al ámbito familiar o privado es dilucidar el porcentaje de personas mayores que son jefas/es de hogar.³² En el caso de la región de Aysén, la cantidad de personas de este grupo de población que son jefas/es de hogar, con respecto al total de personas mayores, alcanza un 67,3% en el año 2017; y en el caso de la región de Magallanes, llega a un 60,2% (MIDESO, 2018). Lo que significa que de cada

³² Según el INE, existen tres criterios para definir la jefatura de hogar. El primero consiste en una autoasignación sin que exista un marco mayor de definición; el segundo criterio se basa en quién cumple con el rol de autoridad y la toma de decisiones más importantes en el hogar. Finalmente, el tercer criterio responde al rol económico, derivado en quién aporta mayoritariamente en los ingresos económicos del hogar y de quién es la propiedad de la vivienda.

10 personas adultas mayores 6 aproximadamente son jefas/es de hogar; aspecto relevante a la hora de evaluar las necesidades que poseen y sus posibles satisfactores. Esta información al desagregarla por sexo muestra grandes diferencias. En Aysén, mientras que en los hombres el 79,0% de las personas mayores son jefes de hogar, en las mujeres esa cifra llega sólo al 57,1%. Por otro lado, en Magallanes esa correspondencia sigue el mismo patrón con un 84,9% para hombres y un 40,6% para mujeres (MIDESO, 2018). Este es un indicador que mide la cantidad de personas mayores que son jefas de hogar, con relación al total de personas mayores.

Por lo tanto, es una medición de personas y no de hogares. Así mismo, es fundamental dilucidar qué posición ocupan las personas mayores al interior de los hogares, como se expone en la tabla 6. Del total de hogares de la región de Magallanes, el 34,6% tiene como jefa/e a una persona mayor, en cambio, en la región de Aysén el porcentaje es de 32,5% (MIDESO, 2018).

Tabla 6 Porcentaje de hogares con jefe/a de hogar de 60 años y más

	2011	2013	2015	2017
Aysén	26,0	28,3	29,9	32,5
Magallanes	37,4	33,1	33,7	34,6

Fuente: Elaboración propia con base en datos de la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional, años respectivos, Ministerio de Desarrollo Social.

Para el caso de Magallanes, la brecha observada entre hombres y mujeres en esta categoría es amplia, ya que de los hogares que tienen como jefa/e a una persona mayor, el 57,5% tiene como jefe a un hombre, mientras que en un 42,5% de estos hogares tiene a una mujer como jefa de hogar; en la región de Aysén se observa algo similar con relación al porcentaje de hogares que tienen una jefa de hogar, ya que hay un 43,2% de mujeres mayores ejerciendo este rol.

El predominio de la jefatura tiene como especificidad el sesgo de género, pues existen disparidades enormes entre hombres y mujeres, y como acontece en el resto de las edades, una mujer mayor jefa de hogar es casi equivalente a una mujer sin pareja en el hogar. De cualquier manera, debido a la mayor supervivencia de las mujeres respecto de sus parejas, los índices de jefatura de hogar femenina son mucho más altos entre las mujeres mayores que entre las adultas y las jóvenes.

Con relación al porcentaje de personas mayores en hogares unipersonales (cantidad de personas mayores que se encuentran viviendo solas en un hogar), la región de **Aysén** es la que mayor porcentaje presenta, hay un 18%, donde el 15,3% corresponde a hombres y un 20,2% a mujeres. En **Magallanes**, el 16,8% de personas mayores viven solas, donde el 12,1% corresponde a hombres y un 20,5% a mujeres. Es decir, en Aysén y Magallanes 1 de cada 5 mujeres mayores vive sola, esta situación tiene dos representaciones: por una parte, la plena capacidad que tienen las personas mayores de vivir solas; y por otra, el desafío que presenta esta situación a la sociedad debido a la vulnerabilidad a la que pueden estar expuestas las personas mayores que se encuentran solas en el hogar.

La realidad socioeconómica

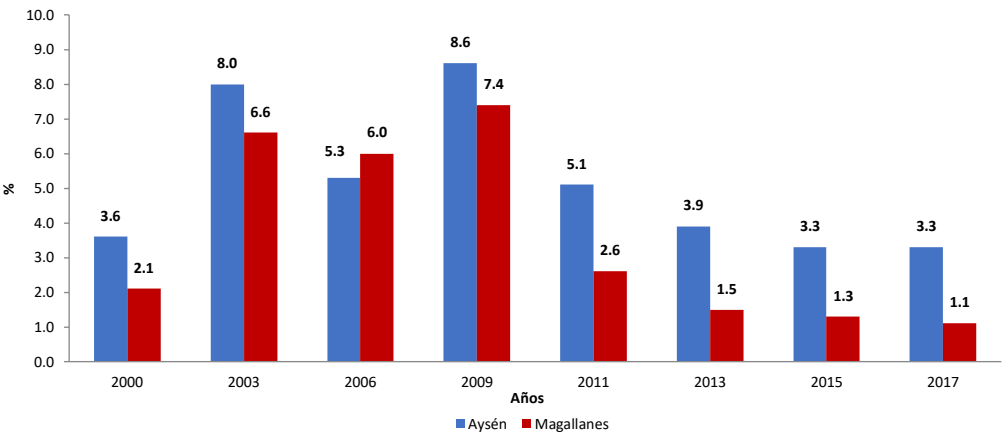
Los índices de pobreza económica se encuentran bajo el promedio nacional en ambas regiones, tanto en la actualidad como en retrospectiva desde el año 2000, de acuerdo a lo que se muestra en el gráfico 6. Según los datos de la CASEN 2017, la cantidad de personas en situación de pobreza en ese año, alcanzaría un 4,6%. En retrospectiva, se distingue una disminución gradual, ya que en el año 2006 este índice ascendía a un 26,5% de la población (MIDESO, 2018). Sin embargo, la pobreza multidimensional³³ se incrementa considerablemente en la región, aun cuando, en términos relativos, ha disminuido 10 años, en el año 2009 ascendía a un 32,6% de la población, en el 2017 esta cifra alcanzaba a un 19,0%.

Los indicadores socioeconómicos de la región de Magallanes muestran que la situación de pobreza es más baja que la que se exhibe a nivel nacional. Es así como para el año 2017 este territorio presenta un 2,1% de personas en esa circunstancia, alejándose del promedio nacional que presenta un 8,6% para el mismo año (MIDESO, 2018). Además, esta situación ha disminuido constantemente desde el año 2006, en que se registraba un 12,8%, siempre bajo los promedios nacionales. Por su parte, la medición de la pobreza

³³ La pobreza multidimensional (CASEN 2015) se explica a partir de cinco dimensiones, cada una de las cuales contiene tres indicadores: 1. Educación: Asistencia, Rezago Escolar, Escolaridad. 2. Salud: Malnutrición en niñas/os, Adscripción al Sistema de Salud, Atención. 3. Trabajo y Seguridad Social: Ocupación, Seguridad Social, Jubilaciones. 4. Vivienda: Habitabilidad, Servicios básicos y entorno. 5. Redes y Cohesión Social: Apoyo y Participación, Trato Igualitario y Seguridad. Las dimensiones tuvieron en el 2015 una ponderación de 25,8%, 12,9%, 31,1%, 24,5% y 5,7%, respectivamente. Dichas condiciones son observadas a través de este conjunto ponderado de 15 indicadores con los que se identifican carencias en los hogares. Los hogares que acumulan un 22,5% o más de carencias se encuentran en situación de pobreza multidimensional.

multidimensional advierte un aumento en comparación con la pobreza medida desde los ingresos, presenta un índice bajo la media en Chile: en el año 2017 a nivel regional se alcanzaba un 10,8% (MIDESO, 2018).

Gráfico 6 Índice de pobreza en la población de 60 años y más en las regiones de Aysén y Magallanes 2000 – 2017



Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional, años respectivos, Ministerio de Desarrollo Social.

En Magallanes se puede mencionar que el ingreso promedio mensual de la ocupación principal de las personas mayores ocupadas es de \$563.355, y en Aysén, la cifra es de \$489.912. (MIDESO, 2018). Sin embargo, en el año 2013, la CASEN incorporó nueva información relacionada con la pobreza multidimensional, que en el caso de las personas mayores muestra que su situación como grupo no es favorable como se visualiza con relación a la pobreza medida por ingresos.

Tabla 7 Porcentaje de personas de 60 años y más en situación de pobreza multidimensional

		2015	2017
Aysén	En situación de pobreza multidimensional	23,9	23,4
Magallanes	En situación de pobreza multidimensional	10,2	13,0

Fuente: Elaboración propia con base en datos de la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional, años respectivos, Ministerio de Desarrollo Social.

De acuerdo a lo presentado en la tabla 7, en la región de Aysén el porcentaje de personas mayores que se encuentra en situación de pobreza multidimensional es más alta que el promedio nacional (22,1%). De todas formas, lo más relevante es que al momento de comparar la pobreza multidimensional en estas regiones, entre personas mayores

(mayores de 60) y adultas/os, jóvenes y niñas/os, se da una inversión con respecto a lo que sucede con la pobreza por ingresos. Es decir, son más pobres, desde el punto de vista multidimensional, las personas mayores que las menores, al contrario de lo que ocurre con la pobreza por ingresos, en donde son más pobres las menores que las mayores. Este fenómeno plantea interrogantes importantes respecto a qué aspectos están condicionando la calidad de vida de las personas mayores, más allá de los ingresos que parecieran invisibilizar las necesidades de este grupo poblacional; y también preguntas desde la perspectiva de la pobreza multidimensional, en tanto hay desigualdades en diversas áreas del quehacer vital. Lo que tiene relación con las pensiones contributivas y no contributivas, las situaciones relevantes de apoyo o cuidado, las discriminaciones y los malos tratos.

Empleo y sistema de pensiones

La tasa de participación laboral de las personas mayores alcanza el 31,8% a nivel nacional, en la región de Magallanes la diferencia por sexo es de 29 puntos porcentuales entre hombres (49,7%) y mujeres (19,4%), en la región de Aysén la brecha aumenta, la diferencia es de 32 puntos porcentuales entre hombres (57,3%) y mujeres (25,4%). En el país, la brecha alcanza los 26,7 puntos porcentuales, al comparar el 47,8% de hombres y 21,1% de mujeres. Se evidencia una posición de desventaja de las mujeres en el mercado del trabajo, esto deteriora consecuentemente la posibilidad de contar con pensiones suficientes, para poder hacer frente a una vejez en la que el costo de vida aumenta.

Tabla 8 Tasa de ocupación por sexo

		2006	2011	2017
Hombre	Aysén	48,6	50,3	57,3
	Magallanes	43,1	47,1	49,7
Mujer	Aysén	14,9	18,2	25,4
	Magallanes	10,2	16,3	19,4

Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos de la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional, años respectivos, Ministerio de Desarrollo Social.

Es decir, las personas mayores que tienen un trabajo remunerado son principalmente hombres, esto es un elemento interesante cuando se sabe que en Chile las mujeres mayores están a cargo de gran parte del trabajo no remunerado y de cuidado. Entre las mujeres mayores, las razones familiares permanentes también son importantes, y esto

podría explicarse, entre otras causas, por el cuidado de las/los nietos/as o de otras personas mayores, generalmente sus cónyuges, lo que supone situaciones de alta carga de trabajo y deterioro.

El porcentaje de mujeres que se dedican al trabajo del hogar es elevado (47,2 %). El trabajo del hogar es una jornada de trabajo, sin embargo, no es remunerado y en censos anteriores no era considerado como actividad a tomar en cuenta. El trabajo del hogar se relaciona con la jubilación de las mujeres como un fenómeno complementario, porque muchas mujeres mayores jubiladas se encuentran encargadas del cuidado familiar, además se suman jornadas de trabajo cuidando a personas enfermas, y otras tareas relacionadas con el trabajo doméstico.

A nivel nacional se observa, la mayor parte del trabajo no remunerado realizado por las personas mayores se concentra en el trabajo del hogar (81,1 %), seguido por el trabajo para otros hogares, la comunidad y voluntario (10,9 %), y, finalmente, por el trabajo de cuidados (8 %). En general, entre la población de 60 años y más, las mujeres dedican más del doble de tiempo que los hombres al trabajo no remunerado, ellas realizan el 70,7% del trabajo no remunerado anual. No obstante, esta relación cambia según el tipo de actividad, de modo que la diferencia se acrecienta en tareas de “limpieza y cuidado de ropa y calzado” (87,9 %) o quehaceres domésticos para otros hogares (85 %), y se equipara en “cuidados a personas de 15 a 65 años” (48 %) o en “cuidados a niñas y niños de 5 a 14 años” (54,7 %) (NODO, 2021).

Por otro lado, las jubilaciones en Chile están cruzadas por diferencias económicas relativas al género, en un contexto donde los hombres reciben mejores pensiones que las mujeres (un 66% menos que ellos) lo que refleja una importante inequidad que se explicaría no sólo por las desigualdades asociadas al género. Esta situación está condicionada por la brecha de sueldos entre mujeres y hombres por la realización de los mismos trabajos, además del mayor tiempo de vida y la edad mínima de jubilación.³⁴

³⁴ Informe "El progreso de las mujeres en el mundo 2015-2016" presentado por ONU Mujeres en el marco de la III Cumbre Iberoamericana de agendas locales de género:
<http://www.elmostrador.cl/mercados/2016/01/19/la-abismal-brecha-entre-hombres-y-mujeres-en-el-sistema-de-pensiones-chileno-que-preocupa-a-la-onu/>

El sistema actual de cotizaciones funciona con las cotizaciones de las/os afiliados/as que van directamente a las Administradoras de Fondos de Pensiones (AFP), estas administradoras son privadas y calculan las pensiones de sus afiliadas/os en torno a los años de vida, profesión, género e ingresos. La reforma previsional del año 2008 transformó una parte de la estructura de pensiones, orientándose hacia un sistema solidario de pensiones, con el fin de llegar a cotizaciones colectivas.

Por otro lado, las pensiones para las personas mayores son de alta relevancia, ya que son el medio que reporta ingresos en una etapa vital caracterizada por la salida, tal vez progresiva, del mercado de trabajo. Al respecto, existen diversos sistemas previsionales administradores de pensiones: AFP, IPS, Compañías de Seguros, entre otros.³⁵ La población adulta mayor de estas regiones presenta dos fenómenos generales en común: primero, la disminución de jubilaciones a través del IPS; y segundo, el aumento de las que provienen de las AFP. En este sentido, mientras en la región de Aysén las/os jubilados/as por el IPS pasaron de representar el 67,5% de las/os pensionados/as en el año 2000, a ser el 41,4% en el 2017 y en la región de Magallanes transitaban desde el 72,9% al 33,9% en los mismos años. A su vez, las jubilaciones por AFP se incrementaron en Aysén desde un 20,5% en el año 2000 hasta un 37,8% en el 2017; por su parte, en Magallanes aumentaron desde un 12,8% hasta un 25,2% durante el mismo período (gráfico 7).

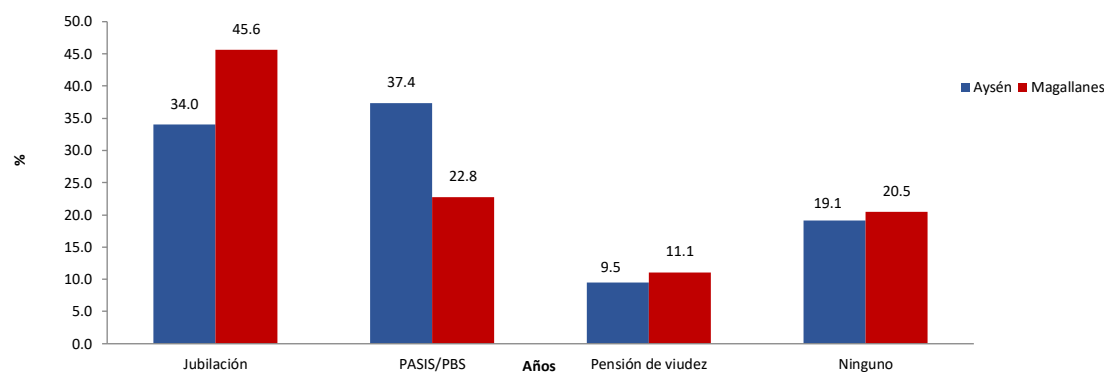
Particularmente, en la región de Magallanes durante el 2017 las jubilaciones pagadas por un sistema de previsión cubren a un 45,6% de la población adulta mayor, entre las que se encuentran las anteriormente mencionadas, sin embargo, es interesante observar que un importante porcentaje de pensiones son entregadas por el Estado a través de la antigua Pensión Asistencial (PASIS) o por la Pensión Básica Solidaria de Vejez (PBSV³⁶), ya que tiene una cobertura del 22,8%. En el caso de Aysén, las cifras de pensiones entregadas por el Estado aumentan a un 37,4%, asimismo, bajan las jubilaciones pagadas por un sistema de previsión a un 34,0%. De esta manera, y considerando que un 20,5% no posee una jubilación, la proporción de las pensiones del Estado en la región lo más probable es

³⁵ Se incluyen las Cajas de las Fuerzas Armadas, Mutuales/ISL, etc.

³⁶ Es una transferencia monetaria para quienes no posean una pensión en los regímenes previsionales existentes. Se crea bajo la categoría de pilar solidario en la reforma previsional de 2008. Actualmente - 2016- el monto de esta prestación asciende a 93.543 pesos, y pueden acceder quienes tengan 65 años o más y que integren un grupo familiar perteneciente al 60% más pobre de la población en Chile.

que aumente, lo que pone en la palestra si el monto entregado satisface las necesidades de las personas mayores.

Gráfico 7 Distribución de la población de 65 años y más respecto del total de población según tipo de jubilación o pensión que recibió en 2017.



Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional, 2017, Ministerio de Desarrollo Social.

Sistema de Salud

Un óptimo Sistema de Salud es prioritario para la vida de una persona mayor, debido a las vulnerabilidades y enfermedades que son parte de este ciclo vital. No solamente tiene que ver con el acceso o inserción en el sistema, sino que también se relaciona con la calidad del tratamiento y con una atención oportuna, además de contar con la infraestructura, insumos, materiales y medicamentos necesarios para un servicio adecuado. Estos temas abarcan mucho más que el presente capítulo, sin embargo, es necesario contextualizar cómo es el Sistema de Salud en el que se encuentran las personas mayores, con el objetivo de fortalecer esta descripción de las condiciones estructurales de la transición demográfica en estas regiones del país.

En promedio, en Aysén y Magallanes se observa una amplia cobertura del sistema público de salud (FONASA), en la afiliación de las personas mayores, llegando a cubrir el 83,3% de la población que supera los 60 años de vida. Los demás sistemas previsionales de salud no reportan gran cantidad de afiliados en este segmento, así por ejemplo, las ISAPRES alcanzan un 7,2% de cobertura y los otros, ninguno o no sabe, suman un 9,4%. Desagregando la información con respecto a la distribución de la población de 60 años y más, es posible observar la evolución del Sistema de Previsión en Salud en la última década. Es pertinente resaltar que, independiente de los avances o retrocesos ocurridos,

el Sistema Público es hegemónico al momento de asumir la responsabilidad de la salud de las personas mayores.

En cuanto a los movimientos, se observa un incremento progresivo en la afiliación a FONASA e ISAPRE. Con relación al primero, en la región de Aysén aumentó desde un 80,8% en el año 2000 hasta un 87,9% en el 2017, y en el caso de la región de Magallanes se mantuvo relativamente desde un 79,2% hasta un 78,3% en el mismo período; por su parte, el segundo, en Aysén aumentó desde un 2,3% en el año 2000 hasta un 3,9% en el 2017, y en Magallanes ese crecimiento fue desde un 5,3% hasta un 11,1%, durante los mismos años. En cuanto a la ponderación de las afiliaciones de las personas mayores en los demás sistemas de previsión, el de las Fuerzas Armadas se mantuvo constante en ambas regiones, pero lo que disminuyó fueron los individuos que no tenían ningún sistema de salud, ya que en Aysén pasaron de un 14,4% en el año 2000 a un 2,9% en el 2017, y en Magallanes desde un 6,6% a un 1,2%, en los años respectivos. De esta información se deduce una necesaria preocupación por integrar a este tramo etario a la cobertura de salud.

Situación de dependencia

A partir del año 2015, en la CASEN, se realiza la medición de la Dependencia Funcional que considera como marco de referencia las definiciones conceptuales y operacionales utilizadas en el Estudio Nacional de Dependencia en Personas Mayores (SENAMA, 2010). Asimismo, se consideró el diagnóstico y experiencia de la encuesta del II Estudio Nacional de la Discapacidad, (Servicio Nacional de la Discapacidad [SENADIS], 2016), que motivó cambios a las preguntas sobre dificultades y dependencia incluidas en el cuestionario de la encuesta CASEN. En esta versión se consideran las mismas categorías de análisis (sin dependencia, dependencia leve, moderada y severa), incorporando activamente el concepto de frecuencia con que se recibe ayuda. Con respecto a eso, los resultados no son comparables con los entregados en la CASEN 2013, ya que no consideraron categorías como la graduación de dificultad ni frecuencia de ayuda. Para el año 2017, el total de la población de personas mayores en la región de Aysén con algún tipo de dependencia funcional asciende al 12%, y en la región de Magallanes también llega al 11,9% (MIDESO, 2018). De acuerdo a los datos presentados en la tabla 9, con

respecto a los tipos de dependencia, es posible afirmar que las tres tienen similar prevalencia.

Tabla 9 Porcentaje de personas con dependencia funcional 2015 y 2017

		2015	2017
Aysén	Dependencia Leve	4,8	3,7
	Dependencia Moderada	5,1	3,9
	Dependencia Severa	2,2	4,4
Magallanes	Dependencia Leve	2,9	3,7
	Dependencia Moderada	5,1	4,7
	Dependencia Severa	2,5	3,5

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional, años respectivos, Ministerio de Desarrollo Social.

La problemática de la dependencia es uno de los principales desafíos que las políticas públicas, planes y programas dirigidos a las personas mayores deben abordar. Sin embargo, hoy en día no se cuenta con toda la información necesaria para avanzar en ello y la que existe se refiere principalmente a la discapacidad, que no es equivalente a dependencia, la que, de todas formas, permite predecir potenciales escenarios de fragilidad y vulnerabilidad ante esta (SENAMA, 2017). En la tabla 10 observamos que la provisión de cuidados de las personas mayores se realiza dentro del entorno familiar, es decir, la familia sigue siendo el punto central de organización del cuidado en las regiones de Aysén y Magallanes. En esta realidad se reproducen las inequidades de género, como se muestra en la tabla 10, ya que el trabajo de cuidado es realizado en mayor porcentaje por mujeres.

Tabla 10 Distribución de personas con dependencia funcional y recepción de asistencia personal 2015 y 2017

		2015	2017
Aysén	No tiene cuidador/a	12,5	7,5
	Tiene cuidador familiar (integrante del hogar)	36,1	39,8
	Tiene cuidador/a externo al hogar	14,7	12,2
	Tiene ambos tipos de cuidadores/as	35,4	27,9
Magallanes	No tiene cuidador/a	2,1	6,8
	Tiene cuidador familiar (integrante del hogar)	23,5	40,3
	Tiene cuidador/a externo al hogar	26,5	16,7
	Tiene ambos tipos de cuidadores/as	40,1	23,9

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional, años respectivos, Ministerio de Desarrollo Social.

Asimismo, la desigualdad en la vejez posee distintas manifestaciones en Chile, el aspecto socioeconómico, educativo, laboral, los sistemas de previsión en salud, las jubilaciones, el género, entre otros, deben ser considerados para abordar el tema del envejecimiento en el país. Además, las nuevas necesidades de asistencia -surgidas a partir de factores demográficos, sociales, y de salud-, tienen como consecuencia demandas excesivas en una institución familiar inserta en un contexto de alta desigualdad.

Tabla 11 Distribución de personas mayores con dependencia funcional que recibe asistencia personal sólo por alguien del hogar por sexo del cuidador/a 2015 y 2017

		2015	2017
Aysén	Hombre	27,7	36,6
	Mujer	72,3	63,4
Magallanes	Hombre	30,1	30,1
	Mujer	69,9	69,9

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional, años respectivos, Ministerio de Desarrollo Social.

En este contexto, el actual marco de políticas públicas hacia este sector necesariamente debería considerar los cambios en el contexto sociocultural del envejecimiento, pues el aumento de la población no sólo modifica la estructura demográfica, sino que se presentan cambios en el interior de la compleja dinámica social y su estructura. Este no es solamente un problema de números, el problema social y político que puede significar para una sociedad envejecida, no considerar a las personas mayores como un importante capital social para el desarrollo de nuestro país, puede ocasionar consecuencias socioeconómicas desfavorables y de exclusión. La responsabilidad de este desafío está, por un lado, en la generación de conocimiento científico; y por otro, en el diseño de políticas públicas inclusivas, reflexivas y participativas, donde las personas mayores sean ciudadanas activas a la vez que un recurso de participación social real.

3.3. Antecedentes de la política pública para enfrentar el envejecimiento en Chile.

La política pública es un sistema a través del cual el Estado se relaciona con la sociedad en su conjunto, es un mecanismo que incide en el bienestar de las personas (Montagut, 2008). En general, una política pública contiene la participación de actores públicos (y en ocasiones privados), y la naturaleza pública de los problemas a resolver (Subirats et al., 2009). Según Montagut (2008), las políticas públicas y los problemas públicos aportan

un objetivo común para las ciencias sociales y para áreas de actividad e investigación científica, que ahora están más al tanto del contexto político dentro del cual se desarrollan. El análisis tiene diferentes objetivos y relaciones con el proceso de las políticas públicas y las variedades pueden ser definidas en una gama de actividades dentro del mismo proceso.

En esta parte de la investigación presento antecedentes históricos-políticos de la política de envejecimiento en Chile, es decir, una perspectiva retrospectiva de cómo fue interpretado y formulado el problema de la vejez y el envejecimiento. También se presenta la implementación de la política pública con sus principales hitos del proceso y los programas actuales. Además, se ha considerado presentar los principales actores que han incidido y/o promovido el desarrollo de esta política. Y como elemento transversal la institucionalidad que ha llevado adelante esta política.

Como marco general señalar que las políticas de envejecimiento se entienden como aquellas acciones organizadas desde el Estado para hacer frente a las consecuencias sociales, económicas, culturales del envejecimiento de la población y de las personas; y permiten tener una visión del "Estado en acción", a través de la diferente toma de posición de este respecto a una determinada cuestión (Huenchuan, 2003). En este sentido, Chile ha adoptado progresivamente las prácticas y recomendaciones internacionales sobre políticas de envejecimiento.³⁷ Estos instrumentos han sido vinculantes en las decisiones que ha tomado Chile en materia de personas mayores, y han contribuido de una manera importante a instalar el tema en la agenda pública y producir aperturas en la sociedad civil. Desde finales de la década de los noventa en la construcción del envejecimiento poblacional de Chile como un problema público, se ha transitado desde un ámbito "individual-privado" a una reflexión en un ámbito "colectivo-público" y se han puesto de manifiesto los problemas que acompañan el envejecimiento y la vejez en la discusión pública. Además, se ha pasado paulatinamente de un enfoque asistencialista a un enfoque de derechos, enfoque que considera nociones más amplias de bienestar. En las reformas

³⁷ Plan de Acción Internacional de Viena sobre el envejecimiento, formulado en el marco de la I Asamblea mundial sobre el Envejecimiento en el año 1982. Estrategia Regional de Implementación para América Latina y el Caribe y el Plan de acción internacional de Madrid sobre el Envejecimiento, formuladas en el marco de la II asamblea mundial sobre Envejecimiento celebrada el 2002. Convención Interamericana sobre la Protección de Derechos Humanos de las Personas Mayores formulada en el 2015. La Agenda 2030 con los objetivos de desarrollo sostenible formulados en el marco de la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Sostenible de las Naciones Unidas en el año 2015.

recientes emerge la necesidad para una política intersectorial y basada en evidencia (Acosta et al., 2018).

En este sentido, históricamente el régimen de bienestar chileno se ha caracterizado por operar en mercados laborales precarios y depender comparativamente menos del papel del Estado y más de las familias, el mercado y fuentes asistenciales de apoyo (Barrientos, 2010). Trabajando bajo esta premisa general, Martínez Franzoni (2007) ofrece una tipología que ubica a los países latinoamericanos bajo tres regímenes de bienestar: a) *estatal-productivista*, se caracteriza por una alta eficiencia del mercado de trabajo en absorber y remunerar la fuerza de trabajo, donde los arreglos informales interactúan con políticas focalizadas -donde se ubica Chile-;³⁸ b) *estatal-proteccionista*, donde los arreglos informales interactúan con una protección social más universal, pero altamente estratificada; y c) *familiarista-informal*, donde las redes informales y familiares tienen un papel sustancialmente más fuerte que las políticas de bienestar para ayudar a las personas a hacer frente al riesgo social.

Por mucho tiempo se consideró que los problemas asociados al envejecimiento de la población de personas mayores no eran un problema público que debería ser asumido por el Estado o que originara que un grupo determinado reclamará la intervención social en su favor, sino más bien que los problemas producto de la vejez y del envejecimiento eran algo natural de la vida de cada una de las personas, por lo tanto, la intervención por parte de Estado asumiría características de voluntariado y asistencialismo, se focalizaría en el sector de extrema pobreza y las intervenciones más concretas se realizarán en dos ejes principales: en el sector de salud y seguridad social.

Por lo mismo, los primeros antecedentes de la política se remontan a principios del siglo XX, desde entonces hasta la década de 1980, en una primera etapa, la política de envejecimiento en Chile estuvo en gran medida a cargo de organizaciones de caridad y/o asistenciales. A partir de la década de 1980, el envejecimiento se convirtió en interés del gobierno y la política incipiente comenzó a preocuparse por los derechos y la autonomía

³⁸ Esto responde a un criterio técnico de focalización basado en delimitar más la población objetivo y la eficiencia en la utilización de los recursos públicos, actualmente pueden ser focalizados de acuerdo a criterios particulares; como dependencia, género, etnia, nivel sociocultural, ruralidad, y no necesariamente que estén organizados.

de las personas mayores (Huenchuan, 2013). Sin embargo, durante la dictadura militar (1973 – 1990) la población de personas mayores no era representativa ni tampoco materia de programas sociales focalizados, por lo que no hubo mayores intervenciones en forma de política pública de Estado en el campo de las personas mayores, sino más bien efectos de acciones generales derivadas del objetivo de modernización hacia un modelo económico neoliberal, siendo la de mayor relevancia la relativa a la seguridad social.

En materia de seguridad social, el sistema público de pensiones de Chile fue creado en el año 1924 durante un período de alta industrialización (Pribble, 2011). Sin embargo, después del golpe de Estado y bajo la influencia neoliberal de la dictadura, Chile se convirtió en uno de los países emblemáticos en privatizar el sistema de pensiones y el sistema de capitalización individual de retiro regulado por el Estado reemplazó al sistema público de reparto (Dethier et al., 2011). Entre los años 1980 y 1981 el Estado traspasó responsabilidades a entidades privadas constituidas como Administradoras de Fondos de Pensiones (AFP),³⁹ destinadas a tutelar el ahorro de las y los trabajadores para el momento del retiro, pero siguió manteniendo a trabajadores de menores recursos en el Instituto de Normalización Previsional (INP). Al mismo tiempo se implementó un sistema paralelo de salud privado, las Instituciones de Salud Previsional (ISAPRES), también para las personas de mayores recursos. Con el retorno a la democracia, los componentes públicos de la política de pensiones fueron revividos más tarde para equilibrar mejor los riesgos sociales con los ahorros individuales. A pesar de ello, con el paso de los años, Chile ha logrado una de las tasas de cobertura más altas de América Latina, aunque la cobertura dista mucho de ser universal y equitativa en términos de distribución de ingresos y de barreras estructurales del mercado de trabajo (Mesa-Lago y Bertranou, 2016).⁴⁰

En este mismo periodo, otras intervenciones tuvieron un carácter asistencial, tales como la creación de la Pensión Asistencial (PASIS) exclusiva para personas mayores calificadas en tramos de pobreza de acuerdo al instrumento de medición de esa época, la

³⁹ El 1 de mayo de 1981 entró en vigencia el Decreto Ley N° 3.500 que creó el actual sistema previsional basado en la capitalización individual, todas las personas que iniciaron su actividad laboral posterior a esta fecha solo pueden cotizar en el sistema privado de AFP (Administradoras de Fondos de Pensiones). Antes de esa fecha, el sistema previsional chileno funcionaba con distintas cajas bajo un sistema de reparto.

⁴⁰ Actualmente, la Pensión Básica Solidaria solo se entrega al 60% más vulnerable de la población. Asimismo, los montos actualizados a 2020-2021, reajustables cada 1 de julio, alcanzan los \$141.374 para quienes tienen entre 65 y 74 años, los \$147.029 para quienes tienen entre 75 y 79 años, y los \$169.649 para las personas de 80 años y más. Todos estos montos se encuentran por debajo de la línea de pobreza por persona equivalente a octubre de 2020 (\$173.993) (NODO, 2021).

Ficha de Caracterización Socioeconómica (CAS), el Consejo Nacional de Protección de la Ancianidad (CONAPRAN), creado en el año 1974, una organización de voluntariado de mujeres que agrupó a personas mayores en clubes con fines recreativos y asistenciales, y una política de reajuste de pensiones automática.

La situación del actual sistema de previsión es compleja. Desde la perspectiva de los Derechos Humanos, no se puede seguir sosteniendo un sistema de pensiones que obliga a las personas mayores a seguir trabajando y a endeudarse. En el año 2021, según datos de la Superintendencia de Pensiones, se pensionaron 409.728 personas y el 50 %, a través de su ahorro y la rentabilidad obtenida por las AFP, obtuvo pensiones inferiores a \$285.750. Es el sistema de pensiones el que debe adaptarse a la realidad de las personas que viven en un país y no al revés, como ocurre actualmente en Chile. Asimismo, las mujeres sobreviven a los hombres, aunque no siempre viven en las mejores condiciones debido a las desigualdades, como por ejemplo, la brecha entre el salario promedio asociado a una hora de trabajo entre hombres y mujeres, que es del 18%. Ésta, además, aumenta con el nivel educacional, llegando a niveles del 40% entre hombres y mujeres con formación superior. Estas desigualdades se prolongan a lo largo de sus vidas, pues el número de mujeres mayores que viven solas supera al de hombres en la misma situación. Además, sufren de lagunas previsionales y bajas pensiones. Las mujeres reciben una pensión en promedio un 34% inferior a la de los hombres (Superintendencia de Pensiones, 2021).

Es a partir de la década de 1990 cuando se comienza a configurar una intervención con características más integrales, cuando el envejecimiento y la vejez comienzan a ser definidas como categorías sociales distintas y se valora el impacto económico y social que esto puede provocar. Las personas mayores comienzan a tener prioridad a partir de los gobiernos democráticos, donde los temas relativos al envejecimiento poblacional, sus dimensiones, efectos y proyecciones empiezan a ser considerados significativamente en el ámbito de las instituciones del Estado. Así, en el gobierno de Patricio Aylwin Azocar, entre los años 1990 y 1994 se formuló un primer documento identificando la necesidad de abordar la vejez titulada “Política nacional sobre envejecimiento y vejez: lineamientos básicos”. La importancia principal de dicha política consistió en introducir en la agenda pública el tema de la vejez (Caro, 2014), la División Social del Ministerio de Planificación y Cooperación [MIDEPLAN] y la División de Organizaciones Sociales del Ministerio

Secretaría General de Gobierno, instalaron a las personas de 60 años y más como un grupo prioritario de la política pública, comenzaron a transferirse recursos a los municipios para el desarrollo de acciones locales y se propusieron una serie de acciones concentradas en tres áreas:

- Fomento de la creación de planes locales de vejez y envejecimiento, a través de la capacitación a funcionarios municipales.
- Sensibilización de los espacios sociales y culturales para el desarrollo, y la expresión de las personas mayores.
- Fomento de políticas y programas integrales y multisectoriales destinados a este grupo de edad.

Lo central en esta primera etapa fue el reconocimiento del envejecimiento como un problema público, en el cual se admite que el cambio demográfico tiene un componente individual y social que debe ser abordado desde el Estado.

Posteriormente, durante el gobierno de Eduardo Frei Ruíz-Tagle (1994-2000) en el año 1995 se crea la Comisión Nacional para el Adulto Mayor integrada por parlamentarios, técnicos y representantes de organizaciones de personas mayores, con la tarea fundamental de elaborar propuestas con el fin de enfrentar los desafíos de una mejor calidad de vida para las personas mayores del país y se profundiza el rol del Estado como principal promotor del cambio, y con un rol subsidiario (Caro, 2014). Para dar una continuidad al trabajo de esta comisión, más adelante en el año 1996 se crea el Comité Nacional para el Adulto Mayor, el cual gestiona acciones que constituyeron la agenda de trabajo hasta finales de la década de los noventa, por medio de políticas públicas, regidas por las orientaciones de Naciones Unidas para las personas mayores y los Derechos Humanos. En la misma línea, en 1996 el Consejo de Gabinete de Ministros del Área Social aprobó la Política Nacional para el Adulto Mayor. Y otro hito fundamental para el reconocimiento de las personas mayores como grupo prioritario de las políticas públicas fue la instalación de un plan nacional de salud especial para personas mayores en el año 1998, cuando el Ministerio de Salud (MINSAL) decide instalar una mirada preventiva en la vejez, a través de la construcción y posterior instalación de un control sano para el adulto mayor; la implementación del programa de alimentación complementaria del adulto mayor (PACAM) y atención ambulatoria; cuyo objetivo era asegurar los derechos de este grupo etario en el ámbito de la salud, y avanzar paulatinamente hacia el

mejoramiento y la gratuidad de la atención. Esta iniciativa es la primera política sectorial concreta para personas mayores que se puso en marcha.

Este Comité tuvo como función principal coordinar a los servicios públicos y dar un enfoque interdisciplinar a los programas de la política nacional, tarea que adquiere una alta prioridad dado el acelerado envejecimiento poblacional del país. Además, tenía que apoyar y estimular las organizaciones de personas mayores, hacer un seguimiento de la aplicación de la política, así como también capacitar y educar para que la comunidad tenga una visión más real, constructiva y activa de la adultez mayor.

Durante el gobierno de Ricardo Lagos Escobar (2000-2006), en el año 2002, bajo la Ley N° 19.828 se crea el Servicio Nacional del Adulto Mayor (SENAMA),⁴¹ cuya acción se enmarca dentro de las tres áreas prioritarias definidas en el Plan de Acción Internacional de Madrid sobre el Envejecimiento: a) las personas de edad y el desarrollo, b) salud y bienestar de las personas mayores y c) construcción de entornos favorables para la vejez, como respuesta al objetivo de promover los derechos de las personas mayores y su participación en todos los ámbitos de la vida social, a través de la gestión y coordinación de políticas, programas y acciones orientadas a asegurar los derechos de las personas de edad. La creación y posteriores acciones del SENAMA ilustran el proceso de consolidación de la institucionalidad como el eje central de las acciones estatales para la vejez en estas últimas décadas (Huenchuan, 2003). Esto amplió el enfoque de las políticas para incluir salud, calidad de vida, inclusión social, derechos y autonomía, mediante la coordinación de políticas públicas intersectoriales, la promoción de la cooperación pública y privada y la prestación de asistencia técnica y seguimiento a organizaciones privadas y sin fines de lucro (Calvo y Madero-Cabid, 2016).

SENAMA es un servicio público descentralizado ubicado dentro del Ministerio de Desarrollo Social. En 2004 se creó el Comité de Ministros para las Personas Adultas Mayores como instancia de coordinación y asesoría del SENAMA (Huenchuan, 2013). El gran objetivo general de la Política Nacional para el Adulto Mayor fue lograr un cambio cultural en toda la población que signifique un mejor trato y valoración de las personas mayores en nuestra sociedad, lo que implica una percepción distinta sobre el

⁴¹ <https://www.leychile.cl/Navegar?idNorma=202950&idVersion=2002-09-27>

envejecimiento y alcanzar mejores niveles en la calidad de vida de todas las personas mayores. La política hacia éstas se construye sobre un sistema de protección social (Ludi, 2005), en el cual, la superación de desigualdades y discriminaciones, la reducción de riesgos frente a la vulnerabilidad y la garantía de derechos sociales son los pilares fundamentales.

En 2004 se promulgó la Ley N°19.966, que establece un régimen general de Garantías Explícitas en Salud (GES) para las y los chilenos. Estas garantías se expresan en el acceso a la atención de ciertas patologías, la oportunidad de esa atención y la protección financiera ante esa situación. El GES está destinado tanto a los beneficiarios del Fondo Nacional de Salud (FONASA) —seguro público— como a las personas afiliadas a instituciones de salud previsional (ISAPRES)—seguros privados. La atención a las patologías incorporadas incluye también las terapias farmacológicas.

Con el objetivo de definir y evaluar líneas de acción multisectoriales dirigidas a las personas mayores, comenzó a funcionar en 2004 el Comité de Ministros del Adulto Mayor. Además, continuaron en funcionamiento los Comités Regionales para el Adulto Mayor, lo que proporcionaba una base territorial para la ejecución de programas y para la instalación de la institucionalidad a lo largo del país. Se creó también el Comité Consultivo, que busca constituirse como una instancia de vinculación con la ciudadanía, y que está integrado por representantes de organizaciones de personas mayores, académicos y representantes de prestadores de servicios a este grupo etario.

Bajo el primer período de gobierno de Michelle Bachelet Jeria (2006-2010), se da un giro y se procura implementar un enfoque de derechos en las acciones estatales (Huenchuan, 2003). En el año 2007 se crearon las coordinaciones regionales del SENAMA, con el objetivo de implementar los diversos programas que se ejecutan en el territorio, y en el año 2008 se crean los Consejos Asesores Regionales de Adultos Mayores, incluyendo a representantes de sus organizaciones de cada región, con lo que se busca el ejercicio activo de ciudadanía, así como la protección de los derechos de las personas mayores (Roqué y Fassio, 2016). En el 2008, con la reforma previsional, y con el propósito de ayudar a las personas mayores más vulnerables, se otorgó una pensión básica a toda persona que, cumpliendo con los requisitos de edad, ingreso y residencia, no hubiese podido contribuir al sistema de capitalización individual, careciendo, por tanto, de un

ingreso sistemático en su vejez. Además, se consideró un aporte de previsión solidario para aquellas personas que, habiendo cotizado a lo largo de su vida de manera regular o intermitente, solo lograran autofinanciarse una pensión de bajo monto. En materia legislativa, en 2010 se incluyó a las personas mayores como sujetos de protección de la ley de violencia intrafamiliar, lo que significa un avance en la detección, fiscalización y prevención del maltrato hacia este grupo social. Con el marco legislativo de las leyes 20.422 y 20.427 se tipifican las situaciones de violencia y maltrato hacia las personas mayores, y se establecen sanciones. Sin embargo, no otorgan garantías para enfrentar el problema de la violencia, ya que no se comprende lo complejo de las situaciones que experimentan las personas mayores.

En el gobierno de Sebastián Piñera Echenique (2010-2014), el SENAMA dejó de pertenecer al Ministerio Secretaría General de la Presidencia y se adscribe al Ministerio de Desarrollo Social, situándose así en la línea de las políticas públicas nacionales para grupos vulnerables. Y el hito de mayor relevancia es la Política Integral para el Envejecimiento Positivo (2012-2025), que establece tres objetivos: a) proteger la salud funcional, b) promover la integración y c) aumentar el bienestar subjetivo. Esta instancia convierte a la vejez y el envejecimiento en un tema transversal a todos los organismos del Estado, incluyendo: un equipo multidisciplinario de profesionales del ámbito público y privado; un comité interministerial; diferentes servicios y subsecretarías nacionales; personas mayores de organizaciones de la sociedad civil; informes técnicos nacionales e internacionales; así como políticas de las personas mayores vigentes en otros países (SENAMA, 2012), ya que tanto la definición de objetivos y metas como el plan de implementación se realizaron en el marco de un proceso participativo que involucró los aportes de distintos organismos. SENAMA y el Ministerio de Desarrollo Social son responsables de la implementación de la política.

En el segundo periodo de gobierno de Michelle Bachelet Jeria (2010-2018), uno de los hitos de mayor relevancia es la firma en el año 2015 y posterior ratificación en el año 2017 de la Convención Interamericana sobre la Protección de Derechos Humanos de las Personas Mayores, en tanto instrumento regional de mayor relevancia dado su contenido y carácter vinculante, obligando con ello a adaptar progresivamente las legislaciones internas. Si bien la firma por parte de Chile de la convención fortalece un camino en robustecimiento de los derechos humanos de las personas mayores, es indispensable

implementar mecanismos para avanzar en las distintas formas de expresión de la desigualdad hacia las personas mayores.

Además, se avanza en la creación de un marco jurídico sobre el tema de los cuidados como un subsistema al interior del Sistema Intersectorial de Protección Social, amparado por la ley 20.329 del año 2009, al interior de la cual se implementa en el año 2016 el piloto del subsistema de cuidados. No obstante, no existe un instrumento específico que norme el derecho al cuidado, por lo que la provisión pública sigue siendo insuficiente y las soluciones privadas son en gran medida inadecuadas (Thumala et al. 2017). Los cuidados en la vejez han sido incorporados como una dimensión de la agenda del gobierno, pero no es considerado un elemento prioritario.

Finalmente en el programa del segundo gobierno de Sebastián Piñera Echeñique (2018-2022) se mantiene adscripción al concepto de “Envejecimiento positivo” y busca reconocer y visibilizar a las personas mayores y sus derechos, potenciando su identidad cultural y social, fomentando la participación activa en la sociedad, aumentando los factores protectores de su salud, retrasando la institucionalización de las personas dependientes, promoviendo la corresponsabilidad en el cuidado de la salud, generar alianzas público-privadas y reconocer un enfoque sociosanitario para enfrentar la situación. También compromete un mejoramiento sustantivo de las pensiones.

Durante este tiempo, el desarrollo e implementación de la política de envejecimiento en Chile ha estado influenciada en sus primeros años por las reformas neoliberales en la dictadura, además de organismos internacionales (FMI, BID, Banco Mundial), reforzando algunos enfoques paternalistas. Actualmente, el enfoque en la dependencia se ha reemplazado cada vez más por un énfasis en la justicia social, la autonomía y la inclusión social de las personas mayores (Huenchuan, 2013). Este cambio no implica el fin de las fuentes de apoyo caritativas y familiares, sino el papel cada vez más importante del Estado en la provisión de protección social. Asimismo, la política de envejecimiento en Chile, también se guía por principios emergentes de construcción de evidencia y la necesidad de establecer metas medibles para monitorear y evaluar el impacto de la política (Calvo y Madero-Cabib, 2016). Se han realizado estudios transversales a nivel nacional, aunque por lo general carecen de continuidad en el tiempo (Leiva et al, 2020). La evaluación de la política de envejecimiento parece estar en sus primeras etapas, de

manera incipiente se están integrando una perspectiva basada en la evidencia en el desarrollo de la política y programas mediante la definición e implementación de indicadores de desempeño (Calvo y Madero-Cabib, 2016).

Ampliando el foco, las políticas de envejecimiento han pasado de un enfoque centrado en la seguridad de los ingresos a garantizar la inclusión y la autonomía de las personas mayores. Se pone énfasis en promover el envejecimiento positivo, protegiendo la salud funcional de las personas mayores, apoyando su inclusión en la sociedad, para aumentar sus niveles de bienestar subjetivo. A pesar de la mayor fortaleza económica de Chile que ha permitido recientemente inversiones en programas cada vez más integrales y componentes públicos más sólidos en la provisión de políticas para el envejecimiento, resultan preocupantes las debilidades en el desarrollo de capacidades técnicas para el trabajo con personas mayores (Acosta et al., 2018).

Por otro lado, la institucionalización del tema de las personas mayores y del envejecimiento por parte de los servicios públicos se comienza a dar de una forma articulada y coordinada, fomentando la participación de las personas mayores tanto a nivel comunal como regional y nacional a través de organizaciones funcionales. En este sentido, uno de los logros de la política ha sido la participación activa de las personas mayores en proyectos de iniciativa propia financiados con fondos públicos que promueven su salud, calidad de vida e inclusión social (SENAMA, 2017). La participación social es considerada un recurso psicosocial determinante del envejecimiento exitoso, en el bienestar psicológico. Actualmente en Aysén, un 40,1% de las personas mayores participa en alguna organización y un 31,5% lo hacen en Magallanes.

Las organizaciones son el medio para poder desarrollar actividades de carácter social. Estas asociaciones dependen en su gran mayoría de los aportes económicos que provee SENAMA, a través de los fondos concursables del Fondo Nacional del Adulto Mayor y de los aportes que puedan ser generados desde otras instituciones públicas (gobernaciones y municipios). Desde esta perspectiva se hace necesario avanzar en una participación social como elemento de fortalecimiento, con implicancias que vayan más allá de lo material, y piensen en las personas mayores como sujetos políticos.

Tabla 12 Principales programas de Política de Envejecimiento Positivo en Chile

Programa y responsables	Objetivo	Beneficiarios/as
ATENCIÓN A LA DEPENDENCIA		
Centros Diurnos (Municipios)	Entregar prestaciones de servicios socio-sanitarios y apoyo familiar preventivo, atendiendo a las necesidades personales básicas, actividades socioculturales y de promoción para un envejecimiento activo, favoreciendo la autonomía	Personas mayores de 60 años, de los tres primeros quintiles de vulnerabilidad, con dependencia leve, deterioro cognitivo leve o depresión leve.
Cuidados domiciliarios (Municipios)	Mejorar la calidad de vida de las personas mayores en situación de vulnerabilidad y dependencia	Personas mayores de 60 años, de los tres primeros quintiles de vulnerabilidad, con dependencia moderada o grave.
Establecimientos de Larga Estadía (ELEAM) (SENAMA)	Contribuir a que las personas mayores accedan a servicios integrales de apoyo y cuidados de acuerdo con sus niveles de dependencia	Personas mayores de 60 años, de los tres primeros quintiles de vulnerabilidad, con dependencia moderada o grave
PROTECCIÓN DE DERECHOS		
Condominio de Viviendas Tuteladas (SENAMA)	Otorga viviendas adecuadas para personas mayores, proporcionando apoyo psicosocial y comunitario con la finalidad de promover la vinculación con la red social y comunitaria y contribuir a su integración y autonomía.	Adultos mayores de 60 años, autovalentes, que requieran de una solución habitacional y apoyo psicosocial, priorizando además a aquellos que carezcan de redes de apoyo socio – familiares.
Buen Trato al Adulto Mayor (SENAMA)	Contribuir a la promoción y al ejercicio de los derechos de las personas mayores a través de la prevención, protección y promoción del buen trato	Personas mayores de 60 años
Ciudades Amigables (SENAMA, en colaboración con municipios)	Promover ciudades amigables con las personas mayores, abordando los desafíos urbanos y rurales propios de una población envejecida, con el fin de fomentar la autonomía, participación y calidad de vida de este grupo etario	Personas mayores de 60 años
PROMOCIÓN		
Turismo Social (Municipios)	Brindar oportunidad de acceso a espacios de recreación y esparcimiento para adultos mayores vulnerables que no tienen acceso a satisfacer esta necesidad por sus propios medios	Personas mayores, de organizaciones de personas mayores o programas de beneficencia
Envejecimiento Activo (SENAMA)	Lograr que los adultos mayores participen de actividades que promuevan el envejecer activamente	Personas mayores de 60 años, autovalentes
Voluntariado País de Mayores (SENAMA)	Promover la integración social y relaciones intergeneracionales de personas mayores, preferentemente profesionales jubiladas	Personas mayores de 60 años, enseñanza media completa, autovalentes
Vínculos (SENAMA)	Generar condiciones que permitan a los usuarios acceder en forma preferente a las prestaciones sociales pertinentes a sus necesidades e integrarse a la red comunitaria de protección social	Personas mayores de 60 años, de los tres primeros quintiles de vulnerabilidad
Fondo Nacional del Adulto Mayor componente autogestionado (SENAMA)	Financiar iniciativas de organizaciones públicas o privadas, apoyando a personas mayores vulnerables, para promover, mantener o mejorar su condición de vida	Personas mayores de 60 años, de organizaciones de adultos mayores

Fuente: Elaboración propia sobre la base de la guía de los principales beneficios del Estado para las personas mayores 2021-2022.

En cuanto a las orientaciones programáticas, se observa una oferta mixta, donde el estado juega un rol subsidiario, traspasando financiamiento a fundaciones, gobiernos locales o privados para que administren y ejecuten los programas. En relación con la oferta de programas y servicios, se encuentra una gran variedad, incluyendo programas de

participación, prevención y de cuidados diarios o de larga duración, los que se ocupan de temas como la pobreza y la salud y programas de vivienda, educación y el maltrato. Se encuentran programas especiales para las personas mayores, en tres dimensiones fundamentales: programas de atención a la dependencia, acciones en la protección de derechos y programas de promoción (CELADE, 2016), como se presenta en la tabla 12. También podemos encontrar iniciativas que se han concretado a través del trabajo y coordinación intersectorial con distintos ministerios y servicios, consolidando una gestión multisectorial para un envejecimiento activo. Entre los organismos gubernamentales que han sido parte del proceso de la política se encuentran:

Tabla 13 Principales programas y beneficios intersectoriales de la política de envejecimiento en Chile

Ministerios	Programas
Ministerio de Salud	Incorporación del Alzheimer y otras demencias al Plan AUGE Gratuidad desde los 60 años en FONASA Programa de Alimentación Complementaria para el Adulto Mayor (PACAM) Examen Médico Preventivo del Adulto Mayor (EMPAM) Programa Nacional de Inmunizaciones (PNI) con foco en Personas Mayores Atención Domiciliaria Personas con Dependencia Severa Unidades Geriátricas de Agudos (UGA) Programa de Rehabilitación Integral Salud Oral Integral del Adulto de 60 años Ley N° 20.850 (Ricarte Soto) Más Adultos Mayores Autovalentes Ley de Atención Preferente
Ministerio de Transporte y telecomunicaciones	Tarifa Rebajada Adulto Mayor
Ministerio del Trabajo y Previsión Social	Pensión Básica Solidaria de Vejez (PBSV) Aporte Previsional Solidario de Vejez (APSV) Bono Bodas de Oro Bono por Hijo Bono de Invierno Poderes (Autorización en forma remota para cobrar beneficios de previsión social a través de un apoderado) Asignación por Muerte Experiencia Mayor Adulto Digital
Ministerio de Vivienda y Urbanismo	Programa de Subsidio de Arriendo de Vivienda
Ministerio de Economía, fomento y Turismo	Programa Vacaciones Tercera Edad (VTE) Becas de Capital Humano Seniors Capital Abeja Adulto Mejor
Ministerio de Justicia y Derechos Humanos	Defensa Jurídica Integral para Adultos Mayores
Ministerio de Hacienda	Pago de contribuciones (exenciones)
Ministerio de Agricultura	Vive tu naturaleza Premio a la trayectoria del concurso historias de nuestra tierra
Ministerio de Bienes Nacionales	Circuitos Patrimoniales Adulto Mejor
Ministerio del Deporte	Adulto Mayor en Movimiento

Fuente: Elaboración propia sobre la base de la Guía de los principales beneficios del Estado para las personas mayores 2021-2022

Una política pública obedece fundamentalmente a un desarrollo conceptual y a la construcción de marcos interpretativos en la regulación social y sobre la que posteriormente distintos actores intervendrán. Las políticas públicas hacia las personas mayores no son una excepción, son políticas públicas que intervienen sobre la construcción de problemas en torno al envejecimiento, pero los fundamentos de los que parten y las definiciones sobre las que establecen su órbita de abordaje, definirán conceptualizaciones en torno a la distribución de bienestar social que configuran un marco interpretativo sobre la vejez, relaciones de género, clases sociales y relaciones de poder que no puede pasar inadvertido. Por lo mismo, las reflexiones sobre la vejez y envejecimiento se vinculan con los debates actuales en torno al género y otras categorías políticas.

La intervención diferenciada de acuerdo al género en el envejecimiento está lejos de representar una experiencia universal, ya que está moldeada por las relaciones de poder vigentes, instaladas por actores hegemónicos y reproducidas por diversas instituciones, como el Estado, la familia, los mercados, la sociedad civil, quienes inhiben o estimulan un cierto tipo de envejecimiento donde impera un discurso de inclusión social bajo lógicas de asimilación (Young, 2000), por ejemplo: la participación social, los cuidados, las identidades de género, el cuerpo y la sexualidad de las personas mayores. Muchas veces las personas mayores deben renunciar a ciertas identidades para ser reconocidos como interlocutores válidos para abrirse espacio público.

Asimismo, la igualdad entre mujeres y hombres constituye un compromiso dentro de la agenda actual de políticas públicas. Desde la década de los setenta, las diferentes conferencias mundiales y regionales sobre las mujeres, han traído consigo la puesta en marcha de diferentes iniciativas políticas en pro de la igualdad, así como la emergencia de numerosas aportaciones desde diversos ámbitos en esta dirección. Existe un gran avance en el contexto político y normativo sobre género y envejecimiento, a nivel internacional, como la Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer, que exhorta proteger los derechos humanos de las mujeres de edad; lo propuesto en el Plan de Acción Madrid 2002, que plantea la necesidad de un compromiso con la igualdad de géneros de las personas mayores mediante la supresión de toda discriminación basada en el género, así como todas las demás formas de discriminación; la Agenda 2030, que son los Objetivos de Desarrollo Sostenible que

marca la política pública para el desarrollo en el mundo entero, donde los Estados firmantes se comprometen a desarrollar objetivos a favor de las personas mayores.

Por otra parte, en América Latina se encuentra en marcha la Convención Interamericana sobre la Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores, que es un instrumento vinculante en plena vigencia. La frágil perspectiva de género en las políticas públicas, explica, en parte, que la protección social durante la vejez no tome en cuenta esta situación.

El desarrollo institucional chileno en materia de políticas públicas de vejez y envejecimiento está bastante avanzado, sin embargo, estas aceleradas transformaciones demográficas y culturales han revelado la necesidad urgente de replantear las políticas públicas, no sólo respecto a la vejez, sino también al género. El Estado, a través de sus instituciones, delimita las formas de malestar sobre las cuales tramitar estrategias de intervención y de regulación. En este escenario, las formas de nominación provenientes de la política pública, juegan un papel importante que incide en la subjetividad de aquellos a quienes se dirige. Los desafíos culturales que el envejecimiento presenta para las políticas públicas no sólo tienen relación con el acceso íntegro a un sistema de salud, el derecho a la vivienda, la seguridad económica y protección social en la vejez, la carga de los cuidados y las inequidades de género desde una perspectiva integrada -que incluya la dimensión familiar y comunitario-, la participación social y las resistencias desde el género, la violencia estructural hacia las personas mayores, también suponen un reto la descentralización de la gestión y la intervención de acuerdo a las particularidades territoriales y locales, así como la generación de líneas de base para la evaluación comprensiva de los programas.

Además, es preciso abordar una resignificación del curso vital y de este momento de la vida, lo que conlleva concebir a la vejez no sólo como una realidad cronológica y biológica, sino también subjetiva, simbólica y cultural. Finalmente, se requiere avanzar en la superación de los prejuicios y estereotipos asociados a la vejez, que muchas veces generan reacciones ambivalentes frente a las personas mayores, exclusión y fragilización de los vínculos intergeneracionales.

3.4. Mapeo de la política de envejecimiento en la Patagonia austral.

En general una política debería contener el marco de la materia que le dio origen e incluir el conjunto de medidas normativas, institucionales, administrativas y programáticas a desarrollar por el Estado, y en algunos casos también por la sociedad civil y organizaciones sociales (Ludi, 2005), los cuales son expresados en la política misma y en sus programas. Es decir, la política hacia las personas mayores son aquellas acciones organizadas por el Estado en coordinación con otros organismos para dar respuesta al envejecimiento (Huenchuan, 2003), a través de la diferente toma de posición de éste respecto de una determinada cuestión, como es el caso de las personas mayores.

Para la implementación de la política pública de envejecimiento en la Patagonia, la institucionalidad es imprescindible, pues son las instituciones públicas las que permiten la intervención del Estado y el marco de acción en la relación con la sociedad civil. Por otro lado, la coordinación intersectorial también es fundamental, ya que posibilita la búsqueda de soluciones más integrales para abordar las dimensiones sociales, económicas, culturales y demográficas del envejecimiento (Huenchuan, 2016). En las regiones de Aysén y Magallanes, los programas y servicios hacia las personas mayores se implementan a través de: (1) las Coordinaciones Regionales del Servicio Nacional del Adulto Mayor (SENAMA)⁴² en coordinación con; (2) los Gobiernos Regionales de Aysén y Magallanes;⁴³ (3) los Municipios⁴⁴ en ambas regiones (Aysén: Aysén, Lago Verde, Río Ibáñez; Chile Chico, Puerto Cisnes, Cochrane, Coyhaique, Guaitecas, O'Higgins y Tortel. Magallanes: Cabo de Hornos, Laguna Blanca, Puerto Natales, Porvenir, Primavera, Punta Arenas, Río Verde, San Gregorio, Timaukel y Torres del Paine); y (4) las Corporaciones para el Desarrollo Social en los diferentes Municipios.⁴⁵ Además,

⁴² En este sentido, representado por la Coordinación a nivel regional, no existen coordinaciones a nivel de provincias o municipios.

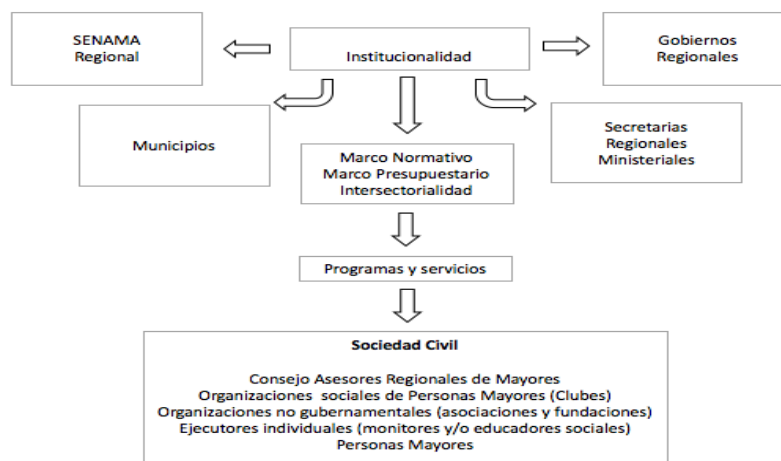
⁴³ Los Gobiernos Regionales fueron creados en el país el año 1993, a partir de la promulgación de la Ley Orgánica Constitucional N° 19.175 sobre Gobierno y Administración Regional. Se instituyen como un servicio público descentralizado con personalidad jurídica y patrimonio propio que la ley inviste para cumplir con las funciones de administración superior en cada región

⁴⁴ Los municipios son corporaciones autónomas de derecho público, con personalidad jurídica y patrimonio propio, cuya finalidad es satisfacer las necesidades de la comunidad local y asegurar su participación en el progreso económico, social y cultural de la comuna, a partir de la Ley Orgánica Constitucional de Municipalidades N° 18.695.

⁴⁵ Son corporaciones de derecho privado sin fines de lucro creadas con el objetivo de administrar y operar servicios en las áreas de: educación, salud, deportes, turismo y cultura, fundamentalmente.

algunos programas y servicios se concretan a partir de la coordinación intersectorial con las Secretarías Regionales Ministeriales en ambas regiones.

Figura 2 Mapa de actores que intervienen en la política pública hacia las Personas Mayores



Fuente: Elaboración propia

Por lo tanto, la coordinación interinstitucional e intersectorial es una herramienta que facilita la actuación pública en la medida en que aporta criterios comunes, ayuda al fortalecimiento mutuo de las instituciones y al logro de mejores resultados, los que van en directo beneficio de las personas mayores (Huenchuan, 2016). En los últimos 10 años se ha avanzado en materia de institucionalidad y en el desarrollo de programas y servicios sociales, permitiendo desarrollar acciones de manera más focalizada de los actores que intervienen en la política (figura 2).

Para hacer frente a las complejidades relacionadas con el envejecimiento de la población, cada una de estas instituciones estableció programas, servicios y actividades sociales. Esta información fue obtenida a partir de la revisión de documentos oficiales de los municipios de las regiones de Aysén y Magallanes (Patagonia Austral): Planes de Desarrollo Comunal (PLADECO), Cuentas Públicas de la Gestión Municipal del último año e información en las páginas web de las administraciones locales. Además, de información solicitada a SENAMA, Gobiernos Regionales, Ministerios y Municipios vía Ley de Transparencia⁴⁶ sobre los programas, servicios y actividades dirigidas a las

⁴⁶ Ley N° 20.285 sobre acceso a la información pública, promulgada el 11 de agosto de 2008 y entró en vigencia el 20 de abril de 2009. Tiene como principal objetivo abrir la información de los organismos públicos a todas las personas.

personas mayores durante los últimos tres años (2020, 2021 y 2022). Se consideraron los siguientes criterios para solicitar la información: (1) programas y servicios dirigidos a personas mayores desde SENAMA en las regiones en coordinación con las Secretarías regionales Ministeriales, Gobiernos Regionales y Municipios; (2) programas, servicios y actividades generados por los Gobiernos Regionales y Municipios.⁴⁷ De esta forma, en primer lugar, presento los programas de la Política de Envejecimiento Positivo (tabla 14) que se implementan en las regiones de Aysén y Magallanes; y en segundo lugar, las acciones más específicas que se ejecutan en los municipios.

Tabla 14 Principales programas y servicios para las personas mayores en las regiones de Aysén y Magallanes de la Política de Envejecimiento Positivo

Programa	Descripción	Institución responsable de la implementación y/o ejecución
Centro Diurnos	Los centros de día se conciben como espacios para personas mayores que en el día necesitan cuidados especializados. Están destinados a la atención de personas mayores en situación de dependencia –leve o moderada. El programa de Centros Diurnos tiene dos modalidades: Centros Diurnos Comunitarios: Prestación de servicios sociosanitarios que permita mantener o mejorar la funcionalidad a personas mayores con un grado leve de dependencia, permitiéndoles mantenerse en su entorno familiar y social. Centros Diurnos Referenciales: Los servicios están dirigidos a personas mayores que tienen dependencia moderada, se pretende mejorar o mantener la funcionalidad en jornadas parciales o completas, los servicios son ofrecidos de carácter grupal e individual, manteniéndose en su entorno familiar y social. La ejecución se realiza bajo los lineamientos de SENAMA y se materializa a través de la adjudicación de financiamiento por medio de un fondo concursable, en el que pueden participar instituciones públicas y privadas sin fines de lucro.	Convenio SENAMA (Convenios de trato directo): -Centro de día San Vicente de Paul de Aysén, Fundación San Vicente de Paul. -Centro Diurno Coyhaique, I. Municipalidad de Coyhaique. -Centro Diurno Comunitario Puerto Natales, Delegación Presidencial Última Esperanza. -Centro Diurno Comunitario Porvenir, Delegación Presidencial de Tierra del Fuego. - Centro Diurno Referencial de Punta Arenas, Universidad de Magallanes.
Cuidados Domiciliarios	El programa financia proyectos de cuidados domiciliarios a organismo públicos o privados sin fines de lucro, quienes postulan una iniciativa de cuidados domiciliarios de acuerdo a las orientaciones técnicas de SENAMA, además deben contar con experiencia en el trabajo con personas mayores. Los servicios son provistos a las personas mayores a través de las asistentes de apoyo y cuidados, quienes asisten a los domicilios de las personas 2 veces a la semana, entregando una atención de 3 horas en cada visita, Los servicios entregados se orientan en higiene y cuidado personal, tareas del hogar y acceso y relación con el entorno.	Convenio SENAMA con organismos ejecutores: - I. Municipalidad de Coyhaique - I. Municipalidad de Río Ibáñez - Delegación Provincial de Tierra de fuego (comunidades de Porvenir, Primavera y Timaukel) - Gobierno Regional
Establecimientos de Larga Estadía (ELEAM)	Los Establecimientos de Larga Estadía para Adulto Mayores (ELEAM) buscan mejorar la calidad de vida de personas mayores con dependencia física o psíquica moderada o severa, a través de un ambiente protegido y cuidados diferenciados, que permitan prevenir y mantener la salud, mantener y estimular la funcionalidad, además del refuerzo constante de las capacidades remanentes.	Convenio SENAMA, SEREMI de Salud, Gobierno Regional de Magallanes y Organismo ejecutor: - ELEAM “Cristina Calderón Harban” Fundación Pather Nostrum

⁴⁷ Complementariamente, se realizaron entrevistas semiestructuradas a dos (2) informantes clave en las dos regiones, para corroborar la información obtenida.

Programa	Descripción	Institución responsable de la implementación y/o ejecución
Condominios de Viviendas Tuteladas	Los Condominios de Viviendas Tuteladas (CVT), corresponden a conjuntos habitacionales de viviendas individuales, con espacios de uso común y adecuadas para personas mayores de 60 años, autovalentes y en situación de vulnerabilidad, entregadas a esas personas en comodato, con el objetivo de que accedan a una solución habitacional y además reciban apoyo, en función de promover su autonomía, pertenencia e identidad a través de un plan de intervención social que promueve su participación comunitaria y de acceso a redes de apoyo. Los CVT son traspasados a SENAMA en comodato por los Servicios de Vivienda y Urbanismo (SERVIU) de cada región, para su administración. Posteriormente, se asignan las viviendas en calidad de comodato, lo que implica que el beneficiario no es dueño de la propiedad. El programa se encuentra focalizado en personas de 60 años o más, que pertenezcan hasta el tramo del 60% del Registro Social de Hogares (RSH).	Convenio SERVIU, SENAMA y Entidades Operadoras Prestadoras de Servicios: - CVT Coyhaique, Fundación por Más - CVT Porvenir, I. Municipalidad de Porvenir - CVT Puerto Natales, Delegación Provincial de Última Esperanza - CVT Punta Arenas, Fundación por Más
Buen Trato	En acciones para prevenir el maltrato a las personas mayores, promover el buen trato a las personas mayores, mediante instancias de capacitación, sensibilización y articulación, desde una mirada intersectorial, integral y psico-socio-jurídica. SENAMA cuenta con una Unidad de Derechos Humanos y Buen Trato (UDHBT). Complementariamente, desarrolla asesoría, gestión y coordinación de casos y consultas de maltrato que afecten a las personas mayores, especialmente en violencia intrafamiliar, en coordinación con los dispositivos y actores locales como Municipalidades, CESFAM, CECOSF, Consultorios, SERNAMEG, Programa de Apoyo Víctimas Delitos Violentos, Corporación de Asistencia judicial (CAJ), entre otros.	SENAMA en convenio con Direcciones de Desarrollo Comunitarios (DIDECO), Departamentos Sociales, oficinas comunales del Adulto Mayor, oficinas de emergencia comunal, de las distintas municipalidades. Capacitaciones, talleres y seminarios para promover el buen trato hacia las personas mayores. Asesoría, gestión y coordinación en casos de maltrato. Se ejecuta en las dos regiones por una dupla socio-jurídica de SENAMA, conformada por Trabajadores Sociales y Abogados
Ciudades Amigables	El Programa Comunas Amigables de SENAMA tiene como propósito que personas mayores de 60 años o más, vean disminuidas las barreras a las cuales se enfrentan en el entorno local, en términos de barreras de actitud, de comunicación, barreras físicas, entre otras, permitiéndoles envejecer activamente. Implica Proporcionar información, apoyo técnico y financiamiento en: Acciones de información y promoción de la iniciativa Ciudades Amigables; que busca difundir y convocar a instituciones y municipios, a adherir en este compromiso. • Acompañamiento técnico a municipios en el ciclo de mejora continua; poniendo a disposición de las comunidades interesadas; material informativo, herramientas técnicas, instancias de formación e intercambio de experiencias, entre otras acciones. • Fondos de Mejora Local: el que pone a disposición recursos a través de fondos concursables para el desarrollo de acciones de mejora en el espacio local.	Convenio SENAMA y Municipios: - I. Municipalidad de Río Ibáñez - I. Municipalidad de Puerto Natales

Programa	Descripción	Institución responsable de la implementación y/o ejecución
Envejecimiento Activo	El programa busca resolver el problema de la baja participación de personas mayores en instancias comunitarias que fomenten el envejecimiento activo y que ayuden a establecer redes sociales de protección. Para esto, el programa realiza talleres, jornadas, seminarios, campañas de comunicación y eventos masivos en los que se busca promover el envejecimiento activo de las personas mayores. La participación de las personas mayores a las actividades se genera a partir de convocatoria abierta a la comunidad de mayores, así como a través de la colaboración de otros servicios públicos. - Talleres para fortalecer habilidades en la vejez. - Campañas y Eventos Masivos de difusión del buen envejecer. - Jornadas y Seminarios para fortalecer habilidades en la vejez.	Convenios SENAMA en alianza con las SEREMI de Desarrollo Social en las regiones, la Universidad de Magallanes, Universidad de Aysén
Voluntariado País de Mayores	El programa busca que personas mayores jubiladas o pensionadas, que se encuentran inactivas (ni ocupadas ni desocupadas) ejercen labores sociales de voluntariado, aumentando su autoimagen y autovaloración. Para ello, el programa vincula a voluntarios (personas mayores) y niños pertenecientes a familias pertenecientes al Sistema Seguridades y Oportunidades, que cursen entre 2° y 8° básico, y que presenten un desempeño escolar deficitario, el cual será mejorado a través del apoyo escolar entregado por las personas mayores. El programa entrega un aporte en dinero durante nueve meses para el voluntario, para efectos de cubrir su movilización y/o traslado, además de acciones que permitan mejorar su labor y visibilizar el voluntariado en personas mayores. - Formación continua a voluntarios/as mayores. - Actividades masivas de voluntariado. (Actividades de lanzamiento y cierre del programa de voluntariado). - Voluntariado Asesores Senior (Personas mayores).	Coordinación entre SENAMA y las SEREMI de Desarrollo Social en las regiones de Aysén y Magallanes
Vínculos	En acompañamiento continuo para las personas mayores de 65 años que ingresan al nuevo Subsistema de Seguridades y Oportunidades, entregándoles herramientas psicosociales que permitan fortalecer su identidad, autonomía y sentido de pertenencia. El apoyo psicosocial es individual y grupal; el acompañamiento es directo y personalizado en el lugar donde habitan las personas mayores. El programa promueve el proceso de vinculación de las personas mayores al entorno y entrega bonos de protección y prestaciones monetarias. Personas mayores de 65 años o más, que vivan solos o acompañados de una persona de cualquier edad, y que ingresan al nuevo Subsistema de Seguridades y Oportunidades del Ingreso Ético Familiar.	Convenio de Transferencia Ministerio de Desarrollo Social, SENAMA y Municipios: - I. Municipalidad de Punta Arenas - I. Municipalidad de Puerto Natales - I. Municipalidad de Coyhaique
Fondo Nacional del Adulto Mayor Ejecutores Intermedios	Fomenta iniciativas presentadas por instituciones, públicas o privadas, que desarrollen acciones en favor de la autonomía funcional de los adultos mayores con algún grado de dependencia y que por ello requieren del cuidado de terceros para llevar a cabo sus actividades diarias. - Apoyo al cuidado directo en ELEAM y Apoyo y/o Cuidado Domiciliario a través del desarrollo de sesiones individuales con cada profesional (Kinesiólogo y T.O.), con el propósito de apoyar 3 áreas importantes: Área físico funcional; Cognitiva y Emocional. - Programa de Atención Domiciliaria para AM de la comuna de Cisnes que presenten dependencia en cualquiera de sus grados y que dificulte la realización de actividades de la vida diaria, buscando su calidad de vida e inclusión social. - Apoyo y/o Cuidado Domiciliario a través de Atención personal, Apoyo en realización de tareas del hogar y Relación con el entorno.	Convenio de Transferencia entre SENAMA y organismos ejecutores: - Corporación Municipal de Punta Arenas - Municipalidad de Puerto Cisne

Programa	Descripción	Institución responsable de la implementación y/o ejecución
Participación y Formación de Dirigentes Sociales	El programa busca apoyar a personas mayores integrantes de organizaciones de mayores que no cuentan con toda la información sobre políticas y oferta pública dirigida a ellos, afectando el reconocimiento de sus derechos. Lo anterior se realiza a través de jornadas con metodologías participativas, diálogos e intercambio de experiencias entre las personas mayores miembros de organizaciones de mayores. Para esto, las coordinaciones regionales de SENAMA, que reciben orientaciones y material de apoyo desde el programa nacional, realizan anualmente una jornada por región de encuentro de dirigentes y jornadas participativas territoriales de información y capacitación de personas mayores, en coordinación con las gobernaciones y municipalidades. Además, se trabaja con los Consejos Asesores Regionales de Mayores en su capacitación, formación y en la preparación y ejecución de las jornadas.	Convenio entre SENAMA - Delegaciones Provinciales - Municipios - Consejos de Asesores Regionales ⁴⁸
Fondo Nacional del Adulto Mayor Autogestionado	Financia proyectos ideados, elaborados y desarrollados por organizaciones de personas mayores, a través de concursos. Su objetivo es generar y desarrollar capacidades de autogestión, autonomía e independencia de las personas mayores participantes. Tipologías posibles de presentar proyectos: - Acciones de voluntariado y servicio a la comunidad - Promoción del bienestar. - Fortalecimiento institucional y/o habilitación o equipamiento de sedes. - Fomentos de actividades productivas. - Vida saludable, desarrollo personal, capacitación y educación. - Inclusión digital. - Recreación y uso del tiempo libre. - Viajes y turismo.	- Clubes de personas mayores - Uniones comunales de personas mayores - Federaciones provinciales, regionales y nacionales - Confederaciones provinciales, regionales o nacionales - Otras organizaciones de personas mayores no adscritas a la ley N° 19.418 Para el año 2022 en la región de Aysén fueron adjudicados 66 proyectos: 23 proyectos en la comuna de Aysén; 1 en Puerto Cisne; 3 en Cochrane; 30 en Coyhaique; 2 en Lago Verde y 7 en Río Ibáñez. Para el año 2022 en la región de Magallanes fueron adjudicados 80 proyectos: 1 en Cabo de Hornos; 16 en Puerto Natales; 1 en primavera y 62 en Punta Arenas.

Fuente: Elaboración propia

También dentro de los programas para enfrentar el envejecimiento de la población en la Patagonia Austral encontramos una diversidad de respuestas desde los Gobiernos Regionales, los Gobiernos Locales y las Secretarías Regionales Ministeriales para hacer frente a las diferentes desigualdades en la vejez desde los programas y servicios. Estos son:

⁴⁸ Los Consejos están constituidos por decreto y elegidos por sus pares bianualmente, se relacionan con las organizaciones base de personas mayores, dan seguimiento a las políticas y programas y generan propuestas a SENAMA para su mejoramiento continuo.

- 1) Programa **Chile Cuida**:⁴⁹ Servicio de cuidados domiciliarios elaborado y coordinado por el Ministerio de Desarrollo Social y Familiar en coordinación con los Municipios. El Servicio de Atención Domiciliaria de Chile Cuida en la comuna de Coyhaique en específico, ofrece prestaciones de cuidado domiciliario, ayudas técnicas, atención a la dependencia severa y rehabilitación integral. En la comuna de Puerto Natales ofrece prestaciones de cuidados domiciliarios y servicios especializados en la gestión de la vida diaria. Pueden acceder al servicio cuidadores de personas mayores con dependencia moderada a severa, que son parte del 60% de los hogares más vulnerable de la población, de acuerdo con el Registro Social de Hogares (RSH).⁵⁰ Para participar, el/la cuidador/a debe tomar contacto con la encargada de la Red local de apoyos y cuidados de la comuna. La evaluación considera el nivel de dependencia, la caracterización socioeconómica y las necesidades de apoyos y cuidados.

- 2) Inversiones desde los Gobiernos Regionales a través de **Fondo Nacional de Desarrollo Regional** [FNDR]:⁵¹ Programa de inversiones públicas, con fines de compensación territorial, destinado al financiamiento de acciones en los distintos ámbitos en la región, con el objetivo de obtener un desarrollo territorial armónico y equitativo. Su distribución opera considerando dos conjuntos de variables: las de orden socioeconómico y las territoriales. Se asigna el 90% de los recursos a comienzos del año presupuestario, y el 10% restante se destina, en igual proporción, a cubrir situaciones de emergencia y estímulos a la eficiencia, en cada ejercicio presupuestario.
En las regiones de Aysén y Magallanes se han financiado fundamentalmente proyectos de infraestructura (construcción, ampliación y remodelación): de sedes para las organizaciones sociales de personas mayores, zonas de ejercicio y recreación, centros de día, casas de acogida y viviendas tuteladas.

⁴⁹ Chile Cuida forma parte del Sistema de Protección Social del Estado y tiene como misión, acompañar y apoyar, a través de diferentes servicios, a las personas en situación de dependencia, sus cuidadores y cuidadoras, sus hogares y su red de apoyo. En las regiones de Aysén y Magallanes participan las comunas de Coyhaique y Puerto Natales.

⁵⁰ Es un sistema de información cuyo fin es apoyar los procesos de selección de beneficiarios de un conjunto amplio de subsidios y programas sociales. El Registro es construido con datos aportados por el hogar y bases administrativas que posee el Estado, proveniente de diversas instituciones.

⁵¹ El marco legal es el decreto ley N° 573/74 que da origen al FNDR.

- 3) **El 6% del Fondo Nacional de Desarrollo Regional:**⁵² que se destina para apoyar y financiar iniciativas ciudadanas de carácter social donde hay una línea para la Atención de Adultos Mayores e Integración y Promoción del Envejecimiento Activo. Mediante la asignación directa o vía fondos concursables. En las regiones de Aysén y Magallanes se han financiado proyectos relacionados con: apoyos a los cuidados en personas con dependencia severa, alimentación complementaria, terapias y rehabilitación, capacitación y actividades deportivas, atenciones de emergencias y subsidios a los Establecimientos de Larga Estadía (ELEAM).
- 4) **Oficinas del Adulto Mayor:** Unidades dentro de las Direcciones de Desarrollo Comunitario que tienen como objetivo diseñar y ejecutar programas, servicios y actividades tendientes a mejorar la calidad de vida de las personas mayores residentes en las comunas y las organizaciones sociales relacionadas con ellas. Realizan talleres y actividades culturales (danza, teatro, canto, pintura), deportivas, activación de memoria y recreativas, entre otras. Prestación de ayudas sociales y económicas (alimentación, subsidios, pagos de servicios, etc.). Convenios con otras instituciones para actividades específicas para la conectividad y alfabetización digital. En las regiones de Aysén y Magallanes hay estas unidades solo en 5 comunas: Aysén, Coyhaique, Puerto Natales, Porvenir y Punta Arenas.

En definitiva, me parece importante destacar que el Estado ha avanzado en materia de Políticas Públicas hacia las Personas Mayores, así como el reconocimiento de sus Derechos Humanos. Desconocer los avances implicaría una visión parcial del tema. No obstante, es importante comprender estos avances no como una meta fija, sino que constituyen un objetivo a largo plazo y deben ir acorde a los cambios sociales y culturales propios del país y de la región. En este sentido, para enfrentar los actuales y nuevos desafíos del envejecimiento, implica pensar los alcances del Estado en las distintas materias. Lo cual se traduce en la definición de estructuras administrativas institucionales (regionales y locales) preparadas para la gestión, los niveles de cobertura, modalidades de marcos normativos, los tipos de prestación de servicios, los actores que intervendrán, los presupuestos y los impactos en la estructura de distribución del bienestar social.

⁵² Sobre los presupuestos anuales de los Gobiernos Regionales y las Bases Generales reajustadas por los Consejos Regionales.

Algunos de los nudos críticos y desafíos en la implementación de programas, servicios y actividades hacia las personas implican lo siguiente:

Como primer elemento, las respuestas de los gobiernos regionales y locales para responder a las necesidades y desigualdades de las personas mayores son diversas. Sin embargo, se percibe una inequidad en la implementación y también de accesibilidad a los programas. Lo anterior significa que obedecen a voluntades políticas de los gobiernos regionales o locales, como los fondos de asignación vía proyectos y las asignaciones presupuestarias de acuerdo al porcentaje anual, sin una permanencia a largo plazo. Se observa que hay programas, servicios y actividades en casi todo el territorio de la Patagonia, pero también se advierten las desigualdades territoriales. Por esto ocurre que las comunas con mayor población y cabeceras provinciales tienen un sinnúmero de iniciativas y las comunas de menos población o más alejadas tienen escasos programas, lo que repite el patrón a nivel nacional de inequidad en el acceso y discriminación por territorio y socioeconómica. En esta misma línea, la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico [OECD] en un estudio realizado en conjunto con la Subsecretaría de Desarrollo Regional (2017) ha señalado que el modelo centralista de desarrollo chileno ha reforzado las disparidades interregionales y locales en todo el territorio de forma significativa, y que la centralización de poderes ha ido de la mano con una concentración de población, recursos y poder. Asimismo, señalan que Chile muestra los niveles más altos de disparidad regional entre los países de la OCDE cuando se consideran la satisfacción de vida, el medio ambiente, la seguridad y el empleo, junto a disparidades muy importantes en áreas sociales.

Como segundo elemento, se identifica que a pesar del avance en materia de políticas públicas, programas, servicios y actividades dirigidos a las personas mayores, ellos parecen asumir cierta homogeneidad en la consideración de su grupo objetivo. Esto es interesante, cuando a partir de los datos sociodemográficos recopilados, se evidencia que el grupo de personas mayores en la Patagonia es heterogéneo. Por otro lado, diversos estudios afirman que no hay un solo imaginario de la vejez y que éstos dependen de las experiencias subjetivas. Al mismo tiempo, dan cuenta de que existen distintas maneras de vivir la vejez, siendo la heterogeneidad la norma más que la excepción (Undurraga et al., 2019). Es importante identificar necesidades biopsicosociales de las personas mayores en su heterogeneidad y cómo impactan en su calidad de vida, con el fin de que estas sean

consideradas en el desarrollo de políticas públicas. Por ejemplo, las principales necesidades no cubiertas de las personas mayores autovalentes, la percepción social negativa de la vejez, los apoyos y beneficios sociales a las cuidadoras, etc., además del trabajo intersectorial de los diversos programas que se encuentran disponibles para las personas mayores en las regiones.

Como tercer elemento, hay una mayor presencia femenina en la vejez. Según lo indicado por Undurraga et al. (2019) la división sexual del trabajo en Chile, en cuanto normativa sociocultural, ha generado estructuras y patrones en el mercado laboral. Tal como afirman Arber y Ginn (1996) género y envejecimiento están estrechamente vinculados en la vida social, esta conexión surge del cambio social propio del paso del tiempo, como los acontecimientos relacionados con la edad que suceden a lo largo del tiempo. Ahora bien, el análisis de las diferencias en el proceso de envejecimiento entre hombres, mujeres y población LGBTI es complejo, pues se deben tener en cuenta múltiples dimensiones psicosociales, especialmente las condiciones económicas y de vida (Gallardo et al., 2018). De este modo, se destaca la urgencia en desarrollar un enfoque de género que sea transversal a todas las prestaciones destinadas hacia las personas mayores en las regiones, considerando la centralidad del género en la configuración de las desigualdades acumuladas en la vejez (Gonzálvez y Guizardi, 2020). Cuando hacemos referencia a las desigualdades de género, tal como señalan Arber y Ginn (1996), hay que tener como referencia que el género al que se pertenece y los cambios en las relaciones entre géneros en el transcurso de la vida también influirán en nuestra manera de envejecer. En general, las desigualdades de género que afectan a las mujeres en edades avanzadas no son más que un reflejo de las que han experimentado a lo largo de la vida (Gómez-Rubio y Mazzucchelli, 2022).

Finalmente, como cuarto elemento, se percibe que en las políticas, programas, servicios y actividades hacia las personas mayores operan diferentes paradigmas asociados al envejecimiento. Se identifica un primer paradigma que considera la vejez como una etapa del ciclo de vida que hay que promover un *envejecimiento activo* (OMS, 2002), el enfoque otorga un papel central a las personas que envejecen en la construcción de su propio bienestar, presente especialmente en los programas de *Envejecimiento Activo*, *Voluntariado de Mayores* y *Ciudades Amigables*.

También se identifica el paradigma de *envejecimiento sociosanitario* (Alvarado y Salazar, 2014), que entiende la vejez como período de riesgo, enfermedad o dependencia que tiene que ser protegida y atendida presentes en los programas de los Centros Diurnos, Cuidados Domiciliarios y Establecimientos de larga estadía para Personas Mayores. Asociado a esto, se identifica un paradigma de *vulnerabilidad social* (Alvarado y Salazar, 2014), donde el problema está asociado a la concepción de vulnerabilidad en la vejez, entendido esto como los espacios o situaciones de riesgo que pueden afectar a una persona o a un colectivo, caracterizada por una alta incidencia de pobreza, baja progresiva en la cobertura de seguridad social, alta desigualdad social y visión estereotipada de la vejez, todo esto producto de una bajada sostenible de los ingresos y de una visión cultural negativa hacia la vejez en el conjunto de la sociedad y también por efectos del modelo económico, presentes en los programas *Vínculos y en los Condominios de Viviendas Tuteladas*.

Por último, se identifica el paradigma con *enfoque de derechos*, en el que la vejez es considerada una etapa más en el proceso de envejecimiento en la que se debe promover la vida digna (Huenchuan, 2018), enfoque presente principalmente en los programas de Buen trato y del Fondo Nacional del Adulto Mayor (Autogestionados). Esto supone un desafío para la institucionalidad pública de incluir en la agenda de gobierno programas para abordar los problemas de las personas mayores desde las perspectivas de la protección social, pero con un fuerte componente de ejercicio de derechos ciudadanos. Sin embargo, estos temas tienen muchos elementos asociados que no pueden ser abordados exclusivamente por un programa.

Lejos de haber una respuesta correcta lo que se encuentra planteado es un problema, precisamente porque el enfoque de derechos establece una frontera móvil de derechos e integración o superar dicotomías activo-pasivo, entre otras. El enfoque de derechos, así como el enfoque de género, pone en tensión las formulaciones de los gestores de políticas públicas con las perspectivas teóricas respecto del tema de la ciudadanía al considerar a las personas mayores como sujetos de derecho, tal como se plantea en el acuerdo ratificado por Chile en el año 2017 de la Convención Interamericana sobre la Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores. Por lo que el problema no es tanto aumentar la ciudadanía para las personas mayores en los antiguos términos, sino replantearla de cara a los nuevos desafíos.

CAPÍTULO IV: ANTECEDENTES HISTÓRICOS Y GEOGRÁFICOS DE LA PATAGONIA AUSTRAL

El estudio del envejecimiento y de los procesos de larga duración involucrados, sumado a los factores que contribuyen a caracterizarla, permite interiorizarse de lleno en el contexto de las regiones que representan el objeto de estudio de esta investigación. La zona del país en las que me centré, tiene determinadas particularidades relacionadas con diferentes aspectos, tales como: el clima, la ocupación del territorio y su relación con el centralismo, la actividad productiva, la salud, la educación, los valores o la cultura, entre otros. De tal forma que para dar cuenta de las realidades del envejecer en el sur patagónico es necesario evidenciar y analizar las características de la población en general y la de las personas mayores en particular. En este apartado, parto de una contextualización geopolítica e histórica del territorio para después realizar una aproximación a las tensiones actuales.

4.1. Los imaginarios geopolíticos de la Patagonia austral.

Para comprender cómo influyen los acontecimientos históricos que ha vivido este territorio, me situé en la descripción de la conformación de la Patagonia. Desde el contexto territorial, describiré este espacio tomando en consideración diversas fuentes de información: archivos históricos, archivos fotográficos y publicaciones científicas, que me han permitido reconstruir una memoria histórica desde una perspectiva genealógica, articulando la geografía física, la política y la humana. Este acercamiento al territorio, complementará la comprensión de las apropiaciones conceptuales de las y los habitantes: cómo han participado en la construcción de la memoria colectiva de la Patagonia desde mediados del siglo XIX en adelante.⁵³

La Patagonia chilena es el territorio ubicado en el extremo sur de América, enmarcado dentro de los territorios actuales chileno-argentino, con una frontera geopolítica delimitada entre ambos países (ver figura 3). Si bien la Patagonia es una sola, para ambas

⁵³ La Patagonia tuvo una población indígena que fue diezmada tempranamente en el siglo XIX y comienzos del XX en el genocidio practicado por los dueños de las estancias apoyados por una política estatal que promovía la propiedad privada en las pampas libres. También actuaron procesos de aculturación ligados al mundo religioso cristiano y las enfermedades desconocidas. Esto sitúa simbólicamente el comienzo de una memoria histórica a partir del proceso de colonización en el siglo XIX.

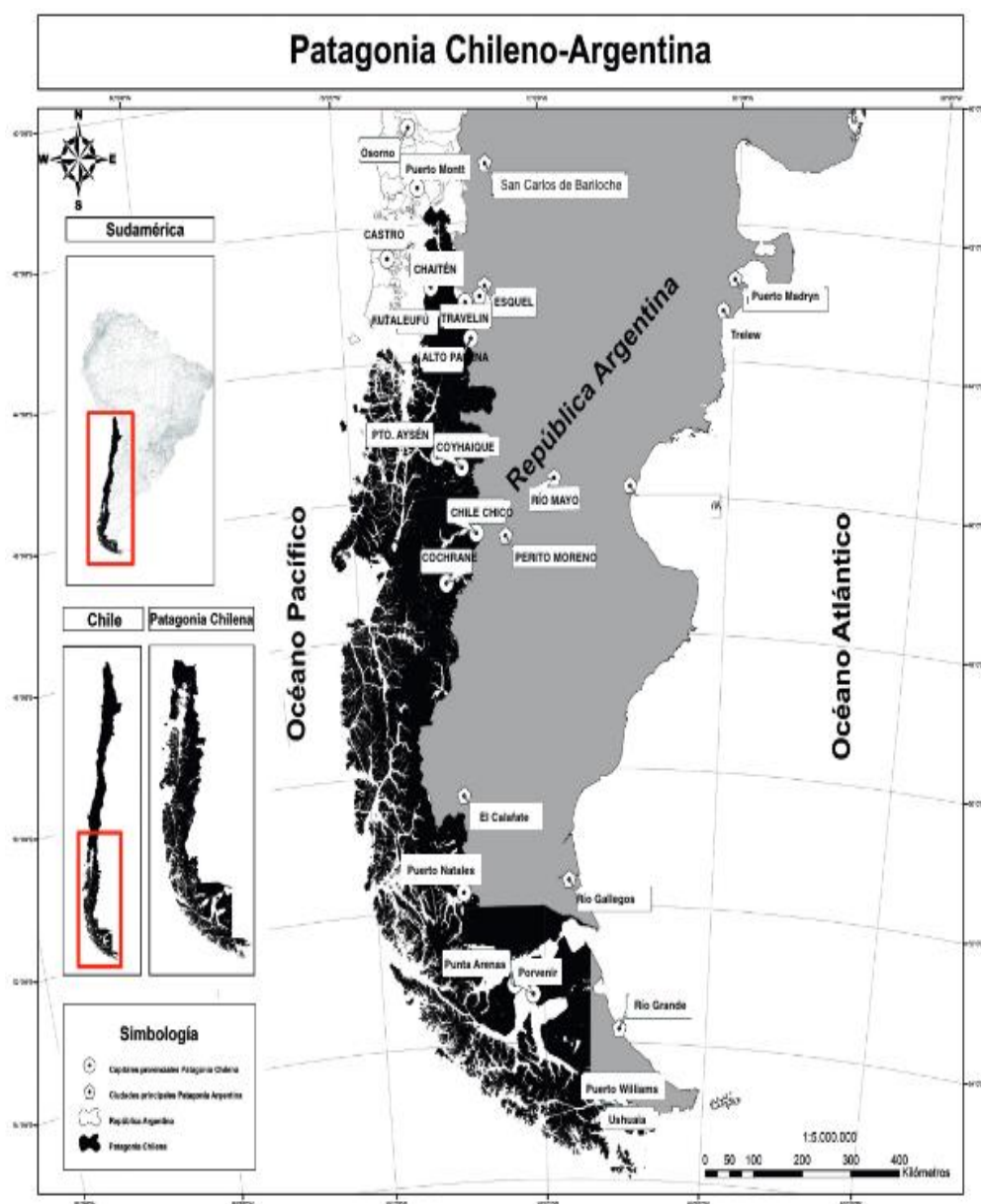
naciones existen diversos límites territoriales; en Chile se entiende la Patagonia desde el Seno de Reloncaví hacia el sur, incluyendo las regiones de Aysén y Magallanes (ver figura 3). Habría que decir también, que la Patagonia chilena tiene definiciones más precisas, que responden a criterios de cambios de paisaje e influencia de ciudades capitales. En este sentido, se pueden distinguir cuatro denominaciones: 1) Patagonia Archipiélago Chilote; 2) Patagonia de los Campos de Hielo; 3) Patagonia Aysén; y 4) Patagonia Magallanes (Pérez, 2017). Para esta investigación utilizaremos la denominación de Patagonia Austral (Harambour y Barrera, 2019) comprendida por las regiones de Aysén y Magallanes. En particular, la Patagonia Austral (Aysén y Magallanes), tiene una superficie total de 265.275,8 km², equivalente al 34,2% del territorio nacional y está habitada por 269.691 personas (INE, 2018b). Está definida geográficamente por su rugosidad (Santos, 2000), es decir, por sus características morfológicas como la irregularidad y accidentabilidad del territorio, cuestiones geográficas y territoriales que dificultan la conectividad.

Simultáneamente, en la Patagonia Aysén y Magallanes se observan algunos elementos transversales que marcan los procesos regionales y locales que se han desarrollado en ambas regiones: la subordinación a estructuras políticas centralistas, la migración libre hacia la Patagonia y las violencias coloniales hacia los pueblos indígenas (Harambour, 2012, 2016, 2019). En primer lugar, la región de Aysén es un territorio ubicado en lo que se conoce como *Patagonia occidental* con una superficie de 108.494 kilómetros cuadrados. Aunque está conectada por vía terrestre al norte del país, su gran accidentada geografía (ríos, montañas, fiordos y glaciares) la aíslan externamente y dificultan sus comunicaciones internas. La población regional actual es de 103.158 personas (INE, 2018b) y presenta una alta concentración urbana en dos ciudades principales: Puerto Aysén y Coyhaique, que juntas representan el 87% de dicha población, mientras que el 17% restante se distribuye en el territorio con una alta dispersión.

Por su parte, la región de Magallanes ocupa la parte más austral del territorio chileno. Su nombre se debe a que la cruza el estrecho de Magallanes, paso marítimo de alta relevancia económica y turística debido a que comunica los océanos Pacífico y Atlántico (Sandoval et al., 2020). Comprende la parte meridional de la Patagonia y la sección occidental de la Tierra del Fuego y los archipiélagos adyacentes. Abarca una superficie de 132.033 kilómetros cuadrados. Su población actual es de 166.533 habitantes (INE, 2018b), las dos

ciudades principales son Punta Arenas y Puerto Natales. Además, forma parte de esta región el territorio Antártico Chileno. La región sigue siendo una zona de difícil acceso, pues la geografía rugosa impide su comunicación por tierra con el resto del territorio chileno. Para llegar por tierra desde su capital regional (Punta Arenas) a la capital de la región con la que limita hacia el norte (Coyhaique) se deben recorrer 1.200 kilómetros por Argentina, contexto en el cual las rutas marítimas y aéreas adquieren particular importancia (Sandoval et al., 2020).

Figura 3 Mapa general de la Patagonia



Fuente: Mandujano et al., 2016

Estas condiciones geográficas, explican la baja densidad poblacional, el aislamiento y las duras condiciones de vida, a la vez que han generado gran cantidad de “espacios vacíos”, como los define el Instituto Nacional de Estadística (INE, 2018a).

Figura 4 Camino a Cerro Castillo (Puerto Natales). Región de Magallanes



Fuente: Fotografía tomada por la autora

La Patagonia Austral, objeto de mi interés, cuenta con una serie de características socio-territoriales que la hacen ser un atractivo nicho de investigación social, claramente distinguible frente a otras regiones. En primer lugar, por las características geográficas físicas y humanas muy diferentes al resto de Chile; un segundo elemento tiene relación con las imágenes históricas con las que ha sido descrita y un tercer elemento que tiene que ver con la forma en cómo el Estado chileno se ha relacionado con este territorio. Además, en ella, se encuentran asentamientos de carácter histórico desde finales del siglo XIX que han generado movimientos de población de tipo transfronterizo condicionados por la articulación de lazos económicos basados en las redes de parentesco, una política agraria *laissez-faire* que giró fundamentalmente alrededor de la expropiación total de los territorios indígenas y la concesión de tierras a grandes empresas ganaderas, entre otros aspectos, y que han configurado tensiones en su contexto histórico más próximo (Harambour, 2012; 2019). La Patagonia austral se construye como territorio con la construcción discursiva de su geografía y sus prácticas sociales que han determinado la posición de sus habitantes respecto del territorio, el Estado, el capital y la sociedad

Por otro lado, por largas décadas, y hasta la actualidad, se la considera una región periférica en la que sus habitantes han forjado un sentimiento de distancia hacia el Estado unitario a través de prácticas culturales locales, autónomas (Rodríguez et al., 2018). Así, por ejemplo, la fuerte vinculación transfronteriza y cultural con Argentina ha permitido la gestación de un sentimiento estrecho y permanente de binacionalidad horizontal forjado a través de lazos consanguíneos, políticos, económicos y laborales. Existe un importante contingente de población argentina original de la Patagonia, que suele no autoidentificarse como migrante en virtud de sus relaciones históricas con la Patagonia chilena (Margarit et al., 2019). Asimismo, las identidades étnicas: Yagán, Selk'nam, Kawésqar y Aónikenk y una convivencia histórica común preceden a la formación de los respectivos estados-naciones.

Figura 5 Familias Selk'nam en marcha por la playa y jóvenes Aónikenk



Fuente: Archivo Fotográfico Histórico del Instituto de la Patagonia. Universidad de Magallanes.

En este sentido, con respecto a la complejidad en la conformación de las dinámicas territoriales, Harambour (2019) sostiene que la Patagonia chilena es una *frontera epistemológica*, una delimitación lejana, pero poderosa entre un ‘nosotros/as’ y un ‘ellos/as’ (Said, 2002), una alteridad representable por el distanciamiento del centro del país, una lectura que se basa en un punto de vista centro periferia, sobre la que se han establecido relaciones que definen posiciones asimétricas de las formas de existir y relacionarse, siempre en una posición subordinada de la Patagonia y sus habitantes periféricos con el centro de poder del país.

Ahora bien, la frontera se refiere a un espacio de transición más que a una delimitación estricta de territorios estatales, denominadas “zonas fronterizas”. Estos son lugares donde las comunidades políticas se entrelazan y donde las y los residentes de ambos lados comparten experiencias, establecen contactos frecuentes y crean vínculos familiares (Cairo, 2001). La existencia de las zonas fronterizas presupone un límite fronterizo, pero no todos los límites fronterizos resultan en la formación de zonas fronterizas en el sentido mencionado. La Patagonia, como territorio fue objeto de una incorporación longitudinal, norte-sur, desde la capital ubicada a miles de kilómetros; al mismo tiempo, sin embargo, existe la dimensión latitudinal de los desplazamientos sociales, económico y culturales, en un eje este-oeste, más horizontal con la Argentina.

En esta misma línea, los estudios de fronteras experimentaron un cambio significativo, abordando la relación entre espacio y poder y desmitificando antiguas concepciones, permitiendo una comprensión más profunda de las fronteras como construcciones multidimensionales y contingentes (Lois y Cairo, 2011). De esta manera, se comprenden las fronteras no como estructuras estáticas, sino como procesos en evolución y con “prácticas de fronterización”, estas prácticas son comprendidas como una serie diversa de procesos transformativos y afectivos, mediante los cuales los sistemas y desórdenes tanto sociales como espaciales están en una continua reconfiguración y reestructuración.

En este contexto, considerar la “Región de Frontera Patagonia” como una zona fronteriza y desde la perspectiva de las prácticas de fronterización significa percibir dichas prácticas como elementos inherentes en la construcción de las fronteras. La Patagonia austral abarca prácticas culturales características, productivas, relaciones de propiedad y su trayectoria en cuanto a la formación de los Estados nacionales chileno-argentino que realizaron una transformación del espacio en territorio. Por tanto, no se trata de analizarla como un desarrollo completo o final, sino más bien como un elemento en persistente proceso de concreción y materialización. En otras palabras, la frontera y sus prácticas asociadas son dinámicas, y están en un constante estado de evolución y transformación.

Dicho de otra manera, la Patagonia Aysén y Magallanes se ha caracterizado a lo largo de su historia por el desarrollo de un particular sentimiento regionalista que se atribuye, entre

otros factores: al mencionado aislamiento geográfico⁵⁴ respecto a las demás regiones del país; al esfuerzo que implica habitar una zona austral extrema; al modo conflictivo en que se han dado las relaciones entre las regiones y el centralista Estado chileno con unas políticas públicas fuertemente marcadas por percepciones y políticas que mantienen un criterio centralista, sin considerar la particularidad territorial y cultural de las regiones australes; y las migraciones como proceso fundador, desde las migraciones históricas a finales del siglo XIX y principios del siglo XX (SUBDERE, 2009; Universidad de Magallanes, 2009).

El desarrollo de las actividades humanas y productivas por su distancia del núcleo vital y geohistórico del país, la ausencia de vías de comunicación, la influencia económica y cultural extranjera y la percepción ciudadana colectiva (...) de constituir un ente diferente, separado y/o postergado del resto de la población nacional y que no alcanza a disfrutar del bienestar general debido a factores geográficos adversos (Masalleras y Ortega, 2012, p. 138).

Esto responde a distintos momentos en los cuales se ha ido construyendo el imaginario de la Patagonia en el discurso social, partiendo de que el territorio está poco o nada integrado, unas políticas de desarrollo regional que han buscado avanzar de modo más directo hacia un proceso de “chilenización” que ha invisibilizado las expresiones locales de las comunidades (Camus y Rosenblitt, 2011). Sin embargo, a pesar de estos procesos, mucha de la identidad patagónica se ha construido localmente. Por ejemplo, a partir de 1997 la región de Magallanes crea y decreta el uso de su propia bandera, escudo e himno, e identifica un árbol (ñire) y un ave (ñandú) como emblemas locales, en un esfuerzo simbólico por reforzar su identidad como territorio y habitantes del fin del mundo. En cambio, en Aysén, existe un sentido de pertenencia definido por un vínculo con las pampas argentinas más que en el resto del país. Dentro de sus íconos más representativos está el mate (sobre todo en su modalidad amargo y sin azúcar) y otras expresiones como el chamamé⁵⁵ que ha ganado espacios de representatividad.

Teniendo en cuenta que los territorios son históricamente contruidos discursivamente y materialmente producidos (Romero y Sambolín, 2017), la Patagonia ha sido interpretada

⁵⁴ Cuando se habla de aislamiento se hace referencia a que dada su geografía y las condiciones climáticas vinculadas al relieve, a la insularidad y a la fuerte presencia de temperaturas bajas, se complica el desarrollo de algunas actividades.

⁵⁵ El chamamé es un baile que comprende un estilo de música y danza propia de la provincia de Corrientes y nordeste argentino. Este baile está más arraigado en la población regional que otras expresiones como la cueca que Chile asume y promociona como propio típico.

a lo largo del tiempo desde diversos puntos de vista, entre ellos están los de los primeros viajeros, exploradores y explotadores. Desde el momento de la expedición de Hernando de Magallanes en el año 1520 hasta la ocupación del estrecho de Magallanes en 1843 (Harambour, 2012), esta parte del continente quedó marcada por la idea de lo salvaje, de manera que las ideas de desierto y naturaleza son parte importante del discurso oficial sobre la Patagonia desde hace más de quinientos años, tal como lo plantea Harambour:

La expedición de 1520 inauguró tanto la cartografía costera de la *Terra Australis Incognita* Los viajeros europeos de los siglos siguientes fomentaron la caracterización monstruosa de los indígenas de la estepa, y arribando a aquellas costas en busca de provisiones y descanso no pudieron, sino espantarse de la inmensa nada encontrada, como buenos hombres de ciudades imperiales (2019, p. 63-64).

Junto a lo anterior, el territorio ha sido caracterizado tempranamente por navegantes y exploradores con nombres cargados de dramatismo: Puerto del Hambre, Isla Desolación, Bahía Inútil, Seno Última Esperanza, Bahía Desolada, Isla de los Muertos. Igualmente, en el informe del Censo de población realizado en 1907 se la califica como los “helados desiertos de la Patagonia occidental” (Osorio, 2007), así como actualmente se mantiene el nombre de “Ruta del fin del mundo” (ver figura 6).

Figura 6 Camino a Puerto Natales. Región de Magallanes



Fuente: Fotografía tomada por la autora

De manera semejante, en los textos que fundan las primeras imágenes de la Patagonia aparece como una tierra poblada por gigantes, la visión del indígena como un salvaje que necesita ser civilizado, y una consideración del espacio como una inmensidad imposible

de habitar: por desértica, por estéril, por fría, por la dureza del clima y animales escasos, entre otras tantas adversidades (Osorio, 2007).

Con el paso del tiempo, la Patagonia se ha reconceptualizado para asegurar el poder del Estado, y de los grupos económicos, militares y culturales (Romero y Sambolín, 2017). Discursos dominantes promovidos por el Estado colonial y postcolonial, como también por la racionalidad científica occidental, han homogeneizado su paisaje para crear un espacio uniforme en términos de sus características biofísicas y su identidad (Pérez, 2017). La transformación de la Patagonia, que ha involucrado la quema de grandes extensiones de bosques para la instalación de los colonos, el genocidio de grupos indígenas, y las tensiones históricas entre colonos y/o migrantes,⁵⁶ ha sido cubierto actualmente por un discurso nacionalista y ambientalista que la promueve como representación de la naturaleza prístina. En los últimos veinte años, la condición de reserva natural de la Patagonia ha sido reforzada por instituciones públicas regionales, las cuales la han promovido como estrategia de crecimiento económico.

Figura 7 Lago General Carrera. Región de Aysén



Fuente: Fotografía tomada por la autora

⁵⁶ La colonización en el extremo sur se materializa primero en la imposición de nuevas relaciones sociales por sobre las que allí funcionaban de acuerdo con otras lógicas. Esta imposición implicó el uso de la violencia estructural para instalar nuevos poblados. La inmigración vendría a ser un resultado del proceso de colonización, posterior a los primeros movimientos de población y de manera más indirecta.

Por otra parte, y retomando la idea de frontera (Harambour, 2019), finalizando el siglo XIX, la totalidad del territorio chileno había sido incorporada al resto de la nación, a excepción de una sola región, que aún en ese periodo se pensaba que permanecía en absoluto despoblada a causa de su difícil geografía, la región de Aysén. En definitiva, la Patagonia Austral, fue marcadamente desconocida en el siglo XIX al considerarse como espacio vacío y, en consecuencia, su población, principalmente indígena, terminó siendo invisibilizada (Núñez et al., 2016). Así fue madurando un imaginario geográfico que ha llevado a considerar que la memoria/historia se inicia de la Patagonia Austral a finales del siglo XIX con la concesión y delimitación de territorios a empresas ganaderas ovinas y donde el genocidio indígena fue un antecedente marginal del asunto (hasta hace algunos años). Por el largo dominio de discursos marcadamente centralizados, arraigados, en los procesos de la colonialidad del poder/saber/ser (Mignolo, 1993, 2007), determinados territorios sólo son atendibles en el ámbito de la proyección de quién los define, es decir, para el caso, la reivindicación colonial y la negación de los sujetos sobre los cuales el poder colonial se desplegó (Harambour, 2012).

Desde el siglo XIX, la Patagonia fue forjada como una tierra para la producción de ganadería ovina por parte de capitales británicos y alemanes fundamentalmente, mientras que, durante el siglo XX, fue construida como un lugar lleno de significado geopolítico para Chile (Harambour, 2019), con una fuerte presencia militar. Finalmente, en estos últimos años, la Patagonia chilena está siendo mostrada al mundo como un lugar prístino, listo para conservarse como “reserva de vida” para el desarrollo turístico, o explotar sus reservas de agua, principalmente para la producción de energía. Sin embargo, en la historia de la Patagonia hay fracturas sociales y violencias desde principios del siglo XX, así como también divisiones de clases, que también se basaron en la defensa de la superioridad de la raza frente a las comunidades indígenas y mestizas (Mandujano et al., 2016).

En esta misma lógica, a finales del siglo XIX comienza una fuerte migración que descansa sobre cuatro grupos que han ido llegando en diferentes momentos y períodos: 1) de la isla de Chiloé (en el sur del país); 2) desde el Chile central; 3) personas retornadas desde Argentina y 4) migrantes europeos (Pérez, 2017). Esta ocupación fue llevada adelante mediante la transformación del territorio bajo procedimientos de exclusión y genocidio de indígenas para dejar tierras dedicadas al ganado ovino. Aysén, junto a Magallanes, han

tenido históricamente como referente la ganadería (Harambour, 2019). Así, la Patagonia fue caracterizada de manera homogénea a partir de un discurso foráneo relacionado con prácticas colonialistas de apropiación del espacio. Se configuró una red textual, que posee una mirada colonial “que da sentido no sólo a las actividades colonizadoras, sino también a las geografías” (Said, 2002, p. 25). Un ejemplo de esta configuración textual, lo vemos reflejado en Martinic (2005), quien argumenta que los nuevos habitantes contribuyeron a formar a Magallanes, particularmente como un centro económico y social:

Una singular integración supranacional de carácter autónomo respecto de sus gobiernos centrales y autárquica en lo económico, que funcionó armónica y eficientemente durante varias décadas [...] deviniendo un factor de progreso y modernización en todo sentido (p. 477).

La Patagonia como tal, tiene su origen en una historia registrada desde una perspectiva occidental, desde una mirada sobre el otro. Este territorio se comienza a denominar en documentos oficiales como *Patagonia*, en referencia a la zona continental frente a Chiloé y hasta el estrecho de Magallanes. El nombre *gununa kena* de los Aónikenk o *karukinká* de los Selk’nam que utilizaban para designar este lugar fue desplazado por el de Patagonia después de que Magallanes designó a sus habitantes como salvajes de gran estatura y les otorga el nombre de *Patagones* (Harambour, 2012). Este nuevo nombre construyó el modelo institucionalizador con el que se redefinió el territorio. La Patagonia, como nombre utilizado para nombrar un espacio, es contemporánea de la idea de una “suridad” que se construyó a partir de un conjunto de calificaciones de contigüidad semántica relacionadas con el fin del mundo, la vastedad, la desolación, el vacío y la presencia de habitantes extraños (Martinic, 2006a).

Así, el gobierno chileno comienza un proceso de colonización en el sur de Chile, que se instala con concesiones de tierras a grandes estancieros, subvenciones y subsidios fiscales para establecerse y fomentar las actividades económicas ligadas a trabajos de producción primaria, principalmente extracción de recursos naturales y oficios menores, que posteriormente derivaran en actividades comerciales y portuarias.

Los pequeños enclaves nacionales, que sobrevivieron pobremente por décadas, se convirtieron en la primera década del siglo XX en activos puertos para los capitales europeos, y con ello, los pueblos indígenas fueron desplazados, en el caso Aónikenk, Yagán y Kawésqar; o rápidamente eliminados, en el caso Selk’nam, “se trata de una gran tragedia, la más grande cometida contra los pueblos indígenas en el territorio chileno. Fue

un proceso de exterminación lo que allí ocurrió. Se trata de un genocidio” (Comisión para asuntos indígenas, 2008, p. 478). A comienzos del siglo XX, la ganadería, con la configuración de sociedades ganaderas, eliminó el *problema del indio*, definiendo las condiciones sociales para una creciente presencia del Estado. Los administradores de estancia, se convirtieron en comisarios de policía y jueces y, más tarde, los ejércitos y los guardias fronterizos, vigilantes de una delimitación nacional apenas marcada por alambrados ganaderos con una nula presencia estatal (Harambour y Barrera, 2019).

Figura 8 Colono bañando lanares hacia el año 1942



Fuente: Archivo Fotográfico Histórico del Instituto de la Patagonia, Universidad de Magallanes.

Esta lógica de eliminación se ha plasmado historiográfica y patrimonialmente en la noción de genocidio indígena, naturalizando el despojo como la condición del progreso (Harambour y Barrera, 2019). Así, mientras los colonos hacen historia, otros desaparecen de ella. Sin embargo, los pueblos originarios de la Patagonia siguen existiendo. Aunque, si bien el genocidio hizo imposible la persistencia de las prácticas socioculturales Selk'nam y supuso una transformación radical para los Aónikenk, los pueblos canoeros, Yagán y Kawésqar resisten en sus modos de vida.⁵⁷

⁵⁷ Para profundizar ver documentales: UMAG TV. (13 de mayo de 2014). *La última huella* [Archivo de Vídeo]. Youtube. <https://youtu.be/ozMSoAur2xY>; La Gaviota. (29 de marzo de 2020). *Voces Kawesqar-Nómades del mar*. [Archivo de vídeo]. Youtube. <https://youtu.be/s4y5FevM88I>; Mauricio Oyarzo. (5 de marzo de 2019). *Calafate zoológicos humanos* [Archivo de vídeo]. Youtube. <https://youtu.be/-8MyDeDpGAs>; Museo Marítimo y del Presidio de Ushuaia. (20 de mayo de 2020). *El genocidio Selk'nam en la tierra del fuego* [Archivo de vídeo]. Youtube. <https://youtu.be/N7MVziTZrPA>; Chilevisión. (23 de noviembre de 2020). *Genocidio Selk'nam—La historia secreta de Chile 2* [Archivo de vídeo]. Youtube. <https://youtu.be/FGWTGiAkn5c>.

Figura 9 Cazadores en el Hotel Baquedano hacia 1905



Fuente: Archivo Fotográfico Histórico del Instituto de la Patagonia, Universidad de Magallanes.

La violencia hacia los pueblos Kawésqar, Yagán, Selk'nam y Aónikenk fue coordinada por autoridades del Estado chileno, la iglesia católica y los empresarios ganaderos y mineros. La erradicación forzada, el confinamiento en un territorio ajeno al cuidado de misioneros/as fueron las estrategias que más víctimas registró. Esta violenta aculturación, sumada al surgimiento de enfermedades importadas por los colonos, terminaron por diezmar a la población indígena. La violencia por particulares ha sido ejercida históricamente en un marco político-jurídico de continuidad postcolonial; el Estado chileno ratificó la negación de humanidad presente en los actos de colonización inicial, que transformó a los pueblos indígenas en refugiados en un territorio desde entonces ajeno:

En las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX, la política de concesiones del Estado y la introducción del ganado lanar en las estepas del sur del mundo, condujeron a la eliminación física de buena parte de los Aónikenk, a la totalidad de los Selk'nam y a prácticamente todos los pueblos canoeros, Kawésqar y Yagán. La historia que aquí se relata debería servir para que “nunca más” ocurran estas violaciones masivas de los Derechos Humanos en nuestro territorio (Comisión para asuntos indígenas, 2008, p. 478).

Si se comparan la ocupación y explotación de Magallanes y Aysén, se observa que las de esta última se asemejan mucho a lo sucedido en la isla grande de Tierra del Fuego, debido al usufructo de esas tierras por parte de empresarios ajenos a la zona (Martinic, 2002). Aysén y Tierra del Fuego eran áreas escasamente conocidas, tanto que para integrarlas al resto del país se vio necesario ponerlas en “explotación”, por lo que entregarlas a privados era la solución más inmediata, delegando a las empresas la responsabilidad de ocupar el

territorio, pero con una escasa regulación del Estado chileno.

Figura 10. Niños y niñas Selk'nam y Yagán vestidos a la usanza occidental, 1895



Fuente: Archivo Fotográfico Histórico del Instituto de la Patagonia. Universidad de Magallanes.

Además, la colonización del territorio, se dio de forma bastante similar entre la región de Aysén y Magallanes, aunque con algunas particularidades, lo que derivó en formas distintas con respecto al poblamiento del territorio. El poblamiento de la Patagonia Aysén se realizó con muchas dificultades desde dos frentes. A partir de las primeras décadas del siglo XX, se motivó la migración de pequeños grupos de colonos europeos, los cuales, en su mayoría, llegaron por territorio argentino y se asentaron en terrenos aptos para la producción de ganado. Debido a lo complejo de la geografía de la región, solo el 50% del territorio es productivo. Posteriormente, un segundo foco de colonización vino desde Chiloé y la región de Los Lagos, cuyos colonos buscaron terrenos cercanos a la costa y desarrollaron actividades vinculadas a la pesca artesanal. La colonización en la Región de Aysén no es un proceso uniforme y transversal a todos los rincones de la zona, siendo imposible hacer una reconstitución histórica basada en una cronología, ya que etapas similares se han vivido con más de 50 años de diferencia en diversas latitudes de la región (Núñez et al., 2016).

El proceso de colonización de Magallanes se desarrolló con una fuerte inmigración europea y, de acuerdo a Martinic (2002, 2006a, 2006b), las inmigraciones más importantes se ubican en el periodo entre guerras europeo (1914–1930), destacando la llegada de colonos croatas como una de las más significativas. Los principales trabajos o actividades laborales y comerciales que realizaron los inmigrantes europeos fueron

establecer pequeños comercios, trabajar en las minas de oro y comenzar a forjar las primeras estancias ganaderas. El interés del Estado radicó en la obtención de rápidos ingresos y las inversiones recayeron en los particulares, lo que es coherente considerando la política económica liberal de la época. Además, al igual que en la región de Aysén, un foco importante de migraciones fue desde la zona de Chiloé y la región de Los Lagos, donde se desarrollaron actividades ligadas a la pesca artesanal.

Figura 11 Grupo de colonos con armas



Fuente: Archivo Fotográfico Histórico del Instituto de la Patagonia. Universidad de Magallanes

Al iniciar el siglo XX, esta zona aún seguía siendo escasamente conocida por el Estado. De hecho, la denominación Aysén se generaliza a partir de 1927, producto de la división político-administrativa que integró este territorio al país. Por su parte, el territorio de Magallanes ha sido representado como una suerte de enclave de soberanía nacional en el estrecho y las regiones australes. La Patagonia fue uno de los “territorios nuevos” (Martinic, 2006a), conjuntamente con las provincias de Tarapacá y Antofagasta, que debido al triunfo militar de la guerra del pacífico se anexaron tardíamente al territorio chileno.

El auge de la actividad ganadera ovejera fue tan alto que logró formar una estructura económica en las regiones australes de Chile, sobre todo a partir del año 1906. Entre 1920 y 1950 existió un auge minero, particularmente en Magallanes, que aumentó la cantidad de migrantes en la zona. La migración en Magallanes se dirigió a centros poblados, en detrimento de las zonas rurales, y recién en la década de 1960 hubo intentos estatales por poblar estas zonas. Martinic (2006a) señala que la región de Aysén siguió esta lógica de

asentamiento, ya que de 25 entidades urbanizadas sólo 8 de ellas superan el millar de habitantes. Por otro lado, la capital regional Coyhaique representa el 49% de la población total.

El proceso de ocupación más importante se inició en las primeras décadas del siglo XX, protagonizado por migrantes nacionales que provenían de Chiloé y migrantes internacionales originarios de distintos países europeos. Por su parte, Zúñiga y Asún (2003, 2014) señalan que para el año 1910 existían más de 20 nacionalidades diferentes en la región. Estos autores estiman que la identidad en la Patagonia está cruzada por factores históricos que provienen de procesos de inmigración nacional e internacional, que han otorgado sentido de pertenencia, además de características de diferenciación con respecto a otras identidades nacionales.

4.2. La mirada actual al territorio y los desafíos frente al envejecimiento que emerge.

Como he planteado en apartados anteriores, el imaginario de la Patagonia austral se ha construido desde diferentes perspectivas (Romero y Sambolín, 2017). Sin embargo, en la actualidad Olea et al. (2021), plantean que la exploración de la Patagonia sigue estando motivada por la búsqueda de lo desconocido. Estos autores, mediante una revisión de algunas investigaciones, observaron que el imaginario respecto de la Patagonia Austral sigue estando determinado de alguna manera por las narrativas de lo que está lejos a la espera de ser descubierto. Asimismo, Harambour (2019) plantea un elemento más: la Patagonia es una región de frontera, en la que hay espacios vacíos que no son valorados en términos de políticas públicas, como las áreas rurales alejadas de centros urbanos. Así, la frontera, aparece y emerge como un espacio complejo y múltiple (Harambour, 2019).

Es en este escenario, donde la imagen de una frontera se presenta como un desafío, no solo en la apropiación y construcción del territorio, sino también en cómo se construyen otros imaginarios a partir de las prácticas del habitar en la Patagonia, donde los imaginarios del envejecimiento que se dan son fundamentales para esta investigación. En esta línea, se pudo definir al territorio como la apropiación del espacio a través de estrategias políticas que están entrelazadas. Esta apropiación se entiende como el proceso dinámico de producción de prácticas e ideas que requieren la inserción de relaciones y estrategias de poder en el espacio (Raffestin, 2015). En esta producción se superponen

las apropiaciones hegemónicas del espacio realizadas por parte del Estado y por las relaciones socioeconómicas capitalistas (Lefebvre, 2013). Como explica Santos (2000), el territorio siempre es resultado de una apropiación, reproduciendo las configuraciones territoriales que incluyen diversas prácticas, ideas, instituciones, etc. que se inscriben en el espacio. Por lo tanto, se entrecruzan con otras apropiaciones, cuya formación va aparejada de prácticas de colonización sobre la base de categorizaciones raciales (Mignolo, 1993, 2007) y de desigualdades de género y clase social (Harambour, 2012; Lugones, 2011).

En este contexto, el imaginario de la Patagonia se constituye en un territorio autopercebido como remoto y excluido de procesos comunes del resto del país, con poblamientos y migraciones significativas, desconexión territorial, dinamismos locales autónomos y sustentables, etc. Ahora bien, la condición de lejanía del territorio se ha agudizado bajo la lógica de un modelo neoliberal que ha privilegiado inversiones en zonas ligadas a la explotación de recursos naturales e inversores extranjeros, por sobre una integración socioespacial (Harambour, 2019). Por tanto, la Patagonia austral no sólo es lejana geográficamente, sino que está aislada de flujos importantes de intercambio globales como los acontecidos en el centro del país. En este aspecto, ni el desarrollo de la minería, la ganadería, la acuicultura o la pesca han ido acompañadas de crecimiento demográfico significativo, como tampoco de políticas de poblamiento territorial y desarrollo urbano exitosas.

En consecuencia, la condición de zona extrema y aislada de la Patagonia austral requiere especial atención en estos aspectos, ya que tiene encuadres particulares mencionados anteriormente, que dan forma a la reproducción y movilidad de las personas. Lo son también desde la geopolítica; porque muchas veces es más accesible la satisfacción de la demanda de cultura, medicina y servicios de alimentación en Argentina que en Chile, configurando una relación más expedita en un eje geográfico horizontal por encima del longitudinal propio del centralismo chileno (Rodríguez et al., 2018).

Por otra parte, en la Patagonia se han producido flujos migratorios que se suman a los que se han producido históricamente entre Chile (Martinic, 2002; 2006a; 2006b). No obstante, es importante notar que se trata de dinámicas diferentes, respondiendo a procesos de inserción y tipos de proyectos migratorios diferenciados (Pérez, 2017). Por tanto, el

fenómeno de la migración en la Patagonia, adquiere particularidades que lo hacen distinto tanto por el origen de las poblaciones de migrantes, como por las condiciones sociales y culturales que adquiere hoy en día la sociedad receptora. Por ello, en la actualidad se pueden reconocer tres tipos de migraciones que conviven en el territorio magallánico: a) migración histórica, principalmente colonos a finales del siglo XIX y principios del XX; b) migración calificada, a finales del siglo XX con personas con altos niveles de educación y calificación laboral; c) migración basada en redes para su inserción, principios del siglo XXI fundamentalmente de países latinoamericanos (Margarit et al., 2019).

Sin embargo, desde la perspectiva de los movimientos migratorios, actualmente las regiones de Aysén y Magallanes son expulsoras; hay exclusiones de base material que corresponden a la sumatoria de la precarización de servicios, la calidad y el consumo posible de los mismos. Se trata de una geografía de la ausencia de bienes y circuitos provocados por pensamientos de política pública, lejos de favorecer condiciones para un desarrollo endógeno y un sistema de oportunidades. Asimismo, la desigualdad se expande en todo el territorio, generando relaciones complejas en la pérdida de capital social y cultural. Ello está asociado a la centralización del poder y al fracaso de la política descentralizadora.

De este modo, cuando se indaga acerca de las implicancias que tuvo este continuo tránsito y movimiento en la configuración de este territorio como espacio habitado, algunos autores, enfatizan la condición de frontera como un eje central en la identidad del territorio y, por tanto, de sí mismos, siendo el –tránsito– un aspecto nodal de esta condición fronteriza. Sin embargo, se trata de una frontera internacional e interna (Harambour, 2019), por cuanto hay en este imaginario la idea de un espacio integrado en el que se habita, que rebasa los límites políticos administrativos del territorio que se impone desde el Estado.

Profundizando en el tema, Carrasco (2017) habla de un espacio de continuidad, en el que las y los habitantes se sienten integrados no solo por la experiencia de habitarlo en una horizontalidad dada por el continuo tránsito histórico de sus habitantes, sino por una memoria que recupera un sentido de pertenencia. Por lo tanto, estos movimientos marcan la experiencia del habitar lo cotidiano en contraposición con los límites que nacen fuera

del territorio, como son las disposiciones legales y político-administrativas que establece el Estado chileno. Desde una perspectiva histórica, este lugar ha sido significado por las y los habitantes, en un relato colectivo, desde el cual emerge un territorio narrado y los imaginarios de sus prácticas sociales.

Ahora bien, la cuestión fronteriza relacionada con el territorio de la Patagonia ha sido tradicionalmente entendida como un problema que compone una esencia identitaria determinada por las características geográficas de este espacio físico y social (Núñez et al., 2014). Esta “naturalización” de la posición fronteriza de la Patagonia, esconde en realidad el hecho de que este territorio ha sido invisibilizado desde el Estado chileno como frontera en función de distintos intereses y contextos socioculturales a lo largo de la historia. Esta invisibilización redunda en mapas urbanos con fuertes marcas de exclusión en las localidades patagónicas (Guevara y Núñez, 2014).

Desde una perspectiva feminista Núñez (2015; 2018) aporta una lectura desde la geografía de género y la historia regional, a través de los estudios de la constitución simbólica de las zonas periféricas de Chile, devela el uso de metáforas estereotipadas femeninas como base de la subalternidad (Spivak, 2003) territorial, por ejemplo: Estado Padre y Tierra-Madre. La autora, a partir del análisis de fuentes documentales y orales argumenta contra la subordinación de la región a partir de resaltar metáforas femeninas de tierra y praxis femenina que afectan negativamente las condiciones materiales de las mujeres, que en la actualidad confrontan tanto la interpretación oficial del paisaje como un acceso desigual a los recursos.

Entre las cuestiones que vinculan las desigualdades de género y el desarrollo, la continuidad de la construcción simbólica entre tierra y mujer es uno de los marcos para la “naturalización” de la “lejanía”. Los límites de la ideología paisaje-género, como las construcciones culturales de paisaje reflejan, refuerzan o desafían normas y roles de género, impactan en las posibilidades de las mujeres más excluidas, a través de argumentos basados en el racismo, el clasismo (Núñez 2015; 2018) y también el edadismo, en un contexto donde el trabajo rural es subvalorado y el trabajo del hogar es ignorado. El trabajo de la mujer, históricamente situado en roles reproductivos como la jardinería, la ganadería, la esquila, la hilatura y la tejeduría, entre otros deberes, son poco valorados. A su vez, aceptar lo femenino como subordinado también impactó en el tejido

social, donde la lógica centro-periferia se legitima en un paisaje tomado como base de las diferencias sociales.

En relación con lo planteado, Núñez (2015; 2018) toma el concepto de feminismo de frontera (Anzaldúa 2004), ya que permite pensar en cómo el establecimiento de lo fronterizo va marcando el reconocimiento social con bases sexistas. La frontera se alimenta de una construcción de diferencias que aún existen, en formas variadas, dentro de la Patagonia. En estos tiempos se actualiza el sentido de frontera, y ello se evidencia en las metáforas que inscriben los nuevos sentidos espaciales y que apelan a la imagen de determinadas mujeres para explicar cómo es el territorio patagónico en el nuevo orden social (Núñez, 2015; 2018). La actualización del sentido de frontera no solo implica cambios geográficos o territoriales, sino que también engloba transformaciones sociales y culturales. Implica que los cambios sociales contemporáneos relacionados con cuestiones de género y estructuras sociales, están influenciando la manera en que se conceptualiza y se entiende el territorio. Así, significar las experiencias, roles o representaciones de las mujeres es un camino para explorar y expresar cómo se comprende y se vive el espacio en esta región, reflejando así cambios o tensiones en el orden social existente.

Por tanto, es necesario reflexionar acerca del sistema de relaciones que se dan en el proceso de envejecimiento, sobre las desigualdades y opresiones que se originan, y lo que supone en la vida de las personas mayores. Pero también, la perspectiva feminista permite problematizar las construcciones sociales del envejecimiento desde la relevancia del género y el territorio, que vienen a configurar un cambio en el paradigma para buscar desentrañar la complejidad en las relaciones de poder, las desigualdades y las formas de opresión social hacia las personas mayores. En este sentido, se reconoce el capital como elemento natural y deseable del territorio, antes que sus habitantes y la feminización de la tierra como subalternizadora (Núñez, 2015; 2018). En este sentido, se puede decir que la perspectiva feminista se presenta para mostrar las relaciones desiguales de poder, entre las personas mayores y la estructura social.

CAPÍTULO V: LA ESTRATEGIA METODOLÓGICA EN ESTA INVESTIGACIÓN

En este capítulo presento el proceso metodológico que he llevado a cabo en esta tesis, describiendo los puntos de partida para acercarme al estudio del envejecimiento, y justificando la elección de las estrategias, técnicas y procedimientos utilizados para llevar a cabo mi trabajo.

5.1. Mis puntos de partida para la aproximación a una investigación sobre el envejecimiento.

En la investigación cualitativa, la antropología y particularmente en la etnografía, la reflexividad se ha convertido en parte esencial (Gregorio, 2019; Gregorio y Alcázar, 2014). En este sentido, la investigación es un ejercicio práctico y reflexivo, lo que una pretende para abordar el envejecimiento es que la práctica investigadora no se transforme en una actividad de producción de conocimiento estandarizada, sino que se transforme en un proceso creativo y adaptado a las especificidades del objeto de investigación (Gordo y Serrano, 2008). Por otra parte, la reflexividad se conecta con las críticas planteadas desde la crítica feminista sobre la construcción de conocimiento. De esta manera, Abu-Lughod (1990), Haraway (1991; 1998) o Harding (2004, 2012) plantean que la objetividad de un método científico distante y neutral es cuestionada y se aboga por explicitar la parcialidad y la posicionalidad que influyen en la producción de conocimiento.

De esta forma, tomo la idea de la *trastienda de la investigación* propuesta por Valles (2014) que la conceptualiza como la visibilización de esas líneas sociohistóricas, identitarias e ideológicas desde las que una como investigadora observa e interpreta. Precisamente porque creo que es relevante reflexionar sobre el sustrato biográfico en el que nace esta tesis doctoral. Al reflexionar sobre el concepto de trastienda, Valles (2014) habla de las biografías intelectuales, donde plantea que la investigadora deja un rastro autobiográfico claro sobre el proceso de hacerse investigadora social. Así pues, la reflexividad implica una atención cuidadosa sobre múltiples cuestiones que atraviesan el proceso de investigación. En esta parte de la tesis y siguiendo a García y Díaz (2022) me interesa reflexionar a partir de la experiencia del desarrollo de la tesis, sobre dos cuestiones que son determinantes: a) *los compromisos biográficos*: es decir, esos

determinantes biográficos que emergieron en mi decisión de elegir el tema, además de mi relación con el tema que elegí; y, b) *los compromisos éticos-políticos*: que dan cuenta de mi posicionamiento con el objeto de esta investigación, así como la aproximación metodológica como investigadora y de cómo dialogo con los conceptos-categorías desde mi propia experiencia cotidiana. Aquí presento tres puntos que resaltan ese ejercicio reflexivo propio de la investigación cualitativa. El primero, tiene relación con habitar un territorio. El segundo, la elección del envejecimiento como objeto de investigación. Y el tercero, sobre la metodología feminista de la investigación.

5.1.1. *Mi vida cotidiana a partir de habitar en la Patagonia Austral.*

“Estimados pasajeros, bienvenidos a la ciudad de Punta Arenas, nos encontramos en el aeropuerto Carlos Ibáñez del Campo. Son las 23 horas con 30 minutos y la temperatura local es de 5 grados Celsius...” Este fue el mensaje que resonó en mis oídos al aterrizar, y fue en ese preciso instante cuando realmente percibí lo que significaba habitar en un territorio tan remoto. Solo 5 horas antes, había abordado el avión en Concepción, mi ciudad natal y lugar donde disfrutaba de mis vacaciones. Era el final del verano y allá la temperatura superaba los 30 grados.

Recuerdo que, invadida por una avalancha de emociones que no podía gestionar, comencé a llorar, y mis lágrimas no pararon hasta que llegué a casa. Ya había vivido en Punta Arenas durante 7 meses, con varias idas y venidas, pero en esta ocasión estaba retornando para empezar un nuevo año. Creo que hasta ese momento no había realizado un ejercicio reflexivo acerca de lo que implicaba vivir y estar en la Patagonia, a pesar de ya haber experimentado un duro invierno allí. Este retorno desencadenó una serie de reflexiones y emociones, una confrontación entre el calor de mi ciudad natal y el frío del extremo sur. Era una mezcla de nostalgia por lo dejado atrás y la constatación de la realidad que me esperaba: un lugar aislado, con un clima riguroso, que me invitaba a reconstruir mi sentido de pertenencia, mi manera de habitar y experimentar el mundo.

El eco de ese mensaje de bienvenida, en contraste con el calor veraniego de Concepción, funcionó como un detonante, una especie de despertar que me llevó a explorar más profundamente lo que significaba habitar en un territorio diferente y a replantearme mi relación con este lugar, su gente, su clima y sus paisajes. Este territorio, que pareciera

estar al margen del mundo, se convirtió en un escenario rico en aprendizajes y descubrimientos, un lugar que, a pesar de sus desafíos, me ofrecía la oportunidad de cuestionar y tensionar mi visión del mundo y de mí misma.

Así, mi incursión en este campo se caracterizó por ser un proceso gradual de reconocimiento mutuo. Mi recorrido en la Patagonia comenzó en el año 2001, cuando decidí trasladarme a vivir a Punta Arenas y empecé a trabajar en la Universidad de Magallanes. A lo largo de todos esos años, tuve la oportunidad de participar en diversos proyectos, los cuales me permitieron familiarizarme con los variados espacios, personas, grupos, ciudades y pueblos de la Patagonia, especialmente en las regiones de Magallanes y Aysén. De esta manera, como investigadora, no soy una extranjera a las representaciones y experiencias de habitar en dicho territorio. He podido sumergirme en la esencia de la región, comprendiendo y experimentando los rasgos distintivos y los desafíos inherentes de habitar en un lugar marcado por su lejanía y singularidad.

Asimismo, de ocupar un lugar en ese territorio, dado por mi profesión como trabajadora social y mi trabajo como académica, de este modo adopto una posición (privilegiada) más en la comprensión de lo que aquí se construye. Esto implica apostar por un conocimiento situado (Haraway, 1998), lo que significa un abandono de una visión totalitaria del conocimiento, a favor de una concepción situada. Es decir, a evidenciar un lugar de enunciación que definitivamente afecta las interpretaciones sobre las investigaciones que una realiza, esto es importante, incluso es un punto de partida ético fundamental. La interacción continua con la diversidad de actores locales y la inmersión en las distintas comunidades de la Patagonia han enriquecido mi percepción y comprensión del habitar en esta región única del mundo. He tenido la fortuna de vivir y sentir la Patagonia desde sus múltiples facetas, descubriendo sus ritmos, sus silencios y sus voces y sus formas de vida.

Sin embargo, la reflexividad, desde una perspectiva feminista, no se trata solo de autodefinirnos en la producción del conocimiento, implica una toma de postura en la construcción del conocimiento que debe considerar la geopolítica, el género, la clase, o el capital social, entre otros posicionamientos (Curiel, 2014). Por lo tanto, ocupar un lugar como habitante de este espacio entraña la responsabilidad de mi práctica, por lo mismo que se considera que cualquier acercamiento y comprensión de la realidad no puede ser

entendida fuera de los puntos de vista desde los cuales se produce (Haraway, 1998). Esto me permite identificar dos aspectos centrales como son: el carácter situado, en términos sociales e históricos del conocimiento, y la posibilidad de identificar un privilegio epistemológico derivado de la perspectiva que el conocimiento se obtiene desde ciertos puntos de vista.

Fue durante estos años, mientras participaba en una investigación, en la que buscábamos comprender varios aspectos identitarios de la región de Magallanes,⁵⁸ cuando tuve la oportunidad de explorar toda la región, levantando información, realizando entrevistas a actores claves y grupos de discusión. Esta experiencia resaltó la significativa importancia que el territorio tiene para las personas, subrayando la subjetividad en la condición del aislamiento, y las interrelaciones entre distintas edades y posiciones sociales. A través de estos encuentros que comenzaron a instalarse en mi memoria diversos imaginarios, revelando cómo se construye el envejecimiento y las distintas subjetividades que emergen en el proceso. Estos aprendizajes me brindaron una mirada profunda sobre cómo acercarme y entender a ciertos grupos sociales.

Esta travesía investigativa no solo me permitió observar y analizar la multiplicidad de identidades y experiencias en la región de Magallanes, sino también de comprender el impacto del entorno y el aislamiento en la construcción de la subjetividad y las relaciones intergeneracionales y sociales. En este contexto, las historias, vivencias y reflexiones compartidas por las y los habitantes de la región se convirtieron en piezas fundamentales para tejer un entendimiento más rico y anunciado de las realidades locales, los desafíos existentes y las diversas formas de experimentar y significar el envejecimiento en un territorio marcado por su lejanía y singularidad.

Es a partir de esta inmersión profunda en las vivencias de la región de Magallanes que se instalado en mí una serie de reflexiones y cuestionamientos sobre la manera en que los contextos geográficos y sociales moldean nuestras identidades, nuestras percepciones del mundo y nuestras experiencias de vida, enriqueciendo mi perspectiva y enfoque como investigadora. En última instancia, estos encuentros han sido claves para construir un

⁵⁸ Estudio para el fortalecimiento de la Identidad Regional, financiado por el Gobierno Regional de Magallanes y Antártica Chilena y La Subsecretaría de Desarrollo Regional (SUBDERE).

punto de diálogo y comprensión entre distintas subjetividades y experiencias del habitar en este territorio.

Abordar o aproximarse a este tema desde el territorio de la vivencia muestra cuán importante es ese espacio geográfico y cultural para las personas. Por otro lado, el hecho de haber residido en la región de Magallanes por 12 años me permite tener una perspectiva interna. Yo soy parte de ese proceso, integrando un grupo de migrantes que llegó posterior a la década del 90, hasta los años 2000, conformado por profesionales que se trasladaron para trabajar allí. Este grupo, al cual pertenezco, ha ido generando lazos e identidades con ese territorio, construyendo vínculos con la tierra y su gente, y participando en la dinámica social y cultural de la región. La interacción constante con el entorno y con las comunidades locales ha propiciado un enriquecimiento mutuo, un intercambio de saberes y experiencias que ha influenciado y conformado nuestras percepciones e identidades.

Por otro lado, durante este tiempo la oportunidad de visitar Coyhaique dos veces para impartir clases en un programa de maestría. Fue a través de esta experiencia que empecé a percibir cómo se estaba formando un espacio único y diferenciado en esa localidad. Al involucrarme en la enseñanza y en el intercambio de conocimientos en Coyhaique, fui testigo de las particularidades y singularidades del lugar y de sus habitantes. Empecé a reconocer cómo las dinámicas y características de ese territorio influenciaban y moldeaban los procesos de aprendizaje y las interacciones humanas. Fue un proceso de descubrimiento y aprendizaje mutuo, donde cada clase y cada conversación revelaban más acerca de la riqueza y diversidad del territorio.

Esta experiencia me permitió interpretar que el territorio no es solo un contexto o un marco de referencia, sino un elemento crucial que impregna y define cada aspecto de la vida y de la actividad humana. Mis visitas a Coyhaique fueron mucho más que oportunidades de trabajo; fueron momentos de reflexión y de comprensión profunda sobre el papel fundamental del territorio en nuestra vida y en nuestro conocimiento. Fueron lecciones valiosas sobre la interconexión entre el lugar, la gente y el aprendizaje, y sobre la necesidad de abrirnos y adaptarnos a la diversidad y riqueza de nuestros entornos.

En este sentido, vivir en la Patagonia no sólo ha implicado una experiencia de adaptación y aprendizaje, sino también un proceso de construcción y reconstrucción identitaria en el cual el territorio y sus particularidades han jugado un papel crucial. El territorio se convierte, así, en un elemento inseparable de nuestra experiencia y nuestra identidad, moldeando nuestra forma de ver el mundo y de relacionarnos con él. En este contexto, las identidades forjadas en este territorio tan singular son testimonio de la importancia y la influencia que el espacio geográfico y cultural puede tener en la vida de las personas, en sus creencias, sus valores, y su sentido de pertenencia. La relación con el territorio de la Patagonia ha sido una experiencia transformadora, que ha dejado huellas en quienes hemos tenido la oportunidad de vivir y trabajar allí. Es un recordatorio de la profunda conexión que existe con el espacio que se habita, y de cómo esta conexión puede dar forma a nuestras vidas y a nuestro sentido de quiénes somos.

5.1.2. *El acercamiento al envejecimiento y la vejez desde habitar la Patagonia.*

En el transcurso de varios años, y desde múltiples ámbitos, he llevado a cabo investigaciones e intervenciones focalizadas en personas mayores. En estas exploraciones, pude evidenciar la importancia de entender los significados y experimentar la subjetividad del proceso de envejecimiento, así como de la historia anclada a las condiciones específicas en las que se manifiesta. En realidad, es crucial abordar la vejez no solo desde la perspectiva de las personas mayores como un grupo social específico, sino también desde el punto de vista de otras generaciones o grupos que están transitando por este proceso.

En el desarrollo de mis tesis de maestrías,⁵⁹ realice entrevistas con personas mayores. Durante estas sesiones, las y los participantes compartían sus experiencias, identificaciones y relatos llenos de encuentros y desencuentros, narraciones de pérdidas, reflexiones sobre lo que significa ser una persona mayor, sus interpretaciones del proceso de envejecimiento y sus experiencias en el ejercicio de sus derechos, entre otros temas.

⁵⁹ Adulto/a Mayor, Ciudadanía y Políticas Sociales, Magíster en Trabajo Social y Políticas Sociales (2004). Los Marcos Interpretativos en la Política Pública hacia las Personas Mayores: Asociacionismo y Ciudadanía en el Fondo Nacional para el Adulto Mayor en la región de Magallanes y Antártica Chilena, Máster en Metodologías de Investigación en Ciencias Sociales (2011). Evaluación del programa “Fondo Nacional del/la Adulto Mayor” en la comuna de Punta Arenas, región de Magallanes y Antártica chilena, Magíster en Evaluación de Programas y Políticas Públicas (2012).

Pude observar y entender de una manera más profunda la multiplicidad de realidades y significados del envejecimiento.

Cada relato proporcionaba una visión única de la vida, el tiempo, la identidad y el cambio. Al abordar estas experiencias desde distintas perspectivas y generaciones, se evidencia un entramado complejo y diverso de historias y significados del envejecer, que se construyen y reconstruyen continuamente en el diálogo con los otros y con el entorno social y cultural en el que las personas mayores se encuentran inmersas. La importancia de estas investigaciones e intervenciones radica en su capacidad para proporcionar una comprensión más rica y matizada de lo que significa envejecer, y, por ende, permite desarrollar estrategias más eficaces y empáticas para abordar los desafíos y oportunidades que este proceso inevitable de la vida presenta tanto a nivel individual como colectivo.

En este sentido, mi trabajo ha buscado no solo comprender las dimensiones subjetivas del envejecimiento, sino también contribuir a la construcción de un enfoque más integral hacia las personas mayores, considerando sus experiencias, necesidades, deseos y derechos en el contexto de una sociedad que está envejeciendo. Al mismo tiempo, surgieron preguntas acerca de cómo profundizar en los imaginarios del envejecimiento, cuando se intenta explorar la subjetividad y la especificidad de la experiencia de las personas mayores. Es imperativo entender la heterogeneidad del proceso de envejecer y reflexionar sobre lo que piensan los demás, abordando el habitar de un territorio no solo desde un plano individual, sino también colectivo.

El envejecer conlleva un sinfín de experiencias, percepciones y construcciones que varían de persona a persona, y de género a género. El desafío reside en cómo desentrañar y comprender estas diferencias y semejanzas, cómo las personas mayores perciben su realidad y cómo ésta se entrelaza con sus experiencias vitales, su género, y el espacio geográfico y cultural que habitan.

Estas distintas biografías y relatos reflejan, en última instancia, la complejidad y la multiplicidad de las vivencias del envejecimiento. Los imaginarios del envejecer se construyen y se viven de manera diversa, y abordar esta diversidad implica reconocer las distintas capas, dimensiones y matices de la experiencia de envejecer, respetando la singularidad y especificidad de cada persona y cada grupo, pero también identificando

los elementos comunes y compartidos que nos unen en este proceso de la vida. Por ende, este compromiso con la comprensión profunda de la variedad de experiencias de envejecimiento no solo enriquece nuestro conocimiento sobre la vejez, sino que también nos permite desarrollar políticas, estrategias y prácticas más inclusivas, equitativas y ajustadas a la realidad de las personas mayores, reconociendo y valorando su contribución a la sociedad y garantizando su bienestar y dignidad en esta etapa de la vida. Así, la perspectiva situada que asumo en mi investigación implica una serie de consideraciones: En primer lugar, asumo a las personas que participaron en esta investigación con capacidad activa de creación en sus procesos de experimentación. Este planteamiento se sostiene al considerar cuestionamientos epistemológicos posibilitados desde perspectivas feministas (Haraway, 1998)

En esta misma línea, y en segundo lugar es necesario comprender que existe un privilegio epistémico importante a considerar en la producción del conocimiento, y eso significa pasar de ser objetos a sujetos (Curiel, 2014), darle el espacio de enunciación a las personas mayores. Es decir, implica un posicionamiento en que sólo algunas verdades son posibles, por lo tanto, se hace necesario continuar profundizando en investigaciones que den cuenta de la apropiación del territorio y los nuevos procesos de transformación social, concretamente ligado al envejecimiento demográfico de la población. Así, como investigadora puedo sólo producir una cierta versión de la realidad, ya que ella es también un producto de procesos materiales y simbólicos.

En tercer lugar, en esta práctica investigativa, resulta fundamental la reflexión permanente, no solo en torno al objeto de investigación, sino también al modo en que se está investigando ¿Cómo interacciona mi propia identidad, mirada y contexto con la identidad de las personas participantes de esta investigación? Es un desafío metodológico, que trata no sólo de evidenciar la realidad del envejecimiento en la Patagonia Aysén y Magallanes, sino también de la propia investigación, de la influencia por mi posición de habitar ese territorio, de la experiencia, de las perspectivas, los prejuicios, entre otras.

Y en último término, que la recogida, además por técnicas de tipo cualitativas, el mismo valor que se le otorga a la información proveniente de otras fuentes. Se trata de identificar conceptos y/o categorías, que surgen desde las experiencias subalternizadas, que son generalmente producidas colectivamente, de explicar distintas realidades para romper el

imaginario de que estos conocimientos son locales, individuales, sin posibilidad de ser comunicados (Curiel, 2014). Analizar el campo de las vejez desde una perspectiva situada para incluir las dimensiones en cada uno de los espacios donde se está envejeciendo. En el reconocimiento de la memoria subalterna, la historia oral, la otra historia, hay reflexiones sobre la juventud, la familia, las relaciones intergeneracionales, como las trayectorias de vida van permeados los cuerpos envejecidos, donde las emociones se van anclando allí, cosa que no es comprendida cuando se interviene y solo se mira desde el saber/poder de nuestras políticas. Las personas mayores vuelven a ser las otras, esas corporalidades no hegemónicas.

En cuanto a trabajos desde el feminismo, Haraway, plantea la necesidad de desarrollar conocimientos situados, cuestiona la instalada y tradicional “sospecha de que el objeto del conocimiento es una cosa pasiva e inerte” (1998, p. 340), en este sentido nuestro cuerpo es un territorio político un espacio en el que nos habitamos y construimos desde allí una historia crítica. Crítica las perspectivas universalistas y reivindica el “punto de vista” como mirada singular desde la que se enuncia el sujeto que investiga, Haraway también cuestiona la asunción de que el objeto de estudio tiene un carácter dado y fijo, independientemente de la “mediación con nosotros y sin tener en cuenta lo complejos y contradictorios que puedan ser esos mundos” (1998, p. 339), produciendo teóricamente y articulando políticamente, pero no desde nosotras como sujetos hablantes, sino como desde otras reivindicaciones y demandas, como una práctica político feminista situada, comprensiva de los procesos de las otras. Así, Haraway exhorta a explicitar el estatuto singular de toda mirada y la condición siempre histórica de lo estudiado, “la objetividad feminista trata de la localización limitada y del conocimiento situado, no de la trascendencia y el desdoblamiento del sujeto y el objeto” (1995, p. 327). Es decir, cualquier lectura de la realidad no puede ser entendida fuera de los puntos de vista desde los cuales se produce (Haraway, 1998).

En ese sentido, la metodología etnográfica que empleo en mi tesis integra los planteamientos previamente mencionados, ya que implica una perspectiva situada que reconoce el contexto sociohistórico específico tanto de la investigadora como de los fenómenos estudiados. Esto se hace desde un posicionamiento ético-político que cuestiona la relación de poder involucrada en este enfoque.

5.1.3. *La complejidad del envejecimiento: las desigualdades de género en la vejez.*

La edad, en sí misma, no es una categoría suficiente cuando se trata de reflexionar sobre las desigualdades, opresiones y las variadas maneras de experimentar el envejecimiento en el contexto latinoamericano. Lo que se persigue aquí es un esfuerzo por entender y desentrañar dichas desigualdades. Recuerdo una entrevista en la que una mujer mayor comenzó a llorar, ya que no recordaba que alguien antes le hubiera preguntado cómo se sentía o qué pensaba acerca de su vida. Otras compartieron sus pérdidas a lo largo de la vida, las violencias incorporadas a lo largo de sus existencias, y las violencias experimentadas ahora en la vejez.

Este proyecto es más que un simple análisis de la edad; es un intento de explorar los múltiples factores y dimensiones que intersectan en la experiencia del envejecimiento, como el género, la clase social, la etnicidad, entre otros, y cómo estos contribuyen a configurar trayectorias de vida únicas y complejas, marcadas por distintos grados de vulnerabilidad, resistencia y agencia.

En este sentido, las lágrimas y las historias compartidas por mujeres mayores durante las entrevistas no solo revelan la invisibilización y el silencio al que han sido relegadas, sino que también evidencian la urgencia de crear espacios de diálogo y reconocimiento, donde sus voces, pensamientos y sentimientos sean valorados y considerados. En su vulnerabilidad y resistencia, en sus relatos de pérdida y lucha, estas mujeres nos enseñan sobre las múltiples facetas del envejecer, y nos invitan a reflexionar críticamente sobre las estructuras y dinámicas sociales que perpetúan las desigualdades y opresiones a lo largo del ciclo vital. Al mismo tiempo, con las mujeres más jóvenes, las culpas, el trabajo de cuidado, las contradicciones, lo que vivieron en su juventud y las diferencias que pueden darse con los hombres. Cómo se vive la vejez, cómo van significando su relación con las personas mayores, cómo ven el entorno, etc. Lo que interesa es la apuesta por la reflexividad que se realiza desde esta corriente en articulación con los conocimientos situados. Haciendo hincapié que la situacionalidad propuesta por Haraway (1998), que se refiere tanto a espacios simbólicos como materiales, no corresponde a una geografía fija, sino de carácter relacional, de ahí la pertenencia de este enfoque. Además, sin desconocer también la necesidad de indagar en la responsabilidad del conocimiento científico,

situando lo político en la misma base de la producción de conocimiento Harding (2004). Es decir, interpela a una producción de conocimiento socialmente comprometida y responsable

En este contexto, llevé a cabo varias entrevistas, y en estos espacios de encuentro nunca tuve mayores dificultades con los hombres, pero con las mujeres se presentaron situaciones que podríamos considerar interesantes. En estas historias narradas, se abre un panorama que permite expandir el significado de lo que supone ser una mujer mayor, donde se entrelazan la violencia, las emociones, las relaciones y la culpa. Historias que dan cuenta de experiencias que muchas veces no son consideradas importantes.

Todo se registra en una grabadora, pero cuando hablamos de la vida, de la salud, de las parejas, algunas mujeres dudan de su competencia narrativa para hablar. Fue sorprendente cómo algunas comienzan a llorar cuando empiezan a contar su vida, cómo se sienten, ya que nadie antes le había preguntado eso. A través de una serie de relatos emergen situaciones de violencia histórica vividas, violencia física, violencia sexual. También se van configurando experiencias de abandono y nuevamente la culpa. Algunas intentan reconciliarse con sus pasados, con sus padres y madres, y aún llevan consigo los duelos por la pérdida de parejas e hijos.

En este espacio de conversación que se crea durante el proceso investigativo, no solo se permite recuperar la experiencia respecto del objeto de investigación que se está indagando, sino también recupera y valida las vivencias y emociones de las mujeres entrevistadas. Estos encuentros son testimonios vivos de las múltiples capas de realidad que se entrecruzan en la experiencia de ser mujer y envejecer, de los duelos no resueltos y de las violencias normalizadas. Estas conversaciones ofrecen un escenario donde las narrativas personales se entrelazan con el contexto sociocultural más amplio, revelando la complejidad de las experiencias de vida de las mujeres mayores. En este sentido, cada relato no solo resalta las individualidades y subjetividades, sino que también refleja y denuncia las estructuras y dinámicas sociales que perpetúan la desigualdad.

El valor de estos encuentros radica en la oportunidad de visibilizar y dar voz a aquellas experiencias y realidades que, atrapadas en el silencio y en la invisibilidad. Es un recordatorio constante de la necesidad de abordar las historias de vida de las mujeres

mayores. Fue a través de este proceso que llegué a profundizar en la investigación y en el hacer, en la práctica y en la teoría. En este proceso, empecé a darme cuenta de que durante estas sesiones, en estos espacios de diálogo, las personas no solo relataban experiencias o perspectivas enmarcadas dentro de la política pública, sino que compartían aspectos mucho más profundos y personales de sus vidas. Comprendí que no se trataba simplemente de discursos políticos o sociales, sino de las vidas reales que se estaban construyendo y desarrollando en esos momentos y contextos. No obstante, a medida que avanzaba, empecé a notar que todas las biografías estaban influenciadas por su actual estado de persona mayor. Las mujeres, además, marcadas por su condición femenina y por habitar en un territorio que pareciera estar “al fin del mundo”. En el acto de rememorar de estas personas, los análisis revelaban que el discurso de las mujeres difería del de los hombres, creando tensiones. Noté cómo los discursos de género se diluían y se perdían, cómo las realidades y vivencias personales iban más allá de las definiciones y categorías establecidas. Era un escenario donde la vida real se revelaba en toda su complejidad y riqueza, desbordando los límites de las políticas y de los discursos preestablecidos.

Este aprendizaje me permitió ver no solo la relevancia de abordar y comprender las necesidades, deseos y experiencias de las personas mayores desde una perspectiva comprensiva, sino también la importancia de reconstruir y redefinir constantemente nuestros discursos y enfoques. Estos proyectos y experiencias me enseñaron que, para entender realmente a las personas y el territorio, necesitaba mirar más allá de las superficies, de las categorías y de los discursos, y adentrarnos en las profundidades de las experiencias, en los relatos personales y en las vivencias cotidianas de las personas.

Si bien es cierto, llevé a cabo mi trabajo de campo en un período específico de tres meses, durante el cual recorrí las regiones participando en actividades sociales, culturales, en programas radiales, y realizando una observación. Ya venía realizando un trabajo de larga data, el cual me había acercado a raíz de investigaciones anteriores y de mi trabajo docente con mis estudiantes. Cuando decidí llevar a cabo el trabajo de campo para este diseño de investigación, determiné que incluiría a tres generaciones. Mi interés no se centraba únicamente en conducir entrevistas, sino en comprender cómo se construían los diferentes relatos intergeneracionales. Decidí no entrevistar únicamente a mujeres, sino emplear una metodología que permitiera observar cómo estos discursos se tensionaban y se modificaban, y cómo se manifestaban distinciones prácticas en la comprensión de la

vejez. Pude percibir cómo la vejez se comprende a menudo desde una lógica masculina, y cómo emergen narrativas centradas en el cuidado y perspectivas coloniales centradas que marginan no solo las voces de las personas mayores, sino también, y de manera específica, las voces de las mujeres mayores. Estas narrativas están profundamente marcadas por el género, la clase social y el aislamiento, reflejando la multiplicidad de factores que configuran la experiencia del envejecer.

Este enfoque intergeneracional y multidimensional me permitió explorar cómo se construyen y transforman los discursos sobre la vejez y el cuidado, y cómo estos discursos reflejan y perpetúan las desigualdades y marginaciones basadas en el género, la clase y otros ejes de diferenciación y discriminación. Al hacerlo, pude obtener una comprensión más rica y matizada de las experiencias, percepciones y realidades de las personas mayores en la región, y de los múltiples factores que influyen en su bienestar, identidad y derechos.

5.2. El enfoque cualitativo en la comprensión del envejecimiento.

Con el objetivo de indagar en las construcciones que tienen tres generaciones, en esta investigación he seguido una estrategia cualitativa. En este sentido, Minichiello et al. (2005) plantean que los discursos sobre el envejecimiento influyen en el modo en que las personas piensan sobre sus propios procesos, y también en la manera en que los gobiernos y las comunidades estructuran sus instituciones, las que, a su vez, modulan las relaciones desiguales entre las personas. Por lo mismo, a partir de las investigaciones previas realizadas, evidencié que es importante analizar críticamente las significaciones y experiencias sobre el envejecimiento que sea situado en relación a las condiciones generales en que se desarrolla, para comprender cómo y por qué se plantean determinadas orientaciones en el campo de las acciones sociales.

Por lo mismo, en esta investigación he optado por considerar los aspectos más íntimos, destacando las trayectorias individuales de las personas que habitan en la Patagonia austral, a partir del desarrollo de entrevistas cualitativas y observaciones no participantes. Ante todo, lo que cuenta es la experiencia personal que pueda relatar la persona entrevistada. En su calidad de testigo relevante y participante, no solo interesa estudiar los hechos, sino también cómo estos se viven y se relatan (Valles, 2007). Así, más que

buscar representatividades lo que busqué es el sentido del lenguaje de las personas entrevistadas, la importancia del discurso y significados sobre el envejecimiento es central para esta investigación.

Así mismo, dado que el envejecimiento es un fenómeno intersubjetivo que opera construyendo significados sobre el presente y pasado de las personas, el énfasis está puesto en la realidad social creada y recreada en el ámbito de los discursos, los universos culturales y las prácticas significativas (Alonso, 2003). Esta investigación se basa en la comprensión e interpretación de las construcciones que realizan las personas sobre el envejecimiento de manera empírica y de la experiencia.

En el contexto de esta investigación mi sistema de categorías se fue construyendo a través de los conceptos centrales de la investigación obtenidos del marco teórico, y un conjunto de códigos emergentes para relevar aspectos vinculados a las preguntas de investigación y objetivos hasta el análisis de los textos transcritos, de manera que se desarrollaron conceptos partiendo de los propios relatos, lo que necesariamente implicó un diseño de investigación flexible (Bassi, 2013). La estrategia de análisis seguida se realizó en dos fases. La primera, sustentada en la teoría fundamentada, por el amplio volumen de material cualitativo y para el proceso de codificación se utilizó el software de análisis cualitativo Atlas ti. Y la segunda, en el análisis por categorías del discurso. Así como lo señala Pujadas (2000), existen grupos colectivos sociales subalternos por criterios de raza, sexo, clase o edad y su voz ha quedado postergada en las preocupaciones de las ciencias sociales dominantes. Por lo tanto, asumo que las personas mayores tienen su propia voz para hablar de sí mismas, por lo que se ha dejado un amplio espacio para que los discursos de las personas mayores y también de otras generaciones más jóvenes se expresen. Estas múltiples narraciones están integradas, tanto por los diversos autores que han hablado - tradicionalmente solos- acerca del envejecimiento, como por cada persona que ha participado en esta investigación.

Por otro lado, profundizo en la construcción social del envejecimiento, en los elementos que configuran esta construcción, conocer sus causas, su universo simbólico y el imaginario colectivo, supuso el despliegue y la tensión entre diversas narrativas de una realidad. Para comprender algunos aspectos sobre el envejecimiento, fue necesario indagar en las trayectorias de vida de las que hoy son personas mayores y en los

significados que les atribuyen las generaciones más jóvenes, lo que me permitió conocer cómo se está construyendo esa imagen actual y hacia dónde se podrían dirigir los escenarios futuros. El enfoque me situó como investigadora ante la dimensión grupal de los procesos sociales. En este sentido, la reflexividad y la interpretación son temas clave en una investigación vinculada a la acción política (Baylina, 1997).

5.3. Razones situadas para una etnografía feminista en la investigación sobre envejecimiento.

El proceso metodológico seguido me ha permitido producir y analizar la información necesaria para responder las preguntas de investigación. He optado por la producción de un conocimiento feminista que se encuentre situado (Haraway, 1998), esto conlleva asumir como metodología más apropiada la etnografía feminista.

La etnografía se inscribe dentro de los métodos cualitativos que permite distinguir la particularidad de lo observado en el contexto en que adquiere significación (Castañeda, 2012), posibilita abordar las construcciones del envejecimiento en la Patagonia austral chilena y permite poner en el centro las narrativas de las personas. En el caso de esta investigación, la producción de conocimiento es a partir de determinados discursos, desde las y los actores y la reivindicación de la propia experiencia y visión del mundo por parte de ellos. Al respecto, reafirmar que no es posible acceder a la realidad social si no es a través de las percepciones, experiencias y perspectivas de las y los actores sociales que forman parte del fenómeno que estoy investigando, y de que toda investigación supone un proceso de construcción de interpretaciones que se desarrolla desde las posiciones teóricas y metodológicas.

En los trabajos de etnografía, tanto la posición de la investigadora, sus experiencias y sus perspectivas, como también sus prejuicios son aspectos significativos en el desarrollo y los resultados de la investigación (Gregorio y Alcázar, 2014). En este sentido, he sido consciente de tal influencia en la perspectiva del trabajo y que mi experiencia al habitar este lugar se involucra y adopta una posición más en la comprensión de lo que aquí presento.

En términos más específicos de diseño metodológico, esta investigación estuvo orientada por la etnografía feminista, fundamentalmente por tres cuestiones. En primer lugar, la etnografía feminista —en consonancia con otras formas contemporáneas de etnografía que comparten el interés por relevar la experiencia de los sujetos oprimidos, subalternos, no hegemónicos (Castañeda, 2012)- me permite dar voz a los y las protagonistas para mostrar sus cursos vitales como trayectorias individuales situadas, es decir, construidas en entramados más amplios entre los mandatos de género, edad y territorio, que se muestran como factores claves en la elaboración de su identidad. Por lo mismo, he integrado el uso de estrategias de producción de información que favorezcan una mayor presencia de la voz de las y los actores sociales que participan de esta investigación (Balasch y Montenegro, 2003; Biglia y Bonet-Martí, 2009) y sean coherentes con las premisas feministas (Biglia y Bonet-Martí, 2009).

En segundo lugar, la etnografía feminista demanda un tipo particular de postura asumida por la investigadora, al situar el saber vivencial implicado y comprometido con las personas en una investigación (Pujadas et al., 2010). El carácter situado de esta investigación supone no perder de vista su dimensión política y su relevancia social. Sobre el particular, me adscribo a la perspectiva según la cual la investigación debe contribuir a cuestionar la realidad social, así como participar de prácticas y reflexiones en torno a los esfuerzos para su transformación. Con esto quiero decir que la comprensión de la vejez es una construcción que se realiza con relación a las transformaciones que afectan la vida de los sujetos, un grupo social diferenciado y heterogéneo, que implica el reconocimiento de distintas formas de envejecer y con posibilidades de transformación, cuyo estudio puede aportar claves importantes para la comprensión más profunda de las particulares formas de envejecer en la sociedad chilena. Tal como plantea Castañeda (2012), los procesos internos de nuestros países nos han conducido a vindicar la mirada integral sobre los fenómenos sometidos a observación, al mismo tiempo que hay un énfasis por mostrar las experiencias vividas de las mujeres desde perspectivas no victimizantes. Desde esta propuesta, se requiere aportar a la construcción de análisis de situaciones complejas, dinámicas e integrales, capaces de contener, desde una mirada políticamente situada (Haraway, 1998).

En tercer lugar, la etnografía feminista es también un método que me permite abordar el envejecimiento en sus distintas temporalidades, para captar la vinculación entre la

experiencia subjetiva y la transición generacional (Johnson-Hanks 2002), lo cual me desafía a descubrir la temporalidad propia de un proceso social a partir de la compleja tensión entre continuidades y cambios. Esto me ha permitido poner en el centro los discursos de las personas mayores, pero también los discursos de otras generaciones, como un fenómeno que caracteriza a la sociedad actual. La mirada generacional introduce la perspectiva para identificar continuidades, así como transformaciones sociales que impactan en la transición hacia la vejez.

De este modo, he propuesto una estrategia metodológica que considere una forma de producción social y no individual, un acercamiento en que prevalezca la reflexión individual sobre el envejecimiento en la Patagonia de los actores en estas dimensiones. Igualmente, ha sido importante considerar que las diferencias generacionales se solapan con las diferencias sociales y que la perspectiva generacional es también un cuadro de lectura que abre nuevas pistas y enriquecer la reflexión. La evolución de los imaginarios sociales encierra una tensión entre la continuidad y el cambio en las cuestiones relacionadas con el envejecimiento.

Al mismo tiempo, situarse en un período u otro del proceso del ciclo vital de una persona es significativo y trascendente, pues supone la sucesión de determinadas funciones y posiciones sociales, ya que a cada período de la vida se le asocia una serie de disposiciones en función de la edad, el sexo/género y/o clase social, por ejemplo, las que guardan relación con los roles de género que han desempeñado las mujeres a lo largo de sus vidas y que condicionan la situación en la que se encuentran en la vejez. Además, desde una perspectiva generacional se amplía la mirada del envejecimiento con un enfoque desde el curso de vida, para poder abordar el fenómeno del envejecimiento como proceso y la vejez como una más del continuo de la vida.

Por otra parte, la genealogía de la construcción de conocimiento en el pensamiento feminista desde hace algunas décadas viene desarrollando un pensamiento crítico (Espinosa, 2019). Asimismo, se ha venido desplegando un enorme trabajo dirigido a transformar las normas instituidas del sentir para las mujeres y la sociedad. Hay un tema central que se enfoca en la relación del género con otras categorías como raza, clase, edad e identidad sexual como organizadores de la vida social de las personas.

De este modo, la investigación sobre el envejecimiento en la Patagonia la he abordado desde una etnografía feminista cobrando central relevancia la condición parcial y situada de ciertos conocimientos, como por ejemplo los producidos por las personas mayores y los habitantes de las zonas extremas -sujetos históricamente subalternos- que puede otorgarle un privilegio epistémico a la hora de dar cuenta de sus realidades, en lo que sería una forma diferente de objetividad (Haraway, 1991).

5.4. La selección y los criterios de selección de las personas entrevistadas.

La muestra cualitativa se basa en la representatividad (Canales, 2013). Así, buscando obtener representatividad de tipo estructural, parto del supuesto de que los discursos individuales reproducen discursos sociales y de que la peculiaridad de estos discursos individuales, dependen precisamente de su ubicación en la estructura social (Canales, 2013). Por ello, no se puede interpretar lo dicho por la persona entrevistada como producto del azar, ni tampoco como un mero testimonio individual aislado, sino como representativo de los atributos que la configuran: edad, sexo, posición social, lugar de residencia y con quien se vive; factores que la/lo definen y posicionan en la sociedad y también con relación al tema de investigación.

En este sentido, el muestreo cualitativo no pretendió la representación estadística, sino la representación discursiva y socioestructural correspondiente al objetivo de estudio (Canales, 2013). Es por esto que, al igual que en cualquier operación de investigación, las decisiones en términos del diseño del colectivo fueron fruto, conjuntamente, de las contingencias del medio y del tiempo establecido para el trabajo de campo. Aun así, consideré dos de los criterios maestros de muestreo cualitativo (CMMC) que están en la base de lo expuesto: primero, la competencia narrativa atribuida (Valles, 2007), es decir, identifiqué a quienes se considera que son competentes para entregar la información buscada; y segundo, la homogeneidad y heterogeneidad plausibles de combinación (Cottet, 2013). Dicho de otra manera, el criterio de homogeneidad, en este caso, consiste en el hecho de que las personas entrevistadas viven en las regiones del extremo sur; y, por otro lado, los criterios de heterogeneidad, ya que se pretendía obtener una diversificación de los discursos, apuntan a que quienes formaron parte de esta investigación representan a diferentes criterios (atributos) que predefiní como relevantes en ella: sexo, posición social, edad, convivencia y lugar de residencia.

De acuerdo con lo anterior, el diseño del colectivo de estudio lo realicé bajo la propuesta de elaboración de casilleros tipológicos (Valles, 2007), como dispositivo de carácter instrumental para hacer operativa una selección de personas entrevistadas, orientada a garantizar mínimamente la heterogeneidad de la muestra, en criterios considerados relevantes. Establecí criterios de selección (tabla 15) en función de la denominada representatividad estructural (Valles, 2007), con el fin de recoger una heterogeneidad suficiente para dar cuenta de la diversidad de discursos. Por último, es preciso destacar que el diseño de selección fue modificado a medida que avanzaba el proceso de investigación, más concretamente, en el trabajo de campo y a partir de los análisis preliminares, ya que en el avance de este proceso se fueron perfilando con mayor claridad los tipos de informantes, los espacios no cubiertos y las contradicciones u oposiciones no previstas.

Valles (2007) plantea que para una muestra estructural son relevantes los términos de cualquier oposición y las fases de cualquier proceso, por lo tanto, no pude concretar a priori el número total de entrevistas, ya que el criterio final que prevalece es la composición de la muestra en cuanto a haber obtenido diferencias socialmente significativas entre los discursos. Por lo tanto, el colectivo de estudio lo fui estableciendo en el desarrollo de la investigación, en el cual el punto de saturación ha jugado un papel relevante. Este se alcanzó cuando la información recogida resultó más que suficiente con relación a los objetivos de investigación (Ruiz Olabuénaga, 2009). Se realizaron finalmente cincuenta y dos (52) entrevistas.

Tabla 15 Atributos y criterios de selección de personas entrevistadas

Atributos	Criterios
Sexo	Mujer Hombre
Posición social	Alta Media Baja
Territorio y residencia	Regiones del extremo sur del país: Región de Aysén Región de Magallanes Población urbana y rural de ambas regiones
Convivencia	Vive sola Vive con otras personas
Edad/generación	Generación adulta mayor (60 años y más) Generación adulta (entre 30 y 59 años) Generación joven (entre 18 y 29 años)

Fuente: Elaboración propia.

Establecí estos atributos y criterios fundamentalmente a partir de los objetivos y premisas de investigación. En primer lugar, planteo que la construcción social del envejecimiento no se produce en un espacio y tiempo indeterminado, sino en un contexto histórico, económico, político y social. En este contexto particular, necesitaba considerar la variable geográfica, ya que puede condicionar la forma en la que este fenómeno se está construyendo. Es por esto, que el estudio lo sitúo en la Patagonia Austral chilena conformado por las regiones de Aysén y Magallanes.

Además, planteo en esta investigación que es especialmente interesante analizar estas transformaciones desde la perspectiva general de la integración de la edad. La edad, como categoría social y como realidad natural a las personas puede presentar diferentes significados. En este caso, estimé la opción metodológica de considerar la edad cronológica, como la cantidad de años que ha vivido una persona. El análisis lo realicé distinguiendo tres grupos de edad, aunque estas no necesariamente tengan relaciones de parentesco ni familiares, asumiendo una propuesta más demográfica y sociológica (Donati, 1999): generación adulta mayor (de 60 años y más), generación adulta (entre 30 y 59 años) y generación joven (entre 18 y 29 años). El interés es centrarse en cuál ha sido el itinerario de las personas para construir su estado actual, además de conocer y comprender mejor los cambios que se van produciendo y que van repercutiendo en sus vidas. El criterio utilizado por el Instituto Nacional de Estadísticas (2018c) en Chile, joven (18 a 29 años) adulto/a (30 a 59 años) y adulto/a mayor (60 años y más).

Cada una de estas tres generaciones observadas en la investigación, representan un grupo etario relativamente homogéneo, claramente diferenciado con respecto a los antecedentes históricos y la etapa actual del ciclo de vida. Los jóvenes están estudiando o han terminado sus estudios, han entrado en el mundo del trabajo o están desarrollando estudios de postgrado; las personas adultas en su mayoría son activos en la fuerza laboral; y las personas mayores, están jubiladas recientemente o desde hace algún tiempo, algunas trabajando esporádicamente y en algunos casos con riesgo de experimentar algún grado de dependencia leve.

En esta investigación pretendo ampliar y examinar el proceso de integración por edad, pero no en el contexto de una estructura más clásica de parentesco, como es el caso de las tres generaciones de una familia – hija/o, madre/padre, abuela/o -, no obstante, una de las

condiciones de selección fue que las personas entrevistadas de cada una de las generaciones tuvieran miembros vivos de las otras generaciones (aunque no necesariamente vivieran en el mismo hogar). Asumo una generación en un sentido relacional, aquella que liga su colocación en la descendencia propia de la esfera familiar-parental (esto es, hijo/a, madre/padre, abuelo/a, etc.), articulando con la posición que se ocupa en la sociedad según la edad social (es decir, según se sea joven, adulto/a, persona mayor, etc.). Esta concepción combina la edad histórica-social con la relación de descendencia.

Asimismo, existe un consenso común a la hora de entender el envejecimiento como un fenómeno muy heterogéneo, el cual implica que se aborde desde diferentes perspectivas. No es lo mismo envejecer siendo hombre que siendo mujer, en este sentido fue necesario establecer diferencias de género en la construcción de la muestra, por diferentes motivos: la viudez, los cambios de roles de las mujeres una vez que son mayores, y los cambios de roles al interior de la familia (Pérez, 2012). Actualmente, se vive en un mundo en el que las mujeres viejas constituyen el grueso de la población mayor y para las cuales envejecer en nuestra sociedad plantea retos que conviene considerar cuando se trata de comprender sus vidas.

También, teniendo recursos económicos que no teniéndolos, la clase o posición social⁶⁰ sirve para diferenciar a un grupo de otro. Es una categoría construida social y económicamente para ubicar y distinguir, y que, junto con otras categorías como el género y el territorio, son centrales en esta investigación. Son variables importantes, en conjunto con otras, para referirse a los temas del envejecimiento con relación a si la persona vive sola o con la familia, o el nivel de dependencia (leve, moderada o severa) que pueda tener, habiendo alcanzado un determinado nivel cultural, o no habiendo superado los estudios primarios, hacerlo en un medio rural o en uno urbano, etc. Una vez definidos los atributos, las personas entrevistadas de acuerdo a los perfiles son las siguientes:

⁶⁰ Para determinar el NSE se utilizó la categoría de clasificación socioeconómica ADIMARK agrupando los 5 segmentos socioeconómicos por ellos propuestos en tres: alto, medio y bajo, conforme a la metodología que combina el nivel de educación alcanzado por el principal sostenedor/a del hogar y la categoría ocupacional del mismo.

Tabla 16 Casilleros tipológicos. Perfil de las y los informantes.

Generación		Personas Mayores 60 años y +			
Sexo	Mujeres		Hombres		
Residencia	Urbano	Rural	Urbano	Rural	
Posición social					
Alto	E1: Fernanda E2: Alba y Marta	E3: Sara E4: Aurora y Antonella	E6: Luciano	E7: Alonso	
Medio	E8: Antonia E19: Maite, Lucia, Alicia, Josefa, Agustina y Karen	E11: Amelia E12: Martina	E13: Máximo y Cristian E14: Martín	E15: Bruno	
Bajo	E17: Catalina E18: Daniela y Paula	E19: Fresia E20: Olivia y Salomé	E21: Gaspar E22: Roberto	E23: Santiago E24: Domingo y Félix	
Total entrevistas	32 entrevistas				
Fuente: Elaboración propia					

Fuente: Elaboración propia

Generación		Personas Jóvenes (entre 18 y 29 años) y Personas Adultas (entre 30 y 59 años)			
Sexo	Mujeres		Hombres		
Residencia	Urbano	Rural	Urbano	Rural	
Posición social					
Alto	E25: Isabella E37: Carolina	E26: María y Emma	E39: Diego	E40: Pedro	
Medio	E29: Valentina, Florencia y Emilia	E42: Sofía	E31: Joaquín E43: Matías	E32: Agustín	
Bajo	E33: Isidora y Trinidad		E35: Vicente E47: Mateo y Lucas	E36: José E48: Tomás	
Total entrevistas	20 entrevistas				

Fuente: Elaboración propia

La distribución de las personas entrevistadas en las dos regiones (Aysén y Magallanes) fue la siguiente: se entrevistaron a treinta y dos (32) personas de 60 años y más (pertenecientes al primer grupo o generación adulta mayor), doce (12) personas adultas entre 30 y 59 años (pertenecientes al segundo grupo o segunda generación) y ocho (08) personas jóvenes entre 18 y 29 años (pertenecientes al tercer grupo o tercera generación). Se realizaron 17 entrevistas en la región de Aysén, en las comunas de Coyhaique, Puerto Aysén, Chile Chico y Cochrane; y 35 entrevistas en la región de Magallanes, en las comunas de Punta Arenas, Puerto Natales y Porvenir.⁶¹ Para la elección de estas siete (7) comunas se tuvo en consideración que en estos lugares se concentra el mayor número de población en ambas regiones, además de la facilidad de acceso a cada una de ellas.

Tabla 17 Número de entrevistas realizadas, según atributos propuestos en el muestreo

	Comuna	18 - 29	30 - 59	60 y más	Total
Mujeres Magallanes	Punta Arenas	1	6	9	21
	Puerto Natales	-	1	2	
	Porvenir	-	-	2	
Hombres Magallanes	Punta Arenas	3	1	4	14
	Puerto Natales	-	1	1	
	Porvenir	2	1	1	
Mujeres Aysén	Coyhaique	1	-	4	10
	Puerto Aysén	-	1	1	
	Chile Chico	-	-	1	
	Cochrane	-	-	2	
Hombres Aysén	Coyhaique	1	1	3	7
	Puerto Aysén	-	-	1	
	Chile Chico	-	-	-	
	Cochrane	-	-	1	
Total		8	12	32	52

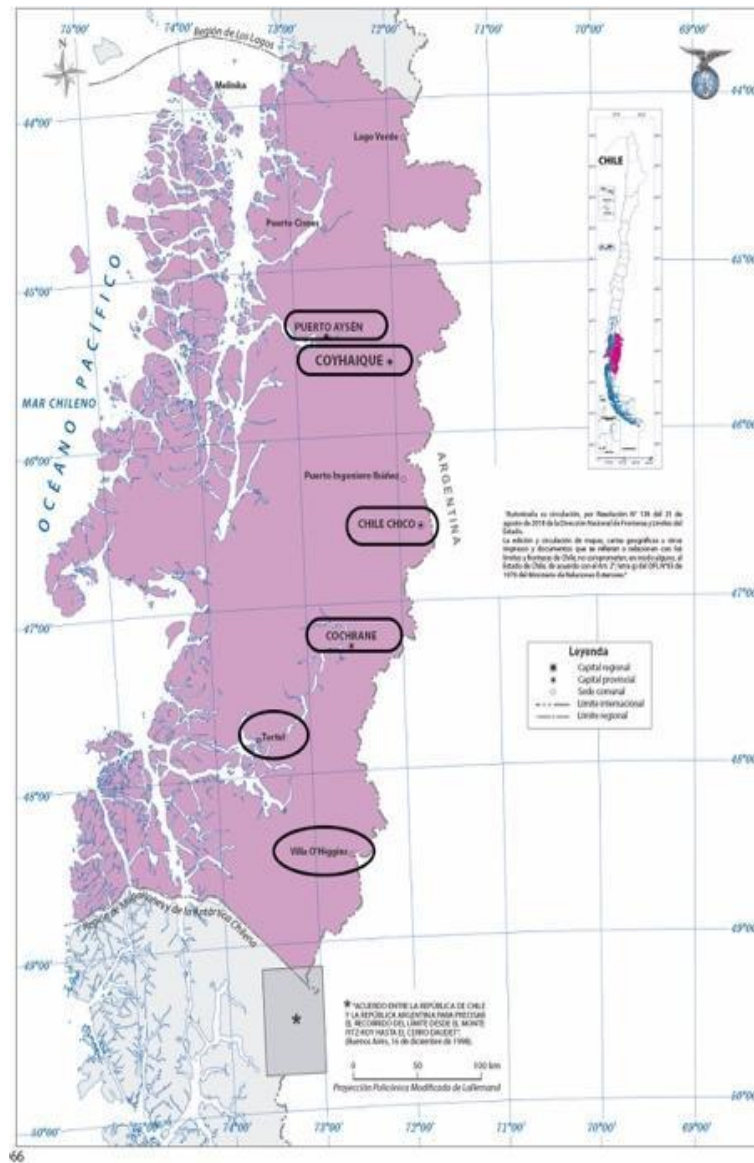
Fuente: Elaboración propia.

El peso del número de entrevistas realizadas es mayor en la región de Magallanes. En primer lugar, porque tiene una mayor población que la región de Aysén y, en segundo lugar, porque es la que tiene el mayor índice de envejecimiento y proporción de personas mayores. Por su parte, en la región de Aysén los problemas de conectividad territorial dificultaron el traslado y el contacto con las posibles personas a entrevistar en sectores más aislados, por ejemplo, Caleta Tortel y Villa O'Higgins, tal y como estaba estipulado

⁶¹ Al final de la tesis se presenta una tabla con los datos más en detalle de las personas entrevistadas, contiene los datos de las 47 personas que participaron, los criterios más relevantes para esta investigación. Ver anexo 1.

en un inicio. Se suma a ello la disponibilidad limitada de tiempo, ya que las entrevistas se realizaron entre enero y febrero, meses de alta afluencia turística en la zona y de demanda de pasajes con muchas listas de espera para acceder a esas localidades si no se tiene transporte propio.

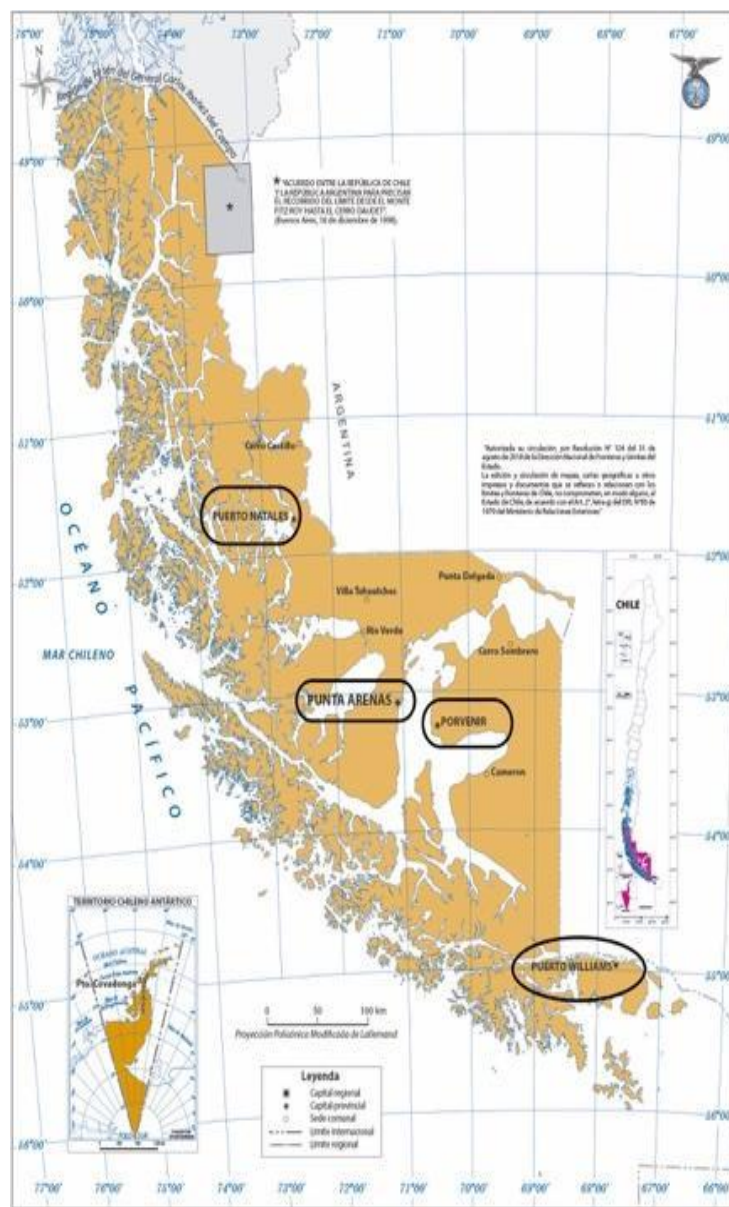
Figura 12 Mapa Región de Aysén



Fuente: Instituto Militar Chileno, 2021.

Asimismo, en Magallanes, la comuna de Puerto Williams en un principio fue considerada, pero finalmente se descartó por temas relacionados con el tiempo y costos de traslado, solo había dos vuelos semanales hacia la Isla Navarino donde se encuentra la localidad de Puerto Williams; y en la Antártica solo hay una base militar y no hay regularidad de vuelos comerciales.

Figura 13 Mapa Región de Magallanes



Fuente: Instituto Militar Chileno, 2021

El trabajo de campo abarcó desde el contacto con las personas a la realización de las entrevistas en las dos regiones de la Patagonia chilena: Aysén y Magallanes. En este momento de la investigación se concentró la selección del colectivo de estudio, el contacto inicial con las personas entrevistadas, la revisión y adaptación del guion de entrevistas, la realización de las entrevistas cualitativas y la organización de la información producida.

Para acceder a las personas informantes recurrí a las redes de contactos personales y profesionales (Valles, 2007) de distintos servicios públicos,⁶² a los medios de comunicación (Radios locales), a organizaciones de personas mayores en las regiones donde se localizó la investigación y a la colaboración de una estudiante de la carrera de Trabajo Social de la Universidad de Magallanes, que ayudó en el proceso de selección de los perfiles de las diversas personas participantes. La totalidad de las entrevistas y los contactos para la realización de las mismas se realizaron vía telefónica y/o personalmente. En definitiva, utilice un muestreo intencionado, que es aquel en que se selecciona a las personas de acuerdo con una serie de criterios que se consideran relevantes, según los objetivos de la investigación (Ruiz Olabuénaga, 2009), ya que en este caso se eligieron a las personas participantes en función de los perfiles predefinidos con anterioridad.

La decisión sobre el diseño se tomó con base en las posibilidades pragmáticas de la selección, es decir, se seleccionaron a las personas a las que se podía acceder (en función de la aceptación voluntaria de participar en la investigación) y que, además, reunían los criterios establecidos en el diseño. En términos generales, e independientemente del tipo de muestreo utilizado, el objetivo siempre fue conseguir la máxima diversidad de discursos.

5.5. Criterios éticos seguidos en la investigación

Todas las entrevistas fueron grabadas, previo consentimiento que fue presentado verbalmente antes de comenzar la entrevista, la grabación y para formar parte de la investigación. Durante todo el proceso de la entrevista, se les informó que en el caso de no querer continuar adelante una vez iniciada, sus datos no serían tenidos en cuenta para el análisis, pasando a ser destruidos y no publicados. Las entrevistas fueron realizadas siguiendo procedimientos éticos, los nombres y hechos que pudieran ayudar a la identificación fueron modificados para resguardar el anonimato de las personas entrevistadas. Uno de los primeros pasos dados por la investigadora en el intenso proceso de análisis de las entrevistas cualitativas, consistió en la transcripción de las grabaciones, del total de entrevistas, treinta y dos (32) fueron transcritas por la investigadora y el resto

⁶² Servicio Nacional del Adulto Mayor [SENAMA], Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas [JUNAEB], Servicio Nacional de la Mujer y Equidad de Género [SERNAMEG], Servicio Nacional de Discapacidad [SENADIS], Programa Servicio País de la Fundación Nacional para la Superación de la Pobreza, Ministerio de Desarrollo Social [MIDESO] y Municipios.

(20) fueron transcritas por otra persona, no obstante, todas las versiones fueron revisadas por la investigadora.

Una vez culminada la tesis, se contempla una retroalimentación desde un enfoque ético y metodológico. Este trabajo no puede simplemente considerarse un mero insumo cualitativo que ha tomado forma a lo largo de los años; más allá de eso, es vital reconocer que la información recopilada en las entrevistas no solo es propiedad de las y los que participaron en ellas. En realidad, esta información ya pertenecía a la comunidad incluso antes de emprender esta investigación. La actitud de brindar devoluciones en los procesos de investigación no solo refuerza su integridad, sino que también sirve como un indicador crucial para evaluar la naturaleza horizontal y participativa de dichos procesos (Bastian y Berrío, 2018).

5.6. Las técnicas y procedimientos de producción de información

Para responder a los objetivos de investigación, organicé diferentes estrategias de investigación que se desarrollaron de manera paralela. Lo que ahora presento son las técnicas y procedimientos de investigación que he utilizado y cómo el análisis y los resultados obtenidos están en función de dicha elección. Esta situación permitió la selección de técnicas que he considerado han sido las más apropiadas para la investigación y dada la flexibilidad que asumen las investigaciones cualitativas, el proceso metodológico se construyó con la teoría y con el avance en el trabajo de campo.

En un principio, de acuerdo con las características del objeto, considere necesario indagar en fuentes documentales secundarias y bibliografía para contextualizar el objeto de estudio. Para el segundo momento, en el que necesitaba traducir las cuestiones de investigación (preguntas y supuestos) en preguntas o asuntos de conversación, se diseñó una entrevista en profundidad con un guion de entrevista con preguntas abiertas y con un bajo grado de estructuración. Sin embargo, a medida que se realizaba el trabajo de campo, se incluyeron otros elementos que de alguna manera han enriquecido los resultados de la investigación, como fue el análisis de fuentes secundarias de información oral y escrita.

En este sentido, para indagar en los imaginarios del envejecimiento, se utilizó: el análisis documental de fuentes secundarias para la contextualización del objeto de estudio; la

entrevista cualitativa en profundidad (Valles, 2007); y el análisis de fuentes secundarias para complementar las entrevistas en profundidad realizadas.

5.6.1. *Análisis documental de fuentes secundarias*

Como una de las primeras técnicas para ir produciendo información, se incluyó la revisión y análisis documental de diversas fuentes de información visuales y escritas; y el levantamiento de datos de fuentes secundarias. Este ejercicio investigativo fue necesario para poder contextualizar socio-históricamente la Patagonia Austral y demográficamente el envejecimiento, y de esta manera responder a los objetivos de investigación.

Como primer acercamiento, para aprehender el objeto de estudio he revisado fuentes documentales, investigaciones y literatura especializada: estudios e investigaciones sobre envejecimiento, el envejecimiento como proceso, la construcción social de la edad, la vejez en el curso de la vida, el envejecimiento demográfico, el proceso de feminización de la vejez, la perspectiva de género en las investigaciones sobre envejecimiento y el envejecimiento desde una perspectiva feminista, que me han permitido situar y contextualizar esta investigación.

El segundo grupo de documentos revisados para realizar la contextualización socio-histórica, fueron las fuentes procedentes de archivos que me dieran la posibilidad de comprender los procesos iniciales de la conformación del territorio, identificando la experiencia de la colonización del territorio más austral de Chile y la anexión del territorio del extremo sur al Estado chileno. Posteriormente, se seleccionaron fuentes considerando la significativa movilidad humana en el territorio y las distintas etapas de migraciones. Su utilidad fue comprender cómo se articulaban las movilidades migratorias en la Patagonia y los discursos de las distintas generaciones consideradas en esta investigación.

Un tercer grupo de documentos está relacionado con la contextualización sociodemográfica del envejecimiento en la Patagonia. Para ello se revisaron fundamentalmente los informes de instituciones relacionadas con las personas mayores, datos sociodemográficos, datos de los censos de población y vivienda desde la mitad del siglo pasado hasta la actualidad, los datos de las últimas cinco encuestas de caracterización socioeconómica nacional (CASEN) y también se consultó otras fuentes

secundarias de organismos oficiales del Estado. Para conocer y describir el contexto de la dinámica demográfica del envejecimiento en el extremo sur de Chile y su configuración histórica.

Finalmente, para complementar el enfoque discursivo y desarrollar un proceso metodológico más integral y acceder a la información necesaria, previamente se ha realizado la revisión de fuentes secundarias: archivos fotográficos e históricos, así como entrevistas a personas relacionadas con la temática a nivel local. La revisión de fuentes secundarias y su triangulación, me brinda diversas perspectivas del fenómeno que estoy investigando desde una producción más amplia del conocimiento, además de complementar la discusión teoría (Pujadas et al., 2010).

Tabla 18 Tipos de documentos seleccionados⁶³

Informes técnicos nacionales	Informes técnicos internacionales	Otros documentos
Políticas Pública de Envejecimiento (SENAMA) Boletines demográficos (INE) Censos (INE) Informes demográficos (INE) Encuestas de caracterización sociodemográfica nacional (Ministerio de Desarrollo Social) Estudios y publicaciones sobre vejez y envejecimiento (SENAMA) Informes epidemiológicos (Ministerio de Salud) Estudios y estadísticas de educación (Ministerio de Educación)	Informes internacionales CELADE – CEPAL – UNESCO – ONU – PNUD – OMS – OEI -	Archivos fotográficos del Instituto de la Patagonia de la Universidad de Magallanes Archivos fotográficos, mapas, periódicos, planos y cartografías, Biblioteca Digital Aike de la Universidad de Magallanes Documentales: “Con viento sur: Rumbeadores del norlitoral de la Patagonia Aysén” “Habitantes de los hielos” “Aysén, matices de una identidad que asoma” y “Diálogos de identidad y desarrollo para Magallanes y la Antártica chilena”

Fuente: Elaboración propia.

5.6.2. Entrevistas cualitativas

Como segunda técnica y fundamental, la producción de información también estuvo modelada por la entrevista cualitativa (Valles, 2007), ya que me permitió construir los discursos individuales de las personas sobre el tema de investigación. Este tipo de entrevista se ha delimitado como una narración conversacional, creada conjuntamente por

⁶³ Al final de la tesis se incluye una tabla con el detalle de todos los documentos consultados. Ver anexo 2. La tabla contiene el tipo de documento, fecha e institución.

la entrevistadora y la persona entrevistada. Esto me permitió la posibilidad de indagar en un yo social, que no se experimenta a sí mismo directamente, sino en función de una otro generalizada (Alonso, 2003), es decir, desde las perspectivas de todas las personas con las que se relaciona. Al entender el habla desde su lugar social, estoy apelando a la posibilidad de diálogo, que se inicia incluso con el establecimiento de comunicaciones internas a través de lo que se ha entendido como el “sí mismo”. La entrevistadora y la persona entrevistada aparecen como co-constructores/as de la textualidad resultante.

Después de establecer el contrato comunicativo, es decir, después de delimitar los saberes mínimos para la realización del diálogo, la entrevista adquiere la forma de una conversación, de una interacción verbal en la cual las palabras solo son, en apariencia, espontáneas, ya que implican la posibilidad de activar una labor socialmente reconocida y exigida. La entrevista es, entonces, un relato en el que la situación que ha implicado al sujeto, le permite observarse y observar su sistema de etiquetado (Valles, 2007).

La selección de la entrevista en profundidad en el contexto de esta investigación tuvo la finalidad de producir información cualitativa para lograr comprender qué ocurre o cómo se construye el envejecimiento en la Patagonia chilena. En otras palabras, trate de elaborar información detallada de las personas entrevistadas, prestando especial atención a su lenguaje, experiencia e interpretaciones. Las entrevistas en esta investigación fueron utilizadas con el fin de profundizar sobre los significados del envejecimiento y resultaron idóneas para investigar hechos subjetivos, cuya descripción está mediada por la memoria, los intereses y los valores de las personas entrevistadas. Esta técnica permite analizar el discurso producido por las personas con relación al grupo al que representa. Tiene, respecto de otras, la ventaja de recoger la experiencia de la gente tal como ellas la procesan o la interpretan. Esta revelación de hechos e interpretaciones explícita o implícitamente está filtrada por las creencias, actitudes y valores de la/el protagonista (Sautu, 1999).

Como primer paso antes de realizar las entrevistas, fue necesario elaborar el guion de entrevista, el cual contiene los temas y subtemas de acuerdo a las preguntas y los objetivos de investigación (Valles, 2007). Realicé entrevistas con un guion de bajo grado de estructuración, en el que se esbozaron los temas de conversación principales que consideré relevantes de acuerdo con los objetivos de investigación.

Tabla 19 Elaboración guion de entrevista de acuerdo a objetivos y preguntas de investigación

Objetivos	Preguntas temáticas de investigación	Temas centrales del guion de entrevista
Describir y analizar los discursos sobre el envejecimiento de tres generaciones en la Patagonia Aysén y Magallanes	¿Cómo emergen los discursos y subjetividades asociadas a la construcción del envejecimiento en la Patagonia austral chilena?	Vejez y envejecimiento: Poniendo atención y énfasis en las diferencias y desigualdades de género.
Determinar elementos de continuidad y ruptura que intervienen en la reproducción social y configuración del envejecimiento desde el punto de vista generacional.	¿Qué continuidades y rupturas se evidencian en los discursos de las generaciones en la comprensión del proceso de envejecimiento?	Relaciones intergeneracionales: También por el tema de las relaciones familiares, los soportes y los roles de género, los estereotipos.
Identificar y describir las prácticas y discursos de discriminación y exclusión hacia las personas mayores en la Patagonia para comprender las estrategias de agencia y resistencia en la vejez.	¿Cuáles son los elementos estructurales e identitarios del territorio que permean las construcciones del envejecimiento?	Condiciones estructurales: Indagar y énfasis en el acceso a los servicios de salud y las posibles complicaciones, los trayectos, la movilidad, etc.
Indagar en la relevancia e identidad del territorio en la construcción social del envejecimiento desde las subjetividades en la Patagonia Aysén y Magallanes.	¿Cómo se manifiestan las desigualdades de género en la construcción del envejecimiento? ¿Cómo se construye el envejecimiento a través de las relaciones de género?	Identidad y familia: Indagar y énfasis en las posibles diferencias de género asociadas a la vida diaria, trabajo doméstico y de cuidado, entre otras que puedan estar realizando las y los entrevistadas/os.
Comprender las experiencias y discursos sobre el envejecimiento estudiando los dispositivos que contribuyen a la reproducción de las desigualdades de género en el curso de la vida.	¿Qué condicionantes de exclusión social y estrategias de agencia se expresan entre las mujeres?	Condiciones estructurales: Indagar y énfasis en las desigualdades de género en esas condiciones estructurales.

Fuente: Elaboración propia.

Como no se trataba de un listado cerrado de preguntas, se esperaba que surgieran a lo largo de la entrevista asuntos no previstos en el guion original, bajo un esquema flexible, dinámico y reflexivo. El guion fue un punto de partida, estuvo compuesto de cuatro áreas temáticas: identidad y familia, condiciones estructurales, vejez y envejecimiento, relaciones intergeneracionales, y como primer punto, el llamado encuadre autobiográfico (tabla 20). La propuesta de guion fue definida en términos generales y adaptado a las personas entrevistadas, de acuerdo con el grupo al cual pertenecían, por lo que no implicó que la conversación se ajustara exactamente a un esquema estricto, con relación a los temas concretos y al orden de estos, sino que constituyó una orientación sobre las áreas temáticas delimitadas a partir de los objetivos y supuestos de investigación.

Tabla 20 Distribución y temas centrales del guion de entrevista⁶⁴

1. Presentación de la investigadora y el propósito de la investigación
2. Presentación del/la entrevistado/a
3. Encuadre autobiográfico
4. Vejez y envejecimiento: Poniendo atención y énfasis en las diferencias y desigualdades de género.
5. Identidad y familia: Indagar y énfasis en las posibles diferencias de género asociadas a la vida diaria, trabajo doméstico y de cuidado, entre otras que puedan estar realizando las y los entrevistadas/os.
6. Condiciones estructurales: Indagar y énfasis en las desigualdades de género en esas condiciones estructurales. El acceso a los servicios de salud y las posibles complicaciones, los trayectos, la movilidad, etc.
7. Relaciones intergeneracionales: También por el tema de las relaciones familiares, los soportes y los roles de género, los estereotipos.
8. Cierre: Agradecimiento y observaciones

Fuente: Elaboración propia.

5.6.3. *Observación no participante*

Para la antropología, la observación participante es el dispositivo mediante el cual se recogen todos los datos con los que se redactará la monografía etnográfica (Jociles, 2018). Es una técnica de producción de información en la que se observan las prácticas o “el hacer” que las y los actores sociales despliegan en los “escenarios naturales” en que acontecen, en las situaciones que no son objeto de atención o de reflexión por parte de estos mismos agentes, a la vez que participa en el desarrollo de esas prácticas de diferentes maneras y en distintos grados que van desde intervenir activamente en su ejecución hasta simplemente estar presentes en esos escenarios (Jociles, 2018).

Se realizó una observación no participante de prácticas en espacios urbanos y rurales para describir actividades de la población, en el trabajo en terreno sostuve encuentros con actores locales: para ello coordiné una reunión con la encargada de la biblioteca de Coyhaique para revisar los archivos fotográficos e históricos de la región, esta reunión y visita a la biblioteca estuvo orientada a conocer más sobre la historia de la región. También visité espacios culturales con un antropólogo y escritor que se ha dedicado a recorrer y publicar sobre la vida en la Patagonia desde la colonización hasta hoy, esta visita estuvo orientada a contextualizar algunas identidades actuales.

⁶⁴ Al final de la tesis se presenta la versión en extenso del guion de entrevista. Ver anexo 3.

Además, se realizó una observación que retratase las prácticas a través de diversos recorridos por las distintas comunidades; los escenarios fueron diversos: eventos con personas conocidas, actividades en contextos institucionales, actividades sociales y culturales, todo ello relacionado con mi estadía en el campo. Consecuentemente, una de las decisiones metodológicas tomadas fue la de permanecer por varios días en las comunidades más alejadas (Cochrane, Chile Chico, Porvenir y Puerto Natales). En este sentido, el trabajo de campo consideró la realización de las sesiones de entrevistas, además de profundizar, a través de la observación, en las dinámicas socioterritoriales de los lugares, las relaciones de las personas mayores en su entorno, los desplazamientos poblacionales de acuerdo a la infraestructura, las actividades sociales cotidianas, entre otros asuntos. Ahora bien, la decisión de permanecer en ciertos territorios permite reflexionar sobre aquello que es observado y percibido.

5.7. Estrategias en el proceso de análisis de los hallazgos

Esta propuesta de análisis implicó trabajar lo dicho, lo explícito del texto de la transcripción, pero trayendo a un primer plano lo implícito o latente, lo histórico y contextual. La consideración conjunta de estos componentes me permitió abordar el análisis en toda su dimensión y establecer conexiones con los referentes teóricos de la investigación (Finkel et al., 2008). Para ser más específica, el análisis de los hallazgos lo realicé en dos momentos. La primera etapa analítica estuvo orientada por la teoría fundamentada, y en una segunda etapa por el análisis del discurso por categorías, para contemplar los objetivos propuestos en esta investigación.

La teoría fundamentada me ayudó a incrementar el poder analítico de mi trabajo (Glaser y Strauss, 1967). Strauss y Corbin (2002) afirmaron que la teoría fundamentada puede ser utilizada para un mejor entendimiento de un fenómeno ya estudiado y así poder profundizar en él, pues favorece las respuestas a fenómenos sociales respecto de lo que está ocurriendo, en este caso “en” y “por qué” con relación al envejecimiento. En este sentido, el análisis lo fui desarrollando a medida que se realizaba el levantamiento de información, y desde las primeras entrevistas se generan códigos, identificando qué información se desea ampliar o incidir.

En la propuesta inicial, Charmaz (2017) considera que en la teoría fundamentada se debe adoptar una postura reflexiva de las relaciones y antecedentes con las y los participantes de la investigación, ubicar la investigación en condiciones históricas, sociales y situacionales de su producción y reconocer tanto al investigador como a sus participantes, los múltiples puntos de vista que presentan, sus roles y realidades diversas. Para esta investigación la estrategia principal ha sido a través del *método comparativo constante* (Trinidad et al., 2006), con el cual fui simultáneamente codificando y analizando los hallazgos para ir desarrollando las categorías y conceptos.

Para el primer momento de análisis, utilice el programa Atlas.ti 8 (23) para la clasificación según códigos emergentes, seleccionando unidades de registro de proximidad semántica. He trabajado particularmente con códigos sustantivos, que surgieron directamente a partir de los datos empíricos originales y códigos teóricos que se generaron a partir de la clasificación, ordenación e integración de la teoría y proveyeron un marco teórico que ayudara a organizar e integrar los códigos sustantivos en torno a aspectos con un mayor significado. Esto facilitó el proceso de codificación de los textos, principalmente como forma de preparación y organización de las informaciones en la primera etapa de análisis de material producido. Atlas.ti se sustenta en la teoría fundamentada, propuesta por Glaser y Strauss (1967), y desarrollada en posteriores trabajos por Strauss y Corbin (2002).

En primer lugar, trabajé a nivel textual, proceso que me permitió desglosar los datos en distintas unidades de significado. El objetivo fue generar un conjunto emergente de códigos.⁶⁵ Posteriormente, trabajé a un nivel conceptual, donde se realizaron nuevas agrupaciones entre los diferentes códigos alrededor de un eje, de acuerdo con sus propiedades y dimensiones. En último lugar, los códigos se agruparon en categorías principales. En este nivel, la idea fue identificar o delimitar aquellas categorías que se relacionan con la categoría central.⁶⁶

Con relación al procedimiento para pasar de una teoría sustantiva a la formal, se optó por comenzar con una categoría central y comparar sus fenómenos con distintas áreas sustantivas. Esto se realizó a través de la revisión de la literatura relevante relacionada

⁶⁵ Ver anexo 4

⁶⁶ Ver anexo 4

con las categorías centrales y/o alguna de sus dimensiones o propiedades. En esta primera parte del análisis, se generaron tres dimensiones: *Envejecimiento*, *Territorio* y *Género*. Estas tres dimensiones fueron generadas a partir de los conceptos presentes en el marco teórico de la investigación y de los temas emergentes del análisis de las entrevistas. Además, se construyeron redes conceptuales sobre los significados relacionados con cada una de las dimensiones.

De este modo, en el segundo momento de análisis, a partir de segmentos del corpus, se procedió a realizar el análisis de discurso por categorías, con el objeto de profundizar el análisis conceptual de las entrevistas, con esto, lo que se persigue el desarrollo de una cierta conceptualización con la consiguiente explicación del texto (Conde, 2010). Una categoría conceptualizadora es una producción textual en forma de expresión breve y que permite nombrar un fenómeno perceptible a través de una lectura conceptual de un material de investigación (Paillé y Muchielli, 2003). La organización de los hallazgos se llevó a cabo mediante un proceso teórico, en cuanto el proceso de categorización estuvo enlazado a aquellos temas relacionados con los objetivos de la investigación. Las categorías se organizaron en torno a las tres dimensiones de los significados de las principales construcciones (envejecimiento, territorio y género), para centrarme en la reconstrucción de los posibles sentidos del texto, en función del contexto de producción de estos y de los objetivos de la investigación. Esta tarea analítica, que ya había comenzado en las etapas de planificación del estudio (análisis proyectado) y de trabajo de campo (análisis preliminar), se realizó para asegurar la triangulación analítica.

En relación con una primera dimensión “Discursos y prácticas sobre el envejecimiento y la vejez en la Patagonia, desde la perspectiva de las generaciones”, se identifican los discursos sobre el envejecimiento entre las generaciones de la Patagonia, las tensiones, las continuidades que intervienen, las rupturas en la reproducción social que se configuran. Esta dimensión y las 5 categorías que emergen permiten observar cómo se construye el envejecimiento:

Tabla 21 Discursos y prácticas sobre el envejecimiento y la vejez en la Patagonia

Categoría	Descripción	Temas
Trayectoria en el curso de vida, una secuencia lineal en una pluralidad de idas y venidas.	Abordar las trayectorias del envejecimiento desde las biografías con la articulación de los fenómenos sociohistóricos que constituyen hitos significativos en la biografía de las personas.	• Desarrollo a lo largo de la vida • Tiempo y lugar
Transición: Procesos y eventos en las trayectorias personales.	Identificar algunos puntos de inflexión en las trayectorias vitales, que marcan la experiencia de envejecer, y una vejez particular.	• Procesos de las transiciones • Eventos de las transiciones
La identidad vivida: imaginarios acerca de la vejez y del envejecimiento	Visibilizar las grietas y subjetividades entre los modelos de envejecimiento convencional y otras narrativas de envejecimientos diversos y heterogéneos.	• Dialécticas de la soledad, dependencia y carga en la construcción del envejecimiento. • El envejecimiento y la vejez bajo la sombra de una masculinidad hegemónica. • La biopolítica del cuerpo: juventud, belleza y salud. • Desafíos en los sistemas de protección social y los cuidados en la vejez. • Imaginarios en construcción para comprender el envejecimiento.
La identidad percibida: Las reivindicaciones y demandas en la vejez	La agencia de las personas mayores, en abordar sus contextos y relaciones. Prestando atención al hecho de que la agencia en hombres y mujeres podría expresarse de forma diferente.	• Políticas públicas, derechos sociales para el envejecimiento y la vejez. • La exclusión social e inclusión de las personas mayores.
La identidad proyectada: Las prácticas de agencia ante la precariedad y vulnerabilidad en la vejez.	Prácticas de resistencia a las opresiones que las personas mayores despliegan para defender/ampliar sus derechos, considerando las posibilidades para hombres y mujeres.	• La agencia en las interacciones y relaciones intergeneracionales. • La agencia de las personas mayores y su incidencia en la acción social.

Fuente: Elaboración propia

En relación con una segunda dimensión sobre “El envejecimiento y las prácticas del habitar la Patagonia”, el análisis da cuenta de los aspectos abordados en el marco teórico, tomando en consideración que el envejecimiento se construye social y territorialmente, resulta oportuno realizar un análisis desde el territorio, donde se gestan procesos de producción de los sentidos sociales.

Tabla 22 El envejecimiento y las prácticas del habitar la Patagonia

Categoría	Descripción	Temas
Migración, una constante en la vida de las y los habitantes.		
Lejanía, como expresión del territorio al fin del mundo.		Dimensiones y narrativas que cruzan el territorio
Pertenencia, los matices de una identidad presente.		
La apropiación de un tiempo: La memoria territorial	Los recuerdos y las historias familiares y su relación con la historia regional son cruciales para comprender la identidad de estas regiones. Así como los procesos vinculados a las migraciones a lo largo de la historia.	• La historia familiar a través de la historia regional. • El contrapeso de la migración en la memoria territorial.
La apropiación de un espacio: La territorialidad en la construcción de sentido de la vejez y el envejecimiento.	El territorio en sus diferentes consideraciones, tanto en aquellos elementos simbólicos como materiales en los cuales se sustentan los significados de la vejez en el lugar que se habita.	• La tensión entre lo deseable y lo posible. • La aceptación del contexto territorial en la reivindicación de la vejez.
Territorio vivido: cotidianidad del habitar la Patagonia	Experiencias biográficas y valoraciones de las personas sobre el territorio en sus trayectorias vitales, en torno al habitar la Patagonia, centrándose en el proceso de envejecimiento.	• La percepción actual del territorio
La apropiación relacional: Redes locales y comunitarias de personas mayores	La participación de las y los entrevistados en organizaciones sociales.	• Las perspectivas de las redes locales y comunitarias • La formalización de las redes locales y comunitarias de participación

Fuente: Elaboración propia

Finalmente, una la tercera dimensión “Las desigualdades de género en el envejecimiento” se profundizó en las desigualdades a lo largo del curso de la vida. Profundizando la mirada interseccional sobre los roles generizados a lo largo de la vida, la capacidad de agencia de las mujeres, el trabajo de cuidado, la construcción y relaciones de pareja y la violencia de género. Me permite evidenciar 4 dimensiones importantes:

Tabla 23 Las desigualdades de género en el envejecimiento

Categoría	Descripción	Temas
Cuidados normados: La dinámica de los cuidados en las relaciones intergeneracionales	Abarca el impacto que tiene la doble presencia del trabajo de cuidado en la familia y en la comunidad, lo cual implica una continuidad de las labores de cuidado hasta la vejez.	• Quién asume los cuidados • Los cuidados y el conflicto en el marco de las relaciones interpersonales • Los cuidados, el hogar, el apoyo y los valores
Relaciones normadas: La construcción y dinámicas de la familia y de las relaciones de pareja	Los significados y las formas en las que se fueron construyendo las relaciones familiares y de pareja.	• Familia obligada • Familia por cercanía • Familia incierta • Familia monoparental • Más allá de la familia. Residir en la Patagonia
Cuerpos normados: Las violencias dentro del sistema patriarcal en el curso de la vida	Prácticas que surgen dentro de sistemas y estructuras patriarcales en el marco de las relaciones interpersonales, familiares y estructurales que incluye aspectos simbólicos, físicos, psicológicos, económicos que perpetúan las desigualdades y jerarquías de género.	• Violencia cultural y desigualdades de género • Dispositivos de la violencia estructural/institucional/simbólica • Violencia de género en el contexto de pareja y familiar • Violencia hacia las personas mayores
Espacios normados: El desempeño de roles generizados a lo largo del curso de la vida	Las representaciones hegemónicas de género en relación con las prácticas cotidianas, rastreando los quiebres y continuidades.	• Las tradicionales cuidadoras • La jerarquía de los roles masculinos • Las históricas jefas de familia • Roles negociados en la modernidad • Roles asociados a la división sexual del trabajo

Fuente: Elaboración propia



Úrsula Calderón – El Gigante de Piedra
 Relatos y Cantos Yaganes

CAPÍTULO VI: CONTINUIDADES Y RUPTURAS EN LA CONSTRUCCIÓN DEL ENVEJECIMIENTO.

El estudio del envejecimiento, como se ha expuesto a lo largo de esta investigación, se sitúa en la Patagonia y en comprenderlo desde el discurso de tres generaciones. Tras esta apuesta está la convicción de que los entornos socio históricos influyen en la manera en cómo se construye la vejez en términos sociales, históricos, culturales y relacionales. La óptica generacional plantea la comprensión del envejecimiento a través del tiempo, teniendo en cuenta las trayectorias a lo largo del curso de vida que caracterizan a diferentes generaciones. Por un lado, adopto una perspectiva sincrónica que me permite describir el fenómeno en un momento dado. Y, por otro lado, me sitúo en la necesidad de conocer no sólo cómo evolucionan los grupos a lo largo del tiempo, sino también las trayectorias vitales de las personas que las componen. Asumo el paradigma del curso de vida, definido como una secuencia de eventos, procesos y roles definidos socialmente que las personas experimentan a través del tiempo (Giele y Elder, 1998), que se materializa y evoluciona a través de trayectorias simultáneas pertenecientes a diferentes esferas vitales: familia, trabajo, salud, vivienda, etc.

Por lo cual, en este capítulo se analizan las formas en que las generaciones del extremo sur de Chile construyen la vejez y el envejecimiento. Es así que se intenta dar respuesta a dos de los objetivos propuestos en esta investigación, que apuntan a **describir y analizar los discursos sobre el envejecimiento de tres generaciones en la Patagonia Aysén y Magallanes; y determinar elementos de continuidad y ruptura que intervienen en la reproducción social y configuración del envejecimiento desde el punto de vista generacional.**

Para ello, tal como lo presento en el capítulo 5, para la realización del análisis y como parte del proceso de codificación, fueron definidas 5 categorías que serán desarrolladas a continuación. Ahora bien, en relación con un primer momento del análisis, se realizó una interpretación de las principales características generales del análisis de contenido de las entrevistas, analizadas con el programa Atlas.ti, de allí emergen dos categorías y una red semántica construida con sus códigos y la representación gráfica de estas relaciones. De igual modo, en un segundo momento de análisis de los hallazgos, y para profundizar en

la conceptualización de la vejez y el envejecimiento en la Patagonia austral, surgen tres categorías conceptualizadoras de los discursos que intenta acceder directamente al significado en las construcciones del envejecimiento desde la perspectiva de las tres generaciones. Por ello, y de acuerdo al análisis realizado, se proponen estas cinco categorías que logran aprehender los diversos discursos y subjetividades asociadas al envejecimiento, qué continuidades y rupturas se evidencian.

Ciertamente, lo que se evidencia es una mirada reflexiva sobre el pasado y presente en el que se entremezclan las concepciones de la vejez y el envejecimiento derivadas de marcos normativos hegemónicos, de las experiencias personales y de las relacionales situadas en el territorio para tensionar la vejez hegemónica, con algunos matices generacionales. Además, se pudieron identificar algunos aspectos materiales, que hacen referencia a las condiciones más generales de la vida cotidiana, más compactas, más inamovibles, que requieren de mayores recursos materiales más que simbólicos para su construcción. En general se configuran estrategias o intervenciones de carácter más tangible que se diseñan y llevan a cabo con el objeto de que tengan una duración de largo plazo, es decir que son elementos internos de las construcciones sociales (como, por ejemplo, el derecho a la salud y a las pensiones de jubilación) y algunos aspectos simbólicos como componentes esenciales de la realidad en la que las personas viven y actúan. Si se considera que el mundo social funciona a través de lenguajes y códigos más o menos desarrollados, la dimensión simbólica de la realidad se hace más evidente en, por ejemplo: las imágenes y las creencias que se tienen acerca de la vejez y el envejecimiento, el recuerdo del pasado, los estudios, la soledad, la dependencia, etc.

De acuerdo a la estrategia seguida, como primer resultado en la figura 14 se muestra la red semántica completa y extendida que se generó a partir del análisis de los códigos asociados a este campo, representada, conjuntamente, por las relaciones expresadas por las personas entrevistadas. Esta red se centra en dos categorías, **trayectoria y transición**, que pueden considerarse como núcleos centrales de la narrativa, comprendiendo que la vejez se construye a lo largo del transcurso de la vida y no como último punto, de esta forma, este proceso se ve como un continuo de transiciones y trayectorias individuales y sociales.

Esta red semántica da cuenta de algunos eventos de variabilidad en el transcurso del curso de vida que permiten rastrear una dinámica y determinar algunos momentos en que ocurren sucesos decisivos típicos de la vejez, por ejemplo: la viudez, la jubilación, la importancia de los temas de salud o los cambios en el cuerpo. El conocimiento de la trayectoria de las personas que envejecen también nos permite formular hipótesis sobre la relación entre su migración, biografía educativa, ocupacional, relacionada con la salud y social y la diversidad actual de la población de personas mayores en términos de su situación vital, estilo de vida, puntos de vista y expectativas.

Por último, señalar que, la construcción social del curso de vida es compleja y multidimensional. La institucionalización del curso de la vida, propia de la modernidad, no significó sólo la reglamentación de las secuencias, sino también la constitución de perspectivas y proyectos, por medio de los cuales las personas se orientan y planean sus acciones, individual y colectivamente (Grin Debert, 2011).

6.1. Un acercamiento a los imaginarios asociados al envejecimiento y la vejez en la Patagonia.

Al explorar el curso de la vida, nos adentramos en el análisis de las trayectorias y transiciones que ocurren entre las distintas fases vitales, así como en las circunstancias que las rodean a lo largo del tiempo. Esto se realizó con el propósito de entender cómo los entornos en constante cambio influyen en las personas y, a su vez, cómo estas personas eligen y moldean sus propios ambientes.

6.1.1. *Trayectoria en el curso de vida, una secuencia lineal en una pluralidad de idas y venidas.*

El enfoque del curso de vida ubica las vidas de las personas dentro de una matriz histórica y sociocultural, considerando al mismo tiempo las modificaciones en las trayectorias biográficas. De esta manera, facilita la conexión entre la historia, las estructuras sociales y los itinerarios biográficos. La pluralidad de trayectorias me permite abordar esta categoría desde una concepción dinámica y diacrónica, es decir, en las mismas fases biográficas, pero en distintos pasajes de la historia.

En primera instancia, en esta investigación las personas entrevistadas reconocen que la vida de cada persona sigue una secuencia lineal de etapas, que incluye la infancia, la adolescencia, la juventud, la adultez y, finalmente, la vejez. Se refuerza la idea de la sincronía de la diacronía (Canales y Ghiardo, 2012), es decir, personas que han vivido similares etapas biográficas, pero en distintos momentos de la historia, en una secuencia lineal, pero con una pluralidad de trayectorias. En esta línea, en nuestras sociedades occidentales, la edad constituye uno de los factores primordiales en la determinación de la ubicación y los roles otorgados a las personas dentro de las estructuras sociales y económicas (Martín Criado 2009; Gutiérrez y Ríos, 2006, Feixa, 1996). Particularmente, la edad cronológica suele ser el criterio predominante para definir estas etapas, estableciendo normas y expectativas para lo que se considera apropiado en cada una de ellas (Grin Debert, 2011). Se observa cómo este criterio ha permeado la estructura de edades como constructo social que asigna roles, responsabilidades y estatus a las personas en función de su edad.

La perspectiva del curso de vida se centra tanto en factores micro como macro que impactan a una persona a lo largo de su vida, y cómo este conjunto de experiencias se despliega durante la vejez (Elder et al., 2006). En este caso, se observa una relativa homogeneidad en cómo se construye una trayectoria a través de la edad. Estos mismos autores describen que el curso de vida sirve como marco para conceptualizar cómo las personas avanzan a lo largo del ciclo de vida, inspirados en los diferentes conjuntos de valores y creencias proporcionados por sus culturas. Es así que la edad se convierte en una categoría social importante que determina la posición de una persona dentro de las estructuras socioeconómicas y está construida en función del tiempo y el espacio. Además, se destaca que las experiencias acumuladas en cada etapa anterior tienen un impacto en cómo se vive la vejez. En términos gráficos se observa lo siguiente:

Figura 15 Red semántica trayectoria (1)



Fuente: Elaboración propia.

Uno de los aspectos importantes de la perspectiva del curso de vida, es el **desarrollo a lo largo de la vida**, que supone que la vida es un continuo (Elder et al., 2006). En consecuencia, el envejecimiento no es una etapa aislada de la vida y los acontecimientos que ocurren en etapas anteriores tienen un impacto duradero. En este sentido, la trayectoria determinada por la edad o los procesos de envejecimiento se puede dividir en tres fases:

(i) La primera fase del curso de vida, que abarca la **infancia, adolescencia y juventud**, se presenta de manera distinta en las narrativas de las tres generaciones analizadas. Así, las percepciones sobre el envejecimiento están conectadas con acontecimientos tempranos de la vida. Esta diferencia en las experiencias se debe a diversos factores socioeconómicos y culturales que han influido en cada generación. En las generaciones mayores, se observa una tendencia a tener recuerdos vagos de la infancia, marcada por una transición temprana y abrupta a la adultez. Para muchos de ellos/as, la necesidad de trabajar desde edades muy tempranas significó la ausencia de una adolescencia claramente definida, con una responsabilidad adulta asumida prontamente:

“Porque en ese tiempo en la primaria... había que sacrificarse, ir a caballo a Coyhaique y quedarse allá y es lejos, porque mis viejos vivían acá cerca, así era nuestra infancia... y bueno éramos hartos hermanos, éramos ocho, con mucho sacrificio criarse porque en esos años era más difícil” (Domingo, 60 y más años, Coyhaique).

Por otro lado, en las generaciones más jóvenes, aunque también han enfrentado la necesidad de migrar temprano por motivos de estudio o trabajo, la percepción y vivencia de la infancia y la adolescencia tienden a ser diferentes. Estas generaciones han experimentado una infancia y adolescencia más prolongadas, aunque con transiciones menos definidas hacia la juventud. En este contexto, la infancia se considera como **parte de** la adolescencia y esta, a su vez, como **parte de** la juventud. Esto sugiere una visión más integrada y menos segmentada de estas etapas de la vida. Bajo esta perspectiva, la edad se concibe como una categoría dinámica, relacional y conformada en función del espacio y el tiempo. La juventud, en particular, se ve como un período extenso con límites difusos, reflejando posiblemente los cambios en la educación, el mercado laboral y las normas sociales que han alterado las trayectorias de vida tradicionales:

“Yo creo que uno se imagina, bueno cuando me casaré, tendré hijo, no sé, yo creo que ni siquiera tuve, porque a los quince, dieciséis años, catorce años, uno era niña ... yo era niña, yo jugaba con cosas de niña, si bien es cierto no con muñecas, pero me gustaba hacer otras cosas, me gustaba salir mucho con la abuela, era partner [compañera] de ellas, éramos cómplices, de repente pasábamos por ahí a comprar cositas, a comer

alguna cosita rica, me gustaba mucho andar con ella ... “ (Valentina, 30 y 59 años, Punta Arenas).

La percepción de haber tenido una infancia feliz es un elemento común entre las generaciones, aunque las características de esta “felicidad” varían según el contexto histórico y geográfico en que se desarrollaron. En el caso de las generaciones mayores, su percepción de una infancia feliz está estrechamente ligada a las características específicas de los lugares donde crecieron, como Aysén y Magallanes. En la región hay poblados más pequeños, que ofrecían un alto capital social. En comunidades pequeñas, las relaciones sociales suelen ser más fuertes y directas, lo que puede contribuir a un sentido de seguridad y bienestar. La calidad de vida en estos lugares, mejorada por el capital social, podría haber jugado un papel crucial en la percepción de una infancia feliz. Por lo tanto, en las generaciones mayores que crecieron en estos entornos esto influyó para que las personas entrevistadas sientan que vivieron una **infancia feliz, cómoda y segura**.

La infancia y juventud de muchas personas han estado marcadas por **migraciones intrarregionales** como a otras regiones e incluso internacionales. Estas migraciones han sido impulsadas principalmente por la búsqueda de oportunidades educativas. En el caso de las migraciones intrarregionales, muchas familias se han trasladado dentro de la propia región para proporcionar a sus hijos/as acceso a la **educación básica o media**. Esto es usual en áreas donde los establecimientos educacionales están concentrados en los centros urbanos o ciudades más grandes, obligando a las familias de áreas rurales o más remotas a desplazarse. Por otro lado, las migraciones interregionales e internacionales se han vuelto cada vez más habituales para acceder a la **educación superior**. Con una oferta limitada de universidades o instituciones de educación superior en las regiones, muchos/as jóvenes buscan oportunidades educativas en otras regiones del país:

“Sí, un tiempo por estudios, por la enfermedad de mi abuelo, en Santiago por los menos, y me tuve que ir para allá, por lo menos, y en Arica por estudios, 5 años en Arica”
(Mateo, 18 y 29 años, Punta Arenas).

El fenómeno de la migración de jóvenes, especialmente en el contexto de la educación, presenta un conjunto de factores y posibilidades que merecen una indagación detallada. Primero, es esencial reconocer que la educación actúa como un catalizador principal para este movimiento de las y los jóvenes desde sus regiones de origen hacia otros territorios. Varias problemáticas subyacen a este éxodo, cada una de las cuales añade una capa de

complejidad a la decisión de trasladarse. Una de estas problemáticas es la distancia física para acceder a instituciones educativas. En estas regiones, la falta de proximidad a centros de educación superior obliga a los jóvenes a trasladarse a lugares más urbanizados o centrales. Otro aspecto crucial es la dificultad económica asociada con el acceso a la educación superior. Los costos de matrícula, alojamiento, alimentación y otros gastos relacionados son significativos y a menudo deben ser asumidos por las familias de los estudiantes. Esto puede llevar a una carga financiera considerable, especialmente para las familias de bajos ingresos. Además, la limitada oferta académica en las regiones es un factor que empuja a las y los jóvenes a buscar oportunidades educativas en otras regiones. Este aspecto refleja una desigualdad en la distribución de recursos educativos, que favorece a ciertas áreas sobre otras:

“Pero... pero sí, tú sabes, la educación acá gratis no es, hay que pagarla y por mucho crédito que tenga, mi papá es el que apañó con todo. Por ejemplo, nosotros estábamos en un departamento que ellos compraron y es el departamento donde ellos están ahora, ellos lo compraron pensando en que nosotros fuéramos allí a estudiar y que... y que tenía que irnos bien y para que nos vaya bien, tiene que haber un contexto, donde nosotros podamos estar bien y tranquilos” (Diego, 18 a 29 años, Porvenir).

La segunda idea en torno a la migración de los y las jóvenes y la educación se centra en la conexión entre los estudios y las futuras oportunidades laborales. Esta relación no es trivial, ya que las motivaciones personales para perseguir la educación superior a menudo están arraigadas en el deseo de orgullo familiar y la aspiración de contribuir positivamente a la sociedad. La educación se percibe no solo como un medio para adquirir conocimientos y habilidades, sino también como un vehículo de movilidad social:

“Lo más destacable es que hayamos criado a nuestros hijos, que le hayamos dado su preparación, le dimos la escuela para que sean lo que son, eso es lo más grande que hemos hecho, para ellas es todo el capital porque hicimos lo posible para que tenga el estudio, eso es lo más destacable, es la bendición más grande que tenemos porque con eso ellas pueden ganar su vida bien, no se necesitan herencias para eso, eso es lo más grande. La herencia mejor que los padres le pueden dejar a sus hijos es la educación” (Martín, 60 y más años, Coyhaique).

Por último, el tercer elemento clave es el aspecto económico de la educación superior. Desde 2016, Chile ha implementado un sistema de gratuidad progresiva en las universidades tradicionales, lo cual representa un cambio significativo en la forma en que se financia la educación superior. Esta política implica una crítica implícita al sistema educativo anterior, que estaba estrechamente vinculado al sistema económico y dependía en gran medida de las becas para facilitar el acceso a la educación. La implementación de

la gratuidad progresiva busca aliviar la carga financiera de los estudiantes y sus familias, democratizando el acceso a la educación superior y reduciendo las barreras económicas.

Por otro lado, se da una paradoja en las generaciones mayores, las cuales manifiestan, en su mayoría, haber tenido una **infancia feliz**, sin embargo, vivieron **en condiciones muy precarias**, desarrollando **trabajo infantil** y con un nivel más bajo de **educación**. Se observa, también, que el paso de la **infancia a la adultez se produce de forma inmediata** marcado por la formación de una familia propia a edades tempranas:

“Uno se iba después de la esquila porque esquilaban pronto en diciembre, después de la pascua [navidad], le sacaban la lana a las ovejas y a la veranada, peladitas las llevaban, con sus hijos, con sus corderitos y no volvía hasta abril, así que estaba todo enero, febrero, marzo y abril, a fines de abril yo estaba bajando de la hacienda de la cordillera, era unos meses que me pasaba por ahí, después pal invierno en la casa tenía más amparo de todo el resto, ya habían llegado de los trabajos que hacían los veranos, todos se arribaban [llegaban] a la casa a pasar el invierno era encachada [entretenida] la vida, de a pocos nos fuimos casando, saliendo y dejando solo a los viejos [padres] hasta que finalmente quedaron solo los viejos, con los puros nietos, como le pasa a cualquiera” (Martín, 60 y más años, Coyhaique).

ii) La fase que he denominado de **la adultez**, como se desprende del análisis de las entrevistas, es una etapa marcada por ser una consecuencia directa de las experiencias y desarrollos de las fases anteriores —infancia, adolescencia y juventud. Esta etapa representa no solo una continuación del desarrollo personal y social, sino también un período de transición hacia la madurez y preparación para la etapa posterior de ser una **Persona Mayor**.

Una característica distintiva de la adultez es su naturaleza dinámica, en la cual el aprendizaje y el cambio continúan siendo elementos centrales. Además, la adultez es vista como una etapa de consolidación **económica** y laboral. La **independencia económica**, especialmente en relación con los padres y madres, es un hito importante en esta fase. Esta independencia económica no solo es relevante en términos materiales, sino que también simboliza la autonomía, la responsabilidad y el logro personal. Asimismo, la adultez también se percibe como un período de preparación para la próxima etapa de la vida: **la Vejez**:

“Sí poh, ¿lo económico? Si todo gira en torno a eso, claro. Lo económico, después... las amistades no te cambian... Ah, a lo mejor el círculo, a ver... no sé si será tan importante el hecho que antes tú te arreglabas para ir a trabajar, andabas como una loca, te levantabas, te duchabas, te tomabas una taza de café y partías. Y el día que yo jubilé, que yo no fui más a trabajar, me senté a tomar desayuno. Que esto mejora la

tranquilidad, puede ser, un cambio, la vida más tranquila ...” (Amelia, 60 y más años, Puerto Aysén).

(iii) Finalmente, la fase de la **Persona Mayor**, tal como se desprende del análisis, adquiere su significado y relevancia a partir de la acumulación de experiencias y aprendizajes obtenidos durante la etapa adulta. La vejez, en este contexto, se entiende principalmente a través de cambios en la **salud**, que incluyen la pérdida de ésta y el aumento en la prevalencia de patologías crónicas o enfermedades degenerativas:

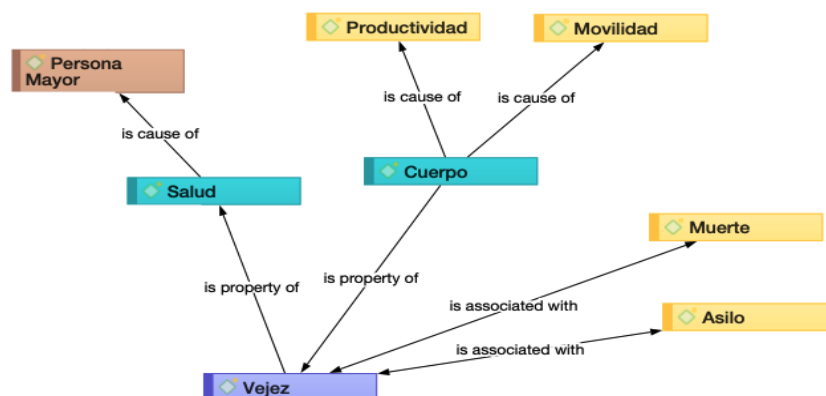
“Yo con enfermedades nada más, para mí la vejez es enfermedad nada más, pero no siempre, yo veo a mi mamá que tiene 81 y está sana, capaz que yo tenga 60 y esté enferma, capaz que yo con 60 ya esté vieja o súper enferma, entonces yo relacionar la vejez con enfermedad” (Emma, 30 y 59 años, Puerto Natales).

En cierto sentido, la salud en la vejez se convierte así en un foco central, marcando esta etapa como un período donde los desafíos relacionados con la salud son particularmente relevantes. La pérdida de autonomía funcional y la aparición de condiciones crónicas como la diabetes, la hipertensión arterial y la artritis son ejemplos de cómo los cambios en la salud pueden dar forma a la experiencia de la vejez.

“Porque ¿qué voy a venir a hacer, a estar en la casa desocupado? No me hallaría, me aburriría estar sin trabajo, en cambio, voy a trabajar 5 horas porque ahora no me dan casi nada de trabajo, estoy demasiado regalón porque sufrí un problema al corazón cuando estaba trabajando hace un tiempo, casi me muero una noche del corazón, de la misma lesera [de la presión, entonces le dije a mi jefe que no iba a trabajar más de noche ...” (Martín, 60 y mas años, Coyhaique).

En este modelo, el sentido de convertirse en una persona mayor y la transición hacia la vejez se significa a través del deterioro de la salud y la autonomía. Es importante notar que la trayectoria entre ser una persona adulta mayor y entrar en la etapa de la vejez no es necesariamente lineal ni homogénea, y no está determinada únicamente por la edad cronológica, sino más bien es una relación causal que se produce por el deterioro y la pérdida de la salud que es vivida desde la percepción subjetiva. La manera en que cada persona experimenta esta transición puede variar ampliamente, dependiendo de sus circunstancias de salud, su estilo de vida, sus experiencias previas y sus actitudes personales hacia el envejecimiento. Si bien la edad posee un valor simbólico innegable, no necesariamente debe definir la existencia de las personas, las diferencias individuales y las experiencias acumuladas son más diversas (Riera, 2005). El recorte de la red semántica se observa en la figura 16.

Figura 16 Red semántica trayectoria (2)



Fuente: Elaboración propia.

Aquí, se evidencia otro aspecto que caracteriza la perspectiva del curso de la vida, **tiempo y lugar** (Elder et al., 2006), ayuda a proporcionar un contexto para la vida de una persona que crea variaciones culturales e históricas. La asociación de la adultez mayor como **causa** de la pérdida de salud y, por consiguiente, con el inicio de la vejez, trae consigo una serie de percepciones y realidades que impactan profundamente la experiencia de envejecer. La pérdida de **productividad** percibida en la vejez está estrechamente vinculada a la capacidad de ser productivo económicamente y de cumplir con las demandas y expectativas sociales. El edadismo hacia las personas mayores en las sociedades occidentales se manifiesta en diversos ámbitos, contribuyendo a la formación de estereotipos que perciben la vejez como una etapa no productiva, que no aporta a la sociedad, y como una carga, sin otorgarle el valor que merece (Deusdad, 2020). Nuestro sistema económico capitalista basado en creación de valor y la eficiencia tiene implicancia en el envejecimiento y que se manifiesta de varias maneras, reflejando cómo las dinámicas económicas y sociales influyen en las experiencias y percepciones del envejecimiento. Este sistema se sostiene porque lo prioritario en nuestras vidas es todo aquello que pertenece al ámbito de lo productivo, relegando lo reproductivo a un segundo plano (Carrasco, 2017; Pérez-Orozco, 2014). En el contexto del capitalismo, el

envejecimiento activo se promueve como una estrategia para gestionar las consecuencias demográficas y económicas del envejecimiento de la población, enfatizando la productividad y la participación continua en la fuerza laboral como aspectos deseables y necesarios para el bienestar social y económico. En nuestras sociedades, la valoración de las personas a menudo se basa en su capacidad para contribuir económicamente o realizar tareas cotidianas independientemente. Cuando la salud comienza a declinar y los cambios físicos limitan la movilidad o la capacidad de realizar estas tareas, se puede percibir que la persona mayor pierde su posición de prestigio social:

“Yo creo que se ha tratado de cambiar mucho la imagen dando más oportunidades a las personas mayores, oportunidades de trabajo con cada programa que se ha implementado, pero, aun así, sigue el estigma o ese calificativo que las personas mayores no son productivas, creo que aún sigue existiendo” (Matías, 18 a 29 años, Punta Arenas).

La vejez se reconoce como la etapa final en el ciclo vital humano, y está comúnmente asociada con percepciones que la relacionan con el deterioro y la dependencia (Villar y Serrat, 2014). Esta percepción puede llevar a asociaciones negativas con la vejez, como la idea de que el envejecimiento inevitablemente conduce a estar en un **asilo**,⁶⁷ a la **muerte**, y a sufrir un deterioro generalizado. La vejez puede implicar enfrentar desafíos de **salud** y cambios en el **cuerpo**, que, a su vez, son causados por la disminución de la **movilidad**, lo que, finalmente, tiene como consecuencia la pérdida de la independencia y autonomía:

“Pienso yo, porque el caso de personas que toda la vida han estado en el campo, y que de repente la lleven y la dejen ahí, donde tiene que depender de otras cosas, que tiene un horario para acostarse, para levantarse, todas esas cosas, no debe ser fácil. Ni en ningún hogar tampoco, en la ciudad debe ser peor” (Sara, 60 y más años, Coyhaique).

La adaptación y el ajuste a los cambios que caracterizan al envejecimiento (productividad, movilidad, salud, vivienda, etc.) dependerán críticamente de las narrativas personales y colectivas construidas a lo largo de la vida, así como de las acciones emprendidas para mitigar o enfrentar sus efectos. Bajo este marco teórico, es imprescindible reconocer la heterogeneidad intrínseca del proceso de envejecimiento, el cual no puede ser conceptualizado como una categoría monolítica debido a la diversidad de contextos y perspectivas interpretativas que emergen a raíz de condiciones históricas y

⁶⁷ Si bien el término que actualmente se utiliza en Chile es de Residencia o Establecimientos de Larga Estadía, se consideró utilizar la palabra Asilo, ya que es el concepto que utilizaron las y los entrevistados, lo que da cuenta del imaginario asociado bastante potente y negativo de la vejez.

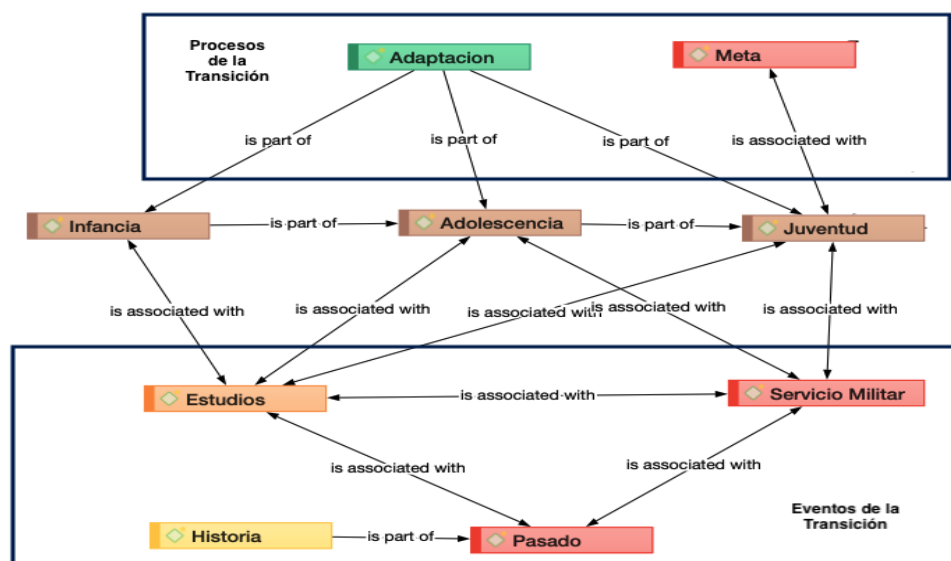
diferenciaciones etarias específicas (Katz y Calasanti, 2015). En este sentido, el envejecimiento constituye un fenómeno de considerable complejidad y controversia, ya que afecta transversalmente a diversos sectores de la sociedad, implicando un desafío que va más allá del ámbito individual (Salvarezza, 2002).

6.1.2. Transición: Procesos y eventos en las trayectorias personales.

La **Transición** en el contexto del curso de vida da cuenta de los cambios significativos que ocurren en las distintas etapas de la vida de una persona. Estos cambios, que pueden ser en estado, posición o situación, no son necesariamente predeterminados ni completamente previsibles, pero marcan puntos de inflexión en la trayectoria vital de una persona (Elder et al., 2006). Los **eventos** específicos o los procesos más generales desencadenan estas transiciones, y cada uno de ellos puede tener un impacto sustancial en cómo las personas experimentan y comprenden la vejez y el envejecimiento. Por ejemplo, el ingreso o salida del sistema educativo. El nivel educativo, como indican las investigaciones de Berriel et al. (2012), es un indicador relevante en la construcción de significados sobre la vejez y el envejecimiento. Otro evento significativo es la realización del servicio militar, especialmente para los hombres. Esto a menudo implica alejarse de los grupos familiares y sociales habituales.

Además de estos eventos específicos, hay **procesos** más generales que también contribuyen a las transiciones en el curso de la vida, como la adaptación a nuevas situaciones sociales. Estos procesos pueden incluir cambios en el entorno laboral, en la estructura familiar (como el matrimonio o el nacimiento de hijos/as), o la adaptación a cambios culturales o tecnológicos.

Figura 17 Red semántica Procesos de la transición Infancia, Adolescencia y Juventud



Fuente: Elaboración propia.

Siguiendo con los aspectos que caracterizan la perspectiva del curso de la vida, el cuarto principio, el tiempo, proporciona información sobre el tiempo en el que vive la persona. En este análisis de contenido, presento un recorte de la red semántica de la construcción de la vejez, la identificación de fases de transición dentro de la red semántica es esencial para comprender cómo se forma y evoluciona la percepción de la vejez a lo largo de la vida. La primera fase de transición, que abarca la **“Infancia, Adolescencia y Juventud”**, que lleva asociados los procesos de **Adaptación y Metas**, durante la infancia, adolescencia y juventud, el proceso de adaptación es un componente central. Además de los eventos como **Estudios y Servicio Militar**, momentos definitorios en la red semántica reunidos en **Historia y Pasado**, la forma en que se interpretan y se recuerdan estos eventos y procesos es parte de la construcción de la historia personal y del pasado. Tal como se observa en términos gráficos en la figura 17.

La última dimensión en el análisis de la construcción de la vejez se centra en el campo de la **Vejez** propiamente dicha, que se ve influenciada y determinada por una serie de eventos asociados principalmente al deterioro de la **Salud**. Esta dimensión abarca cada una de las etapas anteriores de la vida, culminando en un estadio donde los cambios en la salud y el cuerpo se convierten en elementos definitorios. La **pérdida de productividad y movilidad**, entendida aquí como la capacidad de ser productivo y de responder a las exigencias del medio social, se manifiesta a medida que el cuerpo experimenta cambios relacionados con la edad. En la intersección de la edad y el sistema capitalista de nuestra

sociedad, se fomenta una naturalización de la productividad como valor intrínseco, incluso en la vejez. Las formas productivas del sistema capitalista generan una autopercepción de que las personas mayores, jubiladas, desempleadas o con dependencia son improductiva. Esto puede llevar a la valoración de las personas mayores y una autopercepción en términos de su capacidad para seguir siendo económicamente activas, potencialmente marginando a aquellos que no pueden o no desean participar en estas formas de actividad:

“Sí, bueno, lo único que va cambiando es que ya no tengo la agilidad que tenía, ese vigor para ciertas cosas, porque hay veces que hay cosas que ya me cuesta hacerlas, por ejemplo yo trabajaba en construcción, ya no puedo hacerlo, porque no puedo aserruchar, no puedo usar la cortadora, porque ya no tengo fuerza en los brazos, ya no tengo fuerza en esta mano, tomo la tetera con agua y de repente se me cae, hay veces que no, pero sufro de eso, entonces ya no estoy apta para trabajar como esas cosas y eso me atemoriza igual, porque bueno, después pienso: “si no puedo trabajar afuera trabajaré en mi casa, en artesanía” y cosas así y ahí, estaré acá, si un hijo me cuida, estaré con ellos, no estaré sola, porque hubo un tiempo en que mi hijo estaban estudiando en Coyhaique y yo pasé mucho tiempo... como tres años que lo pasé sola y ahí me lateaba [aburría] en las noches, una vez estuve enferma, no venía ninguno, de repente apareció un chico que era conocido acá en la casa y a veces me viene a hacer pan, a cortar leña y eso me da miedo, pero ahora como estoy con mi hijo y mi nuera ya no tengo ese miedo, porque yo digo, como quiera que sea, igual me van a hacer las cosas, igual voy a estar con alguien, si estoy enferma, no creo que ellos sean tan ingratos que yo me tenga que levantar o que esté sin comer por, eso no lo pienso de esa manera, pero yo creo que si estuviera sola, sí pensaría esa parte, porque lo pasé ya cuando mi hijito estaba estudiando” (Olivia, 60 y más años, Coyhaique).

La movilidad, tanto física como social, también puede verse reducida, lo que impacta en la independencia y la autonomía de las personas mayores. Del mismo modo, **Asilo y Muerte** son elementos cruciales que marcan este último estadio de transición. El *asilo*, ya sea entendido como un lugar físico de cuidado o como un estado de dependencia, representa un cambio significativo en el estilo de vida y en la percepción de autonomía. La muerte, como el evento final en la trayectoria de la vida, también es un aspecto fundamental en la conceptualización de la vejez, marcando el término de esta etapa y de la vida misma:

“¿sabe qué? aunque la gente lo niega, uno siempre tiene miedo a morir, porque es algo muy extraño, es algo que uno no sabe cómo va a suceder, ¿cuándo va a suceder?, pero le tiene miedo de que llegue ese momento. Yo siempre he dicho que la gente... “Ah, yo no tengo miedo a morir”, son palabras dichas así, en vano, porque todos tenemos miedo a morir. Ese es uno de mis grandes miedos. Y ojalá nunca el señor se llevé a mis hijos antes que a mí, que ellos me sepulten a mí, ese es el único deseo que tengo, el miedo es perder a uno de mis hijos antes” (Paula, 60 y más años, Puerto Natales).

Los estereotipos negativos de edad pueden tener efectos perjudiciales en el bienestar de las personas mayores. En el contexto en el cual se desarrolla esta investigación, el edadismo puede manifestarse en los discursos sobre las pérdidas: movilidad, productividad, de salud y muerte que asumen homogeneidad en las capacidades y necesidades de las personas mayores, ignorando su diversidad. El edadismo no solo afecta negativamente la percepción de los propios mayores, sino que también puede tener consecuencias perjudiciales para su bienestar y salud mental, al reforzar estereotipos negativos que pueden ser internalizados por las propias personas mayores:

“No sé qué tienen los chicos [jóvenes] en la mente, piensan que ellos no van a llegar a esa edad, piensan que siempre van a ser jóvenes, pero imagínate, hay viejitos que los dejan sus nietos, sus hijos, porque es una carga, entonces no puede ser una carga: “pucha! ¡Mi mamá que se enfermó!, no puedo salir porque me tienen amarrado”, si uno crece [criar] a sus hijos y los creces bien, tienes que cuidar a tu abuelita o tienes que cuidar a... tú vas a salir con tu abuelita y eso no es una afrenta, ¡¡cómo va a ser una afrenta salir con tu abuelita!! ¡O salir con tus abuelitos!, los chicos de ahora no saben pensar” (Agustina, 60 y más años, Punta Arenas).

Reconocer la diversidad de la vejez es fundamental para superar las visiones edadistas y restringidas que a menudo se asocian con esta etapa de la vida. El edadismo, que implica prejuicios y estereotipos basados en la edad, puede llevar a una percepción negativa y limitada de la vejez, restringiendo las posibilidades de bienestar para las personas mayores (Butler, 1969). Esta visión limitada puede tener consecuencias adversas tanto para las personas mayores como para la sociedad en general. Una visión negativa de la vejez puede impedir que las personas se comprometan con acciones proactivas que son cruciales para un envejecimiento saludable.

Por otro lado, la preparación para una vejez saludable incluye el cuidado continuo de la salud física y mental. Esto implica no solo la atención médica regular sino también el mantenimiento de un estilo de vida saludable. Sin embargo, las actuales políticas de salud, no alcanzan de manera uniforme a toda la población. Los sectores económicos más empobrecidos a menudo enfrentan barreras para financiar el cuidado de la salud y acceder a prestaciones que no están incluidas en los servicios públicos asistenciales. Esto plantea cuestiones sobre la calidad de vida y el acceso equitativo a la misma para todos los grupos sociales (Moya, 2013):

“La vida en la parte económica no es fácil en la región porque es caro, sobre todo para una persona... creo que depende del tipo de empleados, tienen mayor facilidad para vivir, los empleados públicos que ganan derecho a zona [bono] y todo, pero la mayoría, el resto de la población, empleados particulares, no es fácil porque los sueldos no son tan buenos, la vida es cara, la leña, la luz, la gente que no tiene una casa, los arriendos

son carísimos, entonces es fácil. Para una adulta mayor como yo, tampoco es fácil, por eso he estado trabajando hasta esta fecha que ya... un par de meses más me voy a retirar, pero ya más o menos sé lo que significa... lo que va a significar, yo tengo mi casa que es mía, tengo un pequeño departamento para mí, y arriendo la otra parte, y mi pensión que no es gran cosa, pero se vive, se puede vivir de acuerdo a cómo uno se programe, salvo que uno nunca piensa cuando es joven, que cuando llega la edad, llegan las enfermedades, los remedios son caros. Un montón de cosas que uno no está preparada, entonces yo creo que a estas alturas ya... Pero uno nunca sabe, los años... los años mayores son más difíciles. Y uno nunca piensa cuando es joven, nunca, la verdad es que..." (Sara, 60 y más años, Coyhaique).

No obstante, las redes de apoyo social son vitales en todas las etapas de la vida, pero se vuelven aún más cruciales en la vejez (Guzmán et al., 2003). En términos estrictos, las redes se refieren a las relaciones que establecen las personas unas con otras. Los apoyos, por su parte, enfatizan los distintos tipos de ayudas e intercambios que surgen en las relaciones interpersonales, así como a los miembros considerados emocionalmente cercanos (Fiori et al., 2007; Pinazo y Sánchez, 2007). En otras palabras, las redes sociales hacen alusión a la estructura de relaciones, en tanto el término apoyo, alude a las funciones específicas de dichas redes. Guzmán et al. (2003), desarrollan el concepto de apoyo social, entendido como las transacciones interpersonales que implican ayuda, afecto y afirmación. Este conjunto de apoyos interpersonales, que opera en las redes sociales, se presenta como un flujo de intercambio y circulación de recursos, acciones e información. Desarrollan cuatro categorías de apoyos: materiales, instrumentales, emocionales y cognitivos (Guzmán et al., 2003). Los apoyos materiales implican un flujo de recursos monetarios (dinero en efectivo, sea como aporte regular o no, remesas, regalos y otros) y no monetarios, bajo diversas formas de apoyo material (comidas, ropa, pago de servicios y otros). Los apoyos instrumentales pueden ser el transporte, la ayuda en labores del hogar, el cuidado y acompañamiento. Los apoyos emocionales se expresan, por ejemplo, por la vía del cariño, la confianza, la empatía, los sentimientos asociados a la familia y la preocupación por la/el otra/o. Pueden asumir distintas formas, como visitas periódicas, transmisión física de afecto, entre otras. Los apoyos cognitivos se refieren al intercambio de experiencias, la transmisión de información (significado), los consejos que permiten entender una situación, entre otros (Guzmán et al., 2003).

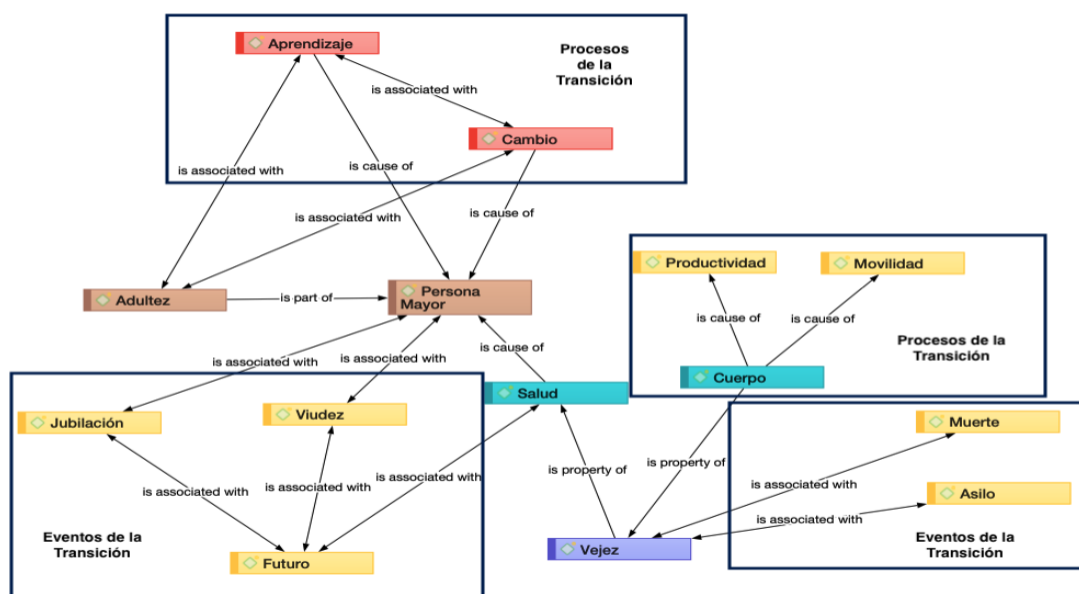
En Chile, el fenómeno del envejecimiento demográfico se desarrolla en un escenario donde se continúan enfrentando condiciones de empobrecimiento, marcadas por la desigualdad social y un paradigma económico que no sostiene adecuadamente las políticas de protección (Huenchuan, 2018). Donde los apoyos materiales son

fundamentales para asegurar un bienestar en la vejez. Esto incluye la prestación de jubilación, que proporciona seguridad económica y autonomía:

“Y los de Magallanes tienen eso también por el tema de la experiencia, quizás pienso en los viejitos con los que trabajé en el frigorífico o en la textil que trabajé, en una ferretería en la que trabajé o en una constructora también que trabajé, eran viejitos así [haciendo alusión que personas de edad avanzada continúan trabajando]” (Diego, 18 a 29 años, Porvenir).

La forma en que se interpretan y se recuerdan estos eventos y procesos es parte de la construcción de la historia personal y del pasado. El recorte de la red semántica se observa en la figura 18.

Figura 18 Red semántica procesos de la transición Adultez, Persona mayor



Fuente: Elaboración propia.

La perspectiva del curso de vida resalta la pertinencia al sostener que la heterogeneidad se encuentra influida tanto por dimensiones estructurales y culturales, como por la influencia de las categorías sociales, las cuales moldean las experiencias de vida de diversos colectivos en etapas específicas de su existencia. En este sentido, las mujeres desempeñan roles significativos en el intercambio generacional, proporcionando servicios de cuidado, tiempo y apoyo afectivo o económico. La teoría de la

desvinculación (Cumming y Henry, 1961), que sugiere que el retiro social es una parte natural e inevitable del envejecimiento, y la teoría de la actividad (Havighurst, 1961), que enfatizan la necesidad de mantener la actividad para un envejecimiento exitoso, no captan completamente la complejidad de las experiencias de las mujeres mayores. Estas teorías no consideran adecuadamente la diversidad de roles y trabajos que las mujeres mayores continúan teniendo en la sociedad. Así, el enfoque del curso de la vida ofrece una perspectiva más integral y matizada del envejecimiento y reconoce la diversidad de experiencias y trayectorias a lo largo de la vida, subrayando que el envejecimiento no es un proceso homogéneo ni se limita a una inevitable dependencia. Las experiencias colectivas, la interdependencia y la colaboración son aspectos clave en este enfoque:

“Sí, sigo haciendo mis trabajos hasta donde dios me diga, porque a veces estoy bien embromada de salud y sin embargo, ahí estoy poniéndole el hombro, mientras me pueda parar” (Catalina, 60 y más años, Punta Arenas).

La diferencia en la expectativa de vida entre mujeres y hombres tiene implicaciones en la dinámica social y familiar, especialmente en la vejez. Las mujeres, en promedio, viven más que los hombres, lo que lleva a que una proporción considerable de mujeres mayores sean **viudas**, mientras que muchos hombres mayores están casados. Estas diferencias afectan aspectos como la identidad, las relaciones sociales y las funciones de género en la vejez.

El tema del cuidado en la vejez es especialmente relevante. Las mujeres mayores, al encontrarse viudas, a menudo deben depender de sus hijas adultas u otros miembros de la familia para el cuidado y el apoyo. Por el contrario, los hombres mayores casados suelen recibir cuidados de sus esposas. Esta dinámica refleja las normas y expectativas sociales de género en cuanto al cuidado y el apoyo en la familia. En dicho contexto, la probabilidad de vivir los últimos años de vida en una **residencia** es mucho más alta para estas mujeres:

“No, es decir: “no me voy a quedar sola en la casa porque alguien puede entrar”, no, sino que no acepto el vivir sola, porque necesito tener a alguien a mi lado. No me gustaría vivir sola (Alicia, 60 y más años, Punta Arenas).

Reconocer estas diferencias es crucial para abordar las necesidades específicas de hombres y mujeres en la vejez. Esto implica no solo proporcionar apoyo adecuado a las mujeres mayores, sino también pensar sistemas de cuidado y apoyo que reconozcan y acomoden las distintas situaciones de hombres y mujeres mayores. Un enfoque crítico

sobre las cuestiones de género contribuye a garantizar que todas las personas mayores reciban el cuidado y el apoyo que necesitan para vivir con dignidad.

La desigualdad de género en el ámbito laboral, tanto en trabajos remunerados como no remunerados, tiene un impacto significativo. Las diferencias en las trayectorias laborales y en las condiciones de **jubilación** entre hombres y mujeres son un claro ejemplo de cómo las desigualdades de género a lo largo de la vida influyen en la experiencia de la vejez:

“Estos días que he estado con mi nieto hasta me he cuestionado y digo ¿cómo me gustaría no estar en una AFP y poderme jubilar y poderme jubilar ya!!!! Para disfrutar todo esto, pero como dice mi hija: “llevas 1 semana de vacaciones y lo único que quieres es salir”, como he trabajado toda mi vida... yo me proyecto hasta los 60, pero tengo que ver en qué estado voy a estar de aquí a los 60, si soy capaz o quizás nazcan otros intereses en mí y quiera permanecer más tiempo con mi nieta con mi hija, no sé ... (Florencia, 30 y 55 años, Punta Arenas).

Las mujeres, históricamente, se han insertado en mayor medida en trabajos de servicios, a menudo con menor remuneración y reconocimiento que las ramas económicas más productivas. Además, suelen tener interrupciones en sus carreras laborales debido a responsabilidades de cuidado, como la crianza de hijos/as o el cuidado de personas mayores. Esto resulta en menos tiempo trabajado por salario y, por tanto, en acumulación menor de beneficios para la jubilación. La brecha salarial de género, donde las mujeres ganan en promedio menos que los hombres por el mismo trabajo, también contribuye a las desigualdades en la vejez. Esta brecha salarial significa que las mujeres ahorran menos para la jubilación, lo que conduce a pensiones más bajas en la vejez:

“Pero gracias a dios, voy saliendo con la enfermedad y todo. Y ya soy una persona que... que estoy jubilada, tengo una pensión porque, prácticamente toda mi vida, lo trabajé en casas particulares. Como tenía estudios no podía ser una empresaria, ni una secretaria, ni nada” (Karen, 60 y más años, Punta Arenas).

Las mujeres también realizan una proporción mayor de trabajo de cuidado no remunerado. Como resultado de estas desigualdades, suelen enfrentar una vejez con mayores desafíos económicos que los hombres. Esto puede afectar su calidad de vida, acceso a servicios de salud, y capacidad para mantener la independencia y autonomía. Los roles de género tradicionales también continúan influyendo en la experiencia de la vejez. Las mujeres mayores pueden seguir asumiendo roles de cuidadoras dentro de sus familias, mientras que los hombres pueden experimentar diferentes expectativas y presiones sociales.

El género, entendido como una construcción social y una categoría metodológica clave para la investigación, ofrece herramientas esenciales para la comprensión teórica y la explicación de la vejez y el envejecimiento, especialmente en lo que respecta a sus construcciones sociales y relaciones generacionales (Ramos, 2017). Al considerar el género en el estudio del envejecimiento, se pueden abordar múltiples dimensiones que de otro modo podrían pasar desapercibidas. Al considerar el género en el análisis del curso de la vida, se presta especial atención a la vida cotidiana de las mujeres. Esto implica reconocer el valor y el impacto del trabajo no remunerado, y cómo este trabajo influye en las experiencias de las mujeres en la vejez. Esto incluye considerar cómo las experiencias acumuladas, influenciadas por el género, afectan la forma en que hombres y mujeres envejecen, tanto en términos de su salud física y mental como en su bienestar social y económico.

6.2. Discursos y prácticas sobre el envejecimiento y la vejez en la Patagonia.

A partir del análisis de contenido realizado, se profundizó en el análisis del material cualitativo. Para ello, se realizó un análisis por categorías del discurso, donde identifiqué los principales significados que se tienen sobre el envejecimiento y la vejez. Esta aproximación la realicé para establecer desde qué posición de habla, la cual hace referencia a lo generacional (las personas, tal como se ha establecido en el diseño metodológico, corresponden a tres generaciones distintas) y lo que ello implica en términos de experiencia biográfica y visión del envejecimiento y la vejez. La definición analítica de estas tres dimensiones no implica que a nivel de discurso existan diferencias significativas o sustantivas. De hecho, el análisis realizado da cuenta de grandes espacios de continuidad, con ejes de contenido compartido. Tal como fue expuesto en la primera parte del capítulo, el envejecimiento puede interpretarse como una construcción social resultado de una transformación colectiva y cultural de la sociedad en un territorio determinado. A continuación, se presentan las imágenes que son producidas por las tres generaciones, en las que se evidencia una tensión entre imágenes negativas e imágenes más positivas, además de una reivindicación por una vejez más digna y con mayores derechos sociales.

6.2.1. La identidad vivida: imaginarios acerca de la vejez y el envejecimiento.

Comprender el envejecimiento desde la perspectiva del curso de vida implica reconocer que la vejez no es simplemente una etapa final aislada, sino el resultado de experiencias, decisiones y circunstancias (Giele y Elder, 1998). La perspectiva del curso de vida nos ofrece un marco para comprender cómo las experiencias y etapas vividas por una persona a lo largo de su vida influyen en su llegada y experiencia de la **Vejez**.

6.2.1.1. Dialécticas de la soledad, dependencia y carga en la construcción del envejecimiento

Al abordar los imaginarios, a menudo negativos, que construye la generación más joven sobre el envejecimiento, se percibe un entramado dialéctico de percepciones arraigadas en la tradición. La generación más joven, al observar la vejez, tiende a enfocarse en aspectos que son vistos como retos asociados con el envejecimiento. Uno de los aspectos más destacados en estos imaginarios es el miedo a la soledad. Algunos jóvenes asocian el envejecimiento con un aumento del aislamiento social, lo que puede ser resultado de la pérdida de personas cercanas, la jubilación y la disminución de las oportunidades para interactuar socialmente. Esta percepción de la vejez como un periodo de soledad refleja la idea de que, a medida que las personas envejecen, pueden enfrentar desafíos en el mantenimiento de sus redes sociales y comunitarias:

“También me da miedo ese momento de llegar a los 80 años y estar sola y me gustaría tener un poco de lo que tiene mi abuelita, somos tantos primos, somos como 25 primos en total, contando los bisnietos y mis tías son súper cariñosas con ella, entonces ella en ningún momento se ha sentido sola ...” (Carolina, 18 a 29 años, Punta Arenas).

Además, existe la preocupación por la dependencia. Las personas más jóvenes a menudo ven la vejez como una etapa en la que las personas pueden volverse más dependientes de otras para actividades diarias y cuidados personales debido a la disminución de la capacidad física o mental. Esta visión conlleva el temor de perder la autonomía y la necesidad de depender de familiares, cuidadores o instituciones. Esto, porque persiste una mirada familista que delega el trabajo de cuidados, fundamentalmente en las familias.

Otro elemento importante, en este imaginario, es la percepción de ser una carga para otros. Las personas más jóvenes temen que, al envejecer, se conviertan en una responsabilidad para sus familias o la sociedad, especialmente en términos de cuidados y

apoyo financiero. Esta idea está ligada a la preocupación por la dependencia y refleja una inquietud por la dignidad y la autosuficiencia en la vejez. Cuando el Estado no asume las funciones tradicionalmente desempeñadas por la familia, es la misma familia la que debe encargarse de las responsabilidades de ayuda mutua. En un escenario más positivo, se puede observar la solidaridad promovida por el Estado y la existente en el ámbito familiar, aunque no necesariamente de manera complementaria (Ostner, 2005). Estos imaginarios, que destacan una valoración tradicional y a menudo negativa de la vejez, revelan cómo las actitudes y creencias arraigadas en la sociedad pueden influir en la forma en que los y las jóvenes perciben y se preparan para el envejecimiento:

“Sentirme sola en un momento así por tener una idea de joven ahora, como más alocada, como rebelde, de andar por el mundo, pero en algún momento uno tiene que parar y ese es el miedo, el temor que me da, como de quedarme sola” (Carolina, 18 a 29 años, Punta Arenas).

Los estereotipos negativos sobre el envejecimiento se tienden a perdurar en el tiempo de manera efectiva, conformando imaginarios bastante arraigados. Voss et al. (2018) plantean que a pesar de las posibles variaciones que puedan surgir a lo largo de las sociedades e incluso dentro de una misma sociedad, los estereotipos suelen mantenerse a lo largo de las generaciones, tanto de manera explícita como implícita. Así, ciertos aspectos asociados a la vejez son percibidos con temor por los jóvenes. Aquí, la soledad emerge como un determinante crítico del bienestar en la vejez, afectando a personas mayores en diversos contextos geográficos de manera generalizada. La principal razón detrás de esta vulnerabilidad aumentada en la vejez es la disminución y transformación de los vínculos sociales. A medida que las personas envejecen, pueden experimentar una reducción en su círculo social debido a factores como la pérdida de compañeros, la jubilación, y los cambios en la dinámica familiar. Esto puede llevar a un aislamiento social, lo que a su vez puede tener un impacto negativo en la salud mental y física.

No obstante, en Chile, las investigaciones indican que la prevalencia de dependencia aumenta con la edad. Es importante destacar que, aunque solo el 12% de las personas mayores se encuentran en esta situación (MIDESO, 2018), la preocupación por convertirse en una carga para la familia es una realidad para muchos. Existe un deseo implícito entre las personas mayores de evitar que sus familias tengan que reorganizar sus vidas para proporcionar cuidados. Esta preocupación por la dependencia y por ser una carga refleja una tensión entre el deseo de independencia y la necesidad potencial de

apoyo. La autonomía en las personas mayores es, de hecho, un aspecto esencial que contribuye significativamente a su calidad de vida.

Las personas mayores, al igual que las personas de cualquier otra edad, desean mantenerse y sentirse útiles y autónomas durante el mayor tiempo posible (Subirats, 2018). Esta capacidad de mantener el control sobre las decisiones y acciones cotidianas es crucial por varias razones. En primer lugar, la autonomía permite que las personas mayores tomen sus propias decisiones sobre aspectos importantes de su vida, como la salud, las finanzas, y las actividades diarias, refuerza su sentido de dignidad y valor. En segunda instancia, la autonomía fomenta la actividad y la participación en la comunidad. Cuando las personas mayores tienen la libertad de elegir cómo pasar su tiempo, a qué actividades dedicarse y cómo interactuar con otros, están más inclinadas a mantenerse activas y participar en su comunidad. En tercer lugar, la autonomía ayuda a preservar la salud mental y cognitiva. La toma de decisiones y la gestión independiente de la vida cotidiana pueden ser beneficiosas para mantener la agilidad mental y retrasar el declive cognitivo. Por último, la autonomía reduce la sensación de dependencia y vulnerabilidad. Muchas personas mayores temen convertirse en una carga para sus familias o la sociedad:

“Entonces, yo lucho para que, por lo menos yo, y a lo mejor la gente que está en mi entorno, piense diferente, vea que...No envejecerse de acá [se toca la cabeza], si el problema es cuando tú te envejeces de aquí [se toca la cabeza]...ese es el drama. Yo todavía no estoy envejecida de acá [toca su cabeza], pero yo lucho para que no sea así y tenga una vejez buena, digna. Esa es mi posición frente a los viejos” (Amelia, 60 y más años, Puerto Aysén).

De forma similar a la generación anterior, en este caso, también se pueden observar discursos bastante homogéneos sobre la vejez, en esta generación intermedia, aún se visualizan estereotipos negativos, los cuales tienen que ver con el deterioro, el miedo a perder la independencia, lo incierto del futuro y los problemas de salud. Imágenes que se ven expresadas de diferentes formas a las que se refieren de acuerdo con las experiencias que han vivido con sus familiares o a lo que esperan que pueda suceder en el futuro. No obstante, la vejez no es una enfermedad y la mayor parte de las personas mayores no están enfermas ni discapacitadas. En este sentido, la imagen más recurrente es la pérdida de las capacidades y de la posibilidad de valerse por sí misma/o, como consecuencia de las enfermedades que incrementan las limitaciones físicas. Entonces, lo que se piensa o se valora es mantenerse el mayor tiempo posible activa/o sin transformarse en una carga para el resto:

“No, no tanto, yo soy de las que siempre ando diciendo: “esta viejita”, por mí, siempre digo “la viejita”, pero quizás en el fondo no soy tan vieja, de repente me asustan todas estas cosas que me están doliendo las articulaciones, cuando nació el Vicente me vino esta cuestión del tendón que todavía llevo tratándomelo, se me afloró lo del túnel carpiano, por el trabajo, yo paso pegada al computador todo el día, digitando, entonces todas esas cosas han jugado en contra, ahí pienso: “chuta, esos son signos de vejez”, pero yo no los percibo en mala, claro, estoy envejeciendo, sí, pero soy capaz de hacer las cosas todavía, todavía salgo a andar en bicicleta, todavía tengo algunas pretensiones, todavía me arreglo el pelo, eso no es impedimento, pero sí la vida físicamente te hace sentir: “oye, si estás viejita, ya te están doliendo las articulaciones” pero lo único que espero es seguir envejeciendo dignamente y no ser cacho, yo creo que pa’ todos eso, el “representas un cacho”, no, sino que decir: “la viejita está súper entretenida pa’ conversar”, que por último te busquen pa’ conversar” (Florencia, 30 a 59 años, Punta Arenas).

Los miedos universales -sobre todo si los cuidados no están resueltos- vuelven a surgir nuevamente, desde esta perspectiva es la pérdida de autonomía e independencia están presente. En este sentido, se relaciona con los códigos planteados en el análisis de la primera parte de este capítulo; esta representación que aparece, recurrentemente, está anclada en las imágenes más tradicionales y estereotipadas, en las categorías de los paradigmas más enraizados y menos cuestionados sobre la vejez:

“El mayor miedo que tendría es enfermarme y no valerme por mí misma, por eso sería re-fome [aburrido], porque yo todo el día estoy haciendo algo, mi casa tiene un tremendo patio, una cuadra hacia atrás, me encantan las flores, el jardín, prefiero estar trabajando en el jardín y no adentro, quizás ese podría ser un miedo de no poderme valer por mí misma” (Emma, 30 a 59 años, Puerto Natales).

Finalmente, para algunas personas mayores, la vejez a menudo se considera un período de “descanso”, en el sentido de que las personas dejan de participar en el mercado laboral y, por lo tanto, pueden sentir que dejan de ser productivas. Esta visión está vinculada a la percepción de la pérdida de autonomía funcional, donde los cambios físicos son los más evidentes, ya que pueden limitar la capacidad de las personas para realizar actividades que antes eran rutinarias. Estos aspectos subrayan la complejidad de la experiencia de envejecer. Nuevamente, la soledad, la preocupación por la dependencia, y la percepción de esta etapa como un periodo de inactividad o declive funcional son temas que requieren atención tanto a nivel individual como social:

“Vejez, descanso puede ser, pensión, dificultad física, no sé lo que puede ser que más, no sé, eso” (Santiago, 60 y más años, Puerto Natales).

Una de las razones por las cuales la gente vive más años es la mejora de las condiciones de vida con respecto a años anteriores. Los cuidados de larga duración como resultado de la prolongación de la vida que no siempre se da en buenas condiciones de salud, son un

tema fundamental. En el futuro, la necesidad de los cuidados de larga duración dependerá de las tendencias de los niveles de discapacidad de las personas mayores. El estudio sobre dependencia realizado en Chile por el SENAMA (2010), revela que en promedio un 24,1% de las personas mayores sufre algún tipo de deterioro asociado a un declive de la capacidad funcional; este porcentaje aumenta significativamente a medida que se incrementa la edad, llegando a cifras superiores al 40% entre los mayores de 80 años y más:

“Yo creo que no ha cambiado nada, nada. Yo veo eslogan por ahí, que me dan risa. O sea, cuando yo digo: “Chile quiere a sus adultos mayores”, o sea, es que yo los tengo que querer, pero no voy a empezar a discriminarlos. Porque a nosotros, nos discriminan, nos discriminan de verdad. Si tú quieres postular a un proyecto, no, no puedes porque tienen 60 y tantos años, porque esto es para dueñas de casa que tengan menos de...No puedes trabajar en otra cosa, porque ya tienes 60 y tantos años, no puedes” (Amelia, 60 y más años, Puerto Aysén).

La homogeneidad es otro de los estereotipos que más negativamente afecta a la vejez. Este periodo necesariamente está condicionado por las circunstancias que afectaron la biografía, y que, por lo tanto, supone situaciones, atenciones y demandas diferenciadas. En este sentido, Bazo (2012) sostiene que la vejez se define socialmente, mientras que el envejecimiento es, sobre todo, un proceso individual. Por su parte, López Gómez (2006) precisa que la vejez, depende y se define según las demás etapas de la vida. Además, establece que en el resultado intervienen, combinados de forma diferente, la herencia genética, el estado de salud, el estatus socioeconómico, las influencias sociales de la educación, la ocupación ejercida, las diferencias por cohorte y la personalidad:

“Porque se limita, una es la limitación, otra es la soledad, que yo encuentro que es la enemiga más grande para la vejez, porque cuando usted es joven, usted sale y convive con la demás gente y cuando entra en sus años ya no puede salir tan seguido, se queda en la casa, mi marido habla muy poco por sus escrituras, por sus libros y yo soy muy buena para compartir, o sea yo no podría vivir sola, yo tengo que tener otras personas que conversen, que hablen conmigo” (Alicia, 60 y más años, Punta Arenas).

6.2.1.2. El envejecimiento y la vejez bajo las normas de una masculinidad hegemónica.

A nivel discursivo, algunos entrevistados transitan en el deseo de envejecer manteniendo atributos valorados culturalmente, especialmente en el caso de los hombres aquellos asociados con la masculinidad tradicional, y el anhelo de sostener y transmitir un legado de respeto y liderazgo en el contexto familiar, reflejan cómo las normas y expectativas culturales influyen en las percepciones y aspiraciones individuales sobre el envejecimiento. Esta visión está profundamente arraigada en los ideales de masculinidad

y en la importancia de preservar ciertas características, como la fuerza, la independencia y la autoridad en la vejez. Según Bourdieu (2000), cada ámbito de las prácticas sociales es un campo de relaciones de fuerzas y luchas simbólicas entre sus participantes. Estas luchas se centran en mantener o subvertir las relaciones de poder existentes, en función de la posición de las personas dentro del campo y su capital específico (ya sea cultural, social o económico). En el contexto del envejecimiento y la masculinidad, se puede considerar que las personas buscan mantener su posición y capital dentro del campo social, a pesar de los cambios que conlleva el envejecimiento. La preservación de atributos asociados a la masculinidad tradicional y el deseo de continuar siendo vistos como líderes o figuras de autoridad dentro de la familia reflejan una lucha por mantener un cierto estatus y poder en su entorno social. Esto se alinea con la idea de que las personas están constantemente involucradas en una lucha simbólica para preservar o mejorar su posición dentro de las estructuras de poder existentes. Por tanto, estos deseos y aspiraciones en relación con el envejecimiento no son solo personales, sino que están profundamente influenciados por las normas culturales y las dinámicas de poder de la sociedad.

La manifestación de imágenes contradictorias en torno a los cambios del cuerpo durante el envejecimiento refleja una disputa entre las percepciones negativas socialmente arraigadas y la emergencia de nuevas perspectivas que desafían estas visiones tradicionales. Aunque los discursos sobre el envejecimiento frecuentemente se inclinan hacia visiones negativas, centradas en el deterioro y la pérdida, hay discursos de un cambio gradual hacia una comprensión más positiva y matizada:

“Hay algunas personas que se sienten incapaces de hacer cosas, pero por pensamiento de ellos porque igual pueden hacer cosas, mi misma abuela, yo veo que anda pa allá y pa acá, hace mermelada, se va con los cabros chicos [niños], pero hay otras personas que pueden tener menos edad que ella, pero están con que no pueden hacer esto o esto otro” (Pedro, 18 a 29 años, Punta Arenas).

La prevalencia de estas imágenes puede tener un impacto significativo en cómo las personas visualizan su propio proceso de envejecimiento. Es común que se produzca una especie de rechazo o temor hacia la vejez, en el que las personas aspiran a ser "diferentes" cuando envejezcan, esperando evitar las características negativas comúnmente asociadas con esta etapa de la vida:

“Ser el patriarca, enseñarles a mis hijos a respetar a su padre, y yo respetar al mío, al mío lo respeto y lo quiero mucho, que él no se deja querer eso es otra cosa, por decirte,

enseñarle hacia abajo, porque hacia arriba ya están viejo, quiero ser como mi abuelo, como era con nosotros, esa es mi figura” (Mateo, 18 a 29 años, Punta Arenas).

6.2.1.3. *La biopolítica del cuerpo: juventud, belleza y salud.*

Por otro lado, la relación entre los cambios corporales, la percepción del tiempo, y la experiencia vivida sobre el envejecimiento es profundamente significativa. El cuerpo no solo es un sitio donde se expresen los cambios físicos, sino también un espacio donde se negocian la autonomía, la identidad y la resistencia en el contexto de envejecimiento (Twigg, 2004). A medida que las personas envejecen, experimentan cambios físicos que son, tanto indicadores visibles del paso del tiempo, como factores que influyen en su interacción con el mundo y con los demás. Los cambios físicos en el cuerpo, como la disminución de la movilidad, la pérdida de fuerza y la aparición de problemas de salud, son manifestaciones tangibles de la experiencia acumulada a lo largo de la vida. Sin embargo, superar los 60 o 65 años manteniendo un buen estado físico y mental es cada vez más común, lo cual contribuye a una disociación entre la percepción tradicional de la vejez y los estados de dependencia.

Twigg (2004), plantea la importancia y lo central del cuerpo en el proceso de envejecimiento para comprender la experiencia completa de envejecer. En este sentido, el cuerpo actúa como el eje alrededor del cual giran las experiencias subjetivas del envejecimiento, las percepciones y experiencias individuales, las que están profundamente arraigadas en el estado y las capacidades del cuerpo físico. De igual modo, la percepción del cuerpo en la vejez también se ve influenciada por los modelos y sistemas económicos dominantes. En una sociedad que valora la rapidez, la productividad y la juventud, las personas mayores a menudo se sienten marginadas o desvalorizadas. Por lo tanto, la experiencia del envejecimiento se entrelaza con la percepción del propio cuerpo y cómo este se ajusta (o no) a los ideales y expectativas sociales. En este marco, el cuerpo representa el punto de intersección entre las interpretaciones biológicas del envejecimiento y las construcciones sociales y culturales del mismo. Aunque el declive físico es un aspecto ineludible del envejecimiento, esto no puede entenderse plenamente sin considerar las complejas significaciones sociales y culturales que se adhieren al cuerpo y a la experiencia corporal. Esto destaca la importancia de abordar las actitudes y percepciones hacia el envejecimiento en la sociedad:

“Canas, piel flácida, arrugas, manchas, se viene a mi mente, nada más, manchas hepáticas” (Mateo, 18 a 29 años, Punta Arenas).

La perspectiva moderna sobre la estética de lo bello, que valora lo terso, lo fino y lo fuerte, se encuentra en marcado contraste con las realidades naturales del envejecimiento. Foucault (1989), en su análisis de las relaciones de poder y el cuerpo, destacó la importancia del cuerpo como un espacio político privilegiado. Es relevante, ya que el análisis del poder nos permite ver cómo se ejerce el poder en los detalles finos y las rutinas diarias que controlan y disciplinan los cuerpos de los pacientes, las personas mayores, lo que es crucial para entender la experiencia de ser viejo/a y los estereotipos asociados a la fragilidad. El cuerpo y la sexualidad no son solo realidades biológicas, sino también campos políticos intensamente regulados y disciplinados, especialmente en términos de producción y reproducción. Esta perspectiva es particularmente relevante al considerar cómo se viven las diferencias y los cambios en el cuerpo que envejece. En una sociedad que privilegia ciertos ideales estéticos —juventud, fuerza, belleza—, los cuerpos que envejecen a menudo se ven como desviaciones de estos ideales. Esto puede llevar a experiencias de marginación, estigmatización o invisibilización de las personas mayores, quienes no se ajustan a estas normas estéticas dominantes. Además, el proceso de envejecimiento pone de relieve la intersección entre el cuerpo, la identidad y la política. En un contexto donde lo estéticamente "bello" se asocia con la juventud y la vitalidad, estos signos naturales del envejecimiento suelen ser vistos negativamente. En este sentido, el envejecimiento es un proceso cultural y político que desafía las normas y expectativas sociales predominantes:

“Pelo corto, pelo cortito, viste que las señoras, las mamás, las tías usaban como el pelo cortito y de falda y de blusa y ahora tú ves que las niñas de 40... las señoras de 40 ya no se visten así, se visten igual que las personas más jóvenes, antes era distinto, pienso yo o será que yo estoy en la edad, pero tampoco porque yo veo a mi mamá que tiene 66 y tampoco los representa y ella no se viste como abuelita y las abuelitas eran como clásicas, de hecho por ejemplo mis hijos, siempre me decían: “¿mamá, por qué nunca vemos abuelitas?” porque ya no se ven abuelitas con pelo blanco, como las que ves en la tele. Había una abuelita en la familia, que era la abuelita de un primo y ella como viejita, porque ya no se teñía el pelo, ni una cosa y a mis hijos les gustaba ir a verla y uno me decía: “mamá ¿cuándo vamos a ir a la casa de la viejita?” o “de la señora arrugadita” porque les llamaba la atención ver a una abuelita porque están acostumbrados a ver a las abuelitas o a las señoras de edad con jeans, con pelo teñido, no abuelitas ...” (Isabella, 30 y 50 años, Punta Arenas).

El impacto en el cuerpo de las mujeres, en el contexto del envejecimiento es complejo, refleja las intersecciones de género, edad y las expectativas sociales sobre el cuerpo femenino. En la práctica no es sólo la categoría de género la que se pone en juego en

relación con la imagen, sino una categoría mucho más amplia, “donde se afirma un determinado modelo de lo político, de lo económico, y donde el género no habla sólo de las relaciones entre hombres y mujeres, sino de un sistema social en su conjunto” (Esteban 2013, p. 70). El envejecimiento, por lo tanto, socava lo que se considera tradicionalmente como una fuente de poder para las mujeres. Esteban (2013) sostiene que no sólo persisten los niveles de desigualdad hacia las mujeres, sino que un factor fundamental en la continuación de esta disparidad en la contemporaneidad radica en la intensificación de la distinción en cuanto a la imagen e identidad corporal entre géneros “este énfasis en la diferencia de la imagen corporal se puede observar tanto en el proceso de socialización de las personas a lo largo de toda su vida, como en las vivencias individuales o grupales del cuerpo” (p.83). Las mujeres mayores a menudo informan sobre la experiencia de volverse socialmente invisibles, ya que ya no son el foco de la atención masculina, lo que las margina en términos de poder y las deja sin reflejo en la imagería cultural de la publicidad o los medios (Freixas, 2013).

La internalización de la vejez y su percepción, especialmente en términos de imágenes negativas, se evidencia en las construcciones y discursos de las personas. Aunque ocasionalmente se pueden expresar visiones positivas sobre la vejez, a menudo prevalecen las percepciones negativas, influenciadas por estereotipos y prejuicios arraigados en la sociedad. Este fenómeno se puede entender como una forma de disonancia en la percepción de la vejez: por un lado, existe un reconocimiento de que la vejez puede ser una etapa de la vida llena de experiencias, sabiduría y potencial; por otro lado, las imágenes y discursos dominantes sobre la vejez tienden a enfocarse en aspectos negativos como la disminución de la capacidad física y cognitiva, la soledad, y la dependencia:

“Me gustaría, me acordé de una imagen, me gustaría ser un viejo a todo dar, fuerte todavía mantener la fortaleza, ser rápido en todo caso, eso no es ser un viejo en todo caso, pero sí podérmelas yo sólo, que nadie me ayude eso me gustaría, ...” (Mateo, 18 a 29 años, Punta Arenas).

En esta línea, la concepción de la salud y el cuerpo envejeciente como elementos simbólicos es fundamental en el análisis de cómo se construye y percibe la vejez en la sociedad contemporánea. La tendencia a asociar la vejez con la enfermedad y reducir sus múltiples dimensiones a una perspectiva exclusivamente biomédica es una consecuencia de cómo las normativas sociales y culturales influyen en la percepción del envejecimiento. Esta reducción de la vejez a lo biomédico implica que muchos aspectos de la vida de las personas mayores se interpretan principalmente a través del prisma de la

salud y la capacidad física. Además, posiciona al cuerpo y a la salud como criterios centrales en la valoración de las personas mayores, lo que puede llevar a la marginación de aquellos que no cumplen con los estándares de salud o vitalidad.

En este contexto, la juventud se reafirma como un capital simbólico y normativo dominante. La presión para mantener una apariencia joven y mantenerse activo se convierte en una forma de opresión para las personas mayores, quienes pueden sentir la necesidad de ajustarse a estas expectativas para ser valoradas o aceptadas. Esta dinámica puede llevar a una "identidad vivida" que enfatiza la importancia de verse joven. Por un lado, puede observarse un esfuerzo por parte de algunas personas mayores para cuidar más su cuerpo, quizás como una respuesta a la presión social de mantenerse jóvenes y activos. Por otro lado, esta preocupación por el cuerpo puede ser vista como un reflejo de un deseo de vivir plenamente, aunque a veces este deseo puede verse eclipsado por la ansiedad de cumplir con las normativas sociales sobre la juventud y la salud. Sentir el cuerpo, especialmente en el contexto del envejecimiento, implica una confrontación directa con la realidad física del cuerpo, sus capacidades, limitaciones y cambios. Este encuentro con la corporeidad se vuelve inevitable debido a fenómenos como el dolor, la enfermedad y, en última instancia, la muerte. También hay posiciones que se alejan al comprender la vejez solamente con relación a los temas físicos y prácticos e incorporan un elemento más subjetivo vinculado con las formas de sentirse, de autodefinirse como viejo/a:

“Y no le tengo miedo a la muerte, quizás por eso no le tengo miedo a la vejez. No le tengo miedo a la muerte, porque forma parte de un proceso de evolución, adonde nos vayamos o con quién estemos, forma parte, así tiene que ser, vivir eternamente no tiene ni un sentido” (Diego, 18 a 29 años, Porvenir).

Asimismo, el miedo a envejecer, alimentado por una cultura que valora la belleza física y la juventud como símbolos de estatus, conduce a la creación de ciertas representaciones que, de manera sutil o abierta, muestran rechazo hacia la vejez. Este factor juega un papel crucial en la discriminación por edad, ya que la admiración de la sociedad hacia lo juvenil resulta en la marginación de las personas mayores de espacios que ofrecen visibilidad social. Los medios de comunicación rara vez se dirigen o representan adecuadamente a las personas mayores:

“Bueno, porque ya van llegando las enfermedades, los achaques, entonces uno no va teniendo las mismas energías que de joven, lamentablemente. Uno llega un momento

en que la línea se te corta y es momento de ir descansando, es otra etapa” (Carolina, 18 a 29 años, Punta Arenas).

La prevalencia de percepciones negativas sobre la vejez hace que sea comprensible y casi inevitable que las personas mayores quieran desvincularse de la identidad colectiva asociada a su grupo etario, esforzándose por presentarse como jóvenes, activas e independientes. En un contexto de presión social y emocional, el temor a ser clasificado dentro del grupo de mayores —que a menudo enfrenta invisibilidad social— impulsa a las personas a resistir el envejecimiento, un proceso natural e ineludible. En la sociedad actual, hacerse mayor conlleva una pérdida de poder, de autoridad, de derechos, que se acentúa a raíz de la jubilación:

“Claro, fue fundación Las Rosas, también vi personas adultas en la parte de cerebro. Vascular, ahí es distinto porque, por lo general las personas llegaban acompañadas, porque no se pueden mover solos, igual había personas que llegaban solas, dentro de lo que podían moverse llegaban solas” (Mateo, 18 a 29 años, Punta Arenas).

En efecto, se han normalizado prácticas en torno a los cuerpos envejecidos, generando una dirección intencional al cuerpo, es decir, se controla y regula a la población mayor con métodos que obedecen a una lógica económica, por medio del control disciplinario en la cotidianidad de las personas mayores en las instituciones y centros gerontológicos. También se han normalizado los discursos sobre el riesgo de que la gente viva más de lo esperado, la medicalización, o la mirada que se les da a las/os viejos en determinadas posiciones, como, por ejemplo, las ligadas a la sexualidad, apareciendo como extrañas tanto en relatos como en imágenes que las condensan, y en diferentes prácticas sociales que se llevan a cabo:

“Bueno, a veces a uno le da un poco de impotencia al sentirse con tantos años, bueno, no son ni tanto y resulta que se encuentra impotente para hacer las cosas, los trabajos y todo, con dolores en las piernas, en la espalda, dónde no le duele a uno con estos años y yo cuando estaba más joven hacía tremendos trabajos en el día, desde que aclaraba hasta que estaba por oscurecer y cuando me acuerdo de haber salido cansado, ¡Nunca! El hombre en el campo es muy aguerrido para trabajar, incansable para trabajar y no hay horario, va a comer un poco y a la pega otra vez y el trabajo es pesado y nunca he salido como estoy ahora que si voy a caminar ahora que el sereno tiene que caminar, ir mirando la población porque yo cuido 100 casas, 150 a veces y entre dos porque uno cuida un sector, una punta y otro el otro lado, es poco lo que hago, nada, casi, es que se necesita más responsabilidad y sin embargo llego con dolores en las piernas aquí, eso es lo que se siente mal uno, en este momento cuando ya está viejito, que no es capaz de hacer todas sus cosas” (Martín, 60 y más años, Coyhaique).

Además, la preocupación genuina sobre las enfermedades relacionadas con la vejez, como el Alzheimer, destaca una conciencia profunda sobre los desafíos que estas

condiciones pueden presentar. El impacto del Alzheimer y enfermedades similares es considerable, no solo para quienes las padecen directamente, sino también para sus familias y cuidadores. Aunque los jóvenes pueden considerar estos temas como relativamente ajenos debido a su edad, muchos han experimentado la vejez y sus desafíos a través de sus relaciones con familiares mayores, como abuelos/as, padres y madres. Estas experiencias también pueden influir en cómo los jóvenes visualizan su propio futuro y el de sus familias. La observación de los desafíos y necesidades de sus familiares mayores puede impulsar a los jóvenes a considerar más profundamente sus propias perspectivas y preparaciones para la vejez:

“La verdad me cuesta imaginarlo, igual lo he pensado, espero que no me dé Alzheimer, es lo único que ruego, porque yo le he dicho a mi mamá siempre eso, porque vi lo complicado que es la enfermedad y como uno pasa a ser un problema, porque todos tienen que actuar, pensando en esa persona, ponte tú, mi abuelita no podía estar sola, entonces para hacer un trámite o salir a hacer algo urgente, teníamos que acomodar los horarios de todos para que uno se quede con ella, igual era un tema, tienes que andar con mucho cuidado, porque se podía caer, se podía lastimar, entonces es complicado el Alzheimer, no sé qué irá a ser de mí en esa edad” (Sofía, 18 a 29 años, Coyhaique).

Finalmente, la aceptación de la vejez y la muerte como partes inherentes del proceso de la vida es una perspectiva que algunas personas adoptan. Esta actitud refleja una comprensión de la vejez no como una etapa a temer o evitar, sino como un período natural y significativo de la existencia humana.

6.2.1.4. Desafíos en los sistemas de protección social y los cuidados en la vejez.

La idea de que los cuidados a las personas mayores deben provenir principalmente del entorno familiar sigue siendo un concepto profundamente arraigado. A pesar de los cambios en las estructuras familiares y sociales, y de las crecientes discusiones sobre alternativas de cuidado, la familia sigue siendo vista como el principal proveedor de apoyo y asistencia para las personas mayores. Esta percepción refleja una combinación de factores culturales, económicos y sociales:

“Siempre he dicho, no quisiera llegar a una edad, tan viejita que tenga que estar ya... en poder de mis hijos, que mis hijos me estén atendiendo, no quisiera llegar a esa edad” (Adela, 60 y más años, Punta Arenas).

La dependencia de la familia a menudo se ve reforzada por la insuficiencia de opciones de cuidado asequibles y accesibles fuera del hogar familiar. La familia se considera un núcleo de apoyo emocional y práctico, especialmente en momentos de vulnerabilidad, como durante la vejez. Sin embargo, la persistencia de esta idea también plantea desafíos.

A medida que las estructuras familiares cambian y las demandas sobre el tiempo y los recursos de las personas aumentan, la capacidad de las familias para proporcionar cuidados puede verse comprometida. Además, esta visión a menudo no tiene en cuenta las necesidades y deseos de las personas mayores, algunas de las cuales podrían preferir opciones de cuidado alternativas, que ofrezcan más independencia o que estén más alineadas con sus preferencias personales.

La falta de penetración de discursos sobre alternativas de cuidado que no involucren a la familia sugiere la necesidad de un mayor diálogo y desarrollo en esta área. Es importante explorar y discutir más ampliamente opciones como el cuidado comunitario, las viviendas asistidas, los servicios de cuidado a domicilio y otras formas de apoyo que puedan complementar o, en algunos casos, ofrecer alternativas al cuidado familiar. Estas discusiones deben incluir consideraciones sobre la accesibilidad, la asequibilidad y la calidad del cuidado, así como el respeto por las preferencias y la autonomía de las personas mayores:

“Yo siento que, si yo estuviera en una situación así, yo me sentiría como una carga para otra persona, porque tú sabes cómo van las generaciones ahora... son súper independientes, los chicos ahora ni siquiera toman en cuenta a los abuelos, es algo que igual tienes que ir pensando, porque todos vamos a ser abuelitos algún día y nadie quiere estar abandonado por la familia. Yo creo que preferiría que me lleven a un hogar de ancianos y que me vayan a visitar de vez en cuando, lo que sea su cariño” (Sofía, 18 a 29 años, Coyhaique).

Las percepciones de las personas jóvenes hacia la institucionalización, especialmente en lo que respecta a la atención a la salud de las personas mayores, reflejan un sentimiento de distancia y crítica. Ven a las entidades gubernamentales y privadas como distantes y desconectadas de las necesidades reales de la población, especialmente de los adultos mayores. Una crítica común es la falta de difusión adecuada de los programas disponibles, lo cual puede llevar a una baja conciencia y utilización de los servicios y recursos que podrían beneficiar a esta población. Además, la percepción de que existe una escasa infraestructura institucional subraya una preocupación más profunda sobre las prioridades y eficacia del sistema de salud. Aunque se reconoce que ha habido avances en la atención y los servicios para las personas mayores, todavía se percibe que estos esfuerzos son insuficientes. La falta de respuestas adecuadas a las demandas de la ciudadanía, como la ausencia de hospitales o centros de salud especializados en tratar las complejidades asociadas con la salud de las personas mayores, es un indicativo de estas deficiencias.

Asimismo, desde la perspectiva de muchas personas jóvenes, especialmente aquellas que están en etapas tempranas de sus carreras profesionales o terminando sus estudios, los temas de previsión social a menudo no se perciben como inmediatamente relevantes o importantes. Esta actitud puede deberse en parte a la distancia temporal entre su situación actual y el momento en que se jubilarán. Además, puede existir una sensación de desconfianza o escepticismo hacia el sistema de previsión social, viéndolo como ineficiente o injusto, y en algunos casos, sintiendo que más que ayudarles, les perjudica económicamente. Esta percepción puede llevar a una especie de resignación o conformismo respecto a sus expectativas de vejez. Muchos jóvenes pueden sentir que sus posibilidades de disfrutar de una vejez satisfactoria y segura son limitadas, especialmente en términos de la jubilación que esperan recibir. Hay una preocupación generalizada sobre la suficiencia de las pensiones y la capacidad del sistema de previsión social para proporcionar un apoyo adecuado en la vejez:

“Quizás eso no pasaría aquí, en uno de los lugares donde haya mejor atención médica, o si allá existiese una atención médica, quizás un poquito más de calidad. Ahora quizás esta mejor, porque hay un hospital regional y todo, que lo tienen hace poquito, hace un par de años y que, según comentarios, dicen que está bastante bien. Pero es complejo ese tema, los abuelitos enfermos no lo pasan bien” (Diego, 18 a 29 años, Porvenir).

Esta inquietud refleja una realidad más amplia en la que los jóvenes se enfrentan a incertidumbres económicas y a un panorama de previsión social que muchos perciben como inadecuado para sus necesidades futuras. En este contexto, es común que los jóvenes piensen que no podrán llevar una vida tranquila con la jubilación que recibirán, lo que puede generar ansiedad respecto al futuro y dudas sobre la capacidad del sistema actual para proveer seguridad y bienestar en la vejez. Incorporan, también, la temática del manejo del tiempo, el no tener planes ni proyectos y estar siempre trabajando:

“Tal vez han tenido una vida tan acelerada, con tanto trabajo, con tantas preocupaciones que llega un momento en que estás jubilado y con el estilo de vida que llevaban. Entonces dice: “y ahora ¿qué hago?””, entonces andan dando bote, a veces se desesperan y andan en la casa y como que molestan a la señora, como que incluso muchas veces llegan a estorbar a la señora, porque la señora siempre ha estado en su casa haciendo sus cosas, es la dueña de casa y después el marido está ahí como... entonces yo creo que la gente debería empezar a planificarse antes como: “¡chuta!, me quedan 5 años para jubilar ¿qué podría hacer?, ¿cuáles son mis ingresos?, ¿me alcanzará para hacer un tour por acá o hacer un curso de tal cosa o meterme en una agrupación de tal cosa?”, pero como que no piensan en eso, como que avanzan y avanzan y en el momento en que jubilan se quedan ahí, estancados y yo lo he visto hartito” (Carolina, 18 a 29 años, Punta Arenas).

Se reconoce la importancia de la jubilación, no solo para asegurar una estabilidad económica sino también para mantener un propósito y satisfacción en la vida después de dejar el trabajo. Por un lado, reconocen los desafíos planteados por el sistema previsional actual, el cual, según sus percepciones, podría no ser suficiente para asegurar una vejez económicamente estable. Esta preocupación se basa en la comprensión de que, bajo el sistema actual de pensiones, donde en promedio se recibe solo el 30% del ingreso percibido durante la vida laboral, mantener la autonomía financiera exclusivamente con los ingresos de la jubilación parece poco viable. Sin embargo, la idea de que las acciones y decisiones tomadas en el presente tendrán repercusiones significativas en el futuro — un enfoque central en la teoría del curso de la vida— no parece estar completamente internalizada. Aunque los jóvenes pueden entender conceptualmente que sus decisiones actuales influirán en su futuro, puede haber una brecha entre esta comprensión y la integración de esta perspectiva en su planificación y comportamiento cotidianos.

El creciente aumento de la esperanza de vida y los años adicionales de vida después de la jubilación presentan desafíos significativos en términos de cuidado a largo plazo. La prolongación de la vida implica que el cuidado de las personas mayores es una preocupación creciente, especialmente dada la extensión de tiempo que esto puede requerir. En efecto, la práctica de la solidaridad a nivel familiar, incluso en condiciones de precariedad, es vista como algo factible. Aunque, el desgaste físico y emocional en la persona que asume el rol de cuidador es una preocupación importante:

“Por lo mismo, porque ya vienen las enfermedades hay que incurrir en gastos, hay que trasladarlos constantemente al hospital seguramente y ahí es donde buscan la opción de llevarlos a un asilo de ancianos, que es lo más fácil, ojalá encontrar un cupo en un asilo de ancianos para ir a dejarlo y olvidarse prácticamente que esa persona existe. Bueno, en esta pega uno ha conocido historias lamentables de gente que ha entregado toda su vida, que ha dejado muy bien parada a su familia, con casas, terrenos y después sus propios hijos son quienes los van a abandonar a un asilo de ancianos y se olvidan de todo lo que sus padres les entregaron, es un hecho que se da y la gente los considera un estorbo por los problemas de salud por los años, porque ya seguramente no escuchan algunos y por los distintos problemas de salud que significan problemas económicos para la familia que eventualmente tiene este adulto mayor” (Tomás, 30 a 39 años, Coyhaique).

La cuestión del abandono de las personas mayores por parte de sus familias es un tema crucial. Este abandono puede ser físico, emocional o ambos, y a menudo ocurre en contextos donde las demandas de cuidado superan la capacidad o disposición de la familia para proporcionarlo. En este sentido, el cuidado intergeneracional puede generar tensiones significativas dentro de las familias. La falta de sistemas de apoyo social

importante para el cuidado amplifica estos problemas. Cuando las familias no tienen acceso a recursos externos como atención domiciliaria profesional, apoyo financiero o instalaciones de cuidado a largo plazo, la carga recae completamente en ellas. Los y las cuidadoras se enfrentan a dilemas, como elegir entre sus necesidades y las de la persona a la que cuidan, o equilibrar el cuidado con otras responsabilidades familiares y profesionales. El cuidado intergeneracional también implica consideraciones sobre los derechos humanos de las personas mayores. Esto incluye su derecho a recibir cuidado adecuado, a ser tratados con dignidad y respeto, y a tener autonomía en la toma de decisiones sobre su vida y cuidado. Por otro lado, las representaciones están marcadas por la dualidad de roles y de soportes, aluden en su mayoría, a imágenes negativas, una de las continuidades predominantes, al igual que en la anterior generación:

“No, a mí se me parte el alma, el corazón y todo de ver personas en abandono absoluto, teniendo familia, o sea, esa es la realidad de la gran mayoría de algunos adultos mayores que si bien este centro de larga estadía igual alberga como a 60 abuelos y hay algunos de 45 años para arriba, o sea, no estamos hablando de abuelos así de 80, que son.... ya no pueden valerse por sí solo, no, estamos hablando de personas que también tienen enfermedades que no pueden ser tratadas, obviamente por algunas en el hogar, otras sí” (María, 30 a 59 años, Punta Arenas).

Se manifiesta un malestar ante el abandono de las personas mayores, incluso aquellos que tienen familia. Se destaca que el abandono y la soledad no son exclusivos de los muy mayores, sino que también afectan a personas desde los 45 años en adelante, muchos de los cuales sufren de enfermedades y condiciones que los hacen depender de cuidados que no siempre pueden recibir en casa. Esto sugiere que los desafíos asociados con el envejecimiento no están solo relacionados con la edad avanzada, sino también con condiciones de salud y situaciones de vida que pueden comenzar en una etapa media de la vida:

“Pero también hay que poner un poco de voluntad ante eso, y hay de todo, hay abuelos que están totalmente postrados, otros hemipléjicos, otros ya con demencia senil en el centro, es una realidad súper cruda y aislada, yo digo que la gran mayoría es como que aísla las cosas que generan problemas y no las vemos, así de simple, pero ir al centro de larga estadía y ver a estas personas ahí y están ávidas de cariño, lo único que quieren que las toquen y que les hagan cariño, que las escuchen y eso es súper fuerte, porque yo lo veo y lo veo de esta manera, o sea, todos vamos a llegar a ser adultos mayores, todos vamos a llegar a ser viejos, todos vamos a tener una vida “entre comillas” a lo mejor podamos morir bien” (María, 30 a 59 años, Punta Arenas).

Se destaca una aparente falta de voluntad por parte de la sociedad para reconocer y abordar de manera efectiva las realidades y los desafíos que enfrentan las personas mayores. Esto puede reflejar una tendencia cultural a evitar temas relacionados con la

vejez, la enfermedad y la dependencia. La necesidad humana de afecto y compañía es especialmente relevante para las personas mayores en centros de larga estadía. Independientemente de su estado físico o mental, el deseo de conexión humana y el sentimiento de pertenencia son fundamentales. Se subraya la importancia de abordar a las personas mayores con empatía y comprensión:

“Me retaba, me pegaba, pero ... yo la entendía, yo la entendía, ella era una mujer ya demasiado de edad, y no estaba para estar cuidando nietos, eso se sabía, las cosas de la vida, le tocó criar nietos, ya viejita. Entonces, cuando ella falleció yo estaba a su lado, lloró cuando se dio cuenta que era yo, que estaba al lado. Entonces, son cosas que uno no se olvida. Y mi abuelo, tuvimos muy buena relación, fue muy bueno igual, pero es que como ellos eran separados, también, así que nunca los vi como muy juntos, pero igual... Estuvo mucho tiempo postrado él en su cama, igual lo ayudé hartito, lo ayudaba hartito, porque igual tuve que irlo a alimentar, irle a hacerle el aseo, todo eso. Así que y yo cabra joven, pero tenía que hacerlo. Y eso que tenía hartos nietos, somos hartos en la familia paterna, pero siempre hay uno que le toca, o dos. Así es” (Isidora, 30 a 59 años, Puerto Aysén).

Respecto al tema de los cuidados plantean sus temores y estos vuelven a reaparecer con frecuencia en las distinciones que se realizan sobre la vejez, la posibilidad de que ellas/os cuiden a sus madres/padres o a sus abuelas/os es algo que está bastante presente. Con relación a esto, manifiestan una actitud de resignación, ya que les sucederá a ellas/os, así como también a otras generaciones. Es en este contexto en el que surgen los miedos, pero, a pesar de ello, existe un grado de aceptación de los cambios o de las posibilidades de ellos y se visualiza una actitud más positiva a largo plazo, la de poder realizar cambios positivos en su forma de pensar y de vivir la vejez:

“Claro mi papá está jubilado hace varios años, y que mi papá está enfermo, entonces ahora depende mas de otras personas, en este caso de mi mamá, cosa que no le gusta, pero bueno va a tener que hacerlo igual” (Trinidad, 30 a 59 años, Punta Arenas).

En este sentido, las relaciones intergeneracionales están institucionalmente integradas en un sistema familiar y social que se caracteriza sociológicamente por las condiciones estructurales de procedimiento y normativas de una sociedad. Estas condiciones son, por un lado, reforzadas y reproducidas por la forma en que las personas actúan en sus relaciones, y, por otro lado, también pueden modificarse y llevar a innovaciones. En este contexto, las relaciones intergeneracionales tienen un alto potencial para experimentar ambivalencia, no obstante, las relaciones intergeneracionales no siempre son ambivalentes. Connidis y McMullin (2002) proponen que la ambivalencia puede verse como un concepto de retribución entre el modelo de solidaridad y la problematización de las relaciones familiares y ofrecen una perspectiva crítica al respecto. Plantean que la

ambivalencia es un término adecuado para describir las contradicciones que se experimentan en las relaciones sociales más íntimas, con él se puede evidenciar la paradoja entre la cercanía y la distancia, la tensión entre los límites de la intimidad y de su ajuste. La ambivalencia es una realidad fenomenológica, según Connidis y McMullin (2002), es decir, una experiencia humana universal que refleja los dilemas constantes que se enfrentan en las relaciones cercanas.

6.2.1.5. Imaginarios en construcción para comprender el envejecimiento.

La experiencia proporciona conocimiento sobre la vejez y también un reconocimiento de las vulnerabilidades que pueden ser complejas y llenas de matices. Por un lado, reconocen la vejez desde una perspectiva externa, como algo que observan, pero no experimentan personalmente. En algunos casos, puede haber una resistencia a hablar abiertamente sobre la vejez, debido a temores, incomodidad o simplemente por sentir que es un tema distante de su realidad actual. Sin embargo, cuando se trata de sus abuelos/as, padres/madres o familiares mayores, su tono y enfoque a menudo cambian. Hablan con propiedad y familiaridad sobre estas personas, reflejando una conexión personal y emocional. Sus experiencias con estos familiares mayores son una fuente importante de información y comprensión sobre la vejez. La convivencia, el apoyo brindado y los cuidados que han proporcionado a sus familiares mayores se convierten en referentes comunitarios significativos.

Las experiencias personales con personas mayores proporcionan a las personas más jóvenes perspectivas únicas sobre la vejez. A través de la interacción con sus abuelos/as o padres/madres, aprenden sobre las realidades del envejecimiento, incluyendo los desafíos, las alegrías y las complejidades de esta etapa de la vida. Por lo tanto, aunque las personas más jóvenes puedan inicialmente contemplar la vejez desde una perspectiva externa o incluso con cierta distancia, sus experiencias directas con personas mayores pueden enriquecer su comprensión y actitudes hacia esta etapa. Estas experiencias familiares sirven como un puente entre su mundo y el de las generaciones mayores:

“Complicado, porque cuando pienso en vejez pienso mucho en algo complicado, en algo que se hace difícil, muchas veces ser anciano, llegar a la ancianidad es complicado, lo digo como experiencia propia por mi abuelo, llegó con diabetes, con demencia senil, estuvo a punto de perder un pie por la misma diabetes, entonces para mí es complicado, la vejez es algo difícil, si la adolescencia es complicada, muchas veces la vejez lo es, es algo muy complejo para mí, creo que le temo llegar a viejo, temo llegar a la vejez, si voy a llegar mal, le temo a eso, lo relaciono también con la epilepsia si no estoy sano

para la vejez, esto se me va a hacer más difícil, por eso le temo” (Matías, 18 a 29 años, Punta Arenas).

La vejez, para muchas personas jóvenes, especialmente aquellas que están terminando sus estudios universitarios o técnico-profesionales, se presenta como una realidad distante, ubicada en un futuro lejano. Sus narraciones y expectativas sobre la vejez están influenciadas por esta percepción de lejanía. En el contexto de estas narrativas, temas como la jubilación y la salud, aunque reconocidos, tienden a ser considerados con un interés limitado y como aspectos poco inmediatos o relevantes en sus vidas actuales. Esta baja intensidad en el vínculo con la jubilación y la salud puede deberse a la distancia temporal que perciben entre su etapa de vida actual y la vejez. Dado que se encuentran en una fase de la vida centrada en el logro de metas educativas y profesionales, temas como la planificación para la jubilación o preocupaciones por la salud a largo plazo pueden parecer poco pertinentes o urgentes.

Para esta generación, un foco central y un referente relevante son sus estudios y las oportunidades de desarrollo profesional. Esta focalización en la educación y el desarrollo profesional refleja una etapa de la vida donde la construcción de una carrera y la realización personal y profesional son prioritarias. A medida que estas personas jóvenes avancen en su vida y carrera, es probable que sus perspectivas y preocupaciones se amplíen para incluir temas relacionados con la vejez, como la jubilación y la salud, pero en esta fase, dichos temas suelen percibirse como distantes y de menor relevancia inmediata:

“Pucha, yo ahora en este momento no logro dimensionar la importancia de eso. De repente lo veo y es como, ... que me quitan plata a fin de mes, pero... pero no logro dimensionar la importancia de eso, quizás más adelante lo haga y vea lo importante que es, pero ahora no” (Diego, 18 a 29 años, Porvenir).

Por otro lado, emergen discursos que ofrecen otras posibilidades de ser viejo o vieja, que buscan cambiar el modelo impuesto de la vejez. Estas perspectivas emergentes enfatizan aspectos positivos del envejecimiento, como la acumulación de experiencia y sabiduría, la oportunidad de disfrutar de nuevas libertades y actividades, y la capacidad de mantener un papel activo y significativo en la sociedad. Estos discursos desafían las nociones tradicionales y estereotipos negativos de la vejez, sugiriendo que el envejecimiento puede ser una etapa de crecimiento, transformación y contribución continua. La coexistencia de estas visiones en disputa indica una lucha en curso en la sociedad sobre cómo se percibe y se vive la vejez. A medida que se reconocen y valoran más las experiencias y

capacidades de las personas mayores, es posible que se vayan desplazando gradualmente los estereotipos negativos y se promueva un modelo más inclusivo y positivo de la vejez:

“Pero es como un límite mental, se mentalizan con que no pueden hacer algo, como que yo dijera: “No, yo no puedo caminar de aquí pa allá y no puedo, no puedo y no puedo no más y no lo voy a hacer porque no puedo”, pero no lo intento, algo así” (Pedro, 18 a 29 años, Punta Arenas).

A partir de lo planteado, se puede señalar que las construcciones realizadas sobre la vejez y el envejecimiento se acercan a las perspectivas teóricas más tradicionales, también se observan dudas y contradicciones propias cuando señalan a un tema que se ve lejano a sus *habitus* (Bourdieu, 2000). En este sentido, dichas construcciones van siendo asentadas en sus propias experiencias cotidianas y apuntan, en general, a sus contextos familiares y territoriales.

Respecto a sus propios procesos, las personas señalan que tienen experiencias similares con sus grupos de pares, el hecho de que las personas tengan experiencias similares con sus grupos de pares sugiere una fuerte identificación con aquellos en su misma etapa de vida. En la generación intermedia, a diferencia del grupo anterior, hay una tendencia a internalizar más profundamente las cuestiones relacionadas con la vejez. Esto podría implicar una reflexión más intensa sobre lo que significa envejecer, incluyendo la confrontación de los problemas, desafíos y cambios que acompañan a esta etapa de la vida. El diálogo sobre experiencias personales con la vejez apunta a una conciencia creciente de las necesidades específicas que surgen durante este período, con sus problemas, sus experiencias y necesidades y con roles tradicionales claramente establecidos:

“Básicamente un análisis de las personas que están cometiendo un error de dejar de lado a sus adultos mayores, un análisis interno al interior de la familia. Como decía antes, hoy en día cada uno está por su lado, con el computador, otro que se va a jugar a la pelota, otro que mira el fútbol, la señora mirando la telenovela” (Tomás, 30 a 39 años, Coyhaique).

En este sentido, una primera característica visible y compartida es ver la vejez como algo que ocurrirá en un futuro cercano que indica una conciencia de la inevitabilidad del envejecimiento. A pesar de reconocer su cercanía, existe una tendencia a no darle mayor atención. Esta dualidad crea una tensión. Por un lado, hay una conciencia de que la vejez es parte del ciclo de la vida, pero por otro, existe un distanciamiento emocional o cognitivo respecto a la preparación y el compromiso con este hecho:

“Mira es que acá por ejemplo, que hablan tanto de los adultos mayores, que dan todas las facilidades y cosas así y a veces me da pena, porque los adultos mayores ni siquiera tienen la atención que deberían de tener, yo le pongo un ejemplo, mi papá, mi papá tiene que operarse, porque se le fueron las pestañas para adentro, le pinchan ha estado sufriendo como 6 meses y todavía no lo llaman para operarlo, tengo al tata, al manicero que trabaja afuera de DIN, el tatita debe de tener sus 76 años yo creo, igual está esperando que lo operen de unas hernias que tiene, imagínese es de la tercera edad igual, entiende, no hay atención para la tercera edad, yo creo que los presidentes tratan de hacer las cosas así, pero no es así, ya que la tercera edad se opera y listo, no es así, pienso que hay mucho sufrimiento en la tercera edad y peor, mayormente en la tercera edad que ni los hijos los visitan, hacen sus vidas y todo y eso, aunque no es lo mismo, yo lo veo cuando voy a ver a mi papá, yo voy, no sé voy un mes, una semana entiende, cada tres, cuatro meses voy para allá, y ya uno ya tiene su forma de vida, entiende, ellos ya tienen su forma de vida, vamos a tener algún encontrón o algo así, entiende” (Joaquín, 30 a 59 años, Punta Arenas).

La insuficiente especialización en geriatría, la falta de recursos, y la escasa atención a las necesidades específicas de esta población, son las principales deficiencias de la atención sanitaria. Las personas mayores a menudo enfrentan una desconexión emocional y social, exacerbada por la dinámica de vida de sus familias. Las exigencias de la vida moderna, incluyendo las presiones laborales y la movilidad geográfica. Esta desconexión contribuye a sentimientos de aislamiento y soledad entre las personas mayores.

Como se ha mencionado, las imágenes tienden a moverse en una dualidad de aspectos que van desde los más negativos a otros más positivos y se asocian a “oportunidad”, “liberación”, “disfrute”, pero, en algunos momentos, también aparece el miedo a la pérdida de independencia, a la infantilización, en una visión compartida que se hace visible en los discursos, lo que se observa cuando puntualizan sus proyectos o a lo que les gustaría ser:

“Sí, lo veo llegando como en una etapa de adulto mayor, la verdad para mí sería como una oportunidad de hacer otras cosas, como uno que trabaja mucho en su vida por sus hijos, porque estás metido en un sistema que si te exige cierto un montón de cosas, incluso lo veo como una etapa de liberación, de poder hacer otras cosas y disfrutar de otras cosas, quizás a mis nietos en algún momento, si Dios lo quiere y no estoy enferma poder hacer otras cosas por mis pares, una de esas voy a seguir haciendo clases, voy a poder estar en otros vínculos ya más directo, participando de ellos, quizás voy a ser esa vieja revoltosa que va a estar en el centro de larga estadía, ahí moviendo el resto, pero no espero mucho que así no se dé siempre me veo muy independiente y ojala Dios quiera que sea así, hasta que sea independiente y pueda valerme por mí misma, yo creo que eso sí, y tampoco en ese sentido de repente mucha gente se vuelve muy hosca a través del tiempo, no quiere nadie a su lado, que no los molesten, prácticamente viven solos, no, yo creo que me voy a adaptar a lo que venga, yo creo que eso va hacer como en algún momento tener que depender de alguien, bueno tendrá que ser, pero si no es así, o sea, hasta que Dios diga nomás, que es lo que me depara la vida ante eso, siempre me veo como súper activa, nunca pasiva, porque igual siempre lo vi en mi abuela, lo veo siempre en mi madre todavía aun, mi mamá va a cumplir 75 años y todavía trabaja, es

súper independiente, se vale por sí misma, en ese sentido no, ella va viene, ella hace sus cosas sin ningún problema” (María, 30 a 59 años, Punta Arenas).

También se ve la vejez como una oportunidad para emprender actividades que antes no podía debido a las responsabilidades. Se enfoca en la liberación de las exigencias previas de la vida y la posibilidad de disfrutar de cosas nuevas. En este sentido, existe también un elemento visible y compartido que representa a lo que ellas/os pueden transmitir, es decir, cómo a partir de algunos estereotipos bien definidos se van construyendo las imágenes de la vejez en la sociedad:

“Yo creo que más angustia, le transmitimos... no sé... muchas veces cosas negativas, transmitimos las malas vibras, el hecho de que muchas veces no los consideremos en nada, que los tratemos mal, que haya agresión hacia el adulto mayor por considerarlos un estorbo... yo creo que estamos transmitiendo una mala señal, malísima señal. Yo creo que son pocas las familias que tienen una dedicación exclusiva, especial, un cariño sincero hacia el adulto mayor, son pocas, creo yo” (Tomás, 30 a 39 años, Coyhaique).

En esta misma línea, surgen los cuestionamientos acerca de la subvaloración que se hace de las personas mayores, un tipo particular de “edadismo”. Tal como lo plantean Ayalon y Tesch-Römer (2018), el edadismo es una forma de discriminación y prejuicio dirigida hacia personas o grupos basadas en su edad. Este concepto incluye la perpetuación de estereotipos negativos y la internalización de creencias perjudiciales sobre el envejecimiento, que pueden influir negativamente en la salud y el bienestar de las personas mayores. La invisibilización sobre las necesidades, capacidades y contribuciones a la sociedad refuerza estos estereotipos negativos y contribuye a la discriminación basada en la edad. Los estereotipos negativos sobre la edad pueden ser internalizados por personas de todas las edades y, cuando estas visiones se vuelven relevantes para uno mismo, pueden impactar de manera adversa una amplia gama de resultados de salud, así como las respuestas emocionales al estrés de las personas mayores. Se entiende que esta no siempre actúa de manera explícita, es decir, puede operar de manera inadvertida, lo que tendría que ver con esta actitud de invisibilizar los aportes de las personas mayores:

“Entonces, por eso se sienten ellas así, porque la misma juventud, el mismo diario vivir, uno mismo, ellas mismas, porque nosotros vamos encaminadas a todo eso, “Ah, si yo ya estoy vieja, ¿para qué voy a hacer algo más? o lo que yo hago, ya no sirve, ¿por qué?, porque ya pasé mi etapa, ya pasé la parte regia y porque ahora estoy vieja, se va a la basura”, y no es así, porque yo creo que cuanto más vieja, más rescatable las cosas, más se rescata, más cosas rescatables tienen ellas, ¿y por qué no aprovechar? ¿y por qué aprovechamos cuando estaban jóvenes? Las aprovechamos, les sacamos el jugo, todo el cuento, y después cuando están viejas, les cerramos las puertas” (Isidora, 30 a 59 años, Puerto Aysén).

Una crítica a la visión que desestima a las personas mayores, asumiendo que ya no tienen nada que aportar. Se critica la tendencia de la sociedad a valorar a las personas cuando son jóvenes, pero a marginarlas en la vejez. También, la crítica al sistema político actual, la visión de no poder realizar cambios sustantivos a través del accionar de cada una/o de ellos/as, remite a temáticas estructurales del modelo y a las políticas públicas, además de a quienes toman las decisiones. La sociedad actual está viviendo cambios constantes y acelerados con relación al aumento de la población mayor de 60 años y no siempre los programas y políticas públicas tienen la suficiente flexibilidad para adaptarse con rapidez a estos cambios, por ello, en este escenario, las acciones desde la ciudadanía cobran relevancia:

“Por egoísmo nomás, ¿por qué otra cosa va a ser? porque las autoridades no piensan que haya viejos, ellos a lo mejor piensan en la vejez de ellos nomás, ¿y de los demás? y ellos tienen las situaciones económicas como hacerlo, y los simples, común y corrientes como uno, no tiene, tiene que quedarse con lo que tiene nomás. Quedarse encerrado en la casa, y si hay un nieto que los hace reír, con eso se quedarán” (Isidora, 30 a 59 años, Puerto Aysén).

La vejez ya no se observa desde la frontera de la edad o se ha traslado a otras edades, las personas no son viejas mientras puedan mantener las competencias o habilidades relacionadas con la autonomía: poder moverse, hacer deportes, resolver las cosas de la vida diaria, etc. La vejez es definida cuando se pierden todas esas cualidades, lo que puede suceder en la frontera de los 70 años, pues ya no se establece con claridad la edad con respecto a esta materia:

“La vejez de los setenta hacia arriba, para mí una persona de sesenta años, para mí todavía es joven, mi mamá tiene sesenta y dos años y ella va a la piscina, hace gimnasia, sale, camina, es joven todavía, setenta hacia arriba, entonces, como te digo, una persona cesa de todo eso, de un afán, de una angustia a lo mejor, por el día a día, te fijas, para mí también es una etapa bien complicada, sobre todo para las personas que están enfermas” (Valentina, 30 a 59 años, Punta Arenas).

En esta generación adulta aparecen discursos claramente marcados por los roles que han experimentado, además este grupo posee más información sobre la temática estudiada, principalmente, las personas mayores de 50 años. La vejez no les es un tema ajeno, por lo cual presentan más interés, se visualizan a sí mismas/os como cuidadores/as en el futuro o ya han lo han sido, por ello estos temas les afectan más en su cotidianidad, pues han sufrido la pérdida de sus padres o madres, han transitado por más etapas, tienen mayores y variadas relaciones con la institucionalidad pública y privada, y ya han negociado con las otras generaciones. La vejez no es vista como un fenómeno distante,

sino como una realidad cercana en la vida cotidiana de las personas. Esta percepción refleja una conexión personal con la vejez, probablemente debido a experiencias directas de cuidar o interactuar con personas mayores. Existe una sensación de deber y responsabilidad hacia múltiples generaciones. Por un lado, se sienten obligados a responder a las necesidades de sus hijos/as, y por otro, a las de sus padres y madres. Asimismo, la relación respecto al cuidado parece ser recíproco y continuo. Las personas que fueron criadas por sus abuelos/as ahora se encuentran en la posición de cuidar a esos mismos abuelos, lo que indica un fuerte vínculo intergeneracional y una continuidad en las responsabilidades de cuidado.

6.2.2. La identidad percibida: Las reivindicaciones y demandas en la vejez

6.2.2.1. Políticas públicas, derechos sociales para el envejecimiento y la vejez.

La vejez, entendida como una construcción tanto social como política, se manifiesta en el ámbito de las políticas públicas de envejecimiento, centradas en un sistema de protección social que tiene dos dimensiones. Por un lado, se encuentra la dimensión de la previsión social en la cual, durante el periodo 1980-1981, el Estado delegó ciertas responsabilidades a las AFP en el marco del proceso de privatización del sistema de pensiones y que posteriormente experimentó una reforma en el año 2008 con el objetivo de garantizar pensiones solidarias. Por otro lado, se aborda la dimensión de la salud, focalizada en el aprovechamiento del progreso tecnológico y científico para mejorar la atención y prolongar la esperanza de vida. En concordancia con esto, la salud y la jubilación representan los puntos de mayor proximidad para las personas mayores. El espacio que ocupa la salud y la jubilación es muy relevante y se transforma en un tema central que establece una de las principales diferencias generacionales, ya que convierten esta preocupación primordial en un tema y acto político:

“Yo me tuve que operar del... tuve un desgaste de cadera, la cadera izquierda, me pusieron prótesis, la segunda operación de vesícula, tercera operación el manguito rotador del hombro izquierdo. Ahora, hace unos días fui y tengo el mismo problema del manguito rotador, hombro derecho. Y un día que fui a Gallegos, que llegué mareado a Rio Gallegos, después de conducir, fui a una clínica, me dicen: “Usted es hipertenso”; “No”, le digo, “Sí, es hipertenso”, hipertensión. Entonces desde ahí, tomando pastillas para la presión para toda la vida. Entonces ahí, eso le va recordando a uno de que realmente es... están llegando los años. Le... le dificulta, de repente... este tipo de la...

de achaques para realizar cosas que uno quisiera seguir haciendo” (Máximo, 60 y más años, Punta Arenas).

Es una situación cotidiana y corresponde a una construcción colectiva de este grupo de edad. En estos términos, una buena salud y la jubilación aparecen como las garantías individuales y colectivas que identifican a las personas mayores y que, por consiguiente, les otorgan el derecho a reclamar una intervención del Estado a su favor. De sus discursos se desprende la idea de igualdad, en cuanto a derechos y deberes (obligaciones) al igual que en todas las personas, sin hacer distinciones por ser personas mayores y haciendo referencia a las garantías sociales que deben tener como mínimo para su bienestar y calidad de vida. Frente a esto se erigen como legítimos derechos a reclamar como suyos, el monto de las pensiones y jubilaciones y los temas asociados a la salud:

“Mi mayor problema es la salud. Y yo creo que los adultos mayores, todos, el principal problema es la salud y presión alta, hipertensa. Si antes yo... antes no sufría tantos problemas de salud, si fue después, me empezaron a llegar con los años los males” (Aurora, 60 y más años, Cochrane).

Uno de los derechos fundamentales, que es recurrentemente planteado, es el acceso y calidad de las prestaciones en salud y sus críticas apuntan a las deficiencias y negligencias en la atención, la demora en la asignación de horas médicas y toma de exámenes, el costo de los medicamentos (que no siempre están disponibles en los centros de salud públicos), y la discriminación de la cual han sido víctimas en las instituciones privadas para prestaciones en salud al encarecer los planes o cancelar su afiliación; así como también se aprecia en algunos discursos una percepción positiva, especialmente, de los centros de atención primaria:

“Hay especialistas que no les interesa venirse para acá, porque resulta que acá se embrutecen, porque no tienen acceso a numerosas clínicas o a centros donde ellos puedan estudiar y perfeccionar su especialidad. O, a veces, cuando vienen médicos especialistas o vienen médicos para acá, vienen a estar un tiempo, van a estar un par de años, se van a especializar, se vienen un tiempo pequeño para acá y de ahí se van, porque en otro centro le pagan más, o tienen posibilidades de seguir más estudios, más al norte. Entonces, lo que debería hacerse aquí es que, si el ciudadano salió de aquí a especializarse afuera, mínimo que le tiren 10 años de compromiso de estar en la región, si él va a ir a especializarse saliendo de aquí, eso debería hacerse. Ahora recién tenemos un médico cardiólogo, recién nosotros hemos logrado como adultos mayores, solicitando y tocando puertas por ahí, de que el médico cardiólogo tenga gente ad hoc, gente preparada para que pueda hacer todos los exámenes de ecocardiograma, electrocardiograma, y todo lo que tenga... lo tenga que hacer una persona especializada y el doctor se limite a atender a la gente, yo tengo a mi esposo más de un año esperando una atención con el médico cardiólogo, tenemos gente que ha estado 3, 4 años esperando la atención de un cardiólogo y tenemos uno solo, no tenemos un vascular periférico,

tenemos una sola doctora en riñones...que tiene que ver con los dializados” (Antonella, 60 y más años, Chile Chico).

En los discursos de las personas mayores se hace referencia a que las garantías más importantes, que deben ser cubiertas como un derecho fundamental, son las jubilaciones y pensiones, específicamente el bajo monto de estas con relación a las necesidades que deben cubrir. Como se ha planteado, un punto crítico es la sostenibilidad y adecuación de los sistemas de pensiones, según MIDESO (2018) refleja una situación preocupante en la que una mayoría significativa de personas mayores recibe pensiones, pero el monto de estas está por debajo del salario mínimo, especialmente para los cuatro quintiles inferiores de la distribución de ingreso:

“No, no es mía, estaba arrendando, yo tenía casa propia y tuve que venderla justamente por mi jubilación porque con mi jubilación no me alcanzaba para pagar el dividendo, ¡¡no podía!! ¡¡O pagaba le dividendo y comía o no comía o comía o no pagaba el dividendo, entonces me empecé a angustiar muchísimo con eso porque no me alcanzaba y al final decidí que tenía que vender porque no podía... humanamente era imposible!! A pesar de todo lo que tú hicieras, porque yo nunca me quedo tranquila, sin hacer nada, siempre estoy haciendo algo, pero no pude, me significó una pena muy grande, casi tan grande como jubilar, yo creo” (Lucía, 60 años y más, Punta Arenas).

Otro de los factores que inciden en la calidad de vida de las personas mayores es el tipo de vivienda en el que residen. De manera que, la vivienda se transforma en un ambiente complejo, compuesto de varios ámbitos, incluidos los entornos físicos, personales, sociales, culturales. La vivienda es el escenario central de la vejez, donde ésta puede ser aprehendida y dotada de un significado en positivo. Algunos estudios (Salech et al, 2020) muestran que a las personas mayores les gustaría vivir en su entorno familiar por el resto de sus vidas. Además, para algunas personas mayores cada vez se transforma más un reto vivir en sus propias viviendas y realizar sus actividades cotidianas: y por otro lado para aquellas que no cuentan con una vivienda se les hace más compleja la posibilidad de habitar una vivienda en condiciones dignas y con calidad de vida.

La política social orientada hacia el envejecimiento positivo en Chile, inspirada en marcos teóricos que promueven una vejez activa y saludable, ha sido objeto de análisis y críticas desde diversas perspectivas académicas. Autores como Foster y Walker (2015) argumentan que, aunque la promoción del envejecimiento positivo busca revalorizar la vejez, destacando la capacidad de las personas mayores para contribuir significativamente a la sociedad, este enfoque invisibiliza y no reconoce las condiciones materiales en las que envejecen las y los chilenos, y cuánto de éstas han sido producto de las reformas

políticas y económicas que han incentivado y perpetuado la desigualdad social. El envejecimiento positivo, con su énfasis en la autonomía y la autosuficiencia, margina a quienes no cumplen con estos estándares, generando así una brecha entre el discurso político y la experiencia vivida de muchas personas mayores (Foster y Walker, 2015):

“SENAMA entrega proyectos bien buenos, pero en general donde topa la gente es si quieren hacer un curso, por ejemplo, de costura, en los materiales. Ahora, hay gente que necesita víveres, se hacen canastas de víveres para Navidad, pero como digo yo: “nosotros no comemos solamente en Navidad”, entonces eso tendría que ser un beneficio mensual, qué sé yo ...” (Alicia, 60 y más años, Punta Arenas)

Como ya se ha planteado anteriormente, el desarrollo de políticas públicas en Chile en torno a la vejez y el envejecimiento es avanzado. No obstante, los rápidos cambios demográficos y culturales han puesto de manifiesto la necesidad de reevaluar estas políticas, extendiendo el enfoque más allá de la vejez. Estos desafíos culturales en el ámbito del envejecimiento trascienden la necesidad de un acceso equitativo al sistema de salud y la protección social en la vejez al incluir, también, la violencia estructural hacia las personas mayores. Esta violencia se produce en un contexto que refleja la asimetría existente en las relaciones de poder, que niegan los derechos fundamentales de las personas mayores a vivir una vida libre de violencia y reproducen la desigualdad normalizando los comportamientos violentos:

“Lo que yo quiero lograr en mi región y ojalá en todas las regiones, de que el SENAMA se transforme realmente en un ente como el Servicio Nacional de la Mujer, porque nosotros tenemos el flagelo del maltrato hacia el adulto mayor, el maltrato físico, verbal, el psicológico, el maltrato de los bienes de los viejos” (Antonella, 60 y más años, Chile Chico).

No obstante, aunque el envejecimiento positivo se presenta como una idea progresista, se requiere sortear la persistencia de la discriminación en el empleo a causa del sexo, la edad o una combinación de ambas variables en el curso vital. Una política enfocada exclusivamente en los aspectos positivos del envejecimiento desvía la atención de las necesidades críticas de aquellas personas mayores que viven en condiciones de vulnerabilidad o exclusión. Por otro lado, el Estado ofrece una serie de programas de recreación y entretenimiento para las personas mayores, los que promueven una participación activa, pero acrítica y despolitizada (Zubero, 2018):

“Hay cosas que el gobierno está tratando de hacer como el SENAMA, parece que se llama, y hay clubes que se están formando, y hacen cosas entretenidas, viajes de repente, que eso antes no se veía y ahora gracias a Dios se está viendo, pero no se si todas las personas accederían hacerlo, o sea, yo no veo a mi mamá, yo no me la imagino ni haciendo gimnasia, ni juntándose con más personas pares, no, yo no la vería a ella en eso ...” (Trinidad, 30 a 59 años, Punta Arenas)

Como concepto, el envejecimiento positivo contiene en sí mismo las significaciones del envejecimiento saludable y activo que integran aspectos sociales y sanitarios en la promoción del buen envejecer y posicionan a las personas mayores como sujetos de derechos (Calvo y Madero-Cabib, 2016). El envejecimiento positivo no tiene la pretensión de eliminar por completo los aspectos negativos, pero sí busca incrementar los aspectos positivos y disminuir los negativos de la experiencia de envejecer y llegar a ser una persona mayor (SENAMA, 2012). Pero, no subraya la responsabilidad del Estado en garantizar derechos básicos y en fomentar condiciones de vida dignas para todas las personas mayores, más allá de su capacidad para mantenerse activas e independientes:

“Lo que a mí más me preocupa y cateteo [insistir] a las autoridades que por qué nosotros somos adultos mayores y nos van quitando cosas que nosotros podemos desempeñar, por el hecho de ser adulto mayor, por ejemplo, nosotros no podemos tener derecho a un curso, como las otras personas, de repente le dan a la juventud y la juventud desperdicia esas cosas y uno lo puede lograr, el hacer cosas, ya que no puede trabajar afuera en otros trabajos, podría dedicarse a hacer eso, sacar proyectos” (Olivia, 60 y más años, Coyhaique).

6.2.2.2. *Tensiones entre la exclusión e inclusión social de las personas mayores.*

La exclusión social hacia las personas mayores, hace referencia a un proceso complejo y multidimensional por el cual las personas son marginadas de participar plenamente en ámbitos económicos, sociales, culturales, espirituales y políticos de la vida (Walsh et al., 2018). Esto implica la limitación o la negación del acceso a recursos esenciales, oportunidades y relaciones que son importantes para la participación social y el bienestar personal en la vejez. La exclusión social puede manifestarse en varios dominios, incluyendo la exclusión económica, social, de servicios, de participación política, entre otros. En este sentido, aparece esta percepción de olvido y exclusión por parte de la institucionalidad pública, lo que puede generar una desconfianza en las instituciones democráticas. Por otro lado, en esta dinámica de exclusión, se evidencia la percepción de ser instrumentalizados a través de los diversos programas de las políticas públicas que, aunque se les otorga acceso a servicios sociales, no necesariamente abordan las necesidades y expectativas reales de las personas mayores:

“Nos dio esa alegría al formar los Consejos de Mayores, porque a nosotros nos dio importancia, reconoció de que nosotros somos personas que tenemos experiencia, no porque hayamos estudiado más sino porque hemos vivido las cosas, y las pasamos nosotros, por eso podemos decir: “Esto es así y esto es así”, queremos estos cambios y queremos que nuestros gobiernos sean más sensibles al asunto del adulto mayor, que no

se transforme tan solo en palabrería y propaganda, lo que ellos digan... que sea efectivo lo que se trabaje con el adulto mayor Entonces, mientras que no hagan esta propaganda engañosa diciendo que la salud es gratis para el adulto mayor, no es gratis, nosotros seguimos pagando. Toda la vida, mientras fuimos trabajadores, los que... yo trabajé e impuse toda la vida pagué esto... leyes sociales y pagué salud, y sigo pagando, tengo 68 años y sigo pagando, otros tienen 70, 80 años y siguen pagando, entonces publicidad engañosa, no me gusta" (Amelia, 60 y más años, Puerto Aysén).

La multidimensionalidad de la exclusión social, implica ser dinámica, esto significa que aquello de se percibe o visualiza puede cambiar a lo largo del tiempo, variar en intensidad y forma dependiendo del contexto individual y social. Esta situación implica una mecánica de exclusión-inclusión, donde las personas mayores se sienten excluidas por los ámbitos políticos y económicos, pero al mismo tiempo son incluidas a través del acceso a servicios sociales mediante intervenciones estatales específicas. Esta dualidad puede generar tensiones y contradicciones en la experiencia de la vejez:

"Ahora, con respecto a la... a la salud, la salud aquí es pésima, es pésimo, tenemos un Elefante Blanco precioso, un hospital precioso... pero nos faltan especialistas, porque los especialistas, a veces, han llegado especialistas que los mismos médicos de aquí los corretean hasta que se van, no los dejan vivir tranquilos, porque aquí tienen su círculo y no quieren que nadie más entre en el círculo, ha ocurrido eso" (Antonella, 60 y más años, Chile Chico).

Internalizan la participación social, pero son críticos con la forma en que se relacionan con ellos porque terminan reforzando una visión simplista de la vejez que no captura la diversidad y complejidad de las experiencias de envejecimiento, no obstante, evalúan positivamente la intervención del Estado en cuanto a programas, acceso a servicios sociales, apoyo a las organizaciones y entrega de recursos monetarios (mediante bonificaciones), hechos que provocan que aumente sosteniblemente la participación institucional en estos últimos años:

"Debiera cambiar completamente la política hacia las personas mayores, primero que nada, no abuelarnos porque nosotros somos personas como todos los demás, tenemos los mismos sentimientos, tenemos deseos, anhelos, tú ves que yo te abrí el corazón, entonces de repente nos abuelan tanto y les hacen..." (Lucía, 60 años y más, Punta Arenas).

Por otra parte, esta dinámica se relaciona con la visión asistencialista y utilitarista del Estado, producto del sistema económico en el que se está inserto. La crítica a los enfoques asistencialistas del Estado en el contexto del envejecimiento se centra en la idea de que las acciones estatales hacia las personas mayores, como los programas de seguridad social y salud, han constituido la "dependencia estructurada" del envejecimiento (van Dyk,

2014). Desde sus discursos, las personas mayores se autoperciben como sujetos políticos y de pleno derecho, aunque no ven al Estado como garante de estos; pues el Estado es garante de derechos sociales en la medida de lo posible. Las interconexiones entre los diversos ámbitos de exclusión operan en algunos casos de manera ambivalente, es decir, algunas intervenciones que pueden ser bienintencionadas, tienen efectos no deseados en otros aspectos de la vida de las personas mayores. Por ejemplo, aunque se tiene una tradición política del ejercicio ciudadano a través del voto, participación en organizaciones sociales, sienten que son instrumentalizados particularmente en épocas de elecciones, en las cuales se les ofrecen mejoras para las condiciones de sus viviendas, lugares de reunión, pensiones, bonos extras, etc.:

“Sí, significaron 3 mil pesos más en mi sueldo que subió, eso significó. Entonces que no nos vengan dorando la píldora, y diciendo con las soluciones que se hizo una tremenda cosa, cuando no se hizo eso, nos siguen descontando” (Martina, 60 y más años, Porvenir).

Mantienen una relación constante con el Estado, lo que se advierte, por ejemplo, en la concurrencia a los centros de salud o al Municipio para la entrega de las pensiones, sin embargo, en la mayoría de las ocasiones, sienten la precariedad de un sistema que las/os excluye, los malos tratos, las vejaciones, la poca importancia con que se les trata o la desidia de las/os funcionarios/as de las instituciones públicas y privadas, lo que en definitiva, reduce la percepción positiva que tienen de todas las instituciones:

“Eso fue... quedaron en el mandato anterior, que hoy día lo está terminando este gobierno que hay que agradecerse también. Entonces así son las cosas. Ahí vamos a tener abuelitos autovalentes, que van a poder estar juntos, ya van a poder atenderse unos a los otros. Ya no va a haber eso que se les dé una casa en una población y el vecino ni le interesa ese viejito, ese viejito lo encuentran por el olor nomás, como le digo cuando se muere, por el olor se dan cuenta que está muerto, pero nadie se preocupó de ese abuelito que vivía solo” (Paula, 60 y más años, Puerto Natales).

De acuerdo con estos puntos planteados, las personas hacen propias las demandas de algunos movimientos sociales y asociaciones gremiales, aumentando su participación para mejorar la situación de ellas con relación a las pensiones, por ejemplo, en las protestas de Aysén y en Magallanes por el alza del costo del gas. Así, los espacios en los que más se participa son los del ámbito comunitario. Poseen mucha información sobre los procesos, las redes políticas y sociales, porque se vinculan con ellos constantemente y, por ende, la relación es explícita:

“Bueno, el SENAMA, casi lo mismo que le conversé. Pero de ahí, estoy en la Organización Civil de la Municipalidad, igual soy consejero, ahí ya más se trata de trabajo y... y es más política casi, pero uno es una organización que uno...uno está mandando al alcalde, todo lo que hace el alcalde nos tiene que decir a nosotros, nosotros

decimos sí o no, si hay mayoría lo hace, sino no puede hacerlo” (Bruno, 60 y más años, Coyhaique).

La exclusión emerge a nivel contextual, evidenciando cómo la desventaja se entrelaza con inequidades relacionadas con el entorno inmediato de la comunidad, así como con el proceso de exclusión multidimensional en su conjunto (Walsh et al., 2018). La discriminación por edad es un aspecto significativo que afecta a las personas mayores, lo que puede llevar a la marginación de las personas mayores en varios aspectos de la vida, incluyendo el empleo, la participación social y el acceso a servicios:

“Yo creo que no ha cambiado nada, nada. Yo veo eslogan por ahí, que me dan risa. O sea, cuando yo digo: “Chile quiere a sus adultos mayores”, o sea, es que yo los tengo que querer, pero no voy a empezar a discriminarlos. Porque a nosotros, nos discriminan, nos discriminan de verdad. Si tú quieres postular a un proyecto, no, no puedes porque tienen 60 y tantos años, porque esto es para dueñas de casa que tengan menos de...No puedes trabajar en otra cosa, porque ya tienes 60 y tantos años, no puedes” (Amelia, 60 y más años, Puerto Aysén).

Con las nuevas formas de envejecer emergen teorías para explicar los nuevos procesos que se están produciendo en la sociedad actual. Las manifestaciones de ese cambio, en las últimas fases del curso vital, se producen por los nuevos cambios de valores que afectan a la sociedad en su conjunto y al mundo de las personas mayores en particular. Desde la Gerontología Crítica se ha desafiado y criticado el paradigma dominante del envejecimiento activo, argumentando que este enfoque puede negar la vejez y promover una dominación de la mediana edad, al mismo tiempo que aprueba la reestructuración neoliberal del estado de bienestar. Asimismo, a través de la incorporación de conceptos que problematizan la diferencia y la identidad (de edad), se busca superar la homogeneización y naturalización de la vejez, promoviendo una comprensión más matizada y diversa de las experiencias de envejecimiento:

“Eso hay que destacárselo a las personas, yo creo que eso... Está por allí el asunto, destacarle las posibilidades que tiene todavía. No que eres un viejo, eres un objeto que ya cumplió su etapa y chao, te tiro para el lado, no. Yo creo que por allí pasa la cosa, de que a la gente hay que decirle que tiene capacidades, que tiene habilidades, pero en menor escala. Eso, eso es lo que yo creo que tendría que hacerse con las personas. No: “Oh, pobrecito está solo, que esto que lo otro”, ya está bien, está solo, pero digámosle que él tiene capacidades, que todavía puede pensar, será más lento, pero puede, que todavía puede sumar, que es capaz todavía de decir: “Esto es bueno, esto es malo, esto me sirve, esto lo desecho”, todas esas cosas” (Amelia, 60 y más años, Puerto Aysén).

El envejecimiento, a lo largo del curso de la vida, considera procesos y estrategias específicas que facilitan un envejecimiento más adaptativo, además supone que la disminución de las capacidades biológicas, fisiológicas y cognitivas no tienen relación

con la satisfacción y altos niveles de bienestar que experimentan las personas mayores en sus vidas:

“30 años atrás un viejo estaba fondeado en un sillón o estaba fondeado en la última pieza, el que llegaba jubilado, jubilaste o ahora no, ahora se sigue,....., la diferencia que existía que la vejez hace 30 años atrás, y la de ahora, que ahora gracias a Dios, la gente está entendiendo, que la tercera edad es para hacer cosas que no hizo en su profesión es para realizarse como persona, no es para fondearse porque jubilaste no vas hacer ninguna cosa más, ese concepto se está perdiendo gracias a Dios” (Alonso, 60 y más años, Porvenir).

Esta visión está impactando, no solo a nivel de discursos, sino también en el desarrollo de programas y políticas públicas y medios de comunicación, Sin embargo, todavía predomina una imagen parcial y más estereotipada, ya que los pensamientos e ideas que tienen las personas sobre la vejez inducen a una invisibilización de las personas mayores, principalmente, de las mujeres. Contrarrestar los relatos edadistas que ubican la vejez desde la pérdida de poder o de la dependencia es un reto aún vigente:

“Pero yo le dije: “Lo malo es que hacen las cosas dispares”, porque a mí no me gustaría vivir muchos más años, le dije yo: “Mire, yo le voy a dar una sola explicación. Cobro mi pensión, pago mis boletas, compro mis remedios y para comer abro la puerta y tomo aire”, le dije, esa es mi linda explicación que le doy, ¿Cómo voy a querer vivir para morir de hambre? Yo quiero vivir y morir con dignidad” (Paula, 60 y más años, Puerto Natales).

Las personas de esta generación buscan poder realizar otras actividades para sentirse “productivas”, siguen trabajando, incluso cuando muchas de ellas tienen pensiones, pero el bajo monto de estas no les permite dejar de hacerlo, no saben hasta cuándo, pero tienen que seguir en el ámbito laboral, ya que de otra manera no pueden sobrevivir. La principal crítica al envejecimiento activo se centra en la presión que ejerce sobre las personas mayores para que se mantengan productivas y activas según las normas neoliberales, lo que refuerza las desigualdades sociales y promover una gobernanza de autoconducta basada en la productividad (van Dyk, 2014). Para las personas de este grupo que no están en esta situación, por ejemplo, la gente de las zonas rurales, el descansar o detenerse no está dentro de sus planes y aquellos que ya han jubilado están realizando algún tipo de actividad económica extra, como clases particulares o venta de productos caseros (alimentos, vestuario, bisutería u otros):

“Hasta cuando dios quiera nomás será, porque ¿qué voy a venir a hacer, a estar en la casa desocupado? No me hallaría, me aburriría estar sin trabajo, en cambio voy a trabajar 5 horas porque ahora no me dan casi nada de trabajo, estoy demasiado regalón porque sufrí un problema al corazón cuando estaba trabajando hace un tiempo, casi me muero una noche del corazón, de la misma lesera de la presión, entonces le dije a mi jefe que no iba a trabajar más de noche, porque le tenía terror a esa cosa, no me vaya a

dar de repente y paso de largo, así que me dejaron trabajar de 6 de la tarde a 11 de la noche y con eso estoy, con eso saco bien igual, saco como 300 lucas con ese horario que hago, sobre todo cuando tengo que trabajar días festivos, todos los feriados trabajo, el único día que yo tengo libre es el viernes, siendo viernes no trabajo, pero los otros días, sábado, domingo, todos los feriados trabajo, estoy comprometido a trabajar todos los feriados, pero eso me conviene porque saco más plata” (Martín, 60 y más años, Coyhaique).

Los imaginarios aparecen vinculados a sus propios procesos de desgaste, a sus vivencias cotidianas, a sus experiencias con las instituciones, a la relación con las autoridades y con sus comunidades, a las demandas del territorio; y sus dimensiones subjetivas se perciben en las relaciones que construyen con sus familias y sus vecinos. La visión de lo comunitario se hace cada vez más patente, sin embargo, se advierte la existencia de una tensión entre la visión individualista y la visión más comunitaria para ver la realidad, cobrando mucha importancia para ellas las acciones que se realizan al alero del Municipio y, en general, toda participación institucionalizada. Desde esta perspectiva, reconocen la existencia de una diversidad de personas mayores, de diferentes tipos de relaciones y todo lo que esto involucra:

“Porque yo creo que no les interesa, yo siento que no les interesa, en la política, el gobierno ha implementado cosas, gracias a dios, pero son muy sectoriales, no es masivo. Hay muchos abuelitos que están acostados en sus camas mirando tele y tú mirando tele, te atrofas, no te digo que yo no la mire, yo la miro, pero tener una persona todo el día mirando tele ¿lo encuentras justo? ¡No! entonces yo creo que han tenido la intención de hacer cosas, pero no ha resultado, no ha resultado” (Amelia, 60 y más años, Puerto Aysén):

Algo que caracteriza a esta etapa de la vida, sin caer en estereotipos edadistas, es que, junto con el hecho de que en el transcurso de la vida se van adquiriendo experiencias, también se acumulan muchas pérdidas. Las pérdidas generan malestar, miedo e inseguridades, sin embargo, contrariamente a lo que se piensa, las personas mayores mantienen buenos indicadores de calidad de vida. Lo interesante de este fenómeno es que las personas reportan buenos niveles de satisfacción y bienestar en una etapa de la vida en la que se supone que se experimentan más dificultades, más pérdidas. Se han formulado distintas explicaciones para ello: La habituación, esto es, no compararse con parámetros absolutos; la capacidad para desplegar afrontamientos saludables a las pérdidas, para acomodarse, es decir, ajustar las expectativas a la realidad. En este sentido, la teoría de la selectividad socioemocional de Carstensen et al. (2006), señala que a medida que las personas se acercan a la muerte, cambian las motivaciones, y se centran en lo que les gratifica, en las relaciones emocionales significativas, y lo demás pierde importancia:

“Bueno, yo me siento muy feliz y muy agradecida porque gracias a dios, yo fui muy enfermiza cuando joven y a dios me afirmó, y me siento bien, buena de salud, y contenta porque la salud la encuentro que es lo principal para vivir, si uno no tuviera salud no sería nada, puede tener mucho dinero, pero si está enferma, ese dinero, a veces no sirve para mejorarse tampoco, mientras que si uno tiene salud es rico, como yo siempre he dicho” (Paula, 60 y más años, Puerto Natales).

Las evidencias cuestionan que la vejez solamente sea el conjunto de características negativas, de estereotipos negativos en torno a la vejez que se traduce en actos discriminatorios hacia quienes envejecen, simplemente por la edad que tienen. Lo que muestra la evidencia es que no hay una vejez, hay “vejeces”, una gran variedad de formas de envejecer. Si hay algo que caracteriza a esta etapa de la vida es su diversidad:

“Me gustaría disfrutar la vejez hasta... bueno, lo máximo... tengo el papá de una amiga que cumplió 90 años y sería fantástico poder llegar a esa edad, activa...no te voy a decir, yo corriendo, saltando, brincando en una pata, pero valiéndome por si sola y haciendo las cosas que a mí me gustan ... “ (Daniela, 60 y más años, Punta Arenas).

La vejez y la longevidad va desdibujando las fronteras etarias y la separación de ámbitos que antes eran claramente distintos. Conocer si las personas mayores han sido capaces de adaptarse al cambio social pone en cuestión algunos supuestos y algunas de las conceptualizaciones que describen las recientes transformaciones sociales.

6.2.3. La identidad proyectada: La agencia de las personas mayores ante la precariedad y vulnerabilidad en la vejez.

Otro de los principios de la perspectiva del curso de vida, es la agencia, que asume que las personas toman decisiones y que estas decisiones afectarán las elecciones realizadas en la vejez. La agencia en personas mayores se define a través de la capacidad de actuar autónomamente, tomar decisiones propias y ejercer control sobre su vida, a pesar de las restricciones materiales y culturales que puedan enfrentar. Esta capacidad se entiende como generativa y variable, basada en la creatividad y la imprevisibilidad de las personas para adaptarse a las limitaciones de manera imaginativa (Wray, 2007). Además, la agencia se conceptualiza como un fenómeno multidimensional que se constituye de manera diferente a lo largo del tiempo y el espacio, y que está intrínsecamente vinculado a las relaciones de poder dentro del contexto en el que se manifiesta.

6.2.3.1. La agencia en las interacciones y relaciones intergeneracionales

En el contexto de las relaciones intergeneracionales surge el concepto de “generatividad”, que hace referencia al cuidado y contribución de las y los adultos a la vida de las generaciones posteriores, además de la preocupación por hacerse cargo y guiar a las nuevas generaciones (McAdams et al., 2008; McAdams y Logan, 2004). Se plantea que la generatividad consiste en que las y los adultos nutren, enseñan, guían y promueven a la generación siguiente mientras generan productos y resultados que benefician a la sociedad, promoviendo su continuidad desde una generación a la siguiente. McAdams y Logan (2004) proponen un modelo conceptual que parte explicitando que la generatividad es motivada por a) una demanda cultural acerca de la conducta apropiada a la edad y por b) un deseo interno de alcanzar una transcendencia simbólica junto con el deseo de ser necesitado/a por otros/as. Ambas motivaciones estimulan c) una preocupación por la generación siguiente que, combinada con d) la creencia en el valor de la vida humana, lleva a e) un compromiso generativo y finalmente a f) una acción generativa que se expresa en conductas que buscan crear o mantener productos y resultados que ofrecen como regalo a la generación siguiente f) una narración generativa que es la forma como las y los adultos expresan en sus historias de vida las preocupaciones y los comportamientos generativos realizados.

Muchas personas mayores narran dichas preocupaciones y comportamientos, de modo que sus historias de vida muestran lo que se realizó, lo que resultó satisfactorio y lo que puede sobrevivir como su legado. Son pues, construcciones autobiográficas de las y los sujetos que le dan sentido a sus vidas. A la luz de este marco conceptual, las investigaciones de McAdams y Logan (2003) y MacAdams et al., (2008) se centran especialmente en tres dimensiones: preocupación generativa, acciones o comportamientos generativos, conductas y temas generativos incluidos en una narración autobiográfica. Dichos elementos, si bien se correlacionan entre sí son dimensiones diferentes y complementarias. En este contexto, el explicitar imágenes positivas del envejecimiento parece relevante:

“Antes nuestros abuelos, eran felices y de la nada se levantaba, por ejemplo, esta misma casa la hizo mi abuelo, y de a poco iban saliendo adelante pero hoy día no, hoy día la juventud no está preparada, es como intolerante al fracaso, de repente me fue mal y me quedo” (Valentina, 30 a 59 años, Punta Arenas).

La participación de las personas mayores en programas de participación social es diversa y abarca una amplia gama de actividades. Algunos ejemplos incluyen visitas

domiciliarias de voluntarios, clases grupales de gimnasia, clubes de personas mayores, trabajo voluntario con niños y niñas en etapa escolar, y otras actividades que se puedan desarrollar de forma específica. Estas actividades muestran la amplitud de programas diseñados para promover la participación social de las personas mayores, destacando la diversidad de enfoques y actividades:

“No, uno cuando es joven, nunca... llega o piensa en la vejez. Claro, cuando es cabro jamás va a pensar, ¿yo cuándo me imaginé que iba a estar metido en un club de adultos mayores? Que antes no existía esto, antes no existía, ahora gracias al gobierno que implantó esto, ahora el adulto mayor sale de su casa, ya sale, aunque sea una vez por semana a reunirse al club, pero antes no, antes el adulto mayor quedaba en su casa, las viejitas tejiendo, otras estaban hilando y esas eran sus tareas de la casa, para sacarlas a veces era un fin de semana ...” (Agustín, 30 a 59 años, Puerto Natales).

La participación de las personas mayores ha evolucionado significativamente a lo largo del tiempo, reflejando cambios en las políticas sociales y las actitudes hacia la vejez. Inicialmente, las teorías del envejecimiento, como la teoría de la actividad, enfatizaban la importancia de mantenerse activo para lograr un envejecimiento exitoso. Esta perspectiva promovía la idea de que las personas mayores deberían seguir participando en actividades sociales, recreativas y productivas para mantener su bienestar. Con el tiempo, surgieron nuevas teorías y enfoques que ofrecían respuestas no deterministas y reconocían la diversidad de experiencias de envejecimiento. Enfoques como la gerontología crítica y la teoría del curso de vida, compartían la visión de las personas mayores como actores sociales involucrados diariamente en experiencias y luchas significativas. Estos enfoques subrayaban la importancia de considerar la participación social como un aspecto clave de las políticas sociales, especialmente en contextos de envejecimiento demográfico rápido y la extensión de los años de jubilación y pensión. En el pasado, estos espacios no existían, pero ahora, producto de la implementación de programas y proyectos gubernamentales, las personas mayores tienen la oportunidad de reunirse en estos “clubes”. Antes, las personas mayores permanecían en sus hogares, con las mujeres mayores dedicadas a tejer o hilar como parte de sus tareas domésticas (Núñez, 2018), en un contexto donde el trabajo doméstico estaba infravalorado. El trabajo de las mujeres, históricamente confinado a roles reproductivos como el hilado y la tejeduría, entre otras tareas, era poco apreciado. Las salidas sociales solían limitarse a los fines de semana, para visitar a familiares o amigos.

También, se expresa una crítica al trato que, en muchas ocasiones, se da a las personas mayores en la sociedad, relegándolos a un segundo plano. Se destaca el valor de las personas mayores como depositarios de una memoria histórica y cultural, especialmente de aquellos relatos y vivencias que no se encuentran en los libros de historia oficial. Las personas mayores representan una fuente viva de conocimiento sobre la "historia paralela", aquella que no se glorifica ni se celebra, pero que es esencial para entender el desarrollo real de una región o una comunidad:

“La gente mayor que nosotros, lamentablemente los tenemos en la casa como un adorno más, y no, la gente mayor son poseedores de secretos, de grande secretos que nos cuentan la historia, la otra historia, la historia paralela que nosotros, a veces, no leemos en los libros, cuando dice que los grandes terratenientes, los grandes impulsores de la ciudad fueron los que los que más hicieron por la región, sino que voy buscando a esos otros pioneros sencillos, los comunes, aquellos que han hecho caminos con pala y picota, aquellos que han entregado su vida para construir las poblaciones, para construir las ciudades y que de repente nadie los cotiza” (Máximo, 60 y más años, Punta Arenas).

Se señala que, a menudo, la historia oficial se centra en los actos de las elites o de aquellos con poder, mientras que ignora o minimiza las contribuciones de las personas comunes. Por otro lado, se refleja el compromiso hacia el trabajo comunitario, especialmente orientado hacia las personas mayores, muchas veces con un claro deseo de involucrarse activamente a través de diversas organizaciones y de contribuir de manera significativa en diferentes áreas. Se enfatiza en el proceso de enseñanza-aprendizaje, desde una perspectiva bidireccional: no solo está impartiendo conocimientos o habilidades, sino que también está aprendiendo de las experiencias y de las personas con las que trabaja.

Además, la participación social ha sido reconocida como un componente central de la integración de las personas mayores, valorada no solo por sus efectos en la salud individual o en la trayectoria del envejecimiento, sino también como un activo valioso para las sociedades democráticas (Pérez-Salanova, 2015). Este entendimiento ha llevado a cuestionar si nuestra sociedad está realmente interesada en la participación activa y democrática de las personas en la organización práctica de sus comunidades (Raymond et al., 2013). Esto implica comprender la diversidad de aspiraciones de envejecimiento de la población mayor y reconocer las disparidades existentes en sus condiciones estructurales de vida:

“Me interesa seguir trabajando con el adulto mayor, con junta de vecinos, cualquier organización que haya yo me meto, si estoy en 5 instituciones, 3 en Coyhaique y 2 acá, y me muevo todos los días. Y eso, ya es un logro porque me quedo conforme, porque

estoy enseñando, estoy aprendiendo y estoy dando todo lo que está a mi alcance”
(Bruno, 60 y más años, Coyhaique).

6.2.3.2. *La agencia de las personas mayores y su incidencia en la acción social.*

Existe una valoración positiva de los distintos ámbitos y espacios de participación que se implementan desde la política pública, que integra dos elementos clave: el deseo de mantenerse activo y el rechazo a ser excluido socialmente. Estos dos elementos se relacionan con lo propuesto en el enfoque de la generatividad de (Villar y Serrat, 2014), que subraya la necesidad de las personas mayores de aportar al bienestar colectivo, con el objetivo de promover cambios sociales positivos y garantizar la continuidad entre las generaciones:

“Eso es lo que le dije a la jefa de SENAMA, no nos corten las alas, nosotros recién estamos aprendiendo a volar, antes nunca pudimos volar, nunca pudimos salir, y ahora con estos proyectos, sí podemos salir, podemos volar” (Antonella, 60 y más años, Chile Chico).

Se plantea que, a pesar de estar en una etapa avanzada de la vida, estas personas están descubriendo nuevas libertades y posibilidades que no habían experimentado antes. Se reconoce que hubo barreras anteriores, ya sean sociales, económicas o personales, que dificultaron poder realizar algunas acciones. Estos proyectos mencionados juegan un papel crucial en proporcionar estas nuevas oportunidades y experiencias, permitiendo a estos individuos "salir" y "volar", lo que se relaciona con la línea de promoción de los programas de la política de envejecimiento en Chile, desde turismo social hasta involucramiento comunitario o aprendizaje. También es un reclamo a las autoridades para que no obstaculicen o retiren estas nuevas oportunidades, especialmente al Servicio Nacional del Adulto Mayor que está involucrado, y que trabaja directamente en el desarrollo y gestión de los principales programas de la política pública hacia las personas mayores.

Las actividades en estos proyectos tienen una orientación expansiva, a pesar de las barreras físicas, las personas mayores están buscando formas de mantenerse activos y participar en actividades comunitarias. Mencionan el deseo de estar físicamente activos y una actitud positiva en una sociedad donde el papel de las personas mayores ha evolucionado con el tiempo:

“Bueno, los cuatro que vinieron ayer, los cuatro eran de la tercera edad y uno de ellos vino en silla de ruedas, pero vienen proponiendo mover el esqueleto, anda a pensar hace

30 años atrás en un desfile de la tercera edad como la que tuvimos en el año 2011, donde nos juntamos Natales, Punta Arenas y Porvenir, en la plaza de armas de Punta Arenas, y el desfile pura gente de la tercera edad, duro 56 minutos, 56 minutos pasando yo por todos los lados, nos pilló sin estandarte, tuvimos que ponerle Porvenir-Tierra del fuego, a una bandera de la región así cocido” (Alonso, 60 y más años, Porvenir).

El involucramiento sociopolítico y activismo en el contexto de la participación social de las personas mayores les invita a involucrarse en acciones sociales, políticas e instrumentales. Quizás es una señal del sentido de pertenencia que comparten algunas personas mayores en la región. Recordando detalles y cómo se organizan para enfrentar las dificultades, elemento que indica la importancia que tienen algunas actividades para ellos:

“La autoridad es muy buena acá en Cochrane, sobre todo el alcalde, la gobernadora, es gente que nació acá, entonces lo conoce a uno como presidente. Ahí llegamos nosotros a pedirle la leña, porque acá hay una escasez tremenda de leña para el adulto mayor, se la entrega trozadita el alcalde, es muy buena persona, a todos los viejitos, así que lo que más vemos el asunto de la estufa parece que ahora nos van a entregar estufas para los adultos mayores” (Roberto, 60 y más años, Cochrane).

Una crítica a los programas de participación social es que están subevaluados: es decir, una falta de evaluación sistemática de los programas. Esto limita la capacidad de comprender completamente su eficacia y el impacto que tiene en la vida de las personas mayores. Por otra parte, esto impide la identificación de prácticas efectivas y la mejora de los programas existentes. Pero las personas mayores que acceden a este tipo de participación están estrechamente vinculadas con la comunidad, es decir, quienes tienen mayor vínculo con redes sociales y confían en las dinámicas de reciprocidad, tienen posibilidades mucho más concretas de participación comunitaria. Además, de evidenciar cambios personales significativos relacionados con su involucramiento:

“Yo creo que... la percepción que ellas tienen ha ido cambiando, en la medida que todos estos planes de gobierno, estos planes que están ahora. Han ido considerando a la gente mayor en algunas actividades, en algunas cosas. Antes, la persona vieja, se sentía vieja nomás. Incluso inútil, inservible, porque ya: “¿Qué hago? Estoy en la casa nomás, estoy en la casa esperando que llegue la gente, esperando que llegue alguien para que converse o para que me regaleneé, pero nada más”. Sin embargo, ahora con estos planes que hay, la gente, los adultos mayores, yo creo que se sienten más considerados” (Máximo, 60 y más años, Punta Arenas).

También se puede percibir un fuerte compromiso con la región que puede contribuir al mejoramiento del sistema de salud en áreas más desatendidas o con menos recursos. Este informante, parece estar dispuesto a priorizar esto por encima de oportunidades más inmediatas o convenientes, como quedarse en Santiago. Refleja una actitud

comprometida y una clara preferencia por trabajar en áreas rurales o regiones donde percibe que puede hacer una diferencia significativa:

“Sí, si se me da la posibilidad allá de trabajar, después de la práctica, la universidad tiene hartos campos clínicos y aun así en los campos como que piden a los alumnos que se queden trabajando ahí, después de la práctica, si mi caso fuera el mismo, igual me quedaría [en Santiago] o sea, me quedaría tres años, pero mi meta es trabajar en una región acá, sí o sí, ya sea aquí en Coyhaique, en Cochrane, en Mañiguales, en Villa Amengual, en cualquier pueblo chico que se necesite, que la parte de salud es bien complicada acá, es bien difícil, hay muchas personas que se van para el lado privado que para el público, en el público igual falta harto especialista, aparte que el área que a mí me gusta acá hay muy poco, que es el área de neurología, así que espero venir a trabajar acá” (Lucas, 18 a 29 años, Coyhaique).

Estos significados cuestionan la mirada reduccionista de la participación social de las personas mayores, la mirada no puede ser simplificadora, ya que nos acercamos a u diferentes maneras de analizar las vidas cotidianas, las experiencias y practicas dentro de los propios relatos. Lo individual y lo colectivo se combinan de forma diferente y las visiones de la participación se pluralizan.

6.3. A modo de cierre: Configurando los imaginarios de la vejez y el envejecimiento en la Patagonia chilenas.

En este último apartado del capítulo se realiza un análisis integral, a modo de resumen tipológico de las principales construcciones sobre vejez y envejecimiento que se han podido levantar en esta investigación, vinculadas y analizadas desde una perspectiva integral con respecto a las generaciones, algunas de las cuales haciendo más hincapié en el género. Intentaremos comprender el envejecimiento más bien orientado al análisis de los aspectos sociales y culturales más importantes, para posteriormente, en la discusión final y las conclusiones, poder vincularlas a los contextos socio-territoriales de las personas, cuestión que entregará una visión de los imaginarios en su conjunto.

Lo que se evidencia es la sincronía de esquemas sociales tradicionales y otros emergentes y, por tanto, lo que se despliega es la ausencia de una linealidad en el proceso de configuración del envejecimiento a lo largo del curso de la vida. Esto implica también la emergencia de tensiones, complejidades, cambios y permanencias en las biografías de las personas y en la construcción del envejecimiento. En el análisis desde una perspectiva intergeneracional de algunas dimensiones, se ha relevado internamente las particularidades de cada generación. Una vez allí, se evidencian no solo los cambios

intergeneracionales, sino también las permanencias en la configuración del envejecimiento. En relación con el envejecimiento y la vejez -que son temas centrales en esta investigación-, se va encontrando con una gran polisemia de interpretaciones, que lejos de ser una dificultad, pone de manifiesto la complejidad que conlleva el propio fenómeno, lo que hace imprescindible, sin lugar a duda, partir de la distinción entre el envejecimiento demográfico y el envejecimiento individual o personal.

Con relación al envejecimiento y las transformaciones sociales, es necesario profundizar en las concepciones y construcciones sobre la vejez y el envejecer que sustentan dicha configuración del fenómeno en sí mismo. De modo que, la vejez y el envejecimiento son contruidos socialmente a través de discursos y prácticas que reflejan tanto continuidades como rupturas generacionales, y están influenciados por marcos normativos hegemónicos y experiencias personales. Estas construcciones sociales incluyen aspectos materiales como el derecho a la salud y a pensiones de jubilación, así como aspectos simbólicos relacionados con las percepciones y creencias sobre el cuerpo. No obstante, la perspectiva del curso de vida resalta una heterogeneidad en el envejecimiento está influenciada tanto por dimensiones estructurales y culturales como por la influencia de categorías sociales, lo que moldea de manera diversa las experiencias de vida de los colectivos en etapas específicas de su existencia. Las mujeres, por ejemplo, desempeñan roles significativos en el intercambio generacional, proporcionando cuidados, tiempo, y apoyo afectivo o económico, lo que subraya la diversidad de roles y trabajos que continúan teniendo en la sociedad.

Por otro lado, el envejecimiento es un proceso dinámico y multidimensional que opera a lo largo de la vida de las personas y se encuentra influido por diversos factores internos y externos. Esto implica aceptar que el envejecimiento no presupone una enfermedad, sino que es un proceso con múltiples causas, cuyo resultado, la vejez, es muy heterogénea en sus manifestaciones. La vejez no es simplemente una etapa final aislada, sino el resultado de experiencias, decisiones, y circunstancias a lo largo de la vida. La percepción de la vejez está marcada por dialécticas de soledad, dependencia, y carga, reflejando los imaginarios a menudo negativos que construye la generación más joven sobre el envejecimiento; lo cual, sumado a las condiciones del contexto territorial como la distancia, lejanía y aislamiento, la hacen mirar la vejez con temor e incertidumbre.

Desde esta perspectiva, un punto crítico en la valoración de las personas mayores en la sociedad capitalista es la sostenibilidad y adecuación de los sistemas de pensiones, que a menudo resultan insuficientes para cubrir las necesidades básicas, llevando a situaciones de precariedad económica, asumiendo una postura más crítica y de cuestionamiento frente a las desigualdades del sistema previsional o de salud, y de lo que cada una/o está realizando con respecto a sus propios procesos de envejecimiento. Por lo tanto, la vejez es vista, desde sus perspectivas, como algo que ellas/os no quieren vivir y, por ende, se visualizan distintas/os en el futuro. Al expresar estas imágenes negativas, lo hacen identificando sus propias experiencias y cómo desde sus distintas posiciones vieron el deterioro de la vida de aquellas personas cercanas relacionadas con ellas/os. En estos discursos caben todas las imágenes sobre los cambios corporales, emocionales, estéticos, de relaciones o de la toma de decisiones. A pesar de ello, se puede rescatar que, desde los discursos con connotaciones más positivas, se reconoce la posibilidad de ser diferentes, el no ser como las/os viejos/as de ahora, lo que implica un cambio en la legitimación de la vejez y la posibilidad de dar un giro, aun cuando se pueda advertir un nivel de objetivación constante.

La migración de jóvenes, impulsada por la búsqueda de educación superior, refleja desigualdades en la distribución de recursos educativos y oportunidades, lo que tiene implicaciones significativas para las familias y las dinámicas intergeneracionales, especialmente en términos económicos y de acceso a la educación. Asimismo, la educación es valorada como el legado más significativo que los padres pueden dejar a sus hijos, lo que subraya la importancia de la educación como capital social y económico para las generaciones futuras. La implementación de políticas de gratuidad progresiva en la educación superior en Chile representa un esfuerzo por democratizar el acceso a la educación y aliviar la carga financiera de las familias.

Es en la generación adulta, donde ya se comienza a evidenciar un mayor acercamiento y conocimiento sobre las temáticas asociadas a la vejez, como los problemas con la institucionalidad pública y privada, la debilidad del sistema de pensiones, etc. Las argumentaciones también surgen, principalmente, desde la experiencia que ha vivido en primera persona, aunque, al igual que la generación anterior, el eje central para sus descripciones es su experiencia o la de las personas mayores con las cuales esta generación ha tenido contacto directo, desde allí observan y construyen la vejez, desde

sus subjetividades. También, de manera transversal, se hace referencia a la relación vejez-enfermedad, a la idea de que la vejez se opone a la salud, por lo tanto, la vejez no tendría cabida en un contexto caracterizado por la “buena salud”. Lo que se busca enfatizar aquí es el proceso único a través del cual este grupo etario produce y experimenta la vejez. Es fundamental observar cómo se refieren a sí mismos y al entorno social que han vivido, utilizando sus experiencias personales como primer marco de referencia. Este enfoque inicial es crucial porque establece el contexto para entender cómo interpretan y luego adoptan las imágenes y conceptos tradicionalmente contruidos sobre la vejez.

Posteriormente, es esencial analizar cómo estas personas ejemplifican y asimilan dichas imágenes y nociones. Aquí, lo importante es observar las subjetividades que emergen en sus discursos. Estas subjetividades revelan no solo cómo se ven a sí mismos en el contexto de una sociedad que envejece, sino también cómo entienden y se relacionan con las representaciones convencionales de la vejez. Al examinar los discursos y perspectivas de las personas entrevistadas, se pueden identificar las distintas maneras en que internalizan y reformulan las nociones de vejez, reflejando así un proceso dinámico y personalizado de envejecimiento. Esta reflexión sobre la autopercepción y la asimilación de roles sociales en la vejez permite entender mejor cómo las experiencias individuales se entrelazan con las percepciones culturales y sociales más amplias. Así, se destacan las distintas formas en que las personas mayores comprenden y viven su propia vejez, ofreciendo una visión más rica y matizada de este proceso.

En esta línea, aparece la actitud de ir aceptando, paulatinamente, la pérdida de salud, de energía, de lozanía, a diferencia del grupo anterior, en el que se observan discursos sobre una persona mayor que no se desea ser, este grupo es más moderado en su postura. Si bien hay una crítica a la institucionalidad pública, esta está sustentada en la inactividad de las instituciones, en el hecho de desarrollar más programas para las personas mayores o visibilizarlos más, pero sin valorar de manera positiva la posibilidad de que como ciudadanas/os puedan impulsar alguna transformación. Por ello, establecen como urgente y necesario, dentro de la sociedad chilena, la atención de las personas mayores, fundamentalmente, de la de los sectores más vulnerables.

También, en esta generación se aprecia una valoración bastante más positiva de las personas mayores como personas en el contexto de la individualidad, ya sean de sus

grupos familiares, de las organizaciones en las que participan o de su medio social, pero, al mismo tiempo, poseen discursos estereotipados respecto de la vejez como proceso, es decir, la forma de definirla consiste en aprehender e internalizar, fuertemente, lo que objetivamente se piensa de ella, lo que trae consigo una visión de las personas mayores como seres frágiles.

En este mismo contexto, tampoco se visualiza la posibilidad de asumir algunos cambios por parte de la ciudadanía o de los movimientos sociales, en el sentido de considerar el envejecimiento de la población como un tema político, por lo mismo, las posibilidades de cambio se ven con cierto escepticismo con relación a lo que puede hacer el Estado en la medida de lo posible o con simplemente no hacerse cargo. En esta generación, los discursos son más moderados, todavía se observan a las personas mayores como sujetos de beneficencia y no como sujetos de derechos, por eso las formas de referirse a ellas son con “cercanía”, “cariño” o “minimización”. Finalmente, los efectos sociales del envejecimiento confrontan a las personas con lo que se desea para ellas mismas, a pesar de ello, existe un cuestionamiento del rol social de las personas mayores y de las repercusiones que tiene el envejecimiento en la sociedad actual.

En la generación de personas mayores, los discursos no son lejanos de sí mismas/os, en el sentido de que en el propio discurso están totalmente involucrados las/os hablantes, sin objetivar las ideas, pues la cercanía con la vejez es lo que más predomina. Son mayores y han realizado el recorrido, están definidos por sus historias y por todos los acontecimientos que les ha tocado vivir. Se presentan desde las/os hijas/os, pasando por nacimientos, cambios de vida, violencia, abandonos, invisibilizaciones, hasta los conflictos generacionales, lo que implica un darse cuenta, en el sentido de reflexionar sobre la propia historia como proceso y sobre cada uno de esos eventos, que, si bien pueden afectar a todas las personas, este tipo de eventos marcan y se despliegan como un poderoso relato de la vida personal, haciendo la diferencia. Es como si la historia personal ya se “viniera encima”, porque se está en un proceso de la existencia cercano a la muerte, por lo tanto, hay una suerte de evaluación de la vida en que todos los eventos cobran una importancia diferente y provocan que lo que se está viviendo sea “vivido” desde una óptica diferente.

Tampoco se ha encontrado una ética radicalmente distinta que obligue a hablar de un otro cultural. Estamos ante vejez en plural, ante subjetividades complejas, ante experiencias y sueños diversos, y ante cotidianidades que coinciden en un imaginario de posiciones, nunca congelables. La categoría "vejez" ha sido entendida como un determinado posicionamiento social que presenta cruces de referentes sociales, económicos, culturales, género, espacios de autonomía y límites etéreos. Puede tener una connotación negativa en las zonas extremas, cuando se vive en soledad, abandono o fragilidad, cuando la persona mayor siente medio y pasividad. Es un elemento de resistencia en la construcción de la vejez. Por otra parte, aparecen como diferencias las narrativas menos negativas en relación con la vejez, las emergencias paradigmáticas donde prevalecen los discursos más críticos, la generatividad en la vejez, aceptación de los cambios y las nuevas formas de afrontar la vida.

Las generaciones en el extremo sur de Chile muestran diferencias en cómo construyen la vejez y el envejecimiento, lo que sugiere la existencia de elementos de continuidad y ruptura que afectan la reproducción social y configuración del envejecimiento desde una perspectiva generacional. Aunque las personas más jóvenes pueden inicialmente contemplar la vejez desde una perspectiva externa o incluso con cierta distancia, sus experiencias directas con personas mayores, como abuelos o padres, pueden enriquecer su comprensión y actitudes hacia esta etapa. Estas experiencias familiares sirven como un puente entre su mundo y el de las generaciones mayores, proporcionando perspectivas únicas sobre los desafíos, las alegrías, y las complejidades del envejecimiento.



Úrsula Calderón – Canto (1)
Relatos y Cantos Yaganes

CAPÍTULO VII: LAS SINGULARIDADES DEL CONTEXTO TERRITORIAL EN LA PATAGONIA AUSTRAL Y LOS DISCURSOS SOBRE ENVEJECIMIENTO.

Chile es uno de los países más envejecidos de América Latina. El avance del peso poblacional de las personas mayores, la creciente importancia de la vejez en la vida de las personas, en los ámbitos comunitarios y sus implicancias en materia de políticas públicas, han sido abordados recientemente a través de diversos trabajos (Arnold et al., 2021). No obstante, comprendiendo que el envejecimiento se construye socialmente, resulta competente realizar un análisis desde el territorio que es el espacio donde se gestan procesos de producción de los sentidos sociales. Si bien estos procesos son simbólicos se concretan en la realidad material, ya que la manera de conocer y percibir el mundo en el que vivimos y el modo de interactuar con otros/as, también está determinado por la práctica de habitar un territorio que dialoga de manera constante con diversas prácticas que configura la construcción de identidades, sentidos y significaciones de las personas. En esta parte del trabajo se propone una contribución al estudio del envejecimiento, examinando cómo el contexto territorial se relaciona con la construcción del envejecimiento desde una perspectiva generacional. Es decir, cómo las estructuras que organizan el territorio aportan a la matriz de sentido en la Patagonia al envejecimiento, desde la perspectiva de los distintos grupos generacionales participantes de esta investigación. Asimismo, la constitución de identidades, la contextualización de los significados de lugares en relación con el género ha demostrado cómo el género como construcción social se cruza con otras categorías socialmente construidas dentro de espacialidades particulares, entre muchos otros temas.

En el presente capítulo se analizan las singularidades del contexto territorial, y cómo estas características han ido marcando los discursos de las personas entrevistadas, no solamente desde la distribución territorial, sino también desde los significados simbólicos del espacio que se habita, y que permea las subjetividades en torno a la construcción del envejecimiento. Se intenta dar respuesta a uno de los objetivos propuestos en esta investigación, que apunta a **indagar en la relevancia e identidad del territorio en la construcción social del envejecimiento desde las subjetividades en la Patagonia Aysén y Magallanes**. El proceso de envejecimiento puede ser analizado más allá de sus aspectos sociales, y explorar el territorio puede ampliar la perspectiva del análisis, ya que

se trata del entorno geográfico y social próximo a la persona, donde las acciones y los sucesos tienen un significado sociocultural.

En la primera parte de este capítulo, se realiza una exposición de las principales características generales del análisis de contenido de las entrevistas analizadas con el programa Atlas.ti. En una segunda parte, se analizan los discursos, respetando las posiciones discursivas-generacionales relacionadas con el contexto territorial donde es posible identificar tres imaginarios: en el primero, se expone cómo los recuerdos, experiencias y valoraciones de las personas sobre el territorio enmarcan sus trayectorias vitales, centrándose en el proceso de envejecimiento. Intersectando las categorías de edad, género y territorio; en el segundo, se explica el envejecimiento, tanto en aquellos elementos simbólicos como materiales en los cuales se sustentan esos significados de la vejez en el territorio que se habita; y en el tercer imaginario, se exponen las experiencias biográficas de las personas en torno al habitar la Patagonia, sus identidades y proyectos. Buscamos dar respuesta a **¿Cuáles son los elementos estructurales e identitarios del territorio que permean las construcciones del envejecimiento?** Como se ha mencionado anteriormente, se intenta identificar y describir este elemento y relacionarlo con la vejez y el envejecimiento. Por lo tanto, en este capítulo se pretende identificar y describir factores estructurales del contexto estudiado que posibilitan un tipo de discurso sobre la vejez y el envejecimiento, para dar respuesta a este objetivo de la investigación.

En este sentido, por “factores estructurales del contexto” se hace referencia al contexto territorial (todos aquellos imaginarios sobre las regiones de Aysén y Magallanes), pero no solo con relación al campo geográfico como construcción material, sino que también como dispositivo simbólico en las nociones identitarias de las personas y cómo ese territorio que se habita es apropiado por las personas y lo relacionan con la vejez y el envejecimiento. Donde, además, la perspectiva de género no es solo una categoría aislada, sino que es transversal a toda la dinámica social en el límite discursivo, simbólico, político y material del mismo y del campo identitario.

7.1. Territorio observado: Las dimensiones y relaciones del contexto territorial.

Si se consideran sólo los significados asociados al envejecimiento, quedan fuera algunos elementos identitarios muy relevantes para este grupo de población, como la construcción

del territorio que ha influenciado fuertemente la construcción de la vejez de las personas entrevistadas en la Patagonia. En este sentido, la manera en que se desarrollan categorías con relación a “nosotros mismos y a los demás”, está determinada por las relaciones que se producen y reproducen en el contexto social (Zúñiga y Asún, 2014). Es así cómo se construye el envejecimiento, es decir, a partir de las simbolizaciones que realizan las personas del territorio que habitan, ya que la vejez y el envejecimiento son siempre un discurso social.

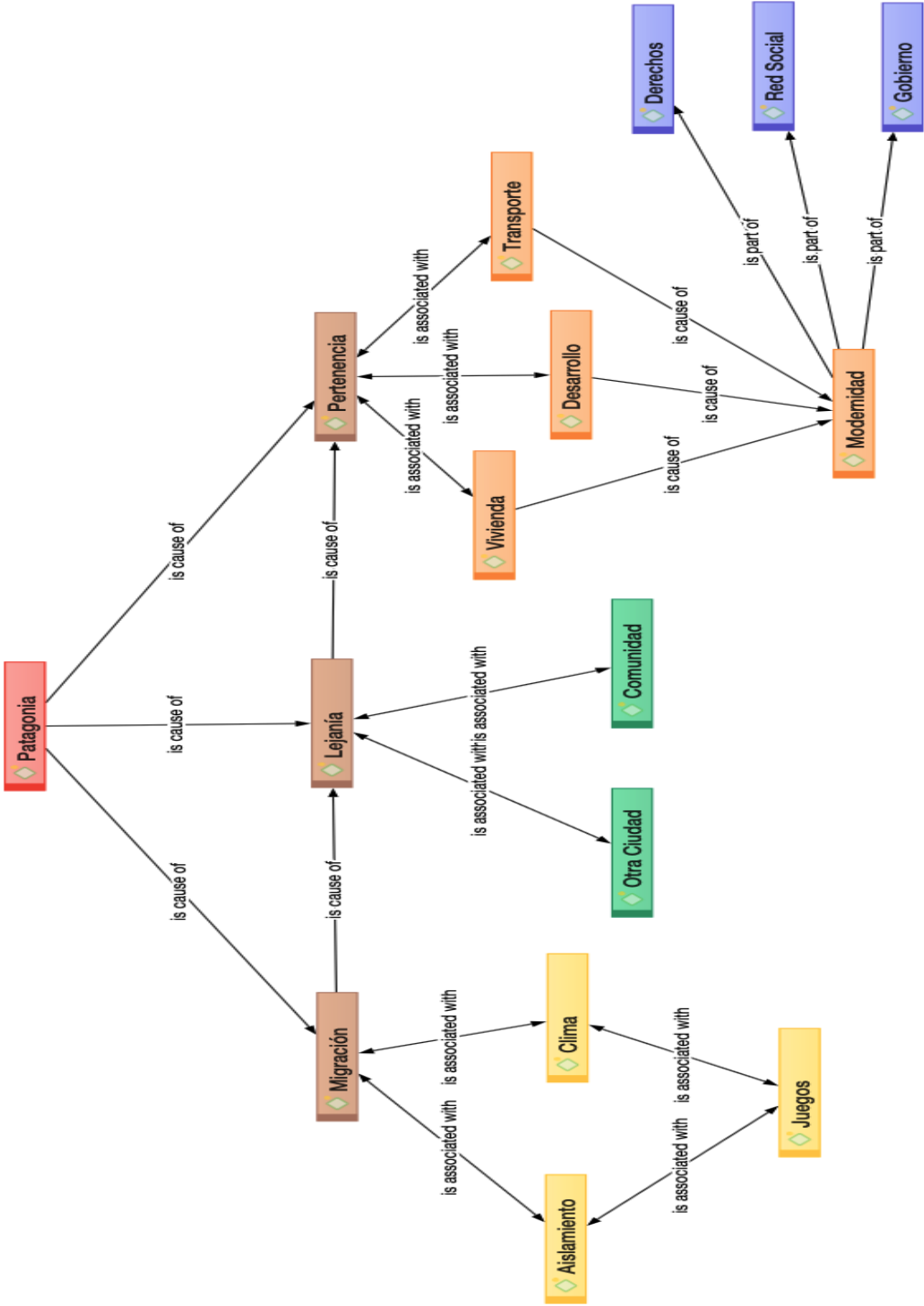
Con relación al territorio, Ther (2012) identifica dos categorías, el “territorio vivido” y el “territorio normado”. El primero, es entendido como un sistema de vida compartido y el segundo, se comprende como una economía política del “para nosotros”. Estos conceptos tienen cercanía con el “territorio observado” de Ingold (2015), pues los lugares son espacios vivos que se desarrollan a través de rutas y caminos que son trazados por el recorrido que realizan las personas que van de un lugar a otro.

Siguiendo a Fernandes (2017), el territorio no es simplemente un espacio físico, sino que está imbuido de significados simbólicos y culturales. En efecto, lo que se percibe en el caso de Magallanes y Aysén es que las características geográficas en estas regiones han moldeado las prácticas culturales y sociales de sus habitantes. En este sentido, una premisa en esta investigación es el carácter situado (Haraway, 1998) de la reflexión, lo implica comprender que el aislamiento geográfico, el clima extremo y los paisajes naturales han contribuido a instalar un discurso de una identidad regional distintiva. Asimismo, las prácticas cotidianas de trabajo, de movimientos de población, entre otras, reflejan una adaptación y le dan un sentido al territorio (Gaviria, 2020).

El territorio y la memoria colectiva están atravesadas por una serie de narrativas de migración, lejanía y pertenencia. Estas narrativas no solo indican la distancia física de los centros urbanos más poblados del país, sino también una sensación de aislamiento y singularidad. La migración, tanto histórica como contemporánea, ha moldeado la percepción de lo que significa pertenecer a estas regiones, creando una identidad que es al mismo tiempo local y transnacional. También, las historias de las familias en Magallanes y Aysén están vinculadas con las historias de migración.

Volviendo a la red semántica, se identifican tres dimensiones: **Migración, Lejanía y Pertenencia**. Se trata de una red muy poco densa, formada por un nodo principal, “Patagonia”, y otros 15 códigos, donde destacan las tres dimensiones mencionadas, alrededor de las cuales se producen determinados procesos que van configurando un esquema general. La red semántica completa se muestra a continuación en la figura 19.

Figura 19 Red semántica contexto territorial relacionado con la construcción de la vejez



Fuente: Elaboración propia.

7.1.1. Migración, una constante en la vida de los y las habitantes.

Las personas construyen el envejecimiento situado en un contexto cultural que es dinámico y que exige continuos cambios y reestructuraciones, sin embargo, en ese proceso se mantienen elementos constantes, como son: las condiciones de migración, dificultades en el acceso a recursos y servicios, y motivaciones para vivir en la Patagonia, entre otras.

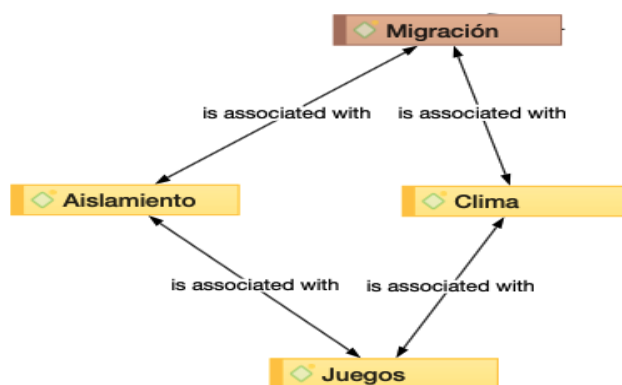
La **Migración** es la primera dimensión de esta red semántica, la historia migratoria en estas regiones se puede entender en diferentes etapas. Comienza con la llegada de los primeros colonos a finales del siglo XIX (Pérez, 2017). Estos colonos, provenientes tanto de otras regiones de Chile, por ejemplo, de la Isla de Chiloé (entorno más inmediato) y de varios países europeos, establecieron las bases de las primeras comunidades -como las conocemos ahora- en el extremo sur del país. Fue un proceso de colonización sin diálogo con los pueblos originarios, que finalmente termina con un genocidio de los pueblos que habitaban dicho territorio. El Estado llega a la Patagonia apropiándose del territorio ya habitado -negando la existencia de comunidades y presentándolo como despoblado y disponible- con una política de gobierno de concesiones para justificar decisiones políticas en el establecimiento del Estado-Nación. Posteriormente, la migración en estas regiones fue influenciada por políticas gubernamentales destinadas a poblar el extremo sur de Chile. Esto incluyó la migración por razones laborales, en ocasiones impulsada por necesidades político-administrativas, como la explotación de recursos naturales y la creación de infraestructuras. Las migraciones internas e interregionales, muchas veces motivadas por razones educativas, han continuado configurando la demografía y cultura de Magallanes y Aysén. Estas sucesivas olas de migración han contribuido a la formación de identidades múltiples y complejas en Magallanes y Aysén.

La migración, en una primera etapa, está asociada al **aislamiento** y al **clima**, dos variables que han impactado fuertemente la dinámica de construcción de la identidad, generando un entorno particular para el desarrollo de la vida familiar y social y posteriormente los discursos sobre la vejez y el envejecimiento. En este período de transición, se observa una tendencia hacia familias disgregadas, caracterizadas a menudo por la ausencia de los padres. Esta situación puede estar relacionada con la necesidad de migrar para trabajar, dejando a las y los niños y jóvenes en un contexto de mayor independencia y

responsabilidad desde temprana edad. Esta experiencia temprana de trabajo no solo es una respuesta a las necesidades económicas, sino también una consecuencia del aislamiento y la dureza del entorno, que exige una autonomía precoz en las y los jóvenes.

Especialmente es durante la migración, en esta etapa de transición, que los juegos cobran una especial relevancia. Las alusiones a jugar en el “campo abierto”, son simbólicos de la temprana incorporación al trabajo y las responsabilidades adultas dentro de una economía familiar; por otro lado, los juegos al interior de la casa por las inclemencias del **clima** son los que han caracterizado esta dimensión de la creación del discurso acerca de la región. Estas experiencias de la infancia y juventud en contextos de migración contribuyen de manera significativa a la creación de discursos regionales. Estos discursos reflejan no sólo las realidades materiales y climáticas de la región, sino también las adaptaciones culturales y sociales que han surgido en respuesta a estas condiciones. El recorte de la red semántica se muestra a continuación en la figura 20.

Figura 20 Red semántica relaciones sobre migración



Fuente: Elaboración propia.

7.1.2. Lejanía, como expresión del territorio al fin del mundo.

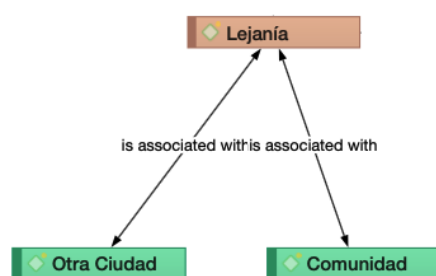
La segunda dimensión de análisis está centrada en el concepto de **lejanía**, esta dimensión encapsula tanto la lejanía física —como la separación de la familia de origen debido a la migración— como la lejanía simbólica que surge de vivir en un entorno geográficamente aislado. La migración histórica o contemporánea, intraregional o interregional, a menudo implica dejar atrás la familia de origen. Esta separación puede ser resultado de la búsqueda de mejores condiciones de vida, como las migraciones hacia Argentina a comienzos del siglo XX, o por motivos de trabajo y educación en años más recientes.

La lejanía física y simbólica está marcada por paisajes y condiciones climáticas extremas que configuran la vida cotidiana y la percepción del entorno. Asimismo, ha sido un factor determinante en la construcción de discursos en estas regiones. Estos discursos reflejan no solo la realidad de la separación y el aislamiento, también cómo las personas y las comunidades se han adaptado y han dado sentido a sus experiencias en un entorno desafiante. La lejanía se convierte así en un elemento central en la narrativa regional. Se sostiene que el particular sentimiento de pertenencia estaría basado en las singularidades geográficas, como las particularidades climáticas y territoriales que condicionan, en un sentido último, hasta la más mínima actitud de las personas que habitan el extremo sur de Chile.

El análisis que se presenta sugiere una conexión entre la noción **de Otra Ciudad** y la existencia de familiares en lugares distintos a donde residen las personas entrevistadas. Esto puede interpretarse como una manifestación de la movilidad geográfica dentro de la región, donde las relaciones familiares se extienden más allá de los límites de una sola ciudad o comunidad. Asimismo, se destaca la importancia del concepto de **Comunidad** y su relación con la **Lejanía**. La idea de que las primeras pobladoras/es tuvieron que compartir recursos para construir sus hogares sugiere una fuerte interdependencia en la historia de estas regiones. La dimensión de **Lejanía**, donde emergen las narrativas sobre el esfuerzo para conseguir el “asentamiento definitivo”, es crucial en este contexto, ya que indica un proceso a largo plazo de establecimiento y arraigo en estas regiones. Las generaciones posteriores parecen haber tomado la decisión de construir sus propios hogares y comunidades, lo que refleja una evolución en la relación con el territorio y la idea de pertenencia.

La conexión entre "Lejanía" y otros factores como la comunicación, el transporte y las condiciones de vida es esencial para comprender las dificultades que enfrentan las personas que habitan estas regiones. La falta de acceso a servicios de salud y actividades al aire libre, mencionados como problemas comunes para las personas mayores, pone de relieve las desafiantes condiciones de vida que pueden existir en estas áreas geográficamente distantes. El recorte de la red semántica se muestra a continuación en la figura 21.

Figura 21 Red semántica relaciones sobre lejanía



Fuente: Elaboración propia.

7.1.3. *Pertenencia, los matices de una identidad presente.*

Finalmente, la tercera dimensión se identifica con la **Pertenencia**. Esta dimensión se vincula con el establecimiento de, al menos, dos generaciones en estas áreas geográficamente aisladas. La capacidad de sobrellevar el aislamiento y el clima adverso a través de migraciones pendulares, es decir, personas que regresan a Magallanes y/o Aysén después de un tiempo, intensifica la resistencia y la conexión emocional con estas regiones. Así, la formación de comunidad desempeña un papel importante en la construcción de este sentido de pertenencia. La transformación de caseríos en villas y ciudades indica un proceso de desarrollo que ha ocurrido a lo largo del tiempo. Esta evolución de la infraestructura y la comunidad subraya la importancia de la cooperación y la solidaridad en estas regiones.

Otra particular visión se relaciona con la historia, como potencial discurso en la formación del sentido de pertenencia. Esta historia no se limita solo a la colonización o la arqueología, sino que también abarca la historia más reciente, incluyendo la de los barrios y las familias. Esto sugiere que la identidad y la conexión con estas regiones se construyen a través de una comprensión profunda de su pasado y de las experiencias compartidas de las familias y comunidades que las habitan.

La relación entre la **Pertenencia** y la **Vivienda**, en este contexto, se entiende como la casa propia o el espacio habitado, y parecen desempeñar un papel significativo en la construcción del sentido de pertenencia en estas regiones. Por consiguiente, lo que captura el interés antropológico en este contexto no es el espacio en sí mismo, sino la relevancia social que se le atribuye. Desde una perspectiva identitaria, la territorialización de un espacio implica no sólo la apropiación simbólica de una ubicación geográfica, sino

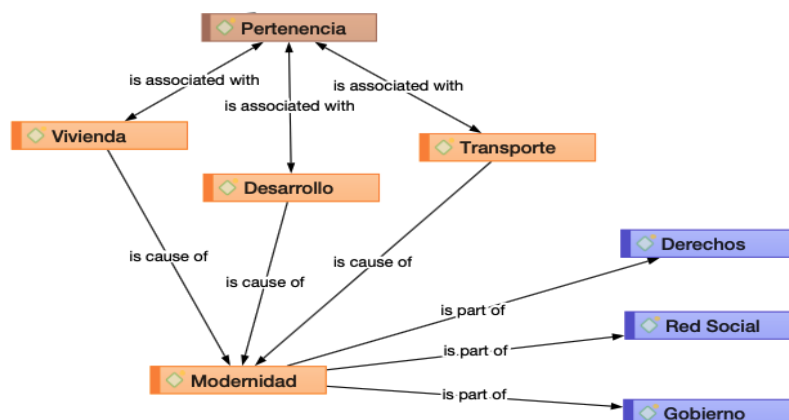
también de todos los elementos que se encuentran en su interior (Baeza, 2015). Recurrentes son los relatos de personas jóvenes que eligen quedarse o regresar a estas regiones después de completar sus estudios en otras ciudades, regiones o incluso en el extranjero. La razón principal detrás de esta decisión es la cercanía a sus madres/padres, amistades, o simplemente el deseo de vivir en un lugar que sienten como suyo. Esto subraya la importancia de los lazos familiares y sociales en la toma de decisiones relacionadas con la vivienda y la ubicación geográfica. La disponibilidad de terrenos, en particular los que suelen ser heredados, también juega un papel relevante en esta dinámica. Esto sugiere que la herencia y la continuidad generacional están estrechamente vinculadas a la elección de vivir en estas regiones. La posesión de tierras y propiedades que tienen un significado histórico y emocional puede ser un fuerte incentivo para quedarse o regresar.

Por otro lado, el **Desarrollo** y el **Transporte** también están asociados a la **Pertenencia** a estas regiones, lo que contribuye a la definición de un sentido de **Modernidad** en los discursos de las personas entrevistadas. Estos tres elementos están intrínsecamente conectados y tienen un impacto significativo en la toma de decisiones de las personas con respecto a vivir y hacer familia en estas regiones. La idea de modernidad que se observa es la que llega con ciertas infraestructuras, la tenencia de la tierra, las vías terrestres nacionales e internacionales. Estas son planteadas como propias del desarrollo y del capitalismo que se despliega en este territorio (Harambour, 2012; 2019).

Es así, que a partir del desarrollo de infraestructuras en las regiones se percibe que ha mejorado las condiciones de vida y la accesibilidad, lo que influye en la decisión de establecerse allí. La mejora del transporte es especialmente importante, ya que facilita la movilidad dentro y fuera de estas áreas geográficamente más aisladas, lo que es crucial para la conectividad con otras ciudades y regiones. La mención de un sentido de **Modernidad** en los discursos de los entrevistados refleja la percepción de cambios significativos en estas regiones. Estos cambios incluyen la llegada de nuevos servicios y recursos, pero también nuevos desafíos como enfrentar la seguridad ciudadana y el crecimiento urbano. Esta transformación genera discursos sobre los **Derechos** y sobre la importancia de las **Redes Sociales** como apoyo en la comunidad. Además, impulsa una mirada crítica hacia el Gobierno, ya que se espera que aborde los problemas emergentes

asociados con la Modernidad. El recorte de esta red semántica se muestra a continuación en la figura 22.

Figura 22 Red semántica relaciones sobre pertenencia



Fuente: Elaboración propia.

7.2. El envejecimiento y las prácticas del habitar la Patagonia.

En este apartado del capítulo se intenta profundizar el análisis del material cualitativo (entrevistas). Para ello, se realiza un análisis de discurso, donde se identifican configuraciones narrativas que expresan los principales significados asociados al contexto territorial y al envejecimiento. Esta primera aproximación se realiza para establecer desde qué posición se habla, teniendo en cuenta que las personas informantes, tal como se ha establecido en el diseño metodológico, corresponden a tres generaciones distintas.

7.2.1. La apropiación de un tiempo: La memoria territorial.

Los fenómenos sociales no se inscriben en una temporalidad de momentos discontinuos, se entiende el tiempo como instancia distinguible por duraciones o permanencias. En este sentido, muchas investigaciones aportan bastante información sobre una serie de intentos realizados para comprender la configuración del territorio y su proceso de poblamiento, todo ello vinculado a la construcción y asentamiento de identidades regionales que van definiendo el devenir de sus pobladores con respecto a su identidad, pertenencia, vínculo, valoración y relación con el colectivo social, entre otros. El territorio analizado desde una dimensión cultural, es también visto como un proceso en permanente transformación,

corresponde al espacio vivido (Ingold, 2016). De esta forma, existen diferentes puntos de vista desde diversas áreas que permiten entender este fenómeno, es decir, una demografía y geografía caracterizadas por la inclemencia climática que otorga a sus habitantes la idea de sentirse en el fin de un territorio, lo que sin duda crea un sentido de pertenencia particular.

7.2.1.1. La historia familiar a través de la historial regional.

Uno de los primeros hallazgos que surge de esta investigación, al enfocar la historia territorial aunada con la historia regional, es el carácter regionalista tanto de Aysén como de Magallanes, y que la historia de estas regiones puede ser contada recurriendo a la historia de la propia familia. De este modo, la historia familiar se enlaza con la historia regional. En efecto, la asimilación del conocimiento del espacio se desarrolla a lo largo de las vivencias acumuladas en la existencia de una persona. Esto sugiere que la adquisición de tal conocimiento se produce a lo largo de las trayectorias biográficas. Por tanto, la identificación de estos espacios vitales puede revelarse como un elemento crucial para entender qué tipos de conocimientos espaciales y corporizados ha acumulado una persona a lo largo de su vida.

Es relevante el hecho de que las imágenes están incorporadas para pensar el mundo social de las personas, y como consecuencia de ello recreadas constantemente para explicar el contexto social en el que viven. La organización del territorio refleja la presencia de flujos migratorios de diverso origen. Las existencias cotidianas entremezcladas con la historia de la región van configurando una trama y valor importante para aproximarse a la comprensión del objeto de estudio de esta tesis que es la vejez:

“Mi abuelita era así como si jugaba con nosotros, tal vez un poco más conmigo que con mi hermana, porque yo era la mayor y ella era española [...] y mi abuela como que se proyectaba un poco en su español y que la nieta baila español y que le compraban la roda y que le hacía el vestido y eso” (Isabella, 30 a 59 años, Punta Arenas).

Las historias familiares integran una serie de procesos migratorios que permitieron la conformación de las actuales regiones de Aysén y Magallanes (Margarit et al., 2019). Responden a esfuerzos familiares por vivir en un lugar y hacerlo propio. Un territorio que agrupa a familias de orígenes diferentes (croatas, chilotas y españolas), pero que juntas forman una identidad colectiva.

Otro elemento importante, se relaciona con la valoración de la vida cotidiana compartida en comunidad, que va dibujando una forma particular de construirse como habitante que ocupa y da vida a un territorio; esta es una posibilidad que da el territorio, es decir, que las relaciones entre sus habitantes sean cercanas. Los relatos de las personas entrevistadas apuntan a valorar y apreciar los diversos momentos de la vida, en función de sus propias subjetividades que sin duda van configurando las identidades que se han instalado, y sobre todo en la transmisión oral de la historia a los integrantes de cada familia:

“Eso en pocos lugares se puede, en pocos lugares se puede, hay gente que lo ha hecho, pero acá es más fácil que se dé. Y si no lo conociste en el colegio, se van a dar otras instancias, no sé, en el club deportivo o en muchas instancias, se va a dar que tú vas a conocer gente, red de conocidos y que tú vas por la calle, y lo saludas, y que te lo encuentras. Y eso significa que cuando eres más grande te lo encuentras, no sé, en una fiesta o lo que sea, ¿Te das cuenta? Pero es una... si puedo definir mi infancia con una sola palabra, es libertad, absoluta libertad” (Diego, 18 a 29 años, Porvenir).

En este sentido, también es interesante referirse a las distintas formas de ser magallánico o aysenino desde las pequeñas localidades en las que se han desarrollado las familias. Por ejemplo, los habitantes de Puerto Natales se sienten y se manifiestan como “natalinos” con un rasgo o sello identitario que las/os diferencia del colectivo regional “magallánico”; de cierta manera replicando la respuesta de ser “magallánico” en respuesta a al centralismo chileno, esto se observa de igual forma en aquella población que se siente heredera de la emigración desde Chiloé. Por otro lado, en Tierra del Fuego hay un sentimiento identitario diferenciado entre la gente de origen Croata de Porvenir y el resto de las/os habitantes de toda la isla grande de Tierra del Fuego:

“Mi familia ha estado siempre acá, generalmente. Hasta mis abuelos son de acá, mi abuela nació en Porvenir, por parte paterna, pero por parte materna ya son de otros lados. Por ejemplo, la familia de mi mamá es de inmigrantes suizos y la familia de mi papá, llegaron a Magallanes desde Chiloé, que son como las 2 tendencias que son típicas allá, entonces tengo como esas 2 cosas” (Diego, 18 a 29 años, Porvenir).

A partir de lo anterior, se puede ir visualizando cómo el territorio y la expresión de las múltiples identidades, son un elemento significativo a la hora de pensar cómo se formaron las familias, cómo es la transmisión de sus orígenes, y sus valores desde las características que otorga el territorio y permea los discursos:

“Yo nací en Los Lagos, provincia de Valdivia, pero soy registrado en Balmaceda, yo llegué a Balmaceda como de 9 años, me trajeron mis padres y de ahí lo... Porque antes los civiles eran más, que la gente antigua, inscribían sus niños cuando había una ocasión, nomás, no era nada llegar y... como ahora que nacen, salen hasta con carnet, con rut, con todo, antes no. Así que en Balmaceda me inscribieron a mí” (Bruno, 60 y más años, Coyhaique).

Asimismo, para las personas participantes de la investigación existe consenso sobre algunas características particulares en la realidad de las regiones del extremo sur que se han mencionado anteriormente, como, por ejemplo, la lejanía, el aislamiento, el clima o la naturaleza. Ellas evocan al territorio desde unas características, más fuertes y difíciles, que siempre plantearon desafíos para vivir en él. Estas condiciones del territorio parecen tener relación con la determinación de algunos rasgos de la población en general, que han definido una identidad y valores propios que tienen una gran influencia en los comportamientos y valores entre las personas mayores, tales como: la vida familiar (en el seno de familias numerosas, al menos hasta los años 70), el trabajo, la solidaridad o la búsqueda de relaciones cercanas, que son vistos de forma positiva en este contexto social. También, describen las dificultades por el hecho de vivir en lugares donde no hay vías de comunicación ni infraestructuras:

“Mucha vida familiar y mucho trabajo de campo, y mucho frío. Y había que salir por Argentina, pasar por perito moreno” (Aurora, 60 y más años, Cochrane).

Es la experiencia colectiva la que alimenta la identidad, especialmente porque se trata de cómo se experimenta y transmite dicha experiencia. En este sentido, los patrones culturales van produciendo los significados e historias de la región. Desde la perspectiva de la construcción identitaria, la experiencia específica de la crianza en la familia se sitúa frente a un cruce entre las experiencias propias del proceso, la tradición, la práctica, y las formas de transmitir esas vivencias a lo largo del ciclo de la vida:

“Sea porque nosotros también, antiguamente uno vivía con valores, uno adoraba un santo, le llevaba una rosita, quizás la formación de nosotros fue así y los transformó a sus hijos de esa manera pueda que sea eso, ahora quizás porque en otras partes no se dé también quizás fueron formados de la misma manera, pero no se da porque hay más gente, la distancia, es más, aquí queda todo cerquita” (Emma, 30 a 59 años, Puerto Natales).

La historia regional, la historia local y la historia familiar son entonces muy similares y tienen muchos puntos en común, que en este caso no es exactamente el espacio o la territorialidad, sino sus particularidades que permita la comprensión de un fenómeno de investigación más amplio. La historia de cada familia está mediada por la experiencia vivida en cada localidad de la región, y marcada por la pertenencia a un sector o localidad particular del territorio. La valoración por la vida comunitaria que posibilita vivir el territorio es transversal a las generaciones entrevistadas, mostrando ciertas particularidades relacionadas con la mayor o menor concentración de habitantes, transformándose éstas en un elemento central en cuanto a la posibilidad de regresar a la

región de quienes han tenido la oportunidad de vivir temporadas largas en otros espacios o ciudades:

“Pienso que no porque son lugares más grandes en pueblos chiquititos sí, ponte tú en Porvenir quizás, pero en Punta Arenas la gente no se conoce ni los vecinos saben quiénes viven al lado, pero acá no se da eso, ahora no sé si será por la educación de los padres o porque nosotros también fuimos así, o no sé” (Emma, 30 a 59 años, Puerto Natales).

Es interesante observar la historia familiar y la historia regional/local como elementos medulares del paradigma del curso de la vida, donde la existencia de las personas está situada en la intersección de dos tipos de temporalidad: la individual y la social. Esta última remite a un sistema social y a su historia y donde adquiere relevancia la idea de que la comunidad se ha transformado y a cómo los elementos acumulados y las herencias particulares provenientes del seno mismo de las familias nucleares o extensas, van también transformando la existencia de las personas con relación a sus trayectorias de vida. Desde el relato de las personas entrevistadas, es la baja oferta en educación en todo el territorio magallánico lo que ha provocado movilizarse hacia Punta Arenas o, en el mejor de los escenarios, desde la región de Aysén al resto del país; y en ese sentido la trayectoria se ve afectada por la idea de cambio de estado, ya que las familias se dispersan, teniendo que asumir nuevas relaciones:

“Entonces cuando yo me fui y pensando también en que uno tiene un estilo de vida una costumbre socialmente es muy distinta esta región a otras del país, porque yo había viajado bastante antes, siempre me iba de vacaciones y ahí conocía, porque hay gente que nunca ha salido de acá, porque es muy difícil por el tema económico y por muchas otras cosas, pero yo tuve la suerte de tener familia en otras partes del país entonces viajaba y conocía y eso te hace también ver distinto tu región, a valorizar muchas otras cosas que afuera no están, la vida de familia, hasta el día de hoy todavía tenemos una especie de sociedad bastante calmada, entre comillas, que no se vive en una agresión constante durante el día, puedes ir a almorzar a tu casa, puedes estar en tu casa en 15 minutos, es otro tema y sistema de vida, yo creo que eso yo siempre lo valoricé y yo creo que la gran mayoría de los magallánicos añoran eso, el de compartir social, con amigos, la familia, el juntarse, eso” (María, 30 a 59 años, Punta Arenas).

También, es importante mencionar que la historia familiar se transforma en un elemento fundamental cuando se piensa en Magallanes y en Aysén. Se visualiza una alta valoración de la familia y la vida comunitaria. Esto es algo que a lo largo de las generaciones se presenta como un valor agregado, en algunos casos, por la experiencia de los más jóvenes al enfrentar procesos de formación académica en otras regiones, en espacios de alta concentración de población como Punta Arenas o Santiago. En este sentido, manifiestan tener los “pies en dos lugares”: uno, donde las aspiraciones personales por el conocimiento y desarrollo profesional; y otro, donde se añora la comunidad y el contacto

“cara a cara”. Este sentimiento de valoración de lo comunitario, tiene múltiples lecturas, todas ellas válidas al pensar un territorio tan heterogéneo como el extremo sur de Chile. Los territorios son construcciones sociales, el espacio comunitario es donde se crea la vida cotidiana y esto le otorga sentido y significado al espacio. Quizás las condiciones climáticas fueron las que potenciaron ese “estar juntos”, de este modo, el territorio tiene una historia que se modifica social, económica, política y simbólicamente, articulando determinados modos de sociabilidad. No obstante, el territorio es representado dentro de una ideología dominante, que está fuertemente arraigada en relaciones de producción, de orden y dominio colonial, donde adquiere relevancia la tradición heredada de los colonos que en su proceso de instalación en el territorio buscaron reunirse con otros también inmigrantes con quienes compartir la lengua, sus tradiciones, y el sentimiento de estar fuera de su territorio de origen:

“Sí, los menores crecieron acá en Magallanes. Los... este... casi todos han estado en el norte por razones de estudios, y se quedan allá, pero los 2 menores... O sea, de los 2 menores, prácticamente fueron los que más disfruté yo, de los 2 menores. Porque ellos estuvieron estudiando hasta sus estudios medios acá y de ahí se fueron a la universidad de Santiago, de tal manera que yo los disfruté todo el tiempo, y esos son los que mantienen más el contacto, porque como están en Santiago. Y la chica... a pesar de que egresó de la universidad, pero ahora está siguiendo otra especialidad, vienen, vienen acá y están conmigo, y estamos normalmente en contacto” (Máximo, 60 y más años, Punta Arenas).

Cabe destacar que Chile comprende un territorio geográfico con una multiplicidad de características, posee una diversidad tanto geográfica como climática, lo que sin duda influye en la dinámica e identidad de todos sus habitantes desde y durante todo el proceso de colonización. El hecho de ser un territorio principalmente de tipo longitudinal y menos latitudinal, a lo largo de su proceso de formación como República con carácter expansionista, ha vinculado la idea de reforzar la soberanía del Estado-Nación en las regiones extremas y fronterizas, con un fuerte y agresivo proceso chilinizador. Este enfoque, si bien ha apostado por transformar la distribución político-territorial- regional de los últimos tiempos, ha estado marcado singularmente por el proceso de desarrollo local del territorio, exacerbando los sentimientos de identidad territorial.

7.2.1.2. El contrapeso de la migración en la memoria territorial.

Otro elemento importante relacionado con el poblamiento es la valoración que tienen los colectivos inmigrantes en el territorio. Desde los inicios, la presencia principalmente de

inmigrantes nacionales provenientes desde Chiloé y, posteriormente, de europeos, tuvieron una importancia central al aportar. Desde esta perspectiva, el territorio no es concebido como un espacio neutral, está determinado y producido por las prácticas sociales y políticas. De esta manera, surge la persistente representación del territorio desde un discurso hegemónico de modernidad, de progreso y formando una comunidad sólida y próspera en el fin del mundo. Dejando silenciado el proceso de colonización y genocidio indígena del extremo sur de Chile:

“Aquí hemos recibido nosotros, influencia de corrientes migratorias, de distintos países, y de distintas partes de Chile. Y esa es la cultura que nosotros hemos formado, amalgamando todo este tipo de cosas (...)” (Máximo, 60 y más años, Punta Arenas).

El crecimiento urbano de la población en las regiones de Aysén y Magallanes, sigue siendo muy bajo comparado con el crecimiento del resto del país; desde los discursos de las personas entrevistadas, se percibe que existe un cambio en la calidad de vida de las personas, relacionado con la conectividad dentro y fuera de la región y también con el resto del país, producto de la modernización y desarrollo impulsado por las políticas públicas y sociales del último tiempo las cuales, no obstante, siguen siendo deficientes. Además, aparece como un elemento común en los discursos una crítica relacionada con el escaso acceso a servicios y formación educativa, principalmente en la región de Aysén, que según las personas entrevistadas obliga a dejar la región en la búsqueda de mejores condiciones de vida:

“Bueno, en esa época uno por obligación casi, tenía que salir a trabajar joven porque... Balmaceda nunca tuvo una vida buena, como digamos fuentes de trabajo, así que obligado a salir, a emigrar a otro país, y de ahí volvíamos a Balmaceda, y así pasamos. Y ahí uno, bueno, la vida de antes, yo la encuentro que era mejor que ahora” (Bruno, 60 y más años, Coyhaique).

La migración ha estado presente históricamente en la cultura actual en las regiones del extremo sur, tanto en su diversidad como en su desarrollo. Las diversas oleadas de migrantes extranjeros y nacionales que se han enfrentado sistemáticamente a la inmensidad del territorio, a la idea de insularidad, han desplegado diferentes dispositivos culturales para dar sentido a este proceso, y sobre la base de un aislamiento originario todavía presente en las narrativas identitarias actuales.

Hasta unas décadas atrás, la migración era un fenómeno que se acomodaba con la población ya instalada. Las personas recién llegadas a Aysén y a Magallanes, desde mediados de la década de los setenta, se fueron adaptando a la cultura regional y

adoptando sus costumbres e ideas que con el tiempo los hicieron sentirse parte de la región. Sin embargo, desde los años ochenta en adelante y en un contexto neoliberal, las oleadas migratorias han sido cada vez más confrontantes con la cultura regional, y las negociaciones culturales se han tornado más tensas y críticas “la llegada de nuevos actores, representados por compañías internacionales y migrantes, es un factor que gatilla cambios profundos en las vocaciones territoriales tradicionales, el surgimiento de conflictos socio-territoriales, así como el advenimiento de nuevas formas de producir políticas locales” (Marchant y Rojas, 2015, p. 2). Las personas que llegan a dichas regiones ya no buscan adaptarse al contexto social y cultural, sino que intentan que dicho contexto se adapte a sus propias pautas. Esto ha provocado una constante tensión entre quienes viven allí y las generaciones que van llegando, lo que también ha afectado la concepción de la vejez. Bajo este panorama, pasa a ser vital la transmisión de la identidad regional por parte de las personas mayores, pues el territorio se va transformando y transitando por la historia acumulada, el desarrollo regional y de sus habitantes:

“En comparación a la de ahora, podría decir que en esa época, no se habló de 20 años atrás, 25 años atrás, había un desarrollo local mucho menor, por lo tanto, las personas que eran de Porvenir, uno por decirlo así, uno conocía a todas las personas de Porvenir, por lo tanto, igual todas las familias tenían una confianza en que no pus ... que los hijos estuvieran hasta tarde jugando en la calle porque sabían que era más tranquilo, cosa que ahora no sucede, porque como han venido empresas de afuera a instalarse y también ha venido gente de afuera andan muchas personas que son desconocidas entonces y con otras costumbres y lo más probable que ahora, no sé si yo tuviera la opción de dejar a mi hijo que juegue hasta las 10 u 11 de la noche en la noche lo más probable que yo no lo dejaría, y cosa que antes sí pasaban, entonces es algo que de repente uno tal vez valora todo ocurrió en esos tiempos” (Vicente, 18 a 29 años, Porvenir).

El poblamiento se realiza a través de comunidades que llegan a la región por razones diversas, pero lo interesante es que siempre el poblamiento corresponde a grupos, no necesariamente a familias individuales. Las mujeres pioneras que llegaban a la región de Aysén lo hacían con sus esposos o padres, pero nunca solas, y sus vidas estaban definidas por el esfuerzo que significó poblar lugares tan aislados. Si bien las mujeres acompañaron en el trayecto a los hombres también fueron actoras participantes del proceso de poblamiento y colonización de la zona (Montiel, 2005):

“Se juntaban varios, de los que iban llegando ahí, porque iban llegando otras familias más después. Después y antes igual tuvieron que haber habido algunas familias. Y se juntaban a construir la casa, al otro día amanecía una casa construida. Y así se fue poblando Coyhaique. (...) Para ocupar el terreno, porque a veces no lo podían sacar, si no lo agarraban y lo sacaban y que se vaya, si nadie quería que se forme Coyhaique. No sé quién habría en ese tiempo, que quería tomarse el mando de todo. Mi papá, incluso, el campo de Lago Atravesado también fue campos vírgenes, y lo solicitó e hizo campo, era puro bosque” (Aurora, 60 y más años, Cochrane).

Del mismo modo se producen migraciones por "deberes", es decir, correspondientes a trabajos zonales:

“Bueno, por varias circunstancias, resulta que mi ex esposa tenía una hermana que vive acá, vive toda una vida, se puede decir, su esposo es funcionario de la Empresa Nacional del Petróleo, la ENAP, y cuando nosotros vivíamos en Chiloé, generalmente todos los fines de año iban a vacacionar, se iban a la casa de nosotros. Entonces, por ahí, la hermana empezó a meterle la idea en la cabeza, de que se viniera para acá, o sea de que nos viniéramos” (Gaspar, 60 y más años, Punta Arenas).

De acuerdo con estos relatos, se pueden encontrar experiencias de migración forzada, especialmente relacionadas con la dictadura militar en Chile a partir del año 1973, producto de la “relegación judicial y administrativa”, siendo esta última una de las herramientas más utilizadas. La “relegación judicial” era el traslado obligatorio de una persona a un lugar distinto al de su residencia habitual por un plazo definido (algunas veces indefinido), en virtud de una sentencia judicial; mientras que la “relegación administrativa” se realizaba sin que hubiese intervención de un tribunal independiente e imparcial, ni existieran cargos en contra de esa persona.

Otro elemento que ha ido acompañando la idea de crecimiento urbano en la región, es que en estos últimos años las regiones de Aysén y Magallanes han sido parte de una serie de medidas concretas relacionadas con el rescate sociohistórico y la transformación curricular en los espacios educacionales, con relación al rescate del proceso de desarrollo territorial comunitario en la región. Se plantea que la evolución histórica que se desarrolla de aquí en adelante es claramente la evolución de la historia de la comunidad regional, desde una colonia penal de relegación militar hasta su posterior colonización y la época marcada por la ocupación territorial de las áreas marginales, la ganadería, la pesca y la extracción de hidrocarburos, como factores de progreso económico con los consiguientes procesos de inmigración nacional y europea, dando un sentido y conformación a las regiones:

“Bueno, en la región de Aysén, estoy del año 1959, que llegué de la décima Región de Los Lagos. Mi padre vino a trabajar acá, trabajaba en construcción, entonces sin pensar llegamos aquí, porque la verdad es que ni siquiera habíamos escuchado nombrar Coyhaique, jamás pensamos venir acá, en esos años, que era bastante difícil llegar acá. Nosotros nos vinimos en barco, me acuerdo demoramos como 2 días y 3 noches, algo así. Un barquito chico de Puerto Montt, llegamos a Puerto Aysén, en ese tiempo no había puente, había una balsa, había en la balsa. Para mí fue bastante... no complicado, pero no me gustó cuando llegué, porque veníamos de Osorno, y yo había terminado de estudiar, había sacado mi sexto año de humanidades en el liceo y... tenía algunas posibilidades de trabajo, y de estudio” (Sara, 60 y más años, Coyhaique).

El hecho de que el barco desde Puerto Montt se demore dos días da cuenta de las dificultades de la vida cotidiana en estos lugares de difícil acceso, aún hoy en día, sobre todo teniendo en cuenta su carácter básico en el caso, por ejemplo, de tener un familiar enfermo, o en situaciones complejas donde el tiempo es un recurso crítico.

Desde esta perspectiva, Martinic (2010) plantea la existencia de tres momentos que marcan el poblamiento comunitario: el primero, vinculado a la valoración del aporte de los pueblos indígenas, fundamentalmente el de la cosmovisión caracterizada por la espontaneidad y la exaltación ritualizada de la naturaleza;⁶⁸ el segundo, relacionado con la inmigración nacional de población chilota, quienes han aportado a esta identidad sus fiestas costumbristas y un estilo de vida particular, desde finales del siglo XIX los chilotes fueron el principal contingente para el poblamiento de las nuevas ciudades que se fundaban [...], dando origen a un movimiento migratorio que llegaría a conocerse como la “diáspora chilota” (Martinic, 2010, p. 120), esto se ve reforzado por la existencia de numerosas organizaciones chilotas en el territorio patagónico. Por último, la presencia de inmigrantes europeos que han colaborado en esta construcción identitaria y la idea de progreso, provenientes de sociedades en desarrollo durante esa época. Teniendo en cuenta, que la colonización de la Patagonia por migrantes europeos, que se intensificó a principios del siglo XX, tuvo un efecto devastador sobre las poblaciones indígenas de la región. La llegada de colonos europeos condujo a conflictos por la tierra, desplazamientos forzados, violencia y genocidio:

“Yo le pregunto siempre, a mí me gusta mucho la historia de la familia, los árboles genealógicos y eso, y yo le preguntaba, por ejemplo, por su mamá, por su papá. Y ella cuenta que de Chiloé llegaron, y que ella, creo que ella nació acá en Porvenir, y que ella vio crecer el pueblo, porque acá en Magallanes, se genera eso. Igual me gusta leer harto de la historia de Magallanes, y acá se genera eso” (Diego, 18 a 29 años, Porvenir).

Además, la creación de comunidades va generando apropiación. En el sentido de lo que plantean Aravena y Baeza (2010), según estos autores, el estudio de la identidad abarca dos dimensiones principales: una representación mental de pertenencia y la praxis identitaria, que juntas reflejan la capacidad de la persona de ser y estar simultáneamente en distintos contextos. En esta misma línea, Baeza (2000) profundiza en esta idea

⁶⁸ Como el de la “*Ceremonia del Hain*”, que era un rito de iniciación realizado por los Sel’knam. Esta ceremonia se realizaba con el propósito de iniciar a los jóvenes varones entre 14 y 18 años a la adultez.

proponiendo tres condiciones básicas para la identidad: la espacial, relacionada con la apropiación de un territorio físico o simbólico; la relacional, que involucra la conexión con otros y la construcción de alteridades; y la temporal, referente a la apropiación y construcción de un tiempo propio que se alinea con el curso de la vida y la proyección hacia el futuro. Desde estas perspectivas, la apropiación del territorio se ha realizado producto de relaciones históricas y que en la Patagonia esto se ha realizado de acuerdo con distintos periodos migratorios, que de cierta manera siguen reproduciéndose:

“Pero no creo que me vaya de acá, de vacaciones sí, no vacaciones acá no, pero vivir en otro lugar que no sea mi ciudad difícil, a no ser que me lleven ciertos individuos conmigo, no creo, si me llevan mis dos hermanos yo estaría feliz, pero sé que no, no me podrán llevar, me voy a quedar acá o cerca, Coyhaique a lo mucho, pero esta ciudad tiene sus privilegios, me gusta el campo más que la playa, me gusta acampar, me gusta mucho en otro lado no se puede hacer”. (Mateo, 18 a 29 años, Punta Arenas)

Se resalta la Patagonia como tierra de oportunidades, como un lugar que fue levantado por las familias pioneras y por migrantes. No obstante, este proceso fue asentado con un impacto profundo sobre las comunidades indígenas, alteraciones ecológicas y transformaciones socioeconómicas que persisten hasta el día de hoy. Por otro lado, a través de los discursos se van percibiendo los cambios en la región, principalmente cambios urbanos. El territorio es el espacio de la vida cotidiana donde confluyen las memorias de lo histórico en la conformación territorial de una realidad en contradicción:

“Cochrane es mucho menos urbanizado que Coyhaique, es más rural, hasta ese entonces, ahora las cosas se han ido equiparando, pero en ese tiempo no, yo me acuerdo de que todavía se paseaba gente a caballo en las calles” (Lucas, 18 a 29 años, Coyhaique).

En consecuencia, cuando se habla de identidad para manifestar un sentimiento de pertenencia o de autorreconocimiento, se habla de una forma de sentirse parte de una cultura con elementos característicos que permiten ser de una forma y no de otra, de esta manera se habla de alteridad con respecto a otras culturas o identidades (Martinic, 2010). El sentimiento de comunidad se forma a partir de una serie de elementos, entre ellos la alta centralidad existente en el territorio nacional, contexto en el que los habitantes del extremo sur se perciben como en el fin del mundo, apartadas/os. Esta posición respecto a su pertenencia a un lugar la han construido desde las diversas dificultades y desde la “otredad” que se instala bajo el rigor, que se mantiene y se construye al mismo tiempo:

“Acá en Porvenir, para mí en Porvenir es la capital del mundo, yo nací en Punta Arenas, pero para nada ya Punta Arenas, lo encuentro que se puso feo y grande, ya no me gusta esa ciudad, yo soy medio ermitaño como te dijera yo, como, cuando estuve en Santiago,

me fui y puse mi escuela en un barrio en donde todavía era pasto” (Alonso, 60 y más años, Porvenir).

Desde los discursos recabados en la presente investigación, se percibe la existencia de una identidad que se transmite de generación en generación el sentimiento de autorreconocimiento particular, pero sobre todo en función del otro, desde la diferencia que los hace distintos a los habitantes del resto del país. Aun cuando se valora el aporte entregado desde otros lugares del territorio nacional, existe siempre un lazo con las raíces, pues los habitantes de estas regiones han tenido que aprender a sortear las dinámicas propias que produce el centralismo, especialmente en lo que se refiere al acceso a la educación y la salud. A partir del nacimiento del regionalismo, producto del reclamo generalizado de su población ante el centralismo y la falta de participación ciudadana, las personas que habitan el extremo sur no siempre han tenido la noción de pertenecer al país, sin olvidar el sentido de pertenencia hacia su territorio más cercano, un sentimiento claramente distinguible y definido entre la comunidad regional:

“Yo he recorrido toda mi región con los adultos mayores, y resulta que los médicos, de vez en cuando llegan a las zonas extremas, extremas dentro del extremo, digo yo, ¿Por qué razón?, porque aquí en Coyhaique, una puede ir al médico, puede ir a una clínica particular, sacar un bono [de atención], ir a ver un médico, puede... pero dígame, ¿Qué hace una persona que está en Villa O’Higgins?” (Eliana, 60 y más años, Coyhaique).

Una de las características particulares y que marcan las relaciones entre las personas y el colectivo, es sentirse pioneros en el territorio, pertenecientes a una comunidad donde todos se conocen, identificando rasgos característicos de cada espacio, como la tradición alimentaria chilota, el aislamiento territorial, las extremas condiciones climáticas, la valoración de los pueblos originarios, y de fronteras poco definidas por las complejidades del territorio. Además, de sentirse insertos en un modelo económico que potencia la centralidad y que debilita el desarrollo local/regional en procesos productivos y educativos, entre otros. En este sentido, se identifican como rasgos identitarios: la solidaridad, la calidez, las tradiciones asociadas a actividades productivas de las regiones como la ganadería, la pesca artesanal, el turismo, y las celebraciones o festivales costumbristas de cada localidad. Todas estas características configuran una visión mucho más completa de las especificidades en las que se dan las dinámicas territoriales en las regiones y cómo desde ese contexto se define la vejez:

“El papá de ella fue colono, don Pedro, ella se llamaba María, igual en el funeral decían eso, que se nos fue la última hija de colonos y las historias que ellos tenían, don Pedro fue el de las carretas, no sé si has escuchado esa historia ...” (Carolina, 18 a 29 años, Punta Arenas).

Sin embargo, en algunos casos las relaciones con los abuelos fueron casi inexistente sobre todo en las familias que llegaron a las regiones del extremo sur de Chile durante la primera parte del siglo XX, familias provenientes de otras regiones del país en busca de nuevas oportunidades y de poblamiento del territorio:

“No, nos los conocí, mis abuelos estuvieron y fallecieron en... porque en ese tiempo no había las facilidades de fotografía que hay ahora, ni siquiera los conocí en foto, estaban en Puerto Varas, ahí estaban, ya deben estar en tumba por supuesto” (Fernanda, 60 y más años, Punta Arenas).

Por otro lado, si existieron relaciones familiares con abuelas, relaciones que muestran la complejidad y un papel significativo de las abuelas en ellas. Los relatos van desde la nostalgia hasta una crítica sutil de ciertas dinámicas familiares, evidenciando la figura de las abuelas como centrales en la formación de recuerdos y experiencias familiares cercanas:

“Mi abuela muy trabajadora, muy gritona, vivía gritando a mi abuelo. Lindos recuerdos, uf, cuando nos vinimos como lloraban, porque mi papá era el único hijo moreno, le decían el negro, mis otras tías, unas rubias, otras trigueñas, mi abuela era así, mi abuela tenía unos ojos muy lindos” (Daniela, 60 y más años, Coyhaique).

De esta manera, la memoria territorial se configura a través de una compleja interacción dicotómica entre presencia/ausencia, así como entre afirmación/negación, particularmente en contextos marcados por migraciones y procesos de dominación. Los relatos, revelan la presencia no solo las estructuras de poder dominantes sino también las subjetividades y memorias colectivas que emergen en respuesta. Por contraparte, la ausencia de figuras femeninas en estas narrativas, junto con una marcada preponderancia de discursos sobre la dominación territorial. Sin embargo, a partir de una lectura crítica de los hallazgos, es posible inferir la existencia de roles públicos y responsabilidades asumidas por mujeres en la historia regional y local, así como en los procesos migratorios, desafiando las narrativas convencionales y ampliando nuestro entendimiento de la memoria territorial.

Por otro lado, la dicotomía entre afirmación/negación se manifiesta en la invisibilización de ciertos aspectos en lo que respecta a los patrones de explotación y colonización. La revalorización de la memoria de las poblaciones migrantes y su contribución al desarrollo de la Patagonia contrasta con la ausencia de relatos sobre los periodos de explotación y violencia ejercida hacia las comunidades indígenas durante el proceso de colonización, chilenización y la posterior construcción del Estado-nación.

Estas dicotomías revelan que los procesos de poblamiento en el territorio han llevado a construir una autopercepción particular, donde es relevante pensar el poblamiento, su identidad y el proceso actual de descentralización, además de reconocer la otredad, valorar la heterogeneidad y pluralidad territorial que nace a partir de múltiples procesos de inmigración, pero desafiando las narrativas hegemónicas. La persistencia de imágenes monolíticas en el imaginario colectivo subestima la heterogeneidad inherente al proceso de envejecimiento y la diversidad de experiencias, capacidades y aspiraciones de las personas mayores. Este enfoque reductivo no solo perpetúa estereotipos edadistas sino que también invisibiliza las múltiples formas en las que las personas mayores contribuyen a la sociedad.

7.2.2. La apropiación de un espacio: La territorialidad en la construcción de la vejez y el envejecimiento.

La apropiación del espacio es entendida como la instancia que operacionaliza la legitimación de principios. Comprendo la apropiación en el sentido de pertenencia y en el sentido de actividades en un lugar, emanada de la idea de praxis identitaria. En este sentido, la memoria colectiva juega un papel fundamental, reflejando el significado de los eventos históricos y sociales que han marcado a sus habitantes. De acuerdo con Mendoza (2005), aunque las memorias individuales se basan en experiencias personales, es a través de la colectividad que estas adquieren forma y se convierten en un pilar para la construcción de identidades socioculturales. Este enfoque sugiere que la comprensión de la vejez y el envejecimiento en la Patagonia debe diferenciarse del resto del país, debido a un contexto particular que mezcla lo tradicional con lo moderno, en medio de una naturaleza prístina, condiciones climáticas extremas, aislamiento y una fuerte sensación de territorialidad. Esta región se caracteriza por una identidad regional distintiva que, a pesar de sus particularidades, comparte similitudes con el espacio social más amplio de Chile.

7.2.2.1. Las tensiones entre lo deseable y lo posible

Las regiones de Aysén y Magallanes ocupan el extremo sur de Chile y al mismo tiempo conforman la parte más austral del territorio de Sudamérica. Comprenden la Patagonia, la parte occidental de Tierra del Fuego, y los archipiélagos adyacentes. Es la última frontera del país en ser poblada de modo permanente y cuenta con las reservas de agua

dulce más importantes del hemisferio sur, excluyendo la Antártica y los Campos de Hielo. Desde un punto de vista geográfico, Martinic (2010) ha destacado la condición estratégica de la “Magallania” histórica por ubicarse en el vértice austral del continente americano y reunir allí las aguas de tres océanos, junto a montañas rocosas, glaciares, selvas y llanuras esteparias.

Por otro lado, este territorio fue habitado desde hace más de 10.000 años y apropiado por el Estado chileno hace poco más de 100 años, fue ocupado tempranamente por grupos de cazadores y recolectores terrestres y marítimos (Kawésqar, Selk`nam, Yaganes y Aónikenk). Posteriormente, arribaron a estas regiones un importante grupo de inmigrantes provenientes del sur de Chile y Europa, dando inicio a un violento proceso de colonización. La colonización en la Patagonia -como la colonización en general- se apoya en un proceso de sometimiento de lo establecido como “otro”, en el sentido de recortar la posibilidad de racionalidad a esa persona o grupo, que sólo tendrá acceso a su propio beneficio a través del bien del colonizador. Esto permitió establecer asentamientos humanos en Coyhaique, Puerto Aysén, Chile Chico, Cochrane, Punta Arenas, Puerto Natales, Porvenir y Cabo de Hornos. En este escenario surge un entramado cultural y social con matices simbólicos-identitarios que dan forma a las sociedades de mediados del siglo XIX y cuyos elementos diferenciadores se proyectan hasta la actualidad. Se elaboran referencias a la importancia de la migración -particularmente la europea- en la conformación de la Patagonia, la cual se produjo en diferentes momentos históricos con personas provenientes de otros países y regiones de Chile. Producto de la imposición de estructuras socioeconómicas y culturales, el modelo de desarrollo impuesto en la Patagonia chilena estuvo basado en concepciones europeas de progreso y explotación de recursos, sin considerar las poblaciones locales. La colonización también implicó la imposición de otros aspectos culturales europeos, lo que contribuyó a la marginalización de otros grupos de migrantes:

“Porque Magallanes es una región súper especial, porque nace de la inmigración, viene gente de Croacia escapando de la guerra, viene gente de otros lugares de Chile buscando una oportunidad de trabajar, entonces en Magallanes vieron la tierra de las oportunidades” (Diego, 18 a 29 años, Porvenir).

Así, el territorio está marcado por la forma en que sus habitantes lo perciben y la manera en que lo transmiten, por medio de diversos atributos que se asumen como propios. Anderson (2021), plantea que las naciones son “*comunidades imaginadas*” construidas social y culturalmente a través de procesos de imaginación colectiva. Argumenta que las

y los miembros de una nación se imaginan como parte de una comunidad “... porque aún los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas [...], pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión” (Anderson, 2021, p. 24). Por ejemplo, el clima extremo, la geografía desmembrada y la biodiversidad; además de otros con carácter más simbólico y cultural, como el aislamiento, la distancia y la soledad. Las personas los incluyen entonces en su propia vida cotidiana, y en su concepción más subjetiva de vivir en el extremo sur. Este protagonismo del territorio se tensiona con la idea de país, ya que es complejo envejecer bajo la lógica de la segregación territorial con relación al resto del país:

“Si no tienes apoyo monetario de tu familia no, te mueres de frío, te enfermas, te da neumonía, te da bronconeumonía, caes en el hospital, es complicado envejecer acá, es súper complicado porque aparte si eres un abuelito que más encima no tienes gente que te ayude a hacer tus cosas y tienes que salir solo, te expones a mucho a caerte, quebrarte la cadera, de no sé pasarte de frío, perderte y muchas veces la gente ve cómo a los abuelitos en las calles no los ayudan, entonces es como un poco fría la gente en ese sentido” (Sofía, 18 a 29 años, Coyhaique).

En esta misma línea, algunos discursos se inscriben dentro de identidades sociales que se anclan a territorialidades, a elementos compartidos y un reconocimiento de las singularidades específicas del contexto. Por consiguiente, el envejecimiento y la vejez se construyen por la posibilidad que le da el territorio, en tanto posibilidades sociales, económicas y geográficas, además de las causas y los efectos que de ella se desprenden:

“Están ellos, totalmente aislados, igual que nosotros, que no tenemos un camino que nos lleve hacia Puerto Montt, o que nos saque en forma directa a Punta Arenas, tenemos los caminos, todos pasar por Argentina, y con tantas horas de viaje, para poder comunicarnos. Entonces, yo quería juntar zonas extremas, Aysén con Futaleufú, Palena y Chaitén, y juntar el litoral, mi gente del litoral, de aquí de la zona de Aysén, y la gente de Punta Arenas, y todo lo que compone el radio grande que es Punta Arenas. Más encima, yo decía la isla de Chiloé es un foco [lugar] bastante retrasado, debido al centralismo que tenemos en el país, que no es una cosa de ahora, sino que toda la vida, el centro se lleva todo y nosotros los del sur, si sobra nos dan, o a veces, nos dan, pero nos dan con menos cantidad que a la gente del norte, que a las zonas del norte” (Antonella, 60 y más años, Chile Chico).

Se apunta al aislamiento del territorio sur de Chile, como una característica de la lejanía. Muchos territorios se encuentran aislados en términos de acceso por carretera, ya que, para comunicarse con otros lugares como Puerto Montt o Punta Arenas, es necesario pasar por Argentina, lo que implica largas horas de viaje. Así, la geografía permite comprender el territorio de la Patagonia desde la diferencia -la interpretación centro-periferia. En este contexto, el centralismo político y económico del país juegan un rol principal que

repercute en las condiciones de vida, en el desarrollo, en la vivienda, transporte y comunicaciones, dejando a las regiones del sur, como las mencionadas, con menos recursos y apoyo. Esto genera una percepción de desigualdad en la distribución de recursos y servicios, lo que puede contribuir a un desarrollo más lento en estas regiones. Al pensar el contexto, de acuerdo con lo planteado anteriormente, aun cuando lo geográfico se transforma en un elemento importante, lo que interesa es situar la mirada en los imaginarios que ayudan a dar vida a la perspectiva que las personas tienen respecto a este punto. Habitar, afirma Bourdieu (2000), es significar y apropiarse del espacio, la comprensión del espacio geográfico como historicidad y formación discursiva (Foucault, 2011), como producción de significados territoriales (Bourdieu, 2000).

Las personas mayores habitan y habilitan espacios desde una lógica distinta, por ejemplo, en los discursos sobre la región, y cómo allí se “lleva la vejez”. La existencia de una identidad genera la idea de representación y esto implica pensar el territorio y sus habitantes con características particulares en cuanto a los imaginarios que se han ido construyendo, atributos que conforman un imaginario que ha llegado a ser colectivo. La idea de las naciones como “*comunidades imaginadas*” destaca la importancia de los “*imaginarios sociales*” en la formación de identidades nacionales. Esta sensación de comunidad y pertenencia se construye y se mantiene a través de medios de comunicación como la prensa escrita y otros artefactos culturales, que ayudan a difundir ideas, lenguajes y símbolos comunes (Anderson, 2021). Para los magallánicos y los ayseninos la región existe con fuerza, pues la conciencia de ser diferentes con relación al concierto nacional, producto de un aislamiento fundacional y continuo en el devenir histórico, se ha instalado en varias generaciones:

“Acá la gente te puede tender la mano, ayudarte, no sé por qué lo hacen, porque yo sé que en el fondo no lo sienten mucho, lo hacen a lo mejor porque saben que se debe hacer” (Mateo, 18 a 29 años, Punta Arenas).

Asimismo, el conflicto entre lo deseable y lo posible es recurrente en el discurso de las y los jóvenes de las regiones del extremo sur, permite visualizar las trayectorias en cuanto al contexto territorial y cómo éste va dando cuenta de una identidad o una forma de construirse desde el territorio, al considerar que ellas/os han accedido a mayores posibilidades en el ámbito educativo, es decir, ha sido una “oportunidad/obligación”, debido a la baja oferta educativa en las regiones. En este proceso transformador se puede observar el despliegue de identidad subjetiva en un contexto de diversidad permanente.

A partir de esta situación se puede plantear que la sola noción de sentirse fuera por el hecho de tener que acceder a prestaciones que la misma región no entrega, genera un sentimiento de pertenencia que crece cuando se encuentra con otra/o aysenino/a o magallánico/a fuera de la región. Incorporando la migración como práctica social al territorio que se significa con un regreso o encuentro, ideas claves de como la migración está integrada a la identidad del lugar:

“Con beca no hubiese podido estudiar, sin beca ni crédito no, tenía becas de acá, esa beca se llama Beca Zonas Extremas o Beca primera dama parece que se llamaba, ya por el hecho de vivir en lugares extremos, ya me la entregaban por estar fuera de la región, tener cierto promedio de notas y mantener algunos requisitos que eran notas y ramos aprobados durante el año y desde el año pasado que me dieron la beca Patagonia que es mucho mejor que la otra beca, me da como tres veces” (Lucas, 18 a 29 años, Coyhaique).

Las políticas del Estado, en cuanto a programas y becas destinadas a habitantes de zonas extremas. Da cuenta de las dificultades y obstáculos de aquellos que viven en el territorio austral para acceder a la educación superior, de la población que la necesita, por eso la emigración responde a la búsqueda de una mejor calidad y ofertas educacionales. Las representaciones del entorno en la actualidad, con sus peculiaridades y singularidades que son fácilmente reconocibles, se instalan en el imaginario y de esta manera el vínculo con otros ambientes se hace complejo, pues el clima está internalizado por las/os entrevistados/as de manera consciente:

“Me cuesta, aparte que no me gusta Santiago, hace mucho calor, odio el sol, por mí que nevara todos los días en Santiago, que escarchara e hiciera viento, pero no, hay 35, 36 grados, aparte que cuando hay mucho sol me enoja, mi polola [novia] igual sufre porque le apesta [molesta] que ande así todo el tiempo, así que salimos cuando hay menos solcito, nos movemos más en micro [autobús], porque tan apretados en el metro, eso no es para mí, pero es difícil, son otras costumbres, más cuidado con las cosas, harto delincuente, no sé, quizás la educación de las personas” (Lucas, 18 a 29 años, Coyhaique).

Las generaciones jóvenes, más allá de la experiencia vivida, pueden comparar a partir de los relatos y vivencias que surgen en sus familias de origen, de la experiencia de las/os mayores frente a las que ellas pueden identificar como oportunidades, vivencias que sin duda han sido un soporte para ayudarlas a comprender la relación generacional e intergeneracional de manera muy diferente:

“Yo creo que comparándola con las generaciones anteriores por lo menos de acá de Porvenir creo que nosotros, la generación mía tuvo mayores opciones de estudiar en primer lugar instancias que otras generaciones anteriores no tuvieron porque razón, yo creo que principalmente un tema económico, lo vi por mis papás y también con algunos amigos, también lo que veo de mi generación es que hemos postergado tal vez el tema

de tener hijos en comparación a otras generaciones o no sé, que nuestros papás nos tuvieron a los 18, 20 años nosotros hemos postergado un poco ese tema justamente por lo mismo para el desarrollo personal, yo creo que acá en Porvenir se da algo muy bello que tiene que ver con los lazos que uno puede generar en la amistad y yo creo que hay algo que nos define bien como generación es que los lazos que logramos tener como amigos siempre se han mantenido así, y así lo he visto con otros grupos que se mantienen, que más” (Vicente, 18 a 29 años, Porvenir).

Se reflexiona sobre la educación, poniendo con relación a los jóvenes de la región con sus madres/padres y abuelas/os, en cuanto a posibilidades de estudiar. También con respecto a las expectativas de tener familia o de ser profesionales. Un grupo de personas de la generación de jóvenes ha establecido redes de cooperación entre diferentes grupos de jóvenes que la componen. También se advierte la posibilidad de comprender el territorio desde la vida comunitaria, que permite instalar en el imaginario colectivo la idea de relación cercana, familiar y de pertenencia, y que produce un sentimiento de arraigo. Se trata de esos imaginarios contruidos y transmitidos al interior de cada familia, y reforzados por los procesos de formación institucional como la participación en el espacio escolar:

“El contacto con la gente allá es súper estrecho porque uno se los encuentra siempre, de una u otra manera uno está destinado a conocer a las personas, no sé, porque conoce al hijo de, al primo de, estudiaste con esta persona, estudiaste con el hermano, un día fuiste al gimnasio y estaba él ahí, entraste alguna vez a un negocio y estaba esa persona ahí, y la ayudaste a recoger algo, y listo, la conociste, cada vez que te la encuentras la vas a saludar” (Pedro, 18 a 29 años, Punta Arenas).

Se revela cómo se generan las redes de apoyo y de convivencia en otros territorios fuera de la región, en este caso la capital del país. Estas redes se establecen durante procesos de migración y son parte de relaciones comunitarias que son de diferente naturaleza, ya sean de parentesco, redes laborales o de afiliación. La existencia de características específicas en el contexto de las regiones es vista como un elemento diferenciador con relación a otros lugares del país y determinan la necesidad de adaptarse, reconociéndose sus particularidades y las nociones contruidas a partir de ellas:

“Entonces a mí me costó asumir eso, porque... por lo que te digo antes, porque el sentimiento de arraigo es tan fuerte que yo estaba allí en Santiago, por ejemplo, estudiando y mi mente estaba acá, yo quería estar acá, pero físicamente estaba allá, hasta que ya asumí que yo estoy allá, y que el estar allá también me potencia otras partes, musicalmente, el tema de estar ya establecido con familia y todo que es lo que yo quiero, y Magallanes no me iba a dar eso” (Diego, 18 a 29 años, Porvenir).

Un tema recurrente en los relatos de esta generación es la búsqueda de nuevas oportunidades. Las/os jóvenes de Aysén y Magallanes buscan migrar a Santiago, o a

ciudades más grandes, buscando oportunidades económicas y laborales que permitan mantener familias o independizarse económicamente de las/os padres/madres. Aun cuando existe una visión muy particular de la identidad, por parte de las personas jóvenes entrevistadas, desde la valoración y pertenencia a un territorio, este es percibido de manera diferente a como lo perciben las/os más adultos/as. Un elemento importante se relaciona con el acceso a nuevas posibilidades de conocer, especialmente por la posibilidad de abrir nuevos espacios educacionales, es decir, por voluntad o necesidad de acceder a un proceso formativo mejor, es así como la mayoría de las/os jóvenes hoy están saliendo de la región para ir a estudiar:

“Entonces, ahí nace una... un sentimiento muy fuerte a querer Magallanes, por eso Magallanes es muy regionalista, que tiene bandera, que tiene himno, escudo, tiene todo. Y, por ejemplo, este sentimiento que te estoy hablando, yo lo heredé, por ejemplo, de mi abuela materna. Mi abuela materna siempre me hablaba de Magallanes, me contaba historias, escuchábamos el himno de Magallanes en la radio, todo ese tipo de cosas, el canto de Magallanes que es súper conocido, allá por lo menos. Eso como que te puedo contar” (Diego, 18 a 29 años, Porvenir).

Con respecto a la configuración del entorno social en las regiones del extremo sur, quienes lo habitan consideran que en la construcción de la vejez existen aspectos específicamente relacionados con aspectos identitarios y territoriales que la singularizan, y que, por lo tanto, ambos factores debieran ser considerados en cualquier tipo de análisis de los fenómenos sociales:

“Y ahí va todavía el sentimiento de lo mismo, de conocer la tierra, de amarla y de transmitir eso. Eso recuerdo también de mi infancia y también de mi juventud, mi adolescencia y juventud, ese es el emblema de los viejos, es como esa sabiduría. Es como el folklore, folklore es eso, es sabiduría de un pueblo, eso significa, y eso es. Es como que te heredan, te transmiten eso. Claro, miran el faro y dicen: “Oh, mañana va a estar feo. No, si mañana no va a cruzar la barcaza” y dicho y hecho, como dice mi mamá, así es” (Matías, 18 a 29 años, Punta Arenas).

La transmisión de conocimiento y apego por el territorio, que se refleja en prácticas que se transmiten de una generación a otra. Cada familia tiene trayectorias en su historia, y las historias familiares son parte fundamental de la historia regional. Se puede identificar que en la percepción de la zona desde el mundo juvenil, hay una valoración especial por el intento de las personas mayores por no ser “desechables”, se podría indicar que existe una lectura frente a este proceso de generatividad, en cuanto al respeto por la tradición y las experiencias de vida, especialmente se valora que estas/os adultos/as se esfuercen por no expresar que están en el término de su ciclo de vida, sino que más bien den cuenta de

la posibilidad que tienen de aprender nuevas formas de relacionarse con otras generaciones:

“No sé, porque yo lo veo difícil sólo por la parte climática y por ese lado no se puede hacer mucho, más allá de dar recursos a las personas mayores que se encuentren solas para forrarles [revestir] la casa si es que se encuentra en mal estado, poner uno que otro vidrio” (Lucas, 18 a 29 años, Coyhaique).

No se trata de una defensa desmedida de la juventud, sino de la posibilidad real de formarse como adultos/os diferentes, siendo coherentes con lo que plantea el paradigma del curso de la vida, donde se sustituye la concepción de linealidad propuesta por la gerontología tradicional de ciclos o etapas de la vida, por la noción de curso que posee una connotación distinta: de recorrido, de apertura, de continuidad y de trayectoria, no necesariamente lineal. Si bien, existe una valoración en términos culturales de la vejez y el envejecimiento, al tener mayor cantidad de elementos de comparación, especialmente relacionados con la subsistencia y la calidad de vida de las personas mayores en la región, las/os jóvenes tienen una visión un tanto crítica, lo que también se transforma en esa voluntad por querer volver a su localidad en algún momento de sus vidas, para entregarle lo aprendido y hacer un aporte. Una solidaridad, en el sentido de la reciprocidad instalada en las oportunidades que han tenido para luego desarrollar sus proyectos:

“No, no necesariamente, la vejez... es que es tan fome [aburrido], porque es cuando ya terminaste de trabajar, ya criaste a tus hijos, es como que te puedes dedicar de nuevo a ti mismo y te queda tan poco tiempo, porque el tiempo de ser autosuficiente, de poder decir: “quiero ir a tal parte y hacer tal cosa”, es como que tienes todo el momento, pero ya económicamente no... por las pensiones que sacan los abuelos, que mi abuelita sacaba como 60 lucas para el mes no te alcanza para nada, entonces la sociedad no le da la vida digna, la vejez digna a los abuelos porque les dan una miseria de plata que no les alcanza para nada y tú miras acá en Coyhaique y hay muchos abuelitos que andan perdidos, que no les alcanza para comprar toda su comida, sus medicamentos, es como una lata que no se vea eso, porque son sus últimos momentos y que los tengan que pasar miserablemente, viviendo en mediaguas, cosas así es una lata, para mí es una lata, por eso son importantes los hijos (se ríe) por último que me tengan de allegada en la casa, pero ya estoy mejor al menos, ya es más digno, después de haberte sacado la cresta trabajando toda la vida pa terminar así”. (Sofía, 18 a 29 años, Coyhaique)

Finalmente, se puntualiza sobre la precariedad de la vejez cuando son escasos tanto los bienes materiales, como el acceso a recursos y la falta de redes de apoyo. La falta de recursos depende también de pensiones que no aseguran buenas condiciones en cuanto a calidad de vida para las personas mayores. Al analizar los discursos de esta generación, se identifica claramente la importancia de la representación del espacio territorial y la capacidad de construir interpretaciones alternativas para la vejez, de esta forma emerge como una característica que destaca en este grupo; y la realidad social de estas regiones

es considerada como multiforme, fruto de una construcción social en un determinado momento histórico.

7.2.2.2. La aceptación del contexto territorial y la reivindicación de la vejez.

En la generación adulta los discursos transitan hacia la aceptación del contexto territorial. Primero, en la generación intermedia es donde se pueden encontrar algunos elementos para comprender la mirada que tanto personas jóvenes como mayores tienen respecto a la vejez, especialmente porque es en esta generación donde radica el mayor acceso al mundo del trabajo, no en términos etarios, pero sí en función de sostener a la familia en cuanto a los proyectos individuales (formación académica principalmente); las personas de este grupo son el soporte de la familia y, por ende, transmiten la experiencia de sus madres/padres a las/os hijos/as. Se trata de una generación que accede al mundo organizativo comunitario y sobre todo son jóvenes que están mucho más vinculadas/os al proceso institucionalizante, lo que les permite visualizar la vejez y el envejecimiento, y proyectar deseos individuales. Estos imaginarios individuales, permiten percibir el territorio de manera distinta, como un espacio que es diferente y que, a su vez, es capaz de respetar la propia forma de mirar el mundo:

“No, yo me lo imagino en mi pueblo [Lago Verde]. Mi vejez, me la imagino allá, no sé por qué me tira la vejez para allá, en vez de tirarme para otro lado, ¿Será porque me crié allá? ¿Será porque tengo mi familia allá? ¿O simplemente será porque nací ahí, me crié ahí? Pero yo voy allá, las veces que he ido y no me gusta. No sé, porque pienso que para allá me voy a ir, tengo esa sensación. Incluso yo les dije a mis hijas, me llego a morir, me van a enterrar allá” (Isidora, 30 a 59 años, Puerto Aysén).

Los sentimientos de adscripción y un vínculo emocional por el territorio y sus habitantes, específicamente su pueblo natal, al mismo tiempo que resaltan diferencias entre las generaciones. Junto con la visión del espacio, surge la visión de la vejez que ha evolucionado, pues destacan visiones heterogéneas que reflejan esa diversidad planteada anteriormente, además reconocen el apoyo institucionalizado que se potencia con las características personales. Existe una valoración del proceso de envejecimiento, como “proceso” de transición, que permite pensar y repensarse como persona mayor en forma diferente, verlo como la oportunidad de vivir nuevamente, y que esto se pueda transmitir a las demás generaciones:

“Es que para mí “vejez” tiene que ser algo bueno, no tiene por qué ser triste la vejez, tiene que ser alegre, porque es una etapa, obviamente es muy distinta porque está la niñez, la infancia, la adolescencia y llega la última etapa, entonces así como viviste

todas las otras etapas, dentro de lo que se puede vivir bien, la vejez igual debería ser una instancia en que la persona viejita viva tranquila, viva feliz y que con los que se rodee le hagan la vida feliz, porque si yo llego a viejita y soy de estas viejitas odiosas, revoltosas, le digo: “mejor, tíreme pal asilo, nomás mijito, porque usted me puede tener paciencia, pero a lo mejor el yerno no me va a querer”, me dice: “ay! ¡Pero mamá!”, hay que ser realista, ella me puede querer porque es mi hija, pero el yerno no tiene sangre mía, yo soy bien realista en ese cuento, no me pongo grave, pero uno tiene que ser realista porque es lo que hay, yo soy la mamá, pero no soy la mamá de mi yerno, entonces ahora me puede querer porque estoy lúcida, hago mis cosas, pero no sé, en 20 años más no sé cómo seré, si soy de esas viejitas pencas, yo le digo que me diga, tampoco sé dónde voy a terminar, porque eso nadie lo conoce” (Emilia, 30 a 59 años, Punta Arenas).

La preocupación frente a la vejez, considerando que esta generación va a tener más años de vida que la generación de sus madres/padres. En ese contexto, las redes de apoyo son necesarias para mantener la calidad de vida, y tener ayuda material, acceso a salud, cuidados y servicios. Asimismo, en este grupo de discursos se releva la interpelación a un cambio de paradigma, como un elemento central para el desarrollo y mejora de la calidad de vida de las personas mayores, además de la necesidad de ser más activas/os y de pensar la vejez como una oportunidad:

“Como yo lo veo del resto como sociedad vejez, incompreensión, soledad de repente hasta discriminación por el solo hecho de ser viejo, entiendes, por el solo hecho de no encajar, dentro de una sociedad que está obviamente marcada por esta etapa intermedia de edad, que pasamos de niños a adolescentes, entrecomillas que como adultos mayores que es donde es la etapa en donde más vivimos y ya la vejez que puede ser 10, 20 años en algunos o quizás un poquito más, pero eso, ahora como lo veo yo, como lo siento yo, para mí definitivamente la vejez es sabiduría es tener una madurez, una experiencia que es incomprendida y que requiere paciencia de las personas ..” (María, 30 a 59 años, Punta Arenas).

Por último, las personas mayores, apuntan a una reivindicación del envejecimiento y la vejez, y la apropiación de sus propios cursos de vida. Desde esta generación, la vejez no tiene por qué asimilarse necesariamente a un estado de fragilidad o deterioro permanente. Las personas mayores se consideran un grupo importante de la sociedad, así como lo son las/os niños/as, jóvenes y adultas/os. Debido a la experiencia acumulada, puede ser una oportunidad para compartir, aprender y realizar actividades que les sean gratificantes:

“Y ahora nosotros los viejos, tenemos que dedicarnos también, un poco, a trabajar en preparar a la gente joven, en dar charlas en los colegios o en los lugares que uno pueda y que haya gente que quiere escuchar, tenemos que hablar con los jóvenes para que nos ayuden a trabajar sobre el maltrato hacia el adulto mayor, porque los chicos son los que le dicen a los padres: “No papá, tú estás maltratando a mi abuelo, esa no es la forma de hablar con él ni decir”, los chicos nos pueden ayudar, porque los viejos ya están hartos viejos y no entienden” (Antonella, 60 y más años, Chile Chico).

Se enfatiza en la relevancia de la educación en torno a la vejez, en cuanto a sensibilizar a la población sobre los cuidados de personas que están bajo su responsabilidad. Estas acciones ayudan a la comunidad en general, en especial en la inclusión de las personas mayores dentro de las familias y en espacios públicos.

7.2.3. *Territorio vivido: cotidianidad del habitar la Patagonia*

Un aspecto que es necesario distinguir es el territorio simbólico, ese conjunto de imaginarios sociales que marcan el campo significativo del territorio, y que pueden manifestarse en formas materiales y simbólicas que se convierten en emblemas de la identidad de las personas mayores, otorga la oportunidad de analizarlo y entenderlo como una suerte de identidad espacial del territorio del envejecimiento de las personas y del colectivo.

La percepción actual del territorio, desde las personas mayores, es que este se transforma en el “lugar” donde las personas se proyectan. A pesar de las condiciones geográficas, existe un imaginario construido colectivamente que hace sentir seguridad. La forma de transmisión ha ido instalando un imaginario basado en que “aquí no pasa nada, porque somos gente buena”, más allá de las tensiones culturales con las generaciones anteriores, y la distancia geográfica con el resto del país, que se transforma en una posibilidad de pensar una forma de vivir el envejecimiento y la vejez de manera diferente. Las personas apuestan por el reconocimiento, por plantear sus opiniones, por mostrar lo que hacen, por reconocerse como sujetos con voz, que tienen un espacio en la comunidad, como conocedores de la historia, de las tradiciones, de saber enfrentar las adversidades del clima de las regiones:

“Lo mismo no es, porque usted no lleva la misma vida en esta región que la vida que se lleva en el norte, entonces se envejece de acuerdo con lo que usted ha vivido y de acuerdo con el lugar donde ha vivido toda una vida, por ejemplo, el calor ayuda a que la vejez sea más aliviada, aquí toda la gente de la tercera edad que le duele la rodilla, que nos duele un pie y eso es el frío, el clima, en cambio, la gente del norte tiene la facilidad de aprovechar bien el verano” (Alicia, 60 y más años, Punta Arenas).

En términos económicos, se reconoce que el territorio no presenta las mejores condiciones, en términos de costo de la vida y empleo. En este sentido, se enfrenta a la perspectiva de desarrollo y productividad que caracteriza a una región fronteriza y que además posee un territorio muy complejo debido a su situación geográfica:

“La vida en la parte económica no es fácil en la región porque es caro, sobre todo para una persona... creo que depende del tipo de empleados, tienen mayor facilidad para vivir, los empleados públicos que ganan derecho a zona y todo, pero la mayoría, el resto de la población, empleados particulares, no es fácil porque los sueldos no son tan buenos, la vida es cara, la leña, la luz, la gente que no tiene una casa, los arriendos son carísimos, entonces no es fácil” (Sara, 60 y más años, Coyhaique)

Se coincide en relevar temas económicos y geográficos asociados a la vejez en el territorio austral, principalmente, de qué manera las condiciones socioeconómicas regulan e inciden en el tipo de vejez que se puede llegar a tener. El alto costo de vida es un desafío especialmente para aquellos con ingresos limitados:

“Uno, el clima. Dos, la parte monetaria. Tres, a lo mejor, la soledad. Yo lo encuentro dramático, envejecer acá” (Amelia, 60 y más años, Puerto Aysén).

Si bien es cierto que se trata de una localidad muy diferente a la realidad del centro o del norte de Chile, no es ajena al imaginario de “ser vieja/o” visto como el fin del ciclo de la vida; sin embargo, esta nueva forma en que se está reconstruyendo la vejez y el envejecimiento, permite instalar en los discursos de quienes transitan por este proceso, el deber de transmitir.

Como he mencionado anteriormente, el territorio aislado, la lejanía, junto a la inclemencia del clima y la geografía compleja, se transforman en las características que dan forma al imaginario de las generaciones frente al territorio que contiene los procesos del ciclo de la vida; esto permite que se construya un imaginario que se autopercibe en las/os habitantes de esta región, que desde sus discursos o sus prácticas sienten que han sido dejadas/os por el resto del país a su propio esfuerzo:

“Es sacrificada, o sea para uno ya es sacrificada, porque uno ya no es como antes, antes uno trabajaba sin dolores, sin nada, pero ya ahora a esta edad empiezan los dolores, empiezan las... ya no tiene la agilidad de cuando uno era joven, y otra que nosotros, como adultos mayores, no estamos bien. Por eso, cuando fuimos al Congreso, igual pedí lo mismo, ojalá se cumpla, nos dijeron que en marzo nos iban a dar la contesta, la asignación de zona para el adulto mayor, porque sería ya una buena ayuda esa, y otra que nosotros, de aquí en la región y Punta Arenas, somos los más afectados, porque los que estamos haciendo patria más somos nosotros, y más esta provincia, porque resulta que en Santiago, siempre se ve Santiago, ya llega a Puerto Montt, de Puerto Montt pesca el salto y Punta Arenas, pasa voleado Aysén, queriendo decir nosotros... casi no existimos” (Bruno, 60 y más años, Coyhaique).

Sin embargo, los entrevistados también coinciden en que las actividades diarias de reproducción de la vida personal, familiar y social están condicionadas por las capacidades físicas y económicas de las personas. El acceso a los servicios es mediado

por el gobierno y las ayudas económicas que brinda. Por último, es importante manifestar que el territorio es el lugar donde se viven las transiciones y van marcando las trayectorias, y que en este momento del curso de la vida las personas pueden observar y reflexionar sobre sus propias vidas e historias:

“Fíjate, relacionarse con otra gente que no tiene la edad de nosotros, por ejemplo, la juventud. Cuando tú hablaste de salsa, me acordé de que cuando nosotros empezamos a estudiar salsa hace unos 4 o 5 años atrás, más o menos, íbamos a la salsoteca. Iba toda la gente joven, 20 años, más de 30 años, no creo que tuvieran, y nosotros ahí bailando, y nos hacían gracias, nos aplaudían. Entonces, cuando nosotros llegábamos a la salsoteca, la juventud toda se paraba y venía a saludar, y después ya está, y después cuando nos íbamos, se paraban y nos venían a despedir, y eso hasta ahora” (Alba, 60 y más años, Punta Arenas).

El habitar la región se relaciona con todos los imaginarios posibles: los barrios, la lejanía, el clima, las relaciones interpersonales, el sentido de pertenencia, la cultura, la identidad y con el desarrollo de su historia. Así, todos estos elementos han sido unidos por los discursos en torno a la vejez, los que no solo incorporan las expresiones relacionadas con el proceso individual, sino que constituyen estos esquemas de representación y de significación relevantes y que se expresan de manera integral:

“Yo creo que cada uno se hace su habitar, porque todo depende de la familia y los recursos que tú tengas, unos mejores que otros. Teniendo las condiciones, una buena casa, una calefacción, que es lo primordial y la alimentación” (Daniela, 60 y más años, Coyhaique).

El territorio se define como una dimensión vinculada con la vida y las acciones originadas en la reproducción social y cultural de las comunidades. Es una construcción sociocultural del espacio, realizada por las personas que despliegan estrategias individuales y colectivas muy diversificadas sobre denominadores comunes (Rodríguez et al., 2018). Por consiguiente, la territorialidad, es un esfuerzo colectivo de ocupación, de uso y de control material, físico y simbólico. En este sentido, el territorio que se habita ayuda a construir la experiencia de envejecer, configurándose además como un elemento de contrapeso que aporta la identificación con un lugar. Ello torna relevante este lenguaje para pensar la cotidianidad de las personas mayores:

“Bueno, acá es medio cruel el envejecimiento para las personas, porque hay mucho frío, son muy heladas estas partes, pero bueno, no hay más, no se puede ir para otro lado, uno. También se puede ir con un hijo, pero no, yo prefiero quedarme acá” (Cristian, 60 y más años, Punta Arenas).

Otro elemento importante e interesante, por sus connotaciones negativas, es la sensación de aislamiento geográfico, que se ha heredado durante la transmisión de las pautas familiares y se traspasa a las relaciones sociales:

“Lo he pensado mucho, mucho, ¡¡¡mucho!!! Por ejemplo, ahora mismo, si a mí me dijera que me voy a un lugar donde hay más calor, a ojos cerrados, no Santiago, pero cerca, donde tú sepas que el verano es un poco más largo que acá” (Lucía, 60 años y más, Punta Arenas).

La evolución de la percepción del espacio vivido en la Patagonia austral ha estado marcada por la percepción de este territorio como un espacio dependiente, aislado e indómito, configurando una relación asimétrica con los centros de poder en Chile. Esta noción, entendida como un territorio a conquistar, ha perpetuado una vinculación territorial que se mantiene hasta la actualidad, reflejando una dependencia no solo instaurada durante el período de apropiación, sino que también se ha establecido como una característica permanente de la relación con la Patagonia austral. La relación entre sociedad y naturaleza juega un papel crucial en la configuración de la percepción sobre el envejecimiento y cómo se vive la vejez.

7.2.4. *La apropiación relacional: Redes locales y comunitarias de personas mayores*

Al haber introducido la idea de la vinculación con el mundo como proceso fundamental para indagar en la producción de imaginarios, es necesario explorar los vínculos que se establecen entre las alteridades, y sobre esta base intentar la realización de un diálogo. En este sentido, las redes locales y comunitarias desempeñan un papel fundamental en la mejora de la calidad de vida de las personas mayores en la Patagonia. Estas redes no sólo ofrecen apoyo material y recursos necesarios para enfrentar la vida cotidiana, sino que también proporcionan un sentido de pertenencia y comunidad, esencial para hacerse visibles y reconocibles. Estas redes locales y comunitarias fomentan la participación de las personas mayores en la sociedad, a través de actividades organizadas y encuentros comunitarios, se promueve la interacción social, permitiendo a los mayores compartir experiencias, conocimientos y habilidades con personas de diferentes generaciones, enriqueciendo así el tejido social de la comunidad.

7.2.4.1. Las perspectivas de las redes locales y comunitarias

Ahora bien, existe un posicionamiento desde diversas áreas de las ciencias sociales frente a la necesidad de estudiar la vejez y los procesos de envejecimiento, como una oportunidad para comprenderlos desde la idea de satisfacción y no centrarse en la de término, o de fin del ciclo de la vida. En esta línea, desde el envejecimiento activo, surge como heredero de una forma de pensar este proceso, desde la oportunidad que tienen las personas mayores de vivir su ciclo de vida y la valoración de sus trayectorias de vida. Este enfoque destaca no solo la capacidad de las personas mayores para adaptarse, superar y/o compensar las posibles pérdidas asociadas a la vejez, sino que envejecer activamente es un proceso que se construye a lo largo de la vida y está vinculado especialmente a estilos de vida activos. En línea con el marco político de la OMS (2002), el envejecimiento activo acontece con la edad, de modo que habría de considerarse el hecho de vivir activamente durante el curso de la vida (Rojo et al, 2021). Además, el enfoque del envejecimiento activo ha ganado aceptación en las políticas públicas hacia las personas mayores en Chile.

Sin embargo, desde este enfoque a menudo se subestima la diversidad de experiencias de envejecimiento y excluye a aquellas personas mayores que no cumplen con sus ideales de productividad y autonomía. Este enfoque tiende a valorar las contribuciones económicas y la participación en ciertas formas de actividades sociales, invisibilizando las realidades de aquellas personas mayores con problemas de salud crónicos, discapacidades o aquellas en situaciones de vulnerabilidad económica. Además, el énfasis en la actividad perpetúa estereotipos negativos sobre la pasividad en la vejez, sugiriendo implícitamente que el valor de las personas mayores está intrínsecamente vinculado a su capacidad para permanecer activos, según definiciones estrechas y socialmente construidas:

”Sí, para caminar soy buena, no tengo la fuerza de antes, pero igual me las camino todas. Ando 2, 3 horas, 4, 5 horas el campo que recorrer” (Aurora, 60 y más años, Cochrane).

Por otro lado, es una manifestación de la neoliberalización de la vejez, donde la responsabilidad del bienestar se traslada del Estado a la persona. Se invisibilizan las desigualdades estructurales que afectan a las personas mayores, como la pobreza, el aislamiento social y la discriminación por edad. Por ende, esto no permite situar a las

personas mayores en la posibilidad de reinventarse desde lo comunitario y lo social, después de haber cumplido una serie de roles asociados a la familia, la educación y el trabajo.

Frente a este nuevo escenario de envejecimiento de las sociedades y de las condiciones de muchas personas mayores, quienes se encuentran transitando por diferentes situaciones de vida, se presenta un fenómeno complejo que abre nuevas demandas vinculadas con la atención de las personas mayores, desde la política social, la familia y también desde la comunidad con las particularidades del territorio. Uno de los elementos más importantes que emerge desde los discursos de las personas entrevistadas en cualquiera de las generaciones, es dejar al descubierto la necesidad de suprimir los prejuicios, los mitos y los estereotipos vinculados a la vejez, que instalan en este proceso la idea de inactividad. No obstante, para que la sociedad en su conjunto visualice y reconozca adecuadamente a las personas mayores, se requieren transformaciones significativas en nuestra percepción y los estereotipos predominantes acerca de la vejez. La mirada actual, edadista y estereotipada, impide apreciar la diversidad y riqueza que caracteriza a este grupo etario (Ramos, 2017). En este sentido, en las regiones del extremo sur, este proceso se vive de forma similar:

“Hay varias personas de la tercera edad que hacen actividades, en las mismas juntas de vecinos, me ha tocado hacer charlas en las juntas de vecinos y ellos son siempre los más activos en eso, siempre están preocupados por sus familias, sus nietos, he visto casos de que vienen acá por sus familiares para que los apoyen” (Pedro, 18 a 29 años, Punta Arenas).

Se visualiza lo comunitario como una forma de reproducir la vida social. En este sentido, para la teoría de la reproducción social (TRS) la reproducción es entendida como un proceso de reproducción de la sociedad en su totalidad. Sumado a esto, las contribuciones de la teoría feminista- marxista enfatizan que la reproducción social se concentra en el sostenimiento y la reproducción de la vida diaria o generacionalmente (Arruzza, 2017). Por consiguiente, se consideran actividades de reproducción social aquellas que promueven y aseguran el bienestar de las personas (Arruzza y Bhattacharya, 2020):

“Y bueno, ahí trabajamos nosotros, nos juntamos todos los miércoles, incluso hoy miércoles, ya tenemos que juntarnos, y ahí... se juega, se baila, tenemos equipos... ¿Cómo se llama? Amplificación y música, entonces ahí es como una terapia, el baile, después se juega, sorteos, rifas, después terminamos con binguitos, se toma la once y a las 6 de la tarde cada cual para su casa. Y hay años que tenemos la suerte de que el desarrollo de la municipalidad, nos contrata profesoras para la gimnasia, gimnasia para adultos mayores, gimnasia liviana y pasamos 4 o 5 meses, según el presupuesto que

tienen para profesor, así que hay pasamos haciendo gimnasia” (Cristian, 60 y más años, Punta Arenas).

Por tanto, la reproducción social determina la forma del trabajo físico, emocional y mental requerido para la producción de la sociedad y la forma en la que se organiza (Arruzza, 2017). Desde esta óptica, en lo comunitario se realizan una serie de prácticas y esfuerzos que se afirman en la reproducción de la vida social a través de la generación y regeneración de vínculos concretos que garantizan y amplían las posibilidades de existencia colectiva. Estas formas de relaciones sociales se potencian en las redes locales de colaboración de las personas mayores. La posibilidad misma del trabajo en las redes locales deviene de un proceso dinámico que gestiona y organiza la reproducción de la vida comunitaria.

Asimismo, la realidad sitúa el proceso de envejecimiento en dos escenarios: por un lado, la capacidad que tienen las personas mayores de vivir solas; pero por otro, la vulnerabilidad en la que se pueden encontrar aquellas que tienen algún grado de dependencia en cualquier nivel. Esto último, es un elemento que aparece en los discursos, especialmente en el de los más jóvenes, a pesar de la interpretación que las mismas personas mayores tengan en forma concreta frente a su relación con otras generaciones, especialmente de las más jóvenes:

“Pasa, pero no sé, no es como tan... Yo he leído el diario y apareció un abuelito que su casa estaba en mal estado y en ese caso, va la gobernación y se hace cargo, la municipalidad, pasa esas cosas que la municipalidad se haga cargo, pero no es tan común tampoco” (Lucas, 18 a 29 años, Coyhaique).

En este contexto de vulnerabilidad en la vejez, se destaca la importancia de las redes comunitarias y la participación social es considerada fundamental para envejecer con calidad de vida y bienestar. Desde esta perspectiva, la participación en organizaciones sociales es valorada no sólo en la integración efectiva de las personas mayores en la sociedad, sino también en las posibilidades que estas tienen para ejercer un rol activo en el ámbito político y social. En este contexto, la promoción de la participación de las personas mayores ha estado en la agenda de las políticas públicas, sin embargo, el abordaje de la participación en la vejez ha transitado en los últimos años desde un enfoque focalizado en la vulnerabilidad social y protección (Alvarado y Salazar, 2014), hacia un enfoque de derechos, con el reconocimiento progresivo de las capacidades de agencia y generatividad de las personas mayores (Huenchuan, 2018):

“En otros pueblos ni conversan con los adultos mayores, pal norte se arman las juntas de vecinos, ahí en Coyhaique pasa eso, se juntan los adultos mayores y van donde los viejitos y ya se han reunido hartito y los ayudan hartito también, pero acá estamos mejor que en otros lados” (Roberto, 60 y más años, Cochrane).

Igualmente, las redes comunitarias pueden defender lo común desde el territorio. Bajo esta perspectiva, Federici (2011) plantea que el bien común es fundamental por el cual se crea el interés colectivo y las alianzas de apoyo mutuo. El bien común tiene sentido en la medida en que las personas mayores se construyen como sujetos políticos que crean comunidad a través de relaciones de cooperación:

“Casi aquí no hay, como te dijera yo, me estás hablando de la gente adulta, como lo tratamos bien, bien en todo sentido, ayer fui a una reunión del adulto mayor, te hablo de ochenta y tantos años y uno ve a esa gente feliz comparte con ellos como si fuéramos iguales, aquí en Natales se ve muy buena disposición y de hecho tienen su club de adulto mayor, o sea la persona que es activa está súper bien, aquí el adulto mayor viaja, qué sé yo teje, tiene ene cuento [actividades], es su entretención, pero por ejemplo en el caso de mi mamá no le gusta nada de eso, entonces su vida es mirar tele, se sabe todo, pero algunas otras saben tejer, pero hay señoras que le gusta hacer todo eso, yo pienso que a mí me va a gustar todo eso, para qué me voy a quedar en mi casa si hay una junta de vecinos que puedes ir a mirar películas para allá partiré, o hay otra junta de vecinos en donde tú puedes enseñarle lo que sabes al resto de las abuelas, eso no sé si en otras partes sea distinto, pero en Natales los adultos están muy bien, tenemos mucho apoyo de los políticos del alcalde, gobernador, le dan hartito cariño, harta preocupación, hay proyectos, toda la junta de vecinos, las arreglaron están hermosas, hay un grupo de la directiva del adulto mayor, que se preocupan de todos los adultos que están enfermos, de todo, así que vamos a tener una buena vejez en Natales” (Emma, 30 a 59 años, Puerto Natales).

Ahora bien, es importante destacar que en las redes comunitarias también pueden generarse desigualdades. Los distintos grados en que ciertas personas pueden verse excluidas muchas veces se derivan de desigualdades sociales históricas. Por ejemplo, no se problematizan las desigualdades estructurales, que impiden la participación de las mujeres mayores. No obstante, se destaca la existencia de redes comunitarias donde las mujeres mayores tienen roles protagónicos, tales como juntas de vecinos y organizaciones de personas mayores, que funcionan con apoyo institucional en comunicación con autoridades municipales, provinciales y regionales. Estas organizaciones se constituyen como espacios que facilitan nuevas oportunidades de socialización para las mujeres mayores dentro de las redes locales y comunitarias, permitiéndoles reivindicar y buscar derechos tanto para sí mismas como para los colectivos a los que representan.

7.2.4.2. La formalización de las redes locales y comunitarias de participación

La participación activa y la asunción de responsabilidades dentro de estas organizaciones no solo ha posibilitado la ruptura de estereotipos vinculados al trabajo doméstico, sino que también las ha posicionado en esferas donde se toman decisiones. Desde estos espacios, pueden defender derechos específicos para las personas mayores, desafiando colectivamente las desigualdades enfrentadas a lo largo de su vida. Esto se debe a una ideología que históricamente ha confinado a las mujeres al ámbito privado, situándolas en un plano de discriminación y motivándolas a buscar estrategias para efectuar cambios significativos y reivindicar sus derechos (Maquieira, 2002).

Aun cuando el proceso de envejecimiento tiene múltiples perspectivas y formas de abordarlo, en esta tesis interesa centrarse en la valoración que las personas entrevistadas manifiestan en sus discursos frente a la perspectiva del “buen envejecer”, idea que está muy vinculada al proceso en el que estas nuevas personas mayores enfrentan su proceso de envejecimiento, en donde el concepto de generatividad vuelve a cobrar relevancia. En este sentido, la generatividad sería el resultado de la combinación de buenos deseos con estrategias cognitivas que permiten alcanzar las metas esperadas, lo que establece la posibilidad de que las personas mayores realicen un “punto de quiebre” en el curso de sus vidas, para darse la posibilidad de reconstruir nuevas formas de vida y nuevas relaciones:

“Y la importancia que tiene el estar organizados. Una persona si llega a pararse ante la municipalidad, yo les digo a ellos, una persona no logra nada, pero si tú llegas y dices: “Nosotros venimos en representación de la organización llamada Mi Refugio, venimos a pedirle esto, señor alcalde”, ahí te toman en cuenta” (Antonella, 60 y más años, Chile Chico).

Por ende, la alta participación de las personas entrevistadas en organizaciones sociales, especialmente en “clubes” de personas mayores, es significativa para establecer algunas relaciones entre envejecimiento y territorio, debido a que aun existiendo la posibilidad de que la población mayor se organice, debe haber condiciones territoriales que faciliten dicha dinámica. La organización colectiva como una forma de hacer efectiva, o más viable, la calidad de vida en la vejez. El hecho de tener una organización que respalde proyectos colectivos incide en los resultados al momento de establecer negociaciones con las autoridades locales. La participación de las personas mayores se articula desde la lógica de las instituciones gubernamentales, vinculadas al desarrollo cultural, deportivo y a la asistencia social principalmente; una participación un tanto alejada de las

movilizaciones reivindicativas de clase, aunque el componente reivindicativo está comenzando a ser importante en el actual escenario político, ya que está emergiendo un movimiento social de las personas mayores y de la ciudadanía en general, con acciones de protesta asociadas a las demandas por una modificación al actual sistema pensiones:

“Estuve como candidata a concejala, tuve como 750 votos, pero como iba como independiente no salí, sin embargo, les gane a dos concejales que solo sacaron 400 y tantos votos, ellos quedaron pegados en los partidos políticos, todo Natales me conoce, soy como una persona bien activa” (Emma, 30 a 59 años, Puerto Natales).

La participación social y política habla de una población envejecida que es activa, pública y políticamente. Desde participar en elecciones públicas, hasta participar en desfiles en fechas conmemorativas, el hecho de participar y ser sujetos protagonistas de la vida de la región, estableciendo relaciones con las autoridades, refleja una actitud que va en contra de la idea de una persona mayor como alguien pasivo que no es autónomo y que no participa de la vida social:

“Soy el presidente del club del adulto mayor Diamante Blanco, nos constituimos un 18 de enero del 2006 con 18 socios y ahora, en la actualidad, ya somos 38, llegamos a ser 44 y tanto, pero ya se nos han fallecido como 7, así que ahora volvimos a reintegrar, este año que empezamos en marzo, reintegramos a 3 socios nuevos ya, así que volvimos a quedar 38 personas” (Agustín, 60 y más años, Puerto Natales).

El SENAMA y los Municipios aparecen como las principales instituciones vinculadas a la participación de las personas mayores, siendo elementos transversales en los discursos de las entrevistas realizadas; aunque existen posiciones opuestas respecto a este punto: por un lado, se valora la importancia de estas instituciones; pero por otro, especialmente desde los discursos de las/os más jóvenes, prevalece la opinión de que aún falta mayor fortalecimiento de las instancias que apoyen a las personas mayores de la región.

“Ahí está la importancia de estar organizados, yo considero que eso es la mejor herramienta que nos han dado a nosotros, organizarnos y respetarnos, y tomarnos en cuenta. Eso mismo les digo yo a mis dirigentes: “Señores, ustedes tienen que ir a las reuniones, donde los inviten, vayan”, si es por la junta de vecinos, si es por la intendencia, si es por el INP o por SENAMA, vaya, porque el día de mañana, cuando ustedes tengan un problema y vayan a tocar a esa oficina, van a decir: “Ah, esta señora pertenece a tal grupo, allá la hemos visto, cuando nosotros la llamamos a capacitación, o capacitación que siempre nos hacen, ella llegó, se interesó.”, y te van a atender bien, y te van a ayudar. Entonces, hay que ir, hay que asistir, hay que estar” (Antonella, 60 y más años, Chile Chico).

Particularmente las organizaciones pueden satisfacer ciertas necesidades, las personas mayores le otorgan una valoración positiva al vincularse con una organización desde los

diferentes ámbitos de su vida, pero principalmente lo asocian a los beneficios para mejorar la calidad de vida:

“Sí, pertenecemos a 2 grupos. Formamos hace como 6 años, un grupo de tango porque nos encantaba el tango, y el profesor nos estimuló tanto que nosotros empezamos a traer más gente, y somos como 30 socios, tenemos personalidad jurídica y todo” (Alba, 60 y más años, Punta Arenas).

Los entrevistados coinciden en señalar que las personas mayores participan de forma pública, sin embargo, hay déficit en cuestiones claves, por ejemplo, para tener peso político, para definir o promover leyes, para establecer políticas públicas, e incidir de forma más directa en la toma de decisiones de los gobiernos municipales y regionales:

“A nivel local yo creo que los propios adultos mayores han buscado auto estrategias para generar su propio desarrollo en el tema organizacional o como asociación, como te decía ellos son como los más responsables en tener toda su documentación al día y siempre piden asesoría para postular algún tipo de proyectos, paseos, once lo que sea, pero yo creo que falta, falta, generar tal vez no sé un mejor canal de comunicación entre los programas sociales que existen en los adultos mayores o tal vez no sé, mayor facultad de decisión a los ejecutores intermedios que son los municipios y para tomar ese tipo de decisiones generan recursos regionales o nacionales, eso por lo que yo he visto aquí en el trabajo, por lo general los adultos mayores obtienen no sé, subsidios de agua, de gas que le corresponden, pero no es menor tampoco eso porque implica un ahorro en esos gastos, eso con los adultos mayores, y bueno acá, sin ir más lejos la municipalidad no tenemos un programa de desarrollo para ellos no existe, no hay, no hay SENAMA en Porvenir, no hay entonces igual están un poco dejados a un lado, creo que hay una tarea pendiente” (Vicente, 18 a 29 años, Porvenir).

La asociatividad es entendida como un mecanismo que hace posible la construcción, integración y disfrute de lo común, las personas mayores tienen una participación en organizaciones, y esta integración no es de carácter obligatorio, sino que responde a múltiples motivaciones por mantenerse vinculadas y activas socialmente. De cierta manera, el pertenecer y participar en una organización social trae consigo más beneficios que dificultades, permitiendo mejorar la calidad de vida en ámbitos como el desarrollo personal, por ejemplo. Es una vinculación con lo social que guarda relación más con las relaciones que se establecen al interior de sus organizaciones, que con el sistema político más general:

“Y empezamos a ensayar, empezamos a hacer, qué sé yo, y formamos un grupo que fue muy bien recibido, la verdad, que fue acá en Magallanes, prácticamente fue un golazo, nos invitaban a todas partes, íbamos a actuar a las juntas de vecinos, íbamos a actuar para instituciones, hicimos una gira a Puerto Natales, fuimos a Río Grande, a Ushuaia, a Porvenir, recorrimos las comunas, ¿qué es lo que logramos con eso? que resulta que era increíble como yo veía a esa gente que... cuando en los buses, eran estudiantes, eran... se comportaban lo mismo que estudiantes, el espíritu, qué sé yo: “ay, cantemos”, qué sé yo, “Que se le corten los frenos...”, o sea, recordando esa misma cosa que cuando uno era joven y viajaba en giras, en cuestiones, ellos volvieron a ser niños, volvieron a

ser jóvenes. Y gente que tenía hasta más de 80 y tantos años, entonces...Y eso es otra cosa, que también de repente, a estas alturas, empieza a pesar” (Máximo, 60 y más años, Punta Arenas).

El trabajo en redes comunitarias se funda en la producción colectiva de significados que organizan los procesos de trabajo colectivo, donde se abre una dimensión política de lo social. Así, es posible la producción colectiva de significados, a través de los dispositivos y códigos compartidos, heredados y reactualizados por la propia trama comunitaria que se reproduce. Las actividades diarias sumadas al hecho de sociabilizar y compartir con otras personas brindan posibilidades a las personas mayores para agruparse en organizaciones. En la comunidad regional se reconocen determinados derechos, y se cumplen ciertos deberes y responsabilidades en la conducción de la vida común. Se reconoce que uno de los factores importantes en el mejoramiento de la calidad de vida de las personas mayores, es la vinculación con la sociedad para generar un cambio cultural en la integración de este grupo:

“No me imaginaba ni nada, porque resulta que yo era puro campo, nunca estaba metido en organizaciones ni nada, si esto me vine a instruir aquí, Aysén, Coyhaique, recién me empecé a meter en gremios y cuestiones. Y ya supe la... o sea, estoy sabiendo más o menos, cómo es el sistema de vivir, cómo es el rodaje en Chile, porque ahora uno después de viejo empieza a pensar, cuando ya se le viene la vejez, empieza a pensar: “Bueno, ¿cómo irá a ser mañana?” (Bruno, 60 y más años, Coyhaique).

Las organizaciones y las redes de apoyo gubernamentales son más y de mayor envergadura en las capitales regionales y provinciales, a medida que las personas se ubican en pueblos o ciudades en la periferia de centros regionales las redes de ayuda del gobierno va decreciendo y reduciéndose en la calidad de la atención. El territorio y las difíciles condiciones de acceso a muchos lugares dificultan también las posibilidades de visibilizar organizaciones a nivel regional. La representación se expresa como respuesta a los problemas identificados, esto se traduce en una política para corregir la situación problemática. Las políticas públicas no son neutras, conllevan la definición de determinadas temáticas importantes, y las personas mayores todavía son vistas -en algunos casos- como objeto más que como titulares de derecho de la política pública, es decir, se está más centrado en atender la condición de vulnerabilidad de ellas:

“Porque a veces en Magallanes, especialmente en Porvenir, pasa eso, que la gente se queda. No sé, si tú estás en tu casa cómodo, y a las 7 de la tarde hay un evento, y tú miras para afuera, y hay un viento de 120 kilómetros por hora, lo más probable es que no te dé ganas de salir, pero ese viejito iba. Iba y aprovechaba, todo lo que podía aprovechar, lo hacía. Yo creo que, sí Porvenir les diera más oportunidades de viajar a esos grupos de la tercera edad que hay, de repente, él estaría ahí, pero no están, no existen” (Diego, 18 a 29 años, Porvenir).

Se advierte el reconocimiento de este grupo etario, del ciclo de vida de las personas mayores como sujetos políticos. Se evidencia un espacio para ellas en la esfera pública y política, donde se reconocen como actores políticos en actos de demanda y visibilidad, como interlocutores y actores válidos en este ámbito:

“También, en la misma forma, zonas extremas, son Arica, las tres primeras regiones de la parte norte de Chile, a ellos también los tienen relegados en segundo plano. También tienen relegada a la gente que vive en Isla de Pascua, también es una zona extrema. Entonces, mi afán era juntar todos, organizaciones grandes, de base, sean regionales o sean comunales, que representen a ellos, y que trabajemos y hagamos una presentación al gobierno, que sepan que nosotros estamos viejos, pero jubilados del trabajo, pero de la vida jamás. Nosotros somos seres pensantes y queremos hacer cosas por los adultos mayores, sobre todo nosotros los adultos mayores que somos líderes y que nos hemos destacado más, los que tenemos más posibilidades, que tenemos un poquito más de educación, porque yo soy una abuela que tengo tercero de comercio, cursado, pero no rendido, porque no pude rendirlo y me quedé con unos ramos a la cola, pero que a través de los años me he ido educando, porque me gusta leer muchísimo. Me ha gustado siempre participar, soy dirigente social y... y yo creo, desde niña, porque estuve haciendo mi currículum, yo vengo desde la escuela básica siendo líder” (Antonella, 60 y más años, Chile Chico).

Por otro lado, se da cuenta de cómo el centralismo político afecta a las personas mayores de las regiones patagónicas, y a las regiones extremas del país, tanto del norte como del sur. Existe una valoración particular por la dinámica de vivir en un territorio con características de pueblo, donde las relaciones cara a cara, o la identidad familiar es fundamental, el estar alejado del centro del país es un elemento fundamental a la hora de formar la identidad y se visualiza como algo valioso, especialmente cuando se vive una experiencia particular, pues en términos geográficos se trata del último territorio nacional:

“Pero yo tuve la suerte de tener familia en otras partes del país entonces viajaba y conocía y eso te hace también ver distinto tu región, a valorizar muchas otras cosas que afuera no están, la vida de familia, hasta el día de hoy todavía tenemos una especie de sociedad bastante calmada, entre comillas, que no se vive en una agresión constante durante el día, puedes ir almorzar a tu casa, puedes estar en tu casa en 15 minutos, es otro tema y sistema de vida, yo creo que eso yo siempre lo valoricé y yo creo que la gran mayoría de los magallánicos añoran eso, el de compartir social, con amigos, la familia, el juntarse, eso” (María, 30 a 59 años, Punta Arenas).

Responden a la vida comunitaria, al establecimiento de relaciones entre las familias de cada ciudad o pueblo. Las redes locales son esenciales para organizar, agrupar y establecer esfuerzos comunes entre las/os adultos/as para diferentes actividades y propósitos. Las redes de apoyo están compuestas por las familias, juntas de vecinos, clubes de Adulto Mayor, y son utilizadas para establecer nexos entre las/os individuos y la sociedad en general:

“Tenemos varias cosas, sobre todo el Club del Adulto Mayor Los Laureles, tenemos de todo, que nos ha dado... pa tener sillas, muebles, cocina, todo en una sede que tenemos, hemos estado trabajando bien. La autoridad es muy buena acá en Cochrane, sobre todo el alcalde, la gobernadora, es gente que nació acá, entonces lo conoce a uno como presidente. Ahí llegamos nosotros a pedirle la leña, porque acá hay una escasez tremenda de leña para el adulto mayor, se la entrega trozadita el alcalde, es muy buena persona, a todos los viejitos, así que lo que más vemos... el asunto de la estufa... parece que ahora nos van a entregar estufas para los adultos mayores. Eso sería la parte que le podría explicar” (Roberto, 60 y más años, Cochrane).

En cuanto a las redes y su relación con la familia, se han formado por movimientos migratorios relacionados con el trabajo, principalmente vinculados a alguna actividad económica desarrollada en la región, como el trabajo en bases militares, en las estancias, de profesores (asignados zonalmente) y trabajadores de empresas del Estado. Estas actividades han creado poblados que posibilitan las redes sociales y la formación de una familia que las personas entrevistadas mencionan como una etapa feliz, donde todos se conocían y compartían de manera comunitaria. Dichas redes sociales de amistades se mantienen a través de diversos medios que finalmente potencian la existencia de organizaciones comunitarias vinculadas a la realidad regional, pero con una fuerte ligazón y dependencia con las instituciones gubernamentales, posibilitada por la existencia de fondos concursables, de programas sociales de atención especializada para adultas/os mayores en la región, que toman en cuenta los datos demográficos relacionados con la alta concentración de personas mayores, especialmente mujeres:

“Respecto a los adultos mayores, las organizaciones aquí del sur, estamos bien organizados, la gente tiene interés en llegar a los talleres, la gente, el adulto mayor le interesa esto... yo le digo, más que nada, ir a conversar, porque hay mucho adulto mayor que llega a su casa y está solo, y está lleno de... la casa llena de gente, porque no lo toman en cuenta, no le conversan los hijos ni los nietos, bueno, porque: “este viejo esta leso”, “este viejo dice leseras”. Entonces, el hecho de ir a los clubes, eso le hace bien a ellos, porque ellos conversan, comparten, salen, los proyectos SENAMA, hemos podido salir, viajar, conocer nuestra región, antes nosotros nos dedicamos a criar hijos, a trabajar para llevar el pan, y resulta que ahora recién, hemos tenido la posibilidad de salir a pasear” (Antonella, 60 y más años, Chile Chico).

La institucionalización de estas redes locales existe, desde las de las Municipales hasta las de los Ministerios, además de redes de salud, de capacitaciones, de recreación, etc. Un elemento clave en este ámbito es el acceso a estas redes, ya que estas varían de acuerdo a la proximidad o lejanía con los centros y capitales regionales; por ejemplo, resulta complejo establecer redes de apoyo y de cooperación tanto públicas como institucionales en zonas alejadas, en cambio, es más fácil hacerlo dentro de las ciudades principales como Punta Arenas o Coyhaique, debido a las condiciones de acceso a los territorios, de

profesionales en terreno, y de coordinación entre las/os habitantes que están separados en el territorio. El territorio tiene singularidades en el espacio público y privado, relacionado con la intervención pública hacia las personas mayores, la conectividad, el aislamiento, las migraciones.

7.3. A modo de cierre: Las singularidades del contexto territorial del extremo sur en la configuración de la vejez.

A modo de síntesis, en este capítulo se intentó identificar los elementos estructurales e identitarios del contexto que singularizan los discursos en torno al envejecimiento y la vejez. Comprendiendo que la construcción de la vejez es un producto de la tensión entre categorías conceptuales y el contexto sociocultural desde el cual se definen. Por ello, las características de la Patagonia austral la hacen un territorio complejo en el cual se superponen imaginarios, prácticas y discursos contradictorios que dejan en evidencia una serie de cuestiones silenciadas y otras sobrevaloradas. Así, el imaginario social, como constructo colectivo simbólico, refleja y moldea las realidades sociales, incluyendo las variadas interpretaciones y respuestas ante el envejecimiento, dependiendo de los sistemas de relevancia y opacidad que operan dentro de los marcos de interacción social (Pintos, 2014). Esta situación implica que muchas veces se desestiman sus dinámicas sociales particulares, silenciando su nutrido acontecer patagónico. Estos imaginarios permiten no solo la percepción mediante controles e instrumentos específicos, sino también la generación de discursos y la intervención en la realidad social conforme a lo que se considera "envejecimiento" en un contexto dado. Ahora bien, el análisis realizado en esta investigación evidencia una serie de cuestiones importantes en relación con el territorio que se habita.

Para ello en primer lugar, fue necesario abordar algunos eventos históricos familiares y regionales, comprender el rol de la vejez con relación a la sociedad patagónica y analizar las redes locales frente a las instituciones y al contexto territorial. Entender las historias familiares sirve para comprender la historia y aspectos de la identidad de estas regiones. La memoria colectiva está compuesta por entramados familiares provenientes de diferentes orígenes y procesos migratorios. Las historias familiares incluyen elementos comunes, como la migración y el esfuerzo que significa vivir en un territorio adverso.

Esto traspasa generaciones y se establecen también procesos de valoración del origen de las familias, conformadas por migrantes del sur de Chile y países europeos.

En segundo lugar, las narrativas destacan la importancia del territorio, no solo en términos geográficos sino también culturales, en la construcción social de la vejez. Al abordar la relación entre la realidad y los elementos estructurales identitarios del territorio, emerge como aspecto preponderante el carácter geográfico y climático. Este elemento no solo se manifiesta en términos físicos, sino también a través de dimensiones simbólicas y culturales. La geografía, fragmentada y caracterizada por su biodiversidad, constituye la base sobre la cual se edifica la territorialidad. De este modo, se comprende que el territorio no solo es una entidad geográfica, sino también un conjunto de espacialidades. Estas espacialidades son interpretadas como manifestaciones de la producción social del espacio, las cuales ejercen una influencia significativa (Piazzini y Montoya, 2008).

Esta territorialidad se configura a partir de la manera en que las personas se relacionan con su entorno, marcada por la lejanía, el aislamiento y la distancia respecto a otros territorios, así como dentro de la misma región. Estas características geográficas y culturales, a su vez, influyen en la percepción de soledad y en la configuración de las experiencias de envejecimiento, dando lugar a una dinámica compleja y multifacética que impacta directamente en los imaginarios de la vejez. En este contexto, los discursos y prácticas se orientan hacia la apropiación del territorio, para la reproducción de las condiciones de vida (Piazzini y Montoya, 2008). Tal como lo plantea Ingold (2015), el territorio es algo vivo, el territorio se concibe como un “lugar” que no solo otorga significado a las personas, sino que también es dotado de significado por ellas, estableciendo una relación de interdependencia y correlación mutua. Esta interacción da lugar a una percepción del territorio y el envejecimiento como procesos dinámicos, que se encuentran en una continua evolución.

En tercer lugar, en el marco de esta investigación, los discursos de las personas participantes revelan la presencia de una memoria reciente relacionada con la migración. La historia de migración, las historias familiares y su relación con la historia regional son cruciales para comprender la configuración de la identidad de este territorio. Esta memoria abarca tanto la llegada de personas procedentes de otras regiones de Chile como de la migración extranjera. Así, la memoria colectiva se forma a partir de la diversidad

de orígenes y de procesos migratorios. Bajo esta perspectiva, el territorio se entiende como ese espacio que se ha ido construyendo y reconfigurando a lo largo del tiempo. En este sentido, Nates (2011) señala que cualquier espacio habitado por personas representa una mixtura del tiempo de la naturaleza y del tiempo humano, entrelazados con las variadas formas de organización social y las concepciones del tiempo.

En cuarto lugar, las relaciones intergeneracionales y la construcción de redes de apoyo son elementos clave en la experiencia de envejecer en la Patagonia Austral. Estas redes son vitales tanto a nivel estatal como comunitario. Tomado en cuenta este marco, es que se intenta problematizar la vejez y el envejecimiento como un campo desde una noción heterogénea y destacar las relaciones intergeneracionales que le caracterizan, más allá de la familia nuclear. Se han observado nuevos entendimientos en torno al envejecimiento, una re-significación en su análisis, abordándolo desde la complejidad que representa la vida cotidiana de convivir intergeneracionalmente. En el campo de las relaciones intergeneracionales aparece la solidaridad intergeneracional como ideología proyecta valores, imágenes y formas de vida, que puede entenderse como una expresión de confianza incondicional entre las/os miembros de una misma generación o de generaciones distintas. Implica, por tanto, una conciencia de pertenencia común que crea deberes de reciprocidad, no solo en caso de necesidad, sino para un mejor bienestar continuo (Pitrou, 1992). Así, la solidaridad intergeneracional se construye sobre la base de una mezcla de sentimientos y de obligaciones, de derechos y de deberes, de coacciones formales e informales, que se concretizan en el intercambio recíproco de contenidos materiales y simbólicos.

Las relaciones y redes de ayuda que las personas mayores establecen hoy con otras generaciones son consideradas más importantes que en épocas pasadas, en la medida en que la mayor esperanza de vida significa más años conviviendo y compartiendo con otras generaciones; del mismo modo, con el descenso de la fecundidad, las familias son más pequeñas y con menos generaciones colaterales. Sumado a un sistema de protección social que ha estado signado por su privatización desde hace cuatro décadas, el actual panorama presenta algunos retos, por ejemplo, el cómo las relaciones de solidaridad entre generaciones se consideran como algo vital para dar respuesta a las exigencias de uno de los mayores cambios experimentados en nuestra sociedad.

Asimismo, las políticas públicas y la participación ciudadana son fundamentales para mejorar la calidad de vida de las personas mayores. Se observa una participación y adhesión a movimientos sociales entre personas mayores, especialmente en relación con las demandas por cambios en el sistema de pensiones. También, se observa una alta participación de éstas en organizaciones sociales y clubes, lo cual es significativo para su integración social y bienestar. Esta participación se relaciona estrechamente con la estructura y las características del territorio. La valoración de la vida comunitaria y la identidad regional también son aspectos destacados. La historia y las tradiciones regionales, junto con las experiencias particulares de vida en la Patagonia Austral, contribuyen significativamente a la forma en que se vive y se entiende la vejez.

El trabajo también ha destacado la importancia del género en la explicación de la participación de las personas mayores. En la Patagonia, las mujeres mayores están desafiando los roles tradicionales de género a través de su participación y liderazgo en organizaciones sociales, lo que implica una reestructuración de la estructura social de género. Aunque la participación no implica necesariamente una reivindicación de la igualdad de género en términos de organización política, la valoración de la participación, junto con la lucha permanente por mejores condiciones de calidad de vida para las personas mayores, comienza a ser considerada como una acción fundamental. Este cambio de percepción sobre el valor de la participación social y la experiencia de las mujeres en un contexto adverso se vincula con una estrategia más amplia que busca mejorar la calidad de vida de las personas mayores. Además, la participación de las mujeres en estas organizaciones señala un desafío a la naturalización de la construcción simbólica entre el territorio y las mujeres mayores, apuntando hacia la necesidad de redefinir el significado del territorio más allá de los discursos oficiales y las metáforas sobre la geografía que han contribuido a su invisibilización.

Desde esta perspectiva, se reconocen los desafíos únicos que enfrentan las personas mayores en este territorio aislado y geográficamente desafiante, como el acceso limitado a servicios y la necesidad de adaptarse a condiciones climáticas extremas. La geografía y el paisaje, aparecen como espacios tangibles impregnado de símbolos y valoraciones, que actúan a menudo como un elemento central en la conformación de la identidad socio-territorial (Giménez, 2005). Esto refleja una estructura social dinámica y compleja del

envejecimiento en la Patagonia Austral y la importancia de un enfoque territorial en el estudio del fenómeno.

En quinto y último lugar, la centralidad del Estado chileno, en su papel de articulador y promotor del desarrollo territorial, adquiere una dimensión particularmente crítica cuando se examina en relación con el extremo sur del país. Esto se traduce en la implementación de políticas públicas centralizadas, pasando por alto la particularidad de las relaciones sociales que acontecen en este lugar de Chile. Desde esta perspectiva el gobierno central de Chile considera los espacios territoriales del extremo sur como periféricos y, a su vez, críticos debido a su escasa densidad poblacional. Esto requiere de un marco de gobernanza multinivel que facilite la coordinación entre los distintos niveles de gobierno y los actores locales, asegurando así la articulación de políticas hacia las personas mayores que respondan de manera efectiva a las necesidades específicas del extremo sur, promoviendo su desarrollo sostenible y la reducción de las desigualdades estructurales.

Finalmente, la dinámica territorial ha estado intrínsecamente determinada por características homogéneas, las cuales son atribuibles a acciones que emergen desde un imaginario geográfico. Esta perspectiva permite abordar, desde un análisis diacrónico, cómo la organización territorial en la Patagonia, ha evolucionado a lo largo del siglo XXI. Esta organización no solo ha fomentado la emergencia de identidades colectivas, sino que también ha permitido la coexistencia de discursos diversos que reflejan y forman parte de la realidad patagónica. La interacción entre estos elementos subraya la complejidad de la construcción de la memoria y la identidad territorial, demostrando cómo las dinámicas de poder y resistencia se entrelazan en la configuración del espacio y la cultura regional.



Úrsula Calderón – Como un Hanush mató a un Niño
Relatos y Cantos Yaganes

CAPÍTULO VIII: DESAFÍOS Y RESISTENCIAS FRENTE A LA ORGANIZACIÓN DE LAS DESIGUALDADES DE GÉNERO EN EL ENVEJECIMIENTO.

La literatura sobre envejecimiento presenta una inclinación sesgada de género, centrándose predominantemente en las experiencias generales, masculinas y biomédicas. Por contraposición, el enfoque feminista ha introducido un lente crítico que subraya las vivencias particulares de las mujeres en su proceso de envejecer, enfatizando la interacción del género, la edad y otros factores sociales en sus vidas. El análisis del envejecimiento desde una perspectiva feminista, integra las vivencias de las desigualdades sociales, políticas y económicas acumuladas a lo largo de la vida en función de la edad, el género y otras categorías, facilita una comprensión más profunda y matizada de cómo se ha conceptualizado y se está abordando actualmente el proceso de envejecimiento en las mujeres. Esta perspectiva permite desentrañar las múltiples capas de experiencias y desafíos que enfrentan las mujeres en la vejez, resaltando cómo estas desigualdades preexistentes se entrelazan y afectan su experiencia de envejecer.

Así, en este capítulo presento el análisis sobre la organización de las desigualdades de género con el fin de dar respuesta a dos de los objetivos de la investigación: **comprender las experiencias y discursos sobre el envejecimiento estudiando los dispositivos que contribuyen a la reproducción de las desigualdades de género en el curso de la vida e identificar y describir las prácticas y discursos de discriminación y exclusión hacia las personas mayores en la Patagonia para comprender las estrategias de agencia y resistencia en la vejez.**

En este capítulo, lo que presento es una organización de las desigualdades de género y las experiencias y reproducción de esas desigualdades de género en el curso de la vida en la Patagonia austral. Para ello, realizó una descripción e interpretación detallada de los principales dispositivos que sostienen la perpetuación de desigualdades de género a lo largo del curso de la vida. Para llevar a cabo el análisis de contenido, he utilizado el programa Atlas.ti. El proceso lo he dividido en dos fases, el nivel textual y el nivel conceptual. El nivel textual implicó la fragmentación del material en citas y la codificación mediante la asignación de uno o más códigos a cada cita. La estrategia seguida supuso una lectura y análisis de los datos textuales para empezar a crear una lista

de códigos a medida que se avanza en el análisis. El nivel conceptual consistió en relacionar, organizar y sistematizar citas y códigos en redes, que son representaciones gráficas que reflejan los aspectos conceptuales. Este análisis es profundizado con un análisis por categorías.

En este sentido, he identificado cuatro nudos críticos a partir de cuatro categorías conceptualizadoras de los discursos que intenta acceder directamente al significado en las construcciones del envejecimiento desde una perspectiva feminista a partir del discurso de las tres generaciones. Que expongo con redes semánticas para representar los dispositivos clave en la reproducción de desigualdades. Estos dispositivos no son estáticos y van variando de acuerdo a las generaciones, a los cambios en el contexto cultural y a aspectos socioeconómicos. Finalmente, concluyo el capítulo, con una recapitulación a modo de síntesis de los imaginarios más relevantes para dar respuestas a las preguntas de investigación: **¿Cómo se manifiestan las desigualdades de género en la construcción del envejecimiento? ¿Cómo se construye el envejecimiento a través de las relaciones de género?; ¿Qué condicionantes de exclusión social y estrategias de agencia se expresan entre las mujeres?** desde la narrativa de las tres generaciones.

El primer dispositivo se centra en aspectos relacionados con los cuidados, la carga de los cuidados y las relaciones intergeneracionales. Aquí, examino cómo el cuidado y las responsabilidades asociadas generan desigualdades de género. Existe un hilo narrativo acerca del rol de las mujeres, muchas de las cuales han asumido la mayor parte del trabajo de cuidado no remunerado a lo largo de sus vidas y cómo en edades más avanzadas, una vez retiradas o enviudadas, comienzan a enfocar sus actividades hacia lo público o comunitario. En estos casos, las mujeres se alejan del rol tradicional familiar y comienzan a realizar actividades fuera del hogar en grupos de personas mayores o en organizaciones comunitarias. El segundo dispositivo se enfoca en el ámbito de las relaciones familiares, explorando la formación de vínculos de pareja y la percepción de la familia como un espacio de desigualdad. El tercer dispositivo implica el análisis del continuo de violencias de género a lo largo de la vida. Este aspecto cubre un historial de violencia, donde se describen características transversales. Finalmente, el cuarto dispositivo, observamos prácticas y experiencias asociadas a roles de generizados y estereotipados, los cuales son examinados con mayor profundidad.

El envejecimiento es un proceso social y, por ende, político, que incluye prácticas discursivas, discursos diferenciadores y la reivindicación del envejecimiento desde una perspectiva feminista. Esta perspectiva señala que el envejecimiento no es una experiencia universal, sino que es influenciada por las estructuras de poder y los roles de género. En la vejez de las mujeres se condensan las desigualdades de género, de clase, de etnia y raza, de orientación sexo/genérica, que son el resultado de las trayectorias de vida. También en el momento en que se encuentran en la actualidad, donde igualmente se condensan nuevas desigualdades. Aunque una parte de las mujeres mayores actuales ha transitado por experiencias de vida y trayectorias diferentes a las mujeres mayores de épocas anteriores, sin embargo, la mayoría de las mujeres “viejas” siguen estando invisibilizadas.

8.1. Cuidados normados: La dinámica de los cuidados en la familia en el marco de las relaciones intergeneracionales

Uno de los ámbitos en que se refleja mayor desigualdad es en el trabajo de cuidado no remunerado al interior de los hogares, es decir, el conjunto de actividades orientadas a proporcionar bienestar físico, psíquico y emocional a las personas, incluyendo apoyo económico, suministro de vivienda, cuidados a personas adultas y niños, así como ayuda práctica y emocional (XXX). Estas actividades pueden ser realizadas de forma continuada o esporádica según el ciclo vital de las personas o coyunturas críticas (Comas d'Argemir, 2017). Son aquellas actividades que se realizan en el ámbito familiar, y que sirven para mantener la reproducción material y afectiva de sus miembros y que son llevadas a cabo principalmente por mujeres.

En las múltiples definiciones del cuidado existe un cierto consenso sobre su importancia en la vida social y la necesidad de estudiar cómo se articula en distintas sociedades. Batthyány (2020) argumenta que el trabajo de cuidado tiene tres componentes: material (reproducción social y de la fuerza de trabajo), económico (cadenas de valor económico) y psicológico (implica un vínculo afectivo), reconociendo así que se trata de un concepto polisémico. Por otro lado, se reconoce el cuidado como un derecho de toda la ciudadanía, enfatizando la necesidad de considerarlo un derecho universal. Esto implica el derecho a recibir los cuidados necesarios en distintas circunstancias y momentos del ciclo vital, evitando que la satisfacción de esta necesidad se determine por la lógica del mercado, la disponibilidad de ingresos, la presencia de redes afectivas y que no recaiga como una

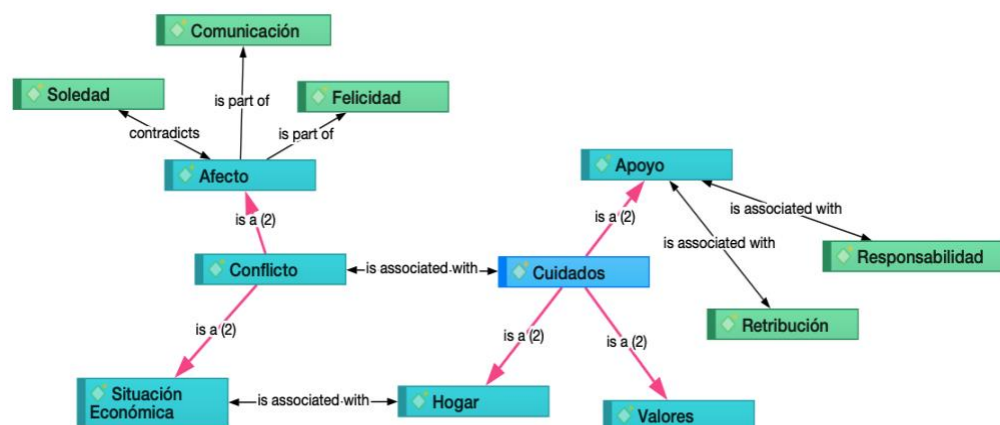
obligación exclusiva de las mujeres. Asimismo, se comprende el cuidado como un componente del bienestar social, considerando la prestación de cuidados que realizan las diversas instituciones sociales. Es decir, al colocarlo como uno de los derechos humanos, se reconoce su naturaleza de reciprocidad, y con esto, el ejercicio del cuidado desde una perspectiva de género (Pautassi, 2013).

Como se ha observado, el estudio del trabajo de cuidados ha cobrado gran relevancia como campo de estudio, debido a los cambios laborales, demográficos y sociales y en las estructuras familiares, el aumento de la participación laboral femenina en el trabajo remunerado, el diseño de algunas políticas públicas y los procesos de individuación que privilegian proyectos personales. Esta categoría recoge aportes que han explicado la subordinación de la mujer en el trabajo -tanto remunerado como no remunerado-, así como la división sexual del trabajo, los sesgos de género en la teoría económica y la ética del cuidado. Federici plantea que “en ausencia de salario, siempre ha aparecido [el trabajo doméstico y de cuidado] como si se tratase de un acto de amor” (2011, p. 32), con esto, abre una puerta a una crítica feminista a la concepción generalizada sobre los cuidados. Asimismo, esta tradicional división sexual del trabajo ha atribuido a las mujeres dichas tareas, quienes, al no existir una adecuada provisión estatal de servicios de cuidado, ni suficientes arreglos familiares, han optado por recurrir a la externalización del trabajo, el cual sigue siendo asumido por mujeres.

Ahora bien, a lo largo del tiempo, los cuidados han sido conceptualizados más como responsabilidades negociadas que como obligaciones ineludibles. Sin embargo, continúan prevaleciendo patrones de género distintivos en los tipos de trabajo de cuidado desempeñados. Desde una perspectiva feminista, los mandatos de género en las tareas de reciprocidad reflejan una respuesta a una deuda histórica. Esta respuesta está enraizada en el concepto del deber ser, marcado por un sentido de agradecimiento y coherencia con las experiencias vividas, incluyendo el apoyo, la preocupación y el amor. Sin embargo, esto no conlleva un incremento en las expectativas respecto al retorno del cuidado brindado a otros(as). En otras palabras, se asume implícitamente, en el rol de mujer como “madre y abuela”, la norma de proveer cuidado sin esperar nada a cambio. A pesar de esto, existe subyacentemente una previsión inconsciente de la necesidad intrínseca de recibir cuidados, valoración y apoyo por la labor desempeñada (Comas d’Argemir, 2017).

La red semántica concentra gran parte de sus conexiones y significados en la categoría “**cuidados**”. La red semántica completa puede visualizarse en la figura 23.

Figura 23 Red semántica cuidados y relaciones intergeneracionales



Fuente: Elaboración propia.

8.1.1. ¿Quién asume el cuidado?

Ciertamente, la familia tiene la capacidad de ser intersección generacional, además constituye la fuente de ayuda más importante, producto de la debilidad de la institucionalidad estatal y la ausencia de política pública, el importante peso de la informalidad en el mercado de trabajo, y la relevancia de la esfera familiar, como proveedora de bienestar y cuidados (Martínez Franzoni, 2007). No solo en los casos de deterioro de las condiciones físicas o psíquicas de la persona, sino también en cuanto al apoyo emocional, social y económico. No se puede obviar, sin embargo, que se han producido cambios muy importantes en el ámbito de las relaciones familiares, los cuales han provocado una modificación de las condiciones en las que la familia presta ayuda a sus miembros, suscitando enormes interrogantes sobre el futuro del cuidado. Paralelamente a estas transformaciones en las condiciones que afectan su organización y desarrollo, también se observa un cambio en los elementos ideológicos que las definen.

Por otro lado, la concepción de los cuidados varía de una sociedad a otra y de una época a otra, ya que refleja una determinada visión social de la familia, de las relaciones intrafamiliares, de las relaciones de género y de los cambios que estas han experimentado a lo largo del tiempo. La idea que una sociedad tiene sobre la familia configura

determinadas actitudes y formas de percibir las relaciones de cuidado entre generaciones, definiendo tanto las motivaciones para asistir a alguien como las expectativas de ser asistido en el futuro (Gomila, 2005). Dentro de la familia, las distintas generaciones interactúan, se relacionan y establecen vínculos sociales que implican un intercambio de servicios, afecto y bienes. Por ende, estas relaciones están marcadas por nociones de responsabilidad y obligación, sentimientos de amor y afecto, y también por el conflicto. En este sentido Comas d'Argemir (2017) plantea que “la reciprocidad familiar entre generaciones ha modificado sus bases y sus concreciones pues el cuidado hacia las personas mayores ha dejado de pivotar exclusivamente en las mujeres [...] es un cambio de lógica en la reciprocidad que deja de circular, para ser lineal” (p. 24).

En el contexto de las generaciones analizadas, se observa una tendencia en la que las madres, debido a su participación en el ámbito laboral remunerado, delegan parcial o totalmente las responsabilidades del cuidado de las y los hijos a otras figuras familiares, siendo las abuelas quienes comúnmente asumen este rol. La implicación de las abuelas resalta la persistencia de ciertas expectativas de género en la distribución de roles familiares:

“Yo tenía a mi abuelita porque mi mamá siempre ha trabajado, pero tenía a mi abuelita y mi abuelita era la que me llevaba a hacer todas estas cosas que yo te digo” (Isabela, 30 a 59 años, Punta Arenas).

“Yo me crecí con mi abuelita, de guagüita. Yo cuando era niña le decía a mi abuelita: mamá y tengo dos mamás, mamá joven y mamá vieja, entonces me crecí toda mi vida con mi abuelita” (Agustina, 60 y más años, Punta Arenas).

En las entrevistas se puede observar que abordan vidas marcadas por eventos significativos, se observa una adaptación y reestructuración de roles, particularmente en lo que respecta al de cuidadora principal. Este rol de cuidadora —ya sea de hermanos, hijos o de otros familiares— recurrentemente recae sobre las mujeres. Este fenómeno no solo representa una asignación de responsabilidad tradicionalmente asociada al género femenino, sino que también se destaca como un factor adicional cuando es asumido a una edad temprana:

“De ahí, por cosas de la vida, los padres se separaron y quedamos... sola tuve que criar a mis otros 2 hermanos, y asumí el rol de madre en casa, y viviendo con el padre. Y ahí pasábamos internados, por ahí, con tías, con abuelas, por allá y por acá. Y así fue la crianza, hasta cuando tomé una decisión y me vine a Aysén a los 19 años, a los 18 años. Me vine para trabajar y conocer este pueblo, porque este pueblo yo no lo conocía, conocía otros lugares, otros lugares de la región, pero aquí no, fue por curiosidad y me

ofrecieron trabajo y me vine a la loca. Así que me quedé trabajando y acá me casé y todo, y formé mi familia” (Isidora, 30 a 59 años, Puerto Aysén).

La figura de la mujer mayor que asume la responsabilidad integral de un hogar, desempeñando simultáneamente el rol de cuidadora de sus hermanos, ejemplifica una dinámica familiar donde la feminización de los cuidados se manifiesta de manera significativa. Esta dinámica se evidencia tanto en un sentido ascendente como descendente dentro de la jerarquía familiar: en ausencia del padre, es la madre quien habitualmente asume estas responsabilidades; en su defecto, recae en la abuela, y en la eventual ausencia de esta, como en el caso presente, la responsabilidad se traslada a la hermana mayor. Esta sucesión de roles de cuidado, siempre ocupados por figuras femeninas, ilustra un patrón recurrente: el de la "feminización de los cuidados", que resalta la desigualdad de género inherente en la distribución de roles y responsabilidades familiares, y sus implicaciones en la dinámica social y económica más amplia:

“Se puede decir, mis hermanos son mis hijos. Mi padre es mi padre, ¿Qué le puedo decir? Él se enferma y yo tengo que andar preocupada de él, me asusto. Entonces, si les pasa algo a mis hermanos, ahora algo le pasó a mi hermano, por eso está acá, a mí me preocupa el no poder ayudarlo. A veces, no está a mi alcance de poderlos ayudar, no los puedo ayudar, pero a veces, cuando puedo, sí lo hago. Pero cuesta, cuesta muchísimo, para mi ellos son muy importantes” (Isidora, 30 a 59 años, Puerto Aysén).

La mayor presencia de mujeres en el grupo de 60 y más años también se refleja en los cuidados que recibe una persona durante su vejez. Según Arber y Ginn (1996, p. 24), “las aportaciones de las personas mayores mediante su trabajo gratuito resultan hoy tan imperceptibles como lo era hace 20 años el trabajo gratuito de las mujeres en el ámbito doméstico y en el cuidado de otras personas.” El concepto de cuidado está en la base de la reproducción social, entendida como el complejo proceso de tareas, trabajos y energías cuyo objetivo es la reproducción de la población y de las relaciones sociales, y en particular, la reproducción de la fuerza de trabajo (Carrasco, 2017). “Debido a su papel en la reproducción de la vida se asume implícitamente que las mujeres poseen determinadas habilidades para cuidar y por ello estas actividades están fuertemente naturalizadas (Comas d’Argemir, 1995, p. 135), lo cual ha invisibilizado su aporte al mercado:

“Todos los permisos eso lo tenía que ver la abuela, los abuelos tenían que ver con eso y ellos se abocaron más a mis hermanos, porque como te decía, eran tres y eran todos seguidos, entonces la tarea era bastante fuerte, mi papá trabajaba a veces acá, a veces con los camiones trabajaba afuera, trabajaba en empresas no estaba acá, entonces mi mamá tenía que preocuparse más de ellos” (Valentina, 30 a 59 años, Punta Arenas).

A pesar de los significativos cambios sociales ocurridos en Chile en las últimas décadas, como el incremento de la participación femenina en el mercado laboral remunerado y en la educación, el cuidado sigue siendo percibido predominantemente como una responsabilidad familiar, y en particular, de las mujeres. El origen simbólico que fundamenta la división sexual del trabajo permanece profundamente arraigado en la sociedad latinoamericana. Esta situación se combina con los mencionados cambios sociales, lo que ha generado dificultades para una gran parte de la población en términos de proveer cuidado, recibir cuidado y cuidarse a sí mismos, desencadenando lo que se ha denominado la crisis global del cuidado (Pérez-Orozco, 2017):

“Yo los cuidé. Yo postergué toda mi vida, cuando mi padre cayó enfermo, yo me preocupaba de cuidarlo. Después quedo sola mi mami, murió mi papi y quedo sola mi mami, yo me encargué de cuidarla, postergué todo (...) Nunca me vi en ese plan, nunca. Entonces, para uno, a estas alturas del partió no es una angustia estar sola, porque yo viví lo que tenía que vivir. A lo mejor, hay cosas que yo no puedo decírtelas, pero yo viví todo lo que tenía que vivir, así que yo estoy tranquila, tranquila” (Amelia, 60 y más años, Puerto Aysén).

En la crisis de cuidados los factores relevantes abordan transformaciones sociodemográficas y sociolaborares, además de las políticas neoliberales que afectan las condiciones materiales de existencia de las personas, por un lado, el menor número de personas que están disponibles para realizar tareas de cuidados y la mayor cantidad de personas que requieren de ellos. Por otro lado, las dificultades estructurales de los hogares, familias y personas de asegurar su reproducción y lograr niveles de bienestar que permitan un cuidado de calidad (Arriagada, 2020). Dicho lo anterior, uno de los problemas fundamentales asociados a la mencionada crisis global del cuidado se relaciona con la subordinación de las necesidades de las personas a los mercados, dejando finalmente a las mujeres en una posición de desventaja. Esta situación garantiza la perpetuación del patriarcado en el ámbito de la reproducción social. De manera fundamental, la responsabilidad del cuidado recae sobre las mujeres, exacerbada además por la falta de una corresponsabilidad estatal y pública en el ámbito del cuidado:

“Sí, a cuatro nietos, esos me los dejaron mi hijo es viudo, quedó viudo, él se separó eso sí de la señora porque ella tomaba y se peleaban y qué sé yo, era un desastre esa casa, así que a mí me llamaron al juzgado para decirme que a los niños los iban a llevar a un asilo, a los 4 porque andaban en la calle y la mamá no estaba nunca y qué sé yo, así que me los tuve que traer a los cuatro” (Josefa, 60 y más años, Punta Arenas).

El modelo económico chileno y la centralidad del rol de las familias han servido para legitimar el escaso desarrollo de los sistemas de protección social públicos en materia de implementación de políticas dirigidas hacia las personas mayores. El modelo tradicional que se ha implantado en Chile con relación al cuidado está construido sobre la base de la familia y, principalmente, de las mujeres, quienes se hacen cargo de esas responsabilidades, fundamentalmente, de los cuidados de larga duración. De acuerdo a la Encuesta de Discapacidad y Dependencia (MIDESO, 2022), el 69,9% del cuidado lo realiza una mujer dentro del hogar y el 37,9% lo realiza una mujer mayor de 60. El Estado chileno adopta una lógica familista para organizar los cuidados, considerando a la familia, y particularmente a las mujeres, como las principales responsables de los mismos. Los programas estatales, en su mayoría, están diseñados bajo esta premisa, proporcionando transferencias económicas o servicios de acompañamiento y orientación que apoyan el cuidado en este contexto.

La interseccionalidad del cuidado, el género y la vejez constituye un ámbito complejo y que requiere una comprensión interrelacionada de cómo estas categorías interactúan y se influyen mutuamente. Desde una perspectiva gerontológica, el análisis interseccional proporciona un marco para comprender cómo las estructuras de poder y opresión (Crenshaw, 1991; Hill Collins, 2000, 2017), basadas en género, edad y otros ejes de identidad (Yuval-Davis, 2006; 2015), configuran de manera diferenciada las experiencias de envejecimiento y cuidado. En este contexto, el género emerge como un determinante crítico en la experiencia del envejecimiento, en las biografías personales y las expectativas de vida, sino también la calidad de ésta en la vejez. Las mujeres han asumido roles de cuidadoras a lo largo de su vida, esta situación ha repercutido en su bienestar económico y social en la vejez. Este fenómeno se agrava en contextos de precariedad socioeconómica y falta de políticas públicas de apoyo al cuidado, donde el género y la edad se intersectan para crear una perspectiva experiencial de mayor vulnerabilidad y dependencia donde las personas pertenecen y se identifican (Yuval-Davis, 2006; 2015):

“Es un período, una etapa de la vida, donde te tienes que ir preparando para tantas cosas, pero no porque tú llegues a la etapa de la vejez vas a dejar de vivir, vas a dejar de... o te vas a quedar sin hacer nada, yo ese plano no lo comparto, yo sé que es una etapa de la vida, que es un proceso normal, pero también sé que no porque uno llegue a viejo tú te vas a estancar. Yo sigo leyendo, sigo viendo las noticias, yo sigo estudiando, si tú quieres, no, no me quedo, hago trabaja mi cabeza, voy al curso de memoria, de tal manera que o me falle porque, yo digo: “dios mío, cuando llegue esa etapa, qué va a pasar conmigo” cuando yo me olvido de algo, yo me obligo a acordarme, yo no me

quedo así, no sé, no sé de dónde llevaré esa fuerza, pero yo me obligo a hacer las cosas, yo estoy sentada descansando y digo: “tengo que hacer, esto, lo otro y lo otro. Ya!! levántate” no me tiro y me quedo. Han venido etapas que han sido así, que no tengo ganas y no me pienso levantar y empiezo a rabiar conmigo mismo y sola, hablando sola: “no tengo ganas de levantarme, tengo flojera, no quiero hacer esto, no quiero” y después digo: “qué estoy tonteando si nadie me va a hacer las cosas, no me puedo dar este lujo” y me levanto y salgo” (Lucía, 60 años y más, Punta Arenas).

Asimismo, la salud de las mujeres mayores plantea una serie de interrogantes sobre las condiciones de salud y el bienestar físico y psicológico. Esto es particularmente relevante en Chile, donde durante décadas la política de previsión de salud se ha basado en las capacidades individual de los/as trabajadores/as durante sus edades activas. En este contexto, el 80,9% de las mujeres están afiliadas al sistema público de salud FONASA (CASEN, 2017), ya que este permite a los grupos sin ingresos propios acceder a prestaciones en toda la red del sistema nacional de salud. Al revisar las estadísticas sobre las condiciones de salud de la población mayor de 60 años, se observa que las mujeres presentan una morbilidad del 31,6%, superando la incidencia de enfermedades en comparación con los varones (23,3%). Por lo tanto, la incidencia de enfermedades es mayor entre las mujeres, y la brecha respecto a los hombres se va reduciendo a medida que aumentan los años:

“Porque uno siempre está preocupado, que el trabajo, que los hijos, que los nietos, que aquí, uno no se preocupa de eso, solamente se preocupa de salir adelante, si hay que trabajar, se trabaja, si hay que hacer algo en la casa, se hace de comer y todas esas cosas, todo lo normal, pero no se preocupa de la vejez, pero sí a mí me encantan las personas que son ya viejitas, y en especial cuando están con su pelo bien blanquito, me encanta mirarlos y verlos. Y cuando están semi-incapacitados [dependencia moderada] para cruzar una calle o para caminar, me da pena, y dan deseos de estar junto a ellos para ayudarlos, pero muchas veces uno no lo hace porque... no es que uno sea malo en ese sentido, no, porque muchas veces uno está preocupado de muchas cosas y no lo hace, pero cuando hay que ayudar a cruzar una calle, uno muchas veces, ahí va y lo hace, entonces... uno es... ¿Cómo le dijera? Igual que... para mí, yo lo encuentro bien que entre personas que son así, ancianas, se ayuden mutuamente, todos no somos así, pero hay mucha gente que es así, que se ayuda y uno no tiene que... ¿Cómo le dijera? Apoyarse tanto en los hijos o en los nietos o en los que están alrededor nuestro, porque a veces ellos son los primeros que fallan y uno queda ahí, queda sufriendola, porque es la verdad” (Antonia, 60 y más años, Puerto Natales).

Para los hombres, el ser cuidado se percibe como una situación abstracta; no discuten cómo son cuidados, ni quiénes los cuidan, ni de aquellas personas que requieren cuidado, y mucho menos de las necesidades de cuidado que surgen con la edad. Como señala Carrasco (2017), en la perspectiva masculina y patriarcal, el sostenimiento de la vida se naturaliza y no se reconoce como un bien, ya que está centrado en la promoción del desarrollo y en la ética del cuidado, en lugar de la acumulación promovida por el

capitalismo. El cuidado no se considera parte de su realidad, al menos hasta que son ellos quienes deben asumir el rol de cuidadores. Es en ese momento cuando comienzan a hablar de las necesidades de cuidado de la otra persona y de las actividades que realizan para "ayudar", ya que no lo denominan cuidado. Solo cuando asumen este rol, problematizan el cuidado en los términos que indican Pérez-Orozco (2017), como una cuestión política central y no como un problema individual y privado.

8.1.2. Los cuidados y el conflicto en el marco de las relaciones intergeneracionales.

El **cuidado** es una categoría directamente relacionada con los conceptos: a) **apoyo** y b) **valores**, que conforman las relaciones comprendidas dentro de valores, actitudes y creencias compartidas por las/os miembros de una misma familia; y dentro de roles y obligaciones familiares y responsabilidades filiales; c) **conflicto** que determina cambios en el afecto o el deterioro de la situación **socioeconómica**, que conforma las relaciones definidas dentro de los niveles de ayuda e intercambio de recursos financieros y emocionales, entre otros; además con d) **hogar** que determina los cambios al interior de la estructura o que tiene incidencia en las relaciones solidarias.

A pesar de la indiscutible importancia que las personas dan a la intervención del Estado con respecto a las personas mayores, las relaciones se fundamentan, esencialmente, en una mirada familiarista. Tal como lo plantea Martínez Franzoni (2007), los regímenes en Latinoamérica necesitan del apoyo de las familias y, dentro de estas, de las mujeres debido a la falta de políticas sociales. La percepción social de la intervención estatal y de las relaciones familiares es muy distinta, ya que mientras estas últimas son consideradas incondicionales, las motivaciones del Estado son percibidas como variables e inseguras. Se habla de la existencia de vínculos estrechos entre las generaciones familiares, más allá de las transformaciones en su forma y contenido. De hecho, las relaciones sociales entre las/los miembros de la familia se establecen, en gran parte, en términos de cuidado, aunque el conflicto también aparece, fundamentalmente, por razones económicas:

“Pero ya van pasando los años y probablemente a medida que transcurre el tiempo va a necesitar la cercanía con sus hijos, y yo que soy su hijo mayor no quiero fallarle, no quiero verme lejos, no quiero que se sienta como el típico adulto mayor abandonado, yo quiero acompañarla, quiero estar con ella, además que ella fue un pilar fundamental para mí, fue madre y padre, entonces la única forma de agradecer lo que ella hizo por mí es estando con ella constantemente y no dejarla sola, no dejar que ella se sienta un estorbo, no, todo lo contrario, que sienta que es importante en la familia y además es

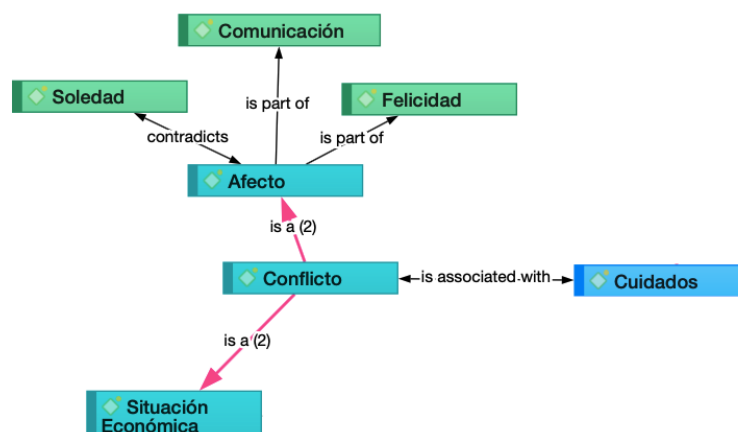
parte de las decisiones, de lo que yo hago, de lo que yo vivo, que ella es parte de mí”
(Tomás, 30 a 59 años, Coyhaique).

Al margen de los factores demográficos y los cambios en las sociedades, con frecuencia, las personas mayores no cuentan con cuidados de salud oportunos y de calidad (Comelin y Leiva, 2019; Pineda, 2014), y las nuevas necesidades de cuidado -surgidas a partir de factores demográficos, sociales y de salud- redundan en una institución familiar con demandas excesivas en un contexto desigual en términos de distribución sexual del trabajo de cuidado, el cual realizan, mayoritariamente, las mujeres. El actual escenario de cambio demográfico incide en el comportamiento y composición de la demanda de algunos servicios específicos y el trabajo no remunerado de cuidado emerge como un eje problemático. Son limitadas las posibilidades de practicarlo en un escenario de cambio de roles de las mujeres con respecto a los cuidados, pues la división sexual del trabajo ha asignado a las mujeres como propio este tipo de tareas, asimismo, como he planteado anteriormente cuidar de niñas/os tiene ciertas ventajas y no ocurre lo mismo cuando se trata de personas mayores (Calassanti y Slevin, 2006; Comas-d’Argemir y Soronellas, 2021), porque los sistemas de protección social evidencian un rezago con respecto a las necesidades que surgen de la realidad demográfica y socioeconómica actual:

“También he pensado eso, ellos me han ofrecido ir a vivir con ellos, incluso mi hija ayer me decía, ella también está arrendando, me dijo: “Papá, si me logro conseguir una casa que tenga unos 3 dormitorios, tú te vas a vivir conmigo”, yo le dije: “No sé”, me dice: “¿Pero por qué no?”, yo le digo, los primeros tiempos, todo muy bonito, pero cuando la persona ya va adquiriendo un poco más de edad, ya va siendo una carga, a lo mejor de ti no, le dije, pero puede ser de tu pareja, lo mismo que pasa con tus hermanos, tus hermanos tampoco pero sus mujeres, ¿Cómo sé yo? Y ahí estoy. Pero sí me gustaría tener un par de piezas y un baño, toda la cuestión y el resto me las arreglo yo solo nomás” (Gaspar, 60 y más años, Punta Arenas).

El hecho de que el cuidado esté asociado a conflictos entre las/os integrantes de la familia, es un factor que modifica las relaciones de afecto. Como se ha identificado en el análisis, las relaciones afectivas están supeditadas, en muchos casos, a las relaciones funcionales, en tanto las/os integrantes de la familia realizan actividades en función de que otras/os integrantes se sientan orgullosas/os o que cumplan sus metas y logros. Una/un miembro de la familia entendido como **sujeto de cuidado** es el que ya no puede cumplir el tipo de labores que corresponde a la producción y reproducción familiar, por lo que la comunicación puede verse afectada, es decir, la persona mayor ya no puede dar aquello que las/os demás miembros del hogar requieren.

Figura 24 Red semántica cuidados y conflicto



Fuente: Elaboración propia.

De esta forma, la **soledad** y la **felicidad** aparecen como categorías contrapuestas en las respuestas de las/os entrevistados/as, quienes viven experiencias diferentes durante la vejez. Por una parte, la idea de **soledad** se relaciona con la posibilidad de que las personas mayores sientan que pueden ser apartadas y vayan a vivir en residencias, porque la familia sigue siendo una organización central de la sociedad y muy relevante en la vida de las personas. Por otra parte, la idea de **felicidad** da cuenta de la experiencia de personas que en esta etapa asumen el rol de ayuda en la crianza de las/os nietos/as, transmitiendo valores y normas:

“Y de ahí que contraten a una enfermera, y la enfermera no es la calidez de un familiar, la calidez de un hijo, la calidez de un nieto o la calidez de una esposa, ella está pagada para hacer eso, no es lo mismo. Y por último, dice uno: “Ojalá que no vaya a ir a parar a un hogar”, porque también eso sí que es fregado. Eso sí que yo, no sé, no concibo el hecho de ir a vivir a un hogar, porque... yo prefiero morir solo que ir a un hogar, porque digo yo: “Pucha, ¿Cómo es posible que después de tener uno, de haber criado hijos, nadie puede tenerle una mano para que pueda estar esa persona acompañándolo, socorriéndolo?” (Máximo, 60 y más años, Punta Arenas).

El cuidado como conflicto viene determinado también por la situación socioeconómica de las personas en la vejez. La pérdida del trabajo remunerado, de la capacidad de trabajar o la jubilación, transforman, además, las relaciones funcionales marcadas por la retribución entre las/os miembros de la familia. Por lo general, este cambio en el nivel de ingresos de las personas en la etapa de vejez modifica su rol de proveedoras dentro de las familias. Comúnmente, las/os padres/madres se consideran exitosos/as cuando a lo largo de su vida han podido transmitir valores y hacerse cargo de la educación de sus hijas/os, en cambio, en la vejez, estos/as les retribuyen, haciéndose “carga” de ellas/os quienes ya

no generan ingresos. Sin embargo, la pérdida de estatus por la baja en las condiciones económicas genera un juego en el cual la carga es “más ligera” si dicha baja no es tan grave, es decir, si la jubilación de una persona le permite una independencia, entonces el sentimiento de “carga” disminuye:

“No me gustaría ¿depender de otra persona? No me gustaría, porque no quiero ser un peso para nadie ni tampoco que me traten mal porque yo he visto gente que trata muy mal a los adultos cuando ven que están enfermos y que son medios mañosos, quizás yo no me pondría mañosa porque nunca fui mañosa, pero quizás es lo contrario no sé, no me gustaría depender de otra persona. A la soledad es a lo que más le temo” (Maite, 60 y más años, Punta Arenas).

El problema surge en las condiciones particulares de las regiones de Magallanes y Aysén, donde el costo de la vida es mayor que en otras zonas y las familias viven más dispersas. En el proceso de aliviar la carga para sus familias, las personas durante la vejez han modificado sus hábitos y pasatiempos. No obstante, en periodos de crisis económicas, las personas mayores desempeñan un papel fundamental en el apoyo económico y emocional a sus familias (Deusdad et al., 2016). Las personas mayores en estas regiones se abocan hacia la vida en comunidad con otras personas mayores, especialmente, las mujeres, quienes cumplen un importante rol como activistas comunitarias en diversos clubes, organizaciones o juntas de vecinos.

8.1.3. Los cuidados, el hogar, el apoyo y los valores.

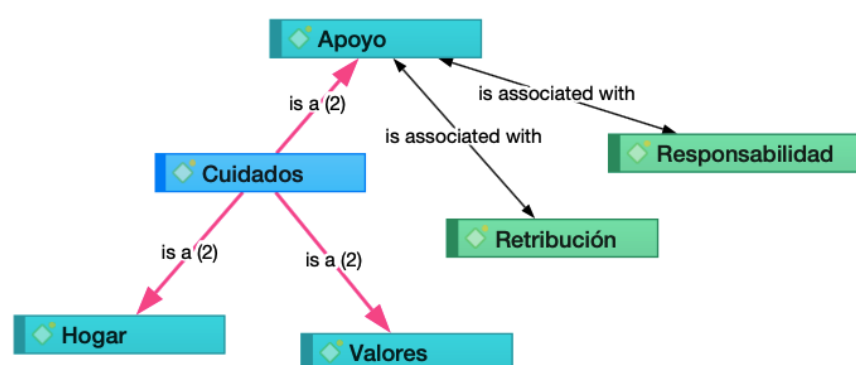
Los cuidados son un factor importante también en la modificación de las relaciones solidarias al interior del hogar. Ya hemos visto que el cambio en el nivel socioeconómico durante la vejez (por la pérdida de trabajo) implica que las personas durante esta etapa han perdido su función de retribución económica en términos de transferencia monetaria. Sin embargo, en muchos casos, las personas mayores son propietarias de viviendas, lo que permite que las/os integrantes del hogar vuelvan a reunirse cuando las/os hijos/as o nietas/os vuelven a vivir a sus casas. Las personas mayores propietarias asumen un nuevo rol de retribución, aportando en la vivienda a través de la crianza de las/os nietos/as. No obstante, ven disminuido su tiempo libre y sus actividades independientes, pues son las encargadas de la crianza, transmisión de valores, comunicación y el afecto hacia sus nietas/os. En otras palabras, la vejez es una experiencia que varía significativamente según el género y la clase social, tanto en la disposición para brindar cuidado como en la

de recibirlo. Esta dinámica, a su vez, está influenciada por los recursos disponibles tanto para quienes cuidan como para quienes son cuidados:

“Pero ahí uno se da cuenta, y se fortalece más, y se aferra más a su familia, porque a veces, hay casos bien dramáticos, que ni se preocupan si ellas van a viajar, porque siempre presentan proyectos para viajar, y hay algunas que no pueden ir, porque no tienen... ¿Quién va a cuidar a sus nietos? ¿Quién les va a dar plata? Porque uno siempre tiene que llevar plata en el bolsillo, entonces da pena, y se siente más fortalecida” (Daniela, 60 y más años, Punta Arenas).

Además, los cuidados son causa de profundas transformaciones, debido a su impacto en la entrega de valores y en el apoyo. Las personas mayores, en especial quienes han pasado a ser las/os “cuidadores/as de su grupo familiar”, se transforman en la fuente de transmisión de valores para las/os miembros más jóvenes de la familia, trasmitiendo, por ejemplo, el respeto hacia las personas mayores o a las/os padres/madres. De igual forma, son las encargadas de mantener el apoyo, esencialmente, con la transmisión de la responsabilidad, la obediencia y la retribución, lo que reproduce el ciclo de relación afectiva/funcional ya identificado.

Figura 25 Red semántica de las labores y carga de los cuidados, hogar, apoyo y valores



Fuente: Elaboración propia.

En la dicotomía de la estructura que da forma al orden social patriarcal -la división sexual del trabajo- interesa entender, especialmente, un tema: la discusión no ha de centrarse en qué tipos de trabajos desarrollan el genérico masculino y el genérico femenino, sino más bien, en reflexionar, críticamente, sobre el estatus, el prestigio social y simbólico y las condiciones que esos trabajos tienen y que se han reservado para las mujeres mayores. La discriminación por edad de ellas es una complejidad social cada vez mayor y se agudiza, entre otros factores, por el hecho de que las personas mayores se han constituido como sujetos de beneficios a los que se margina, sin otorgarles un lugar y un rol más activo

como recurso para el desarrollo y ejercicio de la ciudadanía. Esta situación es el resultado de la precariedad acumulada a lo largo de muchos años y que en la vejez se traduce en una vida marcada por la pobreza y la dependencia económica, de esta forma el índice de la pobreza femenina se incrementa.⁶⁹

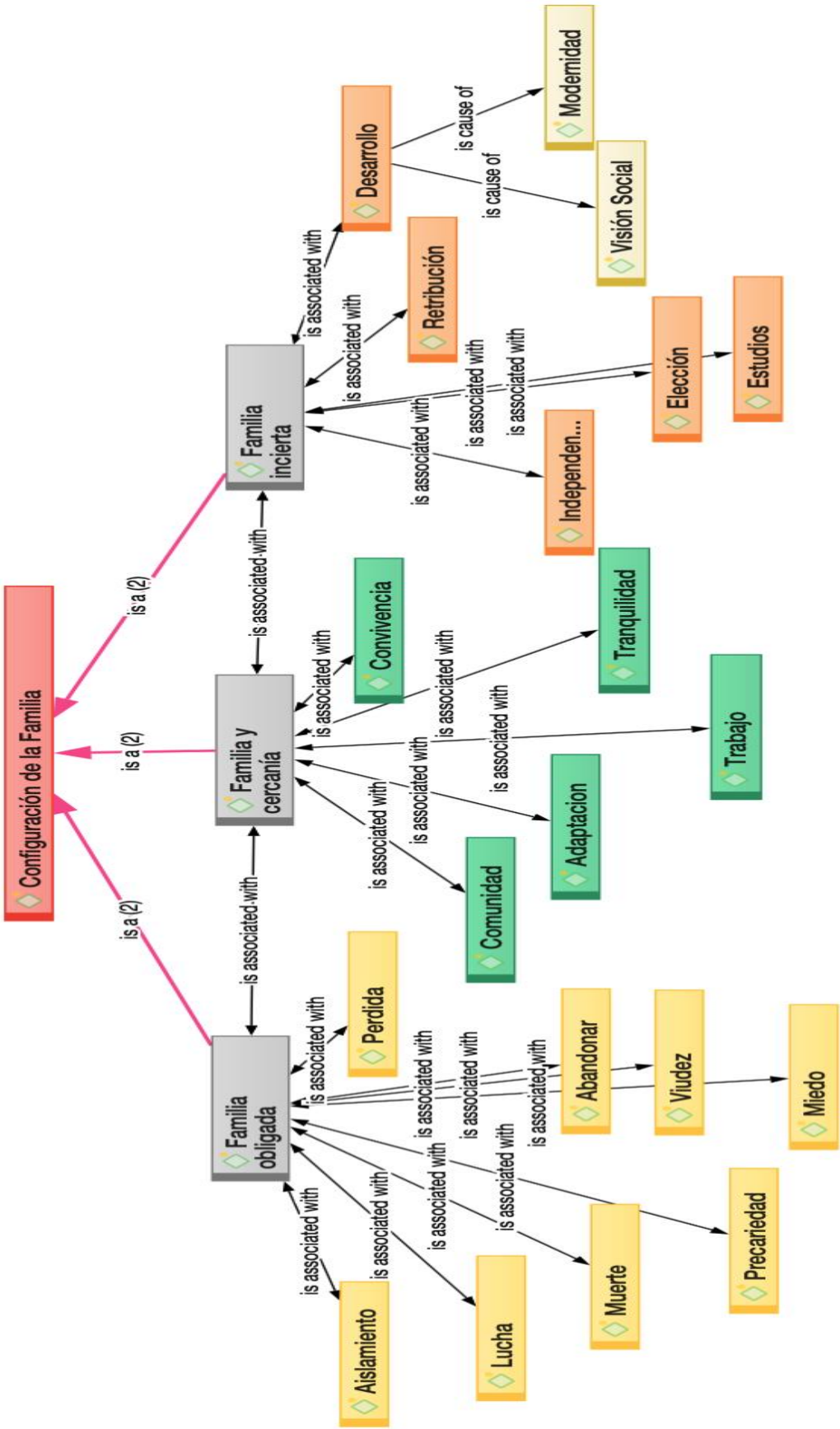
Esta situación es compleja, ya que muchas de las intervenciones hacia las personas mayores tienen un soporte epistemológico asistencial. Sin embargo, en lugar de aplicar políticas asistenciales que parten de reificar a las personas mayores, intrínsecamente, como dependientes lo que hace que se definan a través de la dependencia/autonomía, se hace necesario un cambio en el lenguaje y la mirada con respecto a determinadas políticas, pues al hablar de cuidado y atención se cae en la cosificación de las personas mayores.

8.2. Relaciones normadas: La construcción y dinámicas de la familia y de las relaciones de pareja.

En las relaciones de pareja y afectivas a lo largo de tres generaciones revela una amplia gama de realidades y experiencias emocionales. Se observa una consistencia relativamente alta de experiencias dentro de cada generación, contrastando con una variabilidad más marcada entre las diferentes generaciones. Desde una perspectiva general, es importante mencionar que, en el caso de la generación de personas mayores, la mayoría experimentó el matrimonio en algún punto de sus vidas, lo cual resalta la importancia de este evento como un hito significativo en sus historias personales. Y, en el caso de las generaciones de adultos/as y jóvenes, a pesar de los cambios socioculturales observados en las últimas décadas, el matrimonio aún se mantiene como una elección viable y deseable, aunque con menos intensidad.

⁶⁹ En Chile, actualmente la pensión de una mujer puede ser 49% inferior a la de un hombre. Además de la edad de retiro, influyen la mayor expectativa de vida de las mujeres, en un 28%; los menores ingresos, en un 10%; y la menor densidad de cotización de las mujeres en un 16% (Federación Internacional de Administradoras de Fondo de Pensiones [FIAP]. Para más detalles consultar en: <https://www.fiapinternacional.org/nosotros/>

Figura 26 Red semántica familia y relaciones de pareja



Fuente: Elaboración propia.

La contracción de la influencia de las convenciones tradicionales en diversos ámbitos sociales e institucionales, junto con la evolución en los procesos educativos de las nuevas generaciones y la significativa transformación social y cultural derivada del cambio en el rol de la mujer en la sociedad, configuran un escenario social que complica la dinámica de las relaciones en el sistema de edades (Gutiérrez y Osorio, 2008). La red semántica relacionada con la construcción de la familia, es una red que presenta tres dimensiones (tipologías) claramente identificables: la familia obligada, la familia y cercanía, y la familia incierta.

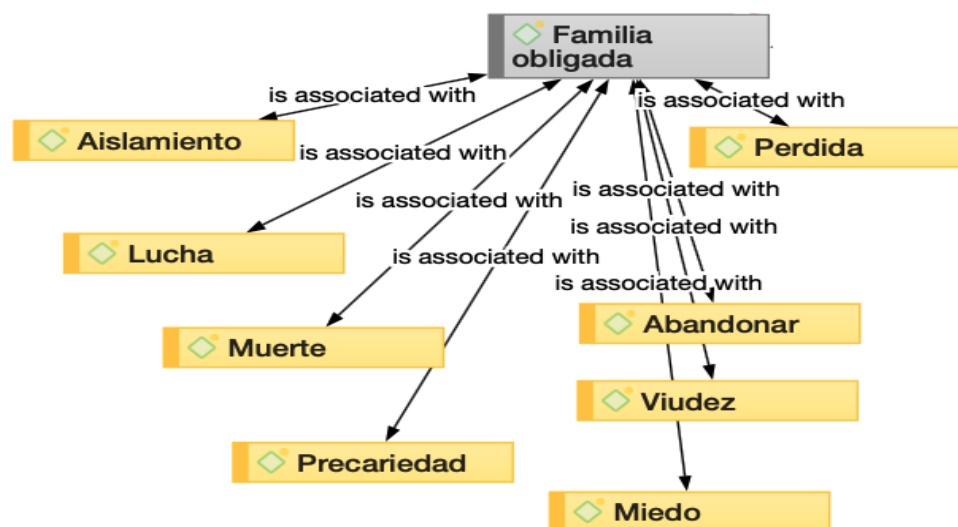
8.2.1. Familia obligada

El análisis de la noción de "Familia Obligada", revela una compleja interacción de factores sociales, económicos y culturales. En esta tipología, las personas tuvieron que lidiar con las condiciones climáticas y geográficas adversas, además de las condiciones económicas precarias, desarrollaron patrones familiares distintivos. La **ausencia** o fallecimiento algunos padres o madres, el **abandono**, el trabajo infantil y la prevalencia de la pobreza son elementos recurrentes en los relatos de esta etapa de la conformación de la Patagonia. Estas circunstancias crearon un entorno en el cual el matrimonio a temprana edad y por conveniencia se convirtió en una estrategia de supervivencia, buscando el apoyo mutuo para enfrentar las difíciles condiciones de vida. En este contexto, las familias a menudo se formaban más por necesidad que por elección, y el matrimonio de las hijas jóvenes con hombres mayores era visto por algunos padres como una oportunidad para mejorar la situación económica de la familia. También la **lucha** y la **precariedad** emergen como temas centrales en estos relatos, junto con el **miedo** a la violencia machista y los patrones de muerte y **abandono** por parte de las parejas masculinas. En estas narrativas, también es evidente la presencia de relaciones basadas en intercambios materiales y no materiales y consensos estrictos, particularmente en las condiciones impuestas por los hombres a las mujeres. Esta dinámica refleja un desequilibrio de poder que reforzaba las normas de género de la época y limitaba la agencia de las mujeres en la formación y gestión de sus familias.

La figura 27 ilustra específicamente lo que he denominado como la “Familia Obligada,” destacando los aspectos visuales y simbólicos que caracterizan estas relaciones familiares. Se observa cómo las circunstancias históricas y sociales moldearon las

estructuras familiares y las interacciones en este contexto particular, revelando las tensiones y desafíos que enfrentaron estas comunidades migrantes.

Figura 27 Red semántica familia obligada



Fuente: Elaboración propia.

Respecto a la **familia obligada**, en las entrevistas aparece regularmente la situación de los matrimonios por "obligación" a edades muy tempranas. El concepto de "familia obligada", especialmente referido a uniones matrimoniales concertadas a una edad temprana, subraya una dimensión crítica sobre las dinámicas familiares y las normas sociales que prevalecen en generaciones anteriores, particularmente entre aquellas personas que actualmente superan los 60 años de edad. Esta práctica refleja las presiones sociales, culturales y, en ocasiones, económicas que influían decisivamente en la toma de decisiones. Estos matrimonios "obligados" también son comprendidos como una manifestación de estructuras de poder y normas de género arraigadas en la sociedad. Estas estructuras a menudo relegaban a las mujeres a roles domésticos y de cuidado, limitando su autonomía personal y sus oportunidades de desarrollo fuera del ámbito familiar:

“Yo cuando me case no habida salido nunca a trabajar a ninguna parte, nunca habida tenido un patrón. Yo me case a los 19 años” (Martín, 60 y más años, Coyhaique).

“Yo no tuve juventud. Me case con una persona que ni siquiera pololee, de un rato para otro lo conocí y porque converse con ese varón los papás me obligaron a casarme y tuve que casarme porque me obligaron” (Olivia, 60 y más años, Coyhaique).

Los matrimonios a edades tempranas en el contexto rural, lejos de ser un evento aislado, están intrínsecamente ligados a estructuras sociales, económicas y culturales que

perpetúan ciclos de pobreza y limitación de oportunidades para las mujeres. Asimismo, estos factores están intrínsecamente ligados a la desigualdad de género, ya que restringen las oportunidades de las mujeres en comparación con los hombres, perpetuando así las dinámicas de poder desiguales dentro de la sociedad. Pateman (1995) sostiene que dicho modelo está enraizado en el contrato social dentro de la familia, el cual define el lugar social que debe ocupar la mujer -lo privado- y la moral que debe guiar su comportamiento. Según Yon (2013), uno de los principales problemas sociales que se manifiestan en las trayectorias juveniles en relación con los matrimonios y, por ende, los embarazos a temprana edad, es que estos limitan el acceso adecuado al mercado laboral y la finalización de los estudios:

“Después me case, si me case tan joven (18 años), después ya me dediqué a criar a mis hijos, a tener hijos, como es en el campo, en el campo es así la cosa” (Martina, 60 y más años, Porvenir).

“Yo tendría, si mal no recuerdo 14 años, entre 14 y 15 años. Mi hijo mayor tiene 55 años. Ante de él hubo otra niña que nació muerta, era mayor que el hijo que tengo y entre el lapsus de mis hijos tengo gemelas muertas y tengo un hijo de 18 años bajo tierra. (...) Siempre trabajé de nana por el hecho de a ver mi marido fue un obrero toda la vida, pero un obrero que ganaba su plata, peor eran primero los amigos, el trago y después la familia, entonces yo, para no hacer sufrir a mis hijos, yo empecé a trabajar de nana” (Catalina, 60 y más años, Punta Arenas).

Otra situación común son las separaciones/divorcios entre quienes contrajeron matrimonio a edades muy tempranas, es decir entre aquellos que **no pudieron decidir** si deseaban casarse o no. Estas situaciones constituyen una dimensión crítica que merece ser explorada con profundidad en el análisis de las dinámicas matrimoniales en estos contextos. Al mismo tiempo, no solo refleja las complejidades inherentes a los matrimonios impulsados por presiones sociales y económicas, sino que también subraya las consecuencias a largo plazo que estas relaciones pueden tener en la vida de las mujeres. En este proceso de deconstrucción de las relaciones afectivas, del desmoronamiento de los ideales y de una biografía marcada -en ciertos casos- por el dolor y el maltrato, surge un aspecto relacionado con una construcción identitaria desvinculada de la figura de la pareja:

“Mi hija habida nacido, eso querida decir, me separe a los dos años de haberme casado y mi hija habida nacido, ella tenía 4 cuando nació mi hijo y de ahí me quede con los dos” (Emma, 60 y más años, 30 a 59 años, Puerto Natales).

“Mi estado civil en este momento es divorcio, divorciado estoy. (...) Bueno, se terminó el amor, ya no hay más matrimonio. No voy a ser el primero en el mundo que me voy a

divorciar de una mujer, y acepte todas las consecuencias del caso y ya estamos un poco más de 2 años divorciados. (Gaspar, 60 y más años, Punta Arenas).

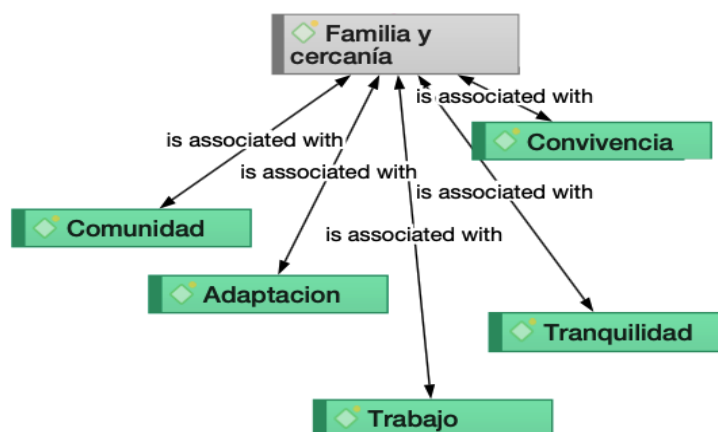
8.2.2. Familia por cercanía

Esta tipología sigue al asentamiento inicial de las y los primeros colonos y sus descendientes, y se ve marcado por una oleada de migración impulsada principalmente por oportunidades laborales en empresas estatales o en bases militares en la Patagonia. La transformación de los primeros asentamientos en localidades o ciudades actuales, estuvo acompañada por una evolución notable en la estructura y la dinámica familiar. En esta tipología, se observa un desarrollo de vínculos afectivos intensos no solo con las y los miembros de la familia nuclear o extendida, sino también con personas y familias de localidades cercanas, se amplían las redes de parentesco y las redes de solidaridad. Este fenómeno se acentuaba especialmente cuando las familias comenzaban a disgregarse, ya sea por razones laborales o por la migración hacia el norte del país. La dispersión geográfica y la separación familiar, lejos de debilitar los lazos, parecían fortalecer una noción de solidaridad y apoyo mutuo entre aquellos que compartían proximidad geográfica o experiencias comunes. Esto dio lugar a la formación de una especie de "gran familia ampliada", que he denominado como "Familia por Cercanía". Este concepto trasciende los lazos de sangre tradicionales, fundamentándose en la proximidad, experiencias compartidas y la necesidad de apoyo mutuo en un entorno desafiante.

En esta tipología, los relatos reflejan una expansión de las redes solidarias hacia un grupo más amplio, incorporando a la comunidad en las relaciones afectivas. Este tipo se caracteriza por la transición de un sistema de apoyo basado exclusivamente en la familia a uno que incluye a la "**Comunidad**" más amplia. Los conceptos de "**Tranquilidad**" y "**Convivencia**" emergen como elementos clave para describir esta etapa en la Patagonia, donde la vida familiar giraba en torno a las interacciones con otras familias cercanas. La "**Adaptación**" se revela como un concepto esencial en este periodo de la dinámica territorial y familiar. La capacidad de adaptarse a nuevas circunstancias y de formar redes de apoyo no solo entre familiares sino también con vecinos/as y otros miembros de la comunidad, jugó un papel fundamental en la transición hacia la siguiente fase, marcada por el concepto de "Pertenencia". Esta adaptación a un modelo de familia extendida y a la inclusión de la comunidad como parte integral de la red de apoyo familiar es una respuesta a los desafíos específicos de la vida en la Patagonia.

La "Familia por Cercanía" (Figura 28), representa no solo una red de relaciones interpersonales, sino también un sistema de apoyo comunitario. Este fenómeno subraya cómo las circunstancias geográficas y socioeconómicas pueden dar forma a las estructuras familiares y comunitarias, adaptándose a las necesidades y desafíos de un entorno particular.

Figura 28 Red semántica familia y cercanía



Fuente: Elaboración propia.

La familia **por cercanía** se ha formado por movimientos migratorios de relacionados con el trabajo, principalmente ligados a alguna actividad económica desarrollada en la región, como el trabajo en bases militares, o la estancia magallánica de profesores y trabajadores de empresas del Estado. Estas actividades han creado poblados que posibilitan las redes sociales y la formación de una familia que los entrevistados mencionan como una etapa feliz, donde todos se conocían y compartían comunidad. La presencia de estas actividades económicas ha llevado a la creación de asentamientos o poblados que facilitan la formación de redes sociales densas y la emergencia de una estructura familiar extendida y comunitaria:

“En Villa las Nieves, y como dato, era una población militar, era en ese tiempo puros militares, entonces todos los militares tenían buena posición económica, mas nosotros no, porque éramos seis, éramos seis y éramos muchos hermanos, y además mi mamá nunca fue apretada, siempre era de dar, mi papá muy honrado, entonces era dar” (Mateo, 18 a 29 años, Punta Arenas).

Esta configuración social se caracteriza por una fuerte interconexión, donde las personas no solo se conocen entre sí, sino que también participan en actividades compartidas. Este tipo de comunidad se distingue por su cohesión y solidaridad, elementos típicos de

sociedades más pequeñas y menos urbanizadas, donde las relaciones personales tienen un papel central:

“El contacto con la gente allá es súper estrecho porque uno se los encuentra siempre, de una u otra manera uno está destinado a conocer a las personas, no sé, porque conoce al hijo de, al primo de, estudiaste con esta persona, estudiaste con el hermano, un día fuiste al gimnasio y estaba él ahí, entraste alguna vez a un negocio y estaba esa persona ahí, y la ayudaste a recoger algo, y listo, la conociste, cada vez que te la encuentras la vas a saludar” (Diego, 18 a 29 años, Porvenir).

La nostalgia sobre una infancia vivida en la Patagonia, destacando la libertad y seguridad que caracterizaban ese período, se enfatiza en los entornos seguros y comunitarios, como los que se encuentran en regiones aisladas y naturales de la Patagonia, y pueden tener un impacto profundo en el desarrollo temprano y el bienestar general a lo largo de la vida:

“Yo creo que no puedo haber tenido mejor infancia, no puedo haber tenido mejor infancia, una infancia libre, que mis papás estaban con la absoluta confianza que yo iba a salir de mi casa y que no me iba a pasar nada, que... no sé, que yo salía, andaba en bicicleta, estaba en la canchita que estaba a la vuelta de mi casa, que estaba allá, con amigos que mis papás conocen a sus papás o saben dónde viven, todos, hay una red como de... de apoyo ahí, de conocer a la otra persona, todo eso está como junto” (Diego, 18 a 29 años, Porvenir).

Además, la persistencia de estas redes sociales, a pesar de los desafíos que pueden presentar las condiciones de vida en la Patagonia, subraya la importancia de los lazos de amistad. Estas redes se mantienen activas a través de diversos medios, lo que indica una fuerte resiliencia y adaptabilidad en el mantenimiento de vínculos sociales en contextos geográficamente aislados:

“Mi época fue bastante tranquila, muy familiar, muchos amigos, como era un campamento de Enap, (empresa nacional del petróleo), prácticamente nos conocíamos todos y éramos de la misma edad a mayoría, todos fuimos muy unidos” (Matías, 18 a 29 años, Punta Arenas).

“Tengo recuerdos como más bonitos y como más el mismo hecho de compartir en familia de tener unos papás súper sociables, que todo el mundo llegaba a la casa y se juntaban y tenían un grupo de amigos e íbamos al campo, nos juntábamos 10 familias, 12 familias un fin de semana, viví mucho eso” (María, 30 a 59 años, Punta Arenas).

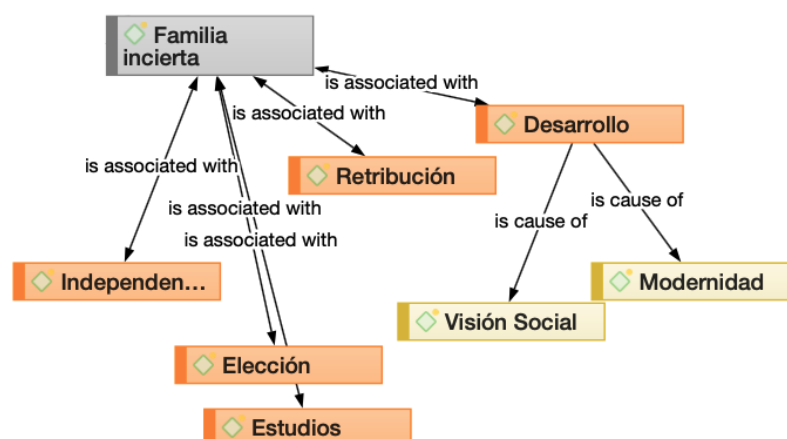
8.2.3. Familia incierta

La tradicional comunidad de familias ampliadas comienza a disolverse, dando paso a un enfoque más individualizado, marcado por preocupaciones sobre el “**Desarrollo**” y la “**Modernidad**”. Esta tipología se destaca por la incertidumbre en la conformación de

familias propias, especialmente entre las generaciones más jóvenes para los que la migración se asocia con una mejora en las condiciones de vida, a través del desarrollo intelectual y educativo, como lo son las migraciones por “**Estudio**”. En este contexto, la migración no representa tanto un corte o interrupción de las relaciones sociales, sino una transformación de las mismas. Las nuevas tecnologías juegan un papel crucial al permitir mantener el contacto con las personas más cercanas, facilitando así una conexión continua a pesar de la distancia geográfica. Además, persiste un carácter funcional en las relaciones afectivas dentro de las familias de las regiones. Surgen narrativas que destacan la migración impulsada por fuertes lazos de retribución de las y los hijos hacia los padres/madres, como el relato de estudiar en Santiago para "cumplir con mis padres que se esforzaron por mí para que estudie". Esta dinámica refleja un sentido de deber y gratitud que impulsa a las y los jóvenes a perseguir oportunidades educativas y laborales en otras regiones, incluso si esto implica sacrificios personales, como estudiar y trabajar lejos del hogar. Este período marca un cambio significativo en la forma en que las generaciones más jóvenes entienden y viven la idea de familia, adaptándose a los nuevos desafíos y oportunidades que presenta una sociedad cada vez más globalizada y conectada. Y muestra cómo las transformaciones sociales y económicas han influido en las estructuras familiares y en las vidas de las personas en la Patagonia.

En esta tipología los conceptos "**Elección**" e "**Independencia**" emergen como elementos cruciales. La "Elección" se manifiesta particularmente entre las y los jóvenes, quienes reconocen una libertad para determinar sus propios caminos. A diferencia de las generaciones anteriores, perciben la posibilidad de mejores oportunidades en otras regiones del país, pero al mismo tiempo valoran positivamente las oportunidades y el potencial de desarrollo personal que les ofrece la Patagonia. Por otro lado, el concepto de "Independencia" se refleja en un cambio de paradigma en varios aspectos de la vida familiar y social. Las y los entrevistados expresan sentirse menos atados a la práctica tradicional de retribuir a los padres, y también observan esta independencia en sus padres, madres, abuelas y abuelos. Esto implica un alejamiento de la noción de responsabilidad intergeneracional que prevalecía en las generaciones anteriores.

Figura 29 Red semántica familia incierta



Fuente: Elaboración propia.

Las personas mayores expresan su preocupación por sentirse solas en el futuro, temiendo convertirse en una "carga" para una generación que perciben como más centrada en sí misma. Este cambio en la percepción y práctica de la familia refleja una evolución significativa en la dinámica social de la Patagonia. La independencia y la elección, como valores emergentes, representan un alejamiento de los patrones familiares y comunitarios tradicionales, marcando una transición hacia una sociedad más individualista:

“No me gustaría ¿depender de otra persona? No me gustaría, porque no quiero ser un peso para nadie ni tampoco que me traten mal porque yo he visto gente que trata muy mal a los adultos cuando ven que están enfermos y que son medios mañosos, quizás yo no me pondría mañosa porque nunca fui mañosa, pero quizás es lo contrario no sé, no me gustaría depender de otra persona” (Maite, 60 y más años, Punta Arenas).

Entre la población joven es más común cuestionar los modelos patriarcales y abogar por una mayor apertura y liberación en relación con los preceptos sociales de género y sexualidad. No obstante, estas transformaciones varían en grado y son heterogéneas en su naturaleza. Es así, que la "familia incierta", particularmente en el contexto de la generación de jóvenes entre 18 y 29 años, abarca varias dimensiones. La preocupación expresada por las personas en este grupo de edad, tal como se revela en diversas entrevistas, gira en torno a su incapacidad para alcanzar la independencia económica y la consiguiente dependencia de sus padres/madres. Este fenómeno puede entenderse como parte de un cambio más amplio en los patrones socioeconómicos y culturales. Las dificultades económicas, agravadas por factores como el aumento del costo de vida, la inestabilidad laboral, y la prolongación de la educación, han retrasado significativamente las etapas de la vida adulta que anteriormente se alcanzaban a una edad más temprana.

Como resultado, muchos jóvenes se encuentran en una especie de limbo, no completamente independientes, pero tampoco en la etapa de formar sus propias familias:

“Me lo he cuestionado harto este último tiempo porque de repente me gustaría tener una familia grade con 7 hijos, estar rodeados de hijos, tener una familia bonita y todo y de repente digo que no quiero tener hijos y quiero vivir sola, ser independiente, viajar por el mundo, porque también me conozco y sé cómo soy” (Carolina, 18 a 29 años, Punta Arenas).

Otro aspecto relevante es la influencia de los cambios culturales en las percepciones y aspiraciones relacionadas con la familia. Los jóvenes pueden tener diferentes definiciones de lo que constituye una "familia" y pueden priorizar metas personales y profesionales por encima de la formación de una familia tradicional. Esto puede reflejar un cambio en los valores y en la estructura social, donde la formación de una familia no es necesariamente vista como el único o principal camino hacia la realización personal:

“Yo en realidad no sé si me voy a casar o no, estoy como en esa parada. Yo siempre digo que si llego a cierta edad y todavía no encuentro estabilidad para formar una familia sin problema sería mamá soltera, siempre y cuando tenga la solvencia, no me voy a poner a tener hijos sin siquiera poder mantenerme sola, pero no es como algo que me desviva, no es mi sueño casarme y ser como la esposa, por ahora no es como mi norte, por ahora lo que yo quiero es estudiar y poder ser autosuficiente” (Sofía, 18 a 29 años, Coyhaique).

En la construcción del rol en la familia de acuerdo al ejemplo de los padres/madres, se evidencian tensiones entre las expectativas personales y sociales, la incertidumbre sobre el futuro y las experiencias pasadas en relaciones afectivas. Esto resalta la complejidad de la planificación de vida en el contexto de las normas sociales y las experiencias personales. El miedo a no desempeñarse adecuadamente como madre y esposa revela una ansiedad subyacente acerca de las expectativas y responsabilidades asociadas con estos roles:

“Me da miedo no hacer la pega bien como mamá, como esposa, eso es como miedo, aunque tampoco tengo claro hoy día si realmente voy a formar una o no, todavía no tengo ni pololo y ando pensando en familia y los pololos que he tenido hasta arriba me han tenido, ¡así que por eso nada!” (Carolina, 18 a 29 años, Punta Arenas).

La visión de hacer familia de forma más tardía influenciado por el nivel cultural. Por otro lado, se evidencian actitudes críticas hacia las normas convencionales del matrimonio y la familia, lo que refleja una inclinación hacia una mayor autonomía e independencia en las decisiones personales relacionadas con las relaciones y la maternidad:

“Yo creo que en algunos casos igual es por moda, es por decir: “oye, yo me casé, estoy casada”, pero he tenido muchos amigos que sean casado y duran ¿cuánto? ¿dos años, un año? Entonces es como la parafernalia [ceremonia, pero en tono irónico] del casamiento, de “yo estoy casada” si con casamiento o no casamiento, tú puedes convivir igual con la pareja, por qué debe haber un contrato de por medio ¿cuál es tu inseguridad ante tu pareja de tenerlo tan agarrado como para firmar un papel y estar en la iglesia para que todos te miren? (...) no tengo ningún problema con tener una guagua [bebé] antes, de hecho, le pregunté una vez a mi papá: “oye papá ¿a ti te importaría si yo soy mamá soltera?” y ahí se quedó como descolocado, mi papá es súper tradicional para sus cosas, entonces me dice: “bueno Carolina, si tú lo tienes pensado y eres una profesional, si eres una mujer independiente el día de mañana y así tú lo quieres, no hay ningún problema” (Carolina, 18 a 29 años, Punta Arenas).

Las generaciones más jóvenes hablan de las relaciones de pareja como algo de un futuro lejano, y si ya están en una relación e incluso con hijos, no se proyectan en el matrimonio. Esto no difiere de lo que pasa en otros entornos urbanos:

“No es prioridad, no lo hemos conversado, no, si lo hemos conversado, pero no me es prioridad, la verdad que no es por lo menos mi percepción, me es un rito social nomás que no me genera mayor complicación, así que si se da vamos a ver, pero así estamos bien, no los complica el matrimonio” (Vicente, 18 a 29 años, Porvenir).

En el ámbito familiar, es posible identificar la presencia de roles de género definidos y estereotipos arraigados, particularmente en relación con el nacimiento de las hijas. Esta situación revela la vulnerabilidad específica de las mujeres y niñas en dichos contextos. Históricamente, el nacimiento de un hijo varón ha sido frecuentemente valorado como un elemento crucial para la continuidad y la afirmación de la trascendencia familiar, perpetuando así estereotipos masculinos y subrayando las desigualdades de género existentes. Todo lo cual revela la persistencia de desigualdades y vulnerabilidades, así como la capacidad de resistencia y adaptación de las mujeres a contextos adversos. Asimismo, se observa que, en algunas familias con limitaciones socioeconómicas, era común la práctica de entregar a los hijos al cuidado de otros parientes. En estos entornos, no era inusual que los niños experimentaran situaciones de violencia, maltrato y negligencia:

“Ella [la abuela] llegó acá a la región, formó su familia, ella viene de una familia de donde eran cuatro hermanas, entonces siempre me contaba su historia de cuando nació la última hija, el papá dijo: “no, yo no pienso poner un burdel con tanta hija”, entonces agarró y se fue, y entenderás que en esa época, una mujer no se podía mantener sola, entonces tuvo que entregar dos hijas donde unas primas o tías y las otras dos las crio ella, mi abuelita se tuvo que ir donde las tías, las tías eran malas con ella siempre se acordaba que de repente no lo compraban zapatos, la trataban mal, como que siempre sufrió ella de ahí cuando se casó mi tata no fue el mejor esposo, no la golpeaba ni nada, pero él era bueno pa tomar, salía en las noches, no llegaba a la casa, siempre se acordaba de eso, pero dentro de todo, ella no guardaba rencor” (Sofía, 18 a 29 años, Coyhaique).

En el contexto de nuestra sociedad, la persistencia de relaciones de género arraigadas en expectativas asociadas con roles familiares tradicionales, pero que ahora se desenvuelven en un contexto social distinto, representa una fuente significativa de conflictos y tensiones. Un ejemplo claro es cómo la identidad masculina, tradicionalmente vinculada con el papel de proveedor y la autoridad en el hogar, se ve desafiada por las condiciones impuestas por la economía neoliberal (Gutiérrez y Osorio, 2008).

8.2.4. Familia monoparental

En el marco de esta reconstrucción de las dinámicas familiares o de las relaciones de pareja, resulta crucial, si deseamos abordar la vejez y el envejecimiento desde una perspectiva feminista, considerar las diversas experiencias y expectativas femeninas que desafían modelos convencionales y buscan establecer nuevos tipos de relaciones. Estas perspectivas críticas cuestionan las formas tradicionales de familia, reivindicando la posibilidad de elegir y desafiar los moldes socioculturales preestablecidos. Este cuestionamiento se extiende a la división sexual del trabajo, las prácticas de cuidado y el trabajo doméstico, abogando por un reconocimiento de que las opciones y aspiraciones de las mujeres trascienden la mera conformación de una pareja o la limitación al ámbito doméstico. Repensar y reconfigurar las estructuras sociales en torno a la vejez, promoviendo un cambio hacia relaciones más equitativas y liberadoras:

“¿cómo se vive? La verdad es que yo no estoy ni ahí, porque yo puedo hacer mi vida sin pareja, porque hay distintos tipos de familia, ¿O no? Hay familias que tienen un montón de hijos, y hay... yo siempre he dicho, yo soy una familia monoparental, estoy yo nomás, y es una familia, al fin y al cabo, y es muy respetable. Fue mi opción, y ante la sociedad, a mí... no estoy ni ahí. Y siempre fui así. Así que a mí... Familia, yo soy familia monoparental, yo soy la familia, punto. Yo soy la dueña de casa, soy la empleada, soy la asesora del hogar, soy la persona que hace el aseo, todo, todo. Así que a mí eso no... ¿Cómo te dijera? No me calentó, no me preocupó, mejor dicho, para nada. Así, nada más que eso” (Amelia, 60 y más años, Puerto Aysén).

Finalmente, el análisis no se limita únicamente a las posibilidades de las relaciones sociales, sino que también abarca los estereotipos prevalentes en términos de relaciones y configuraciones de pareja que influyen en las experiencias de las personas mayores. Es fundamental cuestionar el rol tradicionalmente asignado a la mujer como cuidadora dentro de las dinámicas de pareja, interrogando qué tipo de relaciones se desean construir. Este proceso de reflexión implica reivindicar y ejercer agencia sobre la definición de los propios roles y expectativas en el contexto de las relaciones íntimas y familiares. Se trata,

por tanto, de desafiar y transformar las normas sociales y culturales que dictan cómo deben ser las relaciones y los roles de género a medida que las personas envejecen, promoviendo una visión más inclusiva y equitativa que permita a las personas mayores definir y vivir sus relaciones de acuerdo con sus propios términos y deseos:

“No... será donde no me junté con otra persona, será porque no encontré otro hombre, no sé, pero no... no me arrepiento. Los hombres son aprovechadores, pienso yo, no todos pero casi la mayoría. Yo a estas alturas de la vida, no voy a buscar un viejo, ¿Para qué? ¿Para qué me tempere los pies? No” (Daniela, 60 y más años, Coyhaique).

Si bien la familia continúa siendo un pilar fundamental en la vida de algunas mujeres y el matrimonio aún mantiene cierta relevancia, aunque en menor medida que en el pasado, lo que se observa es una creciente ruptura y cuestionamiento de los modelos familiares tradicionales. El discurso patriarcal y marital persiste, aunque su desmantelamiento no es sencillo. Por ello, la construcción de nuevos modelos de relaciones y vínculos demanda la imaginación y la implementación de alternativas a los paradigmas más arraigados, tales como la maternidad abnegada y el matrimonio heterosexual, que han dominado en un mundo globalizado. Estas formas tradicionales, a menudo, han limitado las expresiones de amor y participación en relaciones entre personas que coexisten en un mismo entorno, imponiendo relaciones que, de alguna manera, parecen forzadas o con pocas alternativas. No obstante, las distintas generaciones están redefiniendo las relaciones amorosas y familiares, explorando nuevas formas de convivencia y afecto que desafían los límites establecidos por modelos anteriores, marcando un cambio en la percepción de las relaciones íntimas y familiares en la sociedad contemporánea.

8.2.5. Más allá de la familia. Residir en la Patagonia

La experiencia de residir en la Patagonia ejerce una influencia significativa sobre la vida de las personas, así como sobre sus procesos de envejecimiento, incidiendo en la decisión de optar por la permanencia en lugar de la movilidad laboral. A pesar de las desafiantes condiciones geográficas y climáticas que caracterizan a esta región, la elección de vivir allí refleja la búsqueda de una existencia más tranquila y una conexión más íntima con el entorno, así como la preferencia por relaciones comunitarias más estrechas. Se evidencia la relevancia del ejercicio de la agencia personal en la construcción de la identidad a lo largo de la vida:

“Éramos 140 nosotros y más los marinos poquitos, más de 200 no habían ahí, y de ahí paso todo eso y llegamos en enero, febrero a Punta Arenas y de ahí nos repartieron, yo

tenía que volver, tenía que volver si o si a Valparaíso, como era remiso, tenía que volver allá, y de ahí llamaron quien se iba a quedar voluntario en Punta Arenas y ahí seguí al frente y me quede acá, y ahí fui hippie trabajé en artesanía, soy artesano le hago a todo, y después ahí me case, conocí a mi esposa acá, y tuvimos 5 hijos y empezó la pega acá” (Joaquín, 30 a 59 años, Punta Arenas).

La elección de permanecer en una localidad específica, motivada por la naturaleza del empleo, se enmarca en una concepción del trabajo como una entidad permanente y estable. Esta concepción contrasta con otras formas de empleo que podrían requerir movilidad geográfica o cambios frecuentes de lugar de trabajo. Para muchas personas, la estabilidad laboral es un factor determinante para establecerse en una determinada zona, particularmente cuando se contempla la posibilidad de residir allí a largo plazo y asegurar una estabilidad durante la vejez. Para las personas mayores, la constancia y familiaridad del entorno adquieren una relevancia crucial, a menudo superando las potenciales ventajas de la movilidad laboral o las oportunidades económicas disponibles en otros lugares:

“Quise quedarme aquí porque la carrera de nosotros es planta no somos destinado con fuerza mayor, que tenga un hijo que esta zona es adversa para vivir que la esposa no pueda vivir en esta zona por motivos de salud, entonces ese es el motivo que genero aquí, después uno va sentando hogar, entonces salir de acá es difícil, es difícil en el sentido porque no se dan las condiciones porque aquí tiene un sentido económico distinto al resto del país, porque aquí cancelan [paga] zona, ese es una de las principales razones, es cierto que es una zona totalmente aislada, influyo mucho que mi familia este totalmente disgregada” (Agustín, 60 y más años, Puerto Natales).

Los poblados mencionados, característicos de regiones como la Patagonia, fomentan una trama densa de relaciones interpersonales entre las familias que los habitan, contribuyendo significativamente al fortalecimiento de redes sociales locales. Este entrelazado social no solo facilita la cohesión comunitaria, sino que también promueve un entorno de apoyo mutuo esencial para el bienestar colectivo. Asimismo, y tal como se observa en los relatos hay un alto componente comunitario y familiar. O, tal como señala Castro (2012) son relaciones propias con una fuerte base en las relaciones comunitarias, con una prolongada presencia en el territorio y de parentesco entre una parte significativa de los habitantes.

En el contexto del envejecimiento, la existencia de redes sociales robustas en estos poblados adquiere una dimensión adicional de importancia. Para las personas mayores, estas redes no solo representan una fuente de compañía y apoyo emocional, sino también un recurso crítico para la asistencia práctica en la vida cotidiana. La interdependencia

generada permite a las personas mayores vivir con dignidad y seguridad, manteniendo su autonomía e integración social:

“Yo me daba cuenta que mis tíos eran muchos los que vivían en la casa... mi mamá, algunos tíos, llegaban algunos primos y mi abuela siempre hacía una olla de mucha comida, por lo tanto nunca faltaba, llegaban 5 o 20 personas y siempre había comida para todos, entonces eso yo creo que es algo muy bonito que a uno no se le puede olvidar, el hecho de no ser egoísta, de mirar al que tiene menos, de apoyar a las personas que tienen problemas de diferente índole, siempre ese fue un consejo que estuvo marcado por mi abuelo” (Tomás, 30 a 39 años, Coyhaique).

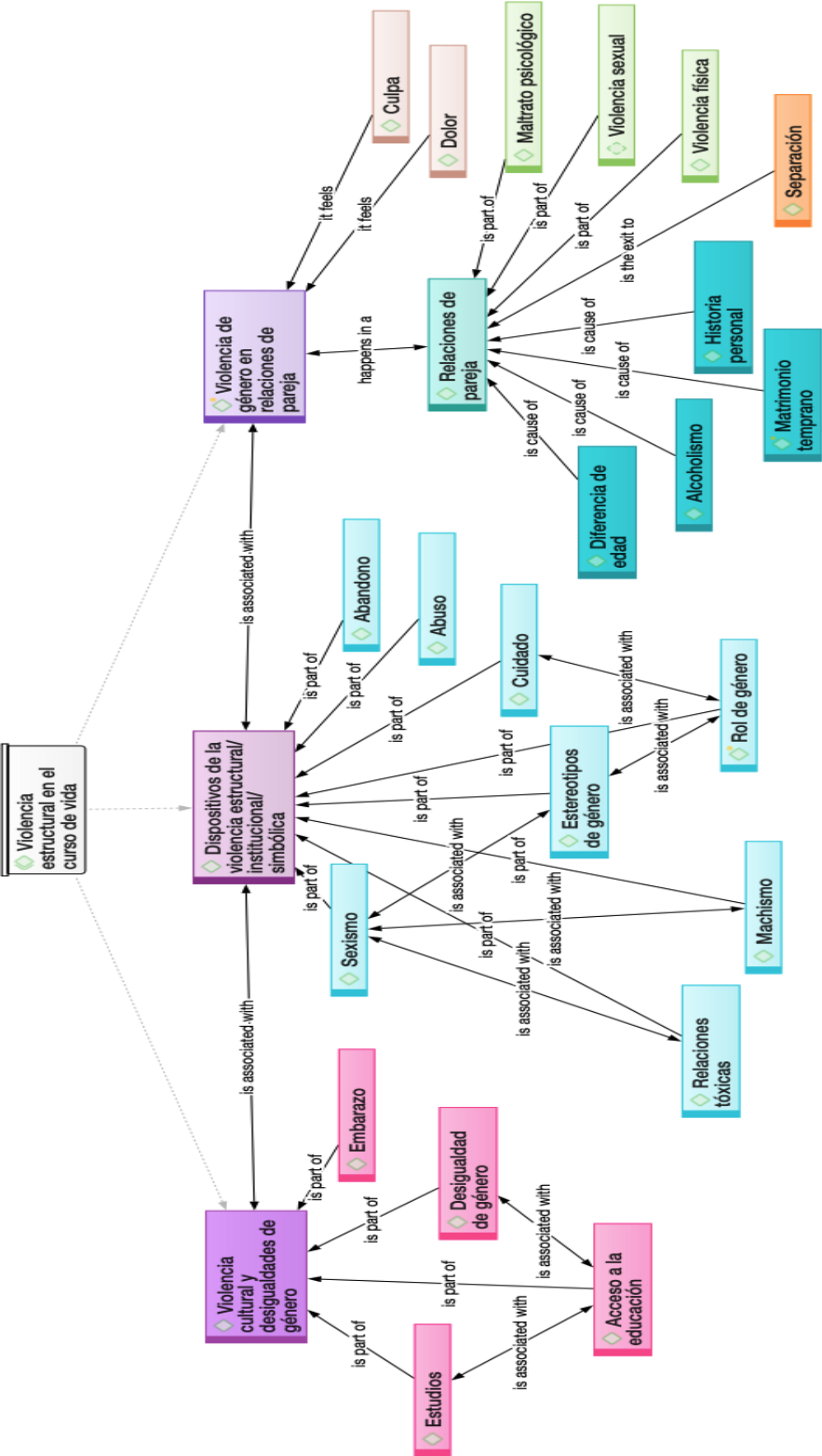
8.3. Cuerpos normados: La violencia dentro del sistema patriarcal en el curso de la vida

Dentro de un contexto patriarcal caracterizado por relaciones de género asimétricas y desigualdades descritas, la violencia contra mujeres y niñas constituye la máxima expresión de esta desigualdad (CEDAW, 1979).⁷⁰ A partir de esta premisa, el análisis de las entrevistas releva determinadas expresiones del continuo de violencia hacia las mujeres: desigualdades de género, violencia en contexto de pareja, abuso de poder y violencia sexual. Estos ámbitos, aunque no engloban todas las manifestaciones que afectan la autonomía de las mujeres y el pleno desarrollo de sus proyectos de vida, permiten esbozar ciertas reflexiones sobre el contexto social y cultural en el que estamos inmersas.

En cualquier caso, la violencia contra las mujeres es estructural y de naturaleza compleja. Para su comprensión, Osborne (2009) sugiere situarla dentro de este marco estructural, afirmando que “la violencia de género responde a un fenómeno estructural para el mantenimiento de la desigualdad entre los sexos. Es una forma de ejercicio del poder para perpetuar la dominación sexista” (p.42). Este enfoque nos permite analizar y desafiar los fundamentos sobre los cuales se construyen las relaciones sociales. Se reconoce que esta forma de violencia se manifiesta a través de múltiples capas que se superponen e interrelacionan, generando una configuración particular y, al mismo tiempo, general. Estas intersecciones incluyen aspectos económicos, socioculturales y políticos.

⁷⁰<https://www.ohchr.org/es/instruments-mechanisms/instruments/convention-elimination-all-forms-discrimination-against-women>

Figura 30 Red semántica violencia estructural en el curso de la vida



Fuente: Elaboración propia.

La red completa que se muestra en la figura 30 evidencia el análisis de los códigos asociados. Esta red se centra en tres dimensiones: violencia cultural y desigualdades de género, dispositivos de la violencia estructural/institucional/simbólica y violencia de género en contexto de relación de pareja.

Se observa que la naturaleza de esta violencia es históricamente contingente, variando y transformando el diálogo en diferentes contextos y épocas. En el caso específico de la Patagonia, la violencia de género se presenta como una expresión local, reflejando las formas en que las mujeres se han organizado y resistido a estas particularidades. Por ejemplo, históricamente, la violencia íntima de pareja fue legitimada, también es cierto que, lentamente, las actitudes empiezan a cambiar y que el nivel de normalización y tolerancia de la violencia disminuye:

“Una jamás abrió la boca pa ir a decir a carabineros que mi marido me golpeó, porque los carabineros decían, “bueno, es tu marido ¿a qué te casaste?” y era todo ¿le parece a usted bien esa respuesta? ¡No!, pero antiguamente era así y uno hasta donde podía aguantar porque por eso pasaban tantas cosas” (Catalina, 60 y más años, Punta Arenas).

Sin embargo, a través la influencia de los movimientos feministas y a la implementación de leyes y políticas públicas, se ha avanzado hacia la protección de las mujeres en distintos ámbitos. Esto subraya que la violencia de género no se limita a los espacios íntimos o familiares, sino que se extiende a diversos contextos como el laboral, educativo y público. A través del análisis de entrevistas, se evidencia la prevalencia de violencia dentro de la familia nuclear y extendida, así como la perpetuación de estereotipos de género y roles de cuidado, que contribuyen al sexismo y a formas discriminatorias en las relaciones familiares y sociales:

“Mi infancia tengo recuerdos que mi papá maltrataba a mi mamá de repente, le pegaba, y como se dice ahora las está pagando todas” (Joaquín, 30 a 59 años, Punta Arenas).

Asimismo, la comprensión de la violencia de género requiere considerar el contexto sociohistórico específico, ya que esta incluye diversas manifestaciones y percepciones a lo largo de las generaciones. Las generaciones mayores, por ejemplo, pueden haber considerado ciertas formas de violencia como legítimas socialmente. En contraste, las generaciones más jóvenes, si bien pueden no haber experimentado directamente ciertas formas de violencia, reconocen y recuerdan las experiencias de sus padres, madres, abuelos y abuelas, lo que indica una evolución en la percepción y experiencia de la

violencia de género a lo largo del tiempo. Sin embargo, estas generaciones más jóvenes muestran un cierto distanciamiento de estas experiencias personales, pero siguen estando expuestas a ellas a través de los recuerdos de sus abuelas o abuelos. Esto indica que, aunque las formas y la frecuencia de la violencia de género puedan variar entre generaciones, su presencia continua influyendo en la percepción y en las actitudes de las generaciones más jóvenes:

“Mi mamá ni siquiera se podía asomar al cerco, porque en ese tiempo las casas eran diferentes y los cercos eran todos de madera, y de repente mi mamá se acercaba al cerco se subía, y ya él la bajaba y la golpeaba, y no eran castigos así nomás, eran golpes fuertes” (Trinidad, 30 a 59 años, Punta Arenas).

La red presentada destaca la importancia de entender la violencia de género como un fenómeno complejo y multifacético, que se entrelaza con estructuras económicas, políticas y socioculturales, y cuya manifestación y percepción varía significativamente a lo largo del tiempo y entre diferentes contextos y generaciones. Fraser (2015) que aborda la dimensión del reconocimiento, en la que el género se conceptualiza como una diferencia de estatus. Esta perspectiva enfatiza cómo se codifican culturalmente patrones interpretativos, destacando que el valor cultural predominante es el masculino, el cual permea tanto la cultura popular como las interacciones cotidianas. Como consecuencia, se generan diversas manifestaciones de violencia y experiencias de subordinación específicamente vividas por las mujeres, incluyendo la violencia de género, el acoso sexual y la violación.

8.3.1. Violencia cultural y desigualdades de género

Cada sistema social se configura a partir de cómo se definen e interactúan sus miembros. Esta configuración ha estado históricamente mediada por el sistema patriarcal, el cual ha establecido relaciones de poder a través de la preeminencia de lo masculino.

En el contexto de la violencia cultural y desigualdades de género, me refiero a aquellas expresiones y prácticas menos detectables, pero de más largo alcance, creadora de estereotipos y construida por tradiciones, educación, salud, etc. (Venegas et al., 2019). Una de las problemáticas mencionadas por mujeres se refiere al trato deshumanizado durante el **embarazo**. Esto se evidencia en la patologización de procesos reproductivos naturales, donde aspectos inherentes a la gestación, el parto y el posparto son abordados desde una perspectiva que los considera potencialmente problemáticos. Esta situación

contribuye a la invisibilización de las necesidades específicas de las mujeres en estos procesos, generando una tensión significativa en la atención sanitaria:

“Si la Flor, no quiso ir a estudiar porque se quedó embarazada de la Cony, de su hija. Y su hermana mayor, la quería llevar porque estaban tomando la pensión, entonces le decía: “Nos vamos las dos hermanita, y estudias...”; “No, no, déjenme tranquila, ¿Con quién voy a dejar a mi hija?” (Daniela, 60 y más años, Punta Arenas).

La experiencia del embarazo, relatada en numerosos testimonios, se presenta como una etapa en la que se vulneran de manera sistemática los derechos sexuales y reproductivos. Se observa una tendencia a vivir estos procesos de manera solitaria, caracterizados por un limitado acceso a información:

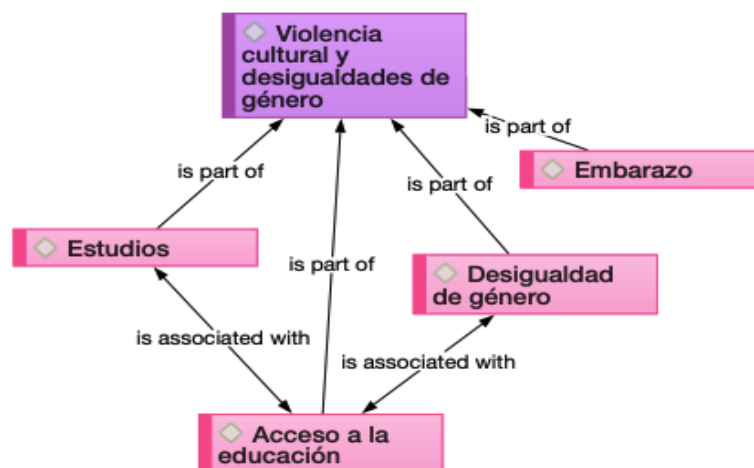
“Me di cuenta que estaba embarazada y me quedé callada, no le conté a nadie, nadie, nadie, nadie y como a los 5 meses fui al doctor, igual me retó y me dijo que cómo no había ido y qué sé yo, y yo le dije que quería estar bien segura porque como ya me ha pasado este asunto de las pérdidas quería estar segura de que estoy bien” (Fernanda, 60 y más años, Punta Arenas).

Además, se reporta una atención deficiente dentro de los sistemas de salud, lo que se agrava por la presencia de prácticas negligentes en diferentes dispositivos del sistema sanitario:

“Nacieron acá que no me pudieron mandar a Coyhaique y llegué muy tarde de la primera, que casi me muero. Y la segunda fue medio adelantado el parto, se me adelantó un poquito y... además ya había tenido varios, ya sabía... y había más adelantos también acá, la primera vez, no, había una posta chiquitita nomás, después ya había hospital, había médicos” (Aurora, 60 y más años, Cochrane).

De este modo, Arruza (2017) señala que la opresión de género, como resultado de estas dinámicas, es un fenómeno que trasciende las relaciones interpersonales y posee una dimensión social significativa. Esta opresión se manifiesta a través de la reproducción de jerarquías sociales –como la posibilidad de estudiar y trabajar de las mujeres– que impregnan las normas e instituciones, reforzando así las estructuras de poder y desigualdad de género en la sociedad. En términos gráficos se observa lo siguiente.

Figura 31 Red semántica violencia cultural y desigualdades de género



Fuente: Elaboración propia.

El ámbito de la educación, y en específico la alfabetización, es muy importante para la calidad de vida y, por consiguiente, para la prolongación de la vida de las personas. Así lo reconocen organismos internacionales, entre ellos la UNESCO, quien indica que “el vínculo entre la alfabetización y la esperanza de vida es muy sólido. Los padres y madres con más años de estudio tienen hijos con mejor salud y que viven más tiempo” (UNESCO, 2002, p. 14). En Chile, en cuanto al ámbito de la instrucción e inserción en la educación formal, se evidencia un alza sostenida desde la década del cincuenta hasta el presente, si en el año 1960 un 86,2% de la población mayor de 15 años sabía leer o escribir, en el 2017 esa cifra aumentó a un 95,8% (INE, 2017). Este proceso fue promovido durante el transcurso de la primera mitad del siglo XX en Chile. En 1920, se promulgó una Ley de Educación Primaria que estableció su obligatoriedad; a finales de esa década, se reorganizó el sistema educacional público y se creó el actual Ministerio de Educación. No obstante, el avance en materia de educación enfrentó la oposición de las élites conservadoras, que rechazaban el desarrollo de la educación secundaria gratuita estatal para las mujeres. Fue a partir de la Reforma Educacional de 1965 que se observó una expansión de la educación mixta y la incorporación de las mujeres en todos los niveles de enseñanza. Esta situación consolidó un sistema educativo que reproducía territorialmente las relaciones centro-periferia y perpetuaba las desigualdades y segregaciones de clase y género en el acceso a la educación:

“Así que no pude ser lo que quería ser, profesora. Así que después cuando ya... el año 85 me fui a hacer el séptimo y el octavo a la escuela N° 1, también con la misma inteligencia, porque saqué el primer lugar ahí” (Paula, 60 y más años, Puerto Natales).

“Yo terminé el octavo básico nomás, que antes era muy difícil estudiar. Yo terminé el octavo después de adulta, no lo terminé cuando estaba estudiando, salí de tercero y después estudié en la noche y terminé mis cursos” (Olivia, 60 y más años, Coyhaique).

“Después que yo estuve como 6 años nomás en la escuela, pero 4 años interna, después ya me vine los otros años a Coyhaique a la escuela N° 21, después ya no fui más al colegio, tenía que ayudarlo a trabajar a mis papás, porque ellos trabajaban y yo tenía que hacerme cargo de la casa, se puede decir, de mis hermanos, de todo de la casa” (Aurora, 60 y más años, Cochrane).

El acceso a la educación no sólo fue mediado por estrategias familiares, sino que también estuvo condicionado por las posibilidades y estructuras emergentes en el contexto de las políticas públicas educativas, “la división de clases sociales entre los establecimientos educacionales respondió fundamentalmente a motivos materiales dado que los niños y jóvenes de las clases populares representaban ingresos importantes en la economía doméstica y además era casi inexistente una idea de la escolarización como vehículo de movilidad social” (Ilabaca y Corvalán, 2022, p. 15).

Finalmente, desde la perspectiva del curso de la vida, uno de los principios es el **momento** (Elder et al., 2006), que proporciona perspectivas sobre el tiempo en el que vive la persona. Por ejemplo, las personas mayores chilenas en esta investigación, les tocó vivir profundos cambios entre su socialización y posterior incorporación al mundo laboral, comenzando su trayectoria laboral a partir de 1970. Sin embargo, se instauró una dictadura militar que se extendió hasta 1990. Este suceso provocó que esta generación experimentara un brusco cambio en lo referente a los temas políticos, ya que es una generación que vivió en carne propia las violaciones a los derechos humanos y la represión de la dictadura.

Al respecto, Jelin (2002) ha argumentado que en contextos postdictatoriales, la memoria colectiva se convierte en un ámbito crucial de lucha política. Desde esta perspectiva, el acto de recordar no solo sirve para honrar a las víctimas de la represión, sino que también se erige como un acto de resistencia. Durante la dictadura en Chile, el aparato estatal de represión buscó silenciar a aquellos sectores de la sociedad que se oponían al régimen, implementando un sistema de violencia institucionalizada que incluía tácticas de represión, asesinato, desaparición forzada, encarcelamiento y tortura. Así, el régimen autoritario, creó un ambiente permeado por el terror, la violencia, la represión y el

silencio. Esta dimensión resalta la importancia y el poder de la narrativa y el testimonio para articular y dar visibilidad a la violencia política sufrida:

“Terrible, terrible como en todas partes de Chile, Aysén no fue una excepción. Nosotros estábamos estudiando en esa época, en nocturno, en la ex Uni... en la sede que tenía la Universidad Técnica acá, y a las 6 de la tarde teníamos que está en la casa. A mí me costó mucho el primer título que saqué de técnico pesquero, me costó mucho obtenerlo, porque yo no pienso como el resto, claro, si en este país es complicado pensar diferente. Estamos viviendo una democracia protegida, tú no puedes pensar diferente porque igual te llega la discriminación, todas estas cuestiones. Yo, por eso cuando debo decir las cosas, las digo, me importa un pito, quien se enoje, quien le parezca mal, porque yo viví las cosas. Para nosotros fue terrible, terrible fue, pero igual salimos adelante” (Amelia, 60 y más años, Puerto Aysén).

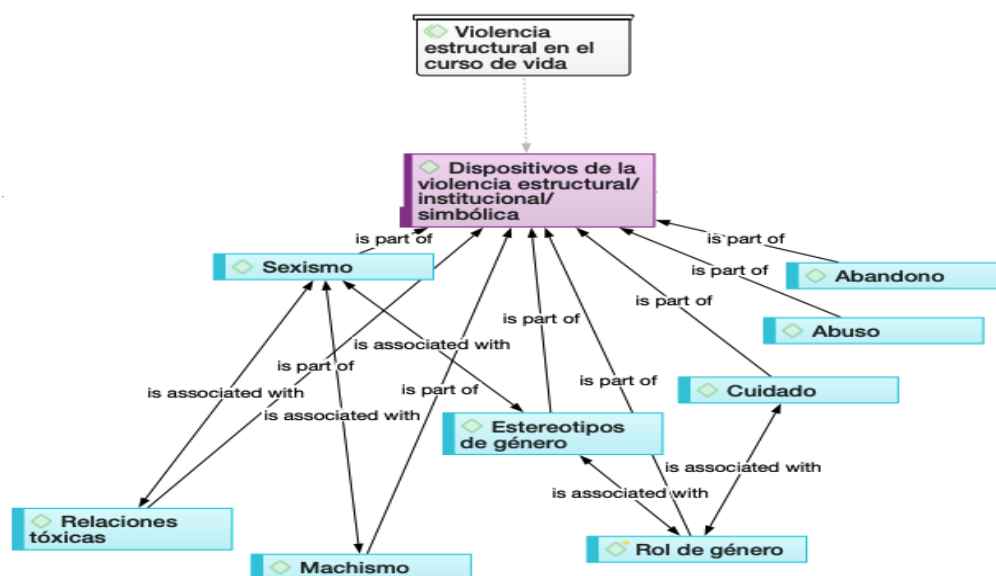
La influencia de la dictadura militar en Chile, se extendió más allá de la esfera pública e impactó significativamente el ámbito de la intimidad personal y familiar. Como afirma Valdés (2005), uno de los aspectos más notorios de esta influencia fue la promoción de un discurso y una agenda normativa de carácter conservador.

8.3.2. Dispositivos de la violencia estructural/institucional/simbólica

La violencia de género es un fenómeno social intrínsecamente vinculado a la dominación masculina y es crucial para el mantenimiento y perpetuación del sistema social patriarcal. Según Cobo (2019), esta forma de violencia es un acto político, ya que las mujeres están sujetas a una violencia específica. La violencia, en este contexto, se erige como una herramienta esencial del orden social patriarcal, relegando a la mujer al papel de objeto de dominación y coartando su libertad como sujeto social. En términos gráficos se observa lo siguiente.

Por su parte, Arendt (2018) argumenta que la violencia debe ser comprendida desde su función instrumental, ejercida a través de patrones estereotipados, tales como mensajes, valores, discursos y prácticas que perpetúan las relaciones sociales basadas en la diferenciación de sexo y género. Paralelamente, Segato (2016) señala que la violencia de género tiene también un carácter expresivo, arraigada en el ámbito de comunicación definido por normas corporativas que se rigen por el mandato de la masculinidad. El **sexismo** es una parte integral de las relaciones sociales arraigadas en una cultura que es simultáneamente heteronormativa y androcéntrica.

Figura 32 Red semántica dispositivos de la violencia estructural/institucional/simbólica



Fuente: Elaboración propia.

El sexismo se manifiesta como una forma de relación social que es asimétrica y discriminatoria hacia las mujeres, y está estrechamente vinculado con la violencia de género:

“Al hombre le cuesta mucho más asimilarla. Y yo lo encuentro que al hombre le cuesta más asimilarlo, porque también viene esto del hombre... de los hombres de nuestro siglo, ¿Por qué razón? Porque ellos están acostumbrados... el machismo no se les quita, ellos van a morir machistas, la generación ... Entonces, el adulto mayor que viene de esa época, le cuesta más asimilar cuando jubila, porque él no tiene nada más que hacer. Él no va a decir: “Oye viejita, tú sale ándate a un club y yo voy a hacer la comida. O quédate en la cama, yo voy a cocinar, yo te voy a traer el desayuno”, no lo va a hacer porque está acostumbrado a ser servido” (Paula, 60 y más años, Puerto Natales).

En el ámbito de la investigación, se identifican elementos estructurales en los relatos de mujeres que evidencian la presencia de dicha violencia en diversas formas. Estas manifestaciones, aunque frecuentemente ausentes en el discurso cotidiano, emergen claramente en los testimonios recogidos. La violencia de género se contextualiza en una estructura social donde prevalecen desigualdades de poder entre los géneros, y se manifiesta a través de prácticas que vulneran los derechos fundamentales de las mujeres. Dentro de estas prácticas, además, se reportan casos de **abuso sexual** por parte de miembros del entorno familiar cercano:

“No, en otro sentido. Y más encima yo les tenía rabia, les tenía odio, porque él abuso de mí. Entonces, yo no quería estar ahí” (Antonia, 60 y más años, Punta Arenas).

Asimismo, se menciona la presencia de “**relaciones tóxicas**”, muchas veces sostenidas por razones familiares o sociales, que reflejan una vez más las complejidades y desafíos inherentes a la lucha contra la violencia de género en distintos contextos y niveles de la sociedad:

“Porque mi papá tenía su carácter también, porque la señora era menor que yo, mi papá era celoso, todas esas cosas, pero bueno, ella lo aceptó así, mal no vivió, fue una buena mujer, siempre tenemos contacto con ella” (Sara, 60 y más años, Coyhaique).

Además, la violencia estructural se hace evidente en la forma en que las políticas y prácticas institucionales a menudo ignoran o minimizan las necesidades específicas de las mujeres, perpetuando así su marginalización y exposición a más riesgos de violencia. En el análisis de situaciones caracterizadas por violencia de género, se observa una tendencia hacia la normalización de la violencia, manifestada a través de diversas formas. Esta normalización se evidencia, por ejemplo, en la justificación de comportamientos violentos basados en la crianza o en las historias de vida o una dinámica de consumo de alcohol por parte de uno de los miembros de la pareja. Estos mecanismos de justificación buscan, de cierta manera, minimizar y racionalizar la violencia, ofreciendo explicaciones que, lejos de cuestionarla, la integran como parte de un contexto aceptado:

“Era violento con trago, pero él sano y bueno, era el mejor de los hombres ... tuve problemas sí, problemas que se presentan a veces, y bueno, suceden, suceden y hay que aceptar lo que viene nomás” (Paula, 60 y más años, Puerto Natales).

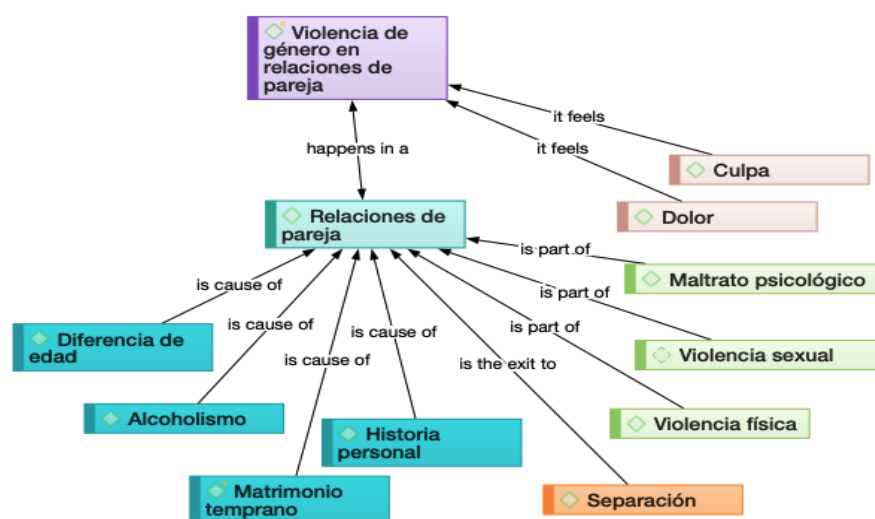
La violencia de género es estructural porque constituye uno de los pilares fundamentales que sostienen las sociedades patriarcales. Se extiende como un mecanismo eficaz de poder y dominación en las relaciones políticas, socioeconómicas y culturales a lo largo de diversos sistemas político-administrativos (Osborne, 2009). Además, es continua porque se manifiesta en todas las etapas de la vida y se despliega en los diversos espacios en los que nos desenvolvemos, teniendo un origen y desarrollo históricos. Esta violencia se manifiesta de manera constante en nuestras vidas, afectando a niñas, mujeres adultas y mayores, quienes experimentan diferentes formas de violencia a lo largo de su existencia.

8.3.3. Violencia de género en contexto de pareja y familiar

Los actuales procesos de globalización también redefinen los roles "naturales" asignados a mujeres y hombres, generando diversos fenómenos de (des)reestructuración. Como consecuencia, los modos de violencia previamente naturalizados y normalizados se

vuelven más evidentes. En este sentido, Segato (2016) argumenta que esta socialización diferenciada de los géneros da lugar a una especie de pedagogía de la crueldad. Dentro de este esquema, los hombres se ven impulsados a ejercer dominio sobre los cuerpos de las mujeres como parte de la afirmación y actualización constante de su identidad masculina. Este enfoque no solo perpetúa las disparidades de poder entre los géneros, sino que también refuerza las estructuras y prácticas que sostienen la desigualdad y la violencia de género en la sociedad. Estas prácticas abarcan un espectro que va desde la **violencia psicológica** hasta formas de **violencia física y sexual**, e incluyen tanto comportamientos verbales como actos corporales. En términos gráficos se observa lo siguiente.

Figura 33 Red semántica violencia de género en relaciones de pareja



Fuente: Elaboración propia.

Las vivencias de violencia de género en el ámbito de las relaciones de pareja, muchas veces no se limita a una única relación, sino que engloba la multiplicidad de relaciones afectivas experimentadas por una persona a lo largo de su vida. En la exploración de biografías personales se identifica particularmente que generaciones anteriores experimentaron la separación de su núcleo familiar primario debido a problemas socioeconómicos. Entre los relatos de estas personas, es recurrente la mención a haber crecido o vivido en entornos marcados por el abuso, el consumo de alcohol y otros problemas familiares. En esta perspectiva sobre los contextos donde se experimentó violencia, resulta relevante analizar cómo estas experiencias de crianza y los traumas asociados pueden tener efectos intergeneracionales. La forma en que una persona, especialmente una mujer en el contexto de este relato, fue criada y los desafíos que tuvo

que enfrentar, influyen en su propio enfoque de crianza y en las dinámicas familiares subsiguientes:

“Entonces, mi mamá muchos hermanos no conoció porque ellos dieron sus hijos, muchos partieron para otros lados, se los llevaron, ella se crio con un hermano nomás, parece. Tuvo una mala crianza, fue muy golpeada. Y resulta que mis abuelos paternos eran españoles, netamente españoles los 2, llegaron a Valdivia primero, y de Valdivia se vinieron a Punta Arenas, y en Valdivia la conocieron a mi mamá, o sea la recogieron ellos, a mi mamá, mis abuelos borrachos se lo dieron” (Paula, 60 y más años, Puerto Natales).

En este contexto, se analiza el proceso de discernimiento sobre qué aspectos de la relación pueden ser perdonados y cuáles resultan inaceptables. Asimismo, se ilustra las respuestas sociales e institucionales ante la violencia de género, evidenciando una evolución significativa a lo largo del tiempo. El relato aborda un período histórico donde las denuncias de violencia contra las mujeres eran más frecuentemente desestimadas por las autoridades, minimizando la gravedad de la situación y, en muchos casos, responsabilizando a las víctimas por la violencia sufrida. Además, se subraya la ausencia de apoyo y la estigmatización enfrentada por las mujeres que buscaban ayuda, factores que constituían obstáculos adicionales en el camino para salir de relaciones abusivas:

“No, por eso sería que después nos separamos, me pegó un solo palmazo [golpe con la mano] y yo no quise perdonarle, eso fue todo, después de los años ya se fue para Argentina, vivió unos años y ya se juntó con otra persona y yo también me junté con otra persona, pero ahí sí que la sufrí, porque fue malo, ya no fue un palmazo, sino que era de todos los días y le aguanté 7 años así, eso es una experiencia que uno... mi verdadero esposo que fue, fue buenísimo, si lo único fue que me pegó, pero vivía bien con él, teníamos negocio, pero no sé, por eso nunca le perdoné tampoco y después llegué a pensar que... no era como ahora que si un hombre le pega a una mujer enseguida va la justicia y se soluciona todo, antes no, los carabineros se reían de una cuando denunciaban hombres, yo varias veces fui porque no podía entrar a la casa con mis hijos, él era malo, andábamos de noche afuera y yo una vez fui a carabineros y me dijo: “bueno, cosas buenas no andarías haciendo algo por eso te pegan”, yo después decía: “qué voy a ir, si me retan [reproche] nomás” y varias mujeres sufrimos lo mismo, hubo ese tiempo y muchas personas sufrieron mucho, ahora no poh (Olivia, 60 y más años, Coyhaique).

Se abordan las diversas manifestaciones de violencia, tanto psicológica como física, incluyendo la presencia de celos, y cómo estas se manifiestan en el contexto de las relaciones. Lo principal en este contexto es la emergencia de la agencia y resistencia demostradas por numerosas mujeres frente a situaciones de violencia de género y la vivencia de la violencia en sí misma. Dentro de este marco, se destaca la capacidad de las mujeres para establecer límites frente a la agresión y reconocer los impactos emocionales y psicológicos derivados de estas experiencias traumáticas. Este reconocimiento juega un

papel crucial, permitiendo a las mujeres discernir y definir los límites y tipos de experiencias que desean vivir. Además, se examina la dinámica de cómo las mujeres pueden desvincularse de relaciones abusivas y evitar la perpetuación de ciclos de violencia en futuras relaciones:

“Como celos, como agresiones, psicológicas y físicas, las físicas no fueron tantas porque tampoco se lo permití, bueno si molesta hasta el día de hoy con ciertas situaciones, pero, lo que no te mata te fortalece” (Trinidad, 30 a 59 años, Punta Arenas).

En el marco de las experiencias de violencia de género, se observa una tristeza, dolor persistente al recordar relaciones marcadas por la violencia. Para las mujeres de generaciones mayores, estos recuerdos representan un pasado marcado por el **dolor**, no solo por sus propias experiencias, sino también por el impacto que tuvieron estas situaciones en la relación con sus hijos derivado de estar en una relación de pareja caracterizada por la violencia. Por otro lado, es significativo el limitado apoyo que estas mujeres percibieron en sus redes más cercanas, lo que acentúa la complejidad de sus experiencias. Como se ha planteado anteriormente, esta violencia no se limita exclusivamente al maltrato físico, sino que también abarca la privación de actividades de ocio, como viajar, que son restringidas por la pareja. Esto es el resultado de vivir en un espacio controlado. Los celos emergen como un factor recurrente, ejerciendo un control no solo en el ámbito privado sino también en el público, perpetuando un estado de violencia constante:

“No es que me moleste, pero a mí me da mucha tristeza recordar mi juventud. En parte [se pone a llorar] yo nunca salí a un baile, nunca pude salir con mi esposo a caminar a la orilla de la playa, no, porque él vivía curado [borracho] y era un hombre muy enfermizo de los celos, no me dejaba que me arregle, no quería que me peine, que si salía a la puerta de mi casa: “ahí está el otro [amante] esperándote” y así entonces fue un calvario toda la vida, entonces por eso siempre pensé que si yo me volvía a casar con otra persona no me iba a volver a poner una mano encima ... (Catalina, 60 años y más, Punta Arenas).

En el caso de las mujeres mayores, al compartir sus vivencias de violencia, ya sea tras haber quedado viudas, divorciadas o haber decidido no entablar nuevas relaciones, se evidencia cómo estas experiencias de violencia siguen siendo relevantes. Estas mujeres, a pesar de haber establecido límites o haberse alejado de relaciones abusivas, continúan experimentando el impacto de dichas vivencias:

“Porque cuando ya me vine a Punta Arenas y pasé por Santiago y vi tantas cosas también yo dije entre mi corazón: “esto va a cambiar y va a cambiar de raíz, a mí no me van a

tocar nunca más” porque yo viví golpeada, de los 14 o 16 años que me casé, que no tengo la seguridad [de la edad en que fue] hasta los 30 años que me separé porque yo ya no aguanté más y la verdad que no es una alegría decirlo, pero tampoco es una tristeza en el fondo, fueron mejor las cosas así, mis hijos se pudieron educar bien, no le voy a decir que hicieron bachillerato [estudios superiores] ni estas cosas, porque yo no tenía cómo pagarles tantos estudios, pero logré de que ellos estudien, porque él no quería que sus hijos estudien, entonces yo les digo siempre a mis hijos: “ustedes tienen que ser diferentes tienen que aprender la vida de ahora, a ser personas que escuchen a sus parejas” porque hoy día nadie se casa, hoy día todo el mundo se junta y si no anda bien la cosa, bueno (Catalina, 60 años y más, Punta Arenas).

También se van revelando historias de violencia contra las mujeres de generaciones anteriores, reflexiones personales sobre las relaciones familiares, donde figuras masculinas son caracterizadas como violentas y abusivas. Abuelos que ejercieron violencia física no solo a sus parejas, sino también a sus hijas. Violencia que se expresa también en un control del entorno y en la decisión de cómo ellas deben comportarse. Resulta crucial destacar que la concepción de la violencia dentro de las relaciones afectivas como una violación a los derechos de las mujeres, así como un problema de salud pública y un impedimento para el desarrollo social, es un reconocimiento relativamente reciente, propio de la segunda mitad del siglo XX:

“No, no a ninguno, agradezco no haber conocido al padre de mi mamá, porque creo que hubiera sido muy complicada la relación con él, porque era un hombre demasiado malo, y demasiado injusto, pegaba por cosas que no correspondían, y no eran golpes suaves, sino, que eran brutalidades, entonces creo que hubiera sido demasiado, o sea, sería demasiado frontal con él.” (Trinidad, 30 a 59 años, Punta Arenas).

Este cambio en la percepción y enfoque analítico ofrece una nueva perspectiva para entender y abordar la violencia de género. Anteriormente, prácticas y comportamientos que hoy se consideran inaceptables y perjudiciales eran a menudo normalizados y formaban parte del entorno social, aceptados sin cuestionamiento por generaciones anteriores. Sin embargo, el avance en el marco conceptual y analítico permite ahora identificar y cuestionar estas desigualdades y prácticas de la violencia de género:

“Mi mamá estuvo... no fue una relación muy buena, lamentablemente, ahí ya la junta fue mala, o sea de un principio él se mostró bien, pero el problema es que le hacía al trago y él era violento, con trago violento, golpeador, entonces, claro, fue una etapa mala y producto de eso nació mi hermana, pero gracias a dios ya después él se fue, pero mi mami sufría, o sea ella sufría y yo sufría porque yo era más grande, me daba cuenta y la trataba muy mal, o sea, con trago era un hombre muy violento, si no se hacía lo que él decía se enojaba, de hecho golpeó a mi mamá varias veces, entonces... lo que yo nunca había vivido antes porque yo nunca la vi golpeada ni mucho menos, gracias a dios, él se fue, hace muchos años que se fue, pero él sigue en las mismas, mi hermana creo que lo ha ido a ver un par de veces y siguió en las mismas, no quiso cambiar, se le

dieron muchas oportunidades, se trató de todos los medios, él intentó también pero no pudo” (Emilia, 30 a 59 años, Punta Arenas).

Las manifestaciones de violencia de género se han identificado a partir de relatos obtenidos en un contexto específico, con especial atención a las relaciones de pareja. En estos relatos se observan diversas formas de violencia, incluyendo maltrato psicológico, violencia sexual y violencia física:

“Lo tomé bien porque fue tanto el sufrimiento que tuve cuando mi esposo... él tomaba mucho, entonces... llegaba tarde, llegaba a pelear, no dormía bien, entonces esos para uno... uno se siente muy mal y cuando los niños son chicos es muy triste, cuando él se fue, yo quedé tranquila, quedamos en paz porque ya no me maltrataban, entonces por cualquier cosa ¡puf! El roce ya era pelea, uno no puede vivir así o llorando todo el tiempo y que los hijos no vena que uno llora, no, yo siempre lloré no delante de mis hijos, pero nunca les inculqué mal sobre su papá, no, así que yo estoy conforme y estoy feliz” (Agustina, 60 años y más, Punta Arenas).

Particularmente aquellas mujeres de generaciones mayores, describen el contexto de su matrimonio en términos de un esquema de género tradicional, que las posicionaba primordialmente como madres y esposas, sujetas a una lealtad y subyugación total hacia sus parejas:

“En el sentido de la mujer ha mejorado bastante, bendito sea dios, que la mujer aprendió a despertarse, valorizándose más, porque antes uno andaba ahí echadita, tenía que dar de comer a los pollos, a los chanchos, salir a las 5 de la mañana a hacer la hornada de carbón y todas estas cosas y después, con el permiso suyo, con la panza llena tenía que estar sirviéndole al marido, en la forma que llegaba mi marido, todo curado, hecho un desastre había que estarlo atendiendo y que: “viejito sírvete tu cafecito, toma tu cafecito” (Catalina, 60 años y más, Punta Arenas).

Este marco limitaba significativamente su participación laboral fuera del hogar, en parte al no tener redes para el cuidado, al elevado costo monetario y social del cuidado infantil externo y a la intensa carga que implicaba el trabajo doméstico y de cuidado.

“Los maridos las maltratan y a veces por cobarde, nadie dice nada, porque eso era lo que pasaba antes, Antes nadie escuchaba nada, si usted se quejaba era porque: “¡¡ahh!! ésa quiere dejar al macho que tiene”, entonces una siempre andaba calladita no decía nada, ahora no, ahora usted tiene la garantía de escoger a su manera a su pololo o al marido o qué sé yo y si no le resulta, se apartó nomás y se terminó, no se murió nadie” (Catalina, 60 años y más, Punta Arenas).

Algunas de estas mujeres expresaron su deseo de abandonar a sus parejas, vivir solas con sus hijos o retornar a sus familias de origen. No obstante, en algunos casos, estas opciones eran limitadas debido a la ausencia de legislación sobre el divorcio y a la falta de leyes sociales que obligasen a los hombres a contribuir económicamente al núcleo familiar. Es decir, se respalda que la asignación tradicional de las mujeres al ámbito privado y

doméstico se erige como el principal vehículo mediante el cual se hace efectiva la exclusión femenina de sus propios ideales de igualdad (Molina, 2015). Sin embargo, en muchos otros casos, la separación o la expulsión del marido del hogar emergieron como únicas soluciones ante situaciones de violencia. Por otro lado, es relevante observar cómo en los relatos se reflejan diversas justificaciones para estas relaciones y la violencia experimentada. Algunas mujeres aluden a antecedentes de violencia familiar en la historia personal de sus parejas o el consumo de alcohol como forma de explicar su comportamiento violento o el deterioro de la relación. También se mencionan matrimonios a temprana edad y falta de experiencia en la vida en pareja, en el manejo del hogar y en el cuidado de los hijos. Las diferencias de edad y los desafíos que emergen de provenir de contextos culturales distintos también son señalados como factores contribuyentes.

La violencia sexual es una manifestación de la violencia patriarcal que se expresa tanto en términos físicos como simbólicos. Este tipo de violencia afecta predominantemente a las mujeres y es perpetrada casi en su totalidad por hombres que, respaldados por relaciones de poder estructuralmente desiguales, la ejercen como un acto de dominación. Contrariamente a la noción patriarcal del “deseo sexual irrefrenable,” los crímenes sexuales son actos de poder. Segato (2016) define la violación como “un acto moralizante” que busca situar a la mujer en una posición de subordinación mediante la apropiación y control de su cuerpo:

“Y ella dijo: “Ellos que no se acerquen acá porque lo van a pasar mal”, ellos nunca más se acercaron a mí, y de ahí yo estuve en la casa de ellos, y yo trabaja donde ella por comida y por vestirme, mi vestuario y mi comida. Yo la acompañaba a ella, porque ella igual tenía hartos años. Y después de eso, de repente ella me llevaba a la iglesia evangélica, íbamos... ella quería que yo la acompañe, la acompañaba, íbamos, veníamos, y de ahí...” (Antonia, 60 y más años, Punta Arenas)

Además, se observan sentimientos ambivalentes en estas narrativas. La **culpa** es un elemento recurrente, derivado de la reflexión sobre la incapacidad de tomar decisiones en momentos críticos del pasado. En las generaciones intermedias, si bien se reportan experiencias de maltrato y abuso, estas suelen estar acompañadas de un recuerdo más vívido de lo vivido por sus madres, evidenciando la similitud entre sus experiencias y las relatadas en las entrevistas. Por otro lado, dentro de estas dinámicas de violencia, surge la cuestión de la culpabilización de la mujer en el contexto de las relaciones de pareja. La elección de la pareja y la decisión de establecer una relación son frecuentemente

interpretadas como factores que contribuyen a la perpetuación de la violencia, colocando una carga de responsabilidad sobre la víctima. Es crucial destacar que la violencia en el contexto de una relación de pareja no solo afecta a los miembros directos de la relación, sino también a otros integrantes de la familia, como los hijos. En ciertos casos, los hijos pueden llegar a intervenir activamente en estas situaciones, ya sea en un intento de proteger a la víctima o de confrontar al agresor:

“Después de unos años de casada, vinieron los episodios negros de mi vida, que fueron hasta que mi hijo cumplió, más o menos, unos 12 años, 14 años que mis hijos pusieron los puntos sobre las i, pero ese solo episodio fue negro de mi vida, pero como yo siempre lo he dicho, mi esposo no fue culpable porque fue la manera en que fue criado, y la persona es y se demuestra cómo se crio, entonces no es culpable de lo que era. Y además, como yo siempre le decida a mis hijos, a mí nadie me mando a casarme, yo lo elegí, yo me case con él, yo siempre lo quise, yo siempre lo ame, incluso por más que pase cosas con él, todavía lo extraño, porque el sano y bueno, era el hombre más bueno del mundo. Pero cuando tomaba trago, se transformaba” (Paula, 60 y más años, Puerto Natales).

Se identifica un continuo de violencia que, aunque predominantemente observado dentro de las relaciones de pareja, se extiende también a contextos familiares más amplios, incluyendo interacciones con otros miembros de la familia y personas encargadas del cuidado. Esta violencia permea las relaciones intergeneracionales y otros vínculos familiares. En particular, se destaca la situación de las abuelas que asumen responsabilidades de cuidado de sus nietos o nietas. Esta realidad, frecuentemente arraigada en roles tradicionales, coloca a muchas mujeres mayores en una posición de asumir responsabilidades familiares durante la vejez, a menudo sin posibilidad de elección propia. El desempeño de estas funciones, especialmente en un contexto donde pueden no ser deseadas, puede actuar como un catalizador de tensión y conflictos. El ámbito de los afectos, la familia se asocia con la expresión de cariño. No obstante, este mismo escenario familiar, es también el terreno en el que se originan, perpetúan y evidencian las desigualdades de género, dando lugar a diferencias jerárquicas significativas:

“Me retaba, me pegaba, pero... yo la entendía, yo la entendía, ella era una mujer ya demasiado de edad, y no estaba para estar cuidando nietos, eso se sabía, las cosas de la vida, le tocó criar nietos, ya viejita. Entonces, cuando ella falleció yo estaba a su lado, lloró cuando se dio cuenta que era yo, que estaba al lado. Entonces, son cosas que uno no se olvida ...” (Isidora, 30 a 59 años, Puerto Aysén).

Este análisis evidencia la complejidad de las dinámicas de violencia de género, en las cuales se entrelazan factores culturales, sociales y personales, además de la presencia de

relaciones de poder entre hombres y mujeres. Asimismo, se resalta la importancia de considerar la violencia de género como un fenómeno que se extiende a lo largo del curso de la vida y atraviesa generaciones, con impactos profundos y duraderos tanto en las mujeres mayores como en sus familias. Se evidencia cómo las experiencias de violencia influyen y se integran en el curso de la vida de las mujeres mayores y cómo se hace evidente la relación entre género y envejecimiento.

8.3.4. Violencia hacia las personas mayores.

La violencia contra las personas mayores debe ser comprendida dentro de un marco estructural, que permea diversos ámbitos sociales, culturales, jurídicos y políticos, y trasciende las meras interacciones interpersonales. Esta violencia se manifiesta a través de la reproducción de jerarquías etarias y se emplea como un instrumento para asegurar la opresión y el disciplinamiento de cuerpos que se consideran más frágiles. Se observa tanto en relaciones interpersonales como institucionales, y adopta múltiples formas, incluidas la violencia física, psicológica, sexual, económica, así como el abandono y la negligencia:

“No es miedo, sino rabia de que alguien me tenga que estar maltratando, si yo nunca maltraté a nadie. Yo no me acuerdo, ni siquiera a mis hijos, haberles pegado de repente me daba rabia, pero no como las personas que maltratan a sus hijos y también que tenía una hermana que era medio mala con mi mamá, como ella vivía con mi mamá, mi mami siempre estaba como asustadita cuando una la iba a ver, me decía: “llévame, hijita, pa tu casa”, entonces eso me da pena, me da pena que me pase a mí de repente, pero son diferentes mis hijas, eso sí, es que uno no sabe lo que va a pasar. Yo digo que entre tanto, cómo no va a haber alguno que me salve [se ríe] No me gustaría que me maltraten o que me peguen porque es muy triste eso y lo veo en otra gente, es triste ver a una persona maltratada o una persona sola, que esté todo el día en su casa sola” (Maite, 60 y más años, Punta Arenas).

Además, su naturaleza intergeneracional subraya la persistencia y la transmisión de estas dinámicas de poder a través del tiempo. Asimismo, en contextos como Chile, donde la esperanza de vida es mayor para las mujeres, estas dinámicas de violencia tienden a impactar de manera más aguda a las mujeres mayores, intensificando su vulnerabilidad ante estas prácticas abusivas:

“Tengo una amiga que me parte el alma, porque ella tiene una inmensa casa, crio a un niño que lo crio como hijo, y ella quedó viuda, y ella está enferma, porque ella está media postrada, y él vino con su mujer, se vino a la casa, la metió... no digo yo que la

tiró para afuera ni cosas por el estilo, pero la dejó en una pieza donde la enclaustro, ahí le llevan la comida, o sea la aprisionó, la dejó prisionera, le sirven la comida, todo ahí, o sea como la viejita apestada que no puede estar con ellos adentro ni nada, y ella trajo toda su familia de Chiloé, los trajo a la casa y la viejita quedó ahí en su pieza encerrada. Entonces eso no es vida para nosotros los adultos mayores. ¿Y qué sacamos si no podemos...? ¿A dónde vamos a llevar a esa viejita nosotros si ella denunciara que le quitaron su casa y la tiraron ahí? No se puede, no hay dónde llevarla” (Paula, 60 y más años, Puerto Natales).

La violencia hacia las personas mayores se manifiesta en un contexto que refleja las desigualdades inherentes en las dinámicas de poder. Este fenómeno se enmarca en un sistema simbólico de discriminación por edad, el cual condiciona una serie de prácticas cotidianas específicas que violan los derechos fundamentales de las personas mayores a vivir sin violencia. Como resultado, la violencia se convierte en un mecanismo simbólico implícito en las relaciones sociales y en las penalizaciones, funcionando como herramientas de regulación y control social.

8.4. Espacios normados: El desempeño de roles generizados a lo largo del curso de la vida.

8.4.1. Las tradicionales cuidadoras

Al analizar las entrevistas y el papel de las figuras maternas, emergen varios elementos clave que moldean la identidad de las personas. Se observan diferencias entre las abuelas maternas y paternas, estableciendo contrastes en sus estilos de crianza. Sin embargo, hay una constante: independientemente de sus características o de su relación de parentesco, las abuelas asumen roles cruciales en la crianza, especialmente ante la ausencia de la madre. En este contexto, las abuelas muestran un carácter fuerte y resuelto, mientras que otras adoptan un enfoque más tradicional y acogedor. Estos estilos están profundamente influenciados por roles generizados. En la ausencia de la madre, las abuelas no solo se convierten en figuras de cuidado, sino también en representantes de distintas facetas del género: desde la fortaleza hasta la tradición en el cuidado, bajo modelos variados y matizados de feminidad.

Los roles de género, en este escenario, reflejan una imagen tradicional de la mujer. Aquellas que se muestran activas, autónomas, y desafiantes son a menudo etiquetadas como "duras" o pertenecientes a "otra época". Por otro lado, se resalta el papel de la mujer

como cuidadora, caracterizada por la ternura y la protección. Este enfoque sugiere que las mujeres deberían asumir roles tradicionales de cuidado diario, ofreciendo contención, afecto y cariño, propiciando la perpetuación de roles de género (Martín, 2008). Estos discursos subrayan la influencia significativa de las abuelas en la crianza y el desarrollo emocional, así como el impacto de los roles de género en la percepción y el comportamiento de las mujeres dentro de la estructura familiar:

“Era una vieja muy dura, y yo estoy seguro que era una vieja muy dura, le gustaba andar a caballo, andaba peleando, era otra época en realidad, pero conmigo era un amor, ella me crio, cuando era muy pequeño, me llevaba al colegio (...) con mi otra abuela yo dormía en su misma cama, ella me vestía, ella me daba comida, ella me sacaba a pasear al parque, todo lo que no hizo mi mamá” (Mateo, 18 a 29 años, Punta Arenas).

Con relación a los roles de las abuelas, independientemente de su relación de parentesco, se observa una tendencia en la generación más joven a enfatizar una relación positiva. Esto sugiere la existencia de un vínculo afectivo estable, caracterizado por elementos clave como el respeto, el afecto y la proximidad emocional. Dentro de este contexto, las abuelas emergen no sólo como figuras de cuidado, sino también como agentes claves de la historia oral. En esta dinámica, la abuela se posiciona como un eslabón esencial en la conservación y narración de la historia familiar y social, extendiéndose más allá en la Patagonia. Esta función trasciende el simple acto de cuidado, constituyéndose en una contribución significativa en la formación de la identidad de las generaciones más jóvenes. Las historias compartidas por las abuelas, no solo fortalecen la conexión con el pasado, sino que también son importantes en la construcción de la narrativa personal presente:

“Pero mi relación con ella -abuela- siempre fue buena, y de ella recibía todas estas historias. De mi abuela paterna...” (Diego, 18 a 29 años, Porvenir).

8.4.2. La jerarquía de los roles masculinos

Connell y Messerschmidt (2005) definen la masculinidad hegemónica como una configuración de prácticas de género que garantizan la posición dominante de los hombres, son aquellas prácticas que organizan, reproducen y se benefician de las diferentes formas de dominación masculina, entendiendo el género como una práctica social y la masculinidad como una configuración de dicha práctica. Esta forma hegemónica de masculinidad se mide en términos de poder económico y posición social.

Los roles masculinos, históricamente vinculados a una figura simbólica del “patriarca”, representan una posición dominante dentro de una estructura familiar. Este rol no solo es fundamental en términos de la autoridad dentro de la familia, sino que también refleja una valoración profunda de la autoridad masculina como un pilar central:

“Me gustaría, ser el patriarca, enseñarle a mis hijos a respetar a su padre” (Mateo, 18 a 29 años, Punta Arenas).

Además, este concepto de patriarcado trasciende la simple jerarquía basada en roles de género. Se extiende a una jerarquía que incluye la categoría de edad, donde el respeto hacia los padres y abuelos se convierte en un atributo esencial. Como he planteado, una perspectiva que interrelaciona género y vejez permite la identificación de diversas desigualdades e inequidades experimentadas por las mujeres a lo largo del curso de vida (Leyra y Roldán, 2013). Esta estructura jerárquica, demuestra cómo en la autoridad masculina se han integrado y perpetuado en las normas y prácticas familiares a lo largo de la historia. Conviene subrayar, que el patriarca no solo simboliza un líder o una figura de autoridad, sino que también encarna una tradición cultural de respeto y reconocimiento hacia los hombres mayores y fundamentalmente hacia aquellos en posiciones de poder dentro del contexto familiar:

“Mi abuelo, en ese tiempo, los abuelos, los hombres digamos eran el macho de la familia, o sea que la mujer era la que trabajaba y la encargada de la casa. Y el abuelo era muy voluntarioso, muy... guapo. Con nosotros no alternaba [compartía] mucho, porque él llegaba, nos saludaba y se iba, por ejemplo, con él no mucho, pero nosotros pensamos que así tenía que ser, porque él era el hombre de la familia. Cuando nosotros estábamos almorzando en la mesa, calladitos, o sea ni siquiera podíamos decir hola, conversaban los grandes y nosotros calladitos nomás, pero eso... no sé, lo recuerdo con hartito cariño” (Julieta, 60 años y más, Punta Arenas).

Por otro lado, la no vinculación de los hombres en el trabajo de cuidado está profundamente arraigada en las normas de género que asignan a las mujeres la responsabilidad principal del cuidado y las implicaciones de un modelo de masculinidad hegemónica, este distanciamiento de los hombres respecto del cuidado hace que puedan dedicarse al trabajo remunerado o actividades de prestigio (Bodoque et al., 2016; Roca y Bodoque, 2022), así como reforzar su identidad masculina. Además, la falta de participación masculina en el cuidado refuerza estereotipos de género perjudiciales que desvalorizan este trabajo, considerándolo menos importante que las actividades productivas remuneradas. Esto no solo afecta negativamente a las mujeres, sino también a los hombres, al limitar sus experiencias y relaciones afectivas dentro del ámbito familiar.

8.4.3. Las históricas jefas de familia

En el análisis previo, se observó que, en algunas familias, la figura paterna falleció cuando las y los hijos eran aún jóvenes, lo que tuvo un impacto significativo en la estructura familiar. La viudez temprana, implica una reorganización económica y de la vida cotidiana. No obstante, las diferencias de las biografías en el curso de vida constituyen puntos claves para el análisis de los sentimientos o la forma de enfrentar la viudez. En este contexto, son las mujeres quienes asumen predominantemente la responsabilidad. Esta situación destaca la emergencia de roles maternos y femeninos asociados al esfuerzo y la capacidad de enfrentar desafíos notables, asumiendo simultáneamente el papel de cuidadoras principales.

Además, se constata que las abuelas desarrollan una relación especialmente cercana y afectuosa con sus nietos y nietas. Esta proximidad no solo se manifiesta en la dimensión física del cuidado, sino también en el apoyo emocional, estableciendo vínculos de comprensión y confianza en el marco de estas relaciones intergeneracionales. Es especialmente relevante en los contextos familiares donde las figuras femeninas han asumido roles de liderazgo y soporte tras la ausencia de la figura paterna:

“Bueno, de parte de mi mamá son 6 hermanas y mi abuelito José, el papá de mi mamá, se murió muy joven, cuando la mamá con sus hermanas eran muy chicas, entonces mi abuelita se tuvo que hacer cargo de todo el lote [grupo] de niñas, entonces es una mujer súper esforzada, es súper buena abuelita, es cariñosa, conversa hartito con los nietos, yo le he contado muchas cosas a mi abuelita que ni mi mamá las sabe, le digo: “ya, pero esto queda entre nosotras” (Carolina, 18 a 29 años, Punta Arenas).

El proceso de maduración y asunción de responsabilidades en el hogar en etapas tempranas de la vida, especialmente cuando se está alejado del entorno familiar primario, resalta la figura de la madre como un pilar esencial en esta dinámica. Se muestra una disposición a alterar sus propios planes y organización financiera para apoyar a su madre, reflejando así un reconocimiento de su rol y una valoración de su importancia dentro de la estructura familiar:

“Es lo primero, mi mamá va antes que cualquier cosa, por eso, a veces me complico en los estudios porque la plata [dinero] que yo tengo destinada..., yo en Santiago soy como muy metódico para mis cosas, soy: “esto es para esto, esto es para esto y esto es para esto” en cuanto a la plata por ejemplo, y de vez en cuando mi vieja necesita plata porque tiene que pagar algo y aunque yo no se la tenga que entregar porque voy a quedar corto con mis cosas después, aun así se la paso, prefiero mil veces estar un poco complicado [problema] yo a que mi vieja esté pasando complicaciones acá, mi vieja primero, mi

hermano, mi hermana, en ese sentido, más allá de que me lleve muy mal con mi hermana menor, igual son importantes para mí, mi familia el lugar que ocupa es lo primero, lo primero, no la pienso dos veces” (Lucas, 18 a 29 años, Coyhaique).

En el contexto de los hogares en los que la madre lidera el hogar al enviudar, en ausencia del padre, frecuentemente ella misma o una figura materna, continúa con la crianza y el cuidado emocional, así como también debe abordar las necesidades materiales y económicas. Este cambio en el rol familiar puede ser percibido como excepcional, especialmente en contextos donde tradicionalmente se espera que el padre desempeñe el rol de proveedor principal:

“Pero resulta de que reemplazándola a ella [madre], estuvo mi madre de crianza, mi padre lamentablemente murió cuando yo tenía 5 años, pero ella para mí fue una santa, prácticamente, a esta edad de crianza. O sea, la verdad es que si hay un amor que se le puede tener a una persona, es ese amor que yo le tuve y le tengo a mi madre, que todavía la lloro. Ella falleció en el año 1970, pero me emociono cada vez que la recuerdo, porque la verdad, es que como digo, fue una vida muy linda, una vida muy hermosa. Y sobre todo, que ella me dio muchos ejemplos de bondad. Ella, fue recibiendo niños en la media de que iba teniendo algunas cosas que solucionar” (Máximo, 60 y más años, Punta Arenas).

Los cambios geográficos, que en ocasiones pueden ser voluntarios derivados de la formación de una familia o por rupturas de pareja, ya sea por acuerdo mutuo o por el abandono de uno de los cónyuges, o la viudez, constituyen puntos de inflexión significativos en la vida de muchas mujeres. Estos eventos no solo implican un reajuste geográfico, sino también una reorientación en el enfoque de sus responsabilidades:

“Lo tome mal, estuve mal porque no conocida a nadie en Porvenir, tenía a toda mi familia en Punta Arenas, pero yo no quería ir a molestar a mis papás porque no tenía por qué ir allá, si la idea de venirme para acá fue mía y volver a irme para allá no, yo dije que voy a hacer todo acá, pero me costó porque tuve que salir a trabajar, dejar a mis hijos solos, pero salir adelante” (Agustina, 60 y más años, Punta Arenas).

En estos contextos, se destaca que, frecuentemente, son las mujeres quienes asumen la carga completa del cuidado del grupo familiar. Esto incluye la crianza de las y los hijos, su educación, la alimentación y otras necesidades básicas, asumiendo así el rol de única proveedora. Esta realidad pone de manifiesto las desigualdades de género en la distribución de responsabilidades familiares y laborales, especialmente en situaciones de ruptura o cambio significativo en la estructura familiar. Además, estas circunstancias exigen de las mujeres una capacidad de adaptación, enfrentando nuevos desafíos que abarcan desde el manejo emocional hasta la reorganización práctica de la vida familiar:

“Tuvimos trabajo un par de años, trabajamos Después empezó la época de educar los hijos, tuve que salir hacia Puerto Montt, para educar mis hijos. Mi marido, el que yo apoye y ayude muchísimo, nos abandonó, se fue con una mujer mucho más joven (Antonella, 60 y más años, Chile Chico).

Por otro lado, la asunción de responsabilidades en el hogar en edades tempranas, precipitada por la muerte o el abandono de los padres en contextos rurales, constituye un factor definitorio. Esta carga recae principalmente sobre las mujeres, quienes a menudo se ven obligadas a adoptar roles de cabeza de familiar ante la ausencia de figuras parentales. Este fenómeno no solo influye en la estructura social y familiar, sino que también es determinante en el proceso de migración generacional de áreas rurales a urbanas. La diversidad de experiencias en la región de la Patagonia evidencia una heterogeneidad significativa, sin embargo, es posible identificar ciertas prácticas culturales y familiares que se manifiestan de manera transversal. Estas prácticas se ven influenciadas y, en ocasiones, reconfiguradas ante circunstancias adversas tales como la ausencia ya sea del padre o de la madre:

“En la casa de mi suegro vivimos un poco y después nos fuimos a una casa solos y ahí crie a mis hijos yo sola nomás, sin ayuda de nadie” (Martina, 60 y más años, Porvenir).

“Sola, sola total. Ya. Porque yo no ten mi madre falleció cuando yo tenía 7 años, mi padre falleció cuando yo tenía 12 y quede sola” (Antonia, 60 y más años, Puerto Natales).

En este marco, resulta relevante destacar el papel que asumen particularmente las hijas. Frente a la ausencia de una figura parental, se observa una tendencia en la que las hijas adoptan roles tradicionalmente asociados al cuidado lo cual no solo implica una responsabilidad aumentada en términos de cuidado, sino que también conlleva la asunción de una mayor autonomía e independencia a edades tempranas:

“El [padre] nos fue a dejar a otro lado cuando éramos chicas, ya después volvimos nosotros cuando fuimos más grandes, cuando falleció mi mamá, él nos fue a buscar, pero él se separó, se alejó de nosotros muchos años. Quedamos solas, así que tuve que trabajar para mantener a los hermanos que tenía y ayudar a mi mamá (Maite, 60 y más años, Punta Arenas).

8.4.4. Roles negociados en la modernidad

A lo largo de las distintas generaciones, se ha observado una evolución significativa en los roles adoptados por las mujeres, marcando un contraste notable respecto a las prácticas y expectativas de generaciones anteriores. Esta transformación parece estar influenciada

por una serie de cambios sociales y culturales, que han llevado a una mayor apertura en la discusión de temas anteriormente considerados tabú y a un incremento en la participación de las mujeres en actividades de ocio y sociales.

Esta tendencia hacia una mayor independencia y autonomía femenina se manifiesta de manera, por ejemplo, en el contexto de la viudez. Históricamente, esta condición era percibida como un estado de limitación social para las mujeres. Sin embargo, lejos de ser un obstáculo, la viudez para algunas mujeres mayores es un punto de partida para el desarrollo de una vida más activa fuera del hogar. En concordancia con otras investigaciones que identifican también este modo de liberación asociado a la viudez femenina (del Pozo y Thumala, 2016; Osorio, 2013):

“No porque las abuelitas son como más modernas ahora, tienen más mente abierta, ahora las personas adultas viajan y hacen sus actividades con amigas, cosa que no se veía antes, antes la señora quedaba viuda y ahí quedaba, ahora van al casino, qué sé yo, tienen como más vida” (Isabella, 30 a 59 años, Punta Arenas).

8.4.5. Roles asociados a la división sexual del trabajo

El género responde a una biografía que permiten observar un proceso de negociación y evolución de roles y expectativas en las relaciones de pareja a lo largo de los años. Es importante que, aunque en ciertos casos las mujeres han participado en un trabajo remunerado fuera del hogar, frente a cambios significativos en la dinámica familiar, frecuentemente son ellas quienes optan por dejar su empleo y asumir los roles tradicionalmente asociados al ámbito doméstico:

“Mi esposa, con la cual me he casado tres veces, bueno, pero ese es otro tema en el trabajo, cuando yo llegue el año 1966, ella trabajaba ya, trabajo bueno la relación como al año, no me acuerdo muy bien, nos casamos y ya después dejo de trabajar, trabajo un tiempito más cuando empezó a llegar el hijo, ella ya dejo de trabajar y no trabaja, entre comillas, porque en la casa se trabaja igual, hay que mantener igual” (Luciano, 60 y más años, Punta Arenas).

Tal como lo señala Fraser (2015) que respalda una perspectiva distributiva, enfocada en los principios organizativos y jerárquicos que diferencian el espacio público del privado, así como en la división sexual del trabajo. Considera que esta perspectiva revela una estructura económica subyacente que produce injusticias distributivas específicamente relacionadas con el género, tales como la invisibilización del trabajo de cuidado y la falta de remuneración del trabajo doméstico. Esto subraya la necesidad de cuestionar la

división sexual del trabajo en el contexto familiar y las dinámicas de género subyacentes. Aun cuando, se pueda destacar que en estos relatos también se evidencia un reconocimiento del trabajo no remunerado realizado en el hogar, aunque no sea remunerado:

“No, yo antes que me case trabajaba, trabajaba en un taller de costuras, de modista, pero después que me case no trabaje nunca, no. Acá en la casa no me faltaba trabajo, siempre habida que hacer costuras y cosas, porque los nietos me mandaban camisas para que se las arreglen, pero ya después ni trabaje más” (Josefa, 60 y más años, Punta Arenas).

Asimismo, se observa que se entrelazan ciertos estereotipos y roles de género, que son parte del imaginario colectivo en cuanto a la naturaleza de las relaciones entre padres, madres e hijas e hijos. Existe un cuestionamiento sobre la naturaleza de los vínculos entre el padre y sus hijos, revelando una complejidad que está influenciada por factores laborales y la gestión del tiempo dedicado a la familia. En otras palabras, los patrones de apego y la calidad de las interacciones familiares son reflejos directos de la interacción entre la vida laboral y los roles de género preestablecidos:

“Siempre el hijo es apegado a la mamá y la hija al papá, es casi así siempre, hay excepciones, obvio, pero también es cierto que hace 4 años, yo recién partí con esta jornada corta, pero antes pasaba afuera yo cuánto tiempo venida? Yo llegaba a las 5, 5:30, a las 6:30 ya tenía que irme, ese era el lapso que estaba en la casa, entonces eso lleva a que el hijo se aviene más a la mamá” (Luciano, 60 y más años, Punta Arenas).

Las normativas de género, presentes tanto en el espacio público como privado, han ejercido una influencia determinante en la configuración de roles sociales, especialmente en lo que respecta a las mujeres. Estos roles tradicionalmente han relegado a las mujeres al espacio doméstico, limitando significativamente su participación en la esfera laboral remunerada y restringiendo el acceso a una educación formal. Según Conway et al. (1995), el género se entiende como una representación de las construcciones culturales, es decir, la construcción sociocultural de los roles asignados a mujeres y hombres. Esto se refiere a los orígenes estrictamente sociales de las identidades subjetivas de ambos sexos, y se presenta como un elemento constitutivo de las relaciones basadas en las diferencias establecidas entre ellos:

“No sé, no me acuerdo ya, porque fueron varios años, ya cuando éramos más grandes mi papá vino, tuve que crecer [criar] a mi hermana menor, la que vino, la tome cuando ella nació y mi mamá se enfermó, tenía unos 5, 6 años, no lo sé, no me acuerdo, pero fueron varios años de sufrimiento ahí, porque si usted no trabaja no tiene nada, porque ahí tiene que sembrar sus cosas para comer y tener y trabajar para otro para tener plata, no fue fácil” (Maite, 60 y más años, Punta Arenas).

Particularmente, las barreras educativas enfrentadas por las mujeres de generaciones anteriores evidencian una valoración diferencial de género, basada en negaciones arraigadas culturalmente que han impuesto roles de género más rígidos. Ante este escenario, las mujeres han tenido que ejercer agencia y resistencia para superar estas barreras, buscando acceso a la educación y oportunidades profesionales:

“Cuando mis hermanos estaban en el colegio, trabajé como encargada del internado, tenía que ver con todo lo del internado, tenía 36 niños internos. Por mis hermanos, mi papá le rogué el primer año a mi papá que me dé permiso para ir a trabajar, no me querida dar permiso para ir a trabajar. Porque así eran los antiguos, la gente antigua. No, si las hijas tienen que estar al lado de los padres, trabajando en la casa, así era, ni siquiera para estudiar le daban permiso” (Aurora, 60 y más años, Cochrane).

Estos discursos generizados no se limitan únicamente a las restricciones en el acceso a la educación, sino que también se extienden a la discriminación en relación con la elección entre el trabajo y la familia. En este contexto, se perpetúan normas de género que confinan a las mujeres a un espacio tradicional, donde se les impone la necesidad de elegir entre el matrimonio, la maternidad y las oportunidades laborales. Una estructura jerárquica donde tradicionalmente se inscriben las interacciones entre los géneros, así como las dinámicas de la vida en pareja y la cotidianidad familiar (Gutiérrez y Osorio, 2008). En esta estructura, la esfera pública se asocia predominantemente con el hombre, mientras que la mujer se orienta hacia el ámbito privado, enfatizando roles asociados con la maternidad y las tareas domésticas.

Asimismo, la ampliación de los derechos de las mujeres también ha generado tensión entre algunos hombres, quienes muestran resistencia frente a estos cambios culturales. Esta oposición refleja cómo el avance en los derechos de las mujeres puede ser percibido como una amenaza para las estructuras y normas de género establecidas:

“Pero el día que le toque formar una familia tendrá que elegir, o crío a mis hijos o sigo trabajando, porque yo creo que ninguna madre va a querer que una persona extraña le cuide a sus hijos, eso pasa en este mundo, al menos en este país, entonces de que estamos hablando, ese es el origen de todos los males de este país, cuando la sociedad está irremediablemente rota, porque ya los intereses están, porque uno dice yo voy a tener siete hijos se casan programan siempre con el pololo, hacen tremendos programas vamos a tener siete hijos y para que para que anden abandonados para que se vayan a la delincuencia, a las drogas, al alcohol, entonces por eso que la familia hay que tomar el punto en la raíz, es cierto que requiere sacrificio, uno de los dos tiene que dedicarse a la familia, generalmente es la mamá, porque la sociedad le da, hoy en día la mujer no quiere tener hijos, no quiere casarse, ósea no la mujer las parejas, que prefieren cero responsabilidad, no vivamos juntémonos y dígame usted cuando hay un problema dicen no tengo ningún compromiso con usted y me voy, no le interesa nada, y eso pasa porque

las leyes lo permiten también, entonces en este país pasa porque que estamos haciendo, lo estamos destruyendo por dentro libertinaje total” (Agustín, 30 a 59 años, Puerto Natales).

A nivel discursivo, la interpretación de los roles de género transita en un claroscuro, donde se puede evidenciar una crítica a las normas y roles de género arraigadas culturalmente, enfatizando cómo estas normas influyen en la división sexual del trabajo doméstico y las expectativas de comportamiento entre hombres y mujeres. Este patrón de socialización perpetúa el machismo y crea dificultades para que los hombres se adapten a roles más igualitarios, especialmente en la vejez. Se hace hincapié en que, a pesar de haber un cambio en las nuevas generaciones, esto sigue siendo una excepción en una sociedad donde prevalecen roles de género tradicionales:

“Y yo lo encuentro que al hombre le cuesta más asimilarlo, porque también viene esto del hombre... de los hombres de nuestro siglo, ¿Por qué razón? Porque ellos están acostumbrados... el machismo no se les quita, ellos van a morir machistas, la generación ... ¿Por qué hablamos tanto del hombre violento si nosotros formamos esa clase de hijos?, porque la mujer es la que forma a su hijo. Yo le dije: “Yo crié a los míos a los 3, bueno dios me dio 3 hombres nomás, y así que les enseñé a coser, a cocinar, a hacer todas sus cosas solos”. Ellos hacen todas sus cosas, mi nuera contenta cuando se casó porque su marido le cocina, le lava, le plancha, le hace todo, entonces ella está feliz. Pero... así tenía que haberse educado el niño, pero no, en casa donde... yo digo, lo vi en mi propia familia, nosotros teníamos que lavarle la ropa, plancharle a mi hermano, mis hermanos no sabían lavar una camisa, ni siquiera planchar una camisa, eso no era trabajo de hombre, era de mujer. Entonces, el adulto mayor que viene de esa época, le cuesta más asimilar cuando jubila, porque él no tiene nada más que hacer. Él no va a decir: “Oye viejita, tú sale ándate a un club y yo voy a hacer la comida. O quédate en la cama, yo voy a cocinar, yo te voy a traer el desayuno”, no lo va a hacer porque está acostumbrado a ser servido” (Paula, 60 y más años, Puerto Natales).

El género como una construcción simbólica define el deber ser hegemónico que implica relaciones jerárquicas de poder entre hombres y mujeres y, de modo más amplio, entre lo masculino y femenino más allá de las identidades sexuales. Alude a las relaciones de poder que de este emanan (Lamas, 1995). Implica objetivar claramente sus evocaciones a la construcción de identidad, la condición y las relaciones de poder que manifiestamente existen en todos los contextos sociales, políticos, económicos, culturales, étnicos o religiosos, por citar solo algunos de los campos en los que interactúan hombre y mujeres. A pesar de que las mujeres trabajan cada vez más por un salario fuera del hogar, éstas siguen siendo las principales responsables del trabajo doméstico y de cuidados. Ello no ha impactado en que los hombres se involucren más en estas actividades. De acuerdo con la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (INE, 2015), las mujeres dedican más del doble de su tiempo diario a las tareas del hogar en comparación a los hombres. En este contexto

las mujeres han sido las más perjudicadas, envejeciendo en condiciones precarias, exacerbadas por un sistema patriarcal que intensifica las desigualdades estructurales. Esta realidad, a menudo ignorada, subraya que las condiciones de envejecimiento son profundamente opresivas y desiguales.

8.5. A modo de cierre: Experiencias y significados de las desigualdades de género en el envejecimiento y la vejez.

El análisis de este capítulo ha revelado que las estructuras sociales configuran las desigualdades vividas por las mujeres a lo largo de su envejecimiento. Al analizar esta organización, se evidencian una serie de particularidades derivadas de los procesos de transformación social y cultural que se han tenido lugar en dicho contexto y, particularmente, en el curso de vida de las mujeres. Unos procesos que, en las relaciones afectivas y sociales, se mantienen, reproducen y recrean elementos tradicionales y nuevos.

Es especialmente significativo abordar y profundizar en la intersección entre el enfoque del curso de la vida y la comprensión del envejecimiento. Desde esta perspectiva, se pone de relieve la importancia de analizar las trayectorias vitales de las mujeres a través de múltiples factores y estrategias que marcan cambios y eventos significativos que han afectado sus vidas. El análisis de estas trayectorias desde una perspectiva multidimensional permite concebir el envejecimiento como un proceso continuo que se entrecruza no sólo con los roles de género generalizados, sino también con la carga histórica del trabajo de cuidados dentro de un sistema patriarcal. Esta interacción se ve además complicada por las violencias específicas que emergen dentro de este sistema, así como por la configuración y construcción de las estructuras familiares.

Estudiar estas dimensiones en conjunto facilita una comprensión más completa de cómo las estructuras de poder y las normas de género configuradas históricamente influyen no solo la experiencia individual del envejecimiento. En el análisis de las desigualdades de género, se revela una estructura social intrincadamente compleja cada vez que se examina la vida de las mujeres en la Patagonia austral. Este fenómeno trasciende la simple identificación de desigualdades específicas, pues se halla profundamente enraizado en estructuras más amplias que engloban dimensiones políticas, de clase, etarias y territoriales. La complejidad de estas estructuras sociales responde de manera

dinámicamente a las transformaciones abruptas provocadas por la modernización, lo que incluye la redefinición de normas y regulaciones relacionadas con los roles de género en el cuidado, la configuración de relaciones de pareja y la estructura familiar.

En este sentido, el primer eje en el cual se manifiestan las desigualdades de género, se centra en la provisión de cuidados dentro del ámbito familiar y comunitario, un rol que históricamente ha recaído sobre las mujeres. Este patrón de cuidados se extiende a lo largo de la vida, desde el cuidado de hermanos e hijos hasta nietos, y, en ausencia de figuras parentales, recae nuevamente en la mujer la responsabilidad de organizar el cuidado. En el caso de mujeres mayores y adultas actuales, este rol de cuidado se extiende incluso al espacio comunitario, donde muchas participan activamente en organizaciones. A partir de esto, se ha identificado un cierto hilo conductor que persiste hasta la vejez. Uno de estos patrones es el tema del sacrificio, particularmente evidente en el ámbito familiar, donde las mujeres y especialmente las madres desempeñan un rol central. Esta construcción discursiva sobre el sacrificio asociado al cuidado es notablemente prevalente y pone de manifiesto cómo se conceptualiza la vejez en relación con los cuidados. Aparecen las históricas cabezas de familia, generaciones que siguen interpretando los roles de cuidado; y que en la vejez se amplía a las organizaciones sociales y la comunidad mediante una participación social presente.

No solo para la familia es muy conveniente que las mujeres asuman responsabilidades. También para las instituciones públicas resulta provechoso traspasar a las familias (a las mujeres) las funciones de cuidado en las que no quiere invertir, “en base al sustrato moral y emocional que suministra el parentesco” (Comas d’Argemir, 2000, p. 189). No obstante, cuando se introduce el discurso de independencia y autonomía, se genera una tensión en las relaciones de reciprocidad, que son esenciales en el contexto del envejecimiento. Además, este discurso varía entre distintas generaciones, destacando el sacrificio realizado para cuidar a otros, lo cual se arraiga en concepciones más tradicionales y en el rol abnegado de la maternidad, caracterizado por estar siempre disponible para los demás. Esta percepción influye en cómo se ve la vejez en términos de cuidar a otros, y desafía la posibilidad de que las mujeres mayores sean vistas como receptoras de cuidado.

El segundo de estos elementos se relaciona con la construcción y dinámica de las relaciones de pareja y familia, y cómo éstas se articulan dentro del sistema a través de generaciones. Se observa, por ejemplo, la prevalencia de matrimonios o uniones de pareja a temprana edad, lo que en muchas ocasiones conduce a maternidades precoces y la consiguiente interrupción de la educación secundaria, así como la asunción de responsabilidades maternas y de cuidado no remunerado. En generaciones más recientes, aunque persisten algunas de estas tendencias, se manifiesta una reconfiguración de estas relaciones, en un contexto histórico diferente, que incluye una reconsideración de los modelos tradicionales de familia y pareja, así como un cuestionamiento a las expectativas tradicionales, especialmente en relación con la maternidad. Las transformaciones que trae consigo la modernización, con la redefinición de normas y regulaciones, están cargadas de complejidades y tensiones que emergen a lo largo de los cursos de vida de las mujeres.

En efecto, la generación de mujeres mayores no aparecen únicamente como mujeres dóciles y pasivas, son mujeres que si bien no tuvieron una participación activa en el establecimiento de relaciones afectivas y la posterior conformación de la familia, han apostado y redefinido en algún momentos sus trayectorias personales, puntos de inflexión que las lleva a definir la vejez de una manera distinta. Valorar la independencia de relaciones afectivas, participación en organizaciones sociales de personas mayores y realizar proyectos personales.

El tercer eje organizador aborda las violencias de género dentro de un sistema de prácticas patriarcales. Estas violencias se manifiestan no solo en el ámbito familiar o de pareja, sino también en un plano estructural, incluyendo formas de violencia sexual, física y psicológica. Las generaciones intermedias y más jóvenes han evidenciado y vivido estas formas de violencia en contextos específicos, reflejando un acumulado de situaciones de violencia que se han experimentado a nivel estructural, incluyendo negligencia y abandono, así como violencia física y simbólica. Es decir, la violencia ha sido una constante en la vida de muchas mujeres, arraigada en relaciones de poder. Desde la infancia, pasando por sus relaciones de pareja hasta la vejez, las mujeres han enfrentado diversas formas de violencia que reflejan no solo el control y la dominación en momentos específicos, sino también la persistencia de barreras estructurales que limitan sus oportunidades a lo largo de la vida. Esta violencia, que se manifiesta de manera

multifacética, desde el abuso físico, emocional, sexual, hasta la marginación económica y social, subraya las raíces profundas del patriarcado y las estructuras de poder que perpetúan la desigualdad y la opresión de las mujeres en todas las etapas de su vida.

Finalmente, el análisis de las desigualdades de género desde esta perspectiva multidimensional permite una comprensión más profunda de cómo estas estructuras se entrelazan y perpetúan a lo largo del tiempo, afectando de manera diferenciada a las mujeres en función de su edad, clase, y contexto socioeconómico y cultural. La agencia y autonomía económicas, subraya la capacidad de las mujeres para ejercer control sobre su propia vida y, por extensión, sobre otros ámbitos de su existencia.



Úrsula Calderón – El Padre Muerto
Relatos y Cantos Yaganes

CAPÍTULO IX: CONCLUSIONES

En un contexto de creciente envejecimiento de la población chilena, el propósito principal de esta tesis ha sido tematizar y comprender la necesidad de abordar el estudio del envejecimiento integrando la mirada territorial. Esta reflexión final pretende ofrecer una visión integral y crítica del fenómeno del envejecimiento, destacando la contribución de esta tesis y su relevancia en el contexto académico y social. Como producto de este trabajo de investigación, he expuesto en los capítulos anteriores hallazgos que me han permitido configurar un panorama acerca de las complejas y heterogéneas subjetividades vinculadas a la vejez y el envejecimiento en Chile y particularmente la Patagonia austral, relacionadas con el contexto territorial y las desigualdades de género.

En el presente capítulo, expongo las conclusiones derivadas de este estudio, sintetizando los hallazgos más relevantes obtenidos a lo largo del mismo. Sobre la base de estos resultados, y más allá de la mencionada heterogeneidad de los imaginarios, en los cuales se ha profundizado en los capítulos precedentes, puedo rescatar ciertos elementos que aparecen como claves para caracterizar la actual relación entre el envejecimiento y la singularidad de sus discursos en contextos territoriales particulares, y que resultan conclusivos para esta investigación. Finalmente, abordaré las implicaciones teóricas y metodológicas de los resultados, así como las limitaciones del trabajo y las posibles líneas de investigación futuras.

9.1. Respuesta a los objetivos y preguntas de investigación. Aportes para la construcción y configuración del envejecimiento y la vejez.

El envejecimiento, desde la perspectiva de la construcción social de la realidad, se define como un fenómeno que no se origina principalmente en factores biológicos, de salud o demográficos, sino en significaciones socialmente compartidas. Es decir, el envejecimiento es observable a través de construcciones sociales de la realidad, marcadas por las dimensiones y relaciones del contexto territorial y el curso de la vida. Esta definición implica que el envejecimiento es una categoría dinámica, relacional y espaciotemporalmente construida, influenciada por las estructuras sociales y económicas, así como por las interacciones y experiencias a lo largo del curso de la vida. A continuación, presento cinco grandes temas que me parecen fundamentales para

comprender las subjetividades que construyen el envejecimiento y la vejez en relación con el territorio y las desigualdades de género, de acuerdo a lo expuesto en esta tesis.

Emergencia de transformaciones socioculturales y cambios demográficos en la construcción del envejecimiento.

En lo que concierne al primer objetivo específico de investigación *describir y analizar los discursos sobre el envejecimiento de tres generaciones en la Patagonia Aysén y Magallanes*. Los discursos y subjetividades asociadas a la construcción del envejecimiento, emergen desde factores sociales, culturales y generacionales que repercuten significativamente en las percepciones sobre el envejecimiento en la Patagonia austral chilena. A partir de una interacción compleja entre las experiencias biográficas de las personas y los marcos normativos hegemónicos. Este proceso se entiende como una transformación colectiva y cultural de la sociedad en este territorio determinado, donde se identifican tanto imágenes negativas como positivas del envejecimiento, lo que implica que las percepciones y experiencias del envejecimiento están profundamente arraigadas en el contexto socio-histórico de la región. Es así, que la construcción del envejecimiento y la vejez son un producto de la tensión entre categorías conceptuales y el contexto sociocultural desde el cual se definen. En la Patagonia austral, esta construcción se ve afectada por la superposición de imaginarios, prácticas y discursos en tensión que reflejan y moldean las realidades sociales.

En el contexto de los imaginarios sociales, la relevancia y la opacidad son conceptos que se refieren a cómo ciertos elementos de la realidad son percibidos y destacados, mientras que otros permanecen ocultos o no observados. La relevancia corresponde al polo positivo del código, es decir, aquello que se ve y se logra percibir en diferentes emisores al comparar lo que es relevante para uno con lo que es relevante para otro. La opacidad, por otro lado, se refiere al polo negativo del código, es decir, a lo que queda fuera de la observación y permanece oculto. Estos conceptos permiten entender cómo los imaginarios sociales estructuran la experiencia social y crean tanto comportamientos como imágenes "reales". Lo que resulta plausible, creíble o lo que se quiere que se crea depende de la construcción y desconstrucción de determinados instrumentos de percepción de la realidad social.

Con relación a los imaginarios dominantes sobre el envejecimiento, la gran relevancia en el imaginario moderador es la aparición de construcciones subjetivas tradicionalmente opacadas. Las personas entrevistadas han demostrado su capacidad de recapitulación vivencial, sus riquezas interpretativas, sus complejas dinámicas relacionales y, sobre todo, su pertinencia a la historia. Las experiencias no se diluyen en el tiempo, por el contrario, se revitalizan permitiendo significados materiales, abstractos y reinterpretables. Estamos frente a vejeces en plural, ante subjetividades complejas, ante experiencias y sueños diversos, ante cotidianidades que coinciden en un imaginario de posiciones, nunca congelables. Donde no hay una ética radicalmente distinta que obligue a hablar de “otro” cultural. Pero sí un escenario heterogéneo, un mosaico geográfico y relacional de la Patagonia que contribuye a dicha fractalidad, donde las interacciones y conexiones dentro de las distintas generaciones reflejan patrones similares a los observados dentro de una red más global.

Uno de los posicionamientos descubiertos, son las subjetividades en torno al envejecimiento se construyen a partir de las experiencias individuales y colectivas de las personas mayores. Los recuerdos, experiencias y valoraciones, sobre todo del territorio, enmarcan sus trayectorias vitales, a partir de secuencias reconocidas por las personas entrevistadas, quienes ven sus vidas como una serie de fases biográficas que, aunque lineales, pueden tener múltiples trayectorias. Estas trayectorias corresponden a una visión a largo plazo del enfoque del curso de la vida y se pueden definir por el proceso de envejecimiento o el movimiento a lo largo de la estructura de edad. Esto permite la generación de discursos y la intervención en la realidad social conforme a lo que se considera "envejecimiento" en un contexto dado.

En relación con el punto anterior, la construcción del envejecimiento está influenciada por la interacción de categorías como la edad, el género y el territorio, igual de irruptivas. Estas categorías se cruzan con las espacialidades particulares, afectando las subjetividades y los discursos sobre la vejez. Las diferencias de género afectan significativamente cómo hombres y mujeres experimentan el envejecimiento. Estas diferencias se manifiestan en términos de salud física y mental, así como en el bienestar social y económico. Las normas culturales y las dinámicas de poder influyen en las expectativas y roles asociados con el envejecimiento, lo que puede llevar a experiencias diferenciadas entre hombres y mujeres. La constitución de identidades y la

contextualización de los significados de lugares en relación con el género demuestran cómo estas construcciones sociales se entrelazan dentro de espacialidades específicas. Sin embargo, esta relación descrita no es discordante con muchos otros fenómenos en el territorio, ya que la construcción del envejecimiento actúa como un espejo de la modernidad. Esta modernidad se caracteriza por un tiempo que no se ajusta a patrones uniformes, permitiendo resalta múltiples identidades y experiencias, tales como género, raza y clase social, se entrelazan y configuran de manera única en cada persona, reflejando la diversidad y complejidad de la Patagonia austral.

Un tercer posicionamiento, lo constituyen las redes locales, comunitarias e intergeneracionales desempeñan un papel fundamental en la mejora de la calidad de vida de las personas mayores y juegan un papel crucial en la construcción de identidades en regiones como la Patagonia Austral. Estas redes no solo ofrecen apoyo material y recursos necesarios para enfrentar la vida cotidiana, sino que también proporcionan un sentido de pertenencia y comunidad, esencial para hacerse visibles y reconocibles. La participación en actividades organizadas y encuentros comunitarios permite a las personas mayores compartir experiencias, conocimientos y habilidades con personas de diferentes generaciones, enriqueciendo así el tejido social de la comunidad.

En este sentido, la participación de las personas mayores en movimientos sociales y organizaciones es significativa para su integración social y bienestar, y está estrechamente relacionada con la estructura y características del territorio. Adicionalmente, la participación activa en la comunidad y en el trabajo sigue siendo una realidad para muchos mayores en la Patagonia austral. Igualmente, la solidaridad intergeneracional se manifiesta como una ideología que proyecta valores y formas de vida, creando una conciencia de pertenencia común que promueve el intercambio recíproco de contenidos materiales y simbólicos. Este intercambio es fundamental para el bienestar continuo y refuerza las relaciones y redes de ayuda entre las generaciones.

El análisis intergeneracional revela la coexistencia y diálogo de esquemas sociales tradicionales y emergentes, lo que indica una ausencia de linealidad en la conceptualización del envejecimiento. El concepto de generación lleva implícita una carga simbólica histórica, donde las representaciones colectivas hacen referencia a un tiempo social y a la memoria colectiva, esto genera tensiones, complejidades, cambios y

permanencias en las biografías de las personas y en la construcción del envejecimiento. Las percepciones sobre el envejecimiento en Chile varían entre las generaciones más jóvenes y mayores. Los jóvenes tienden a ver el envejecimiento de manera más positiva y dinámica. En contraste, las generaciones mayores, como las personas de 60 años y más, tienen una percepción más tradicional del envejecimiento. No obstante, las personas mayores en la Patagonia también enfrentan una tensión entre imágenes negativas y positivas del envejecimiento. Esta dualidad refleja cómo las experiencias de las personas mayores están moldeadas tanto por estereotipos persistentes como por nuevas narrativas que buscan valorizar su rol en la sociedad. Estas diferencias reflejan una evolución en la percepción del envejecimiento, influenciada por cambios sociales y políticas públicas que buscan integrar y valorar más a las personas mayores en la sociedad.

De igual manera, las personas mayores en las regiones de Aysén y Magallanes enfrentan varios desafíos significativos. Uno de los principales retos es la necesidad de mantenerse activos y participar en la comunidad. Por otro lado, las dificultades incluyen la percepción de poca productividad y aislamiento en el hogar, que ha cambiado gracias a las políticas públicas que ahora consideran a las personas mayores en diversas actividades. También, enfrentan desafíos relacionados con la violencia estructural y la necesidad de acceso equitativo al sistema de salud y protección social. Además, la continuidad en el trabajo y la experiencia laboral de las personas mayores, lo que puede ser tanto una necesidad económica como una forma de mantenerse activos.

Por tanto, en la dinámica sociocultural de la modernidad pesa sobre las y los viejos el estigma de la improductividad y obsolescencia. La mezcla de valores, entre aquellos que corresponden a las personas mayores y a las generaciones más jóvenes, es producto de las distintas velocidades con que se han implantado estos sistemas de valores sumados al modelo económico, lo que explicaría la coincidencia de cualidades opuestas y contradictorias. Esto se relaciona con otras investigaciones, donde se observa que los cambios asociados a la familia no han repercutido negativamente en la calidad de las relaciones intergeneracionales. Sin embargo, es importante reconocer los límites y retos que esto implica. El desafío principal es que el Estado asuma un rol más activo para mejorar las condiciones de vida de las personas mayores. Además, se evidencia un aumento general del bienestar de las personas mayores, que no se debe únicamente al recambio generacional de cohortes más educadas, sino que también ocurre en las mismas

personas a lo largo del tiempo. Las diferencias entre generaciones perfilan una tendencia hacia un mayor bienestar en las personas mayores, evidenciando la necesidad de políticas públicas que acompañen y refuercen esta mejora.

Elementos de continuidad y ruptura que intervienen en la configuración del envejecimiento y la vejez.

En relación con el segundo objetivo de investigación *determinar elementos de continuidad y ruptura que intervienen en la reproducción social y configuración del envejecimiento desde el punto de vista generacional*. El análisis revela que las tres generaciones analizadas tienen significados compartidos sobre el envejecimiento, aunque también existen diferencias sustantivas. Estas diferencias reflejan una tensión entre un enfoque tradicional del envejecimiento, y enfoques emergentes que reivindican una vejez más digna y con mayores derechos sociales. También, las experiencias y prácticas cotidianas de las personas mayores en la región muestran una pluralidad de visiones sobre la participación social, combinando lo individual y lo colectivo de formas diversas. Esto cuestiona una mirada reduccionista de la participación social de las personas mayores y reafirma que las construcciones del envejecimiento están influenciadas por las trayectorias vitales y los contextos socio-históricos específicos de la Patagonia. Estas continuidades y rupturas reflejan una evolución en la percepción del envejecimiento, influenciada por cambios sociales, económicos y culturales en la región. Igualmente, reflejan una evolución en la comprensión del envejecimiento, donde se mantienen ciertos valores tradicionales, pero también se adoptan nuevas perspectivas que desafían los estereotipos y prejuicios asociados a la vejez. De esta forma, la vejez en las zonas del extremo sur de Chile, aparece como una construcción distinta a la que se puede apreciar en otras regiones del país, o a la de las nuevas generaciones. Esto sería producto del sistema educativo en el que vivieron, el sistema político, las migraciones y el sistema laboral en el que se desempeñaron. Desde estas perspectivas, en los discursos de las generaciones sobre el proceso de envejecimiento, se evidencian tanto continuidades como rupturas. Con relación a las continuidades, existen grandes espacios de continuidad con ejes de contenido compartido entre las generaciones. Esto incluye percepciones comunes sobre el envejecimiento como una construcción social influenciada por transformaciones colectivas y culturales en la sociedad:

Primero, las personas mayores se consideran un grupo importante de la sociedad debido a su experiencia acumulada, que puede ser una oportunidad para compartir, aprender y realizar actividades gratificantes. Esta percepción y valoración de la experiencia acumulada es consistente a través de las generaciones. Luego, la necesidad e importancia de redes de apoyo para mantener la calidad de vida es una constante en los discursos. Estas redes son esenciales para proporcionar ayuda material, acceso a salud, cuidados y servicios. Se destaca la importancia de la participación de las personas mayores en la sociedad, la evolución de las actitudes hacia la vejez, y el valor de la comunidad y la colaboración. También es una muestra de la agencia y el deseo de las personas mayores de seguir siendo vistos, escuchados y valorados en sus comunidades.

En la actualidad, la construcción social del envejecimiento en la Patagonia austral chilena sigue reflejando estos valores históricos. La comunidad otorga un lugar de respeto y reconocimiento a las personas mayores, quienes encarnan la historia viva de la región y la perpetuación de la identidad. Este proceso, implica la constante reinterpretación y adaptación de prácticas y valores para mantener una cohesión social en un entorno cambiante. Así, el envejecimiento se convierte en un componente integral de la identidad patagónica, donde la longevidad y la experiencia de vida de las personas mayores son apreciadas como testimonios de una historia común y adaptación en uno de los territorios más remotos del mundo.

Después, La importancia y representación del espacio territorial y la capacidad de construir interpretaciones alternativas para la vejez son características que destacan en todas las generaciones. La realidad social de estas regiones es considerada multiforme, fruto de una construcción social en un determinado momento histórico. La colonización, la lejanía de la capital y la condición de pioneros/as, se articulan como valores que confieren prestigio a esta generación en la comunidad. Estas características históricas no solo definen una identidad única, este reconocimiento de su papel en la construcción y desarrollo de la región, lejos de los centros de poder, resalta su capacidad de adaptación y su contribución significativa al tejido social y cultural de la comunidad. Así, la valoración de estas experiencias y legados históricos refuerza un sentido de pertenencia en la generación actual, alineándose con los principios de interseccionalidad al reconocer cómo factores históricos, geográficos y sociales se entrelazan para moldear la identidad.

La creación de una identidad de frontera en la Patagonia austral chilena se manifiesta a través de un proceso histórico y social complejo, donde la noción de comunidad imaginada, juega un papel fundamental. La Patagonia, vista como un territorio de frontera y colonización, se convierte en un espacio de construcción identitaria para las personas que habitan la región. Las naciones son comunidades imaginadas, y en este contexto, la Patagonia austral no es una excepción. La distancia geográfica y las condiciones climáticas extremas contribuyen a la formación de una identidad única, marcada por la resistencia, la adaptabilidad y un sentido profundo de pertenencia a un territorio aislado y desafiante.

Finalmente, hay una reivindicación constante por una vejez más digna y con mayores derechos sociales, lo cual es un tema recurrente en los discursos de todas las generaciones. Esto pone de relieve la importancia de reformas en el sistema de pensiones que puedan ofrecer una mayor seguridad económica en la vejez. Al mismo tiempo, revela la necesidad de fomentar una planificación a largo plazo más efectiva entre las generaciones más jóvenes, para que puedan prepararse de manera más integral para los desafíos económicos de la vejez.

Con este panorama se destaca la necesidad de una revisión y mejora continua de las políticas y sistemas de salud destinados a las personas mayores. Esto implica no solo aumentar la infraestructura y los recursos, sino también mejorar la comunicación y la accesibilidad de los servicios existentes. Además, sugiere la importancia de una mayor participación de la ciudadanía en el diseño y evaluación de estas políticas, asegurando que respondan de manera efectiva a las necesidades reales de las personas mayores. De otra manera, en relación con las rupturas, la diversidad de experiencias, las trayectorias vitales y las experiencias biográficas de las personas mayores varían entre generaciones, lo que lleva a diferencias en cómo se conceptualiza y se vive el envejecimiento:

De un lado, las tensiones entre modelos en la percepción del envejecimiento y la vejez. Existe una interpelación a un cambio de enfoque, donde la vejez no se asimila necesariamente a un estado de fragilidad o deterioro permanente. Las generaciones más jóvenes ven la vejez como una oportunidad para ser más activos y para pensar en la vejez de manera positiva. Por otro lado, las personas mayores actuales apuntan a una reivindicación del envejecimiento y la vejez, apropiándose de sus propios cursos de vida

y rechazando la idea de que la vejez debe asociarse con inactividad o deterioro. Las personas mayores se consideran un grupo importante de la sociedad, así como lo son las/os niños/as, jóvenes y adultas/os y ven la vejez como una oportunidad para compartir, aprender y realizar actividades gratificantes. Debido a la experiencia acumulada, puede ser una oportunidad para compartir, aprender y realizar actividades que les sean gratificantes. Esto contrasta con las generaciones anteriores, que podían tener una visión más pasiva del envejecimiento. Adicionalmente, los cambios en la sociedad actual están siendo bastante acelerados, promoviendo la generación de nuevos modelos de comportamiento y de expectativas frente a lo que ser hombre y ser mujer mayor se refiere, sobre todo en las nuevas generaciones. Hacia el futuro, se perfilan nuevos modelos de vejez: con mayores recursos sociales, culturales, educacionales y financieros que las generaciones precedentes.

Prácticas y discursos de discriminación y exclusión hacia las personas mayores.

En lo que atañe al tercer objetivo específico de investigación *identificar y describir las prácticas y discursos de discriminación y exclusión hacia las personas mayores en la Patagonia para comprender las estrategias de agencia y resistencia en la vejez*. Estas se manifiestan de diversas maneras, que abarcan desde barreras en el empleo y acceso a servicios, hasta la perpetuación de estereotipos negativos y una exclusión social multidimensional que limita su participación plena en la sociedad. Reflejando una compleja interacción de factores contextuales y sociales.

Se puntualiza sobre la precariedad de la vejez cuando son escasos tanto los bienes materiales, como el acceso a recursos y la falta de redes de apoyo. La falta de recursos depende también de pensiones que no aseguran buenas condiciones en cuanto a calidad de vida para las personas mayores. Al analizar los discursos de la generación más joven, se identifica claramente la importancia de la representación del espacio territorial y la capacidad de construir interpretaciones alternativas para la vejez, de esta forma emerge como una característica que destaca en este grupo; y la realidad social de estas regiones es considerada como multiforme, fruto de una construcción social en un determinado momento histórico.

En la generación adulta los discursos transitan hacia la aceptación del contexto territorial. En la generación intermedia es donde se pueden encontrar algunos elementos para comprender la mirada que tanto personas jóvenes como mayores tienen respecto a la vejez, especialmente porque es en esta generación donde radica el mayor acceso al mundo del trabajo, no en términos etarios, pero sí en función de sostener a la familia en cuanto a los proyectos individuales (formación académica principalmente); las personas de este grupo son el soporte de la familia y, por ende, transmiten la experiencia de sus madres/padres a las/os hijos/as. Se trata de una generación que accede al mundo organizativo comunitario y sobre todo son personas que están mucho más vinculadas/os al proceso institucionalizante, lo que les permite visualizar la vejez y el envejecimiento, y proyectar deseos individuales. Estos imaginarios individuales, permiten percibir el territorio de manera distinta, como un espacio. La preocupación frente a la vejez, considerando que esta generación va a tener más años de vida que la generación de sus madres/padres. En ese contexto, las redes de apoyo son necesarias para mantener la calidad de vida, y tener ayuda material, acceso a salud, cuidados y servicios. Asimismo, en este grupo de discursos se releva la interpelación a un cambio de paradigma, como un elemento central para el desarrollo y mejora de la calidad de vida de las personas mayores, además de la necesidad de ser más activas/os y de pensar la vejez como una oportunidad.

La discriminación por edad en el empleo y acceso a servicios, las personas mayores enfrentan barreras significativas en el ámbito laboral y en el acceso a servicios. Por ejemplo, se les niega la posibilidad de postular a proyectos o participar en cursos debido a su edad, lo que refuerza su marginación y limita sus oportunidades de desarrollo personal y profesional. Existe una subvaloración de las capacidades y contribuciones de las personas mayores, lo que se traduce en un tipo particular de "edadismo". Este fenómeno incluye la perpetuación de estereotipos negativos y la internalización de creencias perjudiciales sobre el envejecimiento, afectando negativamente la salud y el bienestar de las personas mayores

La exclusión social multidimensional de las personas mayores es un proceso complejo que limita su participación plena en ámbitos económicos, sociales, culturales, espirituales y políticos. Esta exclusión se manifiesta en la percepción de olvido y marginación por parte de la institucionalidad pública, generando desconfianza en las instituciones

democráticas. Igualmente, la instrumentalización en políticas públicas, las personas mayores a menudo se sienten instrumentalizadas por los programas de políticas públicas que, aunque les otorgan acceso a servicios sociales, no necesariamente abordan sus necesidades y expectativas reales. Esto crea una dinámica de exclusión-inclusión que genera tensiones y contradicciones en su experiencia de la vejez.

Elementos estructurales e identitarios en la construcción social del envejecimiento. El territorio como elemento simbólico.

Respecto al cuarto objetivo específico de investigación *indagar en la relevancia e identidad del territorio en la construcción social del envejecimiento desde las subjetividades en la Patagonia Aysén y Magallanes*. Los elementos estructurales e identitarios del territorio que permean las construcciones del envejecimiento en la Patagonia Austral incluyen tanto factores geográficos como simbólicos. El contexto territorial, compuesto por imaginarios sobre las regiones de Aysén y Magallanes, no solo se refiere al campo geográfico como construcción material, sino también como dispositivo simbólico en las nociones identitarias de las personas. De igual manera, la complejidad del territorio patagónico, con sus imaginarios, prácticas y discursos contradictorios, refleja y moldea las realidades sociales. La memoria colectiva, que incluye eventos históricos, familiares y regionales, también juega un papel crucial en la configuración de la identidad y la percepción del envejecimiento.

Por un lado, los imaginarios sociales, como constructos colectivos simbólicos, reflejan y moldean las realidades sociales, incluyendo las variadas interpretaciones y respuestas ante el envejecimiento. De sentirse al margen, por la percepción del territorio como un espacio dependiente, aislado e indómito, configura una relación asimétrica con los centros de poder en Chile. En este sentido, el territorio habitado es apropiado por las personas y se relaciona con la vejez y el envejecimiento. Las características del contexto territorial, incluyendo los significados simbólicos del espacio habitado, marcan los discursos de las personas.

Por otro lado, la memoria colectiva reciente relacionada con la migración, tanto interna como extranjera, y las historias familiares y regionales, son cruciales para comprender la configuración de la identidad del territorio. Esta memoria colectiva se forma a partir de

la diversidad de orígenes y procesos migratorios, y el territorio se entiende como un espacio que se ha ido construyendo y reconfigurando a lo largo del tiempo. La memoria colectiva también juega un papel fundamental en la construcción de identidades socioculturales en la Patagonia. A través de la colectividad, las experiencias personales se transforman en pilares para la construcción de identidades, diferenciando la comprensión de la vejez y el envejecimiento en la Patagonia del resto del país. La vida comunitaria y el sentimiento de arraigo, reforzados por procesos de formación institucional como la participación, también contribuyen a la construcción de identidades en esta región.

Esta identidad de frontera se entrelaza con la construcción social del envejecimiento en la región. Las y los primeros colonos, quienes llegaron a la Patagonia en busca de nuevas oportunidades, enfrentaron un entorno que demandaba esfuerzo físico constante y una fuerte cohesión comunitaria. La memoria colectiva de estas personas se perpetúa a través de narrativas locales que destacan su capacidad de supervivencia. La memoria histórica es crucial en la formación de identidades sociales, y en este caso, las historias de las y los pioneros se transforman en un legado que moldea la percepción del envejecimiento. Las personas mayores en la Patagonia austral son vistos no solo como depositarios de la memoria histórica, sino también como símbolos vivos de resistencia y continuidad. Por otro lado, la migración juvenil en busca de educación superior es un fenómeno multifacético que refleja desafíos geográficos, económicos y sociales. Comprender esta movilidad requiere no solo observar las decisiones individuales de las y los jóvenes, sino también analizar las estructuras y políticas educativas, así como las condiciones socioeconómicas que influyen en estas decisiones.

Finalmente, la participación juega un papel fundamental en la mejora de la calidad de vida de las personas mayores en el extremo sur de Chile. Esta participación se manifiesta a través de la adhesión a movimientos sociales y la integración en organizaciones sociales y clubes, lo cual es significativo para su integración social y bienestar. La promoción de la participación de las personas mayores ha sido una prioridad en las políticas públicas, evolucionando de un enfoque centrado en la vulnerabilidad social y protección hacia un enfoque de derechos que reconoce las capacidades de agencia y generatividad de las personas mayores. Por otra parte, la participación política y social de las personas mayores permite que estas ejerzan un rol activo en la sociedad, lo que contribuye a su

bienestar y calidad de vida. En el contexto de la Patagonia Austral, esta participación también está vinculada a la estructura y características del territorio, así como a la valoración de la vida comunitaria y la identidad regional.

Las desigualdades de género en el curso de la vida.

En cuanto al quinto objetivo específico de investigación *comprender las experiencias y discursos sobre el envejecimiento estudiando los dispositivos que contribuyen a la reproducción de las desigualdades de género en el curso de la vida*. La manifestación de las desigualdades de género en la construcción del envejecimiento de las mujeres está influenciado por las estructuras de poder y los roles de género, condensando desigualdades de género, clase, etnia y raza, y orientación sexo/genérica. Aunque algunas mujeres mayores actuales han transitado por experiencias de vida diferentes a las de épocas anteriores, la mayoría sigue estando invisibilizada. Las trayectorias vitales de las mujeres están marcadas por múltiples factores y estrategias que afectan sus vidas. El envejecimiento se entrecruza con los roles de género generalizados y la carga histórica del trabajo de cuidados dentro de un sistema patriarcal. Esta interacción se complejiza por las violencias específicas que emergen dentro de este sistema, así como por la configuración y construcción de las estructuras familiares.

El envejecimiento se construye a través de las relaciones de género, el protagonismo de las mujeres en las prácticas de cuidado, los roles tradicionales de género, influyen significativamente en las responsabilidades de cuidado de las mujeres mayores en la región de la Patagonia. Lo cual va en sintonía con lo evidenciado por investigaciones realizadas en Chile y América Latina, las mujeres asumen la mayor parte del trabajo de cuidado no remunerado a lo largo de sus vidas, lo que muestra la desigual distribución de las responsabilidades en los hogares y que genera desigualdades de género. Históricamente, las mujeres han asumido el rol de cuidadoras dentro del ámbito familiar y comunitario, una responsabilidad que se extiende a lo largo de su vida. Existe una construcción discursiva sobre el sacrificio asociado al cuidado, donde las mujeres, especialmente las madres, desempeñan un rol central en el ámbito familiar. Este patrón de cuidados se extiende a lo largo de la vida, desde el cuidado de hermanos e hijos hasta nietos, y en ausencia de figuras parentales, recae nuevamente en la mujer la responsabilidad de organizar el cuidado.

Además, la asunción de responsabilidades en el hogar desde edades tempranas, debido a la muerte o el abandono de los padres, obliga a las mujeres a adoptar roles de cabeza de familia, lo que también influye en el proceso de migración generacional de áreas rurales a urbanas. A pesar de los cambios sociales, como el incremento de la participación femenina en el mercado laboral y en la educación, el cuidado sigue siendo percibido predominantemente como una responsabilidad familiar de las mujeres. En situaciones de ruptura o cambio significativo en la estructura familiar, las mujeres a menudo asumen la carga completa del cuidado del grupo familiar, lo que incluye la crianza, educación, alimentación y otras necesidades básicas. Esta situación repercute en su bienestar económico y social en la vejez, especialmente en contextos de precariedad socioeconómica y falta de políticas públicas de apoyo al cuidado.

Consecuentemente, las historias de las mujeres nos recuerdan que el fenómeno de la violencia de género no es nuevo y tiene historicidad, se evidencian factores clave que contribuyen a la perpetuación de la violencia de género en las relaciones familiares y de pareja en Chile. La violencia de género está intrínsecamente vinculada a la dominación masculina y es crucial para el mantenimiento del sistema social patriarcal. Esta forma de violencia actúa como una herramienta esencial del orden social patriarcal, relegando a la mujer al papel de objeto de dominación y coartando su libertad como sujeto social. Históricamente, hasta cierto punto, la violencia íntima de pareja fue tácitamente tolerada y socialmente promovida en la sociedad chilena. Aunque las actitudes están cambiando lentamente, la normalización y tolerancia de la violencia en el pasado han dejado una huella significativa en las relaciones actuales.

Esta marginalidad y violencia de género se vieron agravadas por el aislamiento geográfico y la falta de estructuras de apoyo social en la Patagonia austral. Las mujeres, en muchos casos, estaban alejadas de sus redes familiares y sociales tradicionales, lo que las dejaba más vulnerables a situaciones de violencia. Asimismo, las mujeres de generaciones mayores han percibido un apoyo limitado en sus redes más cercanas, lo que acentúa la complejidad de sus experiencias de violencia, acá cobra relevancia el rol importante que juega el apoyo de otro grupo de mujeres o familiares en la ausencia de una protección estatal. Esta falta de apoyo contribuye a la perpetuación de la violencia, ya que las víctimas no encuentran los recursos necesarios para salir de situaciones abusivas. De igual manera, la ausencia de mecanismos institucionales y legales efectivos para proteger a las

víctimas de violencia de género en esas épocas agravaba las experiencias. La narrativa hegemónica, por lo tanto, oculta y perpetúa un sistema de desigualdad y violencia, invisibilizando las experiencias y contribuciones de las mujeres, y reforzando una estructura patriarcal que sigue teniendo repercusiones en la actualidad. Por tanto, la violencia de género tiene una naturaleza intergeneracional, subrayando la persistencia y transmisión de estas dinámicas de poder a través del tiempo. Esto afecta de manera más aguda a las mujeres mayores, intensificando su vulnerabilidad ante prácticas abusivas.

Seguidamente, la perpetuación de estereotipos de género y roles de cuidado contribuye al sexismo y a formas discriminatorias en las relaciones familiares y sociales. Estos estereotipos refuerzan la idea de que las mujeres deben asumir roles subordinados y de cuidado, lo que facilita la perpetuación de la violencia. Estos factores combinados crean un entorno en el que la violencia estructural de género puede persistir y ser difícil de erradicar, a pesar de los avances en la protección de las mujeres y la implementación de leyes y políticas públicas, históricamente, la violencia de género ha sido expresada, entendida y combatida de múltiples maneras, modificándose según los contextos históricos y los entornos socioculturales. Las presiones sociales y económicas han influido de manera significativa en las decisiones relacionadas con el matrimonio y la dinámica familiar, especialmente en el contexto del cuidado de personas mayores. Estas influencias se manifiestan en varios aspectos.

También, las presiones sociales y económicas han llevado a matrimonios y maternidades a edades tempranas, lo que a menudo resulta en la interrupción de la educación secundaria y la asunción temprana de responsabilidades de cuidado. Los matrimonios a edades tempranas, especialmente en contextos rurales y/o aislados, perpetúan ciclos de pobreza y limitan las oportunidades de desarrollo personal y profesional de las mujeres en comparación con los hombres. Esto refuerza las dinámicas de poder desiguales dentro de la sociedad y perpetúa el rol de las mujeres como cuidadoras dentro de la familia. En algunos casos, las mujeres han sido obligadas a casarse debido a presiones sociales y económicas, reflejando estructuras de poder y normas de género arraigadas en la sociedad.

La pérdida de ingresos debido a la jubilación o la incapacidad de trabajar transforma las relaciones familiares. Las personas mayores, que anteriormente eran proveedores, se

vuelven dependientes de sus hijos para el cuidado y el apoyo financiero. Este cambio de roles puede generar tensiones y modificar la dinámica familiar, ya que los hijos deben asumir nuevas responsabilidades. Las relaciones familiares a menudo se fundamentan en términos de cuidado, pero también pueden surgir conflictos, principalmente por razones económicas. La falta de políticas sociales adecuadas obliga a las familias, y en particular a las mujeres, a asumir la carga del cuidado de las personas mayores, lo que puede generar tensiones y conflictos dentro del hogar. En contextos de precariedad socioeconómica y falta de políticas públicas de apoyo al cuidado, el género y la edad se intersectan para crear una mayor vulnerabilidad y dependencia en la vejez. Las mujeres, al asumir roles de cuidadoras a lo largo de su vida, ven repercutido su bienestar económico y social en la vejez.

No obstante, estas condicionantes de exclusión social. En este mosaico de desigualdades se evidenció la activación de estrategias de agencia. Muchas mujeres demuestran agencia y resistencia frente a situaciones de violencia de género. Establecen límites frente a la agresión y reconocen los impactos emocionales y psicológicos derivados de estas experiencias traumáticas, lo que les permite discernir y definir los límites y tipos de experiencias que desean vivir. En edades más avanzadas, muchas mujeres, una vez retiradas o enviudadas, comienzan a enfocar sus actividades hacia lo público o comunitario, alejándose del rol tradicional familiar y participando activamente en organizaciones comunitarias. Esta reivindicación permite una comprensión más profunda de cómo las estructuras de poder y los roles de género afectan el envejecimiento.

9.2. Contribuciones y limitaciones teóricas y del diseño metodológico

A partir de los enfoques expuestos, esta investigación plantea generar una contribución a una mejor comprensión del envejecimiento, y a conocer las subjetividades involucradas en dicha construcción, donde se considera el envejecimiento como un grupo heterogéneo. Esto debería dar luces de cómo se construye el envejecimiento y la vejez en el extremo sur del país, con las particularidades del contexto en el que se vive. En Chile, se han producido importantes cambios en las condiciones de vida de las personas mayores. No obstante, todavía persisten las imágenes negativas de la vejez y las relaciones con ese grupo en nuestra sociedad. La coexistencia y relaciones entre generaciones surgen como un campo interesante de investigación, no solo por las distribuciones de recursos o por

las compensaciones simbólicas, sino también por los imaginarios sociales que allí se construyen.

En este contexto, la principal contribución teórica es la incorporación del territorio en el análisis de la vejez y el envejecimiento. A partir del análisis histórico y en los discursos de las personas entrevistadas sobre la conformación de la “Patagonia”, como territorio, he visualizado cómo ese entorno influye en mayor o menor medida, en las formas en que apropia el territorio, según las distintas perspectivas que he presentado a lo largo de este trabajo. Es decir, la influencia del territorio y la identidad histórica impacta significativamente en la percepción del envejecimiento en la región de la Patagonia.

El proceso de homogeneización cultural “identidad patagónica”, a partir de la colonización y posterior chilenización como procesos socioculturales y políticos de imposición nacional y cultural dominante, forzó la legitimización del Estado chileno en el territorio. Sus esfuerzos para consolidar la soberanía, normalizaron discursos de control social y legitimaron una violencia estructural hacia las comunidades indígenas y explotación del territorio. Este proceso de homogeneización, que creo un escenario propicio para la asimilación cultural, junto con la aceptación y el consenso que tuvo en la sociedad de aquella época, resultó en la persistencia en la imagen épica de la colonización y la ausencia discursiva y simbólica de los “otros” pueblos originarios, primero habitantes de este territorio. La idea de los pioneros en la Patagonia austral chilena se construye en torno a una narrativa heroica que exalta la valentía, la resistencia y la autosuficiencia de los primeros colonos. Esta visión, sin embargo, encubre una realidad más compleja y problemática. Igualmente, la figura del pionero se ha idealizado en el imaginario colectivo, relegando al olvido las condiciones de marginalidad y las situaciones de violencia machista que marcaron profundamente la vida de muchas mujeres en la región. Las historias de sacrificio y esfuerzo no suelen reflejar las experiencias de opresión y violencia que sufrieron las mujeres, quienes, además de enfrentar las duras condiciones ambientales, debían soportar la violencia de género en un contexto donde la autoridad y el poder estaban mayoritariamente en manos de hombres.

Con respecto a lo anterior, este proceso de colonización y chilenización implicó una violencia estructural que forzó un genocidio de los pueblos indígenas, destruyendo sus modos de vida tradicionales. La imposición de nuevas lógicas económicas y sociales por

parte de los colonos europeos y chilenos -además del mismo Estado chileno-, también contribuyó a la invisibilización y marginalización de la población indígena, estableciendo modos de ser y pensar en la sociedad que perduran hasta la actualidad.

Esto implica repensar la perspectiva decolonial del envejecimiento en Chile, al plantear una crítica fundamental a las narrativas dominantes que conceptualizan la vejez desde una visión occidental. En este sentido, es necesario descentrar las categorías y prácticas impuestas por el colonialismo, incorporando en el análisis de la vejez y el envejecimiento un cuestionamiento a las estructuras de poder y los sistemas de conocimiento que perpetúan la exclusión y la discriminación de las personas mayores. Asimismo, promueve una comprensión más integral y contextualizada del envejecimiento, que recupere las prácticas culturales, sociales y espirituales propias de las diversas comunidades en la Patagonia. A su vez, el clima y el aislamiento no solo refuerzan las dinámicas patriarcales, sino que también afectan significativamente el envejecimiento en la región. Las personas mayores en estos territorios enfrentan no solo las dificultades inherentes al envejecimiento, sino también las consecuencias de una vida marcada por el esfuerzo y la falta de acceso a servicios básicos de salud y bienestar. Este contexto de dureza y aislamiento acentúa la vulnerabilidad de las personas mayores, quienes a menudo carecen del apoyo necesario para una vejez digna, reflejando las desigualdades y carencias que han caracterizado históricamente la vida en la Patagonia austral.

Respecto al abordaje teórico sobre territorio, me he acercado al objeto de estudio desde una perspectiva situada. Mi intención, a partir del territorio normado y vivido, el territorio observado y el espacio apropiado, ha sido comprender que el territorio es un espacio construido socialmente, producto de las relaciones que las personas entretejen con la historia, la geografía, la naturaleza y otras personas, además de involucrar una comprensión espacial desde las producciones, representaciones y vivencias. En este sentido, he observado, a través del análisis de los discursos, que un mismo lugar puede ser apropiado por diversas expresiones sincrónica y diacrónicamente. Este escenario remite a imaginarios territoriales sobre el envejecimiento que, dependiendo de la percepción de los actores y su vinculación con el territorio, tendrá una interpretación u otra según las dimensiones anteriormente señaladas.

La percepción de la región de la Patagonia ha evolucionado significativamente a lo largo del tiempo. Inicialmente, la Patagonia fue vista como una tierra desolada y salvaje,

habitada por indígenas considerados "salvajes" que necesitaban ser civilizados. Esta visión se basaba en la percepción de la región como una inmensidad inhóspita, desértica, estéril y fría, con un clima duro y escasos recursos. Con el tiempo, esta percepción cambió debido a la intervención del Estado y las élites económicas, militares y culturales, que reconceptualizaron la Patagonia para asegurar su poder. Este proceso incluyó la quema de grandes extensiones de bosques, el genocidio de grupos indígenas y la promoción de la región como una representación de la naturaleza prístina. En las últimas dos décadas, la Patagonia ha sido promovida como una reserva natural, una estrategia impulsada por instituciones públicas regionales para fomentar el crecimiento económico a través del turismo y la conservación ambiental. Este cambio de percepción ha transformado la imagen de la Patagonia de un lugar inhóspito a un destino turístico atractivo y una reserva natural de importancia global.

Por otro lado, he visto que la territorialidad del Estado chileno impuso una comprensión acerca de la Patagonia y homogeneizó a la sociedad. Desde la influencia de la geografía tradicional, se comprendió que las fronteras sociales coincidían con las del Estado nación y se desconoció el carácter heterogéneo de este territorio. Las zonas fronterizas, como la Patagonia, son entendidas no solo como delimitaciones geográficas, sino como espacios de transición y encuentro cultural. Por un lado, estas zonas fronterizas no son estructuras estáticas, sino procesos en evolución que reflejan prácticas de fronterización, es decir, una serie de procesos transformativos y afectivos que reconfiguran continuamente los sistemas sociales y espaciales. Ejemplo de esto, es la fuerte vinculación transfronteriza y cultural con Argentina ha gestado un sentimiento de binacionalidad horizontal, reflejando una convivencia histórica común que precede a la formación de ambos Estados-naciones.

Paralelamente, esta región ha sido históricamente invisibilizada por el Estado chileno, lo que ha resultado en mapas geográficos con fuertes marcas de exclusión. El territorio de la Patagonia Austral, con su aislamiento geográfico, clima extremo y paisajes naturales, ha moldeado las prácticas culturales y sociales de sus habitantes, creando una identidad regional distintiva. Este entorno geográfico ha contribuido a instalar un discurso de una identidad regional única, que se refleja en las prácticas cotidianas y en la adaptación de sus habitantes a las condiciones locales. Además, la percepción del territorio como un espacio independiente, aislado e indómito ha configurado una relación asimétrica con los

centros de poder en Chile, perpetuando una vinculación territorial que se mantiene hasta la actualidad. La dureza del territorio patagónico, caracterizado por un clima extremo y un aislamiento geográfico significativo, ha tenido un impacto profundo en las dinámicas sociales y de poder de la región. Esta relación entre sociedad y naturaleza juega un papel crucial en la configuración de la percepción sobre el envejecimiento y cómo se vive la vejez en la región.

Sin lugar a duda, la población de la región de la Patagonia austral enfrenta varios desafíos en términos de envejecimiento y desarrollo territorial. Uno de los principales problemas es el aislamiento geográfico, que dificulta el acceso a servicios esenciales como la salud, la educación y la cultura. Este aislamiento se ve agravado por un modelo neoliberal que prioriza las inversiones en la explotación de recursos naturales, lo que no ha sido acompañado por un crecimiento demográfico significativo ni por políticas de desarrollo urbano exitosas. También, la región sufre de una desconexión territorial que la excluye de los flujos importantes de intercambio globales, lo que limita las oportunidades de desarrollo económico y social. Este contexto también afecta a las personas mayores, quienes enfrentan dificultades adicionales debido a la falta de infraestructura y servicios adecuados para atender sus necesidades específicas.

Otro elemento que considero relevante en esta tesis, es mirar desde los márgenes. En este sentido, se destaca la importancia de adoptar una perspectiva de mirar desde los márgenes. Se enfatiza en la necesidad de considerar las experiencias y conocimientos de los grupos históricamente marginados y excluidos de la producción de conocimiento científico y académico. Las perspectivas desde los márgenes proporcionan una visión más completa y crítica del conocimiento, al desafiar las supuestas objetividades y neutralidades frecuentemente asumidas en la ciencia tradicional. La inclusión de estas voces puede revelar sesgos y limitaciones en las teorías y metodologías establecidas, permitiendo así la construcción de conocimientos más justos y equitativos. Mirar desde los márgenes implica reconocer y valorar las contribuciones de aquellos que han sido sistemáticamente excluidos, utilizando sus experiencias y conocimientos, dada la insuficiente reflexión que se le otorga desde las ciencias sociales a los sucesos que ocurren en las zonas extremas nacionales. Lo interesante, para este caso, es emprender investigaciones encarnadas desde nuestra periferia para superar este imaginario hegemónico. Especialmente, se destaca el interés de esta tesis por llegar a colectivos fuera

de las zonas centrales, a modo de resaltar la importancia de concebir reflexiones teóricas y políticas nacionales que no ignoren estas realidades. Este ejercicio de “descentralización” del proceso de recolección de la información ha sido una postura política.

Para finalizar, me gustaría destacar la importancia de tres elementos que han marcado fuertemente este trabajo investigativo: Primero, que esta tesis ha dado una relevancia importante a las trayectorias biográficas y su relación con una estructura social sometida a procesos de colonización y modernización, para aprehender el significado del envejecimiento y la vejez. Segundo, que en el mismo estudio de la conceptualización que del envejecimiento y la vejez hacen tres generaciones, a partir de sus biografías y de los elementos socioculturales que allí intervienen, se tiene como supuesto primordial que estas son agentes activos en el proceso. En este sentido, las personas mayores, mujeres mayores, personas adultas y jóvenes son abordadas como agentes activos en ese proceso de configuración. Y, tercero, la comprensión de las personas mayores como un segmento complejo, heterogéneo y con representaciones acerca del envejecimiento y la vejez, que son dinámicas y que están relacionadas entre sí de formas, muchas veces, conflictivas. El abordar la investigación desde esta perspectiva, me ha permitido generar un acercamiento hacia las personas mayores que ha intentado no negar su complejidad y sus múltiples miradas, con el fin de hacer un aporte sustantivo, y no reduccionista, al conocimiento en estas materias.

En suma, de acuerdo a los elementos precedentes la premisa contenida en esta investigación, es que la realidad se construye socialmente, por tanto, he considerado que en la construcción social de la vejez, las apropiaciones del territorio que se habita se sitúan en una relación de relevancia y opacidad a los nuevos procesos de transformación social. En este caso el escenario elegido es la Patagonia chilena.

Entre las limitaciones que identifiqué las barreras que presentan estas decisiones teóricas y metodológicas en cuanto a las exigencias que requiere abordar la edad, el género y el territorio. El asunto de las imbricaciones entre los órdenes y prácticas de género con el envejecimiento, el territorio y el envejecimiento, si bien, estuvo presente en todo el proceso de construcción teórica, metodológica y levantamiento de datos, muchas veces sentí que me iba del foco central de la investigación y reconozco que fue y es un proyecto

ambicioso. Quizá faltó profundizar en las trayectorias biográficas y la relación con la estructura social sometidas a cambios.

En esta mirada retrospectiva, creo que la articulación de la perspectiva del curso de vida, generacional y la interseccionalidad como enfoques teóricos para un abordaje que recupere las biografías y los procesos sociales; el lugar que ocupa el género en las relaciones de poder presentes en la vida de las personas, el lugar que ocupa el territorio fueron fundamentales para configurar el objeto de estudio. Enfoques que considere a las relaciones de género como fenómeno antropológico en el que intervienen diferentes formas de opresión, pero que no operan por adición, sino que están mediadas por las condiciones estructurales en las que se desenvuelven las personas a lo largo del curso de sus vidas.

En este sentido, van quedando elementos no abordados en esta investigación que son relevantes y que asumo como una limitación y dan pie a futuras investigaciones. La intimidad y las sexualidades en este devenir histórico que se constituyen como importantes para comprender las relaciones de género en la vejez en la actualidad, la intimidad de las mujeres mayores porque todavía son invisibilizadas. Por otro lado, lo complejo de abordar procesos de las estructuras de dominación y del desarrollo de los procesos coloniales, no se abordaron las dinámicas de las identidades étnicas en el envejecimiento en este territorio particular y otras categorías de cuerpo-territorio. La especificidad geográfica puede influir en las particularidades culturales y sociales que no necesariamente se replican en otros lugares. La temporalidad, esta investigación, es de corte transversal, lo que significa que captura un momento específico en el tiempo. Esto puede limitar la comprensión de cómo las prácticas y discursos de discriminación y exclusión evolucionan a lo largo del tiempo.

Admito que en esta tesis solo he podido ofrecer una interpretación particular de la realidad. Por tanto, considero necesario continuar investigando para obtener una comprensión más profunda de las dinámicas territoriales en la Patagonia, especialmente en relación con la población mayor y su cosmovisión frente a la emergencia de nuevos fenómenos, como por ejemplo, escenarios productivos, participación política, tecnologías, etc. Dada la complejidad y amplitud de los fenómenos en este territorio, no he podido profundizar en todos ellos. La investigación no debe considerarse concluida

con el cumplimiento de los objetivos actuales; por el contrario, busca dejar abiertas nuevas preguntas que permitan seguir profundizando en el análisis, apostando por una arqueología del saber, donde, a través del análisis de los discursos, descubrimos conocimientos previamente desconocidos y delineamos los contornos del conocimiento actual.



Úrsula Calderón – El Lobo Marino
Relatos y Cantos Yaganes

BIBLIOGRAFÍA

- Abu-Lughod, L. (1990). Can There Be a Feminist Ethnography?. *Women & Performance: a Journal of Feminist Theory*, 5(1), 7-27. <https://doi.org/10.1080/07407709008571138>.
- Abusleme, M.T., Caballero, M. (Ed.) (2014). *Maltrato a las Personas Mayores en Chile: Haciendo visible lo invisible*. Ediciones Servicio Nacional del Adulto Mayor.
- Acosta, E., Picasso, F. y Perrotta, V. (2018). *Cuidados en la Vejez en América Latina. Los casos de Chile, Cuba y Uruguay*. Fundación Konrad Adenauer.
- Aguirre, R y Scavino, S. (2018). *Vejez de las mujeres. Desafíos para la igualdad de género y la justicia social en Uruguay*. Doble Clic Editoras.
- Ahmed, S. (2021). *Vivir una vida feminista*. Caja negra editora.
- Aliaga, F., Maric, M. y Uribe, J. (Eds) (2018). *Imaginarios y representaciones sociales: estado de la investigación en Iberoamérica*. Ediciones USTA.
- Alonso, L.E. (2003). *La mirada cualitativa en Sociología: Una mirada interpretativa*. Editorial Fundamentos.
- Alvarado, A. y Salazar, Á. (2014). Análisis del concepto de envejecimiento. *Gerokomos*, 25(2), 57-62. <https://dx.doi.org/10.4321/S1134-928X2014000200002>.
- Alwin, D. y McCammon, R. (2007). Rethinking Generation. *Research in human development*, 4 (3-4), 219-237. <https://doi.org/10.1080/15427600701663072>.
- Anderson, B. (2021). Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismos. Fondo de Cultura Económica.
- Anzaldúa, G. (2004). Los movimientos de rebeldía y las culturas que traicionan. En B. hooks, A. Brah, Ch. Sandoval, y G. Anzaldúa (Eds.), *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras* (pp. 71-80). Traficantes de Sueños.
- Araiza, A. (2013). De la política de la localización a los conocimientos situados. Notas para la creación de una ciencia feminista. En M. Liévano y M. Duque (Comps.), *Subjetivación femenina: investigación, estrategias y dispositivos críticos* (pp. 163-191). Ediciones UANL. Colección Tendencias.
- Aravena, A. (2003). El rol de la memoria colectiva y de la memoria individual en la conversión identitaria mapuche. *Estudios Atacameños*, (26), 89-96. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-10432003002600010>.
- Aravena, A. y M. A. Baeza. (2010). Jóvenes chilenos y construcción socioimaginaria del ser otro mujer. *Última Década*, (32), 159-171. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362010000100009>.
- Arendt, H. (2018). Sobre la violencia. Alianza Editorial.
- Arber, S. y Ginn, J. (1996). *Relación entre género y envejecimiento. Enfoque sociológico*. Narcea S.A. de Ediciones.
- Arnold, M., Herrera, F., Massad, C. y Thumala, D. (2021). *Sexta encuesta nacional de inclusión y exclusión social: Cómo observa la población el envejecimiento en Chile*. Servicio Nacional del Adulto Mayor.

- Arriagada, I. (2021). Trayectorias de investigación y trayectorias vitales. En K. Batthyány (Coord.). *Miradas latinoamericanas a los cuidados* (pp. 53-62). CLACSO – Siglo XXI.
- Arroyo Rueda, M.C. (2011). Sentirse “una carga” en la vejez: ¿Realidad construida o inventada? *Revista Kairós Gerontología*, 14 (6), 05-29. <https://doi.org/10.23925/2176-901X.2011v14i4p5-28>.
- Arruzza, C (2017). Reflexiones degeneradas. Sobre patriarcado y capitalismo. En C. Arruzza (Ed.), *Género y capitalismo. Debates en torno a reflexiones degeneradas* (pp. 23-54). Grupo de Estudios Feministas.
- Arruzza, C. y Bhattacharya, T. (2020). Teoría de la Reproducción Social. Elementos fundamentales para un feminismo marxista. *Archivos de Historia Del Movimiento Obrero y La Izquierda*, (16), 37-69. <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n16.251>.
- Atchley, R.C. (1989). A Continuity Theory of Normal Aging. *The Gerontologist*, 29(2), 183-190. doi: 10.1093/geront/29.2.183.
- Ayalon, L. y Tesch-Römer, C. (2018). Introduction to the section: Ageism-Concepto and Origins. En L. Ayalon y C. Tesch-Römer (Eds) *Contemporary Perspectives on Ageism* (pp 1-10). Springer Open.
- Baeza, M.A. (2000). *Los caminos invisibles de la realidad social*. RIL Editores.
- Baeza, M.A. (2003). *Imaginarios sociales. Apuntes para la discusión teórica y metodológica*. Sello Editorial Universidad de Concepción.
- Baeza, M.A. (2015). *Hacer mundo. Significaciones imaginarios-sociales para construir sociedad*. RIL Editores.
- Balasch, M., y Montenegro, M. (2003). Una propuesta metodológica desde la epistemología de los conocimientos situados: Las producciones narrativas. *Encuentros en Psicología Social*, 1(3), 44-48.
- Banco Mundial (2017). *Esperanza de vida al nacer*. [base de datos en línea] <http://data.worldbank.org/indicator/SP.DYN.LE00.FE.IN?locations=CL>
- Barrientos, A. (2010). Latin America: Towards a liberal-informal welfare regime. En I. Gough y G. Wood (Eds.), *Insecurity and welfare regimes in Asia. Africa and Latin America* (pp. 121-168). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511720239.006>.
- Bassi, J. (2013). Adiós a la partitura: una defensa de los diseños flexibles en investigación social. En M. Canales (Coord.), *Investigación social. Lenguajes del diseño* (pp. 43-73). LOM Ediciones.
- Bastián, Á. y Berrío, L. (2018). Saberes en diálogo: mujeres indígenas y académicas en la construcción del conocimiento. En *Prácticas otras de conocimiento(s). Entre crisis, entre guerras* (pp.107-132). Cooperativa Editorial RETOS-Taller Editorial La Casa del Mago-CLACSO.
- Baylina, M. (1997). Metodología cualitativa y estudios de geografía y género. *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, (30), 123-138.
- Batthyány, K. (Coord.) (2020). *Miradas Latinoamericanas a los cuidados*. CLACSO-Siglo veintiuno editores.

- Bazo, M.T. (Coord.) (2012). *Envejecimiento poblacional y el reto de la dependencia. El desafío en los sistemas sanitarios y sociales de España y Europa*. Nau Llibres – Edicions Culturals Valencianes S. A.
- Bengtson, V. y Schaie, K. (Eds.). (1989). *The course of later life: Research and reflections*. Springer Publishing Co.
- Bengtson, V., Burgess, E. y Parrot, T. (1997). Theory, Explanation and a Third Generation of theoretical development in Social Gerontology. *Journal of Gerontology*, 52 (2), 72-88. doi 10.1093/geronb/52B.2.S72.
- Berger, P. y Luckmann, T. (2005). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu.
- Berriel, F., Carbajal, M., Paredes, M. y Pérez, R. (2012). ¿Qué es para usted envejecer? Envejecimiento y representación social en Uruguay desde una perspectiva intergeneracional. En *La sociedad uruguaya frente al envejecimiento de su población*. Universidad de la República-CSIC.
- Biglia, B. y Bonet-Martí, J. (2009). La construcción de narrativas como método de investigación psico-social. Prácticas de escritura compartida. *Forum: Qualitative Social Research*, 10 (1), 1-25.
- Blanco, M. (2011). El enfoque del curso de vida: orígenes y desarrollo. *Revista Latinoamericana de Población*, 8(5), 5-31.
- Blázquez, N. (2012). Epistemología feminista: temas centrales. En N. Blázquez, F. Flores y M. Ríos (Coords.), *Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 21-38). UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.
- Bodoque, Y., Roca, M., y Comas d'Argemir, D. (2016). “Hombres en trabajos de cuidado: género, identidad profesional y cultura del trabajo”. *Revista Andaluza de Antropología*, 11, 67-91. <https://doi.org/10.12795/RAA.2016.11.04>.
- Bodoque-Puerta, Y., Sanz-Abad, J. y Martínez Pozo, L. (2022). Iniciativas comunitarias de cuidado y uso de tecnologías digitales en tiempos de la covid-19: dimensiones, prácticas, límites y potencialidades. *Disparidades. Revista de Antropología*, 77(1), e015d. <https://doi.org/10.3989/dra.2022.015d>.
- Borja, R. (1997). Territorio. En R. Borja, *Enciclopedia de la política* (pp. 975-982). Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, P. (2000). *La distinción*. Taurus.
- Bourdieu, P. (2013). *La estrategia de reproducción social*. Siglo Veintiuno Editores.
- Butler, R. (1969). Ageism: Another from of bigotry. *The Gerontologist*, (9), 243-246. doi: 10.1093/geront/9.4_Part_1.243.
- Bozzano, H. (2000). *Territorios reales, territorios pensados, territorios posibles: aportes para una teoría territorial del ambiente*. Espacio Editorial.
- Cain, L. (1991). Life course and social structure. En W. Heinz (Ed.), *Theoretical Advances in Life Course Research (Status Passages and the Life Course)* (pp.31-63). Deutscher Studien Verlag.
- Cairo Carou H. (2001). Territorialidad y fronteras del estado-nación: Las condiciones de la política en un mundo fragmentado. *Política y Sociedad*, 36, 29-38.

- Calasanti, T. y Slevin, K. (comps.) (2006). *Age matters. Realigning feminist thinking*. Routledge.
- Calvo, E. y Madero-Cabib, I. (2016). Envejecimiento Saludable, activo y positivo y su promoción entre las Personas Mayores. En Pontificia Universidad Católica de Chile, *Gerontología Social* (pp. 49-65). Pontificia Universidad Católica.
- Camus, P. y Rosenbilit, J. (2011). Aislamiento de la frontera norte de Chile: ¿problema u oportunidad? Un análisis histórico. En F. Arenas, A. Salazar y A. Núñez (Eds.), *El aislamiento geográfico: ¿problema u oportunidad?* (pp. 147-178). Instituto de Geografía.
- Canales, M. (Coord.). (2013). *Investigación social. Lenguajes del diseño*. LOM Ediciones.
- Canales, M. y Ghiardo, F. (2012). Épocas, Cohortes y Generaciones de Chilenos/as: Exploración en torno a los grupos socioepocales. *Revista Última Década*, (36), 11-41. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362012000100002>.
- Caro, S. (2014). *Institucionalidad y Política Nacional para el adulto mayor en Chile: Análisis del período 1996 – 2012 desde una perspectiva institucionalista centrada en los actores*. [Tesis de Master, Universidad Católica de Chile].
- Caro, P. (2017). El lugar social de la vejez en territorios rurales de Aconcagua, un análisis de género. *Polis Revista Latinoamericana*, 16(48), 201-221. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-65682017000300201>.
- Carrasco, C. (2017) La economía feminista. un recorrido a través del concepto de reproducción. *Ekonomiaz*, 91(1), 53-77.
- Carrasco, P. (2017) Relatos orales, rastros de la identidad de la Patagonia Aysén. En A. Núñez, E. Aliste, A. Bello y M. Osorio (Eds.), *Imaginarios Geográficos, Prácticas y Discursos de Frontera. Aysén desde el Texto de la Nación* (pp. 191-212). LOM Ediciones.
- Carstensen, L., Mikels, J. y Mather, M. (2006). Fifteen – Aging and the Intersection of Cognition, Motivation, and Emotion. En J. Birren, K. Warner Schaie, R. Abeles, M. Gatz y T. Salthouse (Eds.), *Handbook of the Psychology of Aging*. Academic Press (pp. 343-362). [doi.org/10.1016/B978-012101264-9/50018-5](http://dx.doi.org/10.1016/B978-012101264-9/50018-5).
- Castañeda, M. (2012). Etnografía feminista. En N. Blázquez, F. Flores y M. Ríos (Coords.), *Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 217-238). UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.
- Castoriadis, C. (2007). *La institución imaginaria de la sociedad*. Tusquets.
- Castro, A. (2012). Familias rurales y sus procesos de transformación: Estudios de casos en un escenario de ruralidad en tensión. *Psicoperspectivas*, 11(1), 180-203. <https://dx.doi.org/10.5027/psicoperspectivas-Vol11-Issue1-fulltext-172>.
- Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía. (2016). *Envejecimiento e institucionalidad pública en América Latina y el Caribe: conceptos, metodologías y casos prácticos*. Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

- Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía. (2018). *Envejecimiento, personas mayores y agenda 2030 para el desarrollo sostenible. Perspectiva regional y de derechos*. Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
- Charmaz, K. (2017). Special invited paper: Continuities, contradictions, and critical inquiry in grounded theory. *Int J Qual Methods*, 6(1), 1-8. <https://doi.org/10.1177/1609406917719350>.
- Clausen, J. (1986). *The life course: a sociological perspective*. Prentice Hall.
- Cobo, R. (2019). *Hacia una nueva política sexual. Las mujeres ante la relación patriarcal*. Editorial Planeta.
- Comas d'Argemir, D. (1995). Trabajo, género, cultura. La construcción de desigualdades entre hombres y mujeres. Icaria.
- Comas d'Argemir, D. (2000). Mujeres, familia y estado de bienestar. En T. del Valle, *Perspectivas feministas de la Antropología Social* (pp. 187-2004). Ariel.
- Comas d'Argemir, D. (2017). El don y la reciprocidad tienen género: las bases morales de los cuidados. *QuAderns-e*, 22(2), 17-32.
- Comas d'Argemir, D., Alonso, N. y Deusdad, B. (2018). Des maris qui soignent leurs épouses âgées. Genre, générations et politiques publiques en Catalogne. *Ethnologie française*, 48, 451-464. <https://doi.org/10.3917/ethn.183.0451>.
- Comas-d'Argemir, D. y Soronellas-Masdeu, M. (2021). Envejecimiento, dependencia y cuidados. Retos sociales y retos asistenciales. *Arxiu d'Etnografia de Catalunya*, 22, 5-18.
- Comelin, A. y Leiva, S. (2019). ¿Quién debe cuidar a los adultos mayores? Voces de cuidadoras y cuidadores en Chile. *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, 23, (38/39), 149-170.
- Comisión verdad histórica y nuevo trato con los pueblos indígenas (2008). *Informe de la Comisión verdad histórica y nuevo trato con los pueblos indígenas*. Santiago de Chile.
- Conde, F. (2010). *Análisis sociológico del sistema de discursos*. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Connidis, I.A. y McMullin, J.A. (2002). Sociological ambivalence and family ties: A critical perspective. *Journal of Marriage and Family*, 64 (3), 558-567. doi 10.1111/j.1741-3737.2002.00558.x.
- Conway, J., Bourque, S. y Scott, J. (1995). El concepto de Género. En M. Lamas (Comp.), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 21-33). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Cottet, P. (2013). Tres versiones del diseño para investigaciones sociales. En M. Canales (Coord.), *Investigación social. Lenguajes del diseño* (pp. 15-42). LOM Ediciones.
- Cowgill, D. y Holmes, L. (Eds.) (1972). *Aging and modernization*. Appleton Century-Crofts.
- Crenshaw, K. (1989). Demarginalizing the intersection of race and sex: A black feminist critique of antidiscrimination doctrine, feminist theory and antiracist politics. *University of Chicago Legal Forum*, 140, 139-167.

- Crenshaw, K. (1991). Mapping the margins: Intersectionality, identity politics, and violence against women of color. *Stanford Law Review*, 43(6), 1.241-1.299. doi: 10.2307/1229039.
- Cumming E. y Henry W. (1961). *Growing Old: The Process of Disengagement*. Basic Books.
- Curiel, O. (2014). Construyendo metodologías feministas desde el feminismo decolonial. En I. Mendia Azkue et al. (Comps.), *Reflexiones, herramientas y aplicaciones desde la investigación feminista* (pp. 45-60). UPV/EHU.
- Del Pozo, M. y Thumala, D. (2016). Reconstrucción de soportes sociales en mujeres urbanos populares post viudez: Una mirada a los cuidados. *Psicoperspectivas*, 15(3), 78-86. DOI10.5027/PSICOPERSPECTIVAS-VOL 15-ISSUE3-FULLTEXT-753.
- Dethier, J., Pestieau, P., y Ali, R. (2011). The impact of a minimum pension on old age poverty and its budgetary cost. Evidence from Latin America. *Revista de Economía del Rosario*, 14(2), 37-65.
- Deusdad, B., Comas-d'Argemir, D. y Dziegielewski, S. (2016). Restruturing Long-term care in Spain: the impact of the economic crisis on social policies and social practice. *Journal of Social Service Research* 42(2): 246-262. DOI: 10.1080/01488376.2015.1129013.
- Deusdad, B. (2020). COVID-19 y la Crisis de las Residencias de Mayores en España: Edadismo y Precariedad. *Research on Ageing and Social Policy*, 8(2), 142-168. <http://dx.doi.org/10.447/rasp.2020.5598>.
- Di Méo, G. (1998). *Géographie sociale et territoires*. Nathan.
- Domingues, M. (2009). *La modernidad contemporánea*. Siglo XXI.
- Donati, P. (1999). Familia y generaciones. *Desacatos Revista de Antropología Social*, (2), 27-49. <https://doi.org/10.29340/2.1259>.
- Duarte, C. (2013). Construcciones de objetos de investigación. En M. Canales (Coord.), *Investigación social. Lenguajes del diseño* (pp. 231-244). LOM Ediciones.
- Dube, S. (2001). *Sujetos Subalternos: capítulos de una historia antropológica*. El Colegio de México.
- Elder, G. (1991). Perspective on the life course. En Heinz, W. (Ed.), *Theoretical Advances in Life Course Research (Status Passages and the Life Course)* (pp.91-112). Deutscher Studien Verlag.
- Elder, G. (1998). The life course and human development. En R.M. Lerner (Ed.), *Hanbook of child psychology. Theoretical models of human development* (pp. 939-991). Wiley and Sons.
- Elder, G., Kirkpatrick, M. y Crosnoe, R. (2006). The emergence and development of life course theory. En Mortimer, J.T. y Shanahan, M. J. (Eds.), *Handbook of the Life Course* (pp. 3-19). Springer.
- Espinosa, Y. (2019). Hacer genealogía de la experiencia: el método hacia una crítica a la colonialidad de la Razón feminista desde la experiencia histórica en América Latina. *Revista Direito Práx*, 10(3), 2007-2032. <https://doi.org/10.1590/2179-8966/2019/43881>.

- Esteban, M.L. (2013). *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. Edicions Bellaterra.
- Estes, C. (1993). The aging enterprise revisited. *The Gerontologist*, 33 (3), 292-298. doi: 10.1093/geront/33.3.292.
- Fatiga, B.C. (2012). Lugar e o nao-lugar de idosos institucionalizados: o idoso e a tal da Geografia. *Revista Portal de Divulgação*, 2(23), 8-16.
- Federici, S. (2011). Sobre el trabajo de cuidados de las personas mayores y los límites del marxismo. En Carrasco, C., Borderías, C. y Torns, T. (Eds.), *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas* (pp. 390-411). Catarata.
- Feixa, C. (1996). *Antropología de las edades*. Biblioteca Virtual de Ciencias Sociales.
- Fericgla, J.M. (1992). *Envejecer. Una antropología de la ancianidad*. Anthropos.
- Fernandes, B. (2017). Territorio y soberanía alimentaria. *Revista Latinoamericana de Estudios Rurales*, 2(3), 22-38.
- Fernández Ballesteros, R. (2000). *Gerontología Social*. Ediciones Pirámide.
- Fernández, G. y Rojo, F. (2021). Introducción. En G. Fernández y F. Rojo (Eds.), *Envejecimiento Activo, Calidad de Vida y Género. Las miradas académica, institucional y social* (pp. 33-45). Tirant Humanidades.
- Filardo, V. y Muñoz, C. (2001). Vejez en el Uruguay. Hacia una sociología de las relaciones de edad. En E. Mazzei (Comp.), *El Uruguay desde la sociología. Integración, desigualdades sociales, trabajo y educación* (pp. 235-251). Universidad de la República.
- Fiori, K., Smith, J., y Antonucci, T. (2007). Social network types among older adults: A multidimensional approach. *Journal of Gerontology*, 62(6), 322-330. <https://doi.org/10.1093/geronb/62.6.P322>.
- Finkel, L., Parra, P. y Baer, A. (2008). La entrevista abierta en investigación social: trayectorias profesionales de ex deportistas de élite. En Gordo, A. y Serrano, A. (Coord.), *Estrategias y prácticas cualitativas de investigación social* (pp. 127-154). Pearson-Prentice Hall.
- Foster, L., y Walker, A. (2015). Active and successful aging: A European policy perspective. *The Gerontologist*, 55(1), 83-90. <https://doi.org/10.1093/geront/gnu028>.
- Foucault, M. (1989). *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*. Vol. I. Siglo XXI.
- Foucault, M. (2000). *Vigilar y castigar*. Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (2010). *Nacimiento de la biopolítica*. Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (2011). *Arqueología del saber*. Siglo XXI Editores.
- Fraser, N. (1990). ¿Qué tiene de crítica la teoría crítica? Habermas y la cuestión del género. En S. Benhabib y D. Cornella (Eds.) *Teoría feminista y teoría crítica. Ensayos sobre la política de género en las sociedades de capitalismo tardío* (pp. 49-88). Edicions Alfons el Magnànim.
- Fraser, N. (2015). *Fortunas del Feminismo. Del capital gestionado por el Estado a la crisis neoliberal*. Instituto de Altos Estudios Nacionales del Ecuador.

- Freixas, A. (2013). *Tan Frescas. Las nuevas mujeres mayores del siglo XXI*. Espasa Libros S.L.U.
- Freixas, A., Luque, B. y Reina, A. (2012). Critical feminist gerontology: In the back room of research. *Journal of Women & Aging*, (24), 44–58. <http://doi.org/10.1080/08952841.2012.638891>.
- Frémont, A. (1999). *La région espace vécu*. Flammarion.
- Gallardo-Peralta, L., Córdova, I., Piña, M y Urrutia, B. (2018). Diferencias de género en salud y calidad de vida en personas mayores del norte de Chile. *Polis Revista Latinoamericana*, (49), 153-175. <http://dx.doi.org/10.32735/S0718-6568/2018-N49-1331>.
- Garcés, C. (2017). Envejecimiento y transformaciones sociales. Una aproximación desde la solidaridad intergeneracional en el extremo sur de Chile. En Montero-López, M. y Montes de Oca, V. (comps.) *Experiencias, propuestas e iniciativas en la atención a personas mayores* (pp 33-44) Universidad Autónoma de México.
- García, E. y Díaz, S. (2022). Una propuesta de investigación feminista para el estudio de la misoginia: notas reflexivas de los procesos de investigación. *EMPIRIA. Revista De metodología De Ciencias Sociales*, (56), 83–106. <https://doi.org/10.5944/empiria.56.2022.34439>
- Gaviria, M. (2020). Territorialidades en la ciudad-región Eje Cafetero, Colombia. *Territorios*, (42), 1-24. <https://doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/territorios/a.7012>.
- Giele, J. y Elder G. (Eds.) (1998). *Methods of Life Course Research. Qualitative and Quantitative Approaches*. Sage Publications.
- Giménez, G. (2005). Territorio e identidad. Breve introducción a la geografía cultural. *Trayectorias*, 7(17), 8-24.
- Glaser, B.G. y Strauss, A.L. (1967). *The Discovery of grounded theory*. Aldine.
- Godelier, M. (1989). *Lo ideal y lo material: pensamiento, economías, sociedades*. Editorial Taurus.
- Gomila, M. (2005). Las relaciones intergeneracionales en el marco de la familia contemporánea: cambios y continuidades en transición hacia una nueva concepción de la familia. *Historia Contemporánea*, 31, 505-542. <https://doi.org/10.1387/hc.4245>.
- González, H., Guizardi, M., Ramírez, A., y Cano, C. (2019). El club como trinchera. Una etnografía sobre cuidados comunitarios entre mujeres mayores en Independencia (Chile). *Revista de Antropología Social*, 28(1), 137-166. <https://doi.org/10.5209/RASO.63770>.
- González, H. y Guizardi, M. (2020). Las mujeres y el envejecimiento en la investigación social (1950-2018). *Revista Estudios Feministas*, 28(1), 1–14. <https://doi.org/10.1590/1806-9584-2020v28n158497>.
- González, H. y Guizardi, M. (2021). Las mujeres mayores, los cuidados y los clubes: Negociaciones intersubjetivas de una etnografía feminista. *Arxiu d'Etnografia de Catalunya*, 22, 61-92. <https://doi.org/10.17345/aec22.61-92>.

- Gonzálvez, H. y Guizardi, M. (2021). *Las trincheras de los cuidados comunitarios: Una etnografía sobre mujeres mayores en Santiago de Chile*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Goosey, S. (2021). *A pluralist theory of age discrimination*. Hart Publishing.
- Gravano, A. (2016). *Antropología de lo Urbano*. LOM Ediciones.
- Gregorio, C. y Alcázar A. (2014). Trabajo de campo en contextos racializados y sexualizados. Cuando la decolonialidad se inscribe en nuestros cuerpos. *Gazeta de Antropología*, 30(3), 1-16. DOI: 10.30827/Digibug.33808.
- Gregorio, C. (2019). Explorar posibilidades y potencialidades de una etnografía feminista. *Disparidades. Revista De Antropología*, 74(1), 1-7. <https://doi.org/10.3989/dra.2019.01.002.01>.
- Grin Debert, G. (2011). *La reinención de la vejez*. Siglo XXI editores.
- Gómez-Rubio, C. y Mazzucchelli, N. (2022). Prácticas que sostienen la vida: Personas mayores y cuidados mutuos en el Chile neoliberal. *Rumbos TS*, 17(27), 9-31. <https://dx.doi.org/10.51188/rrts.num27.620>.
- Gordo, A. y Serrano, A. (Coord) (2008). *Estrategias y prácticas cualitativas de investigación social*. Pearson-Prentice Hall.
- Guevara, C. (2011). *Conciencia periférica y modernidades alternativas en América Latina*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Guevara, T. y Núñez, P. (2014). La ciudad en disputa. Economía y territorio en San Carlos de Bariloche. *Diálogo Andino*, (45), 153-167. <http://dx.doi.org/10.4067/S0719-26812014000300013>.
- Gutiérrez, E. y Ríos, P. (2006). Envejecimiento y campo de la edad: elementos sobre la pertinencia del conocimiento gerontológico. *Ultima década*, 14(25), 11-41. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362006000200002>.
- Gutiérrez, E. y Osorio, P. (2008). Modernización y transformaciones de las familias como procesos del condicionamiento social de dos generaciones. *Ultima década*, 16(29), 103-135. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362008000200006>.
- Guzmán, J.M., Huenchuan, S. y Montes de Oca, V. (2003). *Redes de apoyo social de personas mayores: Marco teórico conceptual*. Ponencia presentada en el Simposio Viejos y Viejas. Participación, Ciudadanía e Inclusión Social 51 Congreso Internacional de Americanistas Santiago de Chile, 14 al 18 de julio.
- Harambour, A. (2012). *Borderland Sovereignties. Postcolonial colonialism and State making in Patagonia. Argentina and Chile, 1840-1922*. [Tesis doctoral, Stony Brook University, New York].
- Harambour, A. (2016). Monopolizar la violencia en una frontera colonial: Policías y militares en Patagonia austral (Argentina y Chile, 1870-1922). *Quinto Sol*, 20(1), 1-27. <https://dx.doi.org/10.19137/qs0867>.
- Harambour, A. (2019). *Soberanías fronterizas. Estados y capital en la colonización de Patagonia (Argentina y Chile, 1830-1922)*. Ediciones de la Universidad Austral de Chile.
- Harambour, A. y Barrena, J. (2019). Barbarie o justicia en la Patagonia occidental: las violencias coloniales en el ocaso del pueblo kawésqar, finales del siglo XIX e

- inicios del siglo XX. *Historia Crítica*, (71), 25-48.
<https://doi.org/10.7440/histcrit71.2019.02>.
- Haraway, D. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Cátedra.
- Haraway, D. (1998). Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective. *Feminist Studies*, 14 (3), 575-599.
<https://doi.org/10.2307/3178066>.
- Harding, S. (2004). *Ciencia y Feminismo*. Ediciones Morata.
- Harding, S. (2012). ¿Una filosofía de la ciencia socialmente relevante? Argumentos en torno a la controversia sobre el punto de vista En Blázquez, N., Flores, F. y Ríos, M. (Coords.), *Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 155-175). UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.
- Havighurst, R.J. (1961). Successful Aging. *The Gerontologist*, 1(1), 8-13. doi: 10.1093/geront/1.1.8
- Hill Collins, P. (2000). *Black feminist thought. Knowledge, consciousness, and the politics of empowerment*. Routledge.
- Hill Collins, P. (2017). The Difference That Power Makes: Intersectionality and Participatory Democracy. *Revista de Investigaciones Feministas*, 8(1), 19-39. doi:10.5209/ INFE.54888.
- Huenchuan, S., (2003). *Políticas de vejez en América latina: una propuesta para su análisis*. Ponencia presentada en el simposio viajas y viejos, participación, ciudadanía e inclusión social 51 congreso internacional de americanistas, Santiago de Chile 14 al 18 de julio.
- Huenchuan, S. (2013). *Los derechos de las personas mayores*. Comisión Económica para América Latina y el Caribe.
- Huenchuan, S. (2016) (Ed.). *Envejecimiento e institucionalidad pública en América Latina y el Caribe: conceptos, metodologías y casos prácticos*. Comisión Económica para América Latina y el Caribe.
- Huenchuan, S. (2018) (Ed.). *Envejecimiento, personas mayores y Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible: perspectiva regional y de derechos humanos*. Comisión Económica para América Latina y el Caribe.
- Hultsch D. y Deutsh, F. (1981). *Adult development and aging: a life-span perspective*. Mc. Graw-Hill.
- Ilabaca, T. y Corvalán, J. (2020). Configuración y legitimación del campo de los colegios de élite en Chile ¿Quiénes son y qué dinámicas han posibilitado su acceso a posiciones de poder en el campo educativo? *Revista Izquierdas*, 49, 3567-3589.
- Ingold, T. (2015). Contra el espacio: lugar, movimiento, conocimiento. *Mundos Plurales-Revista Latinoamericana de Políticas y Acción Pública*, 2(2), 9-26.
<https://doi.org/10.17141/mundosplurales.2.2015.1982>.
- Instituto Nacional de Estadísticas. (2015). *Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo*. Santiago de Chile: INE.

- Instituto Nacional de Estadísticas. (2018a). *Estimaciones y proyecciones de la población de Chile 1992-2050*. Santiago de Chile: INE.
- Instituto Nacional de Estadísticas (2018b). *Censo de población 2017*. Santiago de Chile: INE.
- Instituto Nacional de Estadísticas. (2018c). *Censos 1940 – 2017*. Santiago de Chile: INE.
- Instituto Nacional de Estadísticas. (2021). *Estadísticas Vitales*. Santiago de Chile: INE.
- Jelin, E. (2002). Los trabajos de la memoria. Siglo XXI Editores.
- Jociles, M.I. (2018). La observación participante en el estudio etnográfico de las prácticas sociales. *Revista Colombiana de Antropología*, 54(1), 121-150. <https://doi.org/10.22380/2539472x.386>.
- Johnson-Hanks, J. (2002). On the limits of life stages in ethnography: toward a theory of vital conjunctures. *American Anthropologist*, 104(3), 865-880.
- Katz, S. y Calasanti, T. (2015). Critical perspectives on successful aging: Does it appeal more than it illuminates? *The Gerontologist*, 55, 26–33. doi.org/10.1093/geront/gnu027.
- Kehl, S. y Fernández, J.M. (2001). La construcción social de la vejez. *Cuadernos de Trabajo Social*, 14, 125-161.
- Krekula, C., Nikander, P. y Wilińska, M. (2018). Multiple Marginalizations Based on Age: Gendered Ageism and Beyond. En L. Ayalon y C. Tesch-Römer (Eds) *Contemporary Perspectives on Ageism* (pp 33-50). Springer Open on Ageism.
- Lamas, M. (Comp.) (1995). *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing.
- Leiva, A., Troncoso-Pantoja, C., Martínez-Sanguinetti, M., Nazar, G., Concha-Cisternas, Y., Martorell, M., Ramírez-Alarcón, K., Petermann-Rocha, F., Cigarroa, I., Díaz, X. y Celis-Morales, C. (2020). Personas mayores en Chile: el nuevo desafío social, económico y sanitario del Siglo XXI. *Revista médica de Chile*, 148(6), 799-809. <https://dx.doi.org/10.4067/S0034-98872020000600799>.
- Leyra, B. y Roldán, E. (2013). Reflexiones feministas sobre las mujeres mayores y las políticas públicas. Aproximaciones al caso español. *Ex æquo*, 28, 103-117.
- Lois M. y Cairo H. (2011). Desfronterización y refteronterización en la Península Ibérica. *Geopolítica(s)*. *Revista de estudios sobre espacio y poder*, 2(1), 11-22.
- López Gómez, A. (2006) (Coord.). *Proyecto género y generaciones: reproducción biológica y social de la población uruguaya*. UNFPA-Ediciones Trilce.
- Ludi, M. C. (2005). *Envejecer en un contexto de (des)protección social: claves problemáticas para pensar la intervención social*. Espacio Editorial.
- Lugones, M. (2008). Colonialidad y género: Hacia un feminismo decolonial. En W. Mignolo (Comp.), *Género y descolonialidad* (pp. 13-42). Ediciones del Signo.
- Lugones, M. (2011). Hacia un feminismo descolonial. *La manzana de la discordia*, 6(2), 105-119.

- Maquieira, V. (2002). *Mujeres mayores en el siglo XXI: de la invisibilidad al protagonismo*. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Mancilla, C., Soza-Amigo, S., y Ferrada, L. M. (2021). Una propuesta metodológica para el análisis intertemporal de la conmutación laboral: el caso de la Patagonia chilena. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 36(1), 149–192. <https://doi.org/10.24201/edu.v36i1.1872>.
- Mandujano, F., Rodríguez, J., y Reyes, S. (2016). El Estado chileno y la Patagonia: conflictos territoriales. *Bitácora Urbano Territorial*, 26(1), 83-92. <http://dx.doi.org/10.15446/bitacora.v26n1.47440>.
- Mannheim, K. (1990). El problema de las generaciones. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 62, 193-244.
- Masalleras, M., y Ortega, R. (2012). Fronteras interiores; Una contribución del ejército vigente. *Memorial del Ejército de Chile* (488), 135-147.
- Marchant, C. y Rojas, F. (2015). Transformaciones locales y nuevas funcionalidades económicas vinculadas a las migraciones por amenidad en la Patagonia chilena. *Journal of Alpine Research / Revue de géographie alpine*, 103(3), 1-19. <https://doi.org/10.4000/rga.2998>.
- Margarit, D., Imilan, W. y Grau, O. (2019). Migraciones actuales en Magallanes: Caracterización y trayectorias de nuevos procesos migratorios. *Magallania*, 47(2), 73-92. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-22442019000200073>
- Martín, A. (2008). *Antropología del género. Cultura, mitos y estereotipos sexuales*. Ediciones Cátedra.
- Martín Criado, E. (2009). Generaciones/clases de edad. En Reyes, R., (Dir.) *Diccionario Crítico de Ciencias Sociales*. Plaza y Valdés Editores.
- Martínez Franzoni, J. (2007). *Regímenes de Bienestar en América Latina*. Fundación Carolina.
- Martinic, M. (2002). *Breve historia de Magallanes*. Universidad de Magallanes.
- Martinic, M. (2005). *De la Trapananda al Aysén. Una mirada reflexiva sobre el acontecer de la Región de Aysén desde la Prehistoria hasta nuestros días*. Pehuén Editores.
- Martinic, M. (2006a). *Historia de la Región de Magallanes*. Ediciones de la Universidad de Magallanes.
- Martinic, M. (2006b). El poblamiento rural en Magallanes durante el siglo XX. Realidad y utopía. *Magallania*, 34(1), 5-20. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22442006000100001>.
- Martinic, M. (2010). La identidad magallánica, su origen y desarrollo en la historia. En Martinic, M., Morello, F., Díaz, M., Makuc, M., Tobar, D. y Junge, J. (Eds.), *Identidad regional y desarrollo para Magallanes* (pp. 13-15). Ediciones Universidad de Magallanes.
- Mazzucchelli, N., Reyes-Espejo, M. y Íñiguez-Rueda, L. (2021). Bordando narrativas de resistencia: Prácticas y experiencias de mujeres mayores activistas. *Polis Revista Latinoamericana*, 20(60), 10-34. <https://dx.doi.org/10.32735/s0718-6568/2021-n60-1654>.

- McAdams, D. (1989). The biographical consequences of activism. *American Sociological Review*, 54 (5), 744-760. <https://doi.org/10.2307/2117751>.
- McAdams, D. y Logan, R. (2004). What is generativity? En E. De St. Aubin, D. McAdams y T. Kim (Eds.), *The generative society* (pp. 15-31). American Psychological Association.
- McAdams, D., Hart, H. y Maruna, S. (2008). The anatomy of generativity. En McAdams, D. y De St. Aubin, E. (Eds.), *Generativity and adult development* (pp. 7-43). American Psychological Association.
- McMullin, J.A. (1996). Teoría de las relaciones de edad y género. En Arber, S. y Ginn, J., *Relación entre género y envejecimiento. Enfoque sociológico* (pp. 55-70). Narcea S.A. de Ediciones.
- Mesa-Lago, C. y Bertranou, F. (2016). Pension reforms in Chile and social security principles, 1981-2015. *International Social Security Review*, 69 (1), 25-45. <https://doi.org/10.1111/issr.12093>.
- Mendoza, J. (2005). Exordio a la memoria colectiva y el olvido social. *Athenea Digital*, 8, 1-26. <http://antalya.uab.es/athenea/num8/mendoza.pdf>.
- Mignolo, W. (1993). La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad. En E. Lander (Comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas* (pp. 11-40). CLACSO.
- Mignolo, W. (2007). El pensamiento decolonial: desprendimiento y apertura. Un manifiesto. En S. Castro-Gómez S. y R. Grosfogel (Eds.), *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* (pp. 63-78). Siglo del Hombre Editores.
- Minichiello, V., M. Somerville, C., McConaghy, J., McParlane y Scott, A. (2005). The Challenges of Ageism. En V. Minichiello y I. Coulson (Eds.), *Contemporary Issues in Gerontology* (pp. 1-33). Allen and Unwin.
- Ministerio de Desarrollo Social. (2018). *Resultados encuesta CASEN 2017*.
- Ministerio de Desarrollo Social. (2021). *Resultados encuesta CASEN en Pandemia 2020*.
- Ministerio de Desarrollo Social. (2022) Encuesta de Discapacidad y Dependencia 2022
- Moen, P. (1996). A life course perspective on retirement, gender, and well-being. *Journal of Occupational Health Psychology*, 1(2) 131-144. doi 10.1037/1076-8998.1.2.131
- Mohanty, Ch. (2008). Bajo los ojos de occidente. Academia Feminista y discurso colonial. En L. Suárez Navaz y A. Hernández (Eds.), *Descolonizando el Feminismo: Teorías y Prácticas desde los Márgenes* (pp. 112-161). Cátedra.
- Molina, C. (2005). Dialéctica feminista de la ilustración. Barcelona: Anthropos
- Molina, W. (2011). Identidad regional en Magallanes, sus expresiones simbólicas y territoriales. *Magallania*, 39 (1), 59-69. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22442011000100003>.
- Monchietti, A., Lombardo, E. y Sánchez, M. (2007). Representación social de la vejez en niños y púberes. *Límite. Revista Interdisciplinaria de Filosofía y Psicología*, 2(16), 71-81.

- Montagut, T. (2008). *Política Social: una introducción*. Editorial Ariel.
- Montecinos, E. (2013). *De la descentralización administrativa a la descentralización política. Propuestas de reformas y políticas públicas para un Chile descentralizado, democrático y participativo*. Documento de Trabajo N°10. Serie Estudios Territoriales. Programa Cohesión Territorial para el Desarrollo. Rimisp.
- Montiel, M. (2005). Historia local: los cimientos de una ciudad, el rol de las mujeres en la colonización de la Patagonia. [Tesis licenciatura, Universidad Austral de Chile].
- Montgomery, M., et al. (2008). A Developmental Intervention Science (dis) Outreach Research Approach to Promoting Youth Development: Theoretical, Methodological, and Meta-Theoretical Challenges. *Journal of Adolescent Research*, 23(3), 268-290. <https://doi.org/10.1177/07435584083143>.
- Moya, M. (2013). Genealogía de una vejez no anunciada: biopolítica de los cuerpos envejecidos o del advenimiento de la gerontogubernamentalidad. *Polis Revista Latinoamericana*, 12(36), 431-451. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-65682013000300019>.
- Nates, B. (2011). Soportes teóricos y etnográficos sobre conceptos de territorio. *Co-Herencia*, 8(14), 209–229.
- Naciones Unidas. (2022). *World Population Prospects* [base de datos en línea] <https://population.un.org/wpp/Download/Standard/Population/>.
- Naciones Unidas. (2023). Old age inequality begins at birth: life course influences on late-life disability. Policy Brief N°147. Department of economic and social affairs.
- Núñez, A., Aliste, E., Bello, A. (2014). El discurso del desarrollo en Patagonia-Aysén: la conservación y la protección de la naturaleza como dispositivos de renovada colonización. Chile, siglos XX-XXI. *Scripta Nova*, 493(46), 1-13.
- Núñez, A., Molina, R., Aliste, E., y Bello, Á. (2016). Silencios geográficos de Patagonia-Aysén: Territorio, nomadismo y perspectivas para re-pensar los márgenes de la nación en el siglo XIX. *Magallania*, 44(2), 107-130. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-22442016000200006>.
- Núñez, A., Aliste, E., y Bello, A y Osorio, M. (Eds) (2017). *Imaginarios geográficos, prácticas y discursos de frontera. Aysén-Patagonia desde el texto de la nación*. LOM Ediciones.
- Núñez, P. (2015). The “She-Land”, social consequences of the sexualized construction of landscape in North Patagonia. *Gender, Place and Culture*, 22 (10), 1445-1462. <http://dx.doi.org/10.1080/0966369X.2014.991695>.
- Núñez, P. (2018). Feminismo de Frontera. La construcción de lo femenino en territorios de integración tardía. *Revista Feminismo/s*, 31, 205-230. <https://doi.org/10.14198/fem.2018.31.10>.
- Oddone, M.J. (2013). *Antecedentes teóricos del Envejecimiento Activo*. Informes Envejecimiento en Red N°4. CSIC.
- Olea, J., Salazar, B. y Jorquera, F. (2021). La Patagonia como frontera científica: exploraciones contemporáneas desde una ciencia global. *Dialogo Andino*, 66, 95-105. <http://dx.doi.org/10.4067/S0719-26812021000300095>.
- Organización Mundial de la Salud. (2002). Envejecimiento activo: Un marco político. *Revista Española de Geriatria y Gerontología*, 37(S2), 74-105.

- Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico. (2017). *Infrastructure governance review: Chile—gaps and governance standards of public infrastructure*. OECD Publishing.
- Osborne, R. (2009) *Apuntes sobre violencia de género*. Bellaterra.
- Osorio, M. (2007). Aisén territorio y Aisén humanidad. Itinerario de una construcción social de la(s) identidad(es) regional(es). En M. Osorio, G. Saavedra y H. Velásquez (Eds.), *Otras narrativas en la Patagonia: Tres miradas antropológicas* (pp. 9-33). Ñire Negro.
- Osorio, P. (2006a). La longevidad: Más allá de la biología. Aspectos socioculturales. *Papeles del CEIC. International Journal on Collective Identity Research*, 22, 1-28.
- Osorio, P. (2006b). *Abordaje Antropológico del envejecimiento y el alargamiento de la vida*. Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva CEIC.
- Osorio, P. (2010). La edad mayor como producción sociocultural. *Comunicación y Medios*, 22, 30-35.
- Osorio, P. (2013). Health and widowhood: Meanings and experience of elderly women in Chile. *Health*, 5(8), 1272-1276. <http://dx.doi.org/10.4236/health.2013.58173>.
- Osorio, P., Arteaga, C., Rodríguez, B., Navarrete, I. y Jiménez, A. (2022). Curso de vida y familias de mujeres centenarias en Chile. *Revista mexicana de sociología*, 84(4), 979-1009. <https://doi.org/10.22201/iis.01882503p.2022.4.60389>.
- Ostner, I. (2005). Solidaridad en familia. En J. Monreal, C. Díaz y J. Garcés Escribano (Eds.), *Viejas Sociedades, nueva sociología* (pp.194-208). Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Paredes, M. (2004). *Envejecimiento, vejez y relaciones intergeneracionales: elucubraciones, teorías y perspectivas para el análisis*. Monografía final del curso La temática gerontológica y la investigación sobre ancianidad [Mimeo]. FLACSO.
- Pateman, C. (1995). *El contrato sexual*. Anthropos.
- Pautassi, L. (2013). *Perspectivas actuales en torno al enfoque de derechos y cuidado: la autonomía en tensión. Las fronteras del cuidado. Agenda, derechos e infraestructura*. Equipo Latinoamericano de Justicia y Género y Editorial Biblos.
- Pérez, J. (2012). El envejecimiento de la población española. *Revista Investigación y Ciencia*, 69, 34-42.
- Pérez, J. (2021). Envejecimiento y crisis demográfica. En I. Dubert y A. Pérez-Camarés (Coords). *Invasión migratoria y envejecimiento demográfico* (pp. 75-95). Catarata.
- Pérez, S. (2017). Una lectura multiescalar de la Patagonia: desde el mito de origen hacia las dinámicas territoriales de una región bi-nacional. En A. Núñez, E. Aliste, A. Bello y M. Osorio (Eds), *Imaginarios geográficos, prácticas y discursos de frontera. Aysén-Patagonia desde el texto de la nación* (pp. 303-326). LOM Ediciones.
- Pérez Ortiz, L. (2006). Jubilación, Género y Envejecimiento. En J. Giró (Coord.), *Envejecimiento activo, envejecimiento positivo* (pp. 89-112). Universidad de la Rioja.

- Pérez-Orozco, A. (2014) *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Traficantes de Sueños.
- Pérez-Salanova, M. (2015). *Envejecimiento y participación. Retos para un ejercicio plural de ciudadanía*. [Tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona].
- Piazzini, C. y Montoya, V. (Eds.) (2008). *Geopolíticas: espacios de poder y poder de los espacios*. La Carreta Editores.
- Piastro, J. (2014). Feminismo y género en el siglo XX. *Revista de Psicologia, Ciències de l'Educació i de l'Esport*, 32 (1), 9-10.
- Pinazo, S. y Sánchez, M. (dirs.) (2007). *Gerontología. Actualización, innovación y propuestas*. Pearson Prentice Hall.
- Pineda, J. (2014). Trabajo de cuidado de la vejez en una sociedad en envejecimiento. *Revista La manzana de la discordia*, 9 (1), 53-69. <https://doi.org/10.25100/lamanzanadeladiscordia.v9i1.1613>.
- Pintos, J. L. (2003). El metacódigo "relevancia/opacidad" en la construcción sistémica de las realidades. *Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*, 2(2), 21-34. <http://hdl.handle.net/10347/8205>.
- Pintos, J.L. (2014). Algunas precisiones sobre el concepto de imaginarios sociales. *Revista Latina de Sociología*, 4(1), 1-11. <http://dx.doi.org/10.17979/relaso.2014.4.1.1217>.
- Pitrou, A. (1992). *Les solidarités familiales: vivre sans famille?*. Toulouse: Privat.
- Prieto, D., Etxeberría, I., Galdona, N., Urdaneta, E. y Yanguas, J. (2009). *Las dimensiones subjetivas del envejecimiento*. IMSERSO.
- Prieto-Flores, M. (2021). Desigualdades sociales y geográficas asociadas a las limitaciones funcionales en la población mayor de Argentina. *Revista Latinoamericana de Población*, 15(29), 118-139. <http://doi.org/10.31406/relap2021.v15.i2.n29.4>.
- Pribble, J. (2011). Mujeres y bienestar: Un estudio comparativo de Chile y Uruguay. En A. Idiart (Ed.). *Estado benefactor y políticas sociales: historia, implementación y reforma de programas sociales en Argentina, Chile y Uruguay* (pp. 49-76). Editorial Biblos.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2017). *Desigualdades: Orígenes, cambios y desafíos de la brecha social en Chile*. Uqbar Editores.
- Proyecto NODO. (2021). *Personas mayores y trabajo no remunerado en Chile. Perspectiva y valoración económica* (NODO Series 60+). Sistema de las Naciones Unidas en Chile.
- Pujadas, J.J. (2000). El método biográfico y los géneros de la memoria. *Revista de Antropología Social*, 9, 127-158.
- Pujadas, J.J., Comas-d'Argemir, D. y Roca, J. (2010). *Etnografía*. Editorial UOC.
- Raffestin, C. (2011). *Por una geografía del poder*. El Colegio de Michoacán.
- Ramos, M. (2017). *Envejecer siendo mujer. Dificultad, oportunidad y retos*. Edicions Bellaterra.

- Ramos, M. (2018). Estudio etnográfico sobre el envejecer de las mujeres mayores desde una perspectiva de género y de curso vital. *Revista Prisma Social*, (21), 75–107.
- Raymond, É., Sévigny, A., Tourigny, A., Vézina, A., Verreault, R., y Guilbert, A. (2013). On the track of evaluated programmes targeting the social participation of seniors: a typology proposal. *Ageing and Society*, 33(2), 267–296. <https://doi.org/10.1017/S0144686X11001152>.
- Riera, J. (2005). *Contra la tercera edad. Por una sociedad para todas las edades*. Icaria.
- Riley, M. (1971). Social gerontology and the age stratification of society. *The Gerontologist*, 11(1), 79-87. doi: 10.1093/geront/11.1_Part_1.79.
- Roca, M., y Bodoque, Y. (2022). The (im)mobility of masculinities: discourses on hiring men in long-term care services in Catalonia. *Revista Española de Sociología*, 31 (1), a88. <https://doi.org/10.22325/fes/res.2022.88>.
- Rodríguez, J., Reyes, S., y Mandujano, F. (2016). Reconfiguración espacial y modelos de apropiación y uso del territorio en la Patagonia chilena: migración por cambio de estilo de vida, parques de conservación y economía de la experiencia. *Revista de Geografía Norte Grande*, (64), 187-206. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-34022016000200012>.
- Rodríguez, J., Gissi, N., y Mandujano, F. (2018). Fronteras internas y hegemonías predicativas en Chile: El caso de la Patagonia Austral. *Chungará*, 50 (4), 633-650. <https://dx.doi.org/10.4067/S0717-73562018005001501>
- Rojo, F. et al (2021). Envejecimiento activo y buen envejecer en Iberoamérica. Una revisión bibliográfica. En G. Fernández y F. Rojo (Eds.), *Envejecimiento Activo, Calidad de Vida y Género. Las miradas académica, institucional y social* (pp. 175-210). Tirant Humanidades.
- Roqué, M. y Fassio, A. (Comps.) (2016). *Políticas Públicas sobre Envejecimiento en los Países del Cono Sur. Sistema Regional de Información y Aprendizaje para el Diseño de Políticas Públicas en torno al Envejecimiento*. FLACSO Chile.
- Romero, H. y Sambolín, A. (2017). Discursos y conflictos socio-territoriales por la construcción de hidroeléctricas en la Patagonia-Aysén. En Núñez, A., Aliste, E., y Bello, A y Osorio, M. (Eds.), *Imaginario geográfico, prácticas y discursos de frontera. Aysén-Patagonia desde el texto de la nación* (pp. 263-282). LOM Ediciones.
- Rose, A. (1962). The subculture of the aging: A topic for sociological research. *The Gerontologist*, 2(3), 123-127. doi: 10.1093/geront/2.3.123.
- Rubin, G. (1984). Thinking Sex: Notes for a Radical Theory of the Politics of Sexuality. En C. Vance (Ed.), *Pleasure and danger: exploring female sexuality* (pp. 143-178). Routledge and Kegan Paul.
- Ruiz Olabuénaga, J.I. (2009). *Metodología de la Investigación Cualitativa*. Universidad de Deusto.
- Said, E. (2002). *Orientalismo*. Debate.
- Salech, F., Thumala, D., Arenas, A., Pizzi, M., Hodgson, N., Gajardo, J., Kose, S., Meriaño, J. y Riveros, P. (2020). Una visión transdisciplinaria del envejecimiento. *Revista Médica Clínica Las Condes*, 31, 13-20. <https://doi.org/10.1016/j.rmcl.2019.11.011>.

- Salvarezza, L. (2002). *Psicogeriatría, teoría y clínica*. Paidós
- Sánchez González, D. (2015). Ambiente físico-social y envejecimiento de la población desde la gerontología ambiental y geografía: Implicaciones socioespaciales en América Latina. *Revista de Geografía Norte Grande*, (60), 97-114. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-34022015000100006>.
- Sandoval, I., Asún, R., Zúñiga, C. y Correa, J. (2020). Capitales de liderazgo en las protestas territoriales: El caso de dos movimientos sociales en la Patagonia chilena. *Magallania*, 48(1), 47-63. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-22442020000100047>.
- Santos, M. (2000). *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Ariel.
- Sautu, R. (Comp.) (1999). *El Método biográfico: la reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores*. Editorial Lumiere.
- Schroots, J. (1996). Theoretical developments in the psychology of aging. *The Gerontologist*, 36(6), 742-748. doi: 10.1093/geront/36.6.742.
- Segato, R. (2011). Género y colonialidad: en busca de claves de lectura y de un vocabulario estratégico decolonial. En K. Bidasca y V. Vázquez Laba (Comps.), *Feminismos y poscolonialidad. Decolonizando el feminismo desde y en América latina* (pp. 11-40). Ediciones Godot.
- Segato, R. (2016). La guerra contra las mujeres. Traficante de Sueños.
- Sepúlveda, G. y Castro, S. (2018). *Informe primera encuesta sobre cuidadores informales. La mirada de quienes cuidan en Chile*. Fundación Mamá Terapeuta y Asociación Yo cuido.
- Servicio Nacional de la Discapacidad (2016). *Segundo Estudio Nacional de la Discapacidad*. Santiago de Chile.
- Servicio Nacional del Adulto Mayor (2010). *Estudio Nacional de la dependencia en las Personas Mayores*. Santiago de Chile.
- Servicio Nacional del Adulto Mayor (2012). *Política integral de envejecimiento positivo para Chile, 2012-2025*. Santiago de Chile.
- Servicio Nacional del Adulto Mayor (2017). *Chile y sus mayores. Resultados Cuarta Encuesta Calidad de Vida en la Vejez*. Santiago de Chile.
- Servicio Nacional del Adulto Mayor (2021). *Guía con los principales beneficios del Estado para las personas mayores periodo 2021/2022*. Santiago de Chile.
- Spivak, G. (2003). ¿Puede hablar el Subalterno? *Revista Colombiana de Antropología*, (39), 297-364. <https://doi.org/10.22380/2539472X.1244>.
- Stolcke, V. (2000). ¿Es el sexo para el género como la raza para la etnicidad? *Cuadernos para el debate*, (6), 1-33.
- Strauss, A. y Corbin, J. (2002). *Bases de la investigación cualitativa*. Universidad de Antioquia.
- Suárez, L. y Hernández, R. (2008). *Descolonizando el feminismo: teorías y prácticas desde los márgenes*. Cátedra.

- Subirats, J. (2018). Una concepción del envejecimiento abierta e inclusiva. Edad y ciudadanía / An open and inclusive ageing concept. Age and citizenship. *Aula Abierta*, 47(1), 13-20. <https://doi.org/10.17811/rifie.47.1.2018.13-20>.
- Subirats, J., Parés, M. y Blanco, I. (2009) Calidad democrática y redes de gobernanza: Evaluar la participación desde el análisis de políticas públicas. En Parés, M. (Coord.) *Participación y calidad democrática, evaluando las nuevas formas de democracia participativa*. Editorial ARIEL S.A.
- Subsecretaría de Desarrollo Regional. (2009) *Aysén matices de una identidad que asoma*. Estudio Identidad Regional para potenciar el Desarrollo Endógeno de Aysén. GORE Aysén-ILPES-CEPAL.
- Subsecretaría de Desarrollo Regional (2012). *Estudio Identificación de Territorios Aislados 2012*. Ministerio del Interior y Seguridad Pública.
- Subsecretaría de Evaluación Social (2020). *Documento de resultados: personas mayores, envejecimiento y cuidados*. Gobierno de Chile.
- Superintendencia de Pensiones (2021). *Pensionados y pago de pensiones* [base de datos en línea] https://www.spensiones.cl/safpstats/stats/.sc.php?_cid=17.
- Ther, F. (2006). Complejidad territorial y sustentabilidad: notas para una epistemología de los estudios territoriales. *Horizontes Antropológicos*, 12(25), 105-115. <https://doi.org/10.1590/S0104-71832006000100006>.
- Ther, F. (2012). Antropología del territorio. *Polis Revista Latinoamericana*, 11(32), 493-510. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-65682012000200023>.
- Thumala, D., Kennedy, B. K., Calvo, E., Gonzalez-Billault, C., Zitko, P., Lillo, P., Villagra, R., Ibáñez, A., Assar, R., Andrade, M y Slachevsky, A. (2017). Aging and health policies in Chile: new agendas for research. *Health Systems & Reform*, 3(4), 253-60. <https://doi.org/10.1080/23288604.2017.1353844>.
- Touraine, A. (1992). *Crítica de la Modernidad*. Fondo de Cultura Económica.
- Tornstam, L. (1992). The quo vadis of gerontology: On the scientific paradigm of gerontology. *The Gerontologist*, 32, 318-326. doi: 10.1093/geront/32.3.318
- Trinidad, A., Carrero, V. y Soriano, R. (2006). *Teoría fundamentada "Grounded Theory": La construcción de la teoría a través del análisis interpretacional*. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Twigg, J. (2004). The body, gender, and age: Feminist insights in social gerontology. *Journal of Aging Studies*, 18(1), 59-73. <https://doi.org/10.1016/j.jaging.2003.09.001>.
- UNESCO (2002). *La Educación para todos: ¿Va el mundo por el buen camino?* UNESCO.
- Universidad de Magallanes. (2009). *Identidad regional y desarrollo para Magallanes*. Ediciones Universidad de Magallanes.
- Undurraga, R., Cornejo, P., López, N., y Benavides, M. (2019). Imaginarios de vejez: ¿cómo perciben la vejez las mujeres en Chile? *Revista Iluminuras*, 49(20), 195-229. <https://doi.org/10.22456/1984-1191.93295>.
- Valdés, X. y Valdés, T. (Eds.) (2005). *Familia y vida privada*. FLACSO-CEDEM-UNFPA.

- Valles, M. (2007). *Entrevistas cualitativas*. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Valles, M. (2014). Reflexión metodológica sobre un caso de docencia e investigación con métodos cualitativos: la trastienda del proceso investigador y su archivo como conceptos clave. *EMPIRIA. Revista de Metodología de las Ciencias Sociales*, (29), 177-198. <https://doi.org/10.5944/empiria.29.2014.12945>.
- van Dyk, S. (2014). The appraisal of difference: Critical gerontology and the active-ageing-paradigm, *Journal of Aging Studies*, (31), 93-103. <https://doi.org/10.1016/j.jaging.2014.08.008>.
- Venegas, L., Reverte, I. y Venegas, M. (2019). *La guerra más larga de la historia. 4000 años de violencia contra las mujeres*. Espasa.
- Villalón, G. y Vera, S. (2012). Panorama demográfico en Chile contemporáneo: Desafíos para la sociedad del siglo XXI. *Revista Anales* (pp. 37-63). Tinta azul - Ediciones de la Universidad de Chile.
- Villar, F., Celdrán, M., Fabá, J. y Serrat, R. (2009). La generatividad en la vejez: Extensión y perfil de las actividades generativas en una muestra representativa de personas mayores españolas. *Revista Iberoamericana de Gerontología*, 1(1), 61-79.
- Villar, F., López, O., y Celdrán, M. (2013). La generatividad en la vejez y su relación con el bienestar: ¿Quién más contribuye es quien más se beneficia? *Anales de Psicología*, 29(3), 897-906. <https://dx.doi.org/10.6018/analesps.29.3.145171>.
- Villar, F. y Serrat, R. (2014). La participación cívica de las personas mayores como expresión de la generatividad en la vejez. *Estudios Interdisciplinarios Envelhecimento*, 19(2), 345-358. <https://doi.org/10.22456/2316-2171.44952>.
- Viveros, M. (2016). La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Debate Feminista*, 52, 1-17. doi: 10.1016/j.df.2016.09.005.
- Voss, P., Bodner, E. y Rothermund, K. (2018). Ageism: The relationship between age stereotypes and age discrimination. En L. Ayalon y C. Tesch-Römer (Eds), *Contemporary Perspectives on Ageism* (pp 11-32). Springer Open.
- Walker, A. (1980). The social creation of poverty and dependency in old age. *Journal of Social Policy*, 9(1), 49-75. <https://doi.org/10.1017/S0047279400009545>.
- Walsh, K., Scharf, T. y Keating, N. (2018). Social exclusion of older persons: a scoping review and conceptual framework. *European Journal Ageing*, 14, 81-98. <https://doi.org/10.1007/s10433-016-0398-8>.
- Wilson, G. (1996). Yo soy los ojos y ella los brazos: cambios en los roles de género en la vejez avanzada. En S. Arber y J. Ginn (Coords), *Relación entre género y envejecimiento: enfoque sociológico* (pp. 141-161). Narcea.
- Wray, S. (2007). To what extent do ethnic and cultural diversity influence women's experiences of growing older? En A. Tiitonen y I. Syren (Eds), *Age & Gender, Ikaantyminen ja Sukupuoli*, (pp. 6-18). The Age Institute.
- Yon, C. (2013). *Salud y derechos sexuales y reproductivos de mujeres rurales jóvenes: Políticas Públicas y programas de desarrollo en América Latina*. Instituto de Estudios Peruanos.
- Young, I. M. (2000). Imparcialidad y lo cívico público. Algunas implicaciones de las críticas feministas a la teoría moral y política. En S. Benhabib y D. Cornella

- (Eds.), *Teoría feminista y teoría crítica. Ensayos sobre la política de género en las sociedades de capitalismo tardío* (pp. 89-118). Alfons el Magnànim.
- Yuni, A. y Urbano, C. (2008). Envejecimiento y género: perspectivas teóricas y aproximaciones al envejecimiento. *Revista Argentina de Sociología*, 6(10), 151-169.
- Yuni, A. (Comp.) (2011). *Vejez en el Curso de la Vida*. Editorial Encuentro.
- Yuval-Davis, N. (2006). Intersectionality and feminist politics. *European Journal of Women's Studies*, 13(3), 193-209. <https://doi.org/10.1177/13505068060657>.
- Yuval-Davis, N. (2015). Situated Intersectionality, Inequality and Bordering Processes. *Raisons Politiques*, (58), 91-100. <https://doi.org/10.3917/rai.058.0091>.
- Zárate, M. (Comp.) (2008). *Por la salud del cuerpo. Historia y políticas sanitarias en Chile*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Zubero, I. (2018). Envejecimiento activo y participación política/Active ageing and political participation. *Aula Abierta*, 47(1), 21-28. <https://doi.org/10.17811/rifie.47.1.2018.21-28>.
- Zúñiga, C. y Asún, R. (2003). Identidad regional en un contexto de cambio. Un estudio en la Araucanía, Chile. *Psicología Política*, 26, 73-92.
- Zúñiga, C. y Asún, R. (2014). Diseño y validación de una escala de identidad regional. *Revista de Psicología Social*, 19(1), 35-49. <https://doi.org/10.1174/021347404322726544>.

ANEXOS

Anexo 1. Caracterización de las personas entrevistadas.

Número entrevista	Tipo	Sexo	Nombre	Rango de edad	Forma de contacto	Comuna de residencia	Posición social	Ámbito geográfico
01	E47	Hombre	Mateo	18 a 29 años	Intencionado	Punta Arenas	Medio	Urbano
02	E37	Mujer	Carolina	18 a 29 años	Intencionado	Punta Arenas	Alto	Urbano
03	E39	Hombre	Diego	18 a 29 años	Intencionado	Porvenir	Alto	Urbano
04	E47	Hombre	Lucas	18 a 29 años	Intencionado	Coyhaique	Bajo	Urbano
05	E43	Hombre	Matías	18 a 29 años	Intencionado	Punta Arenas	Medio	Urbano
06	E42	Mujer	Sofía	18 a 29 años	Intencionado	Coyhaique	Medio	Rural
07	E40	Hombre	Pedro	18 a 29 años	Intencionado	Punta Arenas	Alto	Rural
08	E35	Hombre	Vicente	18 a 29 años	Intencionado	Porvenir	Bajo	Urbano
09	E48	Hombre	Tomás	30 a 59 años	Intencionado	Coyhaique	Bajo	Rural
10	E33	Mujer	Isidora	30 a 59 años	Intencionado	Puerto Aysén	Bajo	Urbano
11	E31	Hombre	Joaquín	30 a 59 años	Intencionado	Punta Arenas	Medio	Urbano
12	E26	Mujer	María	30 a 59 años	Intencionado	Punta Arenas	Alto	Rural
13	E29	Mujer	Valentina	30 a 59 años	Intencionado	Punta Arenas	Medio	Urbano
14	E33	Mujer	Trinidad	30 a 59 años	Intencionado	Punta Arenas	Bajo	Urbano
15	E32	Hombre	Agustín	30 a 59 años	Intencionado	Puerto Natales	Medio	Rural
16	E29	Mujer	Florencia	30 a 59 años	Intencionado	Punta Arenas	Medio	Urbano
17	E26	Mujer	Emma	30 a 59 años	Intencionado	Puerto Natales	Alto	Rural

Número entrevista	Tipo	Sexo	Nombre	Rango de edad	Forma de contacto	Comuna de residencia	Posición social	Ámbito geográfico
18	E25	Mujer	Isabella	30 a 59 años	Intencionado	Punta Arenas	Alto	Urbano
19	E29	Mujer	Emilia	30 a 59 años	Intencionado	Punta Arenas	Medio	Urbano
20	E36	Hombre	José	30 a 59 años	Intencionado	Porvenir	Bajo	Rural
21	E6	Hombre	Luciano	60 y más años	Intencionado	Punta Arenas	Alto	Urbano
22	E7	Hombre	Alonso	60 y más años	Intencionado	Porvenir	Alto	Rural
23	E14	Hombre	Martín	60 y más años	Intencionado	Coyhaique	Medio	Urbano
24	E21	Hombre	Gaspar	60 y más años	Intencionado	Punta Arenas	Bajo	Urbano
25	E13	Hombre	Máximo	60 y más años	Intencionado	Punta Arenas	Medio	Urbano
26	E23	Hombre	Santiago	60 y más años	Intencionado	Puerto Natales	Bajo	Rural
27	E13	Hombre	Cristian	60 y más años	Intencionado	Punta Arenas	Medio	Urbano
28	E15	Hombre	Bruno	60 y más años	Intencionado	Coyhaique	Medio	Rural
29	E10	Mujer	Agustina	60 y más años	Intencionado	Punta Arenas	Medio	Urbano
30	E10	Mujer	Karen	60 y más años	Intencionado	Punta Arenas	Medio	Urbano
31	E10	Mujer	Maite	60 y más años	Intencionado	Punta Arenas	Medio	Urbano
32	E10	Mujer	Josefa	60 y más años	Intencionado	Punta Arenas	Medio	Urbano
33	E4	Mujer	Antonella	60 y más años	Intencionado	Chile Chico	Alto	Rural
34	E10	Mujer	Alicia	60 y más años	Intencionado	Punta Arenas	Medio	Urbano
35	E12	Mujer	Martina	60 y más años	Intencionado	Porvenir	Medio	Rural
36	E8	Mujer	Antonia	60 y más años	Intencionado	Puerto Natales	Medio	Urbano

Número entrevista	Tipo	Sexo	Nombre	Rango de edad	Forma de contacto	Comuna de residencia	Posición social	Ámbito geográfico
37	E17	Mujer	Catalina	60 y más años	Intencionado	Punta Arenas	Medio	Urbano
38	E1	Mujer	Fernanda	60 y más años	Intencionado	Punta Arenas	Alto	Urbano
39	E4	Mujer	Aurora	60 y más años	Intencionado	Cochrane	Ato	Rural
40	E3	Mujer	Sara	60 y más años	Intencionado	Coyhaique	Alto	Rural
41	E11	Mujer	Amelia	60 y más años	Intencionado	Puerto Aysén	Medio	Rural
42	E20	Mujer	Olivia	60 y más años	Intencionado	Coyhaique	Bajo	Rural
43	E10	Mujer	Lucia	60 y más años	Intencionado	Punta Arenas	Medio	Urbano
44	E18	Mujer	Paula	60 y más años	Intencionado	Puerto Natales	Bajo	Urbano
45	E18	Mujer	Daniela	60 y más años	Intencionado	Coyhaique	Bajo	Urbano
46	E22	Hombre	Roberto	60 y más años	Intencionado	Cochrane	Bajo	Urbano
47	E2	Mujer	Alba	60 y más años	Intencionado	Punta Arenas	Alto	Urbano
48	E24	Hombre	Domingo	60 y más años	Intencionado	Coyhaique	Bajo	Rural
49	E2	Mujer	Marta	60 y más años	Intencionado	Coyhaique	Alto	Urbano
50	E19	Mujer	Fresia	60 y más años	Intencionado	Porvenir	Bajo	Rural
51	E20	Mujer	Salomé	60 y más años	Intencionado	Cochrane	Bajo	Rural
52	E24	Hombre	Félix	60 y más años	Intencionado	Puerto Aysén	Bajo	Rural

Anexo 2. Documentos seleccionados para análisis sociodemográfico de fuentes secundarias.

Número	Tipo	Fecha	Título	Procedencia
01	Política Nacional	2004	Política Nacional para el Adulto Mayor	Ministerio de Desarrollo Social
02	Política Nacional	2012	Política Nacional Envejecimiento Positivo	Ministerio de Desarrollo Social
03	Boletín Demográfico	2001	Boletín Demográfico No. 68. América Latina: Fecundidad 1950-2050	CELADE
04	Boletín Demográfico	2004	Boletín Demográfico, Tablas de mortalidad 1950-2025.	CEPAL-CELADE
05	Boletín Demográfico	2003	Boletín Demográfico. América Latina y El Caribe: El Envejecimiento de la Población 1950-2050.	CEPAL
06	Informe	2009	El envejecimiento y las personas de edad. Indicadores sociodemográficos para América Latina y el Caribe	CELADE
07	Informe	2012	Proyecciones de población. Observatorio Demográfico América latina y el Caribe 2012	CELADE
08	Boletín Demográfico	2013	Cepalstat. Base de Estadísticas e Indicadores Sociales	CEPAL
09	Censo	1907	Censo de Población y Vivienda 1907	INE
10	Censo	1930	Censo de Población y Vivienda 1930	INE
11	Censo	1952	Censo de Población y Vivienda 1952	INE
12	Censo	1970	Censo de Población y Vivienda 1970	INE
13	Censo	1992	Censo de Población y Vivienda 1992	INE
14	Censo	2002	Censo de Población y Vivienda 2002. Resultados. Volumen I - Población, País - Región	INE

Número	Tipo	Fecha	Título	Procedencia
15 ⁷¹	Censo	2012	Censo de Población y Vivienda 2012	INE
16	Censo	2017	Censo de Población y Vivienda 2017	INE
17	Informe	2000	Chile y los adultos mayores: impacto en la sociedad del 2000	INE
18	Informe	2006	Fecundidad en Chile. Situación reciente	INE
19	Informe	2009	Retratos de nuestra identidad: Los Censos de Población en Chile y su evolución histórica hacia el Bicentenario, 2009	INE
20	Informe	2009	Encuesta exploratoria de uso del tiempo en el Gran Santiago	INE
21	Informe	2009	Población y sociedad. Aspectos demográficos	INE
22	Informe	2010	Chile: Proyecciones y Estimaciones de Población. Total, País: 1950-2050	INE
23	Informe	2010	Encuesta Nacional de Empleo 1986 - 2010	INE
24	Informe	2010	Chile: Proyecciones y Estimaciones de Población 1990-2020. País y regiones	INE
25	Informe	2010	Estadísticas Vitales. Informe Anual 2009	INE
26	Informe	2011	Evolución de la fecundidad en Chile 1990-2011	INE
27	Informe	2012	Nueva Encuesta Suplementaria de Ingresos (NESI)	INE
28	Informe	2014	Infografía matrimonios 2014	INE
29	Informe	2015	Mujeres en Chile y mercado de trabajo. Participación laboral femenina y brechas salariales	INE

⁷¹ Se revisó la base de datos a modo referencia, ya que los datos del CENSO del año 2012 realizado en Chile tuvo problemas metodológicos, por lo tanto, sus resultados no pueden ser utilizados para la elaboración de políticas públicas, informes de investigación y otros.

Número	Tipo	Fecha	Titulo	Procedencia
30	Encuesta	2000	CASEN 2000, parte familia	Ministerio Desarrollo Social
31	Encuesta	2006	CASEN 2006, parte familia	Ministerio Desarrollo Social
32	Encuesta	2009	CASEN 2009, parte familia	Ministerio Desarrollo Social
33	Informe	2011	Transformaciones de las estructuras familiares en Chile	Ministerio de Desarrollo Social
34	Encuesta	2011	CASEN 2011, parte mujer y familia	Ministerio Desarrollo Social
35	Informe	2011	Caracterización de Adultos Mayores por Género, Encuesta Casen 2011, Regiones XI y XII	Ministerio de Desarrollo Social
36	Encuesta	2013	CASEN 2013, parte población	Ministerio Desarrollo Social
37	Informe	2015	Panorama regional de las Personas Mayores CASEN 2013	Ministerio de Desarrollo Social
38	Encuesta	2015	CASEN 2015, parte población	Ministerio Desarrollo Social
39	Informe	2017	Situación de pobreza en Chile, CASEN 2015	Ministerio de Desarrollo Social
40	Informe	2017	Panorama de las Personas Mayores CASEN 2015	Ministerio de Desarrollo Social
41	Informe	2018	Situación de pobreza en Chile, CASEN 2017	Ministerio de Desarrollo Social
42	Informe	2018	Situación Inmigrantes en Chile, CASEN 2017	Ministerio de Desarrollo Social
43	Informe	2018	Panorama de las Personas Mayores CASEN 2017	Ministerio de Desarrollo Social
44	Informe	2011	Resumen Estadístico de la educación en Chile 2000 - 2011	MINEDUC
45	Informe	2004	Esperanza de vida al nacer (en años) por periodo y sexo. Chile 1950-2015	MINSAL
46	Informe	2011	Situación Actual de la Salud del Hombre en Chile 2011 Chile	MINSAL

Número	Tipo	Fecha	Título	Procedencia
47	Informe	2011	Indicadores básicos de salud Chile 2011	MINSAL
48	Informe	2015	Región de Aysén. Síntesis regional	Ministerio de Cultura
49	Informe	2015	Región de Magallanes. Síntesis regional	Ministerio de Cultura
50	Informe	2011	Estudio de recopilación, sistematización y descripción de información estadística disponible sobre vejez y envejecimiento en Chile	SENAMA
51	Informe	2011	Estudio nacional de la dependencia en las personas mayores	SENAMA
52	Informe	2016	Migración en Chile 2005 - 2014	Departamento de Extranjería y Migración
53	Informe	1993	Sistema Educativo Nacional de Chile	Ministerio de Educación y Organización de Estados Iberoamericanos
54	Documentos	2010	Las nuevas políticas de protección social en perspectiva histórica	PNUD
55	Documentos	2002	Educación para todos ¿va por un buen camino?	UNESCO
56	Documental	2010	Aysén, matices de una identidad que asoma	Gobierno Regional de Aysén
57	Documental	2010	Diálogos de identidad y desarrollo para Magallanes y Antártica chilena	Universidad de Magallanes Gobierno Regional
58	Documental	2018	“Habitantes de los hielos” Relatos orales, memoria histórica de Villa O’higgins	Universidad de Aysén Gobierno Regional de Aysén
59	Documental	2019	“Con viento sur: Rumbeadores del norlitoral de la Patagonia Aysén” Archivos de memoria, relatos orales del norlitoral de Aysén	Universidad de Aysén Gobierno Regional de Aysén

Anexo 3. Guion de Entrevista

Presentación: explicación del propósito de la investigación, la confidencialidad de la información, duración de la entrevista, el anonimato del/la entrevistado/a y cómo se registrará la entrevista (consentimiento) y presentación de la investigadora.

I. Presentación

Nombre (si es que quiere) y lugar de origen
 Profesión u oficio (estudios, actividades y/o trabajo)
 Otros aspectos (lugares donde ha vivido, con quien vive, aficiones, enfermedades, etc....)

II. Encuadre autobiográfico

Historia familiar: Los recuerdos que tiene de su infancia, adolescencia y/o juventud [Adultez]. Origen, adaptación, vida familiar, relaciones sociales en la vida juvenil, el ser estudiante (o no), ser trabajador/a, las relaciones con padre/madre y abuelos/as. Con énfasis en la imagen de la vejez, si ha cambiado con el tiempo o piensa de la misma manera y como o hacia donde ha cambiado. Las diferencias o similitudes en las personas mayores pertenecientes a su familia y de otras familias u otros grupos.

III. Vejez y envejecimiento*

Momento actual: Indagar en cómo se siente, qué tal se encuentra (en relación con la edad que tiene), como ha sido su vida (como la ha llevado), si pudiese resumir su vida que aspectos resaltaría, indagar en la definición de este momento en su vida. Indagar en las cosas que actualmente tienen más importancia.

Aceptación: Indagar en la idea de ser mayor o de llegar a ser mayor. [En el caso de los más jóvenes], indagar en aquellos elementos que le preocupen, si hay, como se enfrentan.

Desde el momento cuando cumplió los **60 o 65 años**, cómo ha sido su vida desde ese momento hasta ahora (extender para el tramo de **75 y más**) – Para el caso de generaciones más jóvenes - Como se ve en el momento de cumplir los **60 o 65 años**, cómo piensa que será su vida a partir de ese momento.

Miedos: si hay, cuáles son, cómo se enfrenta a ello, de donde vienen esos miedos. Indagar sobre las pérdidas (pareja, amigos/as o personas cercanas) y la muerte, cuales son las necesidades.

Logros o éxitos, cuales son, si hay cosas que le habría gustado realiza, que debería haber pasado o que debería hacer, cuáles son sus satisfacciones.

Imagen actual: cuál es, si ha cambiado con el tiempo, descripción del proceso que ha vivido, han experimentado los cambios, que ha sentido.

Los modos de nombrar la vejez: En general que es la **vejez y el envejecimiento**, cuáles son las frases o palabras que se le vienen a la mente cuando se habla de vejez, de dónde vienen esas ideas

Visión del futuro: como lo ve, si tienes planes, aspiraciones, que piensa de ello (Énfasis en las distinciones realizadas en el cuadro tipológico, género, clase social, lugar de residencia entre otras), cuáles son sus expectativas respecto de la atención a las personas mayores.

* Poniendo atención y énfasis en las diferencias y desigualdades de género

IV. Identidad y familia*

En relación con entorno: Indagar en la descripción y significados del **lugar en el que vive**, (que piensa de eso), posibilidades de **movilidad**, abordar la relación con su comunidad (si se relaciona con otras personas y cómo se da esa relación).

El lugar de la familia: El lugar o espacio que ocupa, el o los significados que esta tiene para el/la entrevistado/a, la importancia atribuida.

El lugar de la pareja: Indagar en el contexto social en la toma de decisión (o no) de casarse (o de vivir en pareja), si no tiene pareja a que se ha debido, cuidados, relaciones, la posibilidad de tener nuevamente una pareja.

El lugar de los hijos/as y/o nietos/as: Tienes hijos y/o nietos/as vivos (indagar en la edad de los ellos/as), Qué piensa de ellos,Cuál es la imagen que tiene de ellos. Indagar en la descripción y significados. La decisión de tener (o no) hijos/as, la experiencia de ser padre/madre [abuela/abuelo], la relación con

ellos/as, las reciprocidades, los vínculos y los cuidados. [Para el caso de las personas más jóvenes esto se modifican por el lugar de los padres y/o abuelos]. Diferencias y similitudes entre hombres y mujeres. **La situación socio familiar:** Cómo es la familia actual [si es posible indagar en comparaciones con otros tiempos], el tipo de relaciones al interior de la familia con énfasis en los sentimientos, valores, ideologías y cuidados)

*Indagar y poner énfasis en las posibles diferencias de género asociadas a la vida diaria, trabajo doméstico y de cuidado que puedan estar realizando las entrevistadas.

V. Condiciones estructurales*

En relación con la salud: [física y mental], cómo se siente, como se ve, la importancia, los miedos, las críticas.

La situación socioeconómica: Cuales son, de donde provienen, cuáles son las posibilidades.

Con relación al trabajo: Explorar el significado del **trabajo** en su vida, si no lo ha tenido, las aspiraciones, el no trabajar fuera de casa (en el caso de que sean dueñas [amas] de casa), el desarrollo de algún oficio, como se toma esa decisión, como se llega al mundo del trabajo o se deja de trabajar.

Jubilación: Cómo fue el momento de la jubilación, cómo se ha enfrentado a ello (causas y consecuencias). En el caso de seguir trabajando indagar en las causales de no hacerlo (o no poder) y como visualiza ese momento. [En el caso de las personas más jóvenes, cómo lo tienen planeado], cómo visualiza el momento de la jubilación, se está preparando, cómo cree que lo enfrentará

El lugar de la vivienda: El o los significados que esta tiene para el/la entrevistado/a, la importancia atribuida, con quien vive (si le gusta y que piensa de ello), el vivir con otras personas

*Indagar y énfasis en las desigualdades de género en esas condiciones estructurales. El acceso a los servicios de salud y las posibles complicaciones, los trayectos, la movilidad.

VI. Relaciones intergeneracionales*

Pensando en sus pares, esto es, en personas de su edad, en amigos, familiares, etcétera, de su misma generación. Se siente parte, como la define.

Relaciones con otras generaciones [jóvenes o mayores], cómo es su relación con esa generación. Cuál cree que es la imagen que tienen de ellos/as de las personas mayores, las creencias. Qué cosas cree que le está transmitiendo a las generaciones más jóvenes/viejas, cómo lo hace [Si se queda en un plano familiar o más amplio]

Solidaridad, ambivalencia y/o conflicto: Qué clase de apoyos (materiales y/o simbólicos) le da a las generaciones más jóvenes o viejas (especial énfasis en la atención a las personas mayores). Indagar en qué tipo (solidaridad), como lo hace, como se siente respecto de ello (conflicto y ambivalencia), como se genera esa ayuda. Cuáles son sus expectativas respecto de la atención a las personas mayores. Como se abordaría en caso de una dependencia o tener una persona con dependencia a su cargo.

Estrategias de vida desde el momento actual, que hace en un día, un día entre semana, o una semana, que actividades desarrolla los fines de semana, que realiza en los tiempos de ocio, con que redes se vincula.

* También por el tema de las relaciones familiares, los soportes y los roles de género (fundamentalmente lo relacionado al cuidado). Los estereotipos.

VII. Cierre

Agradecimiento y observaciones

Anexo 4. Reporte Atlas.ti

Tesis_final

Vínculos código-código

Informe creado por Carolina Garcés Estrada on 24-05-2024

- Adaptacion → Adolescencia● Adaptacion → – is part of → ● Adolescencia
- Adaptacion → Infancia● Adaptacion → – is part of → ● Infancia
- Adaptacion → Juventud● Adaptacion → – is part of → ● Juventud
- Adolescencia → Juventud● Adolescencia → – is part of → ● Juventud
- Adultez → Persona Mayor● Adultez → – is part of → ● Persona Mayor
- Afecto → Comunicación● Afecto → – is part of → ● Comunicación
- Afecto → Felicidad● Afecto → – is part of → ● Felicidad
- Afecto → Soledad● Afecto → – contradicts → ● Soledad
- Aislamiento → Juegos● Aislamiento → – is associated with → ● Juegos
- Apoyo → Obediencia● Apoyo → – is associated with → ● Obediencia
- Apoyo → Responsabilidad● Apoyo → – is associated with → ● Responsabilidad
- Apoyo → Retribución● Apoyo → – is associated with → ● Retribución
- Aprendizaje → Adultez● Aprendizaje → – is associated with → ● Adultez
- Aprendizaje → Cambio● Aprendizaje → – is associated with → ● Cambio
- Aprendizaje → Persona Mayor● Aprendizaje → – is cause of → ● Persona Mayor
- Cambio → Adultez● Cambio → – is associated with → ● Adultez
- Cambio → Persona Mayor● Cambio → – is cause of → ● Persona Mayor
- Clima → Juegos● Clima → – is associated with → ● Juegos
- Configuración de la Familia → Familia Incierta● Configuración de la Familia → – is property of → ● Familia Incierta
- Configuración de la Familia → Familia Obligada● Configuración de la Familia → – is property of → ● Familia Obligada
- Configuración de la Familia → Familia y Cercanía● Configuración de la Familia → – is property of → ● Familia y Cercanía
- Conflicto → Afecto● Conflicto → – is a (2) → ● Afecto
- Conflicto → Situación Económica● Conflicto → – is a (2) → ● Situación Económica
- Cuerpo → Movilidad● Cuerpo → – is cause of → ● Movilidad
- Cuerpo → Productividad● Cuerpo → – is cause of → ● Productividad
- Cuerpo → Vejez● Cuerpo → – is property of → ● Vejez
- Cuidados → Apoyo● Cuidados → – is a (2) → ● Apoyo
- Cuidados → Conflicto● Cuidados → – is associated with → ● Conflicto
- Cuidados → Hogar● Cuidados → – is a (2) → ● Hogar
- Cuidados → Valores● Cuidados → – is a (2) → ● Valores
- Desarrollo → Modernidad● Desarrollo → – is cause of → ● Modernidad
- Desarrollo → Visión Social● Desarrollo → – is cause of → ● Visión Social
- Estudios → Adolescencia● Estudios → – is associated with → ● Adolescencia
- Estudios → Infancia● Estudios → – is associated with → ● Infancia
- Estudios → Juventud● Estudios → – is associated with → ● Juventud
- Estudios → Servicio Militar● Estudios → – is associated with → ● Servicio Militar
- Familia Obligada → Familia y Cercanía● Familia Obligada → – is associated with → ● Familia y Cercanía
- Familia y Cercanía → Familia Incierta● Familia y Cercanía → – is associated with → ● Familia Incierta
- Futuro → Jubilación● Futuro → – is associated with → ● Jubilación
- Futuro → Salud● Futuro → – is associated with → ● Salud
- Futuro → Viudez● Futuro → – is associated with → ● Viudez
- Historia → Pasado● Historia → – is part of → ● Pasado
- Hogar → Convivencia● Hogar → – is associated with → ● Convivencia
- Hogar → Crianza● Hogar → – is associated with → ● Crianza

- Hogar → Independencia • Hogar → – is associated with → • Independencia
- Infancia → Adolescencia • Infancia → – is part of → • Adolescencia
- Juventud → Adultez • Juventud → – is part of → • Adultez
- Lejanía → Adaptacion • Lejanía → – is associated with → • Adaptacion
- Lejanía → Comunidad • Lejanía → – is associated with → • Comunidad
- Lejanía → Convivencia • Lejanía → – is associated with → • Convivencia
- Lejanía → Familia y Cercania • Lejanía → – is property of → • Familia y Cercania
- Lejanía → Otra Ciudad • Lejanía → – is associated with → • Otra Ciudad
- Lejanía → Pertenencia • Lejanía → – is cause of → • Pertenencia
- Lejanía → Trabajo • Lejanía → – is associated with → • Trabajo
- Lejanía → Tranquilidad • Lejanía → – is associated with → • Tranquilidad
- Logros → Juventud • Logros → – is associated with → • Juventud
- Meta → Juventud • Meta → – is associated with → • Juventud
- Meta → Logros • Meta → – is associated with → • Logros
- Migración → Abandonar • Migración → – is associated with → • Abandonar
- Migración → Aislamiento • Migración → – is associated with → • Aislamiento
- Migración → Clima • Migración → – is associated with → • Clima
- Migración → Familia Obligada • Migración → – is property of → • Familia Obligada
- Migración → Lejanía • Migración → – is cause of → • Lejanía
- Migración → Lucha • Migración → – is associated with → • Lucha
- Migración → Miedo • Migración → – is associated with → • Miedo
- Migración → Muerte • Migración → – is associated with → • Muerte
- Migración → Perdida • Migración → – is associated with → • Perdida
- Migración → Precariedad • Migración → – is associated with → • Precariedad
- Migración → Viudez • Migración → – is associated with → • Viudez
- Modernidad → Derechos • Modernidad → – is part of → • Derechos
- Modernidad → Gobierno • Modernidad → – is part of → • Gobierno
- Modernidad → Red Social • Modernidad → – is part of → • Red Social
- Pasado → Estudios • Pasado → – is associated with → • Estudios
- Pasado → Servicio Militar • Pasado → – is associated with → • Servicio Militar
- Patagonia → Lejanía • Patagonia → – is cause of → • Lejanía
- Patagonia → Migración • Patagonia → – is cause of → • Migración
- Patagonia → Pertenencia • Patagonia → – is cause of → • Pertenencia
- Persona Mayor → Jubilación • Persona Mayor → – is associated with → • Jubilación
- Persona Mayor → Viudez • Persona Mayor → – is associated with → • Viudez
- Pertenencia → Desarrollo • Pertenencia → – is associated with → • Desarrollo
- Pertenencia → Elección • Pertenencia → – is associated with → • Elección
- Pertenencia → Estudios • Pertenencia → – is associated with → • Estudios
- Pertenencia → Familia Incierta • Pertenencia → – is property of → • Familia Incierta
- Pertenencia → Independencia • Pertenencia → – is associated with → • Independencia
- Pertenencia → Retribución • Pertenencia → – is associated with → • Retribución
- Pertenencia → Transporte • Pertenencia → – is associated with → • Transporte
- Pertenencia → Vivienda • Pertenencia → – is associated with → • Vivienda
- Salud → Persona Mayor • Salud → – is cause of → • Persona Mayor
- Servicio Militar → Adolescencia • Servicio Militar → – is associated with → • Adolescencia
- Servicio Militar → Juventud • Servicio Militar → – is associated with → • Juventud
- Situación Económica → Bienes • Situación Económica → – is cause of → • Bienes
- Situación Económica → Hábitos • Situación Económica → – is cause of → • Hábitos
- Situación Económica → Hogar • Situación Económica → – is associated with → • Hogar
- Situación Económica → Pasatiempos • Situación Económica → – is cause of → • Pasatiempos
- Situación Económica → Trabajo • Situación Económica → – is cause of → • Trabajo
- Transporte → Modernidad • Transporte → – is cause of → • Modernidad
- Trayectoria → Edad • Trayectoria → – is cause of → • Edad
- Valores → Colaboración • Valores → – is associated with → • Colaboración
- Valores → Herencia • Valores → – is associated with → • Herencia

- 🌱 Valores → Respeto • Valores → – is associated with → • Respeto
- 🌱 Vejez → Asilo • Vejez → – is associated with → • Asilo
- 🌱 Vejez → Muerte • Vejez → – is associated with → • Muerte
- 🌱 Vejez → Salud • Vejez → – is property of → • Salud
- 🌱 Vivienda → Modernidad • Vivienda → – is cause of → • Modernidad

Capítulo género

- 🌱 Abandono → Dispositivos de la violencia estructural/institucional/simbólica • Abandono → – is part of → • Dispositivos de la violencia estructural/institucional/simbólica
- 🌱 Abuso → Dispositivos de la violencia estructural/institucional/simbólica • Abuso → – is part of → • Dispositivos de la violencia estructural/institucional/simbólica
- 🌱 Acceso a la educación → Estudios • Acceso a la educación → – is associated with → • Estudios
- 🌱 Acceso a la educación → Violencia cultural y desigualdades de género • Acceso a la educación → – is part of → • Violencia cultural y desigualdades de género
- 🌱 Alcoholismo → Relaciones de pareja • Alcoholismo → – is cause of → • Relaciones de pareja
- 🌱 Cuidado → Dispositivos de la violencia estructural/institucional/simbólica • Cuidado → – is part of → • Dispositivos de la violencia estructural/institucional/simbólica
- 🌱 Cuidado → Rol de género • Cuidado → – is associated with → • Rol de género
- 🌱 Culpa → Violencia de género en relaciones de pareja • Culpa → – it feels → • Violencia de género en relaciones de pareja
- 🌱 Desigualdad de género → Acceso a la educación • Desigualdad de género → – is associated with → • Acceso a la educación
- 🌱 Desigualdad de género → Violencia cultural y desigualdades de género • Desigualdad de género → – is part of → • Violencia cultural y desigualdades de género
- 🌱 Diferencia de edad → Relaciones de pareja • Diferencia de edad → – is cause of → • Relaciones de pareja
- 🌱 Dolor → Violencia de género en relaciones de pareja • Dolor → – it feels → • Violencia de género en relaciones de pareja
- 🌱 Embarazo → Violencia cultural y desigualdades de género • Embarazo → – is part of → • Violencia cultural y desigualdades de género
- 🌱 Estereotipos de género → Dispositivos de la violencia estructural/institucional/simbólica • Estereotipos de género → – is part of → • Dispositivos de la violencia estructural/institucional/simbólica
- 🌱 Estereotipos de género → Sexismo • Estereotipos de género → – is associated with → • Sexismo
- 🌱 Estudios → Violencia cultural y desigualdades de género • Estudios → – is part of → • Violencia cultural y desigualdades de género
- 🌱 Historia personal → Relaciones de pareja • Historia personal → – is cause of → • Relaciones de pareja
- 🌱 Machismo → Dispositivos de la violencia estructural/institucional/simbólica • Machismo → – is part of → • Dispositivos de la violencia estructural/institucional/simbólica
- 🌱 Machismo → Sexismo • Machismo → – is associated with → • Sexismo
- 🌱 Maltrato psicológico → Relaciones de pareja • Maltrato psicológico → – is part of → • Relaciones de pareja
- 🌱 Matrimonio temprano → Relaciones de pareja • Matrimonio temprano → – is cause of → • Relaciones de pareja
- 🌱 Relaciones de pareja → Violencia de género en relaciones de pareja • Relaciones de pareja → – happens in a → • Violencia de género en relaciones de pareja
- 🌱 Relaciones tóxicas → Dispositivos de la violencia estructural/institucional/simbólica • Relaciones tóxicas → – is part of → • Dispositivos de la violencia estructural/institucional/simbólica
- 🌱 Relaciones tóxicas → Sexismo • Relaciones tóxicas → – is associated with → • Sexismo
- 🌱 Rol de género → Dispositivos de la violencia estructural/institucional/simbólica • Rol de género → – is part of → • Dispositivos de la violencia estructural/institucional/simbólica
- 🌱 Rol de género → Estereotipos de género • Rol de género → – is associated with → • Estereotipos de género
- 🌱 Separación → Relaciones de pareja • Separación → – is the exit to → • Relaciones de pareja
- 🌱 Sexismo → Dispositivos de la violencia estructural/institucional/simbólica • Sexismo → – is part of → • Dispositivos de la violencia estructural/institucional/simbólica

- ④ Violencia cultural y desigualdades de género → Dispositivos de la violencia estructural/institucional/simbólica • Violencia cultural y desigualdades de género → – is associated with → • Dispositivos de la violencia estructural/institucional/simbólica
- ④ Violencia de género en relaciones de pareja → Dispositivos de la violencia estructural/institucional/simbólica • Violencia de género en relaciones de pareja → – is associated with → • Dispositivos de la violencia estructural/institucional/simbólica
- ④ Violencia física → Relaciones de pareja • Violencia física → – is part of → • Relaciones de pareja
- ④ Violencia sexual → Relaciones de pareja • Violencia sexual → – is part of → • Relaciones de pareja

UNIVERSITAT ROVIRA I VIRGILI
TRENZANDO LA MEMORIA EN EL FIN DEL MUNDO: ENVEJECIMIENTO, GÉNERO Y TERRITORIO. COMPLEJIDADES
Y DINÁMICAS EN LA PATAGONIA AUSTRAL CHILENA
Carolina Dessiree Garcés Estrada



UNIVERSITAT
ROVIRA I VIRGILI